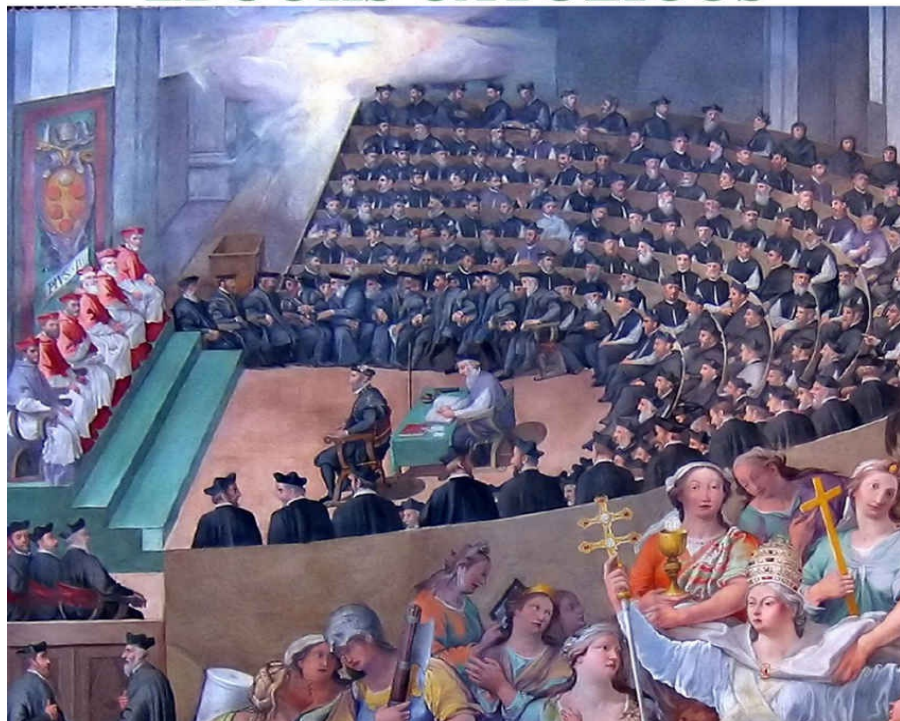


EBOOKS CATÓLICOS



CATECISMO DE TRENTO

AGUSTÍN ZORITA

NOTA DEL EDITOR

Este ebook es una transcripción fiel del libro "*Catecismo del Santo Concilio de Trento para los párrocos*. Ordenado por disposicion de San Pio V, traducido en lengua castellana por el P. Fr. Agustin Zorita, religioso Dominico. segun la impresion que de órden del Papa Clemente XIII. Se hizo en Roma, año de 1761. [Cuenca. En la imprenta de Don Fernando de la Madrid; 1803.]

Puede descargar la versión facsímil en pdf de este libro en el siguiente

enlace: <https://goo.gl/RdGGfg>



Características:

- Se ha respetado la ortografía del libro original. No se ha actualizado al castellano moderno, excepto por las palabras *á, à, é, ó, ò* y *ú*, que se han corregido por *a, e, o* y *u*, respectivamente.
- Las notas a pie de página (referencias bíblicas, principalmente) han sido colocadas en línea con el texto (aparecen entre paréntesis y en cursiva).
- Los índices de contenido que aparecen al final del libro, enlazando los artículos del catecismo con diferentes temas, han sido suprimidos por cuestiones prácticas.
- Incluye TOC (tabla de contenidos) y un *índice general* navegable.

CATECISMO DEL SANTO CONCILIO

DE TRENTO PARA LOS PÁRROCOS

ORDENADO POR DISPOSICION DE

SAN PIO V

TRADUCIDO EN LENGUA CASTELLANA POR EL

P. FR. AGUSTIN ZORITA,

RELIGIOSO DOMINICO.

**SEGUN LA IMPRESION QUE DE ÓRDEN DEL PAPA
CLEMENTE XIII.**

SE HIZO EN ROMA AÑO DE 1761.

Se dió principio a esta reimpresion en tiempo y a costa del
Ilustrísimo Señor Don Antonio de Palafox y Croy, Obispo que fué de la
ciudad y obispado de Cuenca; y se mandó continuar a expensas de su
Expolio, por órden del Excelentísimo Señor Don Joseph Eustaquio
Moreno, Gobernador del Consejo, Colector General, &c.

CUENCA

EN LA IMPRENTA DE DON FERNANDO DE LA MADRID.

MDCCCIIL.

CLEMENTE PAPA XIII.

A LOS VENERABLES HERMANOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS.

Venerables hermanos: salud y bendicion apostólica.

En el campo del Señor, a cuyo cultivo presidimos por disposicion de la divina Providencia, cosa ninguna requiere tan diligente cuidado, y continuada industria, como al guarda de la buena semilla que se sembró: que es la doctrina católica, dada por Jesucristo y sus Apostoles, y a nosotros encomendada: no sea que si se abandona por un perezoso descuido, y una floxedad vergonzosa, durmiéndose los obreros, el enemigo del linage humano sobresiembre zizaña; de donde nazca que al recoger los frutos, en vez de grano para los troxes no se halle sino broza para el fuego. A la verdad para conservar la fe, una vez encomendada a lo Santos (*Judae 3.*), vivamente nos despierta el beatísimo Pablo, escribiendo a Timotéo: *Que guarda el buen depósito (2. Tim. I.)*, por quanto amenazaban tiempos peligrosos (*Ibidem 3.*), por haber en la Iglesia de Dios hombres perversos (*Ibidem*) y engañadores; de quienes, valiéndose el tentador maligno, pone todo su esfuerzo por pervertir las almas incautas con errores contrarios a la verdad evangélica. Mas, si como acaece muchas veces, se levantan en la Iglesia de Dios algunas sentencias depravadas, que aunque opuestas entre sí, todas sin embargo conspiran a manchar, segun pueden, la pureza de la fe católica; en tal caso es muy dificultoso balancear nuestra doctrina con tal peso entre uno y otro enemigo; que sin dar a entender que volvemos a ninguno la espalda, igualmente hagamos huir, y rechacemos a entrambos adversarios de Cristo. Y a veces tambien es tal el disimulo, que socolor de verdad facilmente se encubre la falsedad diabólica con mentiras paliadas, corrompiéndose la fuerza de las sentencias con alguna adición o mutación brevísima; y por esa sutil novedad la confesion que obraba la salud, viene a parar en la muerte.

Por estas razones se ha de apartar a los fieles, mayormente a los de ingenio simple y rudo, de estas veredas resbaladizas y angostas, donde apenas se puede hacer pie, o andar sin deslizarse: ni deben ser guiadas las ovejas a los pastos por parages extraviados, ni proponérseles tampoco ciertas opiniones singulares, aunque sean de doctores católicos; sino darles aquella señal certísima de la verdad católica: que es *la universalidad, la antigüedad y la conformidad de la doctrina*. Demas de esto, no pudiendo el vulgo subir al monte (*Exod. 19.*), a donde baxa la gloria del Señor, y que si traspasa los límites para registrar, ha de perecer; por esto deben los doctores señalar en contorno estos términos al pueblo, para que no se extravíen sus pláticas fuera de aquellas cosas que son necesarias, o en gran manera útiles para la salvación; y que obedezcan los fieles al dicho del Apostol: *No saber más de aquello que conviene; sino que haya en esto medida y templanza* (*Roman. 12.*).

Habiendo pues meditado con madurez estas cosas los romanos Pontífices nuestros predecesores, aplicaron todo su desvelo, no solo a cortar con la espada de la excomunion los venenosos renuevos de los errores que iban brotando, sino tambien a arrancar ciertas opiniones que se introducían, y que por la viciosidad impedirían en el pueblo cristiano el mas copioso fruto de la fe, o que por próximas a error podrían inficionar las almas de los fieles. Luego pues que el santo Concilio de Trento condenó las heregías, que por aquellos tiempos intentaban ofuscar la luz de la Iglesia, y auventadas las nieblas de los errores, puso mas en claro las verdades católicas, considerando los mismos predecesores nuestros, que aquella sagrada Congregación de toda la Iglesia habia procedido con tan prudente acuerdo, y tal moderación, que se abstuvo de reprobar las opiniones, que estaban apoyadas con autoridades de doctores eclesiásticos; determinaron, segun la mente del mismo santo Concilio, que se compusiese otra obra, que abrazase toda aquella doctrina, en que los fieles deben ser instruidos, y que estoviese muy limpia de todo error. Por esto dieron a luz este libro, impreso con el título de *Catecismo romano*; haciéndose en ello dignos de alabanza por dos partes: ya porque encerraron en él aquella doctrina, que es comun en la Iglesia, y que está muy lejos de todo peligro de error: y ya porque la expusieron con palabras muy claras, para que públicamente se predicase al pueblo. De este modo guardaron el precepto de Cristo Señor nuestro, quien mandó a sus Apostoles predicar a las claras, lo que les habia dicho en tinieblas; y pregonar en público, lo que habian oido en secreto (*Matth. 20.*). Y asi tambien obsequiaron a su Esposa la Iglesia, cuyas son aquellas voces: *Muéstrame, donde reposas al medio dia* (*Cant. 1.*). Porque donde no fuere medio día, y tan descubierta la luz, que se conozca clara la

verdad, facilmente por ella se admite la mentira por la semejanza que con ella tiene; pues en tinieblas con dificultad se distingue una de otra. Sabían muy bien, que hubo antes, y que habría despues, quienes convidasen a los que pacían, y que les prometiesen pastos mas abundosos de sabiduría y ciencia: a los quales seguirían muchos, por ser mas dulces las aguas bebidas a hurto, y mas sabroso el pan escondido (*Prov. 9.*). Pues para que la Iglesia no anduviese engañada, vagueando tras los rebaños de sus compañeros, yendo ellos perdidos, como no afianzados en certidumbre alguna de verdad, siempre aprendiendo, y nunca llegando a la ciencia de la verdad (*2. Tim. 3.*); por eso propusieron en el Catecismo romano, solo aquellas cosas que son necesarias, y muy útiles para la enseñanza del pueblo cristiano, explicadas con toda claridad y distincion.

Pero este libro, compuesto con no pequeño trabajo y estudio, aprobado por consentimiento de todos, y recibido con sumas alabanzas, ya en estos tiempos casi le arrebató de mano de los pastores el amor de la novedad, aplaudiendo ya unos, ya otros Catecismos, que en manera ninguna se deben comparar con el romano. De aquí nacieron dos males: uno, haberse como desterrado la uniformidad en un mismo método de doctrinar: y con esto se dió a los pequeñuelos algun género de escándalo, por parecerles que no vivian ya en tierra de una lengua, y de unos mismos sermones (*Gen. 11.*): otro, que de estos varios y diversos modos de proponer las verdades católicas, nacieron contiendas; y por la emulacion de decirse uno seguidor de Apolo, otro de Cefas, y otro de Pablo, divisiones de ánimos, y discordias grandes; y no alcanzamos pueda haber cosa mas perjudicial que la amargura de estas disensiones, para menoscabar la gloria de Dios, ni mas calamitosa, para destruir los frutos que los fieles deben percibir de la doctrina cristiana. Por tanto, para cortar alguna vez estos dos males de la Iglesia, juzgamos que debiamos volver a lo mismo, de donde unos por consejo poco prudente, y algunos aun llevados de altivez, por presumir de mas sábios en la Iglesia, tenian de mucho tiempo acá apartado al pueblo fiel; y resolvimos poner de nuevo en manos de los Curas de almas el mismo Catecismo romano: para que del mismo modo con que antiguamente fue confirmada la fe católica, y fortalecidas las almas de los fieles en la doctrina de la Iglesia, que es la columna de la verdad (*1. Tim. 3.*), sean tambien ahora por la misma via apartadas, quan léjos se pudiere, de las opiniones nuevas, a las quales, ni favorece el unánime sentir, ni la antigüedad. Y para que este libro se pudiese lograr mas facilmente, y saliese mas corregido de los yerros que habia contraido por descuido de las prensas, hemos procurado que, aplicada toda diligencia, se imprimiese de nuevo en esta santa ciudad, segun el exemplar que, por

decreto del Concilio Tridentino, publicó nuestro predecesor San Pio V; el qual, traducido en lengua vulgar, y dado a luz de órden del mismo San Pio V, saldrá luego al público, impreso asimismo por nuestro mandamiento.

Esto pues, venerables hermanos, que en tiempos tan calamitosos de la república cristiana os ofrece nuestro desvelo y diligencia, como remedio muy saludable para desenredar los engaños de las opiniones perversas, y dilatar y establecer la doctrina verdadera y sana, es vuestra obligacion, hacer que se reciba por los fieles. Y por tanto, este libro que los romanos Pontífices quisieron se propusiese a los Parrocos, como norma de la fe católica, y de la doctrina cristiana, para que constase el consentimiento de todos en el modo de enseñarla, os le encomendamos ahora, venerables hermanos, muy en particular, y con igual encarecimiento os exhortamos en el Señor, que mandeis a todos los Curas de almas, que se gobiernen por él para instruir los pueblos en la verdad católica; y que de ese modo se guarde, así la uniformidad en la enseñanza, como la caridad y concordia de las almas: pues cargo vuestro es solicitar la tranquilidad de todos, que es en fin la obligacion del Obispo: el qual, por razon de su oficio, debe poner la mayor vigilancia en que ninguno, llevado de soberbia por sus honores, sea causa de cisma, rompiendo los lazos de la unidad.

Con todo eso, ninguna o muy corta será la utilidad de estos libros, si los que deben proponer y explicar su doctrina a los fieles, fueren ménos hábiles para enseñarla. Importa pues muchísimo, que para el cargo de instruir al pueblo en la doctrina cristiana, escojais hombres, no solo adornados con la ciencia de las cosas sagradas, sino mucho mas enardecidos en humildad, y en zelo y amor de santificar las almas; porque toda la disciplina cristiana consiste, no en abundancia de palabras, no en astucia de disputas, ni en apetito de alabanza y gloria, sino en humildad verdadera y voluntaria; porque es así que hay hombres, que sobresalen en la ciencia, pero ésta los divide de la compañía de los demas; y quanto mas saben, tanto mas se desvían de la virtud de la concordia. Estos son avisados por la Sabiduría misma, que es el Verbo, diciéndole: *Tened en vosotros sal, y tenen paz unos con otros (Marc. 9.)*; porque de tal manera se ha de tener la sal de la sabiduría, que se conserve con ella el amor del próximo, y se curen sus defectos. Por lo qual, si del estudio de la sabiduría, y del cuidado del próximo se pasan a las discordias, tienen sal sin paz: que no es don de virtud, sino argumento de condenacion, y quanto mas saben, mas gravemente pecan: a los quales, sin duda, condena la sentencia del Apostol Santiago, por estas palabras: "Si teneis envidias, y hay contiendas en vuestros corazones, no querais gloriaros, y ser mentirosos contra la verdad; porque no es esa la sabiduria que baxa de

lo alto, sino terrena, animal y diabólica; pues donde hay emulaciones y porfias, allí hay inconstancia y toda obra perversa. Mas la sabiduría que viene del cielo, primeramente es casta; demas de esto es pacífica, modesta, tratable, condescendiente en las cosas buenas, llena de misericordia, y de buenos frutos, que ni juzga, ni es envidiosa."

Entretanto pues, que rogando a Dios en humildad de corazon, y afliccion de espíritu, derrame sobre los esfuerzos de nuestra diligencia e industria la largueza de su benignidad y misericordia, para que la disension no perturbe al pueblo fiel, y que en lazo de paz y caridad de espíritu tengamos todos unos mismos sentimientos, alabemos y glorifiquemos a un solo Dios nuestro Señor Jesucristo, os saludamos, venerables hermanos, en ósculo santo, y a todos vosotros, como tambien a todos los fieles de vuestras Iglesias, damos amantísimamente la apostólica bendicion.

Dado en Castel-Gandolfo dia 24 de Junio de 1761, en el año tercero de nuestro pontificado.

PRÓLOGO DEL TRADUCTOR

El Catecismo romano, que presento al Público, traducido del Latin a nuestra lengua, no necesita que lo le acompañe con elogios; ni aun pudiera darselos, sin temor de deprimir su grande autoridad, e incomparable excelencia. Ordenado por el santo Concilio general de Trento: extendido y compuesto conforme a la doctrina que reconoció y aprobó el mismo Concilio por los hombres mas sábios de aquella edad, escogidos en él, publicado por San Pio V: aclamado despues, aun mas que admitido, por gran número de Concilios Provinciales y Diocesanos; y recientemente renovada su recomendacion a toda la Iglesia por el Papa Clemente XIII, de santa memoria: ocioso seria, y aun temerario, el empeño de añadirle recomendaciones y alabanzas.

Estas mismas razones me escusan de demostrar que convenia traducirle, mayormente constando, que el sagrado Concilio que le ordenó, dexó dispuesto se traduxese a las lenguas vulgares, para contraponer el gran daño que causaba la variedad de Catecismos, esparcidos por autores de *no sana doctrina*, el remedio de una autorizada suma de religion, que sirviese de segura regla para la instruccion cristiana de los fieles: como lo executaron aquellos zelosos varones, que recien salido a luz este Catecismo, le traduxeron y publicaron en las lenguas de aquellos paises, donde era mas urgente la necesidad.

Lo que juzgo sí indispensable, es, disculpar mi atrevimiento de haber emprendido esta traduccion. La obediencia que por mi estado debo a los que venero en lugar de Dios, es la que me hizo tomar esta empresa. El estímulo de los domésticos exemplos (habiendo cabido por la divina providencia a la Familia religiosa, de que me glorío ser miembro, el alto honor de que individuos suyos tuviesen gran parte en la composicion de esta obra, diesen el primer exemplo de traducirla a las lenguas vulgares, y hayan empleado sus

tareas (1) en defender su autoridad, y promover su lectura), movió sin duda el zelo de mis Prelados para mandarme aplicar mis débiles hombros a este trabajo. Conocia yo bien quán desproveido estaba del caudal necesario para desempeñarle; pero era pequeño mal el riesgo de mi crédito, si no acertase, respecto del grave que cometeria con mi inobediencia. Dios, cuya infinita sabiduría suele servirse de instrumentos débiles para sus mayores obras, se ha dignado concederme, no solo el gusto de ver mi traduccion concluida, sino además el no esperado honor de verla preferida a otra, que tambien se

habian presentado a la respetable censura del supremo Tribunal de la Nacion, honor que no puedo atribuir fundadamente sino a la promesa hecha en las santas Escrituras a los que obedecen con humildad y sencillez de corazon, y a la docilidad con que he deferido a los varones doctos, que habiendo visto mi traduccion, se sirvieron comunicarme sus reparos, y quanto su instruccion y prudencia les sugirió capaz de corregirla y mejorarla.

Tambien parece justo dar cuenta del método que he observado en esta traduccion.

Ante todas cosas he atendido con el cuidado mas religioso a que mi version sea exacta y fiel. En el Catecismo romano lo altísimo y divino de la materia que trata, ofrece ya muy grande dificultad para acertar a declararla en qualquiera lengua. Pero fuera de esto hay dos cosas que hacen dificil su traduccion: una los muchos pasages y lugares de la sagrada Escritura, santos Padres y Escritores y elocuencia de su language y estilo. En quanto a lo primero he procurado trasladar a nuestra lengua, no solo el sentido, sino las mismas expresiones, y el ayre de ellas. Y deseosos de no desfigurar las frases propias de tan venerables Maestros, y singularmente ya en castellano por respetables Escritores de nuestra nacion, mayormente por el Venerable Fray Luis de Granada, he hecho gloria de imitarlos, o mas bien de copiar sus palabras.

En quanto a lo segundo, que toca al estilo, he procurado usar los modos de hablar, y las voces propias de nuestra lengua, sin desdeñar algunas que usaban nuestros mejores Escritores del tiempo en que se escribió con mayor perfeccion: pues aunque hallándose fuera de uso, y casi olvidadas para no pocos genios amigos de la novedad, reprobarán acaso estos mi conducta, es de mucho mayor peso en mi estimacion la aprobacion que espero le darán los sábios, que como justos conoedores de la verdadera gracia y propiedad de la lengua, aman aun aquel olor de antigüedad que a los otros fastidia. Con este método y diligencia he procurado, ya que no podia aspirar a la imitacion de la singular elegancia del texto Latino, que a lo ménos no desdixese el consuelo de no haber omitido la menor diligencia para desempeñar la obligacion en que me constituyeron mis Superiores, y contribuir por mi parte a que la inteligencia y uso de este Catecismo se haga tan general, como quiso y deseó el santo Concilio Tridentino.

INDICE GENERAL

"DE LAS PARTES, CAPITULOS Y NUMEROS DE ESTA OBRA."

Nota del Editor

Portada

CLEMENTE PAPA XIII. A los venerables hermanos patriarcas, primados, arzobispos y obispos.

Prólogo del traductor

§

Prólogo: en el qual se trata de quán necesarios son los Pastores en la Iglesia: de su autoridad y oficio; y de las partes principales de la doctrina cristiana: partido en 13 números.

PRIMERA PARTE.

Capítulo I. De la Fe, y del Credo: en 4 números.

Capítulo II. Del primer artículo del Credo: Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del cielo, y de la tierra: en 23 números.

Capítulo III. Del segundo artículo del Credo: Y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor: en 12 números.

Capítulo IV . Del tercer artículo del Credo: Que fue concebido por el Espíritu Santo; y nació de Santa María Virgen: en 11 números.

Capítulo V . Del quarto artículo del Credo: Padeció debaxo del poder de Poncio Pilato: fue crucificado, muerto, y sepultado: en 16 números.

Capítulo VI. Del quinto artículo del Credo: Descendió a los infiernos: al tercero día resucitó de entre los muertos: en 15 números.

Capítulo VII. Del sexto artículo del Credo: Subió a los cielos; y está

sentado a la diestra de Dios Padre Todo-Poderoso: en 9 números.

Capítulo VIII. Del Séptimo artículo del Credo: De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos: en 11 números.

Capítulo IX. Del octavo artículo del Credo: Creo en el Espíritu Santo: en 8 números.

Capítulo X. Del nono artículo del Credo: Creo la santa Iglesia católica, y la Comunión de los Santos: en 27 números.

Capítulo XI. Del décimo artículo del Credo: El perdon de los pecados: en 12 números.

Capítulo XII. Del undécimo artículo del Credo: La resurreccion de la carne: en 14 números.

Capítulo XIII. del duodécimo artículo del Credo: Y la vida perdurable: en 13 números.

PARTE SEGUNDA

Capítulo I. De los sacramentos en comun: en 32 números.

Capítulo II. Del sacramento del Bautismo: en 76 números.

Capítulo III. Del Sacramento de la Confirmacion: en 81 números.

Capítulo IV . Del sacramento de la Eucaristía: en 26 números.

Capítulo V. Del sacramento de la Penitencia: en 79 números.

Capítulo VI. Del sacramento de la Extrema-Uncion: en 16 números.

Capítulo VII. Del sacramento del Orden: en 34 números.

Capítulo VIII. Del sacramento del Matrimonio: en 34 números.

PARTE TERCERA

Capítulo I. De los diez Mandamiento del Decálogo: en 10 números.

Capítulo II. Del primer Mandamiento del Decálogo: en 38 números.

Capítulo III. Del segundo Mandamiento del Decálogo: en 30 números.

Capítulo IV . Del tercer Mandamiento del Decálogo: en 28 números.

Capítulo V . Del cuarto Mandamiento del Decálogo: en 22 números.

Capítulo VI. Del quinto Mandamiento del Decálogo: en 25 números.

Capítulo VII. Del sexto Mandamiento del Decálogo: en 13 números.

Capítulo VIII. Del séptimo Mandamiento del Decálogo: en 24 números.

Capítulo IX. Del octavo Mandamiento del Decálogo: en 23 números.

Capítulo X. Del nono y décimo Mandamiento del Decálogo: en 23 números.

PARTE CUARTA.

Capítulo I. De la Oracion; y primeramente de su necesidad: en 4 números.

Capítulo II. De la utilidad de la Oracion: en 11 números.

Capítulo III. De las partes y grados de la Oracion: en 7 números.

Capítulo IV . De las cosas que deben pedirse en la Oracion: en 5 números.

Capítulo V . Por quiénes se ha de orar: en 7 números.

Capítulo VI. A quién se debe hacer Oracion: en 4 números.

Capítulo VII. De la preparacion para orar: en o números.

Capítulo VIII. Del modo que se requiere en la Oracin: en 9 números.

Capítulo IX. Del Proemio de la Oracion del Padre nuestro: Padre nuestros, que estás en los cielos: en 20 números.

Capítulo X. De la primera peticion: Santificado sea el tu nombre: en 9 números.

Capítulo XI. De la segunda peticion: Venga a nos el tu reino: en 19 números.

Capítulo XII. De la tercer peticion: Hágase tu voluntad: en 24 números.

Capítulo XIII. De la quarta peticion: El pan nuestro de cada dia, dánosle hoy: en 23 números.

Capítulo XIV. de la quinta peticion: Perdónanos nuestras deudas, asi como nosotros perdonamos a nuestros deudores: en 23 números.

Capítulo XV. De la sexta peticion: Y no nos dexes caer en la tentacion: en 20 números.

Capítulo XVI. De la séptima peticion: Mas líbranos de mal: en 12 números.

Capítulo XVII. De la última palabra del Padre nuestro, que es Amen: en o números.

PRÓLOGO.

**En el qual se trata, de cuán necesarios son los
pastores
en la iglesia, de su autoridad, y oficio, y de las
partes
principales de la doctrina cristiana.**

1. *No puede el hombre por solas sus fuerzas alcanzar la verdadera Sabiduría,*

ni los medios necesarios para su salvacion.

Es tal la condicion de la capacidad e inteligencia del hombre, que aun habiendo rastreado, y descubierto por sí a fuerza de grande aplicacion, y estudio muchas de las verdades, que pertenecen al conocimiento de las cosas divinas, con todo eso nunca pudo por sola la lumbre de su razon conocer, o alcanzar la mayor parte de aquellas, por las cuales se consigue la eterna salud: que es el fin último, para que fué criado, y hecho a imágen y semejanza de Dios. *Es así, que las cosas invisibles de Dios, como enseña el Apostol, se conocen, por las que vemos obradas por él en este mundo: por las quales se conoce tambien su eterno poder, y la alteza de su Divinidad (Rom. I.).* Pero aquel misterio escondido desde los siglos, y generaciones, de tal manera sobrepuja la inteligencia humana; que si no hubiera sido manifestado a los Santos, a quienes quiso Dios hacer notorias por el don de la fé las riquezas de la gloria de este gran Sacramento en las gentes, que es Christo (*Colos. I.*), ningun estudio humano podria aspirar a tan alta Sabiduría.

2. *Por qué medios se alcanza el don maravilloso de la fé.*

Mas como la fé se concibe por el oído (*Rom. 10.*), es manifiesto, cuán necesaria haya sido siempre, para conseguir la eterna salud, la industria, y ministerio fiel de maestro legítimo. Porque escrito está:

¿Cómo oirán, sino se les predica? ¿ni cómo predicarán, sino son enviados (Ibid.)? Por eso el clementísimo, y benignísimo Dios nunca desde el principio del mundo desamparó a los suyos; antes bien muchas veces, y de varios modos habló a los Padres por los Profetas (Hebr. 1.), y segun la condicion de los tiempos les mostró el camino seguro, y derecho para la eterna felicidad.

3. Christo vino al mundo a enseñar la fé: que despues dilatáron los Apostoles

y sus sucesores.

Pero como tenia prometido, que habia de enviar al Doctor de la Justicia para luz de las gentes (*Joel 2.*), y que fuese su salud hasta los fines de la tierra (*Isai. 49.*), últimamente nos habló por medio de su Hijo (*Heb. 1.*) mandando por voz, venida del Cielo desde el Trono de su gloria (*2. Petr. 1.*) que todos le oyesen, y obedeciesen a sus mandamientos (*Math. 17.*). Luego el divino Hijo a unos hizo Apostoles, a otros Profetas, a otros Pastores, y Doctores (*Ephes. 4.*), que anunciasen la palabra de vida, para que no seamos, como niños vacilantes, ni nos dexemos llevar de todo viento de doctrina; sino que apoyados sobre el cimientto firme de la fé, fuesemos juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu Santo (*Ibid. 2.*).

4. Cómo deben recibirse las palabras de los Pastores de la Iglesia.

Y para que ninguno tomase de los Ministros de la Iglesia la doctrina revelada por Dios, como doctrina de hombres; y no como de Christo: pues verdaderamente lo es; determinó este mismo Salvador nuestro, se diese tanta autoridad a su magisterio, que dixo: *El que os oye, me oye, y el que os desprecia, me desprecia (Luc. 10.)*. Y esto sin duda quiso se entendiese, no solo de aquellos, con quienes hablaba entónces; sino tambien de todos los que despues por sucesion legitima habian de exercer el cargo de enseñar: a todos los quales prometió, que estaria siempre con ellos hasta el fin del mundo (*Matth. 28.*).

5. Aun ya manifestada la verdad, es necesaria la predicacion, y mas en estos

tiempos.

Nunca pues debe dexarse en la Iglesia esta predicacion de la palabra divina. Pero en estos tiempos se debe ciertamente trabajar con el mayor desvelo, y piedad, sobre que los fieles sean sustentados, y fortalecidos con la doctrina sana, e incorrupta; como alimento de la vida: porque han salido al mundo, para pervertir las almas Christianas con doctrinas varias, y peregrinas aquellos Profetas falsos, de quienes dixo el Señor: *Yo no los enviaba, pero ellos corrian. No les hablaba yo, mas ellos predicaban (Jerem. 23.)*. Armada aquí su malicia con todas las artes de Satanás, se dilató tan extendidamente, que parece, no hay como tenerle a raya. De manera que si no estuviéramos afianzados con aquella promesa esclarecida de nuestro Salvador, quien afirmó: que habia puesto en su Iglesia un fundamento tan firme, que jamas podrian las puertas del infierno prevalecer contra ella (*Matth. 16.*): era muy de temer, que se arruinase ahora, viendose cercada por todas partes de tantos enemigos, tentada, y combatida con tantas máquinas. Porque dexando aparte Privincias nobilísimas, que en los tiempos antiguos retenian piadosa, y santamente la Religion verdadera, y Católica, que habian recibido de sus antepasados, y que ahora extraviados del camino derecho andan tan perdidos, que blasonan, de que profesan la verdadera piedad, por el mismo hecho de haberse apartado tan léjos de la doctrina de sus Padres; no puede haber region tan remota, o lugar tan seguro, ni se hallará rincon en toda la República Christiana, donde esta peste no haya intentado introducirse a escondidas.

6. Señaladamente con Catecismos procuraron los hereges engañar a los

Católicos.

Porque aquellos que se propusieron inficionar las almas de los fieles, conociendo, que en manera ninguna podian hablar en público con todos, e infundir en sus oidos las venenosas voces; se valiéron de otro ardid, por el qual derramaron los errores de la impiedad mucho mas fácil, y dilatadamente; porque además de muchos abultados libros, con que procuraron trastornar la fé Católica (de los quales fué fácil precaverse, por contener heregias manifiestas) escribiéron tambien innumerables librillos al parecer piadosos, con los quales, es increible, quán facilmente engañaron las ánimas incautas de los simples.

7. Determina el Santo Concilio de Trento poner remedio a

***estas voces, y
escritos perniciosos.***

Por esta razon deseando en gran manera los Padres del Santo Concilio general de Trento, aplicar a este mal tan grande, y tan pernicioso, alguna saludable medicina, juzgáron, que no bastaba definir contra las heregias de nuestros tiempos los pintos mas graves de la doctrina Católica, sino que ademas de esto, les pareció preciso hacer un formulario, y método de instruir al pueblo Christiano en los rudimentos de la fé: por el qual se debiesen arreglar todos los que exercen en las Iglesias el cargo de legítimo Pastor, y Maestro.

***8. Fué necesario, que por cuidado del Santo Concilio, y
autoridad del Sumo***

Pontífice se propusiese este Catecismo.

Es cierto que muchos con gran loor de piedad, y de doctrina se dedicáron a este género de escritura, pero con todo eso pareció a los Padres, sería muy conveniente, que por autoridad del Santo Concilio se compusiese un libro, de donde los Párrocos, o todos los otros, que tienen el oficio de enseñar, puedan buscar, y tomas reglas ciertas par edificacion de los fieles: y para que así como es uno el Señor, y una la fé (*Ephes. 4.*), así tambien sea una, y comun a todos la norma, y modo de instruir al Pueblo Christiano en los rudimentos de la fé, y en los demas oficios de virtud y de piedad.

***9. No se explican aquí todos los dogmas, sino solo los
precisos.***

Siendo pues muchas las cosas pertenecientes a este propósito, no se ha de pensar, que fué el intento del Santo Concilio, el que todos los dogmas de la fé Christiana, encerrados en un libro se explicasen con delicadeza como suelen hacerlo los que de asiento se ponen a tratar de la institucion, y doctrina de toda la Religion: porque esto, claro es, que sería obra de casi infinito trabajo, y nada conveniente a nuestro asunto; sino que como el Santo Concilio tomó por su cuenta instruir a los Párrocos, y Sacerdotes, Curas de almas, en el conocimiento de aquellas cosas, que son mas propias de su ministerio, y mas acomodadas a la capacidad de los fieles, solo quiso se propusieran, los

que en esta parte pudiesen coadyuvar al piadoso estudio de aquellos Pastores, que están ménos versados en las controversias dificultosas de la teología. Siendo puesto esto así, antes que lleguemos a tratar en particular de lo que se contiene en esta suma, pide el orden de nuestro instituto, que se expliquen algunas cosas, que ánte todo deben considerar, y tener muy presentes los Pastores, para que sepan a dónde deben enderezar, como a fin, todos sus designios, trabajos y desvelos, y en que manera podrán mas facilmente conseguir y acabar lo que pretenden.

10. Dos cosas que primeramente deben considerar los Pastores.

Lo primero pues que los Pastores de almas han de traer presente de continuo, es que toda la ciencia del Christiano, se encierra en este Capítulo, o por mejor decirlo con nuestro Salvador: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a tí solo verdadero Dios, y a Jesu-Christo, a quien tú enviaste (Joann. 17.)*. Por esto debe ser el principal cuidado del Maestro espiritual, el que los fieles deseen de veras saber a Jesu-Christo, y a este crucificado (*1. Cor. 2.*), y que de cierto estén persuadidos, y crean con afecto muy cordial y piadoso, que no hay otro nombre debaxo del Cielo dado a los hombres, en el que podamos ser salvos (*Act. 4.*), porque este Señor es la propiciacion por nuestros pecados (*1. Joann. 2.*). Y porque en tanto sabemos, que le habemos conocido, en quanto guardamos sus mandamientos (*1. Joann. 2.*), siguese luego, y es muy anexo a lo que habemos dicho, que al mismo tiempo les declare, que no han de vivir ociosa, y descuidadamente; *Sino que debemos andar, como anduvo el Señor (Ibid.)*, y seguir con todo cuidado las obras de justicia, de piedad, de fé, de caridad y mansedumbre: *Pues se entregó a sí mismo por nosotros, para redimirnos de toda maldad, y limpiar para sí un pueblo agradable, seguidor de buenas obras (Tit. 2.)*. Y esto es lo que manda el Apostol, que exhorten y prediquen los Pastores.

Mas habiendo nuestro Salvador, y Señor, no solo dicho, sino tambien mostrado por su exemplo, que la ley y Profetas penden de la caridad (*Matth. 22.*), y asimismo habiendo confirmado el Apostol, que la Caridad es el fin del precepto, y cumplimiento de la ley (*1. Tim. 1.*), nadie puede dudar, que el principal empeño del Pastor debe ser procurar con toda diligencia, que el pueblo fiel se excite a mar la inmensa bondad de Dios para con nosotros, y que como abrasado con un divino ardor, se arrebate a ese sumo, y perfectísimo bien: pues en unirse con él está la verdadera y sólida felicidad: como claramente lo

conocerá, el que pueda decir con el Profeta: *¿Qué tengo yo en el Cielo? ¿o fuera de ti, Señor, qué quise sobre la tierra? (Psal. 72.)* Este es aquel camino mas excelente, que señaló el mismo Apostol, enderezando toda la suma de su doctrina, e instruccion a la Caridad, que nunca cae (1. *Corinth. 12 y 13*). Porque ya se proponga, lo que se debe creer, ya lo que debe esperarse, ya cualquier cosa que debe creer, ya lo que debe esperarse, ya cualquier cosa que deba hacerse; de tal manera debe siempre encomendarse la Caridad de nuestro Señor, que cualquiera eche de ver, que todas las obras de la perfecta virtud Christiana, ni nacen de otro principio, que de la Caridad, ni deben ordenarse a otro fin, que a la Caridad.

11. *No basta a los Pastores mirar en su enseñanza a estos dos fines: deben*

tambien acomodarse a la capacidad de los oyentes.

Mas como en la enseñanza de cualquier facultad importa mucho observar método, nunca mas bien se debe guardar éste, que en la instruccion del pueblo Christiano. Porque debe observarse la dead, ingenio, costumbres, y condicion de los oyentes; para que el que exercita el oficio de enseñar, se haga todo para todos, a fin de ganar a todos para Christo, y poderse mostrar a si mismo como fiel Ministro, y dispensador, y hacerse digno, como siervo bueno y fiel, de ser colocado por el Señor sobre todos sus bienes (*Matth. 25*). Y no piense tampoco, que solo está encomendado a su fidelidad un linage de hombres, y que entablado un modo y forma de enseñar podrá asi instruir igualmente a todos en la piedad Christiana; porque siendo los fieles, unos como recién nacidos, otros que ya empiezan a crecer en Christo, y algunos ya robustos en la virtud; es menester mirar con discrecion, quienes necesitan de leche, quienes de comida mas sólida, y dar a cada uno aquellos alimentos de doctrina, que acrecienten su espiritu: *Hasta que todos, como varones perfectos a la medida de la grandeza de Christo, le salgamos al encuentro en unidad de fé, y conocimiento del Hijo de Dios (Ephes. 4)*. Esto enseñó el Apostol en si mismo, para que todos lo observasen, quando dixo: Que él era deudor a Griegos, y Barbaros, sabios, e ignorantes (*Roman. 1*), para que así entendiesen los que son llamados a este ministerio, que en proponer los ministerios de la fé, y declarar las reglas de bien vivir, de tal manera deben acomodar la doctrina al genio, y capacidad de los oyentes; que quando dann en abundancia el pasto espiritual a los aprovechados, no dexten perecer de hambre a los pequeñueños: los que

pidiendo pan, no hallan, quien se lo parta (*Thren. 4*). Y ninguno debe retardar su cuidado en la enseñanza, porque a veces sea necesario instruir al oyente en los preceptos de aquellas cosas, que parecen humildes y baxas, y que no sin molestia las suelen tratar especialmente aquellos, que estan habituados, y tienen sus delicias en la contemplacion de cosas mas sublimes; porque si la misma Sabiduría del Eterno Padre baxó a la tierra, para darnos en la humildad de nuestra carne los documentos de la vida celestial; ¿a quién no estrechará la caridad de Christo, a hacerse pequeñuelo en medio de sus hermanos, y que como una nutriz que abriga a sus hijuelos, desee con tal ansia la salud de sus próximos, que como de sí mismo lo afirma el Apostol, quiera entregarles, no solo el Evangelio de Dios, sino aun dar la vida por ellos?

12. Meditarán los Pastores dia y noche la palabra de Dios, la qual se divide

en quatro partes.

Toda la suma pues de la doctrina, que se debe proponer a los fieles, se contiene en la palabra de Dios, la qual se divide en Escritura, y Tradiciones. Y así emplearán los Pastores dias y noches en la meditacion de estas cosas, acordándose de aquel aviso del Apostol, que aunque le escribió a Timoteo, todos los Curas de almas le mirarán como enderezado a ellos mismos. Dice pues de este modo: *Atiende a la leccion, a la exhortacion, y a la doctrina. Porque toda Escritura inspirada por Dios es útil, para enseñar, para argüir, para reprehender, y para instruir en la justicia: porque sea perfecto el hombre de Dios, y esté apercebido para toda obra buena (1. Timot. 4 et 2. Timot. 3.)*. Pero siendo muchas las cosas que Dios ha revelado, y tan varias, que ni es facil aprenderlas, ni despues de aprendidas es posible tenerlas tan de memoria, que siempre que se ofrezca la ocasion de enseñar, esté prevenida y pronta su explicacion; para esto con acuerdo grande distribuyéron nuestros mayores todo este globo, y suma de doctrina Christiana en quatro partes, que son *el Credo, o Símbolo de los Apostoles, los Sacramentos, el Decálogo, y la Oracion del Padre nuestro*. Porque todas las cosas que se deben saber en la doctrina de la fé Christiana, ya sean pertenecientes al conocimiento de Dios, ya a la creacion, y gobierno del mundo, ya a la Redencion del linage humano, o ya a los premios de los buenos, y penas de los malos, todas se encierran en la doctrina del *Credo*. Las que son señales, y como instrumentos, para conseguir la divina gracia, están en la doctrina de

los siete Sacramentos. Las que tocan a las leyes, cuyo fin es la Caridad, se contienen en el Decálogo. Y últimamente todo quanto los hombres pueden desear, esperar y pedir provechosamente, se encierra en el *Padre nuestro*. Y de aquí se sigue, que declarados estos quatro, como lugares comunes de la Escritura sagrada, casi nada resta que desear para la inteligencia de las cosas que debe saber el Christiano.

13. *Cómo enlazarán los Párrocos la explicacion del Evangelio con la del*

Catecismo.

Por esto ha parecido advertir a los Párrocos, que siempre que se ofrezca la ocasion de explicar el Evangelio, o qualquier otro lugar de la divina escritura, tengan entendido, que la sentencia de ese lugar, sea el que fuere, pertenece a alguna de aquellas quatro partes que diximos, a donde acudirán, como a fuente de la doctrina, que se deba explicar. Por exemplo: Si se ha de explicar el Evangelio del domingo primero de Adviento *Erunt signa in Sole, et Luna, &c.* lo que conduce a este asunto, está declarado en aquel artículo del Credo: *Ha de venir a juzgar a los vivos, y a los muertos*: Y tomándolo de allí, a un tiempo y con un trabajo enseñará el Pastor al pueblo fiel el Credo, y el Evangelio. Por esta razon tendrá de costumbre en todas sus doctrinas, y sermones dirigir sus discursos a aquellos quatro puntos principales, donde diximos, que se encerraba toda la virtud, y doctrina de la sagrada escritura. Pero acerca del orden de enseñar, observará aquel que pareciere mas acomodado así al auditorio, como al tiempo. Nosotros ahora siguiendo la autoridad de los Padres, que al dedicar los hombres a Christo, e instruirlos en su ley, empezáron por la doctrina de la fé, juzgamos necesario explicar primeramente las cosas que pertenecen a la fé.

PRIMERA PARTE
DEL CATECISMO ROMANO.

CAPÍTULO I.

DE LA FÉ, Y DEL CREDO.

1. *Qué sea la Fé, de que se trata aquí, y cuál su necesidad.*

MAS porque en las divinas escrituras se toma de varios modos la significacion de esta voz *Fé*, aquí hablamos de ella, segun que significa una virtud, con la qual asentimos firmemente a las cosas que Dios ha revelado. Y nadie puede con razon dudar, que esta fé es necesaria para conseguir la salvacion: mayormente estando escrito: *Sin fé es imposible agradar a Dios (Hebr. 11)*. Porque como el fin que se propone al hombre para su felicidad, es mucho mas alto, que lo que puede alcanzar su inteligencia; era necesario recibiese de Dios este conocimiento; pues este conocimiento no es otra cosa que la fé: cuya virtud nos hace tener por infalible, lo que la autoridad de la Santa Madre Iglesia propone, como dicho por Dios: pues duda ninguna puede acaecer a los fieles en las cosas que Dios dice, siendo la misma verdad. Y por aquí entendemos la diferencia que hay entre la fé, que damos a Dios, y la que damos a los Escritores de la historias humanas. Pero aunque la fé se extiende mucho, y sea diferente así en la grandeza, como en la dignidad (pues en las sagradas letras leemos: *¿Hombre de poca fé, por qué dudaste (Matth. 14)*? Y: *Grande es tu fé (Ibid. 15)*. Tambien: *Auméntanos la fé (Luc. 17)*. Item: *La fé sin obras está muerta (Jacob. 2)*. Mas: *La fé que obra por la caridad (Galat. 5)*. Sin embargo ella es unam isma en el género, y a diversos grados de fé conviene una misma esencia, y definicion. De quán fructuosa es, y qué utilidades percibimos de ella, se tratará en la explicacion de los Artículos.

2. *Quándo, y por qué causa propusieron los Apostoles los doce Artículos de*

la Fé.

Lo primero pues que debe creer, y tener el Christiano, son aquellas cosas que los Santos Apostoles, Caudillos, y Doctores de la fé, inspirados por el Espíritu Santo, pusieron con distrincion en los doce

Artículos del Credo. Porque habiéndoles mandado el Señor, que como Legados suyos fuesen por todo el mundo, y predicasen el Evangelio a toda criatura (*Matth. 28*), juzgáron necesario componer una fórmula de la fé Christiana, para que todos sintiesen, y dicesen una misma cosa, y no hubiera cisma, ni division alguna entre los que llamaban a la unidad de la fé, sino que todos fuesen perfectos en un mismo sentir, y en una misma creencia.

3. Por qué se llama Símbolo esta forma de fé.

A esta profesion de la fé, y esperanza Christiana, que compusieron los Apostoles, la llamáron Símbolo: o porque fué compuesta de varias sentencias, que cada uno de ellos puso en el Comun, o porque se valian de ella como de una señal, o divisa, por la qual pudieran distinguir facilmente a los desertores, a los intrusos y falsos Christianos, que adulteraban el Evangelio, de aquellos que fielmente se alistaban en la milicia de Christo.

4. Qué necesario sea este Símbolo o Credo, y en qué partes se divida.

Siendo muchas las cosas, que en la Religion Christiana se proponen a los fieles, de las quales deben tener fé cierta, y firme, o en particular, o en comun; lo que primera, y necesariamente deben todos creer, es, lo que como fundamento, y suma de la verdad non enseñó el mismo Dios acerca de la unidad de la divina Esencia, de la distincion de las tres Personas, y de las acciones, que se atribuyen a cada una de ellas por alguna razon particular. Enseñará pues el Párroco, que la doctrina de tan alto misterio está brevemente comprehendida en el Símbolo de los Apostoles. Porque segun observáron nuestros Mayores, que con toda piedad, y diligencia tratáron este punto, de tal manera se vé distribuido en tres partes el Credo; que en la primera se describe la primera Persona de la naturaleza divina, y la obra maravillosa de la Creacion: En la segunda, la segunda Persona, y el misterio inefable de la Redencion humana: Y en la tercera la tercera Persona, origen, y fuente de nuestra santidad con sentencias diversas, y muy acomodadas. A estas sentencias llamamos *Artículos* por cierta semejanza, de la que nuestros Padres usáron con frecuencia. Porque así como los miembros del cuerpo se distinguen por los Artículos; así tambien en esta confesion de la fé con toda rectitud, y propiedad llamamos Artículo todo lo que debemos creer con claridad, y separacion.

CAPÍTULO II.

DEL PRIMER ARTÍCULO DEL CREDO.

"Creo en Dios Padre Todopoderoso, Criador del Cielo, y de la Tierra."

1. Se explica brevemente el primer artículo.

Estas palabras hacen este sentido: Creo ciertamente y sin duda ninguna confieso a Dios Padre; es a saber a la primera Persona de la Trinidad, la qual con su virtud omnipotente crió de la nada el Cielo, y la Tierra, y todas las cosas, que Cielo, y Tierra abrazan en su ámbito: y que despues de criadas las mantiene, y gobierna. Y no solamente le creo con el corazon, y le confieso con la boca, mas tambien anhelo a él con sumo afecto, y piedad, com a sumo, y perfectísimo bien. Esta es una breve explicacion de este primer artículo. Mas por estar encerrados grandes misterios en casi cada una de sus palabras, debe examinarlas con diligencia el Párroco, para que en quanto el Señor lo concediere, llegue el pueblo fiel con temor, y temblor a contemplar la gloria de su Magestad.

"Creo"

2. Qué significa la palabra creo.

Esta palabra *creer* no significa aquí lo mismo, que *pensar*, *sentir*, u *opinar*: sino que como enseñan las letras sagradas, tiene fuerza de un asenso certísimo, con el qual el entendimiento juzga firme, y constantemente, ser verdad infalible lo que dice el Señor, que le descubre sus misterios. Y por tanto aquel cree (segun que pertenece a la declaracion de este lugar) que sin duda alguna tiene una cosa por cierta, y verdadera. Y no debe nadie pensar que es ménos cierta la

noticia de la fé, por no verse las cosas que nos propone, para que las creamos. Porque la luz divina con que las percibimos, aunque no dé por sí claridad a las cosas; no por eso nos dexa dudar de ellas: pues el Señor que hizo salir la luz de las tinieblas (2. Corinth. 4) él mismo iluminó nuestros corazones, para que su Evangelio no esté encubierto a nosotros, como lo está para los que se pierden (2. Corint. 4).

3. No se han de escudriñar los artículos de la fé con curiosidad sino

afirmarlos con sencilléz.

De lo dicho se sigue que aquel que está adornado con este conocimiento celestial de la fé, queda libre de la curiosidad de inquirir. Porque Dios quando nos manda creer, no nos propone sus divinos juicios para escudriñarlos, o que averigüemos la razon, o causa de ellos; sino que demanda una fé inmutable, la qual hace, que se aquiete el alma en la noticia de la verdad eterna. Y por cierto afirmando el Apostol: *Que Dios es veraz, y todo hombre mentiroso (Rom. 3)*, si sería arrogancia, y aun desvergüenza, no dar crédito a un hombre grave, y docto, que afirmaba una cosa, sino estrecharle tambien a probar con razones, y testigos lo que decia; ¿qué arrojo, y qué locura no será, oir las voces de Dios, y pedirle razones de su celestial, y saludable doctrina? Se ha de tener pues la fé no solo desechando toda duda, sino tambien todo deseo de que se pruebe, lo que se nos dice.

4. No basta para salvarse, creer; es tambien necesario confesar la fé

publicamente.

Pero a mas de esto debe enseñar el Párroco, que el que dice *creo*, aunque es esto declare el asenso íntimo de su entendimiento (*que es el acto interior de la fé*) debe manifestar con pública profesion de la fé, lo mismo que tiene encerrado en su alma, confesarlo a las claras, y predicarlo con suma prontitud. Porque deben los fieles tener aquel espíritu, con el qual decia confiado el profeta: *Creí, y por esto he hablado (Psal. 115)*. Deben imitar a los Apostoles, los que respondieron a los Príncipes del pueblo: *No podemos dexar de predicar, lo que vimos, y oimos (Act. 4)*. Deben alentarse con aquella voz del

Apostol: *No me avergüenzo del Evangelio, porque es virtud de Dios para salud de todos los creyentes (Rom. 1), y lo que dice tambien, que en gran manera confirma la verdad de esta sentencia: Con el corazon se cree para la justicia, mas con la boca se hace la confesion para la salvacion (Ibid. 10).*

"En Dios

De la excelencia de la fé Christiana."

POR aquí se va ya descubriendo la dignidad, y excelencia de la sabiduría Christiana, y lo mucho que por ella debemos a la bondad de Dios, quien nos ha concedido subir con prontitud por éstas como gradas de la fé al conocimiento de la cosa mas sublime, y digna de ser con ansia deseada.

6. *Quán grande sea la diferencia que hay entre la sabiduría Christiana y la*

de los Filósofos acerca de Dios.

En esto se diferencia muchísimo entre sí la Filosofia Christiana, y la Sabiduría de este siglo. Porque ésta procediendo poco a poco con solo la guia de la luz natural por los efectos, y por aquellas cosas que perciben los sentidos apénas llega por último, y no sin grandes trabajos, a contemplar las cosas invisibles de Dios, y a conocer, y entender a la primera causa, y Criador de todo. Pero la Filosofia Christiana de tal modo adelgaza la virtud del entendimiento humano, que sin trabajo ninguno puede penetrar los Cielos, y esclarecido con la divina luz, mirar, y contemplar primeramente la misma eterna fuente de las luces, y despues las cosas que hay debaxo de ella. De manera que como dice el Príncipe de los Apostoles, experimentemos con sumo gozo del alma, que somos llamados de las tinieblas a su admirable luz, y creyendo, nos regocijemos con una alegría inexplicable (*1. Petr. 2. et 1.*). Con mucha razon pues confiesan ante todo, los fieles, que creen en Dios, cuya Magestad decimos con Jeremías, que es incomprehensible (*Jerem. 32*), porque como dice el Apostol: habita en una luz inaccesible, a quien ningun hombre vió, ni puede ver (*1. Tim. 6*), pues como él dixo hablando a Moysés: *No me verá el hombre, y vivirá (Exod. 33.)*. Porque nuestra alma, para llegar a Dios (*que no hay cosa mas alta*) es necesario que enteramente se aparte de los sentidos,

lo qual no podemos naturalmente hacer en esta vida. Pero aunque esto es así, no dexó el Señor, como dice el Apostol, de dar testimonio de sí mismo, haciendo beneficios desde el Cielo, dando lluvias, y tiempos abundosos, y llenando de sustento, y alegria los corazones de los hombres (*Actor. 14*). Esta fué la razon, que movió a los Filósofos, a no pensar cosa baxa de Dios, y a apartar muy léjos de él todo lo que es corporeo, compuesto, y mezclado: como tambien a atribuirle perfecta virtud, y abundancia de todos los bienes: de suerte que dimanen de él, como de una perpertua, e inagotable fuente de bondad, y benignidad todos los bienes perfectos sobre todas las cosas criadas. Llamáronle tambien Sábio, Autor, y amador de la verdad, Justo, liberalísimo, y otros tales nombres, por los quales se da a entender su suma, y absoluta perfeccion: de cuya inmensa, e infinita virtud, dixéron, que llenaba todo lugar, y que se extendia por todas las cosas. Pero mucho mas alta, y esclarecidamente enseñan esto las divinas letras: como en aquel lugar: *Dios es espíritu (Joann. 4)*. Y en otro: *Sed vosotros perfectos, como lo es vuestro Padre celestial (Matth. 5)*. Item: *Todas las cosas estan desnudas, y descubiertas ante sus ojos (Hebr. 4)*. Mas: *¡O alteza de las riquezas de la sabiduría, y ciencia de Dios! (Rom. 11)* Mas: *Dios es veraz (Rom. 3)*. Mas: *Yo soy camino, verdad y vida (Joann. 14)*. Mas: *Tu diestra está llena de justicia (Psal. 47)*. Mas: *Abres tú tu mano, y llenas de bendicion a todo animal (Psal. 144)*. Finalmente: *¿Dónde me esconderé de tu espíritu, y adonde huiré de tu presencia? Si subiere al Cielo, allí estás tú, y si baxáre al infierno, te hallas allí presente. Y si tomáre mis alas por la mañana, y fuere a parar al cabo del mar, &c (Psal. 138)*. Y *¿Por ventura no lleno yo los Cielos, y la Tierra, dice el Señor? (Jerem. 23)* Grandes pues y excelentes son las cosas, que los Filósofos alcanzaron de la naturaleza de Dios, conformes a la autoridad de los Sagrados libros, y consiguientes a la averiguacion de sus obras. Pero aun en esto mismo se echa de ver la necesidad de la doctrina del Cielo, si advertimos, que la fé no solo sirve, como se dixo arriba, para que los hombres rudos, y sin letras conozcan luego fácil, y prontamente, lo que los Sabios solos llegaron a conseguir despues de un largo, y porfiado estudio; sino que aprovecha tambien, para que la noticia de las cosas, que se alcanza por la doctrina de la fé, se imprima en nuestras almas mucho mas cierta, y mas limpia de todo error, que si entendiésemos esas mismas cosas por las mismas razones de la ciencia humana. ¿Pero cuánto mas alto debe juzgarse aquel conocimiento de Dios, para el que nos abre la puerta, no la contemplacion de las criaturas, que es comun a todos; sino la lumbre de la fé, que es propia de los creyentes? Pues ésta es la que se contiene en los Artículos del Credo, los quales nos descubren la unidad de la divina esencia, la distincion de las tres Personas, y que el mismo Dios es el último fin del hombre, de quien ha de esperar la posesion de la celestial, y eterna

bienaventuranza: pues sabemos de S. Pablo, que Dios es Remunerador de los que le buscan (*Hebr. 11*). Quán grandes sean estas cosas, y si son, o no de aquella calidad de bienes, a que pueda aspirar el conocimiento humano, mucho antes que el mismo Apostol lo mostró el Profeta Isaías por estas palabras: *Jamás se oyó tal cosa, ni lo percibieron oídos ningunos. No vieron, Señor, los ojos sin ti, lo que tienes preparado para los que esperan en ti (Isai. 64. et 1. Cor. 2).*

7. Que hay un solo Dios, no muchos Dioses.

Por lo que habemos dicho se debe confesar tambien, que hay un solo Dios, y no muchos Dioses; porque como atribuimos a Dios suma perfeccion, y bondad, es imposible que se halle en muchos, lo que es sumamente cabal, y perfecto: porque si falta a uno alguna cosa para lo sumo, ya por eso mismo es imperfecto, y no puede convenirle la naturaleza de Dios. Y esto se comprueba con muchos lugares de la Sagrada Escritura; porque escrito está: *Oye Israel, Dios nuestro Señor es uno solo (Deut. 6)*. A mas de esto es mandamiento del Señor: *No tendrás Dioses ajenos delante de mí (Exod. 20.)* Tambien por el Profeta previene muchas veces: *Yo soy el primero, y el último, y fuera de mí no hay Dios (Isai. 44 et 48, Apoc. 1. et 22.)*. Asimismo el Apostol afirma claramente: *Un Señor, una fé, un Bautismo (Ephes. 4)*.

8. Alguna vez se da a las criaturas el nombre de Dios; pero es impropriamente.

Y no nos haga dificultad, que algunas veces las sagradas letras dan a las criaturas el nombre de Dios; porque el haber llamado dioses a los Profetas y Jueces (*Exod. 22*), no fué en el sentido de los gentiles, que necia, y malvadamente se fingieron muchos dioses; sino que en el comun modo de hablar, quisiéron dar a entender alguna señalada virtud, o ministerio, que les fué concedido por gracia de Dios. Créese pues, y confiesa la fé christiana a Dios, uno en la naturaleza, en la sustancia, y en la esencia: como se dixo, para confirmar la verdad en el Símbolo del Concilio Niceno. Pero subiendo todavia mas alto, de tal manera le entiende uno, que venera la unidad en la Trinidad, y la Trinidad en la unidad. Del qual misterio vamos ahora a tratar: porque en el Credo se sigue.

9. Dios se llama Padre de todos por razon general, mas por particular de los
christianos.

Como este nombre de Padre no le conviene a Dios por una razon sola, primeramente debe declararse qué significacion sea la mas propia de este lugar. Aun algunos que no fueron ilustrados con la luz de la fé, llegaron a entender, que Dios era una sustancia eterna, de la qual habian procedido todas las cosas, y cuya providencia les regia, y conservaba en su órden, y estado. Por esta razon valiéndose del simil de las cosas humanas, así como llamaban Padre a aquel de quien descende una familia, y la gobierna con su direccion, e imperio; así tambien por esta misma causa quisiéron que Dios fuese llamado Padre, a quien reconocian por Criador, y Gobernador de todas las cosas. de este mismo nombre se sirviéron tambien las escrituras sagradas, quando hablando de Dios dan a entender, que debe atribuirsele la creacion, el poderío, y la maravillosa providencia de todo el Universo. Porque leemos *¿Acaso no es éste tu Padre, quien te poseyó, te hizo, y te crió? (Deut. 32)* Y en otra parte: *¿Por ventura no es uno el Padre de todos nosotros? ¿No nos crió un mismo Dios? (Malach. 2)* Pero con mucha mas freqüencia, y por términos mas particulares mayormente en los libros del Testamento nuevo se dice Dios, Padre de los christianos: los quales no recibieron el espíritu de temor como siervos, sino el espíritu de adopcion de hijos de Dios, con el qual claman, *Padre, Padre (Rom. 8)*. Porque tal caridad nos dió este Padre, que nos llamemos hijos de Dios, y que lo seamos (*1. Joann. 3*). Y si somos hijos, somos herederos tambien. Sí por cierto, herederos de Dios, y coherederos de Christo, que es el Primogénito entre muchos hermanos (*Rom. 8*) sin avergonzarse de llamarnos hermanos (*Hebr. 2*). Sea pues por la razon comun de la creacion, y providencia, o sea por la particular de la espiritual adopcion, justísimamente confiesan los fieles que creen en Dios Padre.

10. De lo que encierra en sí esta palabra Padre, y de la distincion de las

Personas divinas.

Pero ademas de las significaciones que explicado, enseñará el Párroco, que al oír la voz *Padre* se ha de levantar el alma a misterios mas altos. Porque lo que hay mas secreto, y escondido en aquella luz inaccesible donde mora Dios, y que la razon, e inteligencia humana ni puede conseguirlo, ni aun imaginarlo; esto nos empiezan a descubrir los oráculos divinos por el nombre de *Padre*. Dícenos pues este nombre, que en una sola esencia de la divinidad se debe creer, no una Persona sola, sino distincion de Personas. Porque tres son las Personas en Dios, la del Padre, que de ninguno procede, la del Hijo, que ante todos los siglos es engendrado por el Padre, y la del Espíritu Santo, que asimismo procede *ab aeterno* del Padre, y del Hijo. Es pues el Padre en una misma esencia de la divinidad la primera Persona, quien con su Unigénito Hijo, y el Espíritu Santo es un Dios, y un Señor, no en la singularidad de una Persona, sino en la Trinidad de una sustancia. Pero estas tres divinas Personas (siendo maldad horrenda pensar en ellas cosa desemejante, o desigual) solo se entienden distintas por sus propiedades; porque el Padre es no engendrado, el Hijo engendrado por el Padre, y el Espíritu Santo procede de uno, y de otro. Y así de tal manera confesamos una misma esencia, y una misma sustancia de todas tres Personas, que en la confesion de la verdadera, y eterna deidad creemos debe ser adorada piadosa, y santamente la propiedad en las Personas, la unidad en la esencia, y la igualdad en la Trinidad. Porque quando decimos, que el Padre es la primera Persona, no se ha de entender esto de tal suerte, que pensemos haber en la Trinidad cosa alguna primera, o postrera, mayor, o menor. ¡No permita Dios tal impiedad en las almas de sus fieles! quando predica la Religion christiana una misma eternidad, y una misma Magestad de gloria en todas tres Personas. Sino que en tanto afirmamos verdadera, e indubitabilmente, que el Padre es la primera Persona, en quanto es principio sin principio. La qual Persona así como es distinta por la propiedad de Padre, así a sola ella determinadamente conviene haber engendrado *ab aeterno* al Hijo. Y siempre que en esta confesion pronunciamos juntos los nombres de Padre, y Dios, se debe entender que siempre fué juntamente Dios y Padre. Mas porque no podemos andar con mas peligro, o errar mas gravemente en la declaracion, o explicacion de otra cosa ninguna fuera de ésta, que es la mas encumbrada, y dificil de todas; enséñe el Párroco que deben retenerse con gran veneracion los nombres propios de Esencia, y Persona, con los quales se significa este misterio: y tengan entendido los fieles, que hay unidad en la esencia; pero distincion en las Personas. Mas estas cosas no se han de examinar con sutileza, acordándonos de aquel dicho: *El escudriñador de la Magestad será oprimido de la gloria (Prov. 25)*. Porque debe parecernos bastante, lo que tenemos de cierto, y averiguado por la fé: que de esa manera somos enseñados de Dios: y

que es la última locura, y miseria, no creer sus divinas palabras. *Enseñad, dice, a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Matth. 28)*. Y en otra parte: *Tres son los que dan testimonio en el Cielo, el Padre, el Verbo, el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa (1. Joann. 5)*. Sin embargo aquel que por beneficio de Dios cree estos misterios, pida sin cesar, y suplique a Dios, y al Padre, que crió de la nada todas las cosas, y las gobierna con suavidad, y que también nos dió poder, para que fuésemos hechos hijos de Dios, y descubrió a los hombres el misterio de la Trinidad, pida, repito, sin intermision, que siendo recibido alguna vez en las moradas eternas, sea digno de ver, cuán grande es la fecundidad de Dios Padre: pues viéndose, y contemplándose a sí mismo, engendra al Hijo, igual, y semejante a él: y en qué manera o de qué modo un mismo en todo, e igual amor de caridad de los dos, que es el Espíritu Santo, quien procede del Padre, y del hijo, une, y junta entre sí con un eterno, e indisoluble lazo al que engendra, y al que es engendrado: y que así sea una la esencia de la Trinidad, y perfecta la distincion de las tres Personas.

"Todopoderoso."

11. Qué significa aquí la palabra Todopoderoso.

De varios modos suelen explicar las escrituras sagradas el sumo poder, y la Magestad inmensa de Dios, para hacernos entender con cuánto rendimiento, y veneracion debe ser adorada su deidad santísima. Pero en primer lugar ha de enseñar el Párroco, que se le atribuye con mucha frecuencia la virtud de Todopoderoso (*Genes. 17*). Y Jacob enviando sus hijos a Joseph, hizo oracion por ellos de este modo: *Mi Dios Todopoderoso os le haga aplicado (Genes. 43)*. Y en el Apocalipsis se escribe: *El Señor, Dios que es, y que era, y que ha de venir Todopoderoso (Apoc. 1)*. Y en otra parte se llama: *El dia grande de Dios Todopoderoso (Ibid. 16)*. Suele también significarse lo mismo con muchas palabras; como quando dice: *No habrá cosa imposible para Dios (Luc. 1)*. Y en otra parte: *¿Por ventura está enflaquecida la mano del Señor? (Num. 11)* Y en otra: *Todo lo puedes, quando es tu voluntad (Sap. 12)*, con otras expresiones semejantes. Y de estas varias formas de decir, percibimos, lo que es claro, que se abrevia por la única voz de *Todopoderoso*. Entendemos pues por este nombre, que ni hay ni se puede pensar cosa ninguna, que Dios no pueda hacer. Porque no solo tiene poder para aquellas cosas, que aunque muy grandes, todavía se

ofrecen en alguna manera al pensamiento, como aniquilarlo todo, y criar de repente muchos mundos; sino que tambien se contienen en su virtud otras mucho mayores, que ni imaginarlas puede el entendimiento humano.

12. Por ser Dios Todopoderoso, no puede pecar, engañarse, ni mentir.

Pero aunque puede Dios todas las cosas, no se sigue de ahí, que pueda mentir, engañar, o ser engañado, pecar, fenecer, o ignorar alguna cosa: porque estos defectos únicamente se pueden hallar en aquella naturaleza, cuyas acciones son imperfectas. Pero Dios cuya accion es siempre perfectísima, en tanto se dice que no puede estas cosas, en quanto tal poder nace de enfermedad, o de flaqueza; no de suma, e infinita virtud de todo, qual es la que tiene Dios. Y así de tal manera creemos que Dios es Todopoderoso, que juntamente entendemos estar muy lexos de su Magestad todas aquellas cosas que no sean muy conformes, y correspondientes a la perfeccion de su esencia.

13. Porque dexados otros nombres, se propone el de Todopoderoso, y las

utilidades que resultan de esta creencia.

Enseñe tambien el Párroco, que con grande acuerdo, y sabiduría se dispuso, el que omitidos otros nombres que se apropian a Dios, solo se propusiese en el Credo el de Topoderoso; porque una vez que confesamos a Dios Todopoderoso, es necesario confesar tambien que tiene ciencia de todas las cosas, y que todas ellas están sujetas a su señorío e imperio. Y no dudando que lo puede todo, legítimamente se sigue tener por muy ciertas todas las demás perfecciones, que si le faltáran, en manera ninguna podriamos entender cómo sería Todopoderoso. Demas de esto, cosa ninguna es tan eficaz para confirmar nuestra fé, y esperanza, como el estar muy fixos en que no hay cosa alguna que Dios no pueda hacer: porque todo lo demas que despues deba creerse, por grande y maravilloso que sea, y aunque sobrepuje el órden, y modo de las cosas, luego lo cree sin la menor duda el que sabe que Dios es Todopoderoso. Antes bien quanto mayores son las cosas, que enseñan las divinas escrituras, tanto de mejor gana juzga, que se les ha de dar fé. Y si tiene tambien que esperar alguna cosa buena, no desfallece el ánimo, por la grandeza de

lo que pretende; ántes se alienta y se conforta a sí mismo, pensando muchas veces que nada hay imposible para un Dios, que es Todopoderoso. Por eso conviene mucho estar muy fortalecidos con esta fé señaladamente, o quando nos vemos en la precision de hacer algunas obras extraordinarias para bien utilidad de los próximos, o quando deseamos alcanzar alguna cosa de Dios con nuestras oraciones; porque lo primero lo enseñó el mismo Christo, quando reprehendiendo la incredulidad de sus Apostoles, les dixo: *Si tuviereis fé, como un grano de mostaza, direis a este monte: pásate de aquí acullá, y pasarse há: y nada imposible habrá para vosotros (Matth. 17)*. Y sobre lo segundo dixo así el Apostol Santiago: *Pida con fé sin duda alguna, porque el que duda es semejante a la ola del mar, que es movida, y llevada por el viento de una parte a otra. No piense pues tal hombre recibir del Señor cosa ninguna (Jacob 1)*. Otras muchas utilidades, y provechos nos acarrea esta fé. Primeramente nos dispone para toda modestia, y humildad de ánimo: pues dice así el príncipe de los Apostoles: *Humillaos debaxo de la mano poderosa de Dios (1 Petr. 5)*. Enséñanos tambien, que no debe temerse donde no hay por qué, y que solamente se ha de temer a Dios, en cuya potestad estamos puestos con todas nuestras cosas: porque dice nuestro Salvador: *Yo os mostraré a quien habeis de temer. Temed a aquel, que despues de muerto el cuerpo, tiene poder para echar el alma en el infierno (Luc. 12)*. Así mismo nos valemos de esta fé para reconocer y celebrar los inmensos beneficios de Dios hácia nosotros; porque el que contempla a Dios Todopoderoso, no puede ser de corazon tan ingrato, que dexé de exclamar muchas veces: *¡Cosas grandes hizo en mí, el que es Poderoso! (Luc. 1)*

14. Aunque se atribuye al Padre ser Todopoderoso, igualmente conviene al

Hijo, y al Espíritu Santo.

Pero de que en este artículo llamemos al Padre Todopoderoso, nadie debe caer en el error de pensar, que de tal manera se le atribuya este nombre, que no sea tambien comun al Hijo, y al Espíritu Santo: porque así como decimos Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espíritu Santo, y sin embargo no decimos haber tres Dioses, sino un Dios; así tambien confesamos igualmente Todopoderoso al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo; mas no decimos que hay tres Todopoderosos, sino solo uno. Llamamos empero Todopoderoso al Padre por la razon particular de que es la fuente de todo origen: así como al Hijo que es la palabra eterna del Padre, atribuimos la sabiduría, y la bondad al Espíritu

Santo, que es el amor del Padre, y del Hijo: aunque estos, y otros semejantes nombres se digan comunmente de todas tres Personas segun la regla de la fé católica.

"Criador del cielo, y de la tierra."

15. *De qué modo, y por qué causa crió Dios el cielo, y la tierra.*

Lo muy necesario que ha sido instruir a los fieles de antemano en el conocimiento de Dios Todopoderoso, se puede ver por las cosas, que ahora se deben explicar acerca de la creacion del Universo; porque el milagro de una obra tan grande facilmente se cree, quando no hay duda alguna del inmenso poder del Criador. Porque no fabricó Dios el mundo de materia alguna, sino que le crió de la nada; ni hizo esto forzado de alguna violencia o necesidad, sino de su libre, y mera voluntad. No hubo otra causa que le induxese a esta obra de la creacion, que el comunicar su bondad a las cosas que hiciese. Porque la naturaleza de Dios siendo por sí misma infinitamente bienaventurada, de nada necesita, como dice David: *Dixe al Señor: tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes (Psalm 15)*. Y al modo que movido de su bondad hizo quanto quiso; así tambien al criar todas las cosas, no se guió por algun exemplar, o modelo que estuviese puesto fuera de sí mismo; sino que por contenerse en su inteligencia divina el exemplar de todas ellas, viéndole en sí mismo el supremo Artífice, y como imitándole, crió en el principio toda esta máquina del Universo con aquella suma sabiduría, e infinita virtud, que le es propia. *Porque él dixo, y las cosas fueron hechas: el mandó, y luego fueron criadas (Psal. 32 et 148)*.

16. *Qué se entienda aquí por el cielo, y la tierra.*

Mas por el nombre de cielo, y tierra se ha de entender, quanto cielo y tierra abrazan en sí; porque ademas de los cielos, que llamó el Profeta obras de sus dedos (*Psal. 8*), añadió tambien la claridad del sol, y el adorno de la luna, y de los demas astros. Y para que sirviesen de señales, y distinguiesen los tiempos, los días, y los años, concertó los orbes de los cielos con un curso tan cierto, y permanente, que ni pueda verse cosa mas movible, que su perpétua revolucion, ni otra mas cierto que su movimiento.

17. De la creacion de los Angeles, y de sus dones.

Demas de esto crió Dios de la nada la naturaleza espiritual, y ángeles innumerables, que le sirviesen y asistiesen, a los quales luego enriqueció y adornó con el don maravilloso de su gracia, y poderío; porque diciendo la sagrada escritura: que el diablo no estuvo firme en la verdad (Joann. 8), es manifiesto, que él, y todos los demas ángeles desertores fueron adornados con la gracia desde el principio de su creacion. Acerca de lo qual dice así San Agustín: *Crió Dios los ángeles con buena voluntad, esto es, con amor casto, con que se unen con él: formando en ellos la naturaleza, y al mismo tiempo dándoles la gracia* (Lib. 12 de Civit. Dei cap. 9). Y así se ha de creer, que los ángeles buenos nunca estuvieron sin voluntad, o sin amor de Dios. Por lo que mira a la ciencia hay aquel testimonio de las letras sagradas: *Tú, Señor, mi Rey, eres sabio, así como tiene sabiduría un ángel de Dios: de modo que entiendes todas las cosas sobre la tierra* (2 Reg. 14). Y en fin por lo que hace al poder se le atribuye el divino David por aquellas palabras: *Poderosos en virtud, y que hacen sus mandamientos* (Psalm. 102): Y por esta razon se llaman muchas veces en las sagradas letras *Virtudes y Exércitos del Señor*. Pero aunque todos ellos fuéron dotados de celestiales dones, sin embargo muchísimos que desertáron de Dios su Padre, y criador, fuéron derribados de aquellas altísimas sillas, y encerrados en una caverna obscurísima de la tierra, donde pagan las penas eternas de su soberbia; de los quales escribe de este modo el príncipe de los Apostoles: *No perdonó Dios a los ángeles que pecáron, mas ántes amarrados con las cadenas del infierno, los entregó a sus tormentos, reservándolos para el juicio* (2 Petr. 2)

18. De la creacion de la tierra.

A la tierra tambien fundada sobre su firmeza mandó Dios por su palabra, que se mantuviese firme en la parte que está en medio del mundo, e hizo que se empinasen los montes, y se baxasen los campos al lugar que les señaló (Psalm. 103), y para que no la anegase la fuerza de las aguas, les puso coto, que no traspasarán, ni se encresparán, para cubrir la tierra. Despues no solamente la vistió y hermoseó con toda variedad de árboles, yerbas y flores; sino que la pobló tambien de innumerables especies de animales al modo que ántes habia ya poblado las aguas, y el ayre.

19. De la creacion del hombre.

Ultimamente formó Dios al hombre del lodo de la tierra, dispuesto y concertado en quanto al cuerpo de tal modo, que fuese inmortal, e impasible, no por virtud de su naturaleza, sino por beneficio divino. Por lo que toca al alma la formó a su imágen y semejanza, y la dió libre albedrío, y con tal harmonía templó en ella todos los movimientos, y apetitos del alma, que nunca dexasen de obedecer al imperio de la razon. Sobre esto le añadió que presidiese a los demás animales. Mas esto facilmente podrán saber los Párrocos para instruccion de los fieles por la sagrada historia del Génesis.

20. Por los nombres de cielo y tierra se entiendan todas las cosas visibles, e

invisibles.

Estas son las cosas que sobre la creacion del Universo se han de entender por las palabras *del cielo, y de la tierra*. Y todo esto lo comprehendió el Profeta brevemente en estos términos: *Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra, la redondez de ella con todas las cosas de que está poblada, tú la fundaste* (Psalm. 88). Pero aun mucho mas breve lo significáron los Padres del Concilio Niceno en aquellas dos palabras, que añadiéron al Símbolo: *Visibles, e invisibles*; porque todas las cosas que hay en el universo, que confesamos haber sido criadas por Dios, o pueden percibir las los sentidos, y éstas son las *visibles*: o solo las podemos percibir con el entendimiento, que son las que se llaman *invisibles*.

21. Las cosas que Dios crió no pueden subsistir sin su providencia.

Mas no se ha de creer que Dios es criador, y hacedor de todo en tal manera que juzguemos, que despues de acabada, y cumplida la obra, puedan las cosas que hizo, mantenerse en adelante sin su infinita virtud; porque así como hizo el sumo opder, sabiduría, y bondad del criador, que tuvieran sér, así luego al punto se reducirian a la nada, si su providencia perpetua no estuviera presente, conservándolas con la misma virtud con que las crió al principio. Así lo declara la sagrada escritura, quando dice: *¿Cómo podria nada permanecer, si tú no quisieras, o se conservaría lo que tú no llamas?* (Sap. 11)

22. Dios premueve las criaturas sin impedir su actividad.

Y no solamente conserva el Señor y administra con su providencia todas las cosas que hay, sino que tambien a las que se mueven, y hacen algo, las impele con íntima virtud al movimiento, y accion de tal modo, que aunque no impida, previene sin embargo la eficiencia de las causas segundas; porque su ocultísima virtud se extiende a cada una de las cosas en particular, y como afirma el sábio: *Toca fuertemente de fin a fin, y dispone suavemente todas las cosas* (Sap. 8). Por esto el Apostol anunciando a los Atenienses aquel Dios, que adoraban ignorándole, dixo: *No está léjos de cada uno de nosotros; porque en él vivimos, nos movemos, y somos* (Act. 17).

23. La obra de la creacion es comun a las tres divinas Personas.

Baste lo dicho para la explicacion de este primer artículo. Pero advertimos, que la obra de la creacion es comun a todas las Personas de la Santísima e individua Trinidad; porque en este lugar segun la doctrina de los Apostoles confesamos al Padre, criador del cielo, y de la tierra. En las escrituras sagradas leemos del Hijo: *Todas las cosas fueron hechas por él* (Joan. 1). Y del Espíritu Santo: *El Espíritu del Señor andaba sobre las aguas* (Gen. 1). Y en otra parte: *Por la palabra del Señor fueron establecidos los cielos, y por el Espíritu de su boca fué hecha toda la virtud de ellos* (Psalm. 32).

CAPÍTULO III.

DEL SEGUNDO ARTÍCULO DEL CREDO

"Y en Jesu-Christo su único Hijo nuestro Señor."

1. De lo muy útil que es la confesion de este artículo.

Lo muy maravillosa y muy copiosa que es la utilidad que redundó en beneficio del linage humano por la fé, y confesion de este artículo, lo muestra aquel testimonio de S. Juan: *Qualquiera que confesáre, que Jesu-Christo es Hijo de Dios, Dios está en él, y él en Dios* (1 Joan. 4). Y lo declara tambien el elogio de *bienaventurado*, que dió Christo Señor Nuestro al príncipe de los Apostoles: *Bienaventurado eres, Simon hijo de Jona: porque no te reveló eso la carne, ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos* (Matth. 16). Porque este es el fundamento firmísimo de nuestra salud, y redencion.

2. Por dónde se conocerá mejor la grandeza de este beneficio.

Mas porque el fruto de esta maravillosa utilidad se conoce mucho mejor por la ruina de aquel estado felicísimo, en que Dios habia colocado a los primeros hombres, pondrán los Párrocos particular cuidado sobre que conozcan los fieles la causa de las comunes miserias, y calamidades: porque habiéndose apartado Adán de la obediencia de Dios, y quebrantando aquel mandamiento: *De todo árbol que hay en el Paraíso comerás, mas del árbol de la ciencia del bien, y del mal no comas: porque en cualquier dia que comieres de él, morirás* (Genes. 2). Cayó en aquella suma calamidad de perder la santidad, y justicia con que habia sido criado, y de quedar sujeto a los demas males, que copiosamente declaró el Santo Concilio de Trento (Ses. 5 cap. 1 et 2). Y advertirán tambien a los fieles, que así el pecado, como su pena, no se quedó en solo Adán, sino que de él, como de semilla, y causa se derivó justamente a toda su posteridad.

3. Ninguno, sino Christo pudo reparar al linage humano.

Habiendo pues caído nuestro linage del altísimo grado de su dignidad, no podia levantarse de allí, ni ser restituido en manera ninguna a su lugar antiguo por fuerzas de hombres, o de ángeles. Por tanto solo restaba para remedio de la ruina, y de los males, que la infinita virtud del Hijo de Dios, tomando la flaqueza de nuestra carne, quitase la gravedad infinita del pecado, y nos reconciliase con Dios por medio de su sangre.

4. Ninguno pudo salvarse, sino por la fé de Christo. Por eso fué profetizado

muchas veces desde el principio del mundo.

La fé, y la confesion de esta redencion es necesaria a los hombres para conseguir la salud, y siempre lo fué: y Dios la manifestó desde el principio del mundo; porque en aquella condenacion del linage humano, que inmediatamente se siguió a la culpa, mostró tambien el Señor la esperanza de la redencion, por aquellas palabras con que intimó al demonio el daño, que le habia de venir por el rescate de los hombres. *Yo pondré, dixo Dios, enemistades entre tí, y la muger, y entre tu simiente, y la suya. Ésta te quebrará la cabeza, y tú andarás siempre acechando a sus calcañares* (Genes. 3). Y despues confirmó muchas veces esta misma promesa, y dió mayores muestras de su consejo divino, mayormente a aquellos con quienes quiso usar de singular benevolencia. Y entre otros habiendo insinuado muchas veces este misterio al Patriarca Abraham, entónces se la declaró mas al descubierto, quando obediciendo él al mandamiento de Dios, quiso sacrificarle su único hijo Isaac; pues le dixo: *Por quanto hiciste tal accion, y no perdonaste a tu único hijo por amor de mí, te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que está a la rib era del mar, y tus hijos poseerán las puertas de tus enemigos, y serán benditas en tu linage todas las gentes de la tierra: porque fuiste obediente a mi voz* (Genes. 22). De las quales palabras facilmente podia colegirse, que habia de ser descendiente de Abrahán, el que traxese la salud al mundo, libertándole de la cruelísima tiranía de satanás. Y éste no podia ser, sino el Hijo de Dios nacido de Abrahán segun la carne. Poco despues para que se conservase la memoria de la misma promesa, estableció el Señor el mismo pacto con Jacob nieto de Abrahán. Porque viendo él en sueños una escalera, que llegaba de la tierra al cielo, y a los ángeles de Dios que subian, y baxaban por ella, como afirma la escritura, oyó tambien al Señor, que reclinado en la

escala, le decia: *Yo soy el Señor Dios de Abrahán, tu Padre, y Dios de Isaac: La tierra en que duermes, darla he a tí, y a tus hijos, y tu descendencia será como el polvo de la tierra. Serás dilatado por el Oriente, y Occidente, Septentrion, y Mediodia, y serán benditas en tí, y en tu linage todas las tribus de la tierra* (Genes. 28). Ni despues desistió su Magestad de renovar esta memoria de su promesa, y de avivar la esperanza del Salvador, así en los descendientes de Abrahán, como en otros muchos. Porque establecida la República, y religion de los judíos, empezó a hacerse mas notoria a su pueblo: pues aun las cosas mudas la diéron a entender, y los hombres profetizáron, quáles, y cuán grandes bienes nos habia de traer aquel Salvador, y Redentor nuestro Jesu-Christo. Y ciertamente los Profetas, cuyo entendimiento fué ilustrado con lumbré del cielo, anunciáron al pueblo el nacimiento del Hijo de Dios, las obras maravillosas que hizo nacido hombre, su doctrina, costumbres, trato, muerte, resurreccion y los demas misterios de él, enseñando todas estas cosas tan a las claras, como si entonces sucediéran: de suerte que quitada la diferencia entre el tiempo pasado y venidero, no vemos que intervenga otra alguna entre los vaticinios de los Profetas, y la predicacion de los Apostoles, ni entre la fé de los Patriarcas antiguos, y la nuestra. Mas ya parece que se debe tratar de cada una de las partes de este artículo.

7. De lo que significa el nombre de Christo, y por quantos títulos conviene a nuestro Salvador.

Al nombre de JESUS se añadió el de Christo, que quiere decir *Ungido*, es nombre de honor, y de oficio, y no es propio de uno solo, sino comun a muchos. Porque aquellos nuestros apdres antiguos llamaban Christos a los sacerdotes y reyes, los quales tenia mandado Dios, que fuesen ungidos por la dignidad de su cargo: pues los sacerdotes son los que encomiendan al pueblo a Dios con oraciones contiúas, los que ofrecen sacrificios, y ruegan por el bien de la República. Y a los Reyes está cometida la gobernacion de los pueblos, y a ellos pertenece muy particularmente mantener la autoridad de las leyes, defender la vida de los inocentes, y reprimir la osadía de los malhechores. Y como cada uno de estos empleos representa en la tierra la Magestad de Dios; por eso los que eran, escogidos para exercer el oficio real, o sacerdotal, eran ungidos con oleo. Tambien fué costumbre ungir a los Profetas, los quales como intérpretes, y embaxadores de Dios, nos descubriéron los secretos celestiales, y con saludables preceptos, y anuncios de las cosas

venideras, exhortaron a los pueblos a enmendar las costumbres. Pero viniendo al mundo nuestro Salvador Jesu-Christo tomó sobre sí los empleos, y oficios de todas tres personas, de Profeta, de Sacerdote, y de Rey; y por estas causas fué llamado Christo, y fué ungido, para cumplirlos, no por obra de algun hombre mortal; sino por virtud del Padre celestial, ni con ungüento terreno, sino con oleo espiritual: como que se derramó sobre su alma santísima la plenitud del Espíritu Santo, la gracia y la copia de todos los dones en abundancia mucho mayor, que lo que pudiera recibir qualquier otra naturaleza criada. Así lo mostró claramente el Profeta quanto dixo, hablando al mismo Redentor: *Amaste la justicia, y aborreciste la maldad: por tanto te ungió Dios, tu Dios con oleo de gozo mas que a quantos participáron de él* (Psalm. 44). Lo mismo tambien, y mucho mas abiertamente demostró Isaís por estas palabras. *El Espíritu del Señor está en mí: porque él me ungió con su gracia, y me envió a predicar a los mansos* (Isai. 61). Y así fué Jesu-Christo sumo Profeta, y Maestro que nos enseñó la voluntad de Dios, y por cuya doctrina recibió el mundo el conocimiento del Padre celestial: y le conviene este nombre tanto mas esclarecida, y excelentemente, quanto todos los otros que fuéron ennoblecidos con el nombre de Profeta, fuéron discípulos suyos, y determinadamente enviados, para que anunciasen a este Profeta que habia de venir a salvar a todos. Tambien fué Christo sacerdote, no de aquel órden del que lo fuéron en la ley antigua los sacerdotes de la Tribu de Leví; sino del que cantó el Profeta David: *Tú eres Sacerdote para siempre segun el órden de Melquisedec* (Psalm. 109), argumento que cuidadosamente prosiguió el Apostol escribiendo a los Hebreos (Hebr. 5). Asimismo reconocemos a Christo por Rey no solo en quanto Dios, sino aun en quanto hombre, y en quanto es participante de nuestra naturaleza. Acerca de lo qual dixo el ángel: *Reynará en la casa de Jacob para siempre, y su reyno no tendrá fin* (Luc. 1). Y este reyno de Christo, que es espiritual, y eterno, se empieza en la tierra, y se perfecciona en el cielo. Y en efecto cumple en su Iglesia con providencia maravillosa los oficios de Rey. Porque él mismo la gobierna, él la defiende de los impetus y asechanzas de los enemigos, él la establece leyes, y él la dá no solamente santidad y justicia, sino tambien virtud, y fuerzas para perseverar. Y aunque en los límites de este reyno se contienen así buenos, como malos, y por lo mismo todos los hombres pertenecen de justicia a él; con todo eso los que experimentan señaladamente la bondad, y largueza de nuestro Rey, son los que hacen vida inocente y limpia segun sus mandamientos. Y no recayó en él este reyno por derecho hereditario, o humano, aunque descendia de Reyes nobilísimos; sino que fué Rey, porque Dios atesoró en aquel hombre todo el poder, grandeza y dignidad que puede caber en naturaleza humana. Dióle pues el reyno de todo el mundo, y en el dia del juicio

se le sujetarán cumplida y cabalmente todas las cosas, como ya ha empezado a ponerse por obra.

"Su único Hijo."

8. En qué manera debemos confesar a Jesu-Christo, Hijo único de Dios.

Por estas palabras se proponen a los fieles los misterios mas altos que deben creer y contemplar en Jesu-Christo. Conviene a saber, que es Hijo de Dios, y Dios verdadero: como lo es el Padre que le engendró desde la eternidad. Demas de esto le confesamos tambien segunda Persona de la Trinidad divina, igual en todo a las otras dos: pues nada desigual, o desemejante puede haber, o fingirse en las Personas divinas: quando reconocemos una sola esencia, una voluntad, y un poder en todas: como es patente en muchos lugares de la sagrada escritura, y clarísimamente lo demuestra aquel testimonio de San Juan: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era el Verbo (Joann. 1)*. Pero quando oimos que Jesu-Christo es Hijo de Dios, no habemos de pensar de su nacimiento cosa alguna terrena, o mortal, sino aquel nacimiento con que el Padre desde toda la eternidad engendró al Hijo, el qual de ningun modo podemos percibir por la razon, ni entenderle perfectamente; pero debemos creerle con toda firmeza, y adorarle con suma devocion del alma, y como atónitos, admirados del misterio, exclamation con el Profeta: *¿Quién declarará con palabras su generacion? (Isai. 53)* Háse pues de creer, que el Hijo es de la misma naturaleza, del mismo poder, y sabiduría que el Padre: como lo confesamos claramente en el Símbolo Niceno diciendo: *Y en Jesu-Christo, Hijo Unigenito de Dios, y nacido del Padre ante todos los siglos, Dios de Dios, lumbre de lumbre, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien fuéron hechas todas las cosas.*

9. Declárase, con un simil la generacion eterna de Christo, sus dos nacimientos, y su filiacion.

Pero entre todos los símiles que suelen traerse, para dar a entender el

modo, y manera de esta eterna generacion, el que mas de cerca parece se arrima a este propósito, es el que se tomó del modo de pensar de nuestro entendimiento: por lo qual San Juan llama *Verbo* al Hijo de Dios (Joann. 1). Porque así como nuestro entendimiento, conociéndose de algun modo a sí mismo, forma una imagen suya, que los Teólogos llaman Verbo, así Dios (segun que las cosas humanas se pueden comparar con las divinas) entendiéndose a sí mismo, engendra al Eterno Verbo. Aunque lo mejor es contemplar lo que propone la fé, creer sencillamente que es verdadero Dios, y verdadero hombre, y confesarle engendrado verdaderamente, como Dios por el Padre ante todos los siglos, y como hombre nacido en tiempo de su Madre Santa María Virgen. Mas aunque reconocemos dos nacimientos suyos, sin embargo creemos que es un solo Hijo: por ser una la Persona en la qual se juntan las dos naturalezas divina y humana.

10. Cómo se entiende, que Christo no tiene hermanos.

Y por lo que mira a la divina generacion, ni tiene hermanos ni coherederos ninguno: porque es hijo único del Padre, y nosotros los hombres hechura y obra de sus divinas manos. Pero si contemplamos el nacimiento humano, no solamente llama él a muchos con el nombre de hermanos; sino que efectivamente los tiene en lugar de tales, para que junto con él consigan la gloria de la herencia paterna. Estos son los que han recibido por la fé a Christo Señor nuestro, y acreditan por las obras y oficios de caridad la fé que profesan en el nombre. Y por esto le llama el Apostol Primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8).

"Nuestro Señor."

11. Christo aun en quanto hombre es nuestro Señor.

Muchas son las cosas que se dicen de nuestro Salvador en las escrituras sagradas, de las cuales es claro que unas le convienen en quanto Dios, y otras en quanto hombre: porque de naturalezas diversas tomó sus diversas propiedades. Y así decimos con verdad, que Christo es todopoderoso, eterno, inmenso: lo qual le conviene por la naturaleza divina. Asimismo afirmamos, que padeció, murió, resucitó. Y esto nadie duda que conviene a la humana. Pero demas de estas cosas hay otras algunas que convienen a una y otra naturaleza: como quando en este lugar le llamamos Señor nuestro: pues a qualquiera de las dos naturalezas que se aplique este nombre, debemos justamente

llamarle Señor nuestro. Porque así como es eterno Dios, como el Padre, así es igualmente como él, Señor de todo. Y así como él y el Padre no son distintos dioses sino un Dios mismo: del mismo modo él y el Padre no son diversos señores sino solo uno. pero aun en quanto hombre se llama rectamente Señor nuestro por muchas razones. Y primeramente por haber sido nuestro Redentor, y libertándonos de la esclavitud del pecado, de justicia tomó el poder de ser y de decirse verdaderamente nuestro Señor. Así lo enseña el Apostol: *Se humilló a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz. Por lo qual Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesus se arrodille toda criatura en cielo, tierra, e infierno: y toda lengua confiese, que nuestro Señor Jesu-Christo está en la gloria de Dios Padre* (Philip. 2). Y el mismo Señor despues de la resurreccion dixo de sí: *Dado me es todo el poder en los cielos, y en la tierra* (Matth. 28). Dícese tambien nuestro Señor, por estar unidas en una Persona las dos naturalezas divina y humana: porque por esta maravillosa union mereció, que aunque no hubiera muerto por nosotros, todavía fuese constituido Señor en general de todas las criaturas, y en particular de los fieles que le obedecen, y sirven con sumo afecto de su alma.

12. Los christianos se deben entregar enteramente a Jesu-Christo, pisando

al demonio y al mundo.

Resta pues ahora que el Párroco amoneste al pueblo, y le haga saber que es cosa muy justa que nosotros, los que entre todos los hombres, traemos el nombre de Christo, y nos llamamos christianos, y que no podemos ignorar quán grandes beneficios nos ha hecho, y señaladamente el que por su gracia entendemos por la fe todos estos misterios; es muy justo (vuelvo a decir) que nosotros mismos nos ofrezcamos no ménos que como esclavos, y nos consagremos para siempre a nuestro Redentor y Señor. Y a la verdad quando fuimos bautizados, así lo prometimos ante las puertas de la Iglesia; pues declaramos que renunciabamos a satanas y al mundo, y que del todo nos entregabamos a Jesu-Christo. Pues si entónces para sentar plaza en la milicia de Christo nos ofrecimos a su Magestad con una profesion tan santa y solemne ¿de qué castigos no serémos dignos, si despues de haber entrado en la Iglesia, despues de haber conocido la voluntad y leyes de Dios, despues que recibimos la gracia de los santos sacramentos, vivimos segun las máximas y reglas del mundo, y del demonio en la misma manera que si al ser bautizados hubiéramos

prometido servir, no a Christo Redentor y Señor nuestro, sino al mundo, y al diablo? ¿Pero qué alma habrá, que no la encienda en el fuego de su amor la voluntad de un Señor tan grande, tan benigno, y tan inclinado hacia nosotros? ¿Pues teniendonos baxo de su poder y señorío como a siervos redimidos con su sangre, sin embargo nos abraza con tal amor, que nos llama no siervos sino amigos y hermanos? Esta ciertamente es causa justísima (Y acaso la mayor de todas) por la qual debemos reconocerle, servirle, y adorarle perpetuamente, como a nuestro dueño y Señor.

CAPÍTULO IV.

DEL TERCER ARTÍCULO DEL CREDO.

"Que fué concebido por el Espíritu Santo, y nació de Santa María Virgen."

Qué es lo que en este artículo se nos manda creer.

Con gran facilidad pueden conocer los fieles por lo que queda dicho en el artículo inmediato, cuán grande y singular fué el beneficio que hizo Dios a los hombres, sacandolos a libertad de la servidumbre del mas cruel tirano. Pero si pusiéremos los ojos de la consideracion en el consejo y modo con que señaladamente quiso hacer esta obra, hallarémos sin duda que no cabe cosa mas ilustre ni grandiosa, que esta largueza y bondad de Dios para con nosotros. Empezará pues el Párroco por la explicacion de este tercer artículo a mostrar la grandeza de este misterio, que a cada paso nos le proponen las escrituras sagradas, para que le consideremos como principal fundamento de nuestra salud, y enseñará que su sentido es éste: que creemos y confesamos que el mismo Jesu-Christo, único Señor nuestro, Hijo de Dios, quando tomó por nosotros carne humana en el vientre de la Virgen, fué concebido sobre todo órden de naturaleza; no por obra de varon, como los demas hombres; sino por virtud del Espíritu Santo; de tal modo que una misma Persona, permaneciendo Dios, como lo era desde la eternidad, se hiciese hombre, lo qual ántes no era. Así se han de entender estas palabras, como consta claramente por la confesion del Sagrado Concilio de Constantinopla, que dice: *Que por nosotros los hombres, y por nuestra salud baxó de los cielos, y encarnó por virtud del Espíritu Santo de Santa María Virgen, y se hizo hombre.* Y esto explicó tambien San Juan Evangelista, como quien habia bebido del pecho del mismo Salvador el conocimiento de este altísimo misterio. Porque habiendo declarado la naturaleza del Verbo divino por aquellas palabras: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y Dios era el Verbo;* al cabo concluyó: *Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros* (Joan. 1).

2. En la Encarnacion no hubo confusion ninguna de las naturalezas divina y

humana.

Porque el divino Verbo que es Persona de la naturaleza divina, de tal modo tomó la naturaleza humana, que fuese una sola y una misma la Hipóstasis y Persona de ambas naturalezas. Y de aquí provino que esta maravillosa union conservase las acciones, y propiedades de ambas naturalezas: y que como dice el gran Pontífice San Leon: *Ni la gloria de la divina consumiese a la humana, ni la baxeza de la humana disminuyese a la divina* (Serm. 1 de Nativit.).

Todas tres divinas Personas obráron el misterio de la Encarnacion, y por qué

se atribuye al Espíritu Santo.

Mas como no debe omitirse la explicacion de las palabras, enseñará el Párroco que quando dicimos que el Hijo de Dios fué concebido por virtud del Espíritu Santo, no entendemos que sola esta Persona de la Trinidad divina fué la que obró el misterio de la Encarnacion. Porque aunque solo el Hijo se vistiese de la naturaleza humana; sin embargo todas las Personas de la Trinidad Santísima Padre, Hijo y Espíritu Santo fueron obradoras de este misterio. Porque siempre se debe retener aquella regla de la fe christiana: *Que todo quanto hace Dios fuera de sí en las cosas criadas, es comun a todas tres Personas: y que ni obra mas una que otra, ni una sin otra hace cosa alguna* (D. Aug. lib. 1 de Trinitat. cap. 4). Lo que no puede ser comun a todas, es el proceder una persona de otra. Porque el Hijo es engendrado por el Padre solamente: y el Espíritu Santo procede del Padre, y del Hijo. Mas todas tres Personas sin diferencia alguna hacen todas las obras que salen de ellas fuera de sí mismas. Y en esta clase se ha de contar la Encarnacion del Hijo de Dios. Pero aunque esto es así, suelen con todo eso las sagradas letras atribuir a determinadas Personas alguna cosa de aquellas que son comunes a todas: como apropian al Padre la omnipotencia, al Hijo la sabiduría, y al Espíritu Santo el amor. Y como el misterio de la Encarnacion divina declara la singular e inmensa benignidad de Dios hácia nosotros, por eso especialmente se atribuye esta obra al Espíritu Santo.

4. En la Encarnacion se obráron unas cosas naturalmente, y

sobrenaturalmente otras.

En este misterio echamos de ver unas cosas obradas sobre el órden de naturaleza, y otras por virtud de la naturaleza misma. Porque quando creemos que el cuerpo de Christo fue formado de la sangre purísima de la Virgen Madre, en esto reconocemos la naturaleza humana: pues es comun a los cuerpos de todos los hombres ser formados de la sangre de la Madre. Mas lo que sobrepuja todo el órden de naturaleza y toda inteligencia humana es, que luego que la bendita Virgen dió su consentimiento a las palabras del angel, y dixo: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu palabra* (Luc. 1), al punto fue formado el santísimo cuerpo de Christo, y unida a él el alma racional: y de este modo en aquel mismo instante fue perfecto Dios y perfecto hombre. Y no puede dudarse que fue obra nueva y admirable del Espíritu Santo. Porque segun el órden natural cuerpo ninguno puede ser informado por el alma racional, sino despues de determinado espacio de tiempo. A esto se junta lo que es digno de toda admiracion; que luego que el alma se unió con el cuerpo, se juntó tambien la misma divinidad con el alma, y con el cuerpo. Y así todo fue a una, formarse el cuerpo, animarse con el alma, y unirse con cuerpo y alma la divinidad. De donde se siguió que en un mismo punto de tiempo fuese perfecto Dios y perfecto hombre: que la santísima Virgen se dixese verdadera y propriamente Madre de Dios y hombre: por haber concebido en ese mismo instante a Dios y al hombre. Esto fue lo que la dió a entender el angel, quando la dixo: *He aquí concebirás en tú vientre, y parirás un Hijo, al qual llamarás Jesus. Este será grande, y llamarse ha Hijo del Altísimo* (Luc. 1). Y con esto se cumplió lo que profetizó Isaías, diciendo: *He aquí concebirá una Virgen, y parirá un Hijo* (Isai. 7). Y lo mismo declaró Santa Isabel, quando llena del Espíritu Santo entendió la concepcion del Hijo de Dios: *¿De dónde (dixo) a mi tan grande bien, que la Madre de mi Señor venga a mi?* (Luc. 1) Pero así como el cuerpo de Christo fue formado de la sangre purísima de la castísima Virgen sin obra alguna de varon, y por sola virtud del Espíritu Santo, como ya diximos; así tambien en el punto en que fue concebido recibió su alma abundantísima copia del Espíritu de Dios, y todo el lleno de sus dones: porque como afirma San Juan: *No la da Dios con medida el Espíritu* (Joan. 3), como a los demas hombres que son adornados de santidad y gracia; sino que derramó sobre aquella alma toda gracia tan abundantemente, que todos recibiesemos de su plenitud (Joan. 1).

5. No puede decirse Christo Hijo adoptivo de Dios.

Mas no por eso se puede llamar Christo Hijo adoptivo de Dios, aunque tuviese aquel Espíritu, por el qual consiguen los hombres justos la adopcion de hijos de Dios: porque siendo Hijo de Dios por naturaleza, en manera ninguna se ha de juzgar que le conviene la gracia, o el nombre de adopcion.

6. Qué es lo que especialmente se debe meditar sobre la primera parte de este artículo.

Estas son las cosas que ha parecido, debian explicarse acerca del admirable misterio de la Encarnacion. Y para que de ellas saquemos saludables frutos, deben los fieles traer primeramente a la memoria y pensar muchas veces dentro de sí mismos, que es Dios el que tomó carne humana, y que de tal manera se hizo hombre, que ni el entendimiento lo puede alcanzar, mucho menos explicarlo la lengua. Ultimamente, que por este fin quiso hacerse hombre, para que nosotros los hombres renaciesemos hijos de Dios. Habiendo atentamente considerado esto, crean tambien y adoren con corazon humilde y fiel todos los misterios que se encierran en este artículo, y no quieran averiguarlos o escudriñarlos con curiosidad: porque estos es cosa que apenas puede hacerse sin peligro.

"Y nació de Santa Maria Virgen."

7. Cómo se entiende haber nacido Christo de Santa Maria Virgen.

Esta es la segunda parte de este artículo en cuya explicacion pondrán los Parrocos particular cuidado: porque deben los fieles creer no solamente que Jesu-Christo fue concedo por virtud del Espíritu Santo; sino tambien que nació, y salió a luz de Santa Maria Virgen. Con cuánta alegria y regocijo del alma se haya de contemplar la fe de este misterio, decláralo la voz del angel que fue el primero que traxo al mundo esta felicisima nueva: porque dixo: *Mirad que os anuncio unas nuevas de grande alegria que será para todo el pueblo* (Luc. 2). Y tambien

se dexa entender facilmente por aquel cántico de la celestial milicia que entonaron los angeles: *Gloria sea a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Ibidem). Desde entónces tambien se empezó a cumplir aquella tan magnifica promesa de Dios a Abrahán a quien fue dicho que llegaria tiempo, en que en su descendencia fuesen benditas todas las gentes (Genen. 22). Porque Maria Santisima a quien celebramos y adoramos como a Madre verdadera de Dios, por haber parido una Persona que es justamente Dios y hombre, trae su origen del Rey David.

8. Christo nació sobrenatural y milagrosamente.

Pero asi como la concepcion de Christo excede todo el orden de naturaleza, asi en el nacimiento no hay que contemplar cosa que no sea divina. Demas de esto (que no cabe decirse ni entenderse cosa mas admirable) nace de Madre sin menoscabo alguna de su virginal pureza. Y al modo que despues salió del sepulcro cerrado y sellado, y entró a sus discipulos cerradas las puertas, o (no desviandonos de lo que cada dia vemos acaecer naturalmente) al modo que los rayos del sol penetran el cuerpo sólido del vidrio, sin quebrarle ni hacerle daño alguno; asi, vuelvo a decir, y por modo mas alto con infinitas ventajas salió a luz Jesu-Christo del materno alvergue sin detrimento alguno de la integridad de su Madre: pues celebramos con alabanzas muy verdaderas su incorrupta y perpetua virginidad. Esto a la verdad se obró por virtud del Espíritu Santo, quien de tal modo asistió a la Madre en la concepcion y parto del Hijo, que la diese fecundidad, y la conservase perpetua virginidad.

9. Christo es segundo Adan, y Maria Santísima segunda Eva.

Suele de quando en quando el Apostol llamar a Jesu-Christo segundo Adan, y compararle con el primero. Porque asi como muriéron todos en el primero, asi cobraron vida en el segundo: y asi como Adan fue Padre de todos los hombres, por lo que toca a la naturaleza, asi Christo es autor de la gracia y de la gloria. Pues a este modo podemos comparar tambien a la Madre Virgen con Eva: de suerte que a la primera Eva corresponda la segunda, que es María: segun hemos mostrado que el primer Adan corresponde el segundo. Porque si Eva creyendo a la serpiente introduxo en el linage humano la maldicion y la muerte; creyendo al angel Maria, vino sobre los hombres por la

bondad de Dios la bendición y la vida. Por Eva nacemos hijos de ira, y por Maria recibimos a Christo, por quien renacemos hijos de la gracia. A Eva se dixo: *Con dolor parirás tus hijos* (Genes. 3). Maria fue esenta de esta ley: porque (como ya se dixo) salva la integridad de su virginal pureza sin dolor alguno parió a Jesus Hijo de Dios.

10. De las profecías y figuras de la concepcion y nacimiento de Christo.

Siendo pues tan grandes y tantos los misterios de esta maravillosa concepcion y nacimiento, fue muy conforme a la providencia divina anunciarlos por muchas figuras y vaticinios. Por esto entendieron los santos Doctores que pertenecian aquí muchas cosas que leemos en varios lugares de la sagrada escritura, y señaladamente aquella puerta del santuario que vió cerrada Ezequiel (Ezech. 44); mas: la piedra cortada del monte sin manos, como se refiere en Daniel (Dan. 2), la qual vino a hacerse un monte tan grande que llenó toda la tierra. Tambien la vara de Aarón, la qual sola brotó entre las de de los príncipes de Israel (Num. 17); y asimismo la zarza que vió Moyses arder, sin quemarse (Exod. 3). Muy a la larga describió el santo Evangelista la historia del nacimiento de Christo: teniendo esa lectura tan a mano los Parrocos, no hay por qué detenernos mas en este punto.

11. De lo mucho que se debe inculcar la meditacion de este misterio y los

grandes provechos que produce.

Pero debe el Parroco poner gran diligencia, sobre que estos misterios que estan escritos para nuestra enseñanza (Rom. 15) se claven fixamente en las almas y corazones de los fieles. Lo primero para que acordándose de tan gran beneficio, den algunas gracias a Dios su bienhechor. Y despues para ponerles delante de los ojos un tan asombroso y singular exemplo de humildad para que le imite. Porque ¿qué cosa puede haber mas util y mas conveniente para reprimir la soberbia y altanería de nuestros corazones, que pensar muchas veces que de tal manera se humilla Dios a sí mismo, que comunica a los hombres su gloria, y toma la flaqueza y enfermedad de los hombres? ¡Que se haga un hombre un Dios, y que sirva al hombre aquella suprema e infinita Magestad, a cuya seña se estremecen y tiemblan las

columnas del cielo! como dice la escritura (Job. 26). ¡Y que nazca en la tierra aquel a quien adoran en el cielo los angeles! ¿Que pues haciendo esto por nosotros un Dios, qué (vuelvo a preguntar) deberemos nosotros hacer por servirle? ¿Con cuánto gozo y prontitud del alma deberemos amar, abrazar y cumplir todos los oficios de humildad? ¡Vean los fieles con cuán saludable doctrina nos instruye Christo naciendo, y antes que empiece a pronunciar voz alguna! Nace pobre, nace como peregrino en una posada, nace en un pesebre humilde, nace en medio de un invierno: pues escribe así San Lucas: *Acació que estando allí, se cumplieron los dias de su parto, y parió a su Hijo Primogenito, y envolvióle en pañales y le reclinó en un pesebre, porque no habia para ellos lugar en el meson* (Luc. 2). ¿Pudo por ventura el Evangelista encerrar en palabras mas humildes toda la Magestad, y gloria del cielo y de la tierra? Y no dice que no habia lugar en la posada, sino que no le hubo para aquel que dice: *Mia es la redondez de la tierra y su plenitud* (Psalm. 88): lo qual tambien testificó otro Evangelista diciendo: *A los suyos vino, y los suyos no le recibieron* (Hebr. 2). Pues quando los fieles hubieren mirado con atencion estas cosas, piensen tambien que se quiso Dios sujetar a la humildad y flaqueza de nuestra carne, para que el linage humano fuese colocado en un grado altísimo de dignidad: porque esto solo basta para declarar la dignidad y excelencia del hombre, la qual le fue concedida por el divino beneficio de haberse hecho hombre el mismo que es verdadero y perfecto Dios: de suerte que ya podemos gloriarnos, de que es nuestra carne y nuestra sangre el Hijo de Dios: lo qual no se concede a aquellos beatísimos espiritus: porque *no tomó*, como el Apostol dice, *la naturaleza angelica sino la humana*. Sobre todo esto es de temer no suceda con gravísimo daño nuestro, que así como no hubo por él lugar donde naciese en la posada de Belen; así tampoco le pueda hallar en nuestros corazones, para nacer en espiritu, quando ya no nace en carne. Esto es lo que desea vivamente como amantísimo de nuestra salud. Porque así como él se hizo hombre por virtud del Espiritu Santo, y nació sobre todo el orden de naturaleza, y fue tanto, y en tal manera santo, que es la misma santidad; así debemos nosotros nacer no de la sangre ni de la voluntad de la carne, sino de Dios (Joann. 1), y luego como nuevas criaturas andar en novedad de espiritu, y guardar aquella santidad y entereza de alma, que en gran manera corresponde a hombres reengendrados por el Espiritu de Dios: pues de ese modo expresaremos en nosotros mismos alguna imagen de esa santa concepcion y nacimiento del Hijo de Dios, que creemos con animo fiel, y creyendolo, veneramos y adoramos la sabiduria de Dios que está escondida en el misterio (1. Cor. 2).

CAPÍTULO V.

DEL CUARTO ARTÍCULO.

"Padeció debaxo del poder de Pondo Pilato, fue crucificado, muerto, y sepultado."

1. De la necesidad de conocer este artículo, y de la inteligencia de su primera

parte.

Lo muy necesario que es entender este artículo, y con quinto desvelo deba cuidar el Párroco que renueven los fieles frecuentísimamente la memoria de la pasión del Señor; lo declara el Apostol, quando afirma: que él no sabía otra cosa, que a Jesu-Christo, y a éste crucificado (Ibid.) Y por tanto no se ha de perdonar a estudio ni trabajo ninguno sobre este argumento: a fin de que se aclare quanto fuere posible, y que movidos los fieles con la memoria de tan grande beneficio se dediquen del todo a venerar el amor y bondad de Dios para con nosotros. Pues lo que la fe nos propone que se debe creer en la primera parte del artículo (que de la segunda se hablará despues) es, que Christo Señor nuestro fue crucificado, quando Poncio Pilato administraba la provincia de Judea por mandado de Tiberio Cesar. Porque fue preso, escarnecido, y maltratado con varios linages de injurias y tormentos, y últimamente clavado en la cruz.

2. El alma de Christo sintió los tormentos, como si no estuviera unida a la

divinidad.

Y nadie debe dudar que el alma santísima de su Magestad, por lo que toca a la parte inferior, no estuvo libre de estos tormentos. Porque habiendo tomado verdaderamente la naturaleza humana, es necesario confesar que sintió tambien en su alma gravísimo dolor. Por esto dixo:

Triste esta mi alma hasta la muerte (Matth. 26). Porque aunque estaba la naturaleza humana unida a la Persona divina, sin embargo de esa unión no sintió menos la acerbidad de las penas, que si tal unión no hubiese sido hecha: por haberse conservado en la única Persona de Jesu-Christo las propiedades de ambas naturalezas divina y humana. Y así lo que era mortal y pasible, pasible y mortal permaneció. Y asimismo lo que era inmortal e impasible (como entendemos que lo es la naturaleza divina) retuvo su propiedad.

3. Por qué se expresa en el Credo el Presidente de Judea.

Acerca de lo que en este lugar vemos notado tan cuidadosamente, esto es, que Jesu-Christo padeció en aquel tiempo que gobernaba Poncio Pilato la Provincia de Judea, enseñará el Párroco que se hizo esto, para que el conocimiento de una cosa tan importante y necesaria pudiera ser a todos mas averiguado, quando se señalaba el tiempo fijo en que sucedió: como leemos que lo hizo el Apostol Pablo (*1. Tim. 6*). Y tambien porque en esas palabras se declara que se cumplió por la obra aquella profecía del Salvador. *Entregarlo han a los gentiles, para ser escarnecido, azotado, y crucificado (Matt. 20).*

4. Christo murió en Cruz por alto consejo de Dios.

Mas por qué causa determinadamente quiso el Señor morir en el árbol de la cruz, esto sin duda debe atribuirse a disposición de Dios: a saber, para que de donde nació la muerte, de allí saliera la vida. Porque la serpiente que habia vencido en un árbol a los primeros padres, fue vencida por Christo en el árbol de la cruz. Muchas razones de esto podríamos alegar aqui, las quales los santos Padres explicaron con difusión (*D. Thom. 3. part. quæst. 46. art. 4.*) para mostrar que fue convenientisimo, que nuestro Redentor padeciese principalmente muerte de cruz. Pero advierta el Párroco que basta a los fieles creer, que escogió nuestro Salvador aquel linage de muerte, que parecía mas propio y mas acomodado para la redención de los hombres: como en hecho de verdad no pudo haber otro ni mas afrentoso, ni mas abatido. Porque no solamente fue siempre tenido entre los gentiles el suplicio de la cruz por abominable y muy lleno de vilipendio y deshonra; sino que aun en la ley de Moyses es llamado maldito el hombre, *que está pendiente en el madero (Deut. 21. et Galat. 3).*

5. *La historia de la pasion debe predicarse con mucha frecuencia.*

Tampoco pasará en silencio el Párroco la historia de este artículo referida tan puntualmente por los Evangelistas, a fin de que los fieles tengan bien entendidos a lo menos los pasos principales de este misterio, que parecen mas necesarios para confirmar la verdad de nuestra fe: pues este artículo es como el cimiento, en que estriva la fe y religión christiana: y zanjado éste todos los demás asientan muy bien. Porque si alguna cosa hace dificultad a la razón y entendimiento humano, no hay duda que el misterio de la cruz se debe contar por el mas arduo de todos: pues apenas podemos percibir, que nuestra salvacion esté pendiente de la cruz, y de aquel que por nosotros fue clavado .en ella. Mas en esto es muy de admirar la suma providencia de Dios, como enseña el Apostol: *Porque no habiendo el mundo conocido en las obras de la sabiduría divina a Dios por via de sabiduría, plugo a su Magestad salvar a los creyentes por la locura de la predicación* (1. *Corinth. 1*). Y por tanto no es de maravillar que asi los Profetas antes de la venida de Christo, como los Apostóles despues de su muerte y resurreccion trabajasen tanto, por persuadir a los hombres que éste era el redentor del mundo, y por sujetarlos a la potestad y obediencia del Crucificado. Por esto mismo el Señor (como no cabe cosa mas remota de la razon humana que el misterio de la cruz) inmediatamente despues del pecado nunca cesó de dar a entender la muerte de su Hijo, ya por figuras, ya por oráculos de los Profetas. Y tocando algo de las figuras, primeramente Abel, que fue muerto por envidia de su hermano (Genes. 4), luego el sacrificio de Isaac (*Genes. 22*), despues el cordero que sacrificaron los judíos, quando salieron de la tierra de Egipto (*Exod. 12*): tambien la serpiente de metal que levantó Moysés en el desierto (Num. 21 et Joan. 3), todas estas cosas figuraban de antemano la pasion y muerte de Christo. Y por lo que hace a Profetas, es mucho mas notorio la muchedumbre de los que la anunciaron, que lo que aquí se puede declarar. Pero sobre todos (dexando a David, quien encerró en sus salmos todos los misterios principales de nuestra redención) los oráculos de Isaías son tan manifiestos y claros, que se puede decir con verdad, que mas bien parece escribió historia de cosa pasada, que profecía de venidera (Isai. 53).

"Muerto, y sepultado."

6. Que Jesu-Christo murió, apartandose el alma de su cuerpo: pero

quedando unido cuerpo y alma a la Divinidad.

Por estas palabras explicará el Párroco que se debe creer que Jesu-Christo despues de crucificado, verdaderamente murió, y fue sepultado. Y que no sin causa se propone a los fieles el que crean esto separadamente. Porque no faltó, quien negase, que había muerto el Señor en la cruz. Y asi con mucha razon juzgaron los santos Apostóles, que debía oponerse a tal error esta doctrina de la fe. Nosotros de ningún modo podemos dudar de la verdad de este articulo: pues todos los Evangelistas concuerdan en que Jesu-Christo espiró. Y a mas de esto siendo Jesu-Cristo verdadero y perfecto hombre, verdaderamente podía morir: y el hombre muere, apartandose el alma de su cuerpo. Y asi quando afirmamos que Christo murió, lo que decimos es, que su alma se dividió de su cuerpo. Mas no por eso concedemos que la divinidad se apartase del cuerpo; antes bien creemos y confesamos con toda firmeza, que aunque el alma se apartó del cuerpo, siempre estuvo unida la divinidad, asi al cuerpo que estaba en el sepulcro, como al alma que baxó a los infiernos. Y convenia mucho que muriera el Hijo de Dios, para que con su muerte destruyera al que tenia el imperio de la muerte, que era el demonio, y libertára a los que por temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre (Hebr. 2).

7. Christo murió, no por fuerza, sino de voluntad.

Pero lo singular en Christo Señor nuestro está, en que murió quando quiso morir, y que no padeció muerte violenta sino voluntaria. Y no solo escogió la muerte, sino tambien el lugar y el tiempo en que habia de morir. Asi escribió Isaías: *Ofreciose, porque él quiso (Isaia. 53)*. Y el mismo Señor antes de su pasion dixo de sí: *Yo dexo mi vida, para volver a tomarla. Ninguno me la quita, sino que yo la dexo de mi voluntad. Y poder tengo para dexasla, y poder tambien, para volverla a tomar (Joan. 10)*. Por lo que toca al tiempo y al lugar, quando ponía Herodes asechanzas a su vida, dixo el mismo Señor: *Decid a esa raposa: He aquí lánzo demonios, y perficiono sanidades hoy y macana, y pasado mañana seré consumado: Empero conviene, que yo ande hoy y mañana y el dia siguiente: porque no cabe que muera el Profeta fuera de Jerusalem (Luc. 13)*. Nada pues hizo el Señor violentado o por fuerza. Él por sí mismo se ofreció voluntariamente. Y saliendo al encuentro a sus enemigos les dixo: *Yo soy (Joan. 18)*, y de su voluntad padeció todas aquellas penas con que le atormentaron injusta y cruelmente. Cosa ninguna por cierto

hay mas poderosa para despertar los sentidos de nuestra alma, que contemplar con atención todas sus penas y tormentos. Porque si padeciera uno por nuestra causa todo género de dolores, no que él los abrazase de su voluntad; sino que no podia escaparse de ellos; esto ciertamente no lo tendríamos por beneficio grande. Pero si solo por nuestro bien se sujetara gustoso a la muerte, de la que se podia libertar; esto a la verdad es un linage de beneficio tan raro, que aun al mas agradecido quita toda facultad, no solamente para recompensar el favor; sino tambien para agradecerle y apreciarle. De donde se dexa entender claramente la suma y excesiva caridad de Jesu-Christo, y su divino e inmenso mérito para con nosotros.

8. Por qué se dice tambien, que Christo fué sepultado.

Mas el que confesemos que Christo fue sepultado, no se pone como parte del articulo, porque añade nueva dificultada lo que queda dicho de la muerte. Porque si creemos que Christo murió, facilmente podemos persuadirnos a que fue sepultado. Mas esto se añadió, lo primero para que se pueda dudar menos de la muerte: porque es argumento muy grande de que uno murió, el probar que fue sepultado su cuerpo. Y ademas de esto para que se declare y resplandezca mas el milagro de la resurreccion. Pero no solamente creemos aquí que el cuerpo de Christo fue sepultado; sino que por estas palabras lo que principalmente se nos propone creer, es que Dios fue sepultado: como segun la regla de la fe católica decimos tambien con toda verdad, que Dios murió, y que nació de Santa Maria Virgen. Porque como la divinidad jamas se apartó del cuerpo que se depositó en el sepulcro; justamente confesamos que Dios fue sepultado.

9. De las cosas que se deben notar sobre la muerte, y sepultura de Christo.

Por lo que toca al genero y lugar de la sepultura bástele al Párroco lo que dixeron los Evangelistas. Pero acerca de esto deben notarse señaladamente dos cosas. Una: que el cuerpo del Señor en el sepulcro por parte ninguna padeció corrupcion: como ya lo habia profetizado David: *No permitirás que tu santo vea la corrupción (Psalm. 15)*. Otra (y que pertenece a todas las partes de este articulo) que así la sepultura, como la pasion y muerte convienen a Jesu-Christo, no en quanto Dios; sino en quanto hombre. Porque el padecer y morir solo pueden tener cabida en la naturaleza humana. Aunque tambien se

atribuyen a Dios todas estas cosas: porque es claro que con toda verdad pueden decirse de aquella persona que juntamente es perfecto Dios, y perfecto hombre.

10. *Cómo deba contemplarse la pasión del Señor.*

Entendidas estas cosas, explicará el Párroco acerca de la pasión y muerte de Christo aquellas por las que puedan los fieles, si no comprehender, a lo menos contemplar la inmensidad de tan inefable misterio. Y primeramente se ha de considerar, quién es el que padece todo esto. Verdaderamente ni podemos explicar su dignidad con palabras, ni comprehenderla con el entendimiento. San Juan dice: *que es el Verbo que estaba en Dios (Joann. 1)*. El Apostol con palabras magníficas le describe de este modo: *Es aquel, a quien el Padre constituyo heredero de todas las cosas, por quien hizo los siglos, el que es resplandor de su gloria y figura de su substancia, y el que con la virtud de su palabra sustenta todas las cosas. Éste pues habiendo hecho la expiación de nuestros pecados, está sentado a la diestra de la Magestad en las alturas (Hebr. 1)*. Y para decirlo todo en una palabra, padece Jesu-Christo Dios y hombre, padece el criador por sus criaturas, padece el Señor por sus siervos, padece aquel por quien fueron criados los angeles, los hombres, los cielos y elementos: aquel digo, en quien, por quien, y de quien tienen ser todas las cosas. Por tanto no es de maravillar, si combatido el criador con tanta bateria de tormentos, se estremeciese toda la maquina del mundo: porque como dice la escritura, la tierra tembló, las piedras se partieron, toda la tierra se cubrió de tinieblas, y el sol se obscureció (*Matth. 27. Luc. 23*). ¡Pues si lloraron la pasión de Christo hasta las criaturas mudas, e insensibles, piensen los heles pues son piedras vivas de este edificio, con qué lagrimas deberán ellos declarar su dolor!

11. *Que Christo padeció por el pecado original y por los actuales, y que los*

que le ofenden le crucifican de nuevo.

Pero tambien se deben explicar las causas de la pasión, para que de ese modo se descubra mas la grandeza y virtud de la caridad de Dios hacia nosotros. Si alguno pues desea saber la causa por qué el Hijo de Dios quiso sufrir una pasión tan amarga, hallará que la principal (ademas del pecado original) fueron los vicios y pecados que

cometieron los hombres desde el principio del mundo hasta el día de hoy, y que cometerán hasta el fin de los siglos. Esto fue a lo que miró el Hijo de Dios Salvador nuestro en su pasión y muerte, a redimir y a borrar los pecados de todas las edades, y a satisfacer por ellos a su eterno Padre abundante y colmadamente. Jungase a esto para realzar la dignidad de la obra, que no solamente padeció Christo por los pecadores; sino que fueron ellos los autores y ministros de todas las penas que sufrió. Sobre lo qual nos amonesta así el Apostol escribiendo a los Hebreos: *Reducid muchas veces a vuestro pensamiento a aquel que sufrió tal contradicción de los pecadores contra sí mismo: para que no os fatigéis desfalleciendo en vuestros animos (Hebr. 12)*. Y en esta culpa se han de juzgar comprehendidos todos aquellos que caen con frecuencia en el pecado. Porque habiendo sido nuestras culpas las que impelieron al Señor a padecer muerte de cruz; ciertamente los que se revuelcan en torpezas y maldades, vuelven en quanto es de su parte, a crucificar en sí mismo al Hijo de Dios, exponiéndole a vituperio (*Hebr. 6*). Y esta maldad aun mucho mas grave puede parecer en nosotros que en los judios: porque estos, como afirma el Apostol: *Si le hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (1. Corint. 2)*. Pero nosotros por una parte confesamos que le conocemos, mas negándole por otra con los hechos, parece que de algún modo ponemos en el Señor manos violentas.

12. Christo fue entregado a la pasión por el Padre y por sí mismo.

Testifican tambien las escrituras sagradas que Christo Señor nuestro fue entregado a la muerte por el Padre y por sí mismo: pues dice por Isaías: *Por los pecados de mi pueblo lo herí (Isai. 53)*. Y poco antes el mismo Profeta lleno del Espíritu de Dios contemplando al Señor cubierto de llagas y heridas, dixo: *Todos nosotros anduvimos descarriados como ovejas perdidas, cada uno se desvió por su camino; mas el Señor puso sobre él las maldades de todos nosotros (Ibid.)*. Y del Hijo está escrito: *Si pusiere su vida por los pecados, verá sus hijos y simiente que durará por largos tiempos (Ibidem)*. Y esto mismo lo declaró el Apostol con palabras todavía mas graves, quando por otra parte quería mostrar lo mucho que podemos prometernos de la inmensa bondad y misericordia de Dios: porque dice: *El que no perdonó a su propio Hijo, sino que por todos nosotros lo entregó a la muerte, icómo no nos habrá dado tambien con él todas las cosas (Roman. 8)?*

13. *Cuán acerba fue la pasion de Christo asi en el cuerpo, como en el alma.*

Siguese ahora que declare el Párroco cuán grande fue la acerbidad de la pasion. Aunque si tenemos presente aquel sudor de sangre que hilo a hilo corría hasta la tierra, quando con sola el alma percibia el Señor las penas y tormentos que de allí a poco había de padecer, facilmente cada uno entenderá por aquí, que del todo llegó aquel dolor a lo sumo: porque si solo el pensar los males que amenazaban, causó tanta amargura, como lo declaró el sudor de sangre ¿qué juicio se habrá de hacer del padecerlos efectivamente? Pero sin duda es constante que los tormentos que padeció el Señor asi en el cuerpo como en el alma, fueron los mayores que puede haber. Porque primeramente no hubo parte alguna en su cuerpo que no sintiese gravísimas penas. Los pies y manos taladrados con clavos en la cruz, la cabeza coronada de espinas y herida con nná caña, el rostro afeado con salibas, y herido con bofetadas, y todo el cuerpo atormentado con azotes. Demas de esto no hubo linage ni condición de gentes, que no se conjurase contra el Señor y contra su Christo (*Psal. 2*). Porque los judíos y gentiles fueron consejeros, executores, y verdugos de la pasion, Judas le vendió, Pedro le negó, y los demás Apostóles le desampararon (*Matth. 26. Marc. 15. Luc. 23. Joann. 19*). Y ya en la misma cruz, ¿qué lloraremos mas? ¿la atrocidad, la afrenta, o todo junto? Ciertamente no pudo excogitarse linage de muerte ni de mayor deshonra, ni de mayor tormento: pues no se solía ajusticiar con él sino a los hombres mas facinerosos y malvados, y en el que la tardanza de la muerte hacia mas vehemente el sentimiento del sumo dolor y pena.

Acrecentaba tambien lo grande de los tormentos la misma complexión y temperamento del cuerpo de Jesu-Christo: el qual habiendo sido formado por virtud del Espíritu Santo, fue mucho mas perfecto y delicado, que lo que pueden ser los cuerpos de los demás hombres, y por lo mismo tuvo mas viva la fuerza del sentir, y le causaron los tormentos mucho mayor dolor.

Por lo que pertenece al dolor interno del alma, nadie puede dudar que fuese sumo en Christo. Porque a los demás santos en qualesquier martirios y penas que padecian, nunca faltó algun consuelo de Dios, y recreados con él podian tolerar con igualdad de animo la fuerza de los tormentos. Y aun muchos de ellos en medio de las penas se sentian llenos de interior alegria. Asi dice el Apostol; *Gozóme en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Christo por su cuerpo que es la Iglesia (Colos. 1.)*. Y en otra parte: *Muy lleno estoy de consolacion, y rebosando gozo en todas mis tribulaciones (2. Corinth. 7)*. Pero Christo Señor nuestro no templó con suavidad

ninguna el caliz que bebió de su pasión amarguísima: porque permitió a la naturaleza humana que había tomado, que padeciese todos los tormentos, como si no fuera Dios sino hombre puro.

14. De los bienes que la pasión de Christo nos acarreo.

Resta ahora que el Párroco explique también cuidadosamente los provechos y bienes que percibimos de la pasión de Christo. Y primeramente la pasión del Señor nos libertó del pecado: como dice San Juan: *Nos amó y nos lavó de nuestros pecados en su sangre (Apocalyp. 1.)*. Y el Apostol escribe: *Os hizo vivir consigo perdonándoos todos vuestros delitos, borrando la escritura del decreto que estaba contra nosotros, y la quitó de en medio, clavándola en la cruz (Colos. 2.)*. Demas de esto nos sacó de la tiranía del demonio: porque dixo el mismo Señor: *Ahora se llega el juicio del mundo. Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera, y si yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré a mi (Joann. 12)*. Asimismo pagó la pena debida a nuestros pecados. También como no pudo ofrecerse a Dios sacrificio mas agradable y acepto, nos reconcilió con su eterno Padre, y nos le volvió aplacado y propicio. Ultimamente como quitó los pecados, nos abrió la puerta de los cielos, que estaba cerrada por la culpa comun de todo el linage hunlano. Y esto es lo que significó el Apostol por aquellas palabras: *Tenemos confianza en la entrada de los santos por la sangre de Christo (Hebr. 10.)*. No dexó de haber en la ley antigua alguna imagen y figura de este misterio. Porque aquellos a quien estaba prohibido volver a su patria antes de la muerte del sumo sacerdote (*Num. 35.*) significaban, que a ninguno por justo y santo que fuese, estaba abierta la puerta de la patria celestial, hasta despues de la muerte del sumo y eterno sacerdote Jesu-Christo. Mas luego que murió, se franquearon las puertas celestiales a los que limpios por los sacramentos, y adornados de fe, esperanza y caridad, se hacen participantes de su pasión.

15. Por qué nos traxo la pasión de Christo todos estos bienes.

Enseñará pues el Párroco que la pasión de Christo nos acarreo todos estos bienes tan grandes y divinos. Lo primero: por ser satisfaccion entera y cumplidamente perfecta, la que por un modo maravilloso dio Jesu-Christo por nuestros pecados a su eterno Padre: pues el precio que por nosotros pagó, fue no solo igual y equivalente a nuestras deudas, sino que las sobrepujo con indecibles ventajas. Demas de esto

fue aquel sacrificio muy agradable a Dios; el qual como se le ofreció su divino Hijo en el ara de la cruz, mitigó enteramente la ira y saña del Padre. Y de este mismo nombre se valió el Apostol, quando dixo: *Christo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio para Dios en olor de suavidad (Ephes. 5.)*. Esta tambien es aquella redención de la que dixo el principe de los Apostóles: *No fuisteis rescatados de aquella vuestra vana conversación que recibisteis de vuestros padres con cosas corruptibles, como el oro o la plata; sino con la sangre preciosa de Christo, como de un cordero inocente y purisimo (1. Petr. 1)*. Y el Apostol enseña: *Christo nos redimió de la maldición de la ley, puesto por nosotros en el madero, lugar y pena de malditos (Galat. 3)*.

16. En la pasion tenemos exemplos grandes de todas las virtudes.

Pero sobre todos estos inmensos beneficios conseguimos tambien aquel señaladísimo de que en sola esta pasion tenemos los exemplos mas encumbrados de todas las virtudes. Porque de tal manera sobresalen aquí la paciencia, la humildad, la caridad excesiva, la mansedumbre, la obediencia, y la suma constancia de animo no solamente en sufrir dolores por la justicia, sino tambien en padecer la muerte; que con toda verdad puede decirse, que en solo el dia de su pasion expresó en sí mismo nuestro Salvador todas las reglas de bien vivir, que nos habia dado de palabra en todo el tiempo de su predicación. Y estas son las cosas que brevemente se han dicho sobre la provechosísima pasion y muerte de Christo. Plégue a su Magestad traigamos de continuo estos misterios grabados en nuestros corazones, y que aprendamos a padecer, morir, y ser sepultados junto con el Señor: para que despues limpios de toda mancha de pecado, y resucitando con él a nueva vida, seamos por fin algun dia dignos por su gracia y misericordia de ser partisioneros del reyno y gloria celestial.

CAPÍTULO VI.

DEL QUINTO ARTICULO.

"Descendió a los infiernos, al tercero dia resucitó de entre los muertos."

1. De lo mucho que importa entender este artículo, y su sentido.

Muy importante es para los fieles conocer la gloria de la sepultura de nuestro Señor Jesu-Christo, de que acabamos de hablar; pero mas les conviene entender los gloriosos triunfos que logró, venciendo al demonio y saqueando las sillas del infierno, de los quales habernos de decir ahora, y juntamente de la resurreccion. Porque aunque este lugar pueda muy bien tratarse separadamente; sin embargo siguiendo la autoridad de los santos Padres nos pareció convenia juntarlo con la baxada del Señor a los infiernos. Proponese pues creer en la primera parte de este artículo, que muerto ya Christo descendió su alma a los infiernos, y se mantuvo allí todo el tiempo que el santo cuerpo estuvo en el sepulcro. Mas por estas palabras confesamos tambien que la misma persona de Christo estuvo ese tiempo en los infiernos, y que yació en el sepulcro. Y no debe causar admiración el que digamos esto: porque como ya enseñamos muchas veces, aunque el alma se apartó del cuerpo, nunca se separó la divinidad ni del alma ni del cuerpo.

2. Qué deba entenderte aquí por el nombre de infiernos.

Mas como puede el Párroco dar mucha luz a la explicación de este artículo, enseñando primero qué es lo que se entiende en este lugar por el nombre de *infiernos*; conviene advertir que no se toman aqui los infiernos por lo mismo que el sepulcro: como pensaron algunos no menos impia, que neciamente. Porque en el artículo inmediato nos enseñaron los Apostóles, que Christo Señor nuestro fue sepultado. Y quando estaban proponiendo la fe, no habia causa alguna para repetir

una misma cosa y con modo de hablar en realidad mas obscuro. Y así el nombre de *infiernos* significa unos senos ocultos, donde están detenidas las almas que no han conseguido todavía la bienaventuranza celestial. En este sentido tomaron muchas veces esta voz las escrituras sagradas. Porque en el Apostol leemos: *Al nombre de Jesús se arrodille toda criatura en el cielo, en la tierra, y en el infierno (a)*. Y en los hechos de los Apostóles afirma San Pedro: *Que Christo Señor nuestro fue resucitado, desatados los dolores del infierno (Actor. 2.)*.

De varios infiernos que hay.

Mas estos lugares no son todos de una calidad. Porque uno es un calabozo horrible y muy obscuro, donde con fuego perpetuo y que nunca se apagará, son atormentadas las almas de los condenados junto con los demonios: el qual lugar se llama tambien *valle de tristeza, abismo*, y propiamente *infierno*. Hay ademas de éste el fuego del purgatorio, con el qual son atormentadas las ánimas de los justos por tiempo determinado, y en él se purifican para que se les pueda franquear la entrada en la patria celestial, donde no entra cosa manchada (*Apocalyp. 21.*). Y con tanto mayor cuidado y frecuencia ha de tratar el Párroco de la verdad de esta doctrina, la qual está confirmada con los testimonios de las escrituras y la tradición apostólica, segun lo declaran los santos Concilios; quanto habemos caido en tiempo en que los hombres no sufren la doctrina sana. Por último el tercero de estos senos es, donde se depositaban las almas de los justos antes de la venida de Christo Señor nuestro: y alli sin algún dolor sensible se mantenían con la esperanza dichosa de la redención gozando de aquella morada pacífica. Pues estas almas benditas que esperaban al Salvador en el seno de Abrahán, fueron las que libró Christo quando baxó a los infiernos.

4. El alma de Christo baxó a los infiernos no solo por su virtud, sino tambien

por su presencia real.

Y no se ha de pensar que en tal manera baxó el Señor a los infiernos, que solo llegase allá su poder y virtud; mas no su alma. Porque absolutamente se ha de creer que la misma alma en realidad y presencia descendió a los infiernos: como lo prueba aquel firmísimo testimonio de David: *No dexarás mi alma en el infierno (Psalm. 15.)*.

5. El haber Christo baxado a los infiernos nada disminuye tu dignidad.

Pero aunque Christo descendió a los infiernos, nada se menoscabó de su poderío, ni fue amancillado con mancha alguna el resplandor de su santidad. Antes bien esta acción probó clarísimamente que eran muy verdaderas todas las cosas que se habían celebrado de su santidad, y que era Hijo de Dios: como antes lo había declarado con tantos prodigios. Y facilmente entenderemos esto, si cotejamos entre sí las causas, por qué Christo y los demás hombres descendieron a tales lugares. Porque todos los otros habían baxado cautivos; mas el Señor baxó como libre entre los muertos (*Psalm. 87*), y como vencedor para auyentar los demonios que tenían aquellas almas encerradas y presas por la culpa. Demas de esto: entre los otros hombres que baxaron, unos eran atormentados con penas gravísimas, y otros aunque no padeciesen pena alguna de sentido; sin embargo penaban por estar privados de la vista de Dios, y suspensos con la esperanza de la gloria divina que aguardaban. Pero Christo Señor nuestro descendió, no para padecer cosa ninguna, sino para libertar las almas santas y justas de la miserable molestia de aquella cárcel, y comunicarlas el fruto de su pasión. Y así por haber Christo baxado a los infiernos, de ningún modo se disminuyó su suma santidad y poderío.

6. Porqué causas baxó Christo a los infiernos.

Explicadas estas cosas se ha de enseñar, que Christo baxó a los infiernos, para quitar los despojos de los demonios, y libertando de aquella prisión aquellos santos Padres y demás almas justas, llevarlas consigo al cielo: como lo executó maravillosamente y con suma gloria. Porque al instante dio a aquellos cautivos la clarísima luz de su divino rostro, llenó sus almas de inmensa alegría y gozo, y les concedió también la bienaventuranza tan deseada, la qual consiste en ver a Dios en sí mismo. Con esto se cumplió lo que habia prometido al ladrón por aquellas palabras: *Hoy serás conmigo en el paraíso (Luc. 23.)*. Mucho antes habia profetizado Oseas esta libertad de los justos diciendo: *¡O muerte, yo seré tu muerte: seré tu mordedura, o infierno (Oseae 13.)!* Esto mismo significó también el Profeta Zacarías, quando dixo: *Tú también en la sangre de tu testamento sacaste tus prisioneros del lago donde no habia agua (Zach. 9.)*. Y esto finalmente expresó el Apostol por aquellas palabras: *Despojando los principados, y las potestades los sacó a la vergüenza, llevándolos en publico en señal de triunfo por medio de su*

cruz (Colos. 2.). Mas para entender mejor la virtud de este misterio debemos recordar muchas veces, que por el beneficio de esta pasion consiguieron la salud eterna no solamente los justos que nacieron despues de la venida del Señor; sino tambien todos los que le antecedieron desde Adán, y quantos hubiere hasta el fin del mundo. Y por tanto antes que el Señor muriese y resucitase, jamas se abrieron a ninguno las puertas del cielo; sino que las almas de los justos, quando morían eran llevadas al seno de Abrahán, o (como ahora sucede tambien con las que tienen que purgar o que satisfacer alguna cosa) se purificaban con el fuego del purgatorio. Hay sobre esto otra causa para haber baxado Christo nuestro Señor a los infernos, que fue para mostrar alli tambien su poder y virtud, como lo habia hecho en cielos y tierra, y en suma para que a su nombre.se doblase toda rodilla de cielos, tierra e infiernos (*Phillip. 2.*). Y en esta consideración ¿quien no se admira y se pasma de la suma benignidad de Dios para con los hombres? Pues no solamente quiso padecer por nosotros una muerte acerbísima; sino tambien penetrar hasta los senos mas profundos de la tierra, para sacar de allí sus muy queridas almas, y subirlas consigo a su gloria.

7. Inteligencia de la segunda parte de este articulo.

Siguese ahora la segunda parte del artículo en cuya explicación lo mucho que debe trabajar el Párroco, lo declara el Apostol por aquellas palabras: *Acuérdate, que nuestro Señor Jesu-Christo resucitó de entre los muertos (2. Tim. 2.)*. Porque no tiene duda que lo mismo que manda a Timoteo, se lo manda tambien a todos los demás Curas de almas. El sentido pues da este artículo es éste: despues que Christo Señor nuestro murió en la cruz el Viernes a las tres de la tarde, y en esa misma tarde fue sepultado por sus discípulos, los quales con el permiso del Presidente Pilatos baxaron de la cruz el cuerpo del Señor, y le enterraron en un sepulcro nuevo de un huerto que había alli cerca, al tercer día de su muerte, que fue Domingo muy de madrugada, su alma santísima se tornó a juntar con el cuerpo: y de este modo el que habia estado muerto por tres días, volvió a la vida que dexó muriendo, y resucitó.

8. Christo resucitó por su propia virtud.

Mas por el nombre de resurreccion no solo se ha de entender que Christo fue resucitado de entre los muertos (lo que acaeció a otros

muchos) sino que resucitó por su propia virtud y poder: lo qual fue privativo y singular en Christo. Porque ni lo permite la naturaleza, ni a hombre ninguno fue jamas concedido poder por su virtud restituirse a sí mismo de la muerte a la vida. Esto está reservado únicamente al sumo poder de Dios: como lo entendemos por aquellas palabras del Apostol: *Aunque fue crucificado por la flaqueza humana, vive empero por la virtud de Dios (2. Corinth. 13.)*. Y como ésta nunca se apartó del cuerpo en el sepulcro, ni del alma que baxó a los infiernos; habia virtud asi en el cuerpo, para tornarse a juntar con el alma, como en el alma, para volverse al cuerpo. Y asi pudo muy bien revivir por su propia virtud, y resucitar de entre los muertos. Esto profetizó David lleno de Espíritu de Dios por estas palabras: *Su diestra le salvó y su santo brazo (Psalm. 97.)*. Y el mismo Señor lo confirmó tambien con el testimonio de su divina boca diciendo: *Yo dexo mi vida, para volver a tomarla, y poder tengo para dexarla, y poder tambien para volverla a tomar (Joann. 10.)*. Y a los judíos dixo tambien, para confirmar la verdad de su doctrina: *Deshaced este templo, y en tres dias lo levantaré (Joann. 2.)*. Pues aunque ellos lo entendiesen de aquel templo tan suntuosamente fabricado de piedra; el Señor lo decia por el templo de su cuerpo: como allí mismo lo declara el Evangelio. Y aunque leamos tal qual vez en las sagradas letras que Christo Señor nuestro fue resucitado por el Padre, esto se ha de entender de él en quanto hombre: asi como los textos en que se significa que resucitó por su propia virtud, se han de entender de Christo en quanto Dios.

9. Christo es el primero de los que resucitaron.

Tambien fue singular en Christo Señor nuestro haber sido el primero a quien fue concedido el beneficio divino de la resurreccion: porque en las escrituras se llama el primogénito de los muertos (*Apocalyp. 1.*), o el primogénito de entre los muertos (*Colos. 1*). Y como dice el Apostol: *Christo resucitó de entre los muertos, primicias de los que mueren: porque si por un hombre entró la muerte, por un hombre entró la resurreccion de los muertos: y asi como todos mueren en Adán, asi todos serán vivificados en Christo. Mas cada uno en su orden: las primicias Christo, despues aquellos que son de Christo (1. Corint. 15)*. Estas palabras deben entenderse de la perfecta resurreccion con la que somos llamados a la vida inmortal, excluida absolutamente toda necesidad de morir. Y en esta linea tiene Christo Señor nuestro el primer lugar. Porque si hablamos de la resurreccion, segun que es volver a aquella vida que todavía queda sujeta a la muerte: así antes de Christo fueron resucitados otros muchos; mas todos revivieron con la condición, de que habían de morir otra vez. Pero Christo Señor nuestro de tal

manera resucitó sojuzgada y oprimida la muerte, que no pudiese volver a morir. Y esto se confirma con aquel testimonio clarísimo: *Christo resucitando de los muertos, ya no muere, ni la muerte se enseñoreará mas de él (Rom. 6).*

10. *Cómo y por qué dilató el Señor su resurreccion hasta el tercer día.*

Pero acerca de aquello que se añade en el artículo: *Al tercero día* ha de decir el Párroco a los fieles, que no piensen que estuvo el Señor en el sepulcro todos aquellos tres dias: porque por haber estado en él un día natural entero, parte del antecedente, y parte del siguiente, se dice con toda verdad que yació en el sepulcro por tres dias, y que al tercero resucitó de entre los muertos. Para hacer manifiesto que era verdadero Dios, no quiso dilatar la resurreccion hasta el fin del mundo: y asimismo para que creyésemos que era verdadero hombre, y que habia muerto verdaderamente; no resucitó al instante despues que murió sino al tercero dia: porque ese espacio de tiempo parecía bastante para probar la verdadera muerte.

11. *Por qué el Concilio de Constantinopla añadió: segun las escrituras.*

Los Padres del primer Concilio de Constantinopla añadieron a este pasage; *segun las escrituras*: que tomandolo del Apostol lo trasladaron al Símbolo de la fe: por ser en gran manera necesario el misterio de la resurreccion, como lo enseña el mismo Apostol, quando dice: *Si Christo no resucitó, luego es vana nuestra predicacion, y tambien es vana vuestra fe. Y si Christo no resucitó, es vana vuestra fe: pues os estáis todavía en vuestros pecados (1. Corinth. 15.).* Por esto maravillado S. Agustín de la fe de este artículo escribió de este modo: *No es cosa grande creer que Christo murió: pues esto lo creen paganos, judíos, y todos los malvados. Todos creen esto: que murió. Pero la fe de los christianos es la resurreccion de Christo. Esto tenemos por grande, creer, que resucitó (In Psalm. 120.).* Esta fue la causa por qué el Señor habló frecuentísimamente de su resurreccion, y casi nunca trató de la pasion con sus discípulos, sin hablar tambien de la resurreccion. Y así habiéndoles dicho: *El Hijo del hombre será entregado a los gentiles, y será escarnecido, azotado, y escupido, y despues que le hubieren azotado, le quitaran la vida; al fin añadió: Y al tercer dia resucitará (Luc. 18.):* Y quando le pidieron los judios que comprobase su doctrina con alguna

señal o milagro, respondió, que no se les daría otra señal que la del Profeta Jonás: *Porque así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena; así afirmó, que estaría el Hijo del hombre tres días y tres noches en el corazón de la tierra (Luc. 11. Matth. 12).* Mas para entender mejor el alma y el sentido de este artículo, hemos de examinar y conocer tres cosas. Una: por qué fue necesario que Christo resucitase. Otra: cuál fue el fin y el blanco de la resurrección. Y la tercera: qué utilidades y provechos nos dimanaron de ella.

12. Por qué fue necesario que Christo resucitase.

Por lo que toca a lo primero, fue necesario que Christo resucitase, para que se manifestara justicia de Dios: por la qual era muy debido que fuese ensalzado, el que por obedecerle, habia sido abatido y ultrajado con tanta ignominia. Esta razón alegó al Apostol quando dixo: *Se humillo a sí mismo hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por lo cuál Dios le ensalzó (Philipp. 2.).* Demas de esto para que se confirmase nuestra fe, sin la qual no puede ser justo el hombre: porque la mayor pruebe ser Jesu-Christo Hijo de Dios, es haber resucitado por su propia virtud. Asimismo para que se alentase y mantuviese nuestra esperanza. Porque habiendo resucitado Christo tenemos esperanza cierta, de que tambien resucitaremos nosotros: pues es necesario que sigan los miembros la condición de su cabeza. Y así parece que concluye su discurso el Apostol quando escribe a dos Corintios y Tesalonicenses (*1. Corint. 15. 1. Thesal. 2.*). Y el principe de los Apostoles San Pedro, dixo: *Bendito sea Dios, y el Padre de nuestro Señor Jesu-Christo, quien segun su grande misericordia nos reengendró por la resurrección de Jesu-Christo de entre los muertos a esperanza viva, y perpetua herencia en los cielos (1. Petr. 1.).* Ultimamente se ha de enseñar que fue necesaria la resurrección, para que se concluyera perfectamente el misterio de nuestra salud y redención. Porque Christo nos libró con su muerte de los pecados; pero resucitando nos restituyó los bienes principales que por el pecado habíamos perdido. Por esto dixo el Apostol; *Christo murió por nuestros delitos, y resucitó por nuestra justificación (Rom. 4.).* Y por tanto para que nada faltase a la salud del linage humano, así como convino que muriese, así tambien convino que resucitase.

13. Utilidades de la resurrección de Christo

Ya por las causas que hasta aqui quedan dichas podemos conocer

quantas utilidades acarreo a los fieles la resurreccion de Christo Señor nuestro. Porque primeramente en la resurreccion le reconocemos como a Dios inmortal, lleno de gloria y vencedor de la muerte y del infierno: y esto debe créense y confesarse de Jesu-Christo. sin duda alguna. A, mas de esto la resurreccion de Christo nos produjo la resurreccion de nuestros cuerpos: ya porque fue causa eficiente de este misterio, y ya porque todos debemos resucitar a exemplo del Señor. Porque en orden a la resurreccion del cuerpo dice asi el Apostol: *Por un hombre entró la muerte, y por otro la resurreccion de los muertos (1. Corinth. 15.)*. Porque para todas las cosas que Dios obró en el misterio de nuestra salud, se valió de la humanidad de Christo como instrumento eficiente. Y por tanto fue su resurreccion cierto instrumento para obrar la nuestra. Y exemplar se puede decir, por haber sido la resurreccion de Christo perfectísima sobre todas. Por donde asi como el cuerpo de Christo Señor, nuestro se innovó resucitando para gloria inmortal; asi tambien nuestros cuerpos, que antes habían sido flacos y mortales, serán restituidos a la vida, dotados de gloria e inmortalidad. Porque como enseña el Apostol: *Esperamos a nuestro Salvador y Señor Jesu-Christo, quién reformará el cuerpo de nuestra humildad haciéndole semejante al cuerpo de su claridad (Philipp. 3. Rom. 6.)*. Esto tambien se puede aplicar al alma muerta por el pecador y en qué manera se le ha de proponer por exemplar la resurreccion de Christo, lo mostró el mismo Apostol por estas palabras: *Asi como Christo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre; así andemos nosotros en novedad de vida. Porque si junto con él somos plantados a la semejanza de su muerte, tambien lo seremos a la de su resurreccion (Ibid.)*. Y poco despues dice: *Sabemos que resucitando Christo de entre los muertos, ya no muere, ni la muerte se enseñoreará mas de él. Porque el haber muerto por el pecado, murió de una vez; mas ya que vive, vive para Dios. Pues asi vosotros júzgaos ya muertos para el pecado, mas vivos para Dios en Jesu-Christo*.

14. Dos exemplos que debemos tomar de la resurreccion.

Dos exemplos pues debemos sacar de la resurreccion de Christo. Uno es, que despues que hubiéramos lavado las manchas de la culpa, entablemos un nuevo género de vida, en la qual resplandezcan la entereza de costumbres, la inocencia, santidad, modestia, justicia, largueza y humildad. El otro es, que de tal modo nos mantengamos en este areglo de vida, que con ayuda de Dios nunca nos desviemos del camino de la virtud, que una vez emprendimos. Pero no solamente significan las palabras del Apostol que la resurreccion de Christo se nos propone por exemplar de la nuestra; sino que tambien declaran

que nos concede virtud para resucitar, y que nos da fuerzas y espíritu para que perseveremos en la santidad y justicia, y guardemos los mandamientos de Dios. Porque así como de su muerte no solo tomamos exemplo para morir a los pecados, sino también virtud con la qual muramos a ellos; así su resurrección nos comunica fuerzas, para conseguir la gracia, y para que sirviendo en adelante a Dios piadosa y santamente, andemos en la novedad de vida para la qual hemos resucitado. Porque esto principalmente hizo el Señor por su resurrección, que los que antes estábamos junto con él muertos a los pecados y a este mundo; resucitésemos también con él a nuevo concierto y observancia de vida.

15. *Por qué señales se conocerá si hemos o no resucitado con Christo.*

Y qué señales particularmente hayan de observarse sobre esta resurrección, nos lo previene el Apostol: porque diciendo: *Si ya resucitasteis con Christo, buscad las cosas que están en lo alto, donde Christo está sentado a la diestra de Dios (Colos. 3)*; llanamente demuestra que los que desean tener la vida, las honras, el descanso y riquezas allí señaladamente, donde, Christo está, estos de cierto han resucitado con Christo, Y quando añade: *Saboreaos en las cosas de lo alto, y no en las de la tierra*: puso también ésta como señal segunda, para conocer si verdaderamente hemos resucitado con Christo. Porque así como el gusto es indicante de la afección, y disposición del cuerpo; así si saben bien a uno todas las cosas que son verdaderas, limpias, virtuosas y santas (*Philipp. 4.*), y con el paladar del alma percibe la suavidad de las cosas del cielo; esto puede ser una prueba muy grande de que el que se halla en tal disposición, ha resucitado juntamente con Christo a vida nueva y espiritual.

CAPÍTULO VII

DEL SEXTO ARTÍCULO DEL CREDO.

"Subió a los cielos, y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso."

1. Excelencia de este artículo, y sentido de su primera parte.

Contemplando el Profeta David lleno del Espíritu de Dios la bienaventurada y gloriosa Ascensión del Señor, convida a todos a celebrar este triunfo con suma alegría y gozo, diciendo: *Gentes todas, dad palmadas de regocijo, y cantad loores a Dios con voces de alegría: Sube Dios a lo alto con júbilo (Psalm. 46.)*. De aquí entenderá el Párroco que se ha de explicar este misterio con cuidado especialísimo, y que con diligencia debe procurar, no solo que los fieles le, perciban con la fe y con el alma; sino también que hagan con el favor de Dios quanto fuere posible, por expresarle en sus acciones y en su vida. Y por lo que hace a la declaración de este artículo, en el qual se trata de este misterio divino señaladamente, se empezará por su primera parte, manifestando cuál sea su virtud y su sentido. Deben pues creer firmemente los fieles, que nuestro Señor Jesu-Christo habiendo ya cumplido y perfeccionado la obra de nuestra redención, subió al cielo en cuerpo y alma en quanto hombre: porque en quanto Dios nunca se ausentó de él: como quien llena todos los lugares con su divinidad.

2. Christo subió a los cielos, no solo por virtud de la divinidad; sino también de la humanidad.

Y se ha de enseñar que subió por su propia virtud; no levantado por virtud agena, como Elias, que fue llevado al cielo en un carro de fuego (4. Reg. 2.), o el Profeta Habacuc (Dan. 14.), o San Felipe Diácono (Actor. 8.), que levantados en el ayre por virtud divina anduvieron

largos espacios de tierra. Ni solamente subió a los cielos por la poderosa virtud de su divinidad, sino tambien en quanto hombre. Porque aunque esto no puede hacerse por virtud natural, sin embargo aquella virtud que tenia el alma gloriosa de Christo, pudo mover al cuerpo segun quiso. Y el cuerpo que ya estaba dotado de gloria, obedecia con facilidad al imperio del alma que le movía. Y por ésta razon creemos que Christo subió a los cielos por su propia virtud, como Dios, y como hombre.

3. Cómo se entiende que Christo está sentado a la diestra del Padre.

En la segunda parte del artículo se dice: *Esta sentado a la diestra de Dios Padre*. Y aquí debe notarse la figura o traslación de la voz, lo que es frecuente en las divinas letras, atribuyendo a Dios afectos y miembros humanos, a fin de acomodarse a nuestro baxo modo de entender. Porque siendo Dios Espíritu, no se puede pensar cosa corporea en el. Y como en las cosas humanas juzgamos que se da la mayor honra al que está sentado a la mano derecha, trasladando esto mismo a las divinas; confesamos que Christo está sentado a la diestra del Padre, para explicar la gloria que consiguió como hombre sobre todos los demas. Pero el estar sentado no significa aqui situación o figura corporal, sino declara aquella firme y estable posesión de la regia y suma potestad y gloria, que recibió del Padre. Acerca de lo qual dice el Apostol: *Resucitándole de entre los muertos, y colocándole a su diestra en los cielos sobre todos los principados, y potestades, virtudes, y dominaciones, y sobre todo lo que se nombra no solo en este siglo, sino tambien en el venidero (Ephes. 1.).* Y en otra parte: *Todas las cosas sujetó a sus pies (1. Corinth. 15.).* Por las quales palabras se ve que esta gloria es tan propia y singular de Christo, que a ninguna otra criatura puede convenir. Y por esto afirma en otro lugar: *¿A cuál de los Ángeles dixo jamas: asientate a mi diestra (Hebr. 1.)?*

4. Por qué deba, explicarse con frecuencia esta sagrada historia.

Pero el Parroco explicará con difusión el sentido del artículo siguiendo la historia de la Ascensión, que con orden maravilloso escribió San Lucas Evangelista en los hechos de los Apostóles (*Actor. 1.*). Y lo primero que conviene observar en su explicación, es que todos los demás misterios se ordenan a la Ascensión como a fin: y que en éste se

contiene la perfeccion y cumplimiento de todos. Porque así como todos los misterios de nuestra religión empiezan por el de la Encarnación del Señor; así en la Ascensión se concluye su peregrinación. Demas de esto: otros artículos del Credo que pertenecen a Christo Señor nuestro, declaran su humildad y sumo abatimiento: pues no puede pensarse cosa mas abatida y despreciada, que haber el Hijo de Dios tomado por nosotros la naturaleza y flaqueza humana, y querido padecer y morir. Pero confesando en el artículo, antecedente que resucitó de entre los muertos, y en el presente que subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre; nada puede decirse ni mas grandiosa ni mas admirable, para declarar su suma gloria y magestad divina.

5. Causas por las que Christo subió a los cielos.

Expuestas ya estas cosas se ha de enseñar con cuidado por qué causa subió Christo Señor nuestro a los cielos. Primeramente subió porque a su cuerpo santísimo,; que estaba ya hermosado en la resurreccion con la gloria de la inmortalidad, no era decente el domicilio de esta terrena y lóbrega habitacion, sino el altísimo y clarísimo del cielo. Y subí no solamente para tomar posesion del solio de aquella gloria y reyno, que habia merecido con su sangre; sino tambien para procurar las cosas que pertenecían a nuestra salud. Asimismo subió para comprobar por la obra, que su reyno no era de este mundo (*Joann. 18.*). Porque los reynos del mundo son terrenos y caducos, y estan afianzados en las grandes riquezas y poderío de la carne. Pero el reyno de Christo es no-terreno, como lo esperaban los judios, sino espiritual y eterno. Y así colocando su silla en los cielos, él mismo mostró que sus riquezas y bienes eran espirituales. Y en este reyno aquellos han de ser reputados por mas ricos y abastados con la abundancia de todos los bienes, que buscan las cosas de Dios con mayor diligencia. Porque Santiago afirma: *Que Dios escogió a los pobres en este mundo, ricos en la fe, y herederos del reyno que prometió a los que le aman (Jacob. 2.)*. Pero tambien quiso el Señor subiendo a los cielos hacer que le siguiéramos nosotros con el entendimiento y voluntad. Porque al modo que con su muerte y resurreccion nos habia dado exemplos de morir y de resucitar en espíritu; así con su Ascension nos enseña e intruye que estando en la tierra subamos con el alma a los cielos, confesando que somos peregrinos y huéspedes en el mundo, y que buscando la patria (*Hebr. 11.*) somos ciudadanos de los santos y domesticos de Dios (*Ephes. 2.*), porque nuestro trato y conversación es en los cielos (*Philipp. 3.*), como dice el Apostol.

6. Que beneficios nos traxo la Ascension del Señor.

Quán grande sea la abundancia de inexplicables bienes que derramó sobre nosotros la benignidad de Dios, mucho antes lo habia cantado el divino David, segun lo interpreta el Apostol por aquellas palabras: *Subiendo a lo alto llevó cautivo nuestro cautiverio, y repartió sus dones a los hombres (Psalm. 67. Ephes. 4.)*. Porque de allí a diez dias les envió su divino Espíritu, de cuya virtud y abundancia llenó aquella muchedumbre de fieles que se hallaban presentes, y cumplio cabalmente a quellas tan magnificas promesas: *Convienes, que yo me vaya: porque si no me fuere, no tendrá sobre vosotros el Espíritu Santo; mas si me fuere, os le enviaré (Joann. 16.)*. Sube tambien a los cielos, segun dice el Apostol (*Hebr. 9.*) para presentarse ahora por nosotros en el acatamiento de Dios, y hacer delante de su Eterno Padre el oficio de abogado nuestro: *Hijuelos mios, dice San Juan, escriboos esto, porque no pequéis: mas si alguno pecare, abogado tenemos ante el Padre, que es jesu-Christo justo, y él es la aplacacion por nuestros pecados (1. Joann. 2.)*. No hay cosa a la verdad de donde puedan recibir los fieles mayor alegría y gozo de su alma, que de estar constituido Jesu-Christo patrono dé su causa y medianero de nuestra salud, cuya gracia y autoridad es suma ante su eterno Padre. Ultimamente nos preparó el lugar, como antes habia prometido que lo había de hacer (*Joann. 14.*), y en nombre de todos nosotros el mismo Jesu-Christo como nuestra cabeza tomó la posesión del reyno de la gloria. Porque subiendo al cielo nos abrió sus puertas que habian estado cerradas por el pecado de Adán, y nos allanó el camino, por donde llegásemos a la bienaventuranza celestial: como él mismo en la cena habia prevenido a sus discípulos, que seria asi. Y para comprobarlo claramente por las obras, se llevó consigo a la mansión de la felicidad eterna las almas de los justos que habia libertado del infierno.

7. De los provechos que nos traxo la Ascensión de Christo.

A esta maravillosa riqueza de celestiales dones se siguió la saludable serie de utilidades. Porque primeramente se añadió un gran realce al merecimiento de nuestra fe: pues esta virtud es de aquellas cosas que no se ven, y están muy lexos de la razón e inteligencia de los hombres. Y por esto si no se hubiera el Señor ausentado de nosotros, fuera menor el mérito de nuestra fe: pues el mismo Señor llamó bienaventurados a los que no vieron y creyeron (*Joann. 20.*). A mas de esto la subida del Señor al cielo es muy importante para confirmar la esperanza en nuestros corazones. Porque creyendo nosotros que Christo hombre subió al cielo, y que colocó nuestra naturaleza a la

diestra de Dios Padre, concebimos de ahí esperanza grande, de que tambien nosotros como miembros suyos subiremos allá, para juntarnos con nuestra cabeza: como el mismo Señor lo aseguró diciendo: *Padre, quiero que los que me diste, estén conmigo, donde yo estoy (Joann. 17.)*. Y sobre esto conseguimos tambien aquel imponderable beneficio de haber arrebatado al cielo nuestro amor, e inflamadole con su divino Espíritu: pues se dixo con mucha verdad: *Que donde está nuestro tesoro, allí está tambien nuestro corazon (Matth. 6.)*.

8. No nos convenia que Jesu-Christo se quedase en la tierra.

Porque a la verdad si Christo Señor nuestro estuviese en la tierra, nuestros pensamientos todos se fixarian en el aspecto y trato de su humanidad, y únicamente le miraríamos como a un hombre que nos hacia beneficios grandes, y le amaríamos con cierta benevolencia terrena. Pero subiéndose al Cielo, espiritualizó nuestro amor, e hizo que al que ahora contemplamos ausente, veneremos y amemos como a Dios. Esto en parte se dexa entender por el exemplo de los Apostóles, los quales mientras tuvieron presente al Señor, parece que sentían de él, como de solo hombre: y en parte se confirma con el testimonio del mismo Señor, quando dixo: *Convieneos que yo me vaya (Joann. 16.)*. Porque aquel amor imperfecto con que amaban a Jesu-Christo presente, se habia de perfeccionar por el amor divino, y esto en la venida del Espíritu Santo. Y por eso añadió inmediatamente: *Porque sino me fuere, no vendrá a vosotros el Espíritu Santo*.

9. Despues de la Ascensión amplificó en gran manera la Iglesia, repartió

dones y dio virtudes para subir al cielo.

Júntase tambien que amplificó en la tierra su casa que es la Iglesia, y dispuso que fuese gobernada por la virtud y dirección del Espíritu Santo, y dexó entre los hombres por pastor y Sumo Pontífice de toda ella al principe de los Apostóles S. Pedro. A mas de esto a unos hizo Apostóles, a otros Profetas, a otros Evangelistas, a otros Pastores y Doctores (*Ephes. 4.*). Y de este modo sentado a la diestra del Padre está continuamente distribuyendo varios dones ya a unos, ya a otros: pues afirma el Apostol: que a cada uno de nosotros se da la gracia segun la medida de la donación de Christo (*Ibid.*). Ultimamente es menester que entiendan los fieles que se ha de discurrir acerca de la

Ascensión del mismo modo, que enseñamos arriba debía meditarse el misterio de la muerte y resurreccion. Porque aunque debamos nuestra salud y redención a la pasion de Christo, quien por sus méritos abrió para los justos la puerta del cielo; con todo eso se nos propone su Ascensión, no solamente como exemplar por el qual aprendamos a mirar a Jo alto, y a subir al cielo con el Espíritu; sino que nos dio tambien fuerzas divinas con las quales podamos hacer esto.

CAPÍTULO VIII.

DEL ARTICULO SÉPTIMO DEL CREDO.

"De allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos."

1. De tres oficios de Christo, y sentido del artículo.

1. Tres son los oficios y cargos principales de nuestro Señor Jesu-Christo, para hermosear y esclarecer su Iglesia, el de redentor, el de patrono, y el de juez. Constando ya por los artículos antecedentes que fue el linage humano redimido por su pasion y muerte, y tambien que subiendo a los cielos tomó para siempre a su cargo nuestra causa y patrocinio; siguese declarar su juicio en el artículo presente, cuya suma y sustancia es ésta: Que Christo Señor nuestro ha de juzgar en el último dia a todo el linage humano.

2. De dos venidas de Christo al mundo.

Dos venidas del Hijo de Dios nos testifican las sagradas letras. Una, quando por causa de nuestra salud tomó carne y se hizo hombre en el vientre de la Virgen. Otra, quando al fin del mundo vendrá a juzgar todos los hombres. Esta venida se llama en las escrituras sagradas: *Dia del Señor*. Sobre lo qual dice el Apostol: *El dia del Señor, como ladrón de noche asi vendrá (1. Thesal. 5)*. Y el mismo Salvador dice: *De aquel dia y de aquella hora nadie sabe (Matth. 24. Marc. 13.)*. Mas acerca de este último juicio bastenos aquella autoridad del Apostol: *Todos nosotros conviene que seamos presentados ante el tribunal de Christo, para que dé cada uno cuenta del bien o del mal que hizo en este cuerpo (2. Corinth. 5.)*, porque está llena la sagrada escritura de testimonios que a cada paso ocurrirán a los Párrocos, no solo para comprobar este punto, sino tambien para ponerle claro a los ojos de los fieles: para que asi como

desde el principio del mundo fue muy deseado de todos el día en que el Señor se vistió de carne humana, por tener librada en ese misterio la esperanza de su redención; así después de la muerte y subida al cielo del Hijo de Dios deseamos con afecto vivísimo el segundo día del Señor: *Aguardando la esperanza bienaventurada y la venida gloriosa del gran Dios (Tit. 2.)*.

3. Que hay dos juicios particular y universal.

Mas para explicar este punto han de observar los Párrocos dos tiempos, en los cuales es forzoso a cada uno presentarse delante del Señor y darle cuenta de todos los pensamientos y acciones, y en fin de todas las palabras, y sujetarse por último a la sentencia del juez. El primero es, quando cada uno de nosotros sale de esta vida: porque al instante es presentado al tribunal de Dios, y allí se hace averiguación rectísima de todas las cosas, que haya hecho, dicho o pensado enqualquier tiempo. Y éste se llama juicio *particular*. El segundo tiempo es, quando en un día y en un lugar comparecerán juntas todas las gentes ante el tribunal del juez: para que viéndolo y oyéndolo todos los hombres de todos los siglos, conozca cada uno, que es lo que fue juzgado y decretado de ellos. Gran parte de sus penas y tormentos será para los impíos y malos la intimación de esta sentencia. Pero los justos, y buenos percibirán de ahí grandes premios y frutos: porque se verá claro quién fue cada uno en esta vida. Y éste se llama juicio *universal*.

4. Por qué causas ha de haber juicio universal.

Mas acerca de esto es necesario mostrar, por qué razón además del juicio particular de cada uno, ha de haber otro juicio universal de todos. El motivo es porque a veces aun después de muertos los hombres, quedan vivos los hijos imitadores de sus padres, quedan también sus libros, sus discípulos, y otros que son amadores y defensores de sus exemplos, doctrinas, y acciones: con lo qual es preciso que se aumenten los premios, o las penas de los muertos. Y como esta utilidad o calamidad, que pertenece a muchos, no ha de tener fin, hasta que llegue el último día del mundo; era muy justo que se hiciese perfecta averiguación de toda esta serie de hechos o dichos buenos o malos: lo qual no puede hacerse sin el juicio universal de todos los hombres. Juntase a esto que como muchas veces se amancilla la fama de los buenos, y son aplaudidos los malos con loor

de inocentes, pide la equidad de la justicia divina, que recobren los justos en un congreso y juicio universal de todas las gentes la estimación, que con injuria se les quitó entre los hombres.

Demás de esto: como todo lo que obraron en vida así los buenos como los malos, no lo hicieron sin sus cuerpos, legítimamente se sigue que también pertenecen a los cuerpos las obras buenas o malas, pues fueron instrumento de las mismas obras. Y así era muy conveniente se diese a los cuerpos junto con las almas, o los debidos premios de la gloria eterna o los castigos. Y esto no se podía hacer sin la resurrección de todos los hombres, y sin el juicio universal.

Finalmente para probar que así en las cosas prósperas, como en las adversas (que a veces suceden sin diferencia alguna entre buenos y malos) nada se hace ni se gobierna sitio con infinita sabiduría y justicia de Dios; fue muy debido no solo establecer premios para los buenos y castigos para los malos en el siglo venidero; sino decretarlo también en un juicio público y universal: para que se hiciese a todos mis notorio e ilustre, y se tributase por todos a Dios la alabanza de su justicia y providencia: y asimismo se satisficiera a aquella queja injusta, con la qual aun los varones santos solían como hombres lamentarse a veces, viendo a los malos poderosos con sus riquezas y engreídos con sus honras: pues David decía: *Por poco no se resbalaron mis pies: a pique estuvo de torcerse mis pasos: porque observé sobre los malvados, viendo la paz de los pecadores.* Y poco después: *He aquí los mismos pecadores y abundantes en el mundo alcázaron riquezas: y dixe: luego en valde he justificado mi corazón, y lavado mis manos entre los inocentes, y he sido azotado todo el día, y castigado por las madrugadas (Psalm. 72.).* Y ésta fue queja frecuente de muchos. Luego era necesario, que se celebrase el juicio universal, no dixeran acaso los hombres, que Dios se andaba por los umbrales del cielo (*Job. 22.*) sin cuidar de las cosas de la tierra. Y así justamente se puso esta fórmula de la verdad por uno de los doce artículos de la fe christiana: para que si vacilaban algunos acerca de la justicia y providencia de Dios, se fortaleciesen con esta doctrina. Convenia sobre esto alentar a los buenos y aterrar a los malos, proponiéndoles el juicio: para que conocida la justicia de Dios, no desfalleciesen aquellos, y se apartasen estos de sus vicios con el miedo y la amenaza del castigo eterno. Por tanto nuestro Señor y Salvador hablando del último día, declaró que habría en algún tiempo juicio universal (*Matth. 24.*), y describió las señales de ir llegando ese tiempo; para que entendamos al verlas, que se acerca el fin del mundo. Y a más de esto subiendo al cielo, envió sus ángeles a los Apóstoles que quedaban tristes por su ausencia, para consolarlos con estas palabras: *Este Señor que veis subir de vosotros al cielo, vendrá del modo que le visteis subir (Actor. 1.)*

5. La potestad de juzgar conviene a Christo aun en quanto hombre.

Este juicio, segun lo declaran las sagradas letras, fue dado a Christo Señor nuestro, no solo como Dios, sino tambien como hombre. Porque aunque la potestad de juzgar sea comun a todas las personas de la Trinidad Santísima; sin embargo se la atribuimos señaladamente al Hijo: porque decimos que a él conviene tambien la sabiduría. Y que en quanto hombre ha de juzgar al mundo, se confirma por el testimonio del Señor que dixo: *Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo, y le dio poder de juzgar, por ser hijo del hombre* (Joann. 5.).

6. Por qué razones conviene a Christo hacer este juicio.

Y era muy conforme el que este juicio fuese celebrado determinadamente por Christo Señor nuestro: porque debiéndose decretar las causas de los hombres, pudiesen ellos ver con sus ojos corporales al juez, oir por sus oidos la sentencia que se pronunciaba, y percibir enteramente por sus sentidos aquel juicio. Y a mas de esto era cosa muy justa que aquel hombre que fue condenado por tan iniquas sentencias de los hombres, fuese visto por todos despues de estar sentado como juez de todos. Por esto habiendo el príncipe de los Apostóles explicado en casa de Cornelio los principales puntos de la religión christiana, y enseñado que Christo había sido crucificado y muerto por los judíos, y que al tercero dia había resucitado; añadió: *Y nos mandó predicar al pueblo y testificar, que él mismo es a quien puso Dios por juez de vivos y muertos* (Actor. 10.).

7. Tres señales que precederán al juicio universal.

Tres señales principalmente han de preceder al juicio, segun lo declaran las santas escrituras: que son *la predicación del Evangelio por todo el mundo, la apostasta, y el antichristo*. Porque dice el Señor: *Predicarse ha este Evangelio del reyno en todo el orbe por testimonio para todas las gentes y entonces vendrá el fin* (Matth. 24.). Y el Apostol nos previene: *que no nos dexemos engañar de nadie, como si ya estuviera cerca el día del Señor: porque mientras no viniere antes la apostasía, y se descubriere el hombre del pecado, no se hará el juicio* (2. Thes. 2.).

8. De la forma del juicio, y sentencia de los escogidos.

Y cuál haya de ser la forma y orden del juicio, fácil será conocerlo los Párrocos por las profecías de Daniel (*Dan. 7. et 9.*), y por la doctrina de los Santos Evangelios, y del Apostol (*Matth. 24. et 2. Thesal. 4.*) Demas de esto debe examinarse cuidadosamente en este paso la sentencia que ha de pronunciar el juez. Porque mirando Christo Salvador nuestro con ojos agradables a los justos, que estarán a su diestra, pronunciará sobre ellos la sentencia con suma benignidad de este modo: *Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesión del reyno, que os está preparado desde el principio del mundo (Matth. 25.)*. No se puede pensar cosa mas dulce que oir tales palabras, como lo entenderán los que las cotejaren con la condenacion de los malos, considerando atentamente que por ellas son llamados los piadosos y justos de las fatigas al descanso, del valle de lagrimas al sumo gozo, y de las miserias a la perpetua bienaventuranza que merecieron con los ejercicios de la caridad.

9. De la sentencia de los reprobos.

Pero luego volviendose a los malos, que estarán a la mano siniestra, derramará sobre ellos su justicia por estas voces: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno que está aparejado para el diablo y para sus angeles (Matth. 25.)*. Por aquellas primeras palabras: *apartaos de mí*, se significa la suma pena con que Serán castigados los réprobos, quando fueren arrojados remotisimamente de la vista de Dios: ni podrá consolarlos esperanza alguna, de que llegue tiempo, en que hayan de gozar de tanto bien. Y esta es la que los Teologos llaman *pena de daño*: Esto es que por toda la eternidad han de carecer los malos en el infierno de la vista de Dios. El añadirse *malditos*, realza en sumo grado su miseria y desventura. Porque si al ser lanzados de la presencia divina, se hallaran dignos siquiera de algun viso de bendicion; esto ciertamente les podría ser de gran consuelo. Mas como no tienen que esperar cosa alguna que alivie en algun modo su calamidad; justisimamente al ser arrojados los perseguirá la divina venganza con todo genero de maldicion.

10. De la pena de sentido y compañía de los condenados.

Siguese ahora: *Al fuego eterno*: y este es el otro genero de pena, que los Teologos llaman de *sentido*: por percibirse con los sentidos del cuerpo: como son los azotes, heridas, o qualquier otro genero de castigos mas graves. Entre estos no se puede dudar que los tormentos del fuego

causan un dolor sumamente sensible: y juntandose a esto el haber de durar eternamente; muestrase de aqui que la pena de los malos será colmada de todos los castigos. Y esto se declara mas por aquellas palabras que se ponen en la última parte de la sentencia: *Que esta aparejado para el diablo, y sus angeles*. Porque siendo natural, el sentir todos menos las molestias, quando tenemos algún compañero o participante en nuestra desventura, cuya prudencia, y humanidad pueda ayudarnos por alguna parte; ¿quál será en fin la miseria dé los condenados, quando entre tantas desdichas jamas podrán apartarse de la compañía de los perdidísimos demonios? Y a la verdad justisimamente fulminará esta sentencia nuestro Señor y Salvador contra los malos: pues ellos menospreciaron todos los oficios de la verdadera piedad, y ni dieron de comer al hambriento, ni de beber al sediento, ni hospedaron al peregrino, ni vistieron al desnudo, ni visitaron al encarcelado ni al enfermo.

11. Mucho deben inculcar los Párrocos la memoria del juicio.

Estas son las cosas que muchísimas veces deben los Pastores repetir a los fieles: porque bien entendida por la fe la verdad de este artículo, tiene fuerza grandisima para refrenar los apetitos depravados del alma, y apartar a los hombres de sus pecados. Por esto dixo el eclesiástico: *En todas tus obras acuérdate de tus postrimerías, y nunca pecarás (Eccli. 7.)*. Y ciertamente apenas habrá hombre que se dexé llevar a las maldades tan precipitado, que no le reduzca al amor de la virtud, el acordarse de que ha de llegar día, en que debe dar cuenta ante el rectísimo juez, no solo de todas sus obras y palabras, sino aun de los pensamientos mas ocultos, y pagar la pena debida a sus méritos. Pero el justo por el contrario es preciso que se aliente mas y mas a exercitarse en obras de virtud, y que se alboroce con suma alegría, aunque pase Ja vida entre miserias, infamias y tormentos; si se acuerda del día en que despues de los combates de esta vida infeliz ha de ser declarado por vencedor a vista de todos los hombres: y ensalzado con aquellos divinos y verdaderamente eternos honores será recibido en la patria celestial. Y por tanto lo que resta es exhortar a los fieles, a que emprendan un modo de vivir santo y justo, y que se exerciten en todos los oficios de virtud: para que con toda seguridad de su alma puedan esperar aquel gran día del Señor que se va acercando, y aun desearle con ansias vivas como corresponde a hijos suyos.

CAPÍTULO IX.

DEL OCTAVO ARTÍCULO.

"Creo en el Espíritu Santo."

1. *Cuán grande sea la necesidad y fruto de la fe de este articulo.*

Hasta aquí se han declarado las cosas que pertenecen a la primera y segunda persona de la Trinidad Santísima, en quanto parece lo pedia nuestro asunto. Siguese ahora que expliquemos tambien las que se enseñan en el Credo pertenecientes a la tercera persona, que es el Espíritu Santo. Y en declarar este punto aplicarán los Párrocos todo el estudio y cuidado posible: pues no debe el christiano ignorar este articulo, o sentir de él con menos rectitud, que la que queda dicha de los antecedentes. Por eso no permitió el Apostol que ciertos hombres de Efeso ignorasen la persona del Espíritu Santo. Porque preguntándoles si habían recibido el Espiritu Santo, y respondiendo ellos que ni habían oído que hubiese tal Espíritu; al punto les replicó: *¿Pues en nombre de quien estais bautizados (Actor. 19.)?* Por las quales palabras dio a entender, que es en gran manera necesaria a los fieles la noticia expresa de este articulo, de la qual perciben el fruto especial de que quando piensan con atención, que todo lo que tienen lo han conseguido por gracia y beneficio del Espiritu Santo, empiezan a sentir de sí mismos con mas modestia y humildad, y a poner toda su esperanza en el auxilio de Dios: que es para el christiano el primer escalón para subir a la suma sabiduría y felicidad.

2. *Tambien al Padre y al Hijo conviene la palabra de Espiritu Santo.*

Será pues conveniente empezar la explicación de este artículo por la virtud y significación de esta voz *Espiritu Santo*. Porque como ella conviene con igual propiedad y verdad asi al Padre como al Hijo; (pues uno y otro es Espiritu y es Santo: porque confesamos que Dios es

Espíritu) y asimismo se significan también con esta voz los ángeles, y las almas de los justos, se debe procurar no caiga el pueblo fiel en algún error por lo equívoco del nombre. Y así se ha de enseñar en este artículo que por esta voz *Espíritu Santo* se entiende la tercera persona de la Santísima Trinidad, según se toma algunas veces en las sagradas escrituras del Testamento viejo y muchas en las del nuevo. Porque David pide así al Señor: *Y no apartes de mí tu Espíritu Santo (Psalm. 50.)*. Y en el libro de la sabiduría, leemos: *¿Quién podrá conocer tus juicios, si tú no le dieres sabiduría, y le enviaras tu Espíritu Santo desde las alturas (Sapient. 9.)?* Y en otra parte: *El mismo la crió en el Espíritu Santo (Eccli. 1.)*. Mas en el testamento nuevo se nos manda ser bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (*Matth. 28.*). También leemos que la Virgen Santísima concibió por el Espíritu Santo (*Luc. 1.*). Y San Juan nos remite a Christo, que es quien bautiza en el Espíritu Santo (*Joann. 1.*), y en otros muchos lugares ocurre esta voz a los lectores.

3. Por qué la tercera persona no tiene nombre propio como el Padre y el

Hijo.

Mas no debe causar admiración que no se haya dado nombre propio a la tercera persona, como a la primera y segunda. Porque la segunda persona en tanto tiene nombre propio y se llama *Hijo*, en quanto su eterno nacimiento del Padre se llama propiamente *generación*: como se ha explicado en los artículos antecedentes. Con que así como ese nacimiento se llama propiamente *generación*; así propiamente llamamos hijo a la persona que nace, y padre a aquella de quien nace. Mas como no se ha impuesto nombre propio para significar la producción de la tercera persona, sino que se llama *espiración* y *procesión*; siguese que tampoco tenga nombre propio la persona producida. No tiene pues nombre propio esta emanación: y esto consiste en que los nombres que atribuimos a Dios, es preciso mendigarlos de las cosas criadas: y como en ellas no conocemos otro modo de comunicarse la naturaleza y la esencia, que por la virtud generativa; de ahí es que aquel modo con que Dios se comunica todo a sí mismo en fuerza del amor, no se puede expresar con nombre propio. Y por esto es llamada la tercera persona con el nombre común de *Espíritu Santo*: el qual en tanto entendemos que le conviene con toda propiedad, en quanto nos infunde la vida espiritual: y sin el aliento de este divino Espíritu nada podemos hacer digno de la vida

4. El Espíritu Santo es Dios verdadero, como el Padre y el Hijo.

Explicada ya la significación de la voz, primeramente se ha de enseñar al pueblo que el Espíritu Santo es igualmente Dios, como el Padre y el Hijo, igual a ellos, e igualmente poderoso, eterno, y de perfección infinita, sumo bien, sapientísimo, y de la misma naturaleza que el Padre, y el Hijo. Bastantemente manifiesta esto la propiedad de la partícula *En*, quando decimos: *Creo en el Espíritu Santo*: la qual se aplica a todas las personas de la Trinidad para expresar la fuerza de nuestra fe. Confirmanlo tambien testimonios patentes de las sagradas escrituras. Porque habiendo dicho S. Pedro en los hechos de los Apostóles: *Ananías, ¿por qué tentó satanás tu corazon, para que mintieses al Espíritu Santo?* Luego añadió: *No mentiste a los hombres sino a Dios* (Actor. 5.), llamando luego Dios al mismo que acababa de llamar Espíritu Santo. El Apostol tambien declara a los de Corinto: que era el Espíritu Santo aquel a quien habia llamado Dios. *Diversas, dice, son las operaciones; pero un mismo Dios es el que obra en todos todas las cosas* (1. Corinth. 12.). Y despues añade: *Mas todas estas cosas obra uno, y el mismo Espíritu repartiendo a cada uno como quiere* (Ibid.). Demas de esto, en los hechos de los Apostóles apropia al Espíritu Santo lo que a solo Dios atribuyen los Profetas. Porque Isaías habia dicho: *Oí la voz del Señor, que decía, ¿a quién enviaré?* Y me dixo: *Ve, y dirás a este pueblo: Ciega el corazon de este pueblo y tapa sus oídos, y ciérrale sus ojos: para que no vea por sus ojos, ni oiga por sus oídos* (Isai. 6.). Y habiendo el Apostol citado estas palabras dixo: *Bien habló el Espíritu Santo por el Profeta Isaías* (Actor. 28.). Mas: juntando la sagrada escritura la persona del Espíritu Santo con las del Padre y del Hijo: como quando manda que se dé el bautismo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; no nos queda lugar de duda sobre la verdad de este misterio. Porque si el Padre es Dios, y el Hijo es Dios, precisamente debemos confesar que tambien es Dios el Espíritu Santo: pues se junta con ellos en igual grado de honor; Y a esto se añade que el que es bautizado en nombre de alguna criatura no puede conseguir de ahí fruto ninguno, *¿Por ventura, dice el Apostol, estáis bautizados en el nombre de Pablo* (1. Corinth. 1.)? para mostrar que de nada podia servirles tal bautismo para conseguir la salud. Luego si somos bautizados en el nombre del Espíritu Santo, forzoso es confesarle verdadero Dios. Y este mismo orden de las tres divinas personas por el qual se comprueba la divinidad del Espíritu Santo, se echa de ver asi

en la epístola de San Juan que dice: *Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre y el Verbo y el Espíritu Santo: y estos tres son una misma cosa* (1. Joann. 6.), como en aquel esclarecido elogio de la Trinidad Santísima con el que se acaban los salmos: *Gloria al Padre y al Hijo, y al Espíritu Santo*. Ultimamente (y esto importa mucho para confirmar esta verdad) todas aquellas cosas que creemos ser propias de Dios, afirman las escrituras sagradas que convienen al Espíritu Santo. Y así le atribuyen el honor de los templos: como quando dice el Apostol: *¿No sabéis que vuestros miembros son templos del Espíritu Santo* (1. Corinth. 6.)? También la santificación (2. Thesal. 2. et 1. Petr. 1.) y la vivificación (Joann. 6.) escudriñar las cosas profundas de Dios (1. Corinth. 2.), hablar por los Profetas (2. Petr. 1.) y estar en todo lugar (Sapient. 1.), todas las quales cosas son propias de solo Dios.

5. El Espíritu Santo es la tercera persona de la Trinidad divina, quien da vida

a las almas.

Sobre todo esto se ha de declarar a los fieles que el Espíritu Santo de tal manera es Dios, que debemos confesarle en la naturaleza divina por tercera persona distinta del Padre y del Hijo, y producida por la voluntad. Porque dexando otros textos de las escrituras, la forma del bautismo que enseñó nuestro Salvador manifiesta clarisimamente, que es el Espíritu Santo la tercera persona, que subsiste por sí en la naturaleza divina, y que es distinta de las otras dos. Y lo mismo declaran aquellas palabras del Apostol: *La gracia, de nuestro Señor Jesu-Christo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo sea con todos vosotros. Amen.* (2. Corinth. 13.). Pero mucho mas claro demuestran esto mismo las palabras que añadieron en este lugar los padres del Concilio primero de Constantinopla, a fin de confutar la impia locura de Macedonio, pues dicen: *Y en el Espíritu Santo nuestro Señor, y que vivifica, que procede del Padre y del Hijo, y que juntamente con el Padre y el Hijo es adorado y glorificado, y el que habló por los Profetas*. Porque confesando Señor al Espíritu Santo, declaran en eso quanto sobrepuja a los angeles, los quales aunque son espíritus nobilísimos; con todo eso han sido criados por Dios: y de todos ellos afirma el Apostol: *Que son Espíritus servidores enviados para el ministerio a causa de los que consiguen la herencia de la salud* (Hebræor. 1.). Y le llaman *vivificador*: porque el alma que está unida con Dios, vive mas bien que el cuerpo, que se mantiene y sustenta con la unión del alma. Y como es el Espíritu Santo a quien atribuyen las sagradas letras esta

unión del alma con Dios; es claro que rectísimamente se llama el Espíritu Santo *vivificador*.

6. El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, como de un principio.

Mas acerca de lo que se sigue: *Que procede del Padre y del Hijo*, se ha de enseñar a los fieles que el Espíritu Santo procede por procesión eterna del Padre y del Hijo, como de un principio: porque esto nos propone que se debe creer la regla de la Iglesia, de la qual no puede apartarse el christiano: y se confirma con la autoridad de las divinas letras y de los Concilios. Porque hablando Christo Señor nuestro del Espíritu Santo, dixo: *El me glorificará: porque recibirá de mi ser (Joann. 16.)*. Coligese esto mismo de que en las escrituras sagradas se llama el Espíritu Santo unas veces Espíritu de Christo, otras Espíritu del Padre. Ya se dice que es enviado por el Padre (*Joann. 14.*), ya por el Hijo (*Ibidem. 15.*), para dar a entender con claridad que igualmente procede del Padre y del Hijo. *El que no tiene el Espíritu de Christo*, dice el Apostol, *ese no es de Christo* (Roman. 8.). Y tambien escribiendo a los de Galacia le llama Espíritu de Christo, diciendo: *Envió Dios en nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el qual nos hace clamar y llamarle Padre, Padre (Galat. 4.)*. En San Mateo se llama Espíritu del Padre: *No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre (Matth. 10.)*. Y en la cena dixo el Señor: *El Consolador que yo os enviaré, Espíritu de la verdad, el qual procede del Padre, él dará testimonio de mí (Joann. 15.)*. Y en otra parte afirma que el Espíritu Santo ha de ser enviado por el Padre, diciendo: *A quien el Padre enviara en mi nombre (Joann. 14.)*. Y como entendemos por estas expresiones la procesión del Espíritu Santo, es manifiesto que procede del Padre y del Hijo. Y estas son las cosas que se han de enseñar acerca de la persona del Espíritu Santo.

7. Por qué siendo comunes todas las obras de la Santísima Trinidad, se

atribuyen algunas señaladamente al Espíritu Santo.

Ademas de esto convendrá enseñar que hay algunos efectos maravillosos y dones amplísimos del Espíritu Santo, que nacen y manan de él como de una perenne fuente de bondad. Porque aunque las obras de la Trinidad Santísima, que salen fuera de ella, son

comunes a todas tres "personas, con todo eso muchas de ellas se atribuyen como propias al Espíritu Santo: para que entendamos que nacen de la inmensa caridad de Dios para con nosotros. Porque procediendo el Espíritu. Santo de la voluntad divina como inflamada de amor, bien se dexa entender que estos efectos, que se apropian al Espíritu Santo, provienen del sumo amor de Dios hacia nosotros. Por esto se sigue de aqui que el Espíritu Santo se llame *Don*: porque por el nombre de *Don* se significa aquello que se da benigna y graciosamente, y sin esperanza de remuneración. Y así qualesquier gracias y beneficios que Dios nos hace (*Mas ¿qué tenemos, como el Apostol dice (1. Corinth. 4.), que no lo hayamos recibido de Dios?*) debemos reconocer con ánimo piadoso y agradecido, que se nos dieron por concesión y dádiva del Espíritu Santo.

8. Quáles y quantos sean los dones del Espiritu Santo, y cómo se debe

discernir entre ellos.

Muchos son los efectos y dones de este divino Espiritu. Porque dexada aparte la creación del mundo y la conservación y gobierno de las cosas criadas (de lo qual se trató en el primer artículo) la vivificación se atribuye con toda propiedad al Espiritu Santo, como poco ha se demostró, y se confirma por el testimonio de Ezequiel, que dice: *Daros he Espiritu, y viviréis (Ezech. 37.)*. Pero los efectos principales y señaladamente propios del Espiritu Santo, son los que cuenta el Profeta, a saber: *El Espiritu de sabiduría, y de entendimiento, el Espiritu de consejo, y de fortaleza, el Espiritu de ciencia, y de piedad, y el Espiritu de temor de Dios (Isai. 11.)*. Estos se llaman dones del Espiritu Santo, y alguna vez tambien se les da el nombre de *Espiritu Santo*. Por esto previene sabiamente S. Agustín (*Lib. 15. de Trinit. cap. 19.*) que se vaya con cautela, quando en las letras sagradas se hace mención de esta voz *Espiritu Santo*, para que podamos discernir si acaso significa la tercera persona de la Trinidad, o sus efectos y operaciones: porque estas dos cosas se han de distinguir con la misma distancia, que creemos haber entre el criador y las criaturas. Y todas estas cosas se han de explicar con grande diligencia: porque de estos dones del Espiritu Santo sacamos los preceptos de la vida christiana, y podemos barruntar si está o no en nosotros el Espiritu Santo. Pero entre todos sus amplísimos dones se debe engrandecer aquella gracia que nos hace justos, y nos marca con el Espiritu Santo de promisión, que es la prenda de nuestra herencia (*Ephes. 1.*). Porque ella es la que junta

nuestra alma con Dios en un estrechísimo lazo de amor. De donde nace que encendidos con un afecto sumo de piedad, emprendamos nueva vida, y hechos partisioneros de la naturaleza divina, seamos llamados hijos de Dios, y que verdaderamente lo seamos (1. *Joann.* 3.).

CAPÍTULO X.

DEL NONO ARTICULO DEL CREDO.

"Creo la Santa Iglesia Católica y la Comunión de los Santos."

1. Por qué deba explicarse con gran cuidado este articulo.

La grande diligencia que deben poner los Párrocos en la explicación de este artículo nono facilmente se puede conocer, si se consideran señaladamente dos cosas. La primera: que segun San Agustin (*In Psalm. 30. Tract. 2.*) mas clara y abiertamente hablaron Jos Profetas de la Iglesia, que de Christo: previniendo que podian muchos mas engañarse en esto que en el misterio de la Encarnación. Porque habia de haber hombres perversos, (que imitando a la mona que se finge hombre) se jactarían, de que solos ellos eran los católicos, y afirmarían no menos malvada que orgulosamente, que solo entre ellos estaba la Iglesia católica. Y la segunda: que si tiene uno impresa firmemente esta verdad en su alma, se librará facilmente del peligro horrendo de la heregía. Porque no luego que uno ha pecado en la fe, se ha de decir herege; sino quando menospreciada la autoridad de la Iglesia defiende con animo pertinaz las opiniones perversas. Siendo pues imposible inficionarse uno con la peste de la heregía, mientras da crédito a las cosas que se proponen creer en este artículo; cuiden los Pastores con todo desvelo, que fortalecidos los fieles contra las astucias del enemigo con el conocimiento de este misterio, perseveren firmes en la verdad de la fe. Mas depende este articulo del antecedente. Porque allí se declaró que el Espíritu Santo es la fuente y el dador de toda santidad, y aquí confesamos que por él mismo es santificada la Iglesia.

2. Qué es lo que se entiende por la voz Iglesia.

Esta voz *Iglesia* es tomada de los griegos, y despues de promulgado el Evangelio se trasladó por los latinos, para significar las cosas sagradas.

Por esto se ha de manifestar qué significado tiene. Significa pues la Iglesia *llamamiento de muchos a un lugar*. Pero despues la tomaron los escritores por lo mismo que Concilio y ayuntamiento. Y no varía el caso el que el pueblo congregado adore al falso o al verdadero Dios. Porque en los hechos Apostólicos se refiere del pueblo efesino, que habiendo su escribano sosegado un tumulto, les dixo: *Y si demandáis alguna otra cosa, en la Iglesia legítima se puede despachar (Actor. 19.)*. Llama Iglesia legítima al pueblo de Efeso que adoraba a la diosa Diana. Y no solo de los gentiles que no conocen a Dios, mas tambien las juntas de los impíos y malos se nombran a veces Iglesia, *aborrece*, dice David, *la Iglesia de los malignos, y no me sentaré con los malvados (Psalm. 25.)*. Pero despues segun la costumbre de las santas escrituras se explicó esta voz *Iglesia*, para significar determinadamente la república christiana, y las congregaciones de los fieles: esto es de los que son llamados por la fe a la luz de la verdad y al conocimiento de Dios: para que auventadas las tinieblas de la ignorancia y errores, adoren piadosa y santamente al Dios vivo y verdadero, y le sirvan de todo corazon. Y por decirlo todo en una palabra con San Agustín: *La Iglesia es el pueblo fiel esparcido por todo el orbe (In Psalm. 149.)*.

3. De los misterios que encierra la voz Iglesia.

Grandes son los misterios que en esta voz están encerrados. Porque en el llamamiento que significa la Iglesia, luego se ve brillar la benignidad y resplandor de la divina gracia, y entendemos lo mucho en que la Iglesia se diferencia de las demás repúblicas. Porque éstas estrivan sobre la razón y prudencia humana: pero aquella está fundada en la sabiduría y consejo de Dios. Porque este Señor nos llamó interiormente por impulso de su divino Espíritu, que es el que abre los corazones de los hombres: y exterior mente por medio del trabajo y ministerio de los Pastores y Predicadores. Demas de esto: el fin que se nos propone por esta vocación, es el conocimiento y posesión de las cosas eternas: como claramente lo echará de ver el que advirtiere, por qué el pueblo fiel, sujeto a la ley antigua, era llamado *sinagoga*, que quiere decir congregación. Este nombre se le impuso, dice S. Agustín (*In Psal. 77. et 81.*), porque a manera de reses, de las que es propio ser congregadas, esperaba solo bienes terrenos y caducos. Por esto con gran razón se llama el pueblo christiano, no *sinagoga*, sino *Iglesia*: porque menospreciadas las cosas terrenas y temporales, únicamente aspira a las celestiales y eternas.

4. De varios nombres que dan las escrituras a la Iglesia.

Otros muchos nombres y llenos de misterios se han aplicado para significar esta república christiana. Porque el Apostol la llama casa y edificio de Dios. *Por si tardare*, dice a Timoteo, *para que sepas como debes conversar en ja casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna, y firmeza de la verdad* (1. Tim. 3). Y llamase casa la Iglesia: porque es como una familia gobernada por un padre, y en la que hay comunicación de todos los bienes espirituales. Llamase tambien el rebaño de las ovejas de Christo, de las quales él mismo es la puerta y el Pastor (*Joann. 10.*). Tambien se dice esposa de Christo. *Os he desposado con un varón, para presentaros como una virgen casta a Christo* (2. Corint. 11.), dice el Apostol a los de Corinto: y él mismo a los de Efeso: *Hombres, amad a vuestras mugares, como Christo amó a la Iglesia* (*Ephes. 5.*). Y del matrimonio escribe. *Este Sacramento grande es; mas yo digo en Christo y en la Iglesia* (*Ibidem.*). Dicese en fin la Iglesia el cuerpo de Christo: como puede verse en el mismo Apostol a los Eféios (*Ibidem, 1.*) y Colosenses (*Colos. 1.*). Y cada una de estas significaciones vale muchísimo, para despertar a los fieles, a que se hagan dignos de la inmensa clemencia y bondad de Dios que los escogió para que fuesen pueblo suyo.

5. De las partes principales en que la Iglesia se divide.

Explicadas estas cosas será preciso distinguir cada una de las partes de la Iglesia y señalar sus diferencias, para que perciba mejor el pueblo fiel la naturaleza, propiedades, dones, y gracias de esta Iglesia tan amada de Dios, y que por esta causa nunca cesa de alabar su santísimo nombre. Dos señaladamente son las partes de la Iglesia: de las quales una se llama *triumfante*, y otra *militante*. La triunfante; es aquel lucidísimo y felicísimo coro de espíritus bienaventurados, y de aquellos que triunfaron del mundo, de la carne, y del perversísimo demonio, y que libres ya y seguros de las molestias de esta vida, gozan de la eterna bienaventuranza. La Iglesia militante es el esquadron de todos los fieles que aun viven en la tierra: la qual por esto se llama militante: porque está en guerra continua con los cruelísimos enemigos, mundo, carne y sataná.

6. La Iglesia triunfante y militante ton una misma.

Pero no se ha de juzgar que son dos Iglesias diversas, sino dos partes

de una misma, de las quales la una fue delante, y ya está gozando de la patria celestial. Y la otra va por días siguiendo sus jornadas, hasta que llegando por fin a juntarse con nuestro Salvador, descanse en eterna felicidad.

7. En la Iglesia militante entran buenos y malos.

En la Iglesia militante hay dos clases de hombres que son los buenos y los malos. Estos a la verdad participan los mismos Sacramentos que los buenos, y profesan la misma fe; pero en vida y costumbres son muy diferentes. Los buenos en la Iglesia se dicen aquellos, que están unidos y enlazados entre sí, no solo por la profesión de la fe y participación de los Sacramentos; sino tambien con el Espíritu de la gracia y lazo de la caridad: de los quales se dice: *El Señor conoció los que son suyos (2. Tim. 2.)*. Porque aunque puedan rastrear los hombres por algunas conjeturas, quiénes sean los que pertenecen a esta clase de buenos; de cierto en manera ninguna lo pueden saber. Y por esto no se debe pensar que habló de esta parte de la Iglesia Christo Salvador nuestro, quando nos remitió a la Iglesia, y mandó que la obedeciésemos (*Matth. 18.*), porque como no es conocida; ¿quién podría saber de fixo, a qué juicio se habia de recurrir, y a qué autoridad se debía obedecer?

Abraza pues la Iglesia buenos y malos: como lo afirman las divinas letras y los escritos de los santos Padres: y a esto alude lo que dixo el Apostol: *Un cuerpo y un espíritu (Ephes. 4.)*.

8. La Iglesia es visible, y encierra en su seno buenos y malos.

Esta Iglesia manifiesta es, y se compara a una ciudad puesta sobre un monte, y que se registra por todas partes. Porque debiendo obedecerla todos, era preciso que fuese conocida. Y no solo comprehende a los buenos sino tambien a los malos; segun lo enseña el Evangelio por muchas parábolas: como quando dice, que el Reyno de los cielos, esto es la Iglesia Militante es semejante a la red echada en el mar (*Matth. 13.*) o al campo, donde sembraron zizaña sobre el trigo (*Ibidem.*) o a la hera donde está revuelto el trigo con la paja (*Luc. 13.*) o a diez vírgenes, cinco prudentes y cinco locas (*Matth. 25.*). Y mucho mas antes se dexa ver tambien la figura y semejanza de la Iglesia en el Arca de Noe, donde se encerraron animales no solo limpios *sino* tambien inmundos (*Genes. 6.*). Pero aunque la fé católica afirma

verdadera y constantemente, que pertenecen a la Iglesia, así buenos como malos; con todo eso segun las reglas de la misma fe se ha de explicar a los fieles, que es muy diversa la condición de unos y otros. Porque así como en la hera está la paja revuelta con el grano, o a veces los miembros baldados unidos con el cuerpo; así están los malos en la Iglesia.

9. *Quiénes están fuera del gremio de la Iglesia.*

De aquí se sigue que solas tres condiciones de hombres están fuera del gremio de la Iglesia. Primero los *infieles*, luego los *hereges* y *cismáticos*, y últimamente los *excomulgados*. Los *infieles* se excluyen: porque nunca estuvieron en la Iglesia, ni la conocieron jamas, ni participaron de Sacramento alguno en compañía del pueblo christiano. Los *hereges* y *cismáticos*, porque se rebelaron contra ella: y solo pertenecen a la Iglesia, como los desertores al ejército de donde se escaparon. Mas no se ha de negar que estén baxo la potestad de la Iglesia: pues los llama a juicio, los apremia, y fulmina censuras contra ellos. Finalmente los *excomulgados* tambien: porque como están excluidos por juicio de la misma Iglesia, no pertenecen a su comunión, mientras no se enmedaren. Pero todos los demás por perdidos y malvados que sean, no se debe dudar que se perseveren todavía en la Iglesia. Y esto se ha de enseñar de continuo a los fieles, para que estén muy ciertos, de que aunque fuera estragada la vida de los prelados de la Iglesia, sin embargo están en ella, y que por eso nada se les quita de su potestad.

10. *De variar significaciones de la voz Iglesia.*

Tambien suele significarse con el nombre de *Iglesia* cada una de sus partes: como quando nombra el Apostol la Iglesia que está en Corinto (1. *Corinth. 1.*) en Galacia (*Galat. 1.*) en Laodicéa (*Colos. 4.*) o en Tesalónica (1. *Thesal. 1.*). Y aun llama Iglesias a las familias particulares de los fieles: porque manda que se salude a la Iglesia doméstica de Prisca y de Aquila (Rom. 16.). Y en otro lugar dice: *Saludan os mucho en el Señor Aquila y Prisciia con la Iglesia, que está en su casa* (1. *Corint. 16.*). Asimismo escribiendo a Filemon, usó del mismo nombre (*Philem. 1.*). Y a veces tambien se significan por el nombre de *Iglesia* sus Prelados y Pastores: *Si no te oyere*, dice el Señor, *denúncialo a la Iglesia* (*Matth. 28.*), por cuyo nombre se designan los Prelados eclesiásticos. Tambien se llama *Iglesia* el lugar donde se junta el pueblo, para oir la palabra de Dios, y celebrar los oficios divinos.

Pero en este artículo, lo que se significa principalmente por el nombre de *Iglesia*, es la muchedumbre de todos los fieles buenos y malos, y no solo los Prelados sino tambien los que deben obedecerlos.

11. De las señales de la verdadera Iglesia y primero por qué se dice Una.

Tambien se han de manifestar a los fieles las propiedades de esta Iglesia: pues por ellas se puede conocer, quán grande beneficio hayan recibido de Dios los que han tenido la dicha de nacer y educarse en ella. Pues la primer propiedad señalada en el símbolo de los padres es, que sea *Una*. *Porque una*, dice, *es la paloma mia, una la hermosa mia* (*Cantic. 6.*). Y llámase una tanta muchedumbre de fieles, aunque derramada tan larga y extendidamente, por las razones que escribió el Apostol a los de Efeso, predicando: que es uno el Señor, una la fé, y uno solo el Bautismo (*Ephes. 4.*). Uno es tambien el rector y gobernador. El invisible en verdad es Cristo, a quien su Eterno Padre constituyó Cabeza sobre toda la Iglesia que es su cuerpo (*Ibidem 1.*). Pero el visible es, el que posee la Cátedra de Roma, sucesor legítimo del Principe de los Apostoles.

12. Qué deba sentirse del Romano Pontífice, Cabeza visible de la Iglesia de

Cristo.

Acerca de esto fue concorde razón y sentencia de todos los Padres, que era necesaria esta Cabeza visible, para establecer y conservar la unidad de la Iglesia: como clarísimamente lo vio y lo escribió San Gerónimo contra Joviniano por estas palabras: *Uno se elige: para que constituida la Cabeza, se quite la ocasión de cisma* (*Lib. 1. ad Med.*). Y a Dámaso escribe: *Vaya fuera la envidia, apártese la ambición de la cumbre Romana. Hablo con el sucesor del Pescador y el discípulo de la cruz. Yo que a ninguno sigo por primero, sino a Cristo, me junto en comunión con vuestra Beatitud: esto es con la Cátedra de Pedro. Sobre esa piedra sé que está edificada la Iglesia. Qualquiera que comiere el Cordero fuera de esta casa, es profano: y el que no estubiere en el arca de Noe, perecerá reynando el diluvio* (*Epistol. 57.*). Mucho antes habia probado lo mismo San Ireneo, y San Cipriano: quien tratando de la unidad de la Iglesia dice: *Habla el Señor a Pedro: Yo Pedro, te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Sobre uno edifica la Iglesia, y aunque despues de su resurreccion dé a todos los Apostóles igual potestad y diga: Así como el Padre me envió, así envió yo a vosotros: recibid el Espíritu*

Santo: con todo eso para manifestar la unidad, dispuso con su autoridad el origen de la misma unidad, que comenzase desde uno (De Unitat. Eccles. ad princip.). San Optato Milevitano dixo: No se te puede atribuir a ignorancia, sabiendo tú que en la ciudad de Roma fue conferida a Pedro primeramente la Cátedra Episcopal, donde él se sentó como Cabeza de todos los Apostóles, en quien solo se guardara por todos la unidad de la Catedral: porque no defendiera cada uno de los demas Apostóles la suya para si: de suerte que fuese cismático y prevaricador, el que colocase otra contra la Catedral singular de Pedro (Lib. 2. contr. Parmen. ad princip.). Despues San Basilio dexó escrito así: Pedro fue colocado en el fundamento: porque dixo: Tú eres Christo Hijo de Dios vivo. Y en retorno oyó: que él era piedra. Pero aunque fuese piedra, con todo no era piedra, como Cristo: porque Cristo verdaderamente era piedra inmóvil; pero Pedro lo era por la piedra. Porque Dios da a otros sus dignidades. Es Sacerdote, y hace Sacerdotes: es piedra, y hace piedra; y concede a sus siervos las cosas que son tuyas (Homil. 29. de Poenit.). Ultimamente

*dice San Ambrosio * Grandes son los dones de Dios, quien no solo nos restauró las cosas que habían sido nuestras, sino tambien nos concedió las que son propias tuyas. Y poco despues prosigue ¡Gran liberalidad es la de Cristo: pues honró a sus discípulos casi con todos sus títulos! Yo, dice, soy luz del mundo. Y aun este nombre con que él se gloria, concedió a sus discípulos diciendo: Nosotros sois luz del mundo (Matth. 5.). To soy pan vivo (Joann. 6.), y un pan somos todos nosotros (1. Corinth. 10.). Yo soy vid verdadera (Joann. 15.) y a tí te dice: Yo te planté, como vid abundante, toda verdadera (Jerem. 2.). Es Cristo piedra: pues bebían de la piedra espiritual, que los iba siguiendo y era esta piedra Cristo (1. Corinth. 10.). Y no negó tampoco a su discípulo la gracia de este nombre: pues le concedió que él mismo fuese Pedro (Matth. 16.), y que por piedra tuviese la solidez de la constancia, y la firmeza de la fé * (Lib. 6).*

13. La Iglesia necesita de cabeza visible.

Y si opusiere alguno, que está contenta la Iglesia con una Cabeza y un Esposo Jesu-Cristo, y que por esto no ha menester otro. Pronta está la respuesta: Que así como tenemos a Cristo Señor nuestro no solo por autor, sino tambien por dador íntimo de todos los Sacramentos: porque él es quien bautiza y quien absuelve, y sin embargo instituyó a los hombres ministros exteriores de los Sacramentos; así tambien aunque él mismo gobierna la Iglesia con su interior espíritu; con todo eso la puso un hombre por Vicario y Ministro de su potestad: porque como la Iglesia visible necesita de Cabeza visible, de tal manera constituyó nuestro Salvador a San Pedro por Cabeza y Pastor de toda clase de fieles, quando con palabras amplísimas le encargó apacentase sus ovejas; que quiso que el que le sucediera, tuviera en todo la misma

potestad de regir y gobernar toda la Iglesia.

14. Otras razones por qué la Iglesia se llama Una.

Demás de esto: Uno mismo dice el Apostol a los de Corinto, es el espíritu que da la gracia a los fieles, al modo que el alma da vida a los miembros del cuerpo (*1. Corinth. 12.*). Y exhortando a los de Efeso a guardar esta unidad les dice: *Solícitos de guardar unidad de espíritu en lazo de paz. Un cuerpo y un espíritu (Ephes. 4.)*. Porque así como el cuerpo humano consta de muchos miembros, y estos son mantenidos por un alma, la qual provee de vista a los ojos, de oído a las orejas, y a los demás sentidos de sus respectivas facultades; así el cuerpo místico de Christo, que es la Iglesia, está compuesto de muchos fieles. Una también es la esperanza, a la que somos llamados: como dice el Apostol en el mismo lugar: pues todos esperamos una misma cosa, que es la vida eterna y bienaventurada. Y en fin una es la fe que todos debemos tener y confesar. *No haya entre vosotros cismas (1. Corinth. 1.)*, dice el Apostol. Y uno es el Bautismo que es verdaderamente el Sacramento de la fe christiana.

15. Segunda propiedad de la Iglesia, que es ser Santa.

La segunda propiedad de la Iglesia es, que sea *Santa*. Así lo recibimos del Príncipe de los Apostóles, donde dixo: *Vosotros sois el linage escogido, la gente Santa (1. Petr. 2.)*. Y llamase Santa por estar consagrada y dedicada a Dios: pues así suelen llamarse todas las cosas de esta calidad, aunque sean corporales, si están destinadas y aplicadas al culto divino: como en la ley antigua los vasos ornamentos y altares: y en ella también eran llamados santos los primogénitos que se ofrecían al Señor (*Exod. 13. et Luce 2.*). Y a nadie debe parecer extraño el que la Iglesia se diga Santa, aunque hay en ella muchos pecadores: porque los fieles se llaman santos, por haber sido hechos pueblo de Dios, y haberse consagrado a Cristo por la fe y el Bautismo, aunque ofendan en muchas cosas, y no cumplan las que habían prometido; así como retienen el nombre de artífice los que profesan algún arte, aunque quebranten sus reglas. Por tanto llama el Apostol a los de Corinto santificados y santos, siendo claro que entre ellos había a quienes reprende agriamente como a carnales, y aun con palabras todavía más pesadas (*1. Corinth. 5.*). También se llama Santa, porque se junta como cuerpo con su santa Cabeza, que es Christo Señor nuestro, fuente de toda santidad, de quien recibe los dones del

Espíritu Santo y las riquezas de la bondad divina. Y así San Agustín, interpretando aquellas palabras del Profeta: *Guarda, Señor, mi alma, porque santo soy (Psalm. 85.)*, dice esclarecidamente: *Atrévase el cuerpo de Cristo, atrévase también el hombre solo, que clama desde los fines de la tierra, a decir con su Cabeza y baxo su Cabeza: santo soy: pues recibió la gracia de la santidad, la gracia del Bautismo, y el perdón de sus pecados. Y poco después: Si los cristianos todos, y los fieles bautizados en Cristo, se vistieron de Cristo: como dice el Apostol, todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis vestidos de Cristo (Galat. 3.); si han sido hechos miembros de su cuerpo, y dicen que no son santos, hacen injuria a la cabeza misma, cuyos miembros son santos (In Psalm. 85.)*. A esto se añade: que solo esta Iglesia tiene el culto legitimo del sacrificio, y saludable uso de los Sacramentos, por los cuales, como por eficaces instrumentos de la divina gracia causa Dios la verdadera santidad: de suerte que los que son verdaderamente santos, no pueden estar fuera de esta Iglesia. Y así es manifiesto, que la Iglesia es Santa, y Santa de verdad: pues es el cuerpo de Cristo, por el qual es santificada y lavada con su sangre.

16. Por qué la Iglesia se llama Católica: que es la tercer propiedad.

La tercera propiedad de la Iglesia es llamarse *Católica*, esto es universal: y con toda verdad se le aplica este nombre: porque como afirma San Agustín: *Desde oriente a poniente se difunde con el resplandor de una fe (Serm. 131. de Temp.)*. Porque no está ceñida a Jos límites de un reyno, o a un linage de hombres, como las repúblicas humanas, o los conventículos de los hereges; sino que abraza a todos en el seno de su caridad, sean barbaros, o escitas, siervos, o libres, hombres, o mugeres. Y por esto está escrito: *Redimístenos para Dios en tu sangre de todo tribu y lengua de todo pueblo, y nación, y nos hiciste rey no para nuestro Dios (Apocalyps. 5.)*. De la Iglesia dice David: *Pídeme, y darte be las gentes por heredad tuya, y por tu posesión los fines de la tierra (Psalm. 2.)*. Y en otra parte: *Yo haré memoria de Raab y de Babilonia, que saben de mi (Ibidem 86.)*. Y luego: *El hombre nació en ella*. A mas de esto todos los fieles que ha habido desde Adán hasta hoy, y que habrá hasta el fin del mundo, que profesan la verdadera fe, pertenecen a esta Iglesia, la qual está fundada sobre el cimiento de los Apostóles y Profetas: y todos estos están fundados y asentados sobre la piedra angular Cristo (*Ephes. 2.*) quien hizo de los dos uno, y anuncióla paz así a los que estaban cerca, como a los que estaban lejos. Y se llama también *Universal* por la razón de que todos los que desean conseguir

la salud eterna, deben acogerse a ella, y abrazarla del mismo modo que los que se refugiaron al arca para no perecer en el diluvio. Y así esta señal se ha de tener por regla certísima para discernir la Iglesia verdadera de la falsa.

17. Por qué la Iglesia se llama tambien Apostólica.

Conocemos tambien la verdad de la Iglesia por su origen, que le trae desde los Apostóles, despues de manifestada la gracia. Porque su doctrina es la verdad; no reciente ni nacida de ayer acá; sino enseñada allá en lo antiguo por los Apostóles; y esparcida por todo el orbe. Y de aqui se sigue que nadie puede dudar, que las voces impias de los hereges van muy apartadas de la fe verdadera: pues son muy contrarias a la doctrina, que se ha predicado en la Iglesia desde los Apostoles hasta el presente dia. Y asi para que todos entendiesen qual era la Iglesia catolica, añadieron al símbolo los Padres por divino impulso la palabra *apostólica*. Porque el Espíritu Santo, que preside en la Iglesia, no la gobierna por otro género de Ministros, que por el Apostolico. Y este divino Espiritu primeramente fue dado a los Apostoles: mas despues por suma benignidad de Dios siempre ha permanecido en la Iglesia.

18. La Iglesia no puede errar en los dogmas de fe, o costumbres.

Y así como esta única Iglesia no puede errar en proponer la doctrina de la fe y costumbres; como que es gobernada por el Espíritu de Dios; así es necesario que todas las demas que se arrogan el nombre de Iglesia, caygan en errores muy perniciosos de doctrina y costumbres: pues son guiadas por el espíritu del diablo.

19. De las figuras especiales de la Iglesia en el Testamento viejo.

Y porque las figuras del Testamento viejo son muy poderosas para excitar las almas de los fieles, y renovar la memoria de cosas hermosísimas: pues por esta razon señaladamente se valían de ellas los Santos Apostoles; no dexarán los Parrocos en silencio esta parte de doctrina que trae consigo grandes utilidades. Entre ellas tiene una

ilustre significacion el arca de Noe fabricada por mandamiento de Dios únicamente para que no quedase duda, de que significaba la Iglesia edificada por Dios en tal forma, que quantos entrasen en ella por el Bautismo, pudiesen estar libres de todo peligro de muerte eterna; pero los que se quedasen fuera de ella, pereciesen sumergidos en sus maldades: como acaeció a los que no fueron recibidos en el arca. Otra figura es aquella gran ciudad de Jerusalem, por cuyo nombre significan muchas veces las escrituras la Santa Iglesia. Es así que solo en Jerusalem era lícito ofrecer sacrificios a Dios. Porque solo en la Iglesia de Dios, y fuera de ella en ninguna otra parte se halla el verdadero culto, y el verdadero sacrificio, que pueda en algun modo ser agradable a su Magestad.

20. Por qué la fe de este articulo se pone entre los del Credo.

Ultimamente se ha de enseñar acerca de la Iglesia, por qué razón pertenece a los artículos de la fe que creamos nosotros la Iglesia. Porque aunque qualquiera conoce y ve por sus ojos que hay Iglesia en la tierra, esto es una Congregación de hombres dedicados y consagrados a Cristo Señor nuestro, y que para entender esto no parece necesaria la fe, pues no lo dudan ni judíos, ni turcos; con todo eso aquellos misterios que en parte se ha declarado ya, que están encerrados en la Santa Iglesia de Dios, y en parte se explicará en el Sacramento del Orden; no puede alcanzarlos el entendimiento convencido por razones ningunas; sino solo ilustrado por la fe. Y así sobrepujando este articulo no menos que los otros la facultad y fuerzas de nuestra inteligencia; justamente confesamos que percibimos y vemos el origen, cargos y dignidad de la Iglesia; no por razón humana sino con los ojos de la fe.

21. Quales y cuántas cosas se nos manda creer que hay en la Iglesia.

No fueron pues los hombres autores de esta Iglesia, sino el mismo Dios inmortal, quien la edificó sobre una piedra firmísima: como dice David: *El mismo Altísimo la fundó (Psalm. 86.)*. Y por eso se llama ya heredad (Ibid. 2. et 126.), ya pueblo de Dios (Psalm. 27. et 94.). Ni tampoco es humana la potestad que recibió, sino dada por gracia divina. Y por tanto así como no se puede alcanzar por fuerzas naturales; así solo por la fe entendemos, que hay en la Iglesia llaves del Reyno de los cielos, y que le fué dada potestad de perdonar

pecados, de excomulgar, y de consagrar el verdadero cuerpo de Christo: como tambien que los ciudadanos que en ella moran, no tienen aquí ciudad permanente, sino que buscan la venidera (*Hebr. 13.*). Debe pues creerse necesariamente que hay Iglesia, *Una, Santa y Católica.*

22. Que creemos en Dios y no en la Iglesia sino la Iglesia.

Porque en las tres Personas de la Trinidad Padre Hijo y Espíritu Santo de tal modo creemos, que colocamos en ellas nuestra fe. Pero ahora variando la forma de decir, profesamos que creemos la Santa, mas no en la Santa Iglesia: para que aun por este diverso modo de hablar se distinga Dios Criador de todo de sus criaturas, y confesemos como recibidos de su bondad divina todos aquellos esclarecidos dones que se ha dignado conceder a su Iglesia.

"La Comunión de los Santos."

23. De la última parte de este artículo que es la Comunión de los Santos.

Escribiendo el Evangelista San Juan a los fieles sobre los misterios divinos alegó esta razón del porque los instruía en ellos: *Para que tambien vosotros os acompañéis con nosotros, y que nuestra compañía sea con el Padre y con su Hijo Jesu-Cristo (1. Joann. 1.)*. Esta compartía se funda en la Comunión de los Santos, de la qual se trata en este artículo. Y pluguiese a Dios que en explicarle imitasen los Presidentes de las Iglesias la diligencia de San Pablo y de los demás Apostoles: porque no solamente es declaración del artículo inmediato, y una doctrina de abundantísimos frutos; sino que tambien declara, cómo se deba usar de los misterios contenidos en el *Credo*: porque todos ellos deben escudriñarse y percibirse, a fin de que seamos admitidos en esta tan ilustre y dichosa compañía de los Santos, y que una vez recibidos perseveremos constantísimamente, dando con mucho gozo gracias a Dios Padre, quien nos hizo dignos de ser participantes de la herencia de los Santos en la luz (*Colos. 1.*).

24. La Comunión de los Santos es explicación del artículo de la Iglesia y

consiste en la Comunión de los Sacramentos.

Primeramente pues se ha de enseñar a los fieles que este artículo es como cierta explicación del que se puso antes, que es el de una Santa Iglesia Católica. Porque la unidad del Espíritu que la gobierna, hace sea comun, quanto se le ha concedido. Y así a todos los fieles pertenece el fruto de todos los Sacramentos, con los quales están unidos y enlazados en Cristo como con unas sagradas ligaduras y señaladamente con el Bautismo, que es como la puerta, por donde entramos en la Iglesia. Y que por esta Comunión de los Santos debe entenderse la Comunión de los Sacramentos, lo significan los Padres en el Símbolo por aquellas palabras: *Confieso un Bautismo*. Porque al Bautismo primeramente se sigue la Eucaristía, y despues los demás Sacramentos. Porque aunque este nombre conviene a todos, pues todos ellos nos juntan con Dios, y nos hacen participantes de aquel cuya gracia recibimos; sin embargo es mas propio de la Eucaristía, que es la que hace esta Comunión.

25. En la Iglesia hay participación de merecimientos.

Otra Comunión tambien se ha de reconocer en la Iglesia. Porque todas las obras virtuosas y santas que hace cada uno, pertenecen a todos, y por la caridad que no busca sus cosas (*1. Corinth. 13.*) hace que le aprovechen. Esto se prueba con el testimonio de San Ambrosio, quien declarando aquel lugar del Salmo: *Yo soy participante de todos los que te temen (Psalm. 118.)* dice: *Asi como decimos, que cada miembro es participante de todo el cuerpo, así lo es el que esta incorporado con todos los que temen a Dios. Y por esto nos enseñó Cristo este modo de orar que dixeramos el pan nuestro, no el mió; y lo mismo en todo lo demás, atendiendo no a solos nosotros, sino a la salud y utilidad de todos (In illum Psalm. Serm. 8.)*. Esta comunión de bienes se demuestra muchas veces en las sagradas letras con el símil muy propio del cuerpo humano. Porque en el cuerpo humano hay muchos miembros. Mas aunque sean muchos, solo componen un cuerpo, en el qual tiene cada uno su oficio propio, no todos uno mismo. Tampoco tienen todos una misma dignidad, ni exercen acciones igualmente útiles y honrosas: pero ninguno mira a su provecho y utilidad, sino a la de todo el cuerpo. Demas de esto todos están tan unidos y trabados entre sí que si padece uno algún dolor, lo sienten todos por el enlace y parentesco natural: como al contrario si está sano y bueno, todos a una se alegran con él.

Pues esto mismo se ha de contemplar en la Iglesia, en la qual aunque los miembros son diversos, es a saber varias naciones de judíos, gentiles, libres y esclavos, pobres y ricos; sin embargo quando son bautizados, todos se hacen un cuerpo con Cristo, cuya cabeza es su Magestad. Y a mas de esto, cada uno tiene en la Iglesia señalado su oficio. Porque así como en ella unos están constituidos Apostoles, y otros Doctores, pero todos por causa del bien comun; así unos tienen el cargo de presidir y enseñar, y otros la obligación de obedecer y sujetarse.

26. Los malos en la Iglesia no gozan de esta Santa Comunión.

Pero los que gozan de tantos y tan grandes dones y bienes, como Dios por su gracia ha concedido, son los que hacen vida christiana en caridad, y que son justos y amados de Dios. Pero los miembros muertos, esto es los hombres enredados en maldades y enagenados de la gracia de Dios, aunque no estén tan del todo privados de este bien, que dexen de ser miembros de este cuerpo; pero como están muertos, no perciben el fruto espiritual que se comunica a los virtuosos y justos. Aunque todavía como están en la Iglesia, son favorecidos por los que viven espiritualmente, para que recobren la gracia y vida que perdieron, y gozan de aquellos frutos, de los quales sin razón de dudar están privados, los que están del todo cortados de la Iglesia.

27. Las gracias gratis datas y los demás dones de Dios son comunes a toda la

Iglesia.

Y no solamente son comunes aquellos bienes que hacen a los hombres justos y amados de Dios; sino tambien las gracias *gratis datas*, entre las quales se cuentan la *ciencia*, la *profecía*, el *don de lenguas*, y de *milagros*, y otras de esta clase. Y estos dones se conceden tambien a los malos, aunque no por su provecho particular, sino por el bien comun y edificación de la Iglesia. Porque la *gracia de curaciones* no se da al que la tiene, para alivio suyo, sino del enfermo. Pero últimamente el hombre que de veras es cristiano, nada debe entender que posee, que no sea comun con todos los demás. Y así todos deben estar prontos y apercibidos, para aliviar las miserias de los necesitados. Porque el que goza de semejantes bienes, y viendo a su próximo en necesidad no le

socorre, convéncese enteramente, que no está en él la caridad de Dios (1. Joann. 3.). Siendo pues esto así, consta bastante que los que están en esta Santa Comunión, gozan de cierta felicidad, y que de veras pueden decir con David; *¡Oh quan amados son tus tabernáculos, Señor, Dios de las virtudes!. Codicia y desfallece mi alma, deseando las moradas del Señor. Y ¡Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa (Psalm. 83.)!*

CAPÍTULO XI.

DEL DÉCIMO ARTICULO DEL CREDO.

"El perdon de los pecados."

1. Es necesario creer, que hay en la Iglesia perdon de pecados.

Ninguno habrá que al ver contarse entre los artículos de la fe éste del perdon de los pecados, pueda dudar que no solar mente encierra en sí algún misterio divino, sino tambien que es muy necesario para conseguir la salud: pues ya se declaró que a nadie se abre la puerta de la piedad cristiana sin fe cierta de aquellas cosas que se proponen en el Credo. Mas si pareciere que aun debe confirmarse con algún testimonio lo que debe por sí ser manifiesto a todos; bastante será lo que sobre este caso dixo nuestro Salvador poco antes de su subida al cielo, quando abrió a sus discípulos el entendimiento para que entendiesen las escrituras: *Convenia que Cristo padeciese, y que al tercer dia resucitase de los muertos, y que se predicase en su nombre penitencia y perdon de pecados en todas las gentes, comenzando desde Jerusalem (Luc. 24.)*. Palabras que si los, Párrocos las consideran bien, entenderán luego que si deben enseñar a los fieles todas las cosas que pertenecen a la religión; en esta les está impuesta por el Señor muy en particular, grande necesidad de explicar este articulo con todo cuidado.

2. En la Iglesia hay verdadera potestad de perdonar pecados.

Será pues cargo del Párroco por lo que toca a este punto, enseñar que no solo se halla en la Iglesia católica aquella remisión de pecados, de la qual habia profetizado Isaías: *El pueblo que mora en ella, será absuelto de su maldad (Isai. 33.)*; sino que hay en ella tambien potestad de perdonar pecados; y que si usaren de ella los Sacerdotes legítimamente, y segun las Reglas señaladas por Cristo Señor nuestro,

se ha de creer que verdaderamente se remiten y se perdonan los pecados.

3. Por qué medio se perdonan los pecados en la Iglesia.

Este perdon quando primeramente somos lavados por el santo Bautismo profesando la fe, se nos da tan cumplido que nada queda ni que perdonar de la culpa, ya sea original, o ya por cosa omitida, o cometida por propia voluntad; ni que pagar de la pena. Mas con todo eso ninguno se libra por la gracia del Bautismo de todas las enfermedades de la naturaleza. Antes bien teniendo que pelear cada uno contra los movimientos de la concupiscencia, que sin cesar nos incita a los pecados; apenas habrá quien resista con tal valor, o defienda su salud con tal desvelo, que pueda evitar todas la heridas.

4. Demas del Bautismo hay en la Iglesia la potestad de las llaves.

Siendo pues necesario, que hubiese en la Iglesia potestad de perdonar pecados por otro medio a mas del Sacramento del Bautismo, le fueron entregadas las llaves del rey no de los cielos, con las quales se puedan perdonar los pecados a todo penitente, aunque haya pecado hasta el último dia de su vida. De esto tenemos testimonios clarísimos en las escrituras sagradas. Porque en San Mateo dice así el Señor a San Pedro; *Té daré las llaves del reyno de los cielos; y todo lo que atares sobre la tierra, será tambien atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será desatado tambien en el cielo (Matth. 16.).* Y en otra parte: *Todo quanto atáredes sobre la tierra, será atado en el cielo, y quanto desatáredes sobre la tierra, será asimismo desatado en el cielo (Ibidem 18.).* Demas de esto testifica San Juan que habiendo el Señor soplado sobre sus Apostoles, les dixo: *Recibid el Espíritu Santo: cuyos pecados perdonaredes, serán perdonados: y los que retuviéredes, serán retenidos (Joann. 20.).*

5. Esta potestad se extiende a todo pecado y a todo tiempo.

Y no se ha de juzgar que esta potestad esté ceñida a determinados géneros de pecados. Porque no puede cometerse ni pensarse maldad tan enorme, que no tenga la Iglesia poder para perdonarla: como tampoco hay hombre tan perdido y malvado, que si verdaderamente le pesa de sus yerros, no halle esperanza cierta del perdon. Ni está

tampoco esta misma potestad limitada y ceñida a tiempo alguno determinado. Porque en qualquier hora que el pecador quisiere volver a la salud, será bien recibido: como lo enseñó nuestro Salvador quando preguntándole el Principe de los Apostoles, qué hasta quantas veces se habia de perdonar a los pecadores, si acaso, hasta siete: respondió: *No siete sino hasta setenta veces siete (Matth. 18.)*.

6. No a todos los cristianos está concedida la potestad de absolver.

Pero si atendemos a los Ministros de esta potestad divina, se hallará que está menos ampliada. Porque no concedió el Señor a todos la potestad de tan santo ministerio, sino a solos los Obispos y Sacerdotes. Y lo mismo se ha de decir por lo que toca al modo de usar de ella. Porque solo se pueden perdonar los pecados por los Sacramentes, si se guarda su forma. De otra manera no fue dado a la Iglesia derecho ninguno, para absolver de pecados. Y de aquí se sigue que así los Sacerdotes, como los Sacramentos vienen a ser en orden a perdonar pecados, como unos instrumentos por los quales Cristo Señor nuestro que es el autor mismo y el dador de la salud, obra en nosotros el perdon de los pecados y la justicia.

7. Qué grande es esta gracia concedida a la Iglesia.

Mas para que los fieles miren con mas veneración este don celestial concedido a la Iglesia por singular misericordia de Dios para con nosotros, y lleguen con afectos de devoción mas ardiente a recibirle y tratarle, se esforzará el Párroco a demostrar la dignidad y excelencia de esta gracia. Esta señaladamente se conocerá, si se explicare con diligencia quien tiene virtud, para perdonar pecados y convertir los hombres de injustos en justos. Es constante que se hace esto por la infinita e inmensa virtud de Dios, y la misma que creemos ser; necesaria para resucitar muertos y criar el mundo. Y si todavía (como se confirma por sentencia de San Agustín) se ha de juzgar mayor obra hacer a uno de impío justo, que criar dé la nada cielos y tierra (Tract. 72. in Joann.), no pudiendo haber creación sino por una infinita virtud; siguese, que mucho mas se ha de atribuir a potestad infinita el perdonar pecados.

8. Ninguno sino Dios puede por sí mismo perdonar pecados.

Por esto entendemos ser muy verdaderas las voces de los antiguos Padres por las cuales confiesan, que solo Dios perdona los pecados de los hombres: y que una obra tan maravillosa no se ha de atribuir a otro autor que a su suma bondad y poder. *Yo soy* (dice el mismo Señor por el Profeta) *yo mismo soy, el que borro tus maldades por mí (Isai. 43.)*. Porque la razón de perdonar pecados parece ser la misma, que la que debe guardarse en el dinero que se debe. Y por esto asi como ninguno sino el acreedor puede perdonar la deuda (estando a solo Dios obligados por las culpas: pues cada dia pedimos: *Perdónanos nuestras deudas*) así tambien es manifestado, que por ninguno fuera de él se nos pueden perdonar los pecados.

9. Antes de Cristo a ningún hombre fue concedida esta potestad.

Éste don verdaderamente maravilloso y divino a ninguna criatura se concedió, antes de hacerse Dios hombre. Cristo Salvador nuestro fue el primero, que siendo el mismo verdadero Dios, recibió en quanto hombre este don de su Padre celestial. *Porque sepáis, dixo, que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar pecados, dice al paralitico: levántate, toma tu cama y vete a tu casa (Matth. 9. et Marc. 2.)*. Habiéndose pues hecho hombre para perdonar los pecados de los hombres, antes de subirse al cielo a sentarse allí a la diestra de Dios para siempre; concedió esta potestad a los Obispos y Presbíteros en la Iglesia. Bien que como enseñamos antes, Cristo perdona los pecados por su autoridad, los demás como Ministros suyos. Por este motivo si debemos admirar y venerar las cosas hechas por virtud infinita, bastantemente se dexa entender lo muy preciso que es este don concedido a la Iglesia por la benignidad de Cristo Señor nuestro.

10. Por qué virtud consiguen los hombres el perdon de sus pecados.

Pero tambien el medio por donde Dios clementísimo Padre determinó borrar los pecados de los hombres, excitará poderosamente los ánimos de los fieles, a contemplar la grandeza de este beneficio: pues quiso fuesen lavadas nuestras culpas con la sangre preciosa de su Unigénito Hijo: de manera que pagase él voluntariamente la pena, que nosotros merecimos por los pecados, fuese condenado el justo por los injustos, y que padeciese el inocente la muerte mas cruel por los culpados. Y así al considerar que fuimos rescatados, no con cosas corruptibles como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo como Cordero inocentísimo y purísimo (1. Petr. 3.), luego confesaremos:

que no pudo sobrevenirnos cosa mas saludable, que esta potestad de perdonar pecados: la qual descubre la inexplicable providencia de Dios, y la suma caridad con que nos ama. Y de esta consideración es necesario que perciban todos grandísimo fruto.

11. De qué modo señaladamente se conoce lo grande de este beneficio.

Porque el que ofende a Dios con algún pecado mortal, al punto pierde los merecimientos que consiguió por la muerte y por la cruz de Cristo, y absolutamente se le prohíbe la puerta del Paraíso, que estando antes cerrada, la abrió para todos, nuestro Salvador por su pasión. Al acordarnos de esto es preciso nos ponga en gran cuidado la consideración de la miseria humana. Pero si luego volvemos los ojos a esta maravillosa potestad que divinamente fue dada a la Iglesia, y confortados con la fe de este artículo creemos la facultad que se ofrece a cada uno, de que pueda ayudado con la divina gracia, ser restituído al estado de su dignidad antigua; no podemos menos entonces de regocijarnos con sumo gozo y alegría, y de dar a Dios inmortales gracias. Y por cierto si suelen parecer agradables y gustosas las medicinas que compone el arte e industria de los médicos, quando adolecemos de alguna grave enfermedad; ¿qué tanto mas gustosos deberán ser los remedios confeccionados por la sabiduría de Dios para curar las almas, y por lo mismo para reparar la vida? Mayormente quando estas medicinas dan a los que de veras desean quedar sanos, no una esperanza dudosa de salud, como las que se aplican a los cuerpos; sino una salud muy cierta.

12. Deben los cristianos valerse con frecuencia de esta gracia y no dilatar la

penitencia.

Han de ser pues exhortados los fieles, despues que hayan conocido la dignidad de un don tan grande y excelente, a que tambien procuren valerse y aprovecharse de él con toda devoción. Porque apenas se puede pensar que no menosprecie una cosa útil y necesaria, aquel que no quiere valerse de ella: mayormente habiendo dexado el Señor en su Iglesia esta potestad de perdonar pecados: para que todos se aprovechen de una tan saludable medicina. Porque así como ninguno puede ser purificado sin el Bautismo; así todo el que quiera recobrar la

gracia del Bautismo perdida por pecados mortales, es necesario se acoja a otro género de purificación, que es el Sacramento de la penitencia. Pero en este lugar se ha de amonestar a los fieles, que al ver se les ofrece una tan amplia facultad de perdon (que como se ha declarado, no está ceñida a tiempo determinado alguno) no se hagan, o mas pronto para pecar, o mas tardos para arrepentirse: porque como en lo uno son convencidos manifiestamente de que son injuriosos y despreciadores de esta potestad divina, se hacen indignos de que Dios les conceda su misericordia. Y en lo otro es muy de temer, que sorprendidos de la muerte hayan confesado en vano el perdon de los pecados, que perdieron justamente por la tardanza y dilación de día en día.

CAPÍTULO XII.

DEL ARTICULO UNDÉCIMO DEL CREDO.

"La Resurreccion de la Carne."

1. De lo mucho que importa la noticia clara de este articulo.

Quan grande sea la fuerza de este articulo para establecer la verdad de nuestra fe, señaladamente lo muestra, el que en las letras sagradas no solo se propone para que le crean los fieles, sino que tambien se prueba con muchas razones. Y como esto apenas se ve en otros artículos del Credo, déxase discurrir que la esperanza de nuestra salud estriva en él, como en un fundamento muy firme. Porque como arguye el Apostol: *Si no hay resurreccion de muertos; luego ni tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó: luego es vana nuestra predicación, y tambien es vana vuestra fe (1. Corinth. 15.).* Pondrá pues el Párroco en explicarle no menos trabajo y estudio, que lo que la impiedad de muchos se fatigó por destruirle: pues luego se demostrará que de este conocimiento redundan grandes y excelentes utilidades para aprovechamiento de los rielees.

2. Por qué los Apóstoles llamaron Resurrección de la carne a la de los

hombres.

Pero ante todo conviene advertir que la resurreccion de los hombres se llama en este articulo resurreccion de *la carne*. Esto a la verdad no se hizo sin causa. Porque quisieron enseñar los Apostóles lo que precisamente se debe decir: que el alma es inmortal. Y porque no pensase alguno que acaso perecia junto con el cuerpo, y que uno y otro era resucitado (constando claramente por muchos lugares de las sagradas letras que el alma es inmortal) por esta razón solo se hace

mención en el artículo de la resurreccion de la carne. Y aunque varias veces en las escrituras sagradas signifique la carne todo el hombre: como en Isaías: *Toda carne es heno (Isai. 40.)*; y en San Juan: *Y el Verbo se bizo carne (Joann. 1.)*. Sin embargo en este lugar la voz *carne* señala al cuerpo: para que entendamos que de las dos partes que componen al hombre, que son cuerpo y alma, la una solamente que es el cuerpo, se corrompe y se vuelve al polvo de la tierra de que fue formado; pero que el alma permanece incorrupta. Y como ninguno puede resucitar si no ha muerto, no se dice con propiedad que resucite el alma. Tambien se hace mención de la carne, a fin de confutar la heregía, que aún viviendo el Apostol, fue de Himeneo y Fileto (*2. Tim. 2.*) los que afirmaban; que quando en las sagradas escrituras se trataba de la resurreccion, se habia de entender no de la corporal sino de la espiritual, con la qual resucita el alma de la muerte del pecado a la vida de la gracia. Y así es claro que por esas palabras se quita ese error y se confirma la verdadera resurreccion del cuerpo.

3. Con que testimonios de las escrituras se establecerá la doctrina de la

resurreccion.

Será pues cargo del Parroco ilustrar esta verdad con exemplos sacados del Testamento viejo y nuevo, y de toda la historia: eclesiástica. Porque en el Testamento viejo fueron resucitados algunos por Elias (*3. Reg. 13.*) y Eliseo (*4. Reg. 4.*). Y a mas de aquellos que sacó de la muerte Cristo Señor nuestro, volvieron otros a la vida por los santos Apostoles y por otros muchísimos. Y esta resurreccion de muchos confirma la doctrina de este artículo. Porque como creemos que resucitaron muchos, se ha de creer que resucitarán todos. Y aun el fruto especial que debemos coger de tales milagros, es el que demos suma fe a este artículo. Muchos son los testimonios que facilmente se ofrecerán a los Parrocos medianamente versados en las sagradas letras. Pero los lugares realmente mas ilustres en el Testamento viejo son los que se leen en Job, quando dice: *Que él mismo en su carne ha de ver a su Dios (Job. 19.)*. Y en Daniel el que dice de aquellos que duermen en el polvo de la tierra, que unos despertarán para la vida eterna, y otros para el oprobrio sempiterno (*Dan. 12.*). Mas en el Testamento nuevo hay las cosas que S. Mateo refiere sobre la disputa que tuvo el Señor con los Saducéos (*Matth. 22.*). Demas de esto lo que dicen los Evangelistas acerca del juicio final (*Ibid. 25.*). Y tambien se han de ordenar aquí las cosas que con maravilloso discurso trató el

4. Se establece con símiles la misma verdad.

Pero aunque esto sea muy cierto por la fe, todavía aprovechará mucho mostrar o con exemplos o con razones, que no disuena de la naturaleza o de la inteligencia de la razon humana, lo que la fe propone creer. Y asi al que preguntase, que cómo resucitarían los muertos, responde el Apostol de este modo: *Necio, lo que tú siembras no revive, si no muere primero. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de ser, sino el grano puro, ya sea de trigo, ya de otra semilla. Pero Dios le da el cuerpo, como quiere (1. Corinth. 15.).* Y poco despues: *Siémbrase en corrupción, y levantarse ha en incorrupción (Ibidem).* A esta semejanza muestra San Gregorio que se pueden añadir otras muchas: *La luz, dice el Santo, cada dia se aparta de nosotros, como si muriera, y luego vuelve como si resucitara. Los árboles pierden su verdor, y de nuevo se reparan, como resucitando: y las semillas mueren pudriéndose, y brotando despues resucitan (Lib. 14. Mor. cap. 28. 29. et 30.).*

5. Razones en prueba de esta misma verdad.

Demas de esto las razones que alegan los escritores eclesiásticos pueden parecer bastante acomodadas, para probar este punto. Y primeramente siendo en realidad inmortales las almas, y teniendo como parte del hombre inclinación natural a sus cuerpos, se ha de juzgar fuera de su naturaleza, permanecer para siempre apartadas de ellos. Y como lo que se opone a la naturaleza y es violento, no puede ser durable; parece ser conforme a razón que se junten de nuevo con sus cuerpos: De donde tambien se sigue que haya de haber resurreccion de cuerpos. Y de este modo de argüir usó a la verdad el mismo Salvador nuestro, quando al disputar contra los saducéos, concluyó la resurreccion de los cuerpos de la inmortalidad de las almas. Fuera de esto: estando destinadas por el justisimo Dios penas para los malos, y premios para los buenos, y saliendo de esta vida muchísimos de ellos, unos sin pagar las penas merecidas, y otros la mayor parte sin ser remunerada su virtud con algún galardón; es necesario tornarse a juntar las almas con los cuerpos, para que los cuerpos, de que usan los hombres como de compañeros del pecado, sean junto con el alma, o castigados por las malas obras, o premiados por las buenas. Argumento, que trató diligentísimamente San Crisóstomo en una Homilía al pueblo Antioqueno (*Homil. 49. et 50.*).

Por donde el Apostol disputando de la resurreccion, dice: *Si solo en esta vida esperásemos en Cristo, somos los mas desgraciados de todos los hombres* (1. Corinth. 15.). Las quales palabras ninguno juzgará que se dirigen a la miseria del alma: porque siendo inmortal, aunque los cuerpos no resucitáran, pudiera sin embargo gozar de la bienaventuranza en la vida venidera. Pero se han de entender de todo el hombre. Porque si no se pagan al cuerpo los premios debidos a sus trabajos; es preciso que sean los mas miserables de todos, los que asi como las Apostoles, padecieron en vida tantos trabajos y calamidades. Lo mismo enseña y aun con mas claridad a los Tesalonicenses por estas palabras: *Nos gloriamos en las Iglesias de Dios por vuestra paciencia, y fe en todas vuestras persecuciones y tribulaciones, las que sufrís en testimonio del justo juicio de Dios: para que sedís habidos por dignos en el reyno de Dios, por el qual asimismo padecéis: pues es justo delante de Dios que ni estos que os atribulan, queden sin castigo, ni vosotros, que sois atribulados, sin galardón: quando se manifieste desde el cielo nuestro Señor Jesús con los Angeles de su virtud, castigando con llamas de fuego a aquellos que no conocen a Dios, ni obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesu-Cristo* (2. Thesal. 1.). Añádese tambien: que mientras el alma está apartada del cuerpo, no pueden conseguir los hombres la felicidad cumplida y colmada de todos los bienes. Porque siendo imperfecta toda parte dividida del todo, lo es tambien el alma que no está unida al cuerpo. De donde se sigue ser necesaria la resurreccion de los cuerpos, para que nada falte a la suma felicidad del alma. Y con estas y otras semejantes razones podrá instruir el Párroco a los fieles en este articulo.

6. Que todos han de morir y todos han de resucitar.

Despues convendrá explicar con cuidado segun la doctrina del Apóstol, quiénes hayan de ser restituidos a la vida. Porque escribiendo a los de Corinto, dice: *Asi como en Adán todos mueren, asi en Cristo todos serán vivificados* (1. Corinth. 15.). Todos pues han de resucitar sin diferencia alguna entre buenos y malos: aunque no será igual la condición de todos. Porque los que obraron bien, resucitarán para la resurreccion de la vida; mas los que obraron mal, para la del juicio (Joann. 5.). Y quando decimos *todos*, entendemos, asi los que ya estarán muertos, quando se acerque el juicio, como los que entonces morirán.

Porque a la sentencia que afirma que todos han de morir sin excepción alguna, se aplica la Iglesia: y es la que mas conviene a la verdad: como lo dexó escrito S. Gerónimo (*Epistol. 152.*), y lo mismo

siente S. Agustin (*Lib. 20. de Civitat. Dei cap. 20.*). Y no repugnan a esta sentencia aquellas palabras del Apostol a los Tesalonicenses: *Los muertos que están en Cristo resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, seremos junto con ellos arrebatados en las nubes, para salir al encuentro a Cristo en el ayre (1. Thesal. 4.)*. Porque explicándolas S. Ambrosio, dice: *En el mismo rapto los prevendrá la muerte como por un sueño: de manera que el alma salida del cuerpo al instante se vuelve a él. Porque al ser levantados morirán, para que quando lleguen avista del Señor, reciban con su presencia las almas: porque con el Señor no pueden estar los muertos (Super hunc locum)*. Y esta misma sentencia se comprueba con la autoridad de San Agustin en el libro de la ciudad de Dios (*Ubi supr. cap. 30.*).

7. Todos resucitarán con los mismos cuerpos que ahora tienen.

Mas porque importa mucho persuadirnos de cierto, a que este mismo cuerpo, este mismo que fue propio de cada uno, aunque se haya podrido y hecho tierra, sin embargo de eso ha de ser restituido a la vida; se harán cargo los Párrocos de explicar tambien esto cuidadosamente. Esta es la sentencia del Apostol quando dice: *Conviene que esto corruptible se vista de incorrupción (1. Corinth. 15.)* demostrando a las claras con esa voz *Esto* al propio cuerpo. Y el Santo Job profetizó lo mismo clarísimamente, diciendo: *Ten mi carne veré a Dios, mi Salvador, a quien veré yo mismo, y mis ojos le ban de ver y no otro (Job. 19.)*. Esto mismo se colige de la difinicion de la misma resurreccion: porque resurreccion (segun el Damasceno) es restitución a aquel estado de donde caíste (*Lib. 4. de Fide Ortod. cap. 28.*). Ultimamente si consideramos la causa, por la que se demostró poco antes, que había resurreccion, nadie podrá tener razón, para dudar en este caso.

8. Por qué estos mismos cuerpos serán resucitados.

Porque entanto enseñamos que los cuerpos habían de resucitar, para que dé cada uno cuenta del bien o del mal que hizo en este cuerpo (*2. Corinth. 5.*). Luego conviene que resucite el hombre en el mismo cuerpo, por cuyas obras sirvió, o a Dios, o al demonio: para que con el mismo cuerpo consiga las coronas, y premios de sus triunfos, o pague las infelícísimas penas y castigos.

9. No resucitarán los cuerpos con los defectos que tuvieron antes.

Pero no solamente resucitará el cuerpo, sino que tambien se le ha de restituir todo lo que requiere la integridad de su naturaleza, y la hermosura y ornamento del hombre. Sobre esto leemos un testimonio ilustre de San Agustin: *Entonces dice el Santo, nada defectuoso se hallará en los cuerpos. Si algunos hubo gruesos y abultados de mas, no tomarán toda aquella corpulencia; sino que se reputará superfluo, lo que excediere la proporción debida. Y al contrario: quanto la enfermedad o la vegez consumieron en el cuerpo, se reparará por la virtud divina de Cristo: como si algunos por lo macilento fueron muy delgados. Porque no solamente reformará el Señor el cuerpos sino todo lo que se nos haya quitado por la miseria de esta vida (Lib. 22.). Y en otro lugar: No volverá a tomar el hombre todos los cabellos que tuvo, sino los que convengan: segun aquello: Contados están todos los cabellos de vuestra cabeza (Matth. 10.) los quales serán reparados segun la sabiduría de Dios (In Enchirid. cap. 89.).* Pero en primer lugar: como todos los miembros pertenecen a la integridad de la naturaleza, todos juntos serán restituidos. Y asi los que fueron ciegos de su nacimiento, o perdieron la vista por alguna desgracia, los coxos, y del todo mancos y lisiados en qualquier otro miembro, resucitarán con cuerpo entero y perfecto: porque de otra manera no se cumpliría el deseo del alma, que está tan inclinada a la unión con su cuerpo, y cuyo apetito creemos sin duda que se le ha de cumplir en la resurreccion. Demas de esto: consta bastantemente que la resurreccion, lo mismo que la creación, se cuenta entre las obras principales de Dios. Luego asi como al principio de la creación hizo Dios todas las cosas perfectas, asi tambien conviene afirmar que enteramente será lo mismo en la resurreccion.

10. Los Mártires resucitarán hermoeados con sus cicatrices.

Y no se ha de confesar esto solamente de los santos Martires, de los quales dice asi S. Agustin: *No estarán sin aquellos miembros, que les quitaron en el martirio: porque esa falta no podría dexar de ser vicio del cuerpo. De otra suerte, los que fueron degollados, deberían resucitar sin cabeza. Pero quedarán en los artículos de sus miembros las señales del cuchillo resplandecientes sobre todo el oro y piedras preciosas, como las cicatrices de las llagas de Cristo (Ubi supr. cap. 20.)*

11. *Tambien los cuerpos de los malos resucitarán enteros.*

Esto tambien se afirma de los malos con mucha verdad, y aun quando por su culpa les hubieren sido cortados los miembros: porque quantos mas tuvieren, tanto serán atormentados con dolores mas fuertes. Y asi esa restitución de miembros no ha de redundar en beneficio de ellos, sino en calamidad y desventura: pues los méritos no se atribuyen a los miembros sino a la persona con cuyo cuerpo están unidos. Y asi a los que hicieron penitencia, se les restituirán para su gloria; mas a los que la menospreciaron, para su tormento. Si consideran los Párrocos atentamente estas cosas, nunca les faltará copia de especies y sentencias, para excitar e inflamar los ánimos de los fieles en el amor de la virtud: a fin de que contemplando las miserias y penalidades de esta vida, esperen ansiosos aquella gloria de la resurreccion, que está guardada para los justos y santos.

12. *Todos los cuerpos quedarán inmortales.*

Ahora se sigue el que entiendan los fieles, que si miramos a las cosas que constituyen la substancia del cuerpo, aunque debe resucitar aquel mismo que antes había muerto; todavía será su condición muy diversa. Porque dexando aparte otras distinciones, en lo que señaladamente se diferenciarán de sí mismos todos los cuerpos de los resucitados, es en que estando antes sujetos a las leyes de la muerte, despues de reducidos a la vida, todos quedarán inmortales, sin haber en esto. diferencia entre buenos y malos. Esta restitución maravillosa de la naturaleza nos la mereció la insigne victoria que Cristo Señor nuestro consiguió de la muerte: como nos lo previenen los testimonios de las santas escrituras. Porque escrito está: *Precipitará el Señor la muerte para siempre (Isai. 25.)*. Y en otra parte: *¡O muerte, seré tu muerte (Oseas 13.)!* que explicandolo el Apostol, dice: *El postrer enemigo que será destruido, es la muerte (1. Corint. 15.)*. Y en San Juan leemos: *Ya no habrá mas muerte (Apocal. 21.)*. Era pues muy conveniente al mérito de Cristo Señor nuestro, por quien fue destruido el imperio de la muerte, que quedase vencido el pecado de Adán con superiores ventajas. Esto mismo tambien fué muy conforme a la justicia de Dios, que gozasen los buenos perpetuamente de la vida bienaventurada, y que los malos pagando penas eternas, buscasen la muerte y no la encontrasen, desearan morir, y huyera de ellos la muerte (Ibidem 9.). Y esta inmortalidad será sin duda comun a buenos y a malos.

13. De los dotes de los cuerpos gloriosos.

Tendrán ademas de esto los cuerpos resucitados de los santos ciertas insignias y adornos ilustres, con los cuales estaran esclarecidos mucho mas, de lo que fueron antes. Los principales son quatro que se llaman *dotes*, como lo observaron los padres por la doctrina del Apostol. El primero es la *impasibilidad*; esto es, una gracia y un dote, el qual hará que no puedan padecer molestia, ni sentir dolor ni quebranto ninguno. Y asi ni podrá dañarlos el rigor del frio, ni el ardor del fuego, ni el furor de las aguas. *Siémbrese en corrupción*, dice el Apostol, *levantarse ha en incorrupción* (Corinth. 15.). Y el haber llamado los escolásticos a este dote mas bien *impasibilidad* que *incorrupción*, fue por dar a entender lo que es propio del cuerpo glorioso: porque no tienen comun la *impasibilidad* con los condenados, cuyos cuerpos, aunque sean incorruptibles, con todo eso pueden ser abrasados, ateridos, y atormentados de varios modos. A éste se sigue la *claridad*, con la qual brillarán como un sol los cuerpos de los santos: pues asi lo testifica nuestro Salvador, diciendo por San Mateo: *Resplandecerán los justos como un sol en el reyno de su Padre* (Matth. 13.). Y para que ninguno pusiese duda en esto, lo declaró con el exemplo de su transfiguración (Ibidem.). A este dote llama el Apostol unas veces *gloria*, y otras *claridad*. *Reformará*, dice, *él cuerpo de nuestra humildad, asemejándole al cuerpo de su claridad* (Philipp. 3.). Y en otra parte: *Siémbrese en abatimiento, levantarse ha en gloria* (1. Corinth. 15.). Aun el pueblo de Israel vio en el desierto alguna imagen de esta gloria, quando el rostro de Moyses por el coloquio y presencia de Dios resplandecía de modo, que no podian los hijos de Israel mirarle a la cara (2. Corinth. 3.). Es esta claridad cierto resplandor que rebosa al cuerpo de la felicidad del alma: de suerte que es como una comunicación de aquella felicidad de que el alma goza: asi como el alma se hace bienaventurada, por derivarse en ella parte de la felicidad de Dios. Pero no se ha de creer, que todos estén igualmente adornados con este don como con el primero. Porque todos los cuerpos de los santos serán igualmente *impasibles*; mas no todos tendrán el mismo resplandor. Porque como dice el Apostol: *Una es la claridad del sol, otra la de la luna, y otra la de las estrellas: pues una estrella se diferencia de otra en la claridad, y asi será la resurrección de los muertos* (1. Corinth. 15.).

Con este dote está conjunto, el que llaman *agilidad* por la qual se librará el cuerpo de la carga que le oprime ahora, y se podrá mover con tanta ligereza a do quisiere el alma, que no se pueda dar cosa. mas veloz que ese movimiento: como lo enseñaron manifestamente San Agustín en el libro de la ciudad de Dios (Lib. 13. de Civit. Dei cap. 18. et 20.), y San Gerónimo sobre Isaías (Sap. cap. 40.). Por esto dixo

el Apostol: *Siémbrase en flaqueza, levantarse ha en virtud* (1. Corinth. 15.). A esto se añade el que se llama *sutileza*: por la qual estará el cuerpo sujeto en todo al imperio del alma, y la servirá y estará pronto a su arbitrio. Asi lo demuestran aquellas palabras del Apostol: *Siémbrase cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual* (Ibidem). Y estos vienen a ser los principales puntos que se habrán de tratar en la explicación de este artículo.

14. De los frutos que se sacan de la doctrina de este articulo.

Y para que sepan los fieles los frutos que pueden coger, del conocimiento de tantos y tan grandes misterios, primeramente convendrá declarar que debemos dar humildísimas gracias a Dios, quien los escondió a los sabios y prudentes del mundo, y los descubrió a los pequeñuelos (*Matth. 11.*). Porque ¿quántos varones, o sobresalientes con el loor de la prudencia, o graduados de singular doctrina, estuvieron enteramente ciegos en esta verdad tan cierta? Y asi el haberlos manifestado a nosotros, que ni aspirar podiamos a tal inteligencia, nos obliga mucho a celebrar con perpetuas alabanzas la suma benignidad y clemencia de Dios. Consiguiese a mas de esto de Ja meditación de este artículo aquel gran fruto, de que facilmente consolaremos asi a los otros como a nosotros mismos en la muerte de aquellos que son nuestros allegados o por parentesco o por amistad. Y de este género de consolación consta que usó el Apostol, escribiendo a los de Tesalónica acerca de los que mueren (*1. Thesal. 4.*). Pero aun en todos los demás trabajos y calamidades será de sumo alivio para nuestro dolor la memoria de la resurreccion venidera: como nos lo enseñó el Santo Job con su exemplo, esforzando su triste y afligido animo con la esperanza, de que vendría tiempo en que viese a su Dios y Señor en la resurreccion (*Job 19.*).

Asimismo valdrá esto mucho para persuadir a los fieles, que procuren con toda diligencia hacer una vida recta, justa y enteramente limpia de toda mancha de pecado: porque si consideran que están depositadas para ellos las inmensas riquezas, que se siguen a la resurreccion, facilmente serán traídos a los exercicios de la virtud y piedad. Y al contrario: cosa ninguna tendrá mayor fuerza para refrenar los apetitos del alma, y apartar a los hombres de sus maldades, que el ser amonestados muchas veces, de los males y tormentos con que serán castigados los reprobos, que en aquel último dia resucitarán para el juicio de su eterna condenación (*Joann. 5.*).

CAPÍTULO XIII.

DEL ARTICULO DOCE DEL CREDO.

"Y la vida perdurable."

1. Por qué este articulo se pone el último: y lo mucho que importa

explicársele al pueblo con frecuencia.

Los Santos Apostoles caudillos nuestros quisieron que el Credo donde se contiene la suma de nuestra fe, se concluyese y finalizase con el articulo de la vida eterna. Lo uno: porque despues de la resurreccion de la carne no resta a los fieles que esperar, sino el premio de la vida perdurable. Y lo otro: porque siempre traxésemos delante de los ojos aquella felicidad perfecta y colmada de todos los bienes, y nos acostumbrásenos a fixar en ella toda nuestra atención y pensamientos. Y asi los Párrocos instruyendo a los fieles nunca dexarán de encender sus ánimos, proponiendo los premios de la vida eterna: para que quantas cosas les enseñen que deben padecer por el nombre cristiano, por muy arduas que sean, se les hagan fáciles, y por lo mismo gustosas, y asi sirvan a Dios con mayor alegría y prontitud.

2. Qué se entienda aquí por el nombre de vida eterna.

Y porque debaxo de las palabras que se ponen en este lugar para declarar nuestra bienaventuranza, están escondidos muchísimos misterios; estos se deben descubrir de modo que se hagan manifiestos, segun lo permitiere la capacidad de cada uno. Se ha de enseñar pues a los fieles que estas palabras *vida perdurable* no tanto significan la perpetuidad de la vida, a la qual tambien están destinados los condenados y demonios, quanto la bienaventuranza que en esa perpetuidad hinche los deseos de los bienaventurados. Asi lo entendía aquel Doctor de la ley, quien, como dice el Evangelio, preguntó a

nuestro Señor y Salvador: *¿Que qué debía hacer para poseer la vida eterna (Luc. 10.)? Como si dixera: ¿Qué es lo que he de hacer, para llegar a donde pueda gozar de una felicidad perfecta? En este sentido toman estas palabras las sagradas letras, como se dexa ver en muchos lugares (Matth. 19. et 25. Joann. 17.).*

3. Por qué la suma bienaventuranza se llama vida perdurable.

Es llamada especialmente con este nombre aquella suma bienaventuranza, para que nadie piense que consiste en cosas corporales y caducas, que no pueden ser eternas. Y aun esta voz de *bienaventuranza* tampoco podía explicar bastantemente lo que se preguntaba; mayormente quando no han faltado hombres, que inchados con la opinión de cierta vana sabiduría, pusieron el sumo bien en estas cosas que perciben los sentidos: porque estas se envejecen y se acaban; pero la bienaventuranza no se puede estrechar a ningún tiempo. Antes bien tan lexos están estas cosas terrenas de la verdadera felicidad, que aquel está mas apartado de ella, que está mas poseído del amar y deseos mundanos: porque escrito está: *No queráis amar el mundo ni las cosas que hay en él. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre (1. Joann. 2.).* Y poco despues: *Pásase el mundo y su concupiscencia.* Cosas son estas que deben procurar mucho los Párrocos se impriman en las almas de los fieles, para que se persuadan a menospreciar las perecederas, ya que es imposible hacer felicidad en esta vida, donde somos no ciudadanos, sino forasteros (1. Petr. 2.). Aunque aqui tambien seremos llamados dichosos en esperanza si renunciando la impiedad y los deseos del siglo, viviéremos templada, justa y piadosamente en este mundo, esperando la bienaventuranza y la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro Jesu-Cristo (Tit. 2.). Por no haber entendido estas cosas muchísimos, que presumían de sabios, y pensaban que la felicidad se habia de buscar en esta vida, se hicieron necios, y cayeron en grandísimas calamidades. Pero ademas de lo dicho percibimos tambien por este nombre *vida perdurable*, que la felicidad una vez conseguida nunca puede perderse, como falsamente sospecharon algunos. Porque la felicidad está colmada de todos los bienes sin mezcla alguna de mal. Y como llena todos los deseos del hombre, necesariamente consiste en vida eterna: porque no puede el bienaventurado dexar de querer en gran manera que le sea concedido gozar perpetuamente de aquellos bienes que llegó a conseguir. Y por tanto si no fuera estable y cierta esa posesión, era forzoso que el temor de perderla le tuviese en grandísima congoxa.

4. La bienaventuranza ni se puede explicar con palabras ni percibirla con

nuestro entendimiento.

Pero quan grande sea la felicidad de los bienaventurados que viven en la patria celestial, y que solo ellos, no otro alguno puede comprehenderla; bastantemente lo demuestran estas mismas voces, quando decimos *vida bienaventurada*. Porque si habiendo de significar una cosa, nos valemos de un nombre que es comun a otras muchas, luego entendemos que falta voz propia con la qual se pueda expresar dignamente. Y asi declarándose la felicidad con unas voces que no menos convienen a los bienaventurados, que a todos los que viven para siempre; esto puede ser prueba de que es una cosa tan alta y eminente, que no podemos significar con nombre propio perfectamente su esencia. Y aunque en las sagradas letras se atribuyen otros muchísimos nombres a esta celestial bienaventuranza, quales son *Rey no de Dios* (Matth. 6.), *Reyno de Cristo* (Joann. 18.), *Reyno de los cielos* (Matth. 5.); *Paraíso* (Ezech. 28.), *Ciudad Santa* (Isai. 52.), *nueva Jerusalem* (Apocalyps. 3.), *Casa del Padre* (Joann. 14.), con todo eso es claro que ninguno de ellos es bastante para explicar su grandeza. Y por esto los Párrocos no dexarán perder la ocasión que aquí se les ofrece, de atraer a los fieles a la piedad, justicia y demás exercicios de la religión cristiana con premios tan grandes, como los que se declaran por el nombre de vida perdurable.

Porque es constante que la vida se suele contar entre los mayores bienes que por naturaleza se apetecen. Y asi por este bien señaladamente se define la bienaventuranza, quando la llamamos *vida perdurable*. Pues si cosa ninguna se ama mas, ni la puede haber mas querida y gustosa que esta vida breve, calamitosa y sujeta a tantas y tan varias miserias, que mas bien se puede llamar muerte, ¿con qué solicitud, con qué tesón deberemos buscar aquella vida eterna, que desterrados todos los males encierra en sí el conjunto perfecto y cumplido de todos los bienes?

5. La bienaventuranza está en carecer de todo mal y conseguir todo bien.

Porque como enseñaron los santos padres, la felicidad de la vida eterna se debe definir por la esencion de todo mal y logro de todo

bien. Acerca de los males son clarísimos los testimonios de las sagradas letras. Porque en el Apocalipsis está escrito: *No padecerán mas hambre ni sed, ni caerá sobre ellos el sol, ni otro calor ninguno* (Apocal. 7.). Y en otra parte: *Limpiará Dios toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá mas muerte, ni llanto, ni clamor, ni dolor ninguno: porque ya se pasaron las cosas primeras* (Ibidem 21.). Inmensa pues será la gloria de los bienaventurados e innumerables las diferencias de sólida alegría y de deleyte: que no pudiendo caber en nuestras almas la grandeza de esta gloria, o entrar en ellas de modo alguno; es necesario que nosotros entremos en ella, esto es en el gozo del Señor (Matth. 25.) para que engolfados en él saciemos colmadamente los deseos del alma.

6. Quales sean los bienes, de que gozan los bienaventurados.

Y aunque segun escribe San Agustin (*Serm. 64. de Verb. Domini.*) parezca mucho mas fácil contar los males de que hemos de carecer, que los bienes y delicias de que hemos de gozar; sin embargo se ha de poner cuidado en explicar a los fieles breve y claramente aquellas cosas que podrán inflamar sus corazones en el deseo de conseguir aquella suma felicidad. Y en primer lugar será conveniente valemos de aquella distinción que hemos tomado de escritores gravísimos de las cosas divinas. Dos géneros de bienes se establecen que hay: de los quales el uno pertenece a la esencia de la bienaventuranza, y el otro se sigue a la misma felicidad. Y por esto para mayor claridad llamaron *esenciales* a los primeros, y *accidentales* a los segundos.

7. En qué consista la bienaventuranza esencial y primaria.

Pues la legítima bienaventuranza que comunmente se llama *esencial*, consiste en ver a Dios, y en gozar de la hermosura de aquel que es la fuente y principio de toda bondad y perfección. *Esta es la vida eterna*, dice Cristo Señor nuestro, *que conozcan a tí solo verdadero Dios, y a Jesu-Cristo, a quien tú enviaste* (Joann. 17.) la qual sentencia, parece que interpreta San Juan quando dice: *Carísimos, ahora somos hijos de Dios, y todavía no se ha manifestado lo que seremos: porque sabemos que quando se descubra, seremos semejantes a él: pues le veremos como es en sí* (1. Joann. 3): Porque da a entender que la bienaventuranza está en estas dos cosas: Una, en que veremos a Dios, qual es en su naturaleza y substancia. Otra, en que seremos hechos como dioses: porque los que gozan de él, aunque retengan su propia naturaleza, sin embargo

se visten de una tan maravillosa y casi divina forma, que mas parecen dioses que hombres.

8. Los bienaventurados se visten en cierto modo de la naturaleza de Dios.

La razón clara de hacerse esto así es, porque cada cosa se conoce o por su esencia, o por su semejanza y especie. Y como no hay cosa semejante a Dios por la que ayudados de su semejanza podamos arribar al conocimiento perfecto de él; es necesario que ninguno pueda ver su naturaleza o esencia, sino es que esta misma esencia divina se junte con nosotros. Y esto significan aquellas palabras del Apostol: *Ahora vemos por espejo en enigma: entonces cara a cara* (1. Corinth. 12.). Porque decir en *enigma*, lo explica San Agustín (*Lib. 15. de Trinit. cap. 9.*) en semejanza acomodada para conocer a Dios. Y esto mismo declara expresamente San Dionisio, quando dice: que por semejanza ninguna de cosas inferiores se pueden percibir las superiores (*Cap. 1. de Div. nom.*); pues por la semejanza de una cosa corpórea no puede conocerse la substancia y esencia de la que es incorpórea: mayormente siendo preciso que las semejanzas de las cosas tengan menos de materialidad, y sean mas espirituales que las cosas mismas a quienes representan, como facilmente lo experimentamos en el conocimiento de todas las cosas. Y como no es posible haber semejanza de cosa alguna criada que sea igualmente pura y espiritual, como es el mismo Dios; de aquí es que por ninguna semejanza podemos conocer perfectamente la divina esencia. A esto se junta que todas las cosas criadas están ceñidas a ciertos límites de perfección: mas Dios es infinito, y es imposible caber su inmensidad en semejanza alguna de cosa criada. Y asi el único medio que hay para conocer la esencia divina, es que ella misma se junte con nosotros, y por un modo inefable, eleve altamente nuestro entendimiento, y asi nos haga hábiles para contemplar su naturaleza.

9. Por el lumbre de gloria ven a Dios los bienaventurados y todos debemos

esperar lo mismo.

Esto se consigue por el lumbre de gloria, quando ilustrados con este resplandor veremos con su lumbre a Dios luz verdadera (*Psalm. 35.*). Porque los bienaventurados siempre están viendo presente a Dios, y

con ese don que es el grande y aventajado sobre todos; hechos participantes de la naturaleza divina gozan de la verdadera y legítima bienaventuranza: la que debemos creer de manera que la hemos de esperar de la benignidad de Dios con una esperanza cierta: como se definió en el símbolo de los Padres: pues dice: *Espero en la resurrección de los muertos, y la vida del siglo advenidero.*

10. Explícase con un símil cómo los bienaventurados se juntan con Dios.

Estas cosas son verdaderamente divinas, y ni hay voces para explicarlas, ni entendimiento para comprenderlas. Pero todavía se dexa ver alguna imagen de esta bienaventuranza aun en aquellas cosas que los sentidos perciben. Porque así como el hierro echado en el fuego se hace ascua, y aunque no se mude su naturaleza, con todo eso se para de manera que parece otra tan distinta, qual es el mismo fuego; del mismo modo los que son admitidos en aquella gloria celestial, inflamados con el amor de Dios, de tal suerte se mudan, aunque no dexen de ser lo que son, que con razón puede decirse que distan mas de los que viven en el mundo, que el hierro hecho ascua, del que está del todo frío. Y por decirlo todo de una vez aquella suma y cumplida bienaventuranza, que llamamos *esencial*, se ha de constituir en la posesión de Dios. Porque ¿qué puede faltar para una felicidad perfecta, al que posee al sumo y perfectísimo bien?

11. De la gloria accidental, y bienes que hermosean a los Santos.

Pero aun todavía se allegan ciertos ornamentos comunes a todos los bienaventurados, los cuales por estar menos remotos de la razón humana, suelen mover y despertar nuestros ánimos con mayor vehemencia. De esta clase parece ser aquellos de que dice el Apostol a los Romanos: *Gloria, honra, y paz para todo aquel que obra bien (Roman. 2.)*. Porque ciertamente los bienaventurados gozarán de la gloria, y no solo de aquella que declaramos ser la bienaventuranza esencial, o muy allegada a su naturaleza; sino tambien de aquella que consiste en la noticia clara y manifiesta, que tendrá cada uno de la grande y sobresaliente dignidad de los otros. ¿Y cuál entenderemos que será aquella honra que les hará el Señor, quando sean llamados, no ya siervos, sino amigos, hermanos, e hijos de Dios? pues nuestro Salvador llamará a sus escogidos con estas amorosísimas y

honrosísimas palabras: *Venid, benditos de mi Padre, y poseed el Reyno que os está preparado (Matth. 25.)*. De suerte que con razón podemos exclamar, *¡en gran manera, Señor, son honrados tus amigos (Psalm. 138.)!* Y tambien serán celebrados con alabanzas por Cristo Señor nuestro delante del Padre celestial y de sus angeles. Demas de esto: si a todos los hombres imprimió la naturaleza un deseo comun de ser honrados por varones insignes en sabiduría, por entender que serán los testigos mas calificados de su virtud; ¿quánto pensamos que se acrecentará la gloria de los bienaventurados por el sumo honor que se harán unos a otros?

12. De otros muchos bienes de que gozarán los bienaventurados.

Obra sería de nunca acabar, hacer relación de todas las delicias, con que estará colmada la gloria de los bienaventurados, y ni imaginarlas podemos siquiera. Pero deben los fieles estar persuadidos, a que todas las cosas de placer, que podemos tener o desear en esta vida, sean pertenecientes al adorno del alma, o la perfecta disposicion del cuerpo, sobreabundan en aquella vida bienaventurada con la afluencia de todos los bienes celestiales; y esto en tan alto modo, *que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni pudo caber en corazon de hombre:* como afirma el Apostol (1. *Corinth. 2.*). Porque el cuerpo que antes era tosco y grosero, quando desterrada la mortalidad, se haga sutil y espiritual en el cielo, no necesitará de alimento ninguno. Mas el alma estará llena de sumo deleyte con el eterno manjar de gloria, que pasando ministrará a todos el autor de aquel gran convite. ¿Quién echará allí ménos las ropas preciosas, o los reales atavíos del cuerpo, donde nada de eso puede servir? pues todos estarán vestidos de inmortalidad y resplandor, y adornados con corona de eterna gloria. Y si pertenece tambien a la humana felicidad tener una casa espaciosa y magnífica, ¿quál puede discurrirse mas ancha, y suntuosa que el mismo cielo iluminado por todas partes con la claridad de Dios? Por esto el Profeta contemplando la hermosura de aquella habitacion, y ardiendo en deseos de llegar a aquellas sillas bienaventuradas, exclama: *¡O qué amadas son tus moradas, Señor de las virtudes! Codicia, y desfallece mi alma por los atrios del Señor, mi corazon, y mi carne se alegraron en Dios vivo (Psalm. 38.)*. Que este sea el afecto, esta la voz comun de todos los fieles, así como los Parrocos lo deben desear con vehemencia, asi tambien lo deben procurar con el mayor desvelo.

13. En la gloria son lot premios segun los meritos.

Y como *en la casa de mi Padre*, dice el Señor, *hay muchas moradas* (Joann. 14.) en las quales se darán los premios mayores, o menores, conforme cada uno lo hubiere merecido: *Porque el que siembra con escasez, escasamente cogerá: mas el que sembrare en bendiciones, será en bendiciones su cosecha* (Corinth. 19.): por esto no solamente excitarán a los fieles para esta bienaventuranza; sino que tambien les amonestarán con frecuencia, que el medio seguro de conseguirla es, que armados de fe y caridad, y perseverando en la oracion, y saludable uso de los Sacramentos, se exerciten en todos los oficios de misericordia para con sus próximos. Y asi se hará por la bondad de Dios, quien preparó esta gloria bienaventurada para sus amadores, que se cumpla algún día lo que dixo el Profeta: *Asentarse ha mi pueblo en la hermosura de la paz, y en los tabernáculos de la confianza, y en un descanso opulento* (Isai. 32.).

SEGUNDA PARTE
DEL CATECISMO ROMANO.

CAPÍTULO I.

DE LOS SACRAMENTOS EN COMÚN.

1. Cuidado grande debe poner el Párroco en enseñar esta doctrina.

Todas las partes de la doctrina cristiana requieren ciencia y desvelo, mas la doctrina de los Sacramentos que por mandado de Dios es necesaria, y por su utilidad muy fructuosa, pide en el Párroco singular talento e industria: para que percibiendo su explicación los fieles con cuidado y frecuencia, salgan tales que se les puedan administrar digna y saludablemente cosas tan excelentes, y santas: y guarden los Sacerdotes aquella regla divina: *No deis las cosas santas a los perros, ni arrojéis vuestras margaritas ante los animales inmundos (Matth. 7.).*

2. De lo que significa esta voz Sacramento.

Y porque primeramente se ha de tratar de todos los Sacramentos en comun, conviene desde luego declarar la fuerza y virtud de esta voz *Sacramento*, y explicar su dudosa significación: para que se entienda con mas facilidad cuál sea en este lugar el sentido propio de esta voz. Se ha de enseñar pues a los fieles que el nombre de *Sacramento* (segun que pertenece a este propósito) de un modo le tomaron los profanos, y de otro los sagrados escritores. Porque aquellos autores se valieron de esta voz, para significar la obligación que contraemos, quando nos sujetamos con el lazo del juramento a la servidumbre de alguno. Y por esto el juramento con que se obligan los soldados a servir con fidelidad a la república, fue llamado *Sacramento militar*. Y esta parece haber sido entre ellos la significación mas frecuente de este vocablo. Pero entre los Padres latinos que escribieron sobre materias teológicas, significa este nombre alguna cosa sagrada, que está encubierta y oculta: asi como los griegos se valieron de la voz *Misterio*, para significar eso mismo. Y en este sentido entendemos que se ha de tomar la voz *Sacramento*: quando se escribe a los de Efeso: *Para que nos hiciese manifesto el Sacramento de su voluntad (Ephes. 1.).* Y tambien a

Timoteo: *Es grande Sacramento de piedad* (1. Tim. 3.). Asimismo en el libro de la sabiduría se lee: *No conocieron los Sacramentos de Dios* (*Sapient. 2.*). En los cuales lugares y en otros muchos se dexa ver, que el Sacramento nada mas significa que una cosa sagrada, escondida y oculta.

3. *Es muy antiguo el uso de la voz Sacramento para significar las señales de las cosas sagradas.*

Por esta razón juzgaron los Doctores latinos que podian con toda propiedad llamarse *Sacramentos* ciertas señales sensibles que causan la gracia, y al mismo tiempo la declaran y como que la ponen delante de los ojos. Aunque segun quiere San Gregorio (*In cap. 16. Lib. 1. Reg.*) se puede decir Sacramentos, por quanto la virtud divina ocultamente obra la salud baxo los velos de cosas corporales. Y no piense ninguno que esta voz es nuevamente introducida en la Iglesia: porque el que leyere a los Santos Gerónimo (*In Thren.*) y Augustino (Lib. 19. contr. Faust. cap. 11.), luego verá claro, que los Doctores antiguos de nuestra religión usaron muchísimas veces del nombre de *Sacramento*, para demostrar esto mismo de que hablamos: aunque a veces tambien se valian de la voz *símbolo*, o *mística señal*, o *señal sagrada*. Y esto baste acerca de la voz *Sacramento*: la qual conviene tambien a los Sacramentos de la ley antigua: pero de estos no tienen que tratar los Pastores: pues fueron abrogados por la ley, y gracia del Evangelio.

4. *De la difinicion del Sacramento.*

Pero ademas de la significación de la voz que se ha declarado hasta ahora, se ha de averiguar tambien con cuidado la virtud y naturaleza de la cosa significada, explicando a los fieles qué cosa es Sacramento. No se puede dudar que los Sacramentos son de aquel linage de cosas por las cuales se consigue la salud y la justicia. Muchos son los modos propios y acomodados para explicar su esencia. Pero ninguno la demuestra tan llana y claramente, como la difinicion que dio San Agustin, la que despues han recibido todos los Doctores escolásticos. *Es Sacramento*: dice el Santo, *una señal de cosa sagrada* (Libro 10. de Civit. cap. 5.), o (como se dixo por otros términos, aunque en substancia lo mismo) *es Sacramento una señal visible de la gracia invisible, instituido para nuestra justificación.*

5. División de las cosas sensibles, y qué se entienda por la voz señal.

Y para que mejor se entienda esta definición, expondrán los Pastores cada una de sus partes. Y primeramente convendrá enseñar que hay dos géneros de cosas sensibles. Unas, que se inventaron para que signifiquen otra cosa distinta. Y otras, que fueron hechas no para que signifiquen, sino para que existan ellas mismas. Y en esta línea se pueden colocar casi todas las cosas naturales. Pero en el primer género se deben poner las voces de las cosas, los escritos, vanderas, imágenes, clarines, y otras muchísimas como éstas. Porque si quitares a las voces la fuerza de significar, quitas la causa por qué fueron instituidas. Y así éstas propiamente se llaman *señales*. Porque *señal*, dice San Agustín, *es lo que además de la especie que ofrece a los sentidos, hace que por ella vengamos en conocimiento de otra cosa* (Lib. 2. de Doctrin. Christian. cap. 1.). Como por la huella que vemos impresa en la tierra, luego conocemos que pasó alguno cuya huella aparece.

6. Los Sacramentos en comun se deben contar entre las señales.

Siendo esto así, es evidente que el Sacramento se debe reducir a aquella clase de cosas que fueron instituidas, para significar otra diversa: pues con cierta especie y semejanza nos manifiesta lo que obra Dios en nuestras almas por su virtud divina, la cual no pueden percibir los sentidos. Así sucede en el Bautismo (por hacer más claro con el ejemplo lo que se va enseñando), pues cuando con ciertas y solemnes palabras somos por fuera lavados con el agua, se significa, que por virtud del Espíritu Santo se lavan por dentro todas las manchas y fealdades del pecado, y que son nuestras: almas enriquecidas y adornadas con aquel don esclarecido de la divina gracia: y al mismo tiempo este lavatorio del cuerpo obra en el alma lo mismo que significa: como se explicará en su lugar.

7. Declárase esto mismo por las escrituras.

Y aun de las escrituras se colige claramente que se debe contar el Sacramento entre las señales. Porque hablando el Apóstol de la Circuncisión, que era Sacramento de la ley vieja, y que fue dado a Abraham Padre de los creyentes, escribe así a los Romanos: *Y recibió la señal de la Circuncisión, sello de la justicia de la fe* (Rom. 4.). Y en otra

parte, quando asegura *que todos nosotros que estamos bautizados en Jesu-Cristo, estamos bautizados en su muerte (Rom. 6.)*, da a entender que tiene el Bautismo esta significación, a saber, como el mismo Apostol dice: *Que nosotros estamos sepultados juntamente con Cristo por el Bautismo para la muerte (Ibidem.)*. Y no aprovechará poco que entienda el pueblo fiel, que los Sacramentos pertenecen a las señales: porque de esa manera se persuadirá mas facilmente, a que son santas y augustas las cosas que se significan, y que se encierran y se obran por ellos; y conocida esta santidad, se despertará a adorar mas, y venerar la largueza de Dios para con nosotros.

8. Quántos géneros hay de señales.

Siguese ahora explicar aquellas palabras: *de cosa sagrada*, que es la segunda parte de la difinicion. Y para hacer esto con mayor claridad se han de tomar mas de raiz las cosas, que aguda y delicadamente ventiló San Agustín sobre las diferencias de las señales. Porque hay unas que se llaman *naturales*: *y son aquellas que ademas de sí mismas producen en nosotors la noticia de otra cosa distinta (Lib. 2. de Doctr. Christ. cap. 1.)* (lo que es comun en todas ellas, segun ya se mostró); como el humo, por el qual al instante entendemos que hay fuego. Y llamase *natural* esta señal, porque el humo no significa al fuego por voluntad alguna; sino que la experiencia de las cosas hace que en viendo uno el humo, aunque no vea mas, luego percibe con el entendimiento la naturaleza y la fuerza del fuego que hay allí, aunque no se descubra. Otras señales hay, que no lo son por su naturaleza; sino impuestas e inventadas por los hombres, para poder hablar unos con otros, explicar sus conceptos, y recíprocamente conocer sus pareceres y consejos. Estas señales son tantas y tan diversas, como se dexa ver de que unas pertenecen al sentido de la vista, otras al del oido, y otras a los demás. Porque quando por señas decimos algo a uno. como por exemplo: si enarbolando la vandera, le damos a entender alguna cosa; es claro que esta señal solo pertenece a los ojos; así como el sonido de trompetas, clarines y cítaras, que no se hace por sola diversión, sino muchas veces para significar, pertenece al oido. Y por este sentido señaladamente se perciben tambien las palabras, las quales tienen fuerza muy poderosa para manifestar los pensamientos íntimos del alma.

9. De las señales instituidas por Dios.

Pero ademas de las señales que hemos dicho haber establecidas por consentimiento y voluntad de los hombres, hay otras dadas por voluntad de Dios, las quales tambien son de varios géneros, como todos confiesan. Porque unas solamente fueron encomendadas por Dios a los hombres, para significar, o para advertirles alguna cosa; y de este modo fueron las purificaciones de la ley, el pan cenceño, y otras muchísimas pertenecientes a las ceremonias del culto Mosáyco; pero otras instituyó el Señor que tuviesen virtud, no solamente de significar, sino tambien de obrar. Y en este, último género de señales es manifiesto que se deben poner los Sacramentos de la ley de gracia: pues son señales instituidas por Dios, no inventadas por los hombres; y que de ellas creemos ciertamente, que contienen en sí virtud de obrar aquella cosa sagrada que significan.

10. Cómo se haya de entender esta cosa sagrada.

Mas así como habernos mostrado que son las señales de muchas maneras, así tambien decimos que la cosa sagrada no es de una misma. Pero por lo que toca a la difinicion del Sacramento que se propuso, demuestran los escritores de las cosas divinas por el nombre de *cosa sagrada*, la gracia de Dios, que nos hace santos, y que nos adorna con los hábitos de todas las virtudes divinas: porque juzgaron con mucha razón, que a esta gracia se debe atribuir, como propio el nombre de *cosa sagrada*: pues por medio de ella se consagra y se junta nuestra alma con Dios.

11. Se da otra explicación mas difusa de lo que es Sacramento, y en qué se

diferencia de otras señales sagradas.

Por esto para que conste con mas claridad que cosa es Sacramento, se ha de enseñar, que es una cosa sensible, que por institución de Dios tiene virtud así de significar, como de obrar la santidad y justicia. Y de aquí se sigue que facilmente puede entender cada uno, que las imágenes de los santos, las cruces, y otras cosas semejantes, aunque sean señales de cosas sagradas, no por eso se han de decir Sacramentos. Y será fácil probar la verdad de esta doctrina con el exemplo de todos los Sacramentos, si quisiere alguno practicar en ellos, lo que hicimos arriba con el Bautismo: quando decíamos que aquella solemne ablución del cuerpo, era señal, y que juntamente

tenia virtud de causar la cosa sagrada, que interiormente se hacia por virtud del Espiritu Santo.

12. Los Sacramentos no significan una cosa sola, sino muchas.

Conviene tambien principalmente a estas señales místicas instituidas por Dios, significar en fuerza de su disposición divina, no una cosa sola, sino muchas juntas. Esto se dexa ver en todos los Sacramentos: los quales no solo significan nuestra santidad y justicia; sino a mas de esto otras dos cosas muy juntas con la misma santidad, que son la *pasion* de Cristo Redentor nuestro, que es la causa de la santidad, y la *vida eterna* y bienaventuranza celestial, a la qual debe nuestra santidad encaminarse como a fin. Y como esto es cosa que claramente se puede ver en todos los Sacramentos, con razón enseñaron los sagrados Doctores, que cada Sacramento significa tres cosas: porque nos recuerda alguna cosa pasada, nos señala y demuestra otra presente, y nos anuncia otra Venidera. Y no se ha de pensar que enseñen esto de manera, que no se pruebe con el testimonio de las escrituras. Porque diciendo el Apostol: *Quantos estamos bautizados en Jesu-Cristo, estamos bautizados en su muerte* (Rom. 6.), claramente demuestra que por tanto el Bautismo se ha de decir señal, porque nos recuerda la *pasion* y la muerte del Señor. Y diciendo despues: *Que estamos sepultados juntamente con él por el Bautismo para la muerte, y que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, asi tambien andemos nosotros en novedad de vida* (Ibidem.), es manifiesto por estas palabras, que el Bautismo es señal por la qual se declara la gracia de Dios, que en él se nos infunde, y por cuya virtud se nos concede, que entablando nueva vida, exercitemos fácil y alegremente todos los oficios de la verdadera piedad. Y últimamente quando añade: *Que si somos plantados juntamente con él a la semejanza de su muerte, lo seremos tambien a la de su resurreccion* (Ibidem.), manifiesta que el Bautismo es señal clara de la vida eterna que por él hemos de conseguir.

13. Aun muchas cosas presentes significa el Sacramento.

Pero ademas de todos estos géneros, y varios modos de significar que hemos referido, acaece tambien muchas veces que demuestre y señale el Sacramento, no una sola cosa presente, sino muchas. Esto es fácil de entender a los que pongan los ojos en el Sacramento Santísimo de la Eucaristía, por el qual se señala la presencia del verdadero cuerpo y

sangre del Señor, y asimismo la gracia que se da a los que dignamente le reciben. De lo dicho hasta aquí no pueden faltar a los Pastores argumentos, con que manifestar quan grande poder de Dios, y quantos milagros secretos estén encerrados en los Sacramentos de la ley de gracia: para persuadir a todos que deben adorarse y recibirse con suma reverencia y devoción.

14. Por qué fué necesario instituir los Sacramentos.

Mas para enseñar el debido uso de los Sacramentos, no hay mejor medio que explicar con cuidado las causas, por las quales convino fuesen instituidos. Muchas suelen contarse: la primera es la flaqueza del entendimiento humano, tan grosero por naturaleza, que en manera ninguna puede arribar al conocimiento de las cosas espirituales, sino mediante las que se perciben por algún sentido. Y así para que pudiésemos entender con mas facilidad las cosas que se obran por virtud oculta de Dios, el mismo supremo artífice de todo por su benignidad hacia nosotros, ordenó con suma sabiduría declarar esta misma virtud por algunas señales de cosas que perciben los sentidos. Porque como dixo esclarecidamente San Crisóstomo: "Si hubiera sido criado el hombre sin cuerpo, le hubieran sido ofrecidos estos mismos bienes claros, y sin embozo alguno; pero como está el alma unida al cuerpo, fue absolutamente necesario para que llegase a entenderlos, usar el medio de valerse de cosas sensibles (*Hom. 83. in Matth.*).

La segunda es, que no facilmente se mueve nuestra alma a creer las cosas que se nos prometen. Por esto Dios desde el principio del mundo estiló frecuentísimamente manifestar de palabra las cosas que habia determinado obrar. Y a veces tambien queriendo hacer alguna obra, cuya grandeza pudiese hacer flaquear la fe de lo prometido, añadía a las palabras otras señales que venian a tener especie de milagro. Y así quando envió a Moyses a libertar el pueblo Israelítico, como temiese éste, aun esforzado con el socorro de Dios que le ponía el precepto, o que se le impusiese carga mas pesada de la que podía llevar, o que el pueblo no diese crédito a los oráculos y palabras divinas; confirmó el Señor su promesa con grande variedad de señales (*Exod. 3. et 4.*). Pues así como en el viejo Testamento solia Dios atestiguar con señales la firmeza de alguna gran promesa; así ahora en el nuevo, habiéndonos prometido Cristo Salvador nuestro el perdon de los pecados, la gracia celestial, y la comunicación del Espíritu Santo, instituyó ciertas señales sujetas a los ojos y sentidos, que fuesen como prendas con que le tuviésemos obligado, y asi nunca pudiésemos dudar de que sería fiel en lo prometido.

La tercera causa fue el que tuviésemos a mano aquellos remedios, y como escribe San Ambrosio (L. 5. de Sacram. c. 4.), aquellos medicamentos del Samaritano Evangélico, para recobrar y conservar la salud de las almas. Porque era necesario que la virtud que mana de la pasión de Cristo, esto es, la gracia que nos mereció en el ara de la cruz, se derivase a nosotros por los Sacramentos, como por ciertos conductos; pues a no ser así, a ninguno podría quedar esperanza alguna de salud. Y por esto el clementísimo Señor se dignó dexar en la Iglesia los Sacramentos afianzados en su palabra y promesa, por los quales creyésemos sin duda, que se nos comunica efectivamente el fruto de su pasión, con tal que cada uno de nosotros se aplique a sí mismo devota y religiosamente esta medicina.

La quarta causa por la qual puede parecer necesaria la institución de los Sacramentos, es para que fuesen señales y divisas, por donde los fieles se conociesen entre sí: mayormente no pudiendo haber congregación de hombres, como lo enseñó S. Agustin, sea de verdadera o falsa religión, que se haga un cuerpo, si no se junta con algún lazo de señales visibles (L. 19. *contr. Faust.* c. 11.). Uno y otro hacen los Sacramentos de la ley de gracia. Porque distinguen de los infieles a los profesores de la fe cristiana, y unen entre sí a los mismos fieles con un lazo verdaderamente santo.

A mas de esto se puede mostrar que hubo otra causa justísima para instituir los Sacramentos, por aquellas palabras del Apostol: *Con el corazon se cree para la justicia, mas con ja boca se hace la confesion para la salud* (Rom. 10.). Porque por medio de los Sacramentos se ve, que profesamos nuestra fé, y la hacemos notoria a vista de los hombres. Y así quando nos llegamos al Bautismo protestamos públicamente, que creemos que por virtud del agua con que somos lavados en el Sacramento, se causa la limpieza espiritual del alma. Tienen asimismo los Sacramentos fuerza grande no solo para despertar y exercitar en nuestras almas la fe, sino tambien para inflamar la caridad, con la que mutuamente nos debemos amar, acordándonos de que por la comunión de los divinos misterios estamos atados con un lazo estrechísimo, y hechos miembros de un mismo cuerpo. Ultimamente (y esto debe apreciarse mucho en la profesión de la vida cristiana) doman y abaten el orgullo del corazon, y nos habilitan para exercitarnos en la humildad, viéndonos precisados a sujetarnos a unos elementos sensibles, por obedecer a Dios, de quien pérfidamente habíamos antes desertado, por servir a los elementos del mundo. Estas son las cosas que parece deben proponerse a los fieles en particular acerca del nombre, naturaleza, e institución del Sacramento. Y habiéndolas expuesto cuidadosamente, deberán enseñar los Pastores de qué cosas consta cada uno de los Sacramentos, quáles son sus

partes, y qué ceremonias y ritos se le juntan.

15. Cada Sacramento consta de materia y forma, y que son sus partes.

Primeramente pues, se ha de explicar que la *cosa sensible* que se puso arriba en la definición del Sacramento, no es una sola, aunque debe creerse que solo constituye una señal. Dos cosas son de las que se compone cada Sacramento, de las cuales la una tiene razón de materia, y se llama *elemento*, y la otra de forma que comunmente se llama *palabra*: como lo recibimos de los Padres. Y acerca de esto es muy celebrado y sabido por todos aquel dicho de S. Agustin: *Júntase la palabra al elemento, y se hace el Sacramento (Tract. 80. in Joann.)* Mas por el nombre de *cosa sensible*, no solo se entiende la materia, o elemento, como el; agua en el Bautismo, el crisma en la Confirmación, y en la Extrema-Unción el óleo) que todas son cosas que están a la vista; sino tambien las palabras que tienen razón de forma, y que pertenecen al oído. Una y otra señaló claramente el Apostol, quando dixo: *Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola con el lavatorio del agua por la palabra de la vida (Ephes. 5.),* pues aquí se expresala materia y la forma del Sacramento.

16. Por qué a la materia se añadieron las palabras.

Y fue necesario añadir las palabras a la materia, porque fuese mas descubierta y clara la significación de lo que se hacia. Porque es evidente ¡que, entre las señales son las palabras las mas expresivas; y si ellas faltáran, sería muy difícil entender lo que significaba y demostraba la materia de los Sacramentos. Porque (como se puede ver en el Bautismo) teniendo el agua virtud, no menos para refrescar que para lavar, y pudiendo igualmente señalar ambas cosas, si no se le añadieran las palabras, acaso alguno por conjetura podria discurrir a qual significase de los dos; mas ninguno osaría afirmarlo de cierto. Pero añadiendo las palabras, al punto entendemos que tiene fuerza y significación de lavar.

17. Ventajas de los Sacramentos de la ley nueva a los de la antigua.

En esto sobrepujan muchísimo nuestros Sacramentos a los de la ley antigua, que en administrar aquellos no se guardaba forma determinada alguna, que haya llegado a nuestra noticia, de donde se seguía que eran en gran manera inciertos y oscuros. Pero los nuestros tienen la forma de palabras tan fixa, que si casualmente se traspasa, no puede subsistir la razón de Sacramento, y por este motivo son tan claras, que no dexan lugar a duda alguna. Y estas son las partes que pertenecen a la naturaleza y a la substancia de los Sacramentos, y de las, que cada uno de ellos se constituye necesariamente.

18. Qual sea la naturaleza y virtud de las ceremonias.

A estas partes se juntan las ceremonias, las quales aunque no se pueden dexar sin pecado, si no obliga a otra cosa la necesidad, con todo eso si alguna vez se omiten, como no pertenecen a la esencia, se ha de creer que nada se disminuye del, verdadero ser de Sacramento. Y a la verdad con mucha razón se observó siempre desde los primeros tiempos de la Iglesia, que se administrasen los Sacramentos con ciertas ceremonias solemnes. Porque en primer lugar era muy conducente tributar este culto de religión a los sagrados misterios, para hacer manifiesto que tratamos santamente las cosas santas. Demas de esto las mismas ceremonias declaran mas, y como que ponen delante de los ojos las cosas que se hacen en el Sacramento, y dexan mas arraygada en los corazones de los fieles la santidad de esas cosas. Asimismo levantan la consideración de los que las miran, y que con atención las observan, a la contemplación de las cosas divinas, y avivan en ellos la fe y caridad. Y así se ha de cuidar con la mayor diligencia, que tengan los fieles bien sabida y averiguada la virtud de las ceremonias con que se administra cada uno de los Sacramentos.

19. Quantos son los Sacramentos de la Iglesia.

Síguese que se explique tambien el número de los Sacramentos; pues esta noticia trae la utilidad, de que con tanto mayor afecto emplearán los fieles todas las fuerzas de su alma en alabar y engrandecer la largueza singular de Dios hacia nosotros, quantos mas socorros entendieren que estan preparados por su bondad divina para nuestra salud y vida eterna. Siete pues son los Sacramentos de la Iglesia católica, como se prueba por las escrituras; llegó hasta nosotros por tradicion de los Padres, y lo testifica la autoridad de los Concilios.

20. Por que los Sacramentos son siete, y no mas, ni menos.

Y porque los Sacramentos no son mas, ni ménos, se puede declarar por una razon de congruencia tomada da las cosas que se trasladan por semejanza de la vida natural a la espiritual. Porque siete cosas parece ser necesarias al hombre para vivir y conservar su vida, y emplearla con utilidad suya y de la república: Estas son nacer, crecer, mantenerse; si enferma, curarse, y convalecer. Despues por lo que toca a la República, que nunca falten Magistrados con cuya autoridad, e imperio se gobierne; y en fin, que se conserve a sí mismo y al linage humano por legítima propagacion de los hijos. Siendo claro que todas estas cosas corresponden a aquella vida con la que el alma vive para Dios; facilmente se colige de aquí el número de los Sacramentos.

21. Pruebase por las Escrituras el número de los Sacramentos.

Porque el primero, y como puerta de los demas es el *Bautismo*, por el qual renacemos para Cristo. Luego la *Confirmación*, por cuya virtud crecemos, y somos fortalecidos con la divina gracia: pues como afirma San Agustin (*Epist. 108.*) a los Apostoles ya bautizados dixo el Señor: *Asentaos en la ciudad basta que seais vestidos con virtud de lo alto (Luc. 24.)*. Despues la *Eucaristía*, con la qual se sustenta y mantiene nuestro espíritu como con un manjar verdaderamente del cielo: pues de ella dixo nuestro Salvador: *Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre verdaderamente bebida (Joann. 6.)*. En quarto lugar se sigue la *Penitencia*, por cuyo beneficio se recobra la salud que perdimos recibiendo las heridas del pecado. Luego la *Extrema-Unción*, quita las reliquias del pecado, y fortalece las virtudes del alma: porque hablando Santiago de este Sacramento, dice asi: *Y si tuviere pecados, se le perdonarán (Jacob. 5.)*. Siguese el *Orden*, por el qual se confiere la potestad de exercer perpetuamente los ministerios públicos de los Sacramentos, y de celebrar todas las funciones sagradas. Por último se añade el *Matrimonio*: para que por medio del legítimo y santo enlace del hombre y la muger se procreen y sean educados religiosamente los hijos para el culto de Dios y conservación del linage humano.

22. No es igual la necesidad o dignidad en todos los Sacramentos.

Pero se ha de advertir con gran cuidado, que aunque encierran en sí

todos los Sacramentos virtud divina y maravillosa, con todo eso no tienen todos igual necesidad, o dignidad, o una misma virtud de significar. Tres entre todos son los mas necesarios, aunque por razón diversa. Que es el Bautismo absolutamente necesario a todos, lo declaró nuestro Salvador por estas palabras: *El que no renaciere del agua y del Espirita Santo, no puede entrar en el Rey no de Dios (Joann. 3.)*. La Penitencia solo es necesaria para los que pecaron mortalmente despues del Bautismo: pues estos no se pueden escapar de la perdición eterna, si no les pesa legítimamente del pecado cometido. Y el Orden tambien, aunque no es necesario a cada uno de los fieles, lo es enteramente a toda la Iglesia. Pero si en los Sacramentos se atiende a la dignidad, con grandes ventajas sobresale entre todos la Eucaristía, así en santidad, como en muchedumbre y grandeza de misterios. Todo lo qual se entenderá mejor, quando en su lugar se expliquen las cosas que pertenecen a cada Sacramento.

23. De quién recibimos, y es el autor de estos divinos misterios.

Ahora resta ver de quien hemos recibido estos sagrados y divinos misterios. Porque no hay duda, que realza mucho lo grande de una dadiva especialísima, la dignidad y alteza de aquel que la dió. Mas esta duda presto se desata. Porque siendo Dios quien hace a los hombres justos, y siendo los Sacramentos medios maravillosos para conseguir la justicia, es manifiesto que a solo el mismo Dios en Cristo se ha de reconocer por autor de la justificación y de los Sacramentos. Demas de esto, los Sacramentos tienen tal virtud y eficacia, que penetran hasta lo íntimo del alma; y siendo propio del poder de solo Dios introducirse en los corazones y entendimientos de los hombres, claramente se dexa ver que el mismo Dios por Cristo, fue quien instituyó los Sacramentos; al mismo modo que se debe tener por fé cierta y constante, que él mismo los dispensa interiormente: pues afirma S. Juan, que él recibió este testimonio del mismo Señor, quando dice: *El que me envió a bautizar con aguácese fué el que me dixo: níquel sobre quien vieres descender el Espíritu, y descansar sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo (Joann. 1.)*.

24. De qué Ministros se vale Dios para dispensar los Sacramentos.

Pero aunque sea Dios el autor y dispensador de los Sacramentos, sin

embargo quiso que se administrasen en su Iglesia, no por Angeles, sino por hombres. Y por constante y perpetua tradición de los Santos Padres está confirmado, que no es menos necesario para hacer los Sacramentos, el oficio de los Ministros, que la materia y forma.

25. No puede la malicia del Ministro impedir la virtud del Sacramento.

Y como estos Ministros en estas sagradas funciones no representan su persona, sino la de Cristo, de aquí es que ya sean buenos o sean malos, como usen de aquella materia y forma que siempre observó la Iglesia católica por institución de Cristo, y propongan hacer lo que hace la Iglesia en su administración, verdaderamente hacen y confieren los Sacramentos, de manera que cosa ninguna pueda impedir el fruto de la gracia, sino es que aquellos que los reciben, se quieran privar de tanto bien a sí mismos, y poner óbice al Espíritu Santo. Esta fué siempre la sentencia cierta y averiguada en la Iglesia, como San Agustín lo declaró clarísimamente en las disputas que escribió contra los Donatistas (*L. 4. contr. Donat. cap. 4.*).

Y si buscamos tambien testimonios de las escrituras, oigamos al Apostol que habla así: *Yo planté, Apolo regó, mas Dios dio el crecimiento. Así que ni el que planta es cosa, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (1. Corinth. 3.)*. Donde se da a entender bastantemente, que asi como no daña a los arboles la maldad de aquellos que los plantaron, asi tampoco pueden contraer ningún vicio por culpa aiena, los que fueron ingertos en Cristo por ministerio de hombres malos. Por esto como del Evangelio de S. Juan enseñaron nuestros Santos Padres (*Joan. 4.*): tambien bautizó a muchos Judas Iscariote, y de ninguno de ellos leemos que fuese despues rebautizado, de suerte que San Agustin dexase escrito esclarecidamente: *Dio Judas el Bautismo, y no se volvió a dar despues de Judas. Dióle Juan, y se reiteró despues de Juan. Porque si fue dado por Judas, era el Bautismo de Cristo: mas el dado por Juan era el de Juan. Con mucha razón pues anteponeamos, no Judas a Juan, sino el Bautismo de Cristo, aun dado por mano de Judas, al Bautismo de Juan, aun dado por mano de Juan (Tractat. 5. in Joan.)*.

26. De la gran pureza con que los Sacramentos deben administrarse.

Mas quando los Pastores u otros Ministros de los Sacramentos oyeren

estas cosas, no piensen que han cumplido con su obligación, si solo miran a administrarlos legítimamente, y hacen poco caso de la entereza de costumbres, y limpieza de conciencia. Porque aunque eso se haya de procurar con gran cuidado, no consiste en eso todo lo que requiere esta sagrada función. Y por tanto deben tener muy presente que a la verdad no pierden los Sacramentos la virtud divina que encierran en sí; pero acarrean la perdición y muerte eterna a quien los administra indignamente. Porque las cosas santas (como ya se ha dicho una y otra vez, y muchas mas conviene repetirlo) deben tratarse; santa y religiosamente. Al pecador, como afirma el Profeta, dixo Dios: *¿Por qué tú enseñas mis justicias, y tomas mi testamento en tu boca, quando aborreces la enseñanza (Psalm. 49.)?* Pues si a un hombre manchado con pecados no es lícito tratar de las cosas divinas, ¿qué tan enorme no habrá de concebirse la maldad de aquel, que sintiéndose reo de muchos delitos, todavía se atreve a celebrar con boca impura los sagrados misterios, tomarlos en sus manos sacrilegas, manosearlos, alargarlos, y administrarlos a otros? Mayormente diciendo San Dionisio: *Que a los malos ni es permitido tocar siquiera los símbolos (De Eccles. Hierarch. cap. 1.)*, que así llama a los Sacramentos. Busquen pues ante todo los Ministros de las cosas sagradas la santidad, lleguen con limpieza a administrar los Sacramentos; y de tal manera se exerciten en la piedad, que del frecuente manejo y uso de ellos, consigan cada dia con la ayuda de Dios mas abundante gracia.

27. De dos principales efectos de los Sacramentos.

Expuestas ya estas cosas, se ha de enseñar qual sea el efecto de los Sacramentos: porque esta doctrina dará mucha luz a la difinicion del Sacramento que arriba se puso. Dos entre otros son los principales. Pero el primer lugar con razón se le lleva aquella gracia, que llamamos *justificante*, segun el nombre usado entre los Sagrados Doctores. Asi nos lo enseñó clarísima mente el Apostol, quando dixo: *Que Cristo amó a su Iglesia, y que se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola con el lavatorio del agua por 4a palabra (Ephes. 5.)*. Pero de qué manera se obra por el Sacramento una maravilla tan grande, que (segun aquella celebrada sentencia dé San Agustín) *Toque el agua el cuerpo, y lave el corazon (Tract. 8. in Joan.)*, esto ciertamente no se puede alcanzar por razón e inteligencia humana. Porque se debe dar por asentado, que cosa ninguna sensible tiene virtud por su naturaleza para penetrar hasta el alma. Mas por lumbre de fe conocemos?, que está en los Sacramentos la virtud de Dios Omnipotente, y que por ella obran, lo que las mismas cosas naturales no podrían hacer por su propia virtud.

28. Al principio de la Iglesia manifestaba Dios con milagros estos efectos.

Y para que nunca quedase en las almas de los fieles duda ninguna acerca de este efecto, luego que se empezó a administrar los Sacramentos, plugo al clementísimo Dios declarar con señales milagrosas, lo que ellos obraban interiormente, para que creyésemos con toda firmeza, que siempre obran en las almas los mismos efectos, aunque estén muy remotos de nuestros sentidos. Y así omitiendo ahora que al ser bautizado nuestro Salvador en el Jordán, se abrieron los cielos, y apareció el Espíritu Santo en figura de paloma (*Matth. 3. et Luc. 3.*), para que entendiésemos, que se infunde su gracia en nuestras almas quando somos lavados con el agua saludable; omitiendo pues esto (porque mas pertenece a la santificación del Bautismo, que a la administración del Sacramento), ¿por ventura no leemos que quando los Apostóles día de Pentecostés recibieron el Espíritu Santo con el qual quedaron en adelante mas prontos y fuertes para predicar la verdad de la fé, y exponerse a los riesgos por la gloria de Cristo, hecho de repente entonces un estruendo del cielo, como de un viento fuerte que venia con ímpetu, se les aparecieron lenguas esparcidas como de fuego (*Actor. 2.*) Pues de aqui entendemos que por el Sacramento de la Confirmación se nos da el mismo espíritu, y que se nos añaden tales fuerzas, que con ellas podamos pelear y resistir fuertemente a la carne, al mundo y al demonio, perpetuos enemigos nuestros. Y estos milagros se vieron muchas veces en la primitiva Iglesia, siempre que los Apostoles administraban los Sacramentos, hasta que ya establecida, y arraygada la fé, se dexaron de obrar.

29. Quanto aventajan los Sacramentos de la ley nueva a los de la antigua.

De lo que queda demostrado sobre el primer efecto de los Sacramentos, que es la gracia justificante, consta tambien llanamente, que la virtud que encierran en sí los Sacramentos de la ley nueva, es mucho mas excelente y poderosa, que la que tuvieron los de la ley antigua; los quales cocino eran elementos flacos y menesterosos (*Galat. 4.*), santificaban a Jos manchados en quanto a la limpieza de la carne (*Hebreor. 9.*), no en quanto a la del alma. Y asi fueron instituidos como meras señales de las cosas que serian obradas por nuestros misterios. Pero los Sacramentos de la nueva ley, como manaron del costado de Cristo, el qual por el Espíritu Santo se ofreció

a sí mismo sin mancha a Dios, limpian nuestra conciencia de las obras muertas, para servir a Dios vivo (*Hebr. 9.*), y por esto en virtud de la sangre de Cristo causan la gracia que significan. Y así cotejados estos con los Sacramentos antiguos, se hallará, que además de tener más eficacia, son mucho más fecundos en la utilidad, y más magestuosos en la santidad.

30. De otro efecto, que es el Carácter, qué Sacramentos le impriman, y que

sea.

Otro efecto de los Sacramentos, no común a todos, sino propio de solos tres, que son *Bautismo*, *Confirmación*, y *Orden* sagrado, es el *Carácter* que imprimen en el alma. Porque diciendo el Apostol: *El Señor nos ungió, y nos selló, y nos dio prenda del Espíritu en nuestros corazones* (2. *Corinth. 1.*); por aquella palabra *selló*, describió claramente el *Carácter* del qual es propio sellar y marcar. Es pues el carácter como cierta señal impresa en el alma que jamás puede borrarse, y que está perpetuamente estampada en ella. Acerca de esto dice San Agustín: *Serán acaso menos poderosos los Sacramentos de Cristo, que la divisa corporal con que se señala al soldado* Pues esta no se imprime de nuevo al soldado que vuelve a la milicia donde desertó; sino que por la antigua es reconocido y aprobado* (*Tract. 6. in Joan.*).

31. Qué sea el efecto del Carácter: y que los Sacramentos que le imprimen

no son reiterables.

Este carácter sirve ya de habilitarnos para recibir, o para hacer alguna cosa sagrada, y ya de distinguirnos unos de otros. Y todo lo logramos por el carácter del *Bautismo*, porque nos hace hábiles para recibir los Sacramentos, y por él se distingue el pueblo tiel de las naciones infieles. Lo mismo se dice del *carácter* de la *Confirmación*, y del sagrado *Orden*. Porque el uno nos arma y nos adiestra como a soldados de Cristo, para confesar y defender su nombre a cara descubierta contra nuestro enemigo interno, y contra los espíritus malignos, y potestades del ayre (*Ephes. 6.*); y al mismo tiempo nos distingue de los que por recién bautizados están todavía como niños recién nacidos (1. *Petr. 2.*). Y el otro por una parte trae consigo potestad de hacer y de administrar Sacramentos, y por otra señala la distinción que hay entre los que están adornados con esta potestad, y el resto de los demás

fieles. Debe tenerse pues la regla de la Iglesia católica, la qual nos enseña que estos tres Sacramentos imprimen carácter, y que jamas se pueden reiterar. Y estas son las cosas que se han de explicar acerca de los Sacramentos en comun.

32. Por qué medios lograrán los Pastores que el pueblo venere y use

religiosamente de los Sacramentos.

Dos cosas señaladamente procurarán los Pastores hacer con todo esfuerzo en la explicación de este punto. La primera es, que entiendan los fieles de quanto honor, culto y veneración son dignos estos divinos y celestiales dones. Y la segunda, que pues están prevenidos y dispuestos por el clementísimo Dios para la salud universal de todos, usen de ellos santa y religiosamente, y que de tal manera se enardeczan en deseos vivos de la perfección christiana, que si carecieren por algún tiempo del uso provechosísimo, especialmente de la Penitencia y Eucaristía, piensen que han padecido una gran perdida. Fácilmente podrán los Pastores conseguir esto si inculcan muchas veces a los fieles las cosas que se han dicho, acerca de la divinidad y frutos de los Sacramentos. Lo primero, que han sido instituidos por nuestro Salvador y Señor, de quien no puede provenir cosa, que no sea perfectísima. Demas de esto, que quando se administran, está allí pronta la deidad eficacísima del Espíritu Santo, que penetra lo íntimo de nuestros corazones. Tambien que están dotados de una virtud maravillosa y cierta para curar las almas, y que asimismo se nos comunican por ellos las inmensas riquezas de la pasion de Cristo. Ultimamente les declararán, que es asi que todo el edificio cristiano estriva sobre el cimiento firmísimo de la piedra angular; pero que con todo eso, si no se afianza por todos lados con la predicación de la palabra de Dios, y frecuencia de Sacramentos, es muy de temer qué desmoronado en gran parte, se venga todo a tierra. Porque asi como habemos recibido la vida por los Sacramentos, asi con este manjar somos alimentados, conservados y acrecentados.

CAPÍTULO II.

DEL SACRAMENTO DEL BAUTISMO.

1. La doctrina del Bautismo debe repetirse con frecuencia a los fieles.

Por las cosas que se han dicho hasta aqui de los Sacramentos en corhun, se puede conocer quan necesario sea, ya para percibir la doctrina de la religion cristiana, y ya para exercitar la virtud, entender las cosas que sobre Cada uno en particular propone creer la Iglesia catolica; Mas el que leyere con cuidado al Apostol, asentará sin duda que es sobremanera necesario a los fieles el conocimiento perfecto del Bautismo. Tanto renueva, no solo con frecuencia, sino con palabras graves y llenas del Espíritu de Dios, la memoria de este misterio, engrandece su divinidad, y nos porte en él delante de los ojos la muerte, sepultura y resurreccion de nuestro Redentor, ya para contemplarlas, ya para imitarlas. Por tanto nunca piensen los Pastores que será demas el trabajo y desvelo que pusieren sobre su explicacion.

2. En qué tiempos señaladamente trataran los Párrocos del Bautismo.

Ademas pues de aquellos días en que segun costumbre de los mayores debían explicarse señaladamente los divinos misterios del Bautismo, quales son el Sabado grande de la Pascua, y el de Pentecostes; pues en tales dias acostumbrió la Iglesia celebrar este Sacramento con suma religion y ceremonias muy solemnes; en otros dias tambien se valdrán de la ocasion para tratar de este asunto. Y aquel tiempo con especialidad será mas oportuno para el Caso, en que echaren de ver, que ha concurrido muchedumbre del pueblo, por deberse administrar el Bautismo a alguno. Porque entonces Será mas facil, dado que no se pudiere recorrer por todos los capítulos pertenecientes a este Sacramento, enseñar siquiera uno, u otro, quando al mismo tiempo que oyeren los fieles la doctrina de estas cosas, y la contemplan con piedad y atención, la ven expresada en las sagradas ceremonias del Bautismo. Y de aqui tambien resultará, que advertido cada uno por las cosas que ve hacerse en otro, se acuerde de la promesa con que él se obligó a Dios quando fue bautizado; y piense al mismo tiempo, si se muestra tal en vida y costumbres, qual promete la misma profesión del nombre cristiano. Pues para explicar claramente las cosas que se deben enseñar, se ha de descubrir qual sea la naturaleza y sustancia del Bautismo; pero declarando antes la significación de este nombre.

3. Qué significa el nombre de Bautismo.

Nadie ignora que esta voz *Bautismo* es nombre griego. Y aunque en las sagradas letras no solo significa aquella ablución que está junta con el Sacramento, sino qualquier género de lavatorio, que alguna vez tambien se trasladó a significar la pasion; sin embargo no declara entre los Doctores de la Iglesia qualquier ablución corporal, sino la que se junta con el Sacramento, y no se administra sin la debida forma de palabras. Y de esta significación usaron frecuentisimamente los Apostoles, segun la institución de Cristo Señor nuestro.

4. De otros varios nombres con que llamaron los Santos Padres al Bautismo.

De otros nombres tambien se valieron los Santos Padres para significar este Sacramento. Llamáronle *Sacramento de la fé*, como lo afirma San Agustín (Epist. 23.), por quanto profesan toda la fe de la religión cristiana aquellos que le reciben. Otros le llamaron *iluminación*, por iluminarse nuestros corazones con la fe que profesamos en el Bautismo; pues aun el Apostol dice así: *Traed a la memoria los dias antiguos en los que iluminados, sostuvisteis un recio combate de persecuciones (Hebr. 10.):* señalando al tiempo en que fueron bautizados. Demas de esto San Crisóstomo en una Homilía a los Gitecúmenos (*Hom. 10. in Epist. ad Rom.*) le llama ya *Expurgacion*, porque por el Bautismo somos limpiados de la levadura vieja, para que seamos nueva masa (*1. Corinth. 5.*); ya le dice *sepultura*, ya *plantación*, y ya *cruz de Cristo*. Y la causa de todos estos nombres se puede colegir de la epístola del Apostol a los Romanos (*Rom. 6.*). San Dionisio le llamó principio de los mandamientos santísimos (Cap. 3. de Eccles. Hierarch.). Y la razón clara es, porque este Sacramento es como la puerta por donde entramos en la compañía de la vida cristiana, y por él empezamos a obedecer a los divinos preceptos. Y esto se explicará con brevedad acerca del nombre.

5. He la difinicion del Bautismo.

Por lo que mira a la ditinicion del Bautismo, aunque de los escritores sagrados se pueden traer muchas, parece mas propia y mas ajustada la que se dexe entender de las palabras del Señor en San Juan, y del Apostol a los de Efeso. Porque diciendo el Salvador: *El que no renaciere del agua, y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reyno de Dios (Joann. 3.)*. Y el Apostol hablando de la Iglesia: *Limpiándola con el lavatorio del agua por la palabra (Ephes. 5.)*, siguese, que ajustada y propriamente se

define el Bautismo diciendo que es, *Sacramento de regeneración por el agua en la palabra*. Porque por naturaleza nacemos de Adán hijos de ira (Ibidem.), mas por el Bautismo nacemos en Cristo hijos de misericordia, pues dio potestad a los hombres de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre, los cuales son nacidos, no de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios (Joann. 1.).

6. De qué modo se hace este Sacramento.

Pero explíquese en fin la naturaleza del Bautismo con las palabras que se quiera, se ha de enseñar al pueblo que este Sacramento se hace por ablución, a la qual por institución de nuestro Señor y Salvador se añaden necesariamente ciertas y solemnes palabras: como siempre lo enseñaron los Padres, y se demuestra por aquel testimonio clarísimo de San Agustín: *Juntase la palabra al elemento, y se hace el Sacramento (Tract. 80. in Joann.)*. Y esto debe advertirse con todo cuidado: porque no den los fieles en el error de pensar lo que vulgarmente se suele decir, que el Sacramento es el agua que se guarda en la sagrada pila para hacer el Bautismo. Porque solo entonces se debe decir Sacramento del Bautismo, quando efectivamente usamos del agua para lavar a alguno diciendo las palabras que Cristo instituyó. Y porque ya diximos al principio tratando de los Sacramentos en comun, que cada uno de ellos constaba de materia y forma; por esto declararán los Pastores qual sea una y otra en el Bautismo.

7. Qué sea la materia propia del Bautismo.

La materia pues, o elemento de este Sacramento es todo género de agua natural, sea de mar, de rio, de laguna, de pozo, o de fuente, que sin añadidura se suele decir agua. Pues nuestro Salvador enseñó: *El que no renaciere del agua, y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reyno de Dios (Joan. 3.)*. Y el Apostol dice: *Que fué limpiada la Iglesia con el lavatorio del agua (Ephes. 3.)*. Y en la epístola de San Juan leemos: *Tres son los que dan testimonio en la tierra, el Espíritu, el agua y la sangre (1. Joan. 5.)*. Y se prueba esto tambien con otros testimonios de las sagradas letras.

8. Explicase un lugar de San Mateo sobre el Bautismo de

fuego.

Mas aquel dicho de San Juan Bautista, *que había de venir el Señor, quien bautizaría en Espíritu Santo y fuego (Matth. 3.)*, esto ciertamente en manera ninguna se ha de entender de la materia del Bautismo; sino que debe referirse, o al efecto interior del Espíritu Santo, o de cierto al milagro que apareció día de Pentecostés, quando baxó del cielo el Espíritu Santo sobre los Apostoles en figura de fuego: acerca de lo qual, dixo antes en otro lugar Cristo Señor nuestro: *Juana la verdad bautizó en agua, mas vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo despues de estos no muchos días (Actor. 1.)*.

9. De las figuras y profecías que mostraron ¡a virtud de las aguas del

Bautismo.

Esto mismo tambien significó el Señor ya por figuras, ya por oráculos de los Profetas, como lo echamos de ver por las escrituras divinas. Porque el diluvio con que fue lavado el mundo, *por ser mucha sobre la tierra la malicia de los hombres, y estar atentos al mal todos los intentos de su corazon (Genes. 6.)*, fué figura y semejanza de esta agua, como lo muestra el Apostol San Pedro en su primera epístola (*1. Petr. 3.*). Y S. Pablo escribiendo a los de Corinto declara, que el tránsito del mar bermejo tuvo la misma significacion. Y omitimos por ahora ya el baño de Naamán Siro (4. Reg. 5.), ya la virtud maravillosa de la probática piscina (*Joann. 5.*), ya otras muchas cosas de esta calidad, donde aparece clara la significacion de este misterio.

En orden a profecías, nadie puede dudar que pertenecían a señalar y expresar las saludables aguas del Bautismo aquellas aguas, a las que tan liberalmente convida el Profeta Isaías a todos los sedientos (Isai. 55.), o a las que vió en espíritu el Profeta Ezequiel, que salían del Templo (Ezechiel. 41.), y tambien aquella fuente que profetizó Zacarías a la casa de David y a los moradores de Jerusalem, prevenida para lavar pecadores y mugeres inmundas. (*Zachar. 13.*).

10. Por que instituyó Cristo el agua por materia del Bautismo.

Y lo muy conforme que fué a la naturaleza y virtud del Bautismo

instituir el agua por su materia propia, lo muestra San Gerónimo con muchas razones escribiendo a Océano (*Epist.* 83.). Mas por lo que mira a este asunto podrán los Pastores enseñar primeramente, que como este Sacramento es necesario a todos sin excepcion alguna, para conseguir la vida eterna; por esto fué materia muy a propósito el agua que siempre está a mano, y todos la pueden prevenir facilmente. Demas de esto el agua significa con mucha propiedad los efectos del Bautismo: porque asi como el agua lava las manchas, así declara grandemente la virtud y eficacia del Bautismo, por el qual se lavan las inmundicias de los pecados. Y a esto se junta, que así como el agua es muy provechosa para refrescar los cuerpos, así por el Bautismo se templan en gran parte los ardores de los apetitos.

11. Por que se añade el Crisma al agua natural.

Pero debe advertirse que aunque el agua pura, sin otra alguna mezcla, sea materia válida para hacer este Sacramento, siempre que hubiere necesidad de administrarle; sin embargo en todo tiempo se observó en la Iglesia católica por tradición de los Apostoles, que quando se hace el Bautismo con ceremonias solemnes, se añade el sagrado Crisma, por ser manifiesto que asi se declara mas el efecto del Bautismo. Y tambien se debe enseñar al pueblo, que aunque alguna vez puede ser incierto, si ésta o aquella agua es verdadera, y qual la requiere el valor del Sacramento; con todo eso siempre se ha de tener por cosa cierta, que nunca se puede por razón ninguna hacer el Bautismo, sino con el licor de agua natural.

12. Debe explicarse a todos claramente la forma del Bautismo.

Explicada ya con todo cuidado una de las dos partes de que se compone el Bautismo, que es la materia, procurarán los Pastores enseñar con la misma diligencia la forma, que es la otra parte de él, y muy necesaria. Y se harán cargo de que en la explicación de este Sacramento se debe trabajar con el mayor cuidado y desvelo; no solamente porque la noticia de tan santo misterio puede por sí misma deleytar con vehemencia a los fieles (lo que es cosa comun siempre que se entienden las cosas divinas), sino tambien porque es muy importante para casos que ocurren casi cada dia. Porque se ofrecen con frecuencia lances (como se dirá mas claro en su lugar), en que es preciso administrarse este Sacramento, ya por seglares, y ya muchísimas veces aun por mugerzuelas; y asi todos los fieles de ambos sexos sin diferencia alguna, deben tener sabidas y bien averiguadas las

cosas que pertenecen a la substancia de este Sacramento.

13. Qué sea la forma cabal y perfecta de este Sacramento.

Enseñarán pues los Pastores con palabras expresas y claras, y que facilmente pueden percibir las todos, que la forma cabal y perfecta del Bautismo es ésta: YO TE BAUTIZO EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO. Porque así lo enseñó nuestro Señor y Salvador, quando segun San Mateo mandó a los Apostoles:

17. De qué modo deba hacerse la ablución en este Sacramento.

Y porque tambien conviene quando se hace este Sacramento, guardar el modo de la ablución legitima, por eso enseñarán tambien los Pastores lo que toca a esta parte, explicando brevemente que segun el estilo y costumbre recibida comunmente en la Iglesia, de uno de estos tres modos puede administrarse el Bautismo. Porque los que deben ser bautizados, o son metidos en el agua, o se echa el agua sobre ello, o son rociados con ella. De estos tres ritos qualquiera que se observe, se ha de creer, que se hace verdadero Bautismo. Porque el agua se aplica en el Bautismo para significar la limpieza que causa en el alma. Por eso llamó el Apóstol *lavatorio* al Bautismo. Y el lavatorio igualmente se hace metiendo a uno en el agua (lo que por mucho tiempo se observó en la Iglesia desde sus primeros siglos), o echándole el agua; que es lo que ahora comunmente se usa, o rodándole con ella: como se cree que lo hizo S. Pedro, quando en un dia bautizó a tres mil hombres que habia reducido a la verdad de la fé (*Actor. 2.*).

18. Si se requiere una, o tres abluciones.

Que sea una, o tres las abluciones, no se debe tener por cosa de substancia. Porque de una carta que San Gregorio Magno escribió a San Leandro (Lib. 1. Epist. 41.), consta bastantemente que de uno y otro modo se hizo antes verdaderamente el Bautismo en la Iglesia, y que tambien se puede hacer ahora. Sin embargo, guárdese por los fieles aquel rito que cada uno advirtiere que se observa en su Iglesia.

19. Por qué señaladamente se ha de lavar la cabeza.

Lo que especialmente conviene advertir es, que se ha de lavar, no qualquier parte del cuerpo, sino principalmente la cabeza, donde residen todos los sentidos internos y externos; y que el que bautiza ha de pronunciar las palabras, que contienen la forma del Sacramento, no antes, o despues de la ablución, sino al mismo tiempo que echa el agua.

20. Quando instituyó Cristo el Bautismo.

Despues de haber declarado estas cosas, convendrá enseñar y recordar a los fieles, que el Bautismo (como tambien los demás Sacramentos) fue instituido por Cristo Señor nuestro. Esto enseñarán los Pastores muchas veces; y explicarán, que tocante al Bautismo se han de notar dos tiempos diversos. Uno, quando el Salvador le instituyó; y otro, quando se estableció la ley de recibirle. Por lo que pertenece a lo primero, entonces se dexa ver que fue instituido este Sacramento por el Señor, quando bautizado él mismo por San Juan, dio a las aguas virtud de santificar. Porque afirman los santos Gregorio Nacianceno, y Agustino, que entonces fue dada al agua virtud de engendrar para la vida espiritual (*Greg. Orat. de Nativ. Salvat. August. Serm. 29. 36. et 37. de Temp.*). Y en otra parte dexó asi escrito San Agustin: *Desde que Cristo se entró en el agua, desde entonces lava el agua todos los pecados (Ibidem.)*. Y en otra parte: *Es bautizado el Señor, no porque tuviese necesidad de limpiarse; sino por limpiar las aguas con el contacto de su purísima carne, para que tuviesen virtud de lavar (Serm. 37.)*. Y de esto puede ser gran prueba, que entonces declaró, que estaba su divinidad presente a la Trinidad santísima, en cuyo nombre se hace el Bautismo. Porque se oyó la voz del Padre, estaba allí la Persona del Hijo, y baxó el Espiritu Santa en figura de paloma (*Matth. 3.*), y ademas de esto se abrieron los cielos, a donde ya podemos subir por el Bautismo. Y si desearse alguno saber por qué razón dio el Señor a las aguas tan grande y tan divina virtud, esto a la verdad sobrepaja la inteligencia humana, y lo que tal qual podemos percibir es, que bautizado el Señor, quedó consagrada el agua para el saludable uso del Bautismo con el contacto de su santísimo y purísimo cuerpo; pero de manera, que aunque fué instituido este Sacramento antes de la pasion; con todo eso se ha de creer que traxo su virtud y su eficacia de la pasion misma, que era como el fin de todas las acciones de Gristo.

21. Cuando empezó a obligar la ley del Bautismo.

Pero por lo que mira a lo segundo, esto es, de en qué tiempo fue impuesta la ley de recibir el Bautismo, no queda razón de dudar, porque convienen los escritores sagrados en que resucitado ya el Señor, quando mandó a los Apostóles: *Id, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Matth. 28.)*, desde ese tiempo empezaron a ser obligados a la ley del Bautismo todos los hombres, que habían de conseguir la vida eterna. Asi se infiere de la autoridad del Principe de los Apostóles, que dice: *Nos resengendró para esperanza viva por la resurreccion de Jesu-Cristo entre los muertos (1. Petr. 1.)*. Y tambien se dexa conocer lo mismo por aquel lugar de San Pablo donde dice, hablando de la Iglesia: *Se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, limpiándola con el lavatorio del agua por la palabra (Ephes. 5.)*. Porque uno y otro parece reduxeron la obligación del Bautismo al tiempo seguido a la muerte del Señor; de manera que no debe dudarse, que tambien aquellas palabras del Salvador: *El que no renaciere del agua, y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reyno de Dios (Joann. 3.)*, han de enderezarse al tiempo posterior a la pasion.

22. En cuánta veneración debe ser tenido este Sacramento.

Por todas estas cosas si exactamente las trataran los Pastores, no se puede dudar que reconocerían los fieles en este Sacramento una dignidad altísima, y que le adorarían con suma veneración, mayormente si considerasen, que aquellos encumbrados y excelentísimos dones, que al ser bautizado Cristo Señor nuestro, fueron declarados con tantas muestras de milagros, se dan y se comunican a cada uno, quando es bautizado, por íntima virtud del Espíritu Santo. Porque asi como si se nos abriesen los ojos al modo que acaeció al siervo de Elíseo (4. Reg. 6.), de manera que pudiéramos ver las cosas celestiales, ninguno ha de ser tenido por tan insensato, que no le pusieran en grande admiración los divinos misterios del Bautismo; ¿por qué no juzgaremos que sucederá lo mismo, si explican los Pastores de tal modo las riquezas de este Sacramento, que los fieles las puedan contemplar, si no con los ojos del cuerpo, con la vista del alma esclarecida con el resplandor de la fé?

23. Quiénes son los que pueden administrar el Bautismo.

Ya parece no solamente útil, sino tambien necesario enseñar por qué Ministros se hace este Sacramento; asi para que aquellos a quienes en especial está cometido este cargo, hagan por cumplirle santa y religiosamente; como porque ninguno traspasando sus límites se meta o atropelle intempestiva y soberbiamente la posesión agena: porque en todo se debe guardar orden, como el Apostol dice (*1. Corinth. 14.*). Se ha de enseñar pues a los fieles que hay tres ordenes de Ministros. En el primero se han de colocar los obispos y sacerdotes, a los quales es dado exercer este oficio por derecho propio, no por potestad alguna extraordinaria. Porque a ellos en los Apostóles mandó el Señor: *Id, y bautizad*: aunque por no verse precisados los obispos a abandonar el cuidado mas importante de enseñar al pueblo, solian dexar para los sacerdotes el ministerio del Bautismo. Y el que tengan los sacerdotes facultad ordinaria para exercer este oficio, de manera que aun en presencia del obispo puedan administrar el Bautismo, consta de la doctrina de los Padres y uso de la Iglesia. Porque una vez que están ordenados para consagrar la Eucaristía, que es Sacramento de unidad y de paz, era muy debido que les fuese dada potestad de administrar todas aquellas cosas, por las quales necesariamente pudiese qualquiera hacerse participante de esta paz y unidad. Y asi si alguna vez dixeron los Padres que no era permitido a los sacerdotes el derecho de bautizar sin licencia del obispo, esto parece que se debe entender de aquel Bautismo, que con ceremonias solemnes solia administrarse en ciertos dias del año.

El segundo lugar entre los Ministros tienen los diáconos, i los quales no es lícito administrar este Sacramento sin permiso del obispo, o del sacerdote, como lo testifican muchísimos decretos de los santos Padres.

24. Quiénes puedan bautizar en caso de necesidad.

El último orden es el de aquellos que pueden bautizar en caso de necesidad sin ceremonias solemnes. En esta clase entran todos, hasta los del pueblo, asi hombres, como mugeres, de qualquier secta que sean. Y asi obligando la necesidad, pueden administrarle judíos, infieles, y hereges; con tal que tengan intención de hacer lo que hace la Iglesia católica en la administración de este Sacramento. Esta verdad, ademas de estar confirmada por muchos decretos de los antiguos Padres y Concilios, fulminó excomunion el sagrado Concilio de Trento contra los que se atrevan a decir que no es verdadero el Bautismo que es dado por hereges en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo con intención de hacer lo que hace la Iglesia. Donde ciertamente es muy de admirar la suma bondad y sabiduría de nuestro Señor, porque debiendo todos necesariamente recibir este Sacramento,

asi como instituyó por su materia el agua, que no hay cosa mas comun; asi tambien dispuso que nadie fuese excluido de su administración: aunque como se ha dicho, no se permite a todos celebrarle con ceremonias solemnes; mas esto no es porque los ritos o ceremonias sean mas venerables que el Sacramento, sino porque son menos necesarias.

25. Del orden que debe guardarse entre los Ministros de necesidad.

Mas no piensen los fieles que está este oficio tan indiscretamente permitido a todos, que no sea muy decente asentar algún orden de ministros. Porque ni la muger, si hay hombre, ni el seglar delante del clérigo, ni el clérigo en presencia del sacerdote se deben arrojar la administración. Aunque las parteras que están acostumbradas a bautizar, no han de ser reprehendidas, si alguna vez le dan en presencia de hombre que está menos instruido en hacer este Sacramento; sin embargo de que parezca oficio mas propio del hombre que de la muger.

26. Por qué en el Bautismo se añaden padrinos.

Demas de estos ministros que hacen el Bautismo, como se ha declarado hasta aquí, hay otra especie de Ministros, que por costumbre antiquísima de la Iglesia, se suelen añadir para celebrar la saludable y sagrada ablución. Estos ahora se llaman *Padrinos*. Pero antiguamente por voz comun de los sagrados escritores eran llamados *Recibidores*, *Prometedores*, o *Fiadores*: de cuyo cargo tratarán con cuidado los Pastores, pues pertenece a ¡casi todos los seglares, para que todos entiendan las cosas que señaladamente son necesarias para cumplirle con rectitud. Y primeramente conviene explicar qué causa hubo para añadir Padrinos y Fiadores a mas de los ministros del Sacramento. Pero todos concederán que esto se dispuso justisimamente, si hicieren alto sobre que el Bautismo es una regeneración espiritual, por la qual nacemos hijos de Dios. De ella habla de este modo San Pedro: *Como niños recién nacidos, racionales, y sin malicia, apeteded la leche* (1. Petr. 2.). Asi pues, como luego que nace uno, necesita de ama de leche, y de ayo, con cuyo favor e industria sea educado e instruido en doctrina y buenas artes; asi tambien es necesario que los que empiezan desde la fuente del Bautismo a vivir espiritualmente, sean encomendados a la fidelidad y prudencia de alguno, de quien puedan aprender los

preceptos de la religión cristiana, y ser bien enseñados en todos los ejercicios de virtud, y que de esa manera vayan poco a poco creciendo en Cristo, hasta que al fin con la ayuda de Dios salgan varones perfectos. Mayormente quando los Pastores a quienes está encargado el cuidado público de las Parroquias, están tan ocupados, que no les queda tiempo para emplearse en el cuidado particular de imponer a los niños en los rudimentos de la fé. De esta costumbre antiquísima tenemos un testimonio muy ilustre de San Dionisio, que dice: *acordaron nuestros divinos caudillos* (que así llama a los Apostóles), *y tuvieron por conveniente recibir los niños segun este santo modo que los padres naturales del niño le entregasen a un hombre docto en las cosas divinas, como a director, padre espiritual y fiador de su salud eterna, baxo cuya disciplina pasase el niño el resto de su vida* (*De Eccles. Hierarch. cap. 12.*). Y este mismo sentimiento se confirma con la autoridad de San Higinio. (*De Cons. dist. 4. cap. In Cathoc.*).

27. Quiénes en el Bautismo contraen parentesco espiritual que dirime el matrimonio.

Por esta razón, con grande acuerdo determinó la santa Iglesia, que contraxese parentesco espiritual, no solo el que bautiza con el bautizado, sino tambien el padrino, así con el niño que saca de pila, como con sus padres legítimos: de manera que no puedan contraer matrimonio legitimo entre sí, y que los contraidos se diriman.

28. Quáles son los oficios de los padrinos, y qué deben hacer.

Fuera de esto conviene enseñar a los fieles quales sean los cargos del padrino, porque a la verdad con tal descuido se mira hoy este oficio en la Iglesia, que parece no ha quedado sino el nombre de él: mas la santidad que encierra en sí, ni siquiera parece que les pasa por la imaginación. Tengan pues entendido todos los fiadores, que son obligados muy en particular por esta ley a tener perpetuo cuidado de sus hijos espirituales, y a procurar con diligencia que en las cosas que pertenecen a la instruccion de la vida cristiana, se muestren tales por toda la vida, quales prometieron que lo serian en aquella solemne ceremonia. Oigamos lo que acerca de esto escribe San Dionisio explicando las palabras del padrino: *Yo prometo que he de inducir a este niño con mis continuas exhortaciones, quando llegue a poder entender las*

*cosas sagradas, a que profese y cumpla las cosas divinas que promete, y a que enteramente renuncie las contrarias (Ubi supr.) Y S. Agustín dice así: A vosotros, así hombres, como mugeres, que sacasteis niños de pila, amonestó ante todo, que conozcáis que salisteis fiadores delante de Dios por todos aquellos que recibisteis de la sagrada fuente (Serm. 163. de Temp.). Y ciertamente es muy puesto en razón, que el que tiene a su cargo algún empleo, no se canse jamas de hacer quanto pudiere por desempeñarle; y que el que se obligó a ser ayo y guarda de otro, en manera ninguna permita que esté desamparado el que ya recibió baxo su fidelidad y tutela, mientras lo viere necesitado de su favor y socorro. Qué cosas sean las que los padres espirituales han de enseñar a sus hijos, en breves palabras lo dixo San Agustín, tratando de su oficio: *Deben, dice, amonestarles que guarden castidad, amen la justicia, conserven la caridad, y ante todas cosas enseñarles el Credo, el Padre nuestro, los mandamientos tambien, y los fundamentos principales de la religión cristiana (Ibidem).**

29. No se ha de dar sin consideración el cargo de padrino.

Siendo esto así, facilmente se entiende a qué suerte de hombres no se haya de fiar la administración de esta santa tutela. Estos son, o los que no quieran cumplirla con fidelidad, o no puedan hacerlo con el cuidado y diligencia debida. Por tanto fuera de los padres naturales, a quienes no es licito tomar este cargo, porque mejor se vea por aqui, quanto dista esta educación espiritual de la carnal; ante todo están enteramente excluidos de este oficio los hereges, judios, e infieles, como gente que ni piensa, ni cuida de otra cosa que de obscurecer con mentiras la verdad de la fe, y de trastornar toda la religión cristiana.

30. Qué deba ser el número de padrinos.

Asimismo se estableció por el santo Concilio de Trento (Session. 24. de Reformatione cap. 2.), que no sean muchos los que saquen de pila al bautizado; sino uno solo, sea hombre o muger, o a lo mas uno y una, así porque la muchedumbre de maestros podría perturbar el orden de la institución y enseñanza; como porque conviene precaver que no se aumenten las afinidades; pues impedirían que se extendiese con mas amplitud la sociedad entre los hombres por el lazo de legítimo matrimonio.

31. El Bautismo es necesario a todos para su salvación.

Mas aunque sea muy útil a los fieles la noticia de las cosas que quedan explicadas hasta aqui, todavía parece que nada hay mas preciso que enseñarles, que la ley del Bautismo está impuesta por Dios a todos los hombres; de manera que si no renacieren para Dios por la gracia del Bautismo, los engendran sus padres, sean fieles, o infieles, para la desventura y muerte eterna. Y asi los Pastores explicarán muchas veces lo que se lee en el Evangelio: *El que no renaciere del agua, y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reyno de Dios* (Joann. 3.).

32. Los niños deben ser bautizados.

Y esta ley debe entenderse no solo de los adultos, sino tambien de los niños infantes: pues asi lo ha recibido la Iglesia por tradición Apostólica, como lo confirma el comun sentir y autoridad de los Padres. Demás de esto se ha de creer, que no quiso Christo Señor nuestro negar el Sacramento del Bautismo, ni su gracia a los niños, de quienes decia: *Dexad los niños, y no les impidais venir a mí, que de los tales es el reyno de los Cielos* (Matth. 19.), y los abrazaba y ponía sobre ellos sus manos, y les daba su bendición (Marc. 10.). Demas de esto, quando leemos que bautizó San Pablo a toda una familia, bastantemente se dexa ver, que tambien fuéron bautizados los niños que en ella habia (1. Cor. 1.). Fuera de esto, la circuncision que fué figura del Bautismo, da grande autoridad a esta costumbre. Porque nadie ignora que era costumbre circuncidar los niños al día octavo (Genes. 17. & Luc. 1.). Y claro es que si entónces aprovechaba a los niños la circuncision hecha de mano, despojando de la carne, mas bien aprovechará ahora el Bautismo que es circuncision espiritual de Christo (Colos. 2.). Ultimamente: *Si, como enseña el Apóstol, por el delito de uno, reynó la muerte por uno, mucho mas los que reciben la abundancia de la gracia y de la donacion y de la justicia, reynarán en la vida por un Jesucristo* (Rom. 5.). Habiendo pues contraído los niños por el pecado de Adan la culpa original, mucho mejor pueden conseguir por Christo la gracia y la justicia por reynar en la vida; y esto sin el Bautismo en manera ninguna puede ser. Y así enseñarán los Párrocos que los niños absolutamente deben ser bautizados, y luego poco a poco ir imponiendo aquella tierna edad en los preceptos de la Religion christiana para la piedad verdadera, porque como esclarecidamente dixo el Sabio: *El camino que siguiere el jóven en su mocedad no lo dexará aun quando llegue a la vejez* (Prov. 22.).

33. Los niños reciben la gracia del Bautismo.

Y no se puede dudar que reciban los niños quando son bautizados los de la fe, no porque ellos crean con asenso su entendimiento, sino porque son fortalecidos con la fe de sus padres si son fieles; y quando no, con la fe de toda la congregacion de los fieles, hablando con palabras de Agustín (*In Enchyr. cap. 42.*); pues con toda verdad decimos que son ofrecidos por todos aquellos que ofrecerlos y por cuya caridad son á la comunión del Espíritu Santo.

34. No se ha de dilatar el Bautismo a los niños.

Se ha de exhortar pues encarecidamente a los fieles que cuiden de llevar sus hijos a la Iglesia, para que sean bautizados solemnemente luego al punto que puedan sin peligro. Porque como los niños, si no son bautizados no tienen otro medio para conseguir la salvación, es fácil conocer con cuán grave culpa se cargan aquellos que los dexan carecer de la gracia del Sacramento por mas tiempo del que pide la necesidad, mayormente quando por lo tierno de la edad estan expuestos a innumerables riesgos de la vida.

35. Cómo se ha de instruir a los adultos.

Con los adultos y que ya tienen perfecto uso de razón, que son los que nacen de padres infieles, se ha de observar otra conducta diersa, como lo declara la costumbre de la primitiva Iglesia. Porque se les ha de proponer la fe christiana, y han de ser exhortados, atraídos y convidados a que la reciban con todo afecto. Y si se convirtieren a Dios, entonces conviene amonestarlos que no dilaten el Sacramento del Bautismo fuera del tiempo señalado por la Iglesia. Porque estando escrito: *No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día (Eccli. 5.), se les ha de enseñar que la conversión perfecta consiste en el nacimiento nuevo por medio del Bautismo. También, que quanto mas tarde vinieren al Bautismo, tanto mas se privan del uso y de la gracia de las demas Sacramentos, con los cuales se observa la Religión christiana, pues sin el Bautismo está cerrada la puerta para todos. Además que se privan también del grandísimo fruto que percibimos del Bautismo, porque no solo lava y quita del todo el agua del Bautismo las manchas e inmundicias de todas las maldades, sino que nos adorna con la divina gracia, con cuya virtud y auxilio podemos en lo por venir evitar los pecados, y conservar la justicia e inocencia, en lo qual consiste la suma de la vida christiana, como todos saben.*

36. Declárase que el Bautismo se debe dilatar a los adultos.

Pero aunque esto sea así, nunca estió la Iglesia dar inmediatamente el Sacramento del Bautismo a esta clase de hombres, antes bien ordenó que se dilatase por algun tiempo. Porque esta dilacion no trae consigo el riesgo, que antes diximos, amenazaba en los niños; pues los que ya tienen uso de razon, con el proposito y deseo de recibir el Bautismo, y con el verdadero dolor de la mala vida pasada tienen bastante para conseguir la gracia y la justicia, si algun caso repentino les impidiera recibir el Bautismo. Y por el contrario parece que esta dilacion acarrea algunas utilidades. Porque primeramente como la Iglesia debe proveer con diligencia, que no llegue ninguno al Sacramento con animo fingido y solapado, así se explora y se conoce mejor la voluntad de los que piden el Bautismo. Y por esta razon decretaron los concilios antiguos, que los que vienen del judaismo a la fe catolica, se detuvieran entre los Catecúmenos por algunos meses, antes de administrarles el Bautismo. Demas de esto se les instruye mejor en la doctrina de la fe que deben profesar, y en las reglas y costumbres de la vida cristiana. Y en fin se tributa al Sacramento mayor culto de religion, quando reciben el Bautismo con las solemnes ceremonias solo en los dias señalados de Pascua y Pentecostes.

37. No siempre se ha de dilatar el Bautismo a los adultos.

Sin embargo a veces no se ha de diferir el Bautismo, habiendo causa necesaria y justa, como si amenaza peligro de muerte; mayormente quando los que han de ser bautizados, estan ya bien instruidos en los misterios de la fe. Así consta que lo hicieron San Felipe (Act. 8.), y el Principe de los Apostoles (*Ibidem*. 10.) bautizando luego el uno al eunuco de la Reyna Candace, y el otro a Cornelio sin dilacion ninguna, sino luego al punto que protestaron que abrazaban la fé.

38. Cómo deben estar dispuestos los que han de ser bautizados.

Debe tambien enseñarse y explicarse al pueblo, con qué disposicion han de vertir los que han de ser bautizados. En primer lugar es necesario que quieran y deseen recibir, el Bautismo; porque como en él muere el hombre al pecado, y entabla nuevo orden y concierto de

vida, es justo que no se dé el Bautismo a ninguno forzada o renitente, sino a solo los que le reciban de su espontánea y libre voluntad. Y así echamos de ver que siempre se observó por santa tradicion, que a ninguno se administra el Bautismo, sin preguntarte primero, *si quiere ser bautizado*. Y no debe pensarse que falte en los niños infantes esta voluntad, pues, es manifiesta la voluntad de la Iglesia que sale fiadora por ellos.

39. *Quando pueden ser a no bautizados los locos.*

Acerca de los locos y furiosos se ha de decir, que si tuvieron antes uso de razon, y despues cayeron en la demencia, no han de ser bautizados sino es que amenace peligro de vida, pues en tal tiempo no tienen voluntad de recibir el Bautismo. Pero si estan en peligro de vida serán bautizados, si antes que empezaran a ponerse furiosos, dieron muestras; de querer recibir el Bautismo. De otra manera no se les ha de dar. Y el mismo juicio se debe hacer de los que duermen. Pero si nunca fueron dueños de sí mismos, de suerte que jamas tuvieron uso de razon, en tal caso serán bautizados en la fe de la Iglesia dé la misma manera que los niños, segun lo declara la autoridad y costumbre de la Iglesia.

40. *De los demas requisitos, para recibir el Bautismo.*

Ademas del deseo de recibir el Bautismo, es muy necesaria la fe, para conseguir la gracia del Sacramento par la misma razon que queda dicha de la voluntad. Asi lo enseña nuestro Salvador y Señor, diciendo: *El que creyere, y fuere bautizado, será salvo (Marc. 16.)*. Tambien es necesario, que le pese de los pecados cometidos, y de la mala vida pasada, y que tenga proposito firme de no volver a pecar en adelante. De otro modo el que pidiera el Bautismo, sin querer enmendarse de la costumbre de pecar, debia ser del todo rechazado. Porque cosa ninguna es tan contraria a la gracia y virtud del Bautismo, como el animo y disposicion de aquellos que nunca determinan poner fin al pecado. Debiendo pues desearse el Bautismo, por vestirnos de Cristo, e incorporarnos con él (*Galat. 3.*), claramente consta que con mucha razon debe ser excluido de la sagrada pila, el que tiene intención de proseguir en sus vicios y pecados; mayormente quando cosa ninguna de las que pertenecen a Cristo, y a la Iglesia se ha de recibir en vano. Y si atendemos a la gracia de la justicia, y dé la salud, entendemos bastantemente, que será vano el Bautismo en aquel que piensa vivir segun la carne (*Roman. 8.*) no segun el espíritu: aunque por lo que mira al Sacramento, sin duda le recibe

enteramente, si al ser bautizado en la debida forma, tiene intencion de recibir lo que se le administra por la santa Iglesia. Por eso el Principe de los Apostoles, quando aquella gran muchedumbre de hombres compungidos de corazon, como dice la escritura, preguntaron a él y a los demas Apostoles, ¿que qué habrían de hacer? respondió: *Haced penitencia, y sea bautizado cada uno de vosotros (Actor. 2.)*. Y en otra parte dixo: *Arrepentios y convertios, para que sean borrados vuestros pecados (Ibidem 3.)*. Y el Apostol San Pablo escribiendo a los Romanos muestra con claridad: *Que el que es bautizado, ha de morir del todo para los pecados (Roman. 6.)*, por lo qual amonesta: *No bagamos de nuestros miembros armas de la maldad para ti pecado; sino que nos presentemos a Dios como resucitados de los muertos (Ibidem)*.

41. De lo mucho que importa meditar estar cosas.

Si meditan los fieles con frecuencia estas cosas, primeramente; se verán precisados a admirarse en gran manera de la suma bondad de Dios, quien, movido desoía su misericordia hizo un tan singular y divinó beneficio a los; que hada tal merecian. Si, luego consideran, cuán limpia de todo pecado debe ser la vida de aquellos, que se ven enriquecidos con un don tan precioso; al punto entenderán, que lo primero que se requiere en un cristiano es, que procure vivir cada dia tan santa y religiosamente, como si en él acabára de recibir el Sacramento y la gracia del Bautismo. Aunque para inflamar las almas en el amor de la verdadera piedad, nada será tan provechoso, como explicar los Pastores con especial cuidado, quáles son los efectos del Bautismo.

42. Qué sea el principal efecto del Bautismo.

Por quanto muchas veces se ha de tratar de estos efectos, a fin de que los fieles perciban mejor el grado altísimo de dignidad en que están colocados, y que jamas permitan ser derribados de él por las asechanzas o ímpetus del enemigo, primeramente se ha de enseñar que por la virtud maravillosa de este sacramento se remite y se perdona todo pecado, ya sea original y contraído de los primeros padres, o ya cometido por nosotros mismos, aunque sea tan enorme que parezca que ni cabe pensarse cosa mas horrible. Mucho antes habia profetizado esto Ezequiel, por quien habla asi el Señor: *Derramaré sobre vosotros un agua limpia, con la qual os limpiaré de todas vuestras inmundicias (Ezech. 56.)*. Y el Apostol escribiendo a los de Corinto, despues de una larga lista de pecados añadió: *Y en verdad que fuisteis esto; mas ya estáis lavados, ya estáis santificados (1. Corinth. 6.)*

Y ésta fué la doctrina dada perpetuamente por la santa Iglesia, como es manifiesto. Porque San Agustín en el libro que escribió acerca del Bautismo de los niños, dice así: *Por la generación de la carne solo se contrae el pecado original, mas por la regeneración del Espíritu se hace la remisión, no solo del pecado original, sino tambien de los personales* (Lib. 1. de Peccat. mer. cap. 15.). Y San Gerónimo escribe a Océano: *Todos los pecados se perdonan en el Baatismo* (Epist. 83.). Y para que a ninguno en adelante sea permitido dudar sobre este punto, declaró lo mismo el santo concilio do Trento despues de la difinición de otros concilios, pronunciando/anatema contra los- que se atrevan a sentir lo contrario, o no duden afirmar, que aunque por el Bautismo se perdonen los pecados, sin embargo no se quitan del todo, o se arrancan de raiz; sino que en cierto modo se raen, de manera que queden todavía agarradas al alma las raices de los pecados (Sess. 5. de pecc. orig. cap. 5.). Porque explicándonos con las, palabras del mismo santo Concilio: *Erilos renacidos*, dice, *nada aborrece Dios, porque nada hay de condenación para aquellos que verdaderamente estan sepultados juntos con Cristo por el Bautismo para la muerte: los quales viven, no segun la carne, sino que desnudandose del viejo Adan y vistiendose del nuevo, que es criado segun Dios, fueron hechos inocentes, immaculados, limpios, libres de culpa y amados de Dios* (Ubi proxime.).

Pero es preciso confesar (como en ese lugar se decretó por autoridad del mismo concilio) que queda en los bautizados la concupiscencia o *fómite* del pecado. Mas ésta no es verdaderamente pecado. Porque como dice San Agustin: *En los niños bautizados se quita el reato de la concupiscencia; mas ella queda para nuestro ejercicio* (Ubi supr. cap. 30.). Y en otra parte afirma: *El reato de la concupiscencia se quita en el Bautismo, mas queda la flaqueza* (Lib. 1. de Nuptiis, cap. 23. et 25.). Porque la concupiscencia que nace del pecado no es otra cosa, que una apetencia del ánima, que por su naturaleza; repugna a la razon. Mas este movimiento si no trae consigo consentimiento o descuido de la voluntad, está muy lexos de ser verdaderamente pecado. Y quando dice el Apostol: *No sabia ¿yo lo que era concupiscencia, si no dijera la ley: no Codiciarás* (Rom. 7.) no quiso se entendiese por estas palabras la fuerza de apetecer, o la concupiscencia en sí misma; sino el vicio o desorden de la voluntad. La misma, doctrina enseña San Gregorio, escribiendo así: *Si hay quien diga que los pecados se perdonan en el Bautismo solo en la superficie, ¿qué cosa mas infiel que tal proposición? Quando por el Sacramento de la fe queda él alma radicalmente absuelta de sus culpas y unida a solo Dios* (Lib. 9. de Registr. Epist. 59.). Y para demostrar esta verdad, se vale del testimonio de nuestro Salvador, que dice por San Juan: *El que está lavado, no tiene necesidad de que le laven mas que los pies, pues todo él está limpio* (Joan. 13.).

44. Declárase mas, que por el Bautismo se quitan todos los pecados.

Y si alguno quisiere ver una figura y una imagen expresa de esta obra, póngase a considerar la historia de Naamán Siro el leproso, el qual habiendose lavado siete veces con el agua del Jordan, como dice la escritura, quedó tan limpio de lepra, que parecía su carne cómo carne de un niño (4. Reg. 5.). Y asi es efecto propio del Bautismo el perdon de todos los pecados, ya sea el original, ya los cometidos por nuestra culpa. Por esta causa le instituyó nuestro Salvador y Señor, como dexados otros testimonios lo explicó con palabras clarísimas el Principe de los Apostóles, quando dixo: *Haced penitencia, y sea bautizado cada uno de vosotros en nombre de Jesu-Cristo, para el perdon de los pecados* (Actor. 2.)

45. Á culpa y a pena se perdona todo en el Bautismo.

Pero no solo nos perdona Dios por su benignidad en el Bautismo todos los pecados, sino tambien todas las penas debidas por ellos. Porque aunque es comun en todos los Sacramentos, el que por ellos se nos comunique la virtud de la pasion de Cristo Señor nuestro i con todo eso, de solo el Bautismo dixo el Apostól: *Que morimos y somos por él sepultados juntamente con Cristo* (Rom. 6.). Por donde siempre entendió la santa Iglesia, que no se puede practicar sin injuria gravísima del sacramento, imponer al que ha dé ser bautizado, aquellas penitencias, que los santos Padres llamaron comunmente obras satisfactorias. Y no se opone a que aquí decimos, la costumbre de la Iglesia antigua, que mandaba a los judíos, quando eran bautizados, que ayunasen quarenta días continuos. Porque aquella pena no se imponia como satisfaccion. Solo se enderezaba a amonestarles, que se empleasen sin intermision por algun tiempo en ayunos y oraciones, venerando la dignidad del Sacramento.

46. No se libra uno por el Bautismo de las penas civiles.

Mas aunque, debe tenerse por cierto que se perdonan por el Bautismo todas las penas debidas por los pecados, sin embargo ninguno queda libre por él de aquel linage de penas que deben pagarse por algún delito grave segun las leyes civiles: de manera que el que es reo de

muerte quede por el Bautismo exento de la pena, establecida por las leyes. Aunque sería muy digna de alabanza la religión y piedad de aquellos Príncipes, que remitiesen y condonasen tambien este castigo a los delinquentes; para que brillase mas la gloria de Dios en sus sacramentos.

47. Perdonanse en el Bautismo todas las penas de la otra vida.

Hace sobre todo esto el Bautismo, que quedemos libres de todas las penas seguidas al pecado original despues de la cartera de esta vida. Porque por el merito de la muerte del Señor nos vino el que pudiesemos conseguir estas gracias. Y en el Bautismo, como se dixo ya, morimos juntamente con él; pues como dice el Apostol: *Si somos juntamente plantados a la semejanza de su muerte, lo serémos tambien a la de su resurreccion (Rom. 6.)*

48. Por qué despues del Bautismo quedamos sujetos a las miserias de esta

vida.

Y si preguntáre alguno que por qué al instante despues del Bautismo no quedamos tambien libres de las penalidades de esta vida mortal, y no somos restituidos en virtud de la ablucion sagrada a aquel perfecto grado de vida, en que fue colocado antes de la culpa Adan primer padre del linage humano? A esto se responde, que señaladamente se dispuso asi por dos causas. La priemra es, que como por el Bautismo nos juntamos con Cristo, y somos hechos miembros de su cuerpo, no debemos ser de mejor condicion, ni concedérsenos mayor dignidad, que aquella que se dió a nuestra cabeza. Luego así como Cristo Señor nuestro, aunque desde el instante de su concepcion tuvo plenitud de gracia y de verdad, con todo eso no dexó la flaqueza humana que tomó, hasta haber padecido los tormentos de la pasion y muerte, y luego haber resucitado para la gloria de la vida inmortal; ¿qué hay que maravillar de que los fieles, aunque hayan conseguido por el Bautismo la gracia de la justicia celestial, estén todavia vestidos de este cuerpo fragil y caduco, para que despues de haber padecido muchos trabajos por Cristo, y pasada la muerte, sean de nuevo restituido a la vida, y al fin sean dignos de reynar con Cristo por toda la eternidad?

La segunda causa de quedar en nosotros despues del Bautismo la flaqueza del cuerpo, enfermedades, dolores, y movimientos de la concupiscencia es, para que tuviésemos, como un campo y materia, donde cultivar y exercitar la virtud, y asi cogiésemos de ahí frutos mas abundantes y premios mas subidos de gloria. Porque quando llevamos con paciencia las incomodidades de esta vida, y sujetamos con el favor divino al imperio de la razón Lis desordenadas aficiones de nuestra alma, debemos tener esperanza cierta, de que si a imitación del Apostol peleáremos legítimamente, consumaremos, la carrera, y guardáremos la fe, nos dará tambien el Señor, como justo Juez en aquel dia la corona de justicia que tiene reservada (2. *Tím.* 4.). De este modo parece que se hubo el Señor con los hijos de Israel. Porque aunque los libró de la servidumbre de los Egipcios, sumergiendo a Faraón y a su exercito en el mar, con todo eso no los introduxo luego en la tierra feliz de promisión, sino que antes los exercito en muchos y varios encuentros; y quando últimamente los puso en posesión de la tierra prometida, cierto es que derrocó de sus propios lugares a sus habitantes, pero tambien dexó residuos de algunas naciones, con las que no pudieron acabar, para que nunca faltase al pueblo de Dios ocasión de exercitar el valor y fuerzas militares (*Exod. 14. et Judic. 3.*)

A esto se llega que si ademas de los dones celestiales con que se adorna el alma, se nos dieran tambien por el Bautismo los bienes del cuerpo, con razón se podría dudar de muchos que vinieran al Bautismo, si era mas por las conveniencias de la vida presente, que por la gloria que esperamos en la venidera. Siendo así que la mira del cristiano siempre se debe poner, no en estos bienes engañosos e inciertos, que se ven, sino en los verdaderos y eternos que no se ven (2. *Corinth. 4.*).

49. Los verdaderos Cristianos aun entre las miserias de esta vida tienen

regalos grandes.

Pero aunque la condición de esta vida esté llena de miserias, todavía no dexa de tener sus consolaciones y regalos. Porque para nosotros que ya por el Bautismo estamos unidos con Cristo como sarmientos con la vid (*Joan. 15.*) ¿qué cosa puede haber mas dulce y regalada, que tomando la cruz sobre nuestros hombros seguir a nuestro caudillo, y sin fatigarnos con ningunos trabajos ni detenernos en ningún peligro, caminar con el mayor esfuerzo al premio del soberano

llamamiento de Dios (*Philip. 3.*) para recibir de su Magestad unos la auréola de la virginidad, otros la orla de la doctrina y predicación, otros la palma del martirio, y otros timbres de virtudes? Pues en verdad que estas esclarecidas insignias de alabanza a nadie se darian, si primero no nos exercitásemos a nosotros mismos en la palestra de esta vida penosa, y saliésemos victoriosos de la lucha.

50. De otros bienes que a mas de los dichos nos acarrea el Bautismo.

Pero volviendo a tratar de los efectos del Bautismo, se ha de exponer que por virtud de este sacramento no solamente nos libramos de males que a boca llena se deben decir sumos, sino tambien que somos enriquecidos con bienes y dones excelentísimos. Porque nuestra alma es henchida de la gracia divina, con la qual hechos justos e hijos de Dios, somos tambien instituidos herederos de la gloria eterna, porque escrito está: *El que creyere, y fuere bautizado, será salvo (Marc. 16.).* Y el Apostol afirma, que la Iglesia fue purificada con el lavatorio del agua por la palabra de la vida (*Ephes. 5.*). Es la gracia (segun el Concilio Tridentino (*Sess. 6. cap. 7.*) manda a todos creer so pena de excomunion) no solo por la qual se hace el perdon de los pecados, sino una divina qualidad infundida en el alma, y un como resplandor y luz que limpia todas las manchas de nuestras almas, y las para hermosísimas y muy brillantes. Asi se infiere con claridad de las sagradas escrituras, quando dicen que *la gracia se derrama*, y la llaman *prenda del Espíritu Santo (Rom. 5. et 2. Corinth. 5.).*

51. Con la gracia se infunden todas las virtudes.

Á esto se añade la comitiva nobilísima de todas las virtudes, que infunde Dios en el alma con la gracia. Por esto quando el Apostol dice a Tito: *Nos hizo salvos por el lavatorio de la regeneración, y renovación del Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros en abundancia por Jesu-Cristo Salvador nuestro (Tit. 3.)* explicando San Agustín esas palabras: *derramó en abundancia*, dice, *es a saber para perdonarnos los pecados, y colmarnos de virtudes (Libr. 1. de bapt. parv. capite 26.).*

52. Por el Bautismo somos incorporados con Cristo.

Por el Bautismo tambien somos incorporados y unidos con Cristo, como miembros con su cabeza. Asi pues como mana de la cabeza el

vigor con que se mueve cada una de las partes del cuerpo a ejercitar debidamente sus propios oficios, así también de la plenitud de Cristo Señor nuestro se difunde sobre todos los que son justificados virtud y gracia divina, la qual los hace hábiles para todos los oficios de la piedad cristiana.

53. Por qué estando adornados con tantas virtudes estamos tan tardos para

las obras buenas.

Y a ninguno debe parecer extraño que estando guarnecidos y adornados con tanta riqueza de virtudes, sintamos todavía grande dificultad y trabajo en empezar, o a lo menos en acabar las obras virtuosas y buenas. Porque esto no depende de que no se nos hayan concedido por beneficio de Dios las virtudes de las cuales nacen esas mismas obras, sino de que queda después del Bautismo la fortísima guerra de los apetitos de la carne contra el espíritu (*Galat. 5.*). Mas en estas refriegas no debe desmayar ni acobardarse el cristiano, sino fiar en la bondad de Dios con esperanza muy firme de que con el ejercicio cotidiano de vivir rectamente, se nos hagan fáciles y gustosas todas las cosas, que son honestas, todas las que son justas, y todas las que son santas (*Philipp. 4.*). Consideremos pues de buena gana estas cosas, y practiquémoslas con prontitud y alegría, para que sea con nosotros el Dios de la paz (*2. Corinth. 13.*).

54. En el Bautismo se imprime carácter indeleble.

Sobre todo esto somos por el Bautismo marcados con el carácter, que nunca puede borrarse del alma; acerca de lo qual nada tenemos que añadir aquí, pues ya se dixo lo bastante tratando de los sacramentos en comun, y de allí se puede traer a este lugar quanto perteneciére a este proposito.

55. En caso ninguno puede reiterarse el Bautismo.

Mas porque en virtud de la qualidad y naturaleza del carácter está definido por la Iglesia, que en caso ninguno puede reiterarse el Sacramento del Bautismo, cuidarán los Pastores de instruir a los fieles

con frecuencia y desvelo sobre este punto, para que no caygan en algunos errores. Asi lo declaró el Apostol, diciendo: *Un Señor, una fe, un Bautismo (Ephes. 4.)*. Exhortando tambien a los Romanos sobre que anduviesen con cautela, como ya muertos en Cristo por el Bautismo, para no perder la vida que habían recibido de su Magestad, y diciendo: *Que habiendo muerto Cristo por el pecado, murió una vez (Rom. 6.)*, da a entender claramente, que así como Cristo no puede volver a morir, asi no podemos nosotros morir de nuevo por el Bautismo. Por esto la santa Iglesia confiesa abiertamente que cree un Bautismo. Y esto es muy conforme a su naturaleza y a la razón, como se dexa ver de que el Bautismo es cierta regeneración espiritual. Y por tanto asi como sola una vez somos engendrados y dados a luz por virtud natural, y como dice San Agustín: *No puede tornarse uno al vientre de su madre (Tract. 11. in Joannem.)*, asi tambien es única la generación espiritual, y nunca jamas puede repetirse el Bautismo.

56. No son rebautizados los que en caso de duda son bautizados otra vez baxo

de condición.

Y no se ha de pensar, que la Iglesia repite el Bautismo, quando echa el agua a uno de quien es incierto, si está bautizado, diciendo, las palabras de esta forma: *Si estás bautizado, no te bautizo otra vez; pero si no lo estás, yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Porque con esa condición debe decirse, no que se reitera con el sacrilegio el Bautismo, sino que se administra con veneración.

57. El Bautismo condicionado no puede hacer fe sin cauta grave.

Pero aun en este punto deben los Pastores tomar providencia solicita acerca de algunas cosas, en las quales se peca casi cada día con injuria gravísima del sacramento. Porque hay algunos que piensan, que no se puede cometer maldad ninguna, aunque bauticen sin reparo a qualquiera, si se añade la condicion. Y asi quando les llevan algun niño, al punto le bautizan, sin hacer pregunta ni informacion alguna, sobre si ya le echaron agua o no. Antes bien aunque sepan de cierto, que ya se le administró el sacramento en casa, con todo eso no dudan echarle agua otra vez en la Iglesia baxo esa condicion, quando hacen las ceremonias solemnes. Esto ciertamente no lo pueden hacer sin

sacrilegio, e incurren en la mancha que los Teólogos llaman *Irregularidad*. Porqué segun la autoridad de Alexandro Papa solo es permitida esa forma de Bautismo en aquellos, de quienes se duda despues de una diligente averiguacion, si estan bien bautizados (*Lib. Decret. de Baptism. Cap. De quibus.*). De otra manera nunca es lícito dar segunda vez el Bautismo, aunque sea con esa condicion.

58. *El último efecto del Bautismo es abrir los cielos.*

Pero entre tantos bienes como conseguimos por el Bautismo, el que viene a ser el último, y a quien se ordenan todos los demas es, que nos abre la puerta del cielo que estaba cerrada por el primer pecado. Y estas cosas que se obran en nosotros por virtud del Bautismo, pueden entenderse con claridad por las que acontecieron en el Bautismo de nuestro Salvador, segun lo confirma la autoridad evangélica. Porque se abrieron los delos, y apareció el Espíritu Santo, baxando en figura de paloma sobre Cristo Señor nuestro (*Matth. 3. Marc. 1. Luc. 3.*). Por donde se da -a entender, que a los que son bautizados! se dan los dones de este divino Espíritu, y se franquea la puerta de los cielos. No para que luego que son bautizados entren en aquella gloria, sino en otro tiempo mas oportuno; que és quando ya libres de todas las miserias, que no las puede haber en aquella vida bienaventurada, por la coridicion mortal conseguirán la inmortalidad. Estos a la verdad son los frutos del Bautismo, los cuales atendida la virtud del sacras ciento pertenecen sin duda con igualdad a todos. Pero si se mira a la disposicion con que cada uno le llega a recibir, es preciso confesar que reciben unos mas o ménos de gracia celestial y de sus frutos, que otros.

59. *Qual sea la virtud y utilidad de las ceremonias del Bautismo.*

Resta ahora el que explique clara y brevemente, lo que debe enseñarse sobre las oraciones, ritos y ceremonias de este Sacramento. Porque lo que previno el Apostol acerca del don de lenguas, diciendo que es inútil, si no entienden los fieles lo que se habla (*1. Corinth. 14.*), lo mismo casi se puede decir de los ritos y ceremonias. Porque ellas ponen a la vista la imagen y significacion de las cosas que se obran en el sacramento. Y por tanto si no sabe el pueblo fiel lo que significan esas señales, no parece que pueda ser muy grande la utilidad de las ceremonias. Deben pues procurar los Pastores que las entiendan los fieles, y que tengan por cierto que aunque no son necesarias, son muy apreciables, y conviene tenerlas en gran veneracion. Bastantemente

nos enseña esto así la autoridad de los que instituyeron las ceremonias, que sin disputa fueron los santos Apostoles, como el fin por qué las ordenaron. Porque es claro que de ese modo se administra el sacramento con mayor religion y santidad, y como que se ponen delante de los ojos aquellos altísimos y preciosos dones que se encierran en él, y hacen se impriman mas en los corazones de los fieles los inmensos beneficios de Dios.

60. Quántos sean los ritos del Bautismo.

Las ceremonias pues y deprecaciones de que usa la Iglesia en la administracion del Bautismo, se han de reducir todas a tres clases, así para que puedan los Pastores observar orden cierto en explicarlas, como para que guarden los oyentes con mas facilidad en la memoria las, cosas que les digan. La primera es de aquellas que se, hacen, antes de llegar a la pila del Bautismo. La segunda de las que se hacen, en llagando a ella. Y la tercera de las que se suelen añadir acabado el Bautismo.

61. Quando se debe consagrar el agua para el Bautismo.

Pues primeramente debe prepararse el agua de que se debe osar para el Bautismo. Porque se consagra la pila bautismal con el oleo del Crisma. Y esto no debe hacerse en todo tiempo, sino segun costumbre de los mayores, se aguarda a ciertos dias, que con mucha razon sean tenidos por los mas célebres y santos de todos, en cuyas vigiliass se prepara el agua del sagrado Bautismo; y solo en esos dias se administraba conforme al uso antiguo de la Iglesia, si no obligaba la necesidad a otra cosa, Pero aunque al presente no juzgue la Iglesia que debe retenerse esa disciplina por los muchos peligros de la vida; sin embargo observó hasta hoy con suma veneracion los dias solemnes de Pascua y Pentecostes, en los quales se debe consagrar el agua del Bautismo.

62. Por que los bautizandos no son desde luego admitidas en la Iglesia.

Despues de la consagracion del agua deben explicarse las cosas que anteceden al Bautismo. Porque los que han de ser bautizados, son

traidos o guiados a las puertas de la Iglesia. Pero enteramente se les niega la entrada, como a indignos de entrar en la casa de Dios, hasta que hayan sacudido de sí el yugo de la servidumbre vilísima, y del todo se entreguen a Cristo nuestro Señor y a su justísimo imperio.

63. Por qué se les pregunta que piden, y luego se les instruye.

Luego les pregunta el sacerdote *qué es lo que piden a la Iglesia*. Y entendido esto primeramente los instruye en la doctrina de la fe Cristiana que deben profesar en el Bautismo; y esto se hace catequizandolos. Nadie puede dudar que la costumbre de esta institucion dimanó del precepto de nuestro Salvador y Señor, quando el mismo mandó a los Apostoles: *Id por todo el mundo, y enseñad a todas las gentes, bautizandolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñandolas a guardar todo lo que os mandé (Matth. 28.)*. Por donde puede conocerse que no debe administrarse el Bautismo, sin explicar primero a lo menos los puntos principales de la doctrina de nuestra religion.

64. Quien debe responder a las preguntas del catecismo.

Mas como el catecismo tiene muchas preguntas, si el que es catequizado es de edad crecida, él responde por sí a lo que se pregunta. Pero si es párvulo, bien responde por él el padrino, y hace asimismo la promesa solemne.

65. Del Exorcismo y de su uso.

Siguese el Exorcismo, el qual se compone de palabras y oraciones sagradas y religiosas,

para expeler al diablo y quebrantar, y enflaquecer sus fuerzas. * Por esta causa sopla el sacerdote tres veces al rostro del que ha de ser bautizado, para que sacuda de sí la potestad de la serpiente antigua, y consiga el aliento de la vida que perdió.*

66. Por qué le ponen sal en la boca.

Júntase al Exorcismo otras ceremonias, que cada una de ellas como muy misteriosa, tiene su propia y elevada significación. Porque ponerle sal en la boca claramente significa, que por la doctrina de la fe y el don de la gracia ha de conseguir el bautizando verse libre de la podre de los pecados, percibir el sabor de las buenas obras, y deleitarse con el manjar de la sabiduría divina.

67. Qué significa la señal de la cruz que se le hace en varias partes.

Despues le hacen la señal de la cruz en la frente, ojos, pecho, hombros, y oídos. Y esto declara que por el sacramento del Bautismo se abren, y se fortalecen los sentidos del bautizando, para que pueda recibir a Dios, y entender y guardar sus mandamientos.

68. Por qué se untan con saliva las narices y orejas.

Luego le untan con saliva las narices y orejas, y al instante es llevado a la sagrada fuente del Bautismo, para que asi como aquel ciego a quien untó el Señor los ojos con lodo, y mandó se laváse con el agua de Siloe, recobró la vista (Joann. 9.), asi entendemos que tiene tal virtud el agua del Bautismo, que infunde luz al alma para que vea las verdades divinas.

69. Qué significa la renuncia de satanás que hace el bautizando.

Hecho esto vienen a la pila del Bautismo y se hacen otras ceremonias y ritos, por las cuales se conoce la suma perfección de la religión cristiana; pues por tres veces pregunta el sacerdote con palabras muy claras al que ha de ser bautizado: *¿Renuncias de satanás, y de todas sus obras, y de todas sus pompas?* Y él o el padrino en su nombre a cada una de ellas responde: *Renuncio*. Porque el que se ha de alistar en la milicia de Cristo, debe ante todo prometer santa y religiosamente, que se aparta del demonio y del mundo, y que jamas vendrá tiempo en que no mire a uno y a otro, como a muy horribles enemigos. Despues ungen al que ha de ser bautizado en el pecho y entre las espaldas con el oleo de los Catecúmenos. En el pecho para que por el don del Espíritu Santo deseche el error y la ignorancia, y abraza la verdadera

fe: *Pues el justo vive por la fe (Galat. 3.)*, y entre las espaldas para que por la gracia del Espíritu Santo sacuda de sí la pereza y entorpecimiento, y se ejercite en obras de virtud: *Porque la fe sin obras está muerta (Jacob. 2.)*.

70. *Cómo ha de hacer la profesión de la fe.*

Luego parándose junto a la misma pila del Bautismo, pregunta el sacerdote de este modo: *¿Crees en Dios Padre Todopoderoso?*. Y le responde: *Creo*. Y siendo preguntado en esta forma sobre los demás artículos del Credo, hace la solemne profesión de la fe; y en estas dos promesas es claro, que se encierra todo el vigor y doctrina de la ley cristiana.

71. *Por qué te pregunta si quiere ser bautizado.*

Quando ya llegó el tiempo de administrar el Bautismo, pregunta el sacerdote al que va a bautizar, *si quiere ser bautizado*, y respondiendo él por sí, o el padrino por él, siendo niño, que *Sí*; al punto le lava con el agua saludable *en el nombre del Padre del Hijo y del Espíritu Santo*. Porque así como el hombre fue justamente condenado por haber obedecido de su libre voluntad a la serpiente; así quiere el Señor que ninguno sea escrito en el número de los suyos, sino como soldado voluntario, para que obedeciendo libremente a sus mandamientos divinos consiga la salud eterna.

72. *Por qué se unge despues con el Crisma la cabeza del bautizando.*

Ya despues de administrado el Bautismo unge el sacerdote al bautizado con el Crisma en la coronilla de la cabeza, para que sepa que desde ese dia está incorporado con Cristo como miembro con su cabeza, e ingerto en su cuerpo, y que por eso se llama *cristiano* de *Cristo*, como *Cristo* del *Crisma*. Y qué signifique el *Crisma*, bastantemente se entiende por las oraciones que entonces dice el sacerdote, como afirma S. Ambrosio (*Lib. 2. de Sacram. cap. 7.*).

73. Qué significa el lienzo, blanco que se pone al bautizado.

Despues el sacerdote viste al bautizado con un vestido blanco, diciendole: *Recibe este vestido blanco, para que le lleves sin mancha al tribunal de nuestro Señor Jesu-Cristo, y consigas la vida eterna.* A los niños que están desnuditos, se pone con las mismas palabras un pañizuelo blanco. Y esta ceremonia significa, como los santos Padres enseñan, ya la gloria de la resurreccion, para la qual nacemos por el Bautismo, ya el candor y hermosura, con que son adornadas las almas, quitadas las manchas del pecado, ya tambien la inocencia y pureza que debe el bautizado guardar por toda la vida.

74. Qué significa la candela encendida.

Luego se le pone en la mano una candela encendida, lo qual manifiesta, que debe conservar y acrecentar con exercicios de buenas obras la fe inflamada por la caridad, que recibió en el Bautismo.

75. Del nombre que se debe poner al bautizado.

Ultimamente se pone nombre al bautizado, y éste se ha de tomar de alguno, que por su heroica virtud y religión esté colocado en el catalogo de los santos; porque de esa manera se facilita, que por la semejanza del nombre se excite a la imitación de su santidad y virtud, y ademas de esto que se encomiende a quien procura imitar, y que espere tenerle por abogado y defensor de su salud espiritual y corporal. Por tanto son muy dignos de reprehensión aquellos que andan buscando, y ponen a los niños nombres de gentiles y señaladamente de aquellos que fueron los mas viciosos. Así dan a entender el poco aprecio que hacen de la profesion dé la piedad cristiana, quando parece tienen sus delicias en la memoria de hombres malvados, pues quieren que resuenen por todas partes estos nombres profanos en oidos católicos.

76. Epílogo de lo dicho sobre los misterios del Bautismo.

Si explicaran los Pastores las cosas que se han dicho acerca: del Sacramento del Bautismo, nada casi quedaría por decir, de lo que requiere su cabal conocimiento. Porque ya se demostró lo que

significa el nombre de Bautismo, qual sea su naturaleza y substancia, y de que partes consta. Se ha: declarado quien le instituyó, quiénes son los ministros necesarios para hacer el Sacramento; quiénes los padrinos que se deben buscar, para sostener la flaqueza del bautizado. Se ha enseñado tambien a quienes se ha de dar, y con que afectos y disposicion se debe recibir, y quan grande sea su virtud y eficacia. En fin se ha explicado con claridad bastante, para lo que pide nuestro propósito, con que ritos y ceremonias se debe celebrar. Cuiden pues los Pastores de enseñar a los fieles todas estas cosas; y principalmente por la razon de que anden de continuo considerando y haciendo por cumplir con fidelidad las promesas tan santas y religiosas que hicieron en el Bautismo, y que arreglen su vida de manera !que corresponde a la santísima profesion del nombre de cristiano.

CAPÍTULO III.

DEL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACION.

1. Por qué en estos tiempos debe explicarse con gran cuidado este Sacramento.

Si algun tiempo requiere en los Pastores vigilancia grande sobre explicar el Sacramento de la Confirmacion, ninguno a la verdad mas que el presente pide que se ilustre con toda claridad, quando en la Iglesia de Dios muchos abandonan del todo este Sacramento, y hay poquísimos que procuren sacar de él el fruto de la divina gracia que debieran. Por esto es menester instruir a los fieles sobre la naturaleza, virtud, y dignidad de este Sacramento, asi el dia de Pentecostés, en el qual señaladamente se suele administrar, como en otros que los Pastores juzguen oportunos para el efecto: de manera que entiendan los fieles que no deben descuidarse, sino que deben recibirle con suma devoción y reverencia: no sea que por su culpa y con gravísimo daño de sus almas parezca que en vano se les concedió este beneficio divino.

2. Por qué la Iglesia llama Confirmación a este Sacramento.

Empezando pues por el nombre se ha de enseñar, que llama la Iglesia a este Sacramento *Confirmación*, porque el que ya está bautizado, quando es ungido por el Obispo con el sagrado Crisma diciendo aquellas solemnes palabras: *Sellóte con la señal de la Cruz, y te confirmo con el Crisma de la salud en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*: si no hay cosa que impida la eficacia del Sacramento, con el esfuerzo de la nueva virtud empieza a ser mas fuerte, y por esto, soldado perfecto de Christo.

3. La Confirmación es verdadero Sacramento de la ley nueva.

Siempre reconoció la Iglesia a la Confirmación por verdadero y propio Sacramento, cómo expresamente lo declaró el Papa Melquiádes, y otros muchos santísimos y antiquísimos Pontífices (*De Consecrat. Dist. 5. Cap. Spiritus.*). Pero San Clemente no pudo comprobar la doctrina de esta verdad con testimonio mas grave, porque dice: *Todos se han de dar prisa sin detención alguna, por renacer para Dios, y despues ser sellados por el Obispo: esto es por recibir la gracia de los siete Dones del Espíritu Santo, porgue si no, en manera ninguna puede, ser perfecto Christiano, el que no obligado de necesidad, sino por malicia y voluntad dexe de recibir este sacramento. Asi lo oimos de San Pedro, y lo enseñaron los demás Apostóles, por haberlo mandado asi el Señor (Epist. 4. ad Julian).* Y esta misma fe confirmaron con su doctrina, los que llenos del mismo Espíritu derramaron su sangre por Cristo, que son Urbano (*Epist. ad omn. Christ.*), Fabiano (*Epist. 2. ad omnem Orient.*) y Eusebio (*Epist. 3. ad Episc. Tusciae.*) Romanos Pontífices, como: dexe verse en sus Decretales.

4. Santos Padres que hicieron mención de este Sacramento.

Á esto se junta la autoridad concorde de los santos Padres, entre los quales San Dionisio Areopagita Obispo de Atenas, tratando del modo de confectionar este sagrado unguento, y de cómo debe usarse de él, dice asi: *Los sacerdotes visten al bautizado con un vestido decente y limpio, para llevarle al Pontífice. Y éste signándole con el sagrado y del todo divino unguento, le bace participante de la sacratísima Comunión (De Eccles. Hier. cap. 2.).* Eusebio Cesariense atribuye a este Sacramento tal virtud, que no dudó decir, que el herege Novato no pudo merecer el Espíritu Santo, porque estando bautizado, no fue ungido con el sagrado Crisma en una grave enfermedad (*Lib. 6. Hist. Eccles. cap. 43.*). Sobre esto tenemos testimonios clarísimos, asi de S. Ambrosio en el libro que intituló: *De his qui initiantur (Ibid. cap. 7.),* como de S. Agustin en los libros que escribió contra las Cartas de Petiliano Donatista (*Ibid Lib. 2.*). Y uno y otro de tal modo juzgaron que no podia dudarse de la verdad de este sacramento, que la enseñan y confirman con lugares de la sagrada escritura. Y asi afirma el uno, que se en derezan a este sacramento aquellas palabras del Apostol: *No queráis entristecer al Espiritu Santo de Dios, con el qual estáis sellados (Ephes. 4.).* Y el otro le explica lo que se lee en los salmos: *Como el unguento en la cabeza que desciende a la barba, la barba de Aaron (Psal.*

132.) Y tambien aquello del mismo Apostol: *La caridad de Dios es derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos es dado (Rom. 5.).*

5. Diferencia entre el Bautismo y Confirmación.

El Papa Melquiádes dixo que el Bautismo estaba muy conjunto con la Confirmación. Mas no por eso se ha de entender que es el mismo Sacramento, sino muy diferente. Porque es constante que la diversidad de la gracia que causa cada Sacramento, y la materia y forma que significan, esa misma gracia, hace ser distintos los Sacramentos. Siendo pues reengendrados los hombres a nueva vida por la gracia del Bautismo, y haciendo el Sacramento de la Confirmación, que dexadas las cosas de niños, salgan varones perfectos los que ya estaban engendrados; esto bastantemente da a entender, que la distancia que hay en la vida natural entre el nacer y el crecer, hay entre el Bautismo que tiene virtud de reengendrar, y la Confirmación que la tiene de crecer e infundir robustez en las almas.

Demas de esto, debiendo ponerse Sacramento nuevo y distinto, donde encuentra el alma nueva dificultad, claramente se vé que asi como necesitamos de la gracia del Bautismo, para informar al entendimiento con la fe, asi es muy conducente que sean confirmadas las almas de los fieles con otra gracia, para que ni las aterre, ni recayga de la verdadera confesion de la fe, peligro, o miedo alguno de penas, de tormentos, o de muerte. Y como esto no se hace por el sagrado Crisma dé la Confirmación, siguese de aqui claro, que la naturaleza de este Sacramento es diferente de la del Bautismo. Por eso el Papa Melquiádes señala la diferencia entre uno y otro por este agudo discurso: *En el Bautismo es alistado el hombre para la milicia, en la Confirmación es pertrechado para la pelea. En la fuente del Bautismo le da él Espíritu Santo la plenitud para la inocencia; mas en la Confirmación se da la perfección para la gracia. En el Bautismo somos reengendrados para la vida, despues del Bautismo somos confirmados para la lucha. En el Bautismo somos lavados, despues del Bautismo fortalecidos. La regeneración salva por sí en paz a los que reciben el Bautismo: la Confirmación los arma y apronta para las refriegas (Epist. ad Episc. Hisp. cap. 2.).* Pero estas cosas ya no solo están enseñadas por otros Concilios, sino difinidas en particular por el sagrado de Trento: de suerte que no solo no se puede sentir lo contrario, mas ni dudarlo en manera ninguna (*Sess. 7. de Conf. Can. 1. et 2.*).

6. *Quién instituyó el Sacramento de la Confirmacion.*

Y por quanto arriba se demostró ya cuán necesario era enseñar de todos los Sacramentos en comun, por quién fueron instituidos, es conveniente enseñar lo mismo del de la Confirmación; a fin de que los fieles veneren mas la santidad de éste Sacramento. Deben pues explicar los Pastores, *que* no solo fue su autor Cristo Señor nuestro, sino que por testimonio de San Fabian Pontífice Romano (Epist. 2. ad omnes Orient.), el mismo Señor mandó el rito del Crisma y las palabras que usa la Iglesia Católica en su administracion. Esto facilmente lo aprobarán todos los que confiesan que la Confirmacion es Sacramento; pues todos los sagrados misterios sobrepujan las fuerzas humanas, y solo Dios los puede instituir. Mas ya debe decirse de qué partes consta, y primeramente de su materia.

7. *Qué sea la materia de este Sacramento.*

Esta se llama *Crisma*. Y aunque de este nombre tomado de los Griegos se valen los escritores profanos, para significar qualquier genero de ungüento, con todo eso los que tratan de las cosas divinas, le apropiaron en el modo comun de hablar a solo aquel ungüento que se compone de aceyte y bálsamo con la solemne Consagracion del Obispo. Y asi estas dos cosas corporales mezcladas dan la materia de la Confirmacion. Y esta composicion de cosas diversas, asi como declara la diversidad de gracias del Espíritu Santo que se da a los confirmados, asi tambien muestra bastantemente la excelencia del mismo sacramento. Y que ésta es la materia de este sacramento, lo enseñaron perpetuamente asi la Santa Iglesia, y los Concilios, como S. Dionisio, y otros muchísimos y gravísimos Padres: y señaladamente el Papa San Fabian: quien afirmó que los Apostoles aprendieron de Cristo Señor nuestro el modo de hacer el Crisma, y nos le dexaron a nosotros (*Ubi proxime*).

8. *Que significa el aceyte en la materia de la Confirmacion.*

Y no parece que podia haber otra materia mas propia que el Crisma, para declarar lo que se obra por este Sacramento. Porque el aceyte, que es graso, y que naturalmente cunde, y se deslie, expresa la plenitud de la gracia, que de la cabeza que es Cristo se derrama y difunde sobre nosotros por el Espíritu Santo, así como el ungüento que desciende a la barba de Aaron hasta la orilla de su vestido (*Psalm. 132.*). Porque le ungió el Señor con oleo de alegría sobre todos sus compañeros (*Ibid. 44.*), y todos nosotros recibimos de su plenitud

(Joann. 1.).

9. Que significa el bálsamo mezclado con el aceyte.

Y el bálsamo cuyo olor es suavísimo, ¿qué otra cosa significa, sino que quando son perfeccionados los fieles con el Sacramento de la Confirmacion, arrojan de sí tal fragancia de virtudes, que puedan decir con el Apostol: *Somos buen olor de Cristo para Dios (2. Corinth. 2.)*? Tiene tambien el bálsamo tal virtud, que preserva de corrupcion las cosas que se frotan con él. Y esto viene muy ajustado para declarar la virtud de este Sacramento, pues es manifiesto que preparadas las almas de los fieles con la divina gracia que se les da en este Sacramento, se pueden facilmente preservar de la putrefaccion de los pecados.

10. Por que es necesario sea consagrado el Crisma por el Obispo.

Consagrarse el Crisma por el Obispo con solemnes ceremonias. Porque asi lo enseñó nuestro Salvador en la última cena a los Apostoles, quando les dixo el modo de componer el Crisma: como lo escribió Fabian Pontífice esclarecido por la santidad y gloria del martirio (*Ubi supra.*). Y tambien se puede declarar por razon, por qué debió esto hacerse de ese modo. Porque en muchos de los demas Sacramentos de tal forma instituyó Cristo la materia, que tambien la santificó. Y asi no solo quiso que el elemento del agua fuese materia del Bautismo, quando dixo: *El que no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reyno de Dios (Joann. 3.)*, sino que quando el mismo fue bautizado, hizo que desde entonces tuviese el agua virtud de santificar. Por esto dixo San Crisóstomo: *No podría el agua lavar los pecados de los creyentes, sino estuviera santificada por el contacto del cuerpo del Señor (Homil. 4. in Matth.)*. Mas como su Magestad no consagró con algun uso y tratamiento propio esta materia de la Confirmacion, es preciso que sea consagrada con santas y religiosas deprecaciones. Y esta Consagracion no puede pertenecer sino al Obispo, que es el ministro ordinario del mismo Sacramento.

11. Qué sea la forma de este sacramento.

Tambien debe explicarse la otra parte de la que se compone este sacramento, que es la forma o las palabras con que se hace esta

sagrada unción. Y se ha de prevenir a los fieles que quando reciban este sacramento, exciten sus almas a la piedad, fe y devoción, y en especial quando advirtieren que se pronuncian esas palabras, para que no halle estorvo ni tropiezo le divina gracia. Pues en estas palabras se encierra la forma de la Confirmación: SELLOTE CON LA SEÑAL DE LA CRUZ, Y TE CONFIRMO CON EL CRISMA DE LA SALUD EN EL NOMBRE DEL PADRE Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO. Y si queremos probar esta verdad por razón, presto se puede hacer. Porque la forma del sacramento debe contener en sí todas aquellas cosas que explican la naturaleza y substancia del mismo sacramento.

12. Pruébese ser perfecta esta forma.

Es asi que estas tres cosas señaladamente deben observarse en la Confirmación, que son el *poder* de Dios, que obra en el sacramento como causa principal, la *fortaleza* de animo y Espíritu que se da a los fieles en la sagrada unción para que consigan la salud eterna, y la *divisa* con que es distinguido el que ha de baxar al campo de la guerra cristiana. Pues la primera de estas cosas bastantemente se declara por aquellas palabras: *En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*, que están puestas en el último lugar. La segunda, por las que están en medio: *Te confirmo con el Crisma de la salud*. Y la tercera, por las primeras: *Sellóte con la señal de la Cruz*. Pero aunque no hubiera razón ninguna con que probar ser esta la forma verdadera y cumplida de este sacramento; nos quita toda duda en este punto la autoridad de la Iglesia católica, por cuyo magisterio fuimos siempre enseñados de este modo.

13. Quién sea ministro propio de este sacramento.

Deben tambien enseñar los Pastores a quienes señaladamente esté cometida la administración de este sacramento, porque habiendo muchos, segun el Profeta: *Que corren y sin que los envíen (Jerem. 23.)*, es necesario declarar quiénes son sus verdaderos y legítimos ministros, para que el pueblo fiel pueda conseguir el sacramento y la gracia de la Confirmación. Solo el Obispo tiene potestad ordinaria de administrar este sacramento. Asi lo muestran las santas escrituras. Porque en los hechos de los Apostóles leemos: *Que habiendo recibido los de Samaría la palabra de Dios, fueron allá enviados Pedro y Juan, los quales venidos, hicieron oración por ellos, para que recibiesen el Espíritu Santo, porque aun no había descendido en alguno de ellos; mas solamente estaban*

bautizados (Actor. 8.). Donde se dexa ver que el que los bautizó, por ser solo diácono, no tubo facultad de confirmar; y que este oficio era reservado a ministros mas perfectos, quales eran los Apostóles. Y esto mismo se puede observar do quiera que las escrituras sagradas hacen mención de este sacramento.

14. Muéstrase lo mismo por autoridad de los santos padres y Pontífices.

Tampoco faltan para demostrar esto, testimonios clarísimos de santos padres y de Pontífices, quales son Urbano (*In fin. Epist. ad omnes Christ.*), Eusebio (*Epist. 3. ad Episc. Tusc.*), Dámaso (*Epist. 4. ad Prosp. &c.*), Inocencio (*Epist. 1. ad Veren.*) y León (*Epist. 88. ad Ger. et Gal. Episc.*), como se vé patente en sus decretales. Tambien San Agustín (*In quaest. Nov. Test. quaest. 42.*) se queja vivamente de la corruptela de los Egipcios y Alexandrinos, cuyos sacerdotes se atrevían a administrar el sacramento de la Confirmación. Y que con mucha razón se dispuso que fuese esta acción privativa de los Obispos. Con este símil pueden darlo a entender los Pastores: porque asi como en la fabrica de los edificios, aunque los oficiales, que son ministros inferiores, prevengan y compongan las piedras, cal, madera, y demás materiales; pero el remate de la obra solo toca al maestro de ella: asi tambien siendo este sacramento como la perfección del edificio espiritual, era necesario que no le administrase sino el sumo sacerdote.

15. Por qué tambien en este sacramento se añaden padrinos, y del parentesco

que se contrabe.

Tambien aquí se busca padrino en la misma forma que se declaró tratando del sacramento del Bautismo. Porque si los luchadores necesitan de alguno, que con arte y destreza les enseñe en qué manera podrán herir y matar al contrario, salvándose a sí mismo; ¿quinto mayor necesidad de maestro y director tendrán los fieles, quando escudados y fortalecidos con el sacramento de la Confirmación, como con unas armas muy seguras, baxan al combate espiritual, cuya corona es la vida eterna? Con mucha razón pues se han de llamar padrinos para la administración de este sacramento, con los quales se contrahe el mismo parentesco espiritual, y que impide tambien los conciertos legítimos de matrimonio, como se dixo arriba tratando de los padrinos del Bautismo.

16. Aunque absolutamente no es necesario este sacramento, no ha de ser

omitido.

Y porque muchas veces acaece andar los fieles o muy apresurados, o muy descuidados y perezosos acerca de recibir este sacramento (dexando por perdidos aquellos que han llegado a tal extremo de impiedad, que osan menospreciarle o mofarse de él), deben tambien declarar los Pastores quiénes, de qué edad, y con qué disposición deben venir los que han de ser confirmados. Primeramente se ha de enseñar que este sacramento no es tan necesario, que no puedan sin él salvarse las almas. Pero aunque no es preciso, ninguno debe dexarle. Y aun es muy de temer no se cometan algunos descuidos en una cosa tan llena de santidad, y que con tanta largueza se nos dan por ella los divinos dones; porque todos deben desear con sumo afecto lo que universalmente propuso Dios a todos para la santificación.

17. Que a todos los fieles toca recibir este sacramento.

Y a la verdad quando refiere S. Lucas aquella efusión maravillosa del Espiritu Santo, dice asi: *Y de repente se hizo un estruendo del cielo, como de un viento fuerte, que venia con ímpetu, y llenó toda la casa.* Y poco despues: *Y todos fueron henchidos del Espiritu Santo (Actor. 2.).* De cuyas palabras se dexa entender (pues esa casa expresaba la figura, e imagen de la santa Iglesia), que a todos los fieles pertenece el sacramento de la Confirmación, el qual se principió en ese dia. Y esto tambien se colige facilmente de la naturaleza del mismo sacramento. Porque aquellos deben ser confirmados con el sagrado Crisma, que necesitan de aumento espiritual, y que han de ser conducidos al estado perfecto de la religión cristiana. Esto en gran manera conviene a todos. Porque asi como mira la naturaleza a que aquellos que nacen, vayan creciendo, y lleguen hasta perfecta edad, aunque alguna vez no logre sus intentos; asi la Iglesia católica, madre universal de todos, desea con vehemencia que los que reengendrô por el Bautismo, llenen la estatura de cristianos perfectos. Y como esto se hace por el sacramento de la mística unción, es manifiesto que sin excepci3n alguna pertenece a todos los fieles.

18. *En qué edad se ha de recibir este sacramento.*

Tambien se ha de observar, que despues del Bautismo puede administrarse a todos el sacramento de la Confirmación; pero que no es lo mas conveniente darlo a los niños antes que tengan uso de razón. Y asi si no pareciere que deba dilatarse hasta los doce años, por lo menos hasta los siete, es cierto que conviene muchisimo diferir este sacramento. Porque la Confirmación no fue instituida por ser necesaria para la salud; sino porque nos hallemos con su gracia bien armados y apercebidos, quando se hubiere de pelear por la fe de Cristo. Y para este linage de pelea es cierto que ninguno juzgará que sean a propósito los niños que aun carecen de uso de razón.

19. *Cómo se deben disponer los adultos para recibir este sacramento.*

Siguese pues de aqui que los de edad crecida, que han de ser confirmados, si desean de veras conseguir la gracia y dones de este sacramento, deben venir no solamente con fe y devoción, sino tambien con dolor verdadero de los pecados graves que hubieren cometido. Y por tanto deben procurar los Pastores que se confiesen antes, y exhortarlos e incitarlos a que se exerciten en ayunos, y otras obras de piedad; y amonestarlos a que se renueve aquella loable costumbre de la primitiva Iglesia, de no recibirle sino en ayunas, lo qual a la verdad se ha de tener por fácil persuadirlo a los fieles, si llegaren a entender los dones y efectos maravillosos de este Sacramento.

20. *Quáles sean los efectos de la Confirmación.*

Enseñarán pues los Pastores, que la Confirmación tiene comun con los demás sacramentos causar nueva gracia, si no se pone algún impedimento de parte de aquel que le recibe. Porque ya se demostró que estas sagradas y místicas señales causan la gracia que significan. De donde se sigue que perdone tambien y remita los pecados. Porque juntarse con el pecado la gracia, ni aun fingirlo podemos. Pero ademas de estos efectos, que son comunes de todos, el primero que propriamente se atribuye a la Confirmación, es que perfecciona la gracia del Bautismo. Porque los que son hechos cristianos por el Bautismo, tienen todavia, como niños recién nacidos (*1. Pert. 2.*), cierta terneza y blandura; mas por el sacramento de la Confirmación se hacen robustos y fuertes contra todas las embestidas de la carne,

del mundo y del demonio, y del todo se confirma su animo en la fe, para confesar y glorificar el nombre de nuestro Señor Jesu-Cristo. Y de aquí le viene el nombre, como ninguno lo dudará.

21. *He dónde se deriva el nombre de Confirmación.*

No se deriva pues el nombre de *Confirmación* (como algunos fingieron, no menos crasa que malvadamente) de que en lo antiguo los que habian sido bautizados de niños, eran presentados al Obispo en siendo ya grandes, para confirmar la fe que habian recibido en el Bautismo. De suerte que parezca que la *Confirmación* en nada se distinga del *Catecismos* y de cuya costumbre no se puede alegar testimonio calificado. Impúsose este nombre a este sacramento, porque por su virtud confirma Dios en nosotros la obra que comenzó en el Bautismo, y nos conduce a la perfección de la firmeza cristiana. Y no solo la confirma, sino que tambien la acrecienta. Acerca de lo qual dice el Papa S. Melquiádes: *El Espíritu Santo, que descendió a hacer saludables las aguas del Bautismo, en la fuente, da la plenitud para la inocencia, en la Confirmación da aumento para la gracia (De Consecr. dist. 5. cap. Spiritus.)*. Y no solo la aumenta, sino de un modo maravilloso, como con gran propiedad lo significó y expresó la escritura con el símil del vestido, pues hablando de este sacramento nuestro Salvador dixo: *asentaos en la ciudad hasta que sedáis vestidos con virtud de la alto (Luc. 24.)*.

22. *Declárase la virtud de éste sacramento por lo que acaeció*

Pero si los Pastores quieren descubrir la virtud divina da este sacramento (pues es indubitable que esto tendrá gran fuerza para conmover los ánimos de los fieles) bastara explicarles lo que acaeció en los mismos Apostóles. Estos antes de la pasion, y a la misma hora de ella estaban tan tímidos y acobardado! que quando fue preso su divino Maestro todos echaron a huir (*Matth. 26.*). Y San Pedro, que ya estaba señalado por piedra y fundamento de la Iglesia (*Ibid. 16.*), y que había mostrada La suma constancia y valentía de animo (*Ibid. 26.*), aterrado ata voz de una mozuela, no una, ni dos veces sino hasta tres negó ser discípulo de Jesu-Cristo (*Ibid.*). Y aun despues de la resurrección todos se estuvieron encerrados en casa por miedo de los indios (Joann. 20.). Pero en el dia de Pentecostés todos fueron, llenos de tanta virtud del espiritu Santo que predicando osada y libremente el evangelio que les fue encomendado, no solo en la región de los

judíos, sino por todo el orbe, nada entendían podía acaecerles mas feliz, que ser hallados digno, de padecer afrentad, cárceles, tormentos y cruces por el nombre de Cristo (*Actor. 5.*).

23. La Confirmación imprime carácter, y no se puede reiterar.

Tiene tambien la Confirmación esta virtud, que imprime carácter. Y asi en caso ninguno puede reiterarse, como arriba se dixo del Bautismo, y del sacramento del Orden se dirá mas claro en su lugar. Si con frecuencia y cuidado explicáran los Pastores estas cosas, parece como imposible que conocida por los fieles la dignidad y utilidad de este sacramento, no procurasen con suma diligencia recibirle santa y religiosamente. Resta ahora que digamos algunas cosas, aunque con brevedad, acerca de los ritos y ceremonias con que la Iglesia católica administra este sacramento, pues esta explicación será tan útil, como lo entenderán los Pastores, si quieren repasar lo que arriba se dixo tratando de este punto.

24. Por qué a los confirmados se unge la frente son la señal de la cruz.

Pues los que se confirman, son ungidos en la frente con el sagrado Crisma, porque por este sacramento se infunde el Espíritu Santo a sí mismo en las almas de los fieles, y acrecienta en ellos el brio y fortaleza, para que en los combates espirituales peleen con esfuerzo, y puedan resistir a sus muy malignos enemigos. Y por esto se declara, que por ningún miedo, ni empacho (de cuyos afectos suelen por lo comun aparecer las señales en la frente) se han de retraer de confesar con, libertad el nombre cristiano. Demas de esto esa insignia y divisa, por la qual se distingue el cristiano de los demás (como el soldado por las suyas), se debía imprimir en la parte mas noble del cuerpo.

25. En qué tiempo deba administrarse este sacramento.

Observóse tambien con religión solemne en la Iglesia de Dios administrar este sacramento especialmente dia de Pentecostes, por haber sido en él fortalecidos y confirmados muy en particular los Apostoles con la virtud del Espíritu Santo (*Actor. 2.*). Y con el

recuerdo de un hecho tan divino, se previene a los fieles, quales y quan grandes sean los misterios que se deben contemplar en la sagrada unción.

26. Por qué el Obispo dá una bofetada y ósculo de paz al confirmado.

Luego hiere el Obispo con blandura en el rostro al que ya está ungido y confirmado, para que se acuerde de que debe estar pronto como fuerte guerrero, para sufrir con animo invicto qualesquier adversidades por el nombre de Cristo. Ultimamente se le da paz, para que entienda que ha conseguido la plenitud de la gracia de Dios, y aquella paz que sobrepuja todo sentido (*Philip. 4.*). Esto viene a ser en suma lo que pueden explicar los Pastores sobre el sacramento de la Confirmación. Pero no con palabras y discursos secos, sino con afectos inflamados y llenos de piedad, para que puedan enxerirse en lo íntimo de los entendimientos y voluntades de los fieles.

CAPÍTULO IV.

DEL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA

1. *Por qué los misterios de la Eucaristía deben ser tratados y recibidos con suma reverencia.*

Así como entre todos los sagrados misterios, que como instrumentos certísimos de la divina gracia nos encomendó nuestro Salvador y Señor, ninguno hay que se pueda comparar con el santísimo sacramento de la Eucaristía, así tampoco hay que temer de Dios castigo mas severo de alguna otra maldad, como de que no se trate por los fieles santa y religiosamente una cosa llena de toda santidad, o mas bien que contiene en sí al mismo autor y fuente de la santidad. Con gran perspicacia advirtió esto el Apostol, y nos lo previene con igual claridad. Porque habiendo declarado de quan grave maldad se hacían reos los que no discernían el cuerpo del Señor, añade al punto: *Por eso entre vosotras hay tantos enfermos, tantos descaecidos, y muchos muertos (1. Corinth. 11.).* Pues para que el pueblo fiel, habiendo entendido los honores divinos que deben tributarse a este sacramento, coja frutos abundantes de gracia, y no incurra en la ira justisima de Dios, expondrán los Pastores con suma diligencia todas aquellas cosas que pareciere pueden ilustrar mas la magestad de este sacramento.

2. *Por qué y cuándo fue instituido este sacramento de la Eucaristía.*

Pues en este punto, a fin de seguir el orden que guardó el Apostol diciendo a los de Corinto, que les habia enseñado lo que él habia aprendido del Señor (Ibid.), será necesario explicar primeramente a los fieles la institución de este sacramento, la qual, segun que claramente se colige del Evangelista, se obró de esta manera: *Como hubiese el Señor amado a los suyos, basta el fin los amó (Joann. 13.).* Y

para dexarnos alguna prenda divina y admirable de este amor, sabiendo que era llegada la hora de pasar de este mundo al padre, a fin de no ausentarse jamas de los suyos, acabó con un modo inexplicable lo que sobrepuja todo el orden y condición de la naturaleza. Porque habiendo celebrado con sus discípulos la cena del cordero pascual (para que la figura se rindiese a la verdad, y la sombra al cuerpo): *Tomó el pan, y dando gracias, a Dios, lo bendixo y partió, y alargó a sus discípulos diciendo: Tomad y comed: Esto es mi cuerpo, que por vosotros será entregado. Haced esto en memoria de mi. Asimismo tomó el caliz, despues que cenó, diciendo: Este cáliz es el nuevo testamento en mi sangre. Haced esto, todas las veces que bebereis, en memoria de mi (Matth. 26. et 1. Cor. 11.).*

3. Por qué este Sacramento se llama Eucaristía.

Teniendo pues por imposible los escritores sagrados explicar con sola una voz la dignidad y excelencia de este admirable sacramento, procuraron declararla con muchas. Unas veces le llaman *Eucaristía*: voz que en nuestra lengua significa lo mismo que *buena gracia, o acción de gracias*. Y con mucha razón se debe decir *buena gracia*, ya porque de antemano significa la vida eterna; de la qual dice el Apostol: *La gracia de Dios es la vida eterna (Rom. 6.)*. Y ya porque encierra en sí a Cristo Señor nuestro, que es la gracia verdadera, y fuente de toda gracia. Y con igual propiedad la interpretamos *acción de gracias*. Porque quando sacrificamos esta purísima hostia, cada día rendimos a Dios inmensas gracias por todos los beneficios que se ha dignado hacernos, y sobre todos por el bien tan excelente, como es la gracia que nos da en este sacramento. Y aun este mismo nombre viene tambien adecuado con las cosas que obró su Magestad al instituir este misterio. Porque tomando el pan, lo partió, y dio gracias. Asimismo David contemplando la grandeza de este misterio, antes de pronunciar aquel verso: *Hizo memorial de sus maravillas el Señor misericordioso y piadoso: dio manjar a los que le temen*: juzgó que primero debía dar gracias, y asi dixo: *Accion de gracias y magnificencia es la obra de Dios (Psalm. 110.)*.

4. Por qué se llama Comunión y sacramento de Paz y de Caridad.

Muchas veces tambien se llama *sacrificio*, de cuyo misterio se tratará despues con mas difusion. Llamase despues de esto *Comunión*, lo qual es claro que se tomó de aquel lugar donde dice el Apostol: *El caliz de bendición que nosotros bendecimos, ¿no es comunicación de la sangre de Cristo?. ¿Y el pan que partimos, no es participación del cuerpo del Señor (3. Cor. 10.)?* Porque como explicó el Damasceno: *Este Sacramento nos junta con Cristo, y nos hace participantes de su carne y divinidad, y a nosotros mismos nos une en el mismo Cristo, y nos enlaza, y hace como un cuerpo (Lib. 4. de Fide oRthodox.cap. 14.)*. Y de aqui proviene decirse tambien sacramento de *Paz* y de *Caridad*. Para que entendamos quan indignos son del nombre de cristianos los que tienen enemistades, y que del todo se deben desterrar los odios, divisiones y discordias, como pestes horrendas de los fieles, mayormente quando cosa ninguna protestamos guardar con mas desvelo, mediante el sacrificia cotidiano de. nuestra religion, que la Paz y la Caridad.

5. Por que este sacramento se llama Viático y Cena.

Tambien se llama con frecuencia por los sagrados escritores *Viático*, ya porque es alimento espiritual, con el qual nos sustentamos en la peregrinacion de esta vida. Y ya porque nos despeja el camino para la eterna gloria y felicidad. Y asi vemos observarse por estatuto antiguo de la Iglesia catolica, que ninguno de los fieles salga de esta vida sin este sacramento. Y padres muy antiguos, siguiendo la autoridad del Apostol (*1. Cor. 11.*), llamaron tambien a la sagrada Eucaristía con el nombre de *Cena*, por haberla instituido Cristo Señor nuestro en el saludable misterio de la última Cena.

6. No se puede hacer, ni recibir la Eucaristía sino en ayuno natural.

Mas no por eso es lícito hacer, o recibir la Eucaristía despues de haber tomado alguna cosa de comida o bebida. Porque la santa costumbre introducida por los Apostoles (segun lo afirman escritores antiguos), y perpetuamente retenida y observada en la Iglesia, es, que solo se reciba por los que están en ayunas.

7. Que la Eucaristía es verdadero sacramento.

Explicada ya la naturaleza y propiedad del nombre, se ha de enseñar que la Eucaristía es verdadero sacramento, y uno de los siete que siempre ha adorado y venerado religiosamente la santa Iglesia. Porque quando se hace la consagración del caliz, se llama *misterio de la fe*. Demas de esto (omitiendo casi infinitos testimonios de escritores sagrados, que en todos tiempos fueron de sentir, que debia contarse la Eucaristía por uno de los siete sacramentos) la misma razón y naturaleza del sacramento convence esta verdad. Porque en él hay señales exteriores y sensibles. Tiene tambien el significar la gracia y virtud para causarla. De que Cristo la instituyó, no nos dexan razón de dudar ni los Evangelistas (Matth. 26. Luc. 22. Marc. 14.), ni el Apostol (1. *Corinth. 11.*). Concurriendo pues todas estas cosas, para confirmar la verdad de sacramento, es claro que no son necesarias otras pruebas.

8. Que hay en la Eucaristía muchas cosas, a las cuales conviene el nombre

de sacramento.

Pero deben observar con cuidado los pastores, que hay muchas cosas en este misterio, a las cuales los escritores sagrados dieron alguna vez el nombre de *sacramento*. Porque unas veces llamaron sacramento a la consagración y percepción, y otras muchas tambien al mismo cuerpo y sangre del Señor contenidos en la Eucaristía. Asi dice San Agustín: *Este sacramento consta de dos cosas, que son la especie visible de los elementos, y la carne y sangre invisible del mismo Señor nuestro Jesu-Cristo* (De Catech. Rud. cap. 16.), al modo que decimos tambien que ha de ser adorado este sacramento, entendiendo el cuerpo y sangre del Señor. Pero es claro que todas estas cosas impropriamente se llaman sacramento. Las mismas especies del pan y del vino son las que se llaman asi, y las que son verdadera y cabalmente sacramento.

9. Cómo se diferencia la Eucaristía de los demás sacramentos.

Lo muy diferente que es este sacramento de los demas, facilmente se puede conocer. Porque los demás sacramentos se hacen quando usamos de la materia; esto es, quando los administramos a alguno, como el sacramento del Bautismo entonces tiene el ser de sacramento, quando efectivamente se echa a alguno el agua. Mas para hacer enteramente el sacramento de la Eucaristía, basta la consagracion; pues las especies de pan y vino, aunque estén reservadas en el Sagrario, no dexan de ser verdadero sacramento. Demas de esto,

quando se hacen los otros sacramentos, no se muda la materia o elemento en otra substancia, porque el agua en el Bautismo o el crisma en la Confirmacion, agua y crisma se quedan quando esos sacramentos se administran. Pero en la Eucaristía lo que era pan y vino antes de la Consagracion, despues de consagrado es verdaderamente substancia del cuerpo y sangre de Cristo.

10. Las dos materias de la Eucaristía no hacen dos sacramentós.

Pero aunque sean dos los elementos de los que se compone enteramente el sacramento de la Eucaristía, que son el pan y el vino; con todo eso no son dos sacramentos, sino uno solo, como lo confesamos instruidos por la autoridad de la Iglesia. De otra manera no pueden subsistir el número de los siete sacramentos, que está definido por la perpetua tradicion; y por los concilios Lateranense, Florentino y Tridentino. Porque como se hace un cuerpo místico por la gracia de este sacramento, para que el mismo sacramento sea correspondiente a lo mismo que obra, conviene que sea uno; y uno a la verdad, no porque lo sea indivisiblemente, sino porque significa una sola cosa. Porque asi como la comida y bebida, aunque son cosas diversas, solo se toman para una, que es repdrar las fuerzas del cuerpo, asi tambien fue muy conforme que las dos diversas especies del sacramento, las quales significan el alimento espiritual, con el que se mantienen y recrean las almas, correspondiesen a las otras dos de la comida y bebida, que sustentan el cuerpo. Por esto dixo el Señor: *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente bebida (Joann. 6.)*. Pero debe explicarse con cuidado qué es lo que significa el sacramento de la Eucaristía, para que al mismo tiempo que ven los fieles con los ojos del cuerpo los sagrados misterios, alimenten su alma contemplando las cosas divinas que encierran en sí.

11. Que cosas se significan por este sacramento.

Tres son las cosas que se significan por este sacramento. La primera la pasion de Cristo Señor nuestro ya pasada, pues el mismo Señor dixo: *Haced esto en memoria de mi (Matth. 26.)*. Y el Apostol contexto diciendo: *Quantas veces comieredes este pan, y bebiere des este caliz, anunciaréis la muerte del Señor, basta que venga (b)*. La segunda es la gracia divina que se da de presente en este sacramento, para mantener y sustentar el alma. Porque asi como por el Bautismo somos

reengendrados a nueva vida, y fortalecidos por la Confirmacion, para poder resistir al demonio, y confesar a cara descubierta el nombre de Cristo; asi somos mantenidos y alimentados por el sacramento de la Eucaristía. La tercera es, lo que promete en lo por venir, que es el fruto de la felicidad y gloria eterna, que en virtud de la promesa de Dios cogeremos en la patria celestial. Pues estas tres cosas, que como es manifiesto, se distinguen por la variedad del tiempo pasado, presente y venidero, de tal manera se significan por los sagrados misterios, que todo el sacramento, aunque consta de diversas especies, se ordena a de clarar cada una de ellas, como si fuera a significar una sola.

12. Qué sea la materia de este sacramento, y que pan el que puede

consagrarse.

Pero lo primero que deben conocer los pastores es, qual sea la materia de este sacramento, asi para que ellos puedan consagrarla legítimamente, como para que enseñen a los fieles lo que significa, y se enardezcan en amor y deseo de la cosa significada. De dos maneras es la materia de este sacramento. Una el pan hecho de trigo, y de esta se tratará primero, que de la otra se hablará despues. Porque como enseñan los Evangelistas S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas, Cristo Señor nuestro tomó el pan en sus manos, lo bendixo y partió, diciendo: *Esto es mi cuerpo (Matth. 26.)*. En San Juan tambien el mismo Señor se llamó *pan* a sí mismo, diciendo: *Yo soy pan vivo que baxé del cielo (Joann. 6.)*. Mas como hay muchos géneros de pan, o por diferenciarse en la materia; porque uno es de trigo, otro de cebada, y otros de otras semillas, o por ser de distintas calidades, porque a uno echan levadura, y otro hacen sin ella; por lo que pertenece a lo primero, muestran las palabras del Salvador, que el pan debe ser hecho de trigo. Porque en el modo comun de hablar, quando absolutamente se dice *pan*, es claro que se entiende pan de trigo. Y esto tambien se declara por la figura del testamento viejo, porque estaba mandado por el Señor, que los panes de la proposición, que significaban este sacramento, se hiciesen de la flor de la harina (*Levit. 24.*).

13. El pan para la Eucaristía debe ser ázimo o cenceño.

Asi pues como ningún pan sino el de trigo debe tenerse por materia

válida de este sacramento (porque así lo enseña la tradición Apostólica, y lo confirma la autoridad de la Iglesia), así también entendemos por lo que hizo el Señor, que debe ser *cenceño*. Porque él hizo e instituyó este sacramento en el primer día de los ázimos (*Matth. 16. et Marc. 14.*), en el qual no era lícito a los judíos tener en casa pan con levadura. Y si opusiere alguno la autoridad de San Juan Evangelista, quien dice, que todas estas cosas fueron hechas antes del día solemne de la pascua (*Joann. 13.*). Fácilmente se puede deshacer este reparo. Porque al día que los demás Evangelistas llamaron el primero de los ázimos, por quanto las solemnidades de los ázimos empezaban Jueves al anochecer, en el qual tiempo celebró la pascua nuestro Salvador; a ese mismo día llamó San Juan día antes de la pascua, por haber juzgado, que debía señalarse principalmente ese día por su espacio natural, que empezó al salir del sol. Y por eso S. Crisostomo entiende también por el primer día de los ázimos aquel en cuya tarde debían los ázimos comerse (*Homil. 83. in Matth.*). Y a mas de esto quan conveniente sea la consagración del pan sin levadura a la integridad y limpieza de alma, Con que deben los fieles llegar a este sacramento, el Apostol lo enseña quando dice: *Limpiaos bien de la levadura vieja, para que seáis nueva masa, como sois sin levadura; pues nuestra pascua Cristo ha sido sacrificado por nosotros. Por tanto celebremos esta pascua, no con levadura vieja, ni con la de la malicia y perversidad, sino con los ázimos de sencillez y verdad (1. Corinth. 5.).*

14. El pan con levadura es materia, aunque no es lícita en la Iglesia Latina.

Mas no se ha de juzgar tan necesaria esta condición, que sin ella no pueda hacerse sacramento, porque uno y otro pan, así el *cenceño*, como el fermentado, es, y se llama pan verdadero y legitimo. Pero a ninguno es lícito alterar por su autoridad propia, o mas bien temeridad, el loable rito de su Iglesia. Y mucho menos es permitido esto a los sacerdotes de la Iglesia latina; pues les está mandado por los Sumos Pontífices, que no celebren sino en pan *cenceño*. Y esto baste para la explicación de la primera materia de este sacramento, aunque todavía hay que advertir, que no está definido quanta haya de ser la cantidad de pan, que debe tomarse para hacer el sacramento, porque no se puede señalar de cierto el número de personas, que pueden o que deben comulgar.

15. Qué sea la otra materia que debe tomarse para

consagrar la sangre del

Señor.

Resta ahora tratar de la otra materia y elemento de la Eucaristía. Esta es el vino exprimido del fruto de la vid, el qual se mezcla con un poquito de agua. Porque siempre enseñó la Iglesia Católica, que nuestro Señor y Salvador usó del vino en la institución de este sacramento, pues él mismo dixo: *Ya no beberé mas de este fruto de la vid hasta aquel dia (Matth. 26. et Marc. 14.)* Sobre lo qual dice San Crisostomo: *Del fruto de la vid, la qual no produce agua, sino vino (Homil. 83. in Matth.).* Para que conste quan de antemano arrancaba la heregía de los que dixerón, que sola el agua se habia de tomar para los divinos misterios.

16. El vino en el sacramento se ha de mezclar con agua.

Pero siempre mezcló la Iglesia de Dios el vino con agua. Lo primero, porque asi lo hizo nuestro Salvador, como lo prueba la autoridad de los concilios, y el testimonio de San Cipriano (*Epistol. 63.*). Con esa mezcla tambien se renueva la memoria de la sangre y agua que salieron del costado de Cristo.

Asimismo por las aguas se significan los pueblos, como le leemos en el Apocalipsis (*Apoc. 17.*); y así el agua mezclada con el vino significa la unión del pueblo fiel con su cabeza Cristo. Y esto observó siempre la santa Iglesia por tradición Apostólica.

17. Para el valor del sacramento no es precisa el agua, y debe ser muy poca.

Mas aunque son graves las razones que hay para hacer esta mezcla, y que sin pecado mortal no se puede omitir; con todo eso aunque se dexe, se hace sacramento. Pero deben tambien advertir los sacerdotes, que asi como deben echar agua en el vino para los sagrados misterios, así esta agua ha de ser muy poca. Porque segun el sentir y juicio de los escritores eclesiásticos, esa agua se convierte en vino. Por lo qual escribiendo sobre esto el Papa Honorio, dixo asi: *Ha prevalecido en esos tus países el pernicioso abuso de echar para el sacrificio mayor cantidad de agua que de vino; siendo asi que segun la costumbre razonable de la Iglesia Católica debe echarse mucho mas de vino, que de agua (De Celeb. miss.*

lib. 3. tit. 41. cap. Perniciosus). Solas pues estas dos deben ser las materias o elementos de la Eucaristía. Y con mucha razón se estableció por varios decretos, que no se pudiese ofrecer otra cosa, que pan y vino, por atreverse algunos a hacer lo contrario. Pero veamos ya quan propias y ajustadas son estas dos especies de pan y vino, para declarar aquellas cosas, de las quales creemos y confesamos, que son sacramentos.

18. De varias significaciones que el pan y vino tienen en el sacramento.

Primeramente estas especies no significan a Cristo, segun que es verdadera vida de los hombres, porque el mismo Señor dice: *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente bebida (Joan. 6.)*. Dando pues el cuerpo de Cristo Señor nuestro alimento de eterna vida a los que con pureza y santidad reciben su sacramento, es muy puesto en razón que este se haga de aquellas cosas con las quales señaladamente se mantiene esta vida, para que el pueblo fiel entienda con facilidad, que se sacia el alma con la comunión del precioso cuerpo y sangre de Cristo. Algo aprovechan tambien estos mismos elementos, para que conozcan mejor los hombres, que el cuerpo y sangre del Señor está en este sacramento real y verdaderamente. Porque experimentando cada día que por virtud natural se mudan el pan y el vino en carne y sangre humana; es mas fácil reducirnos a creer con este simil, que en virtud de la consagración se convierte la substancia de pan y vino en verdadera carne, y verdadera sangre de Cristo.

Ayuda asimismo esta maravillosa conversión de los elementos, para significar lo que obra en las almas. Porque asi como aunque no se descubra por defuera novedad alguna en el pan y vino, sin embargo verdaderamente se convierte su substancia en carne y sangre de Cristo; asi tambien aunque nadase vea exteriormente mudado en nosotros; con todo eso somos interiormente renovados para la vida, quando recibimos la vida verdadera en el sacramento de la Eucaristía.

A esto se junta que estando compuesto el cuerpo de la Iglesia de muchos miembros, en cosa ninguna sobresale mas esta divina unión, que en los elementos de pan y vino. Porque el pan se compone de muchos granos de trigo, y el vino de muchos de uva. Pues asi manifiestan, que aunque nosotros seamos muchos, nos juntamos estrechisimamente, y venimos a ser como un cuerpo mediante el lazo de este divino misterio.

19. *Quál sea la forma de la consagración del pan.*

Ahora se sigue tratar de la forma con que debe hacerse la consagración del pan, no porque estos misterios se expongan a los fieles, sino obligare la necesidad (pues no es menester instruir en estas cosas a los que no han recibido ordenes sagrados), sino porque no lo yerren ignominiosamente los sacerdotes, por ignorar la forma de la consagración. Enseñannos pues los Evangelistas San Mateo y San Lucas (*Matth. 26. etc Luc. 22.*), y tambien el Apostol (*1. Corinth. 11.*), que la forma es esta: *HOC ET CORPUS MEUM*. Porque escrito está: *Cenando ellos, tomó Jesús en sus manos el pan, y lo bendixo y partió, y lo dio a sus discípulos, y dixo: Tomad y comed: Esto es mi cuerpo (Matth. 22, Marc. 14, Luc. 22).* Y como esta forma de la consagración fue la observada por Cristo Señor nuestro, siempre usó de ella la Iglesia Católica. Omítense aquí los testimonios de los santos padres, porque seria el referirlos obra de nunca acabar, como tambien el decreto del concilio Florentino, que a todos es notorio, y está a mano; mayormente pudiendo conocerse lo mismo por aquellas palabras del Salvador: *Haced esto en memoria de mi*. Porque lo que mandó el Señor que se había de hacer, no solamente se debe dirigir a lo que había hecho, sino tambien a las cosas que habia dicho; y señaladamente se ha de entender de las palabras, pues las pronunció el Señor, no menos para obrar por ellas, que para significar lo que obraba. Y aun por razón se puede persuadir esto facilmente. Porque la forma es aquella, que significa lo que se hace en este sacramento. Significando pues, y declarando estas palabras aquello que se hace, que es la conversión del pan en el verdadero cuerpo de nuestro Señor, siguese que la forma ha de consistir en esas mismas palabras. Y en este sentido se ha de tomar lo que dixo el Evangelista: *Bendixo*, porque parece se ha de entender por lo mismo que si hubiera dicho: *Tomando el pan, lo bendixo, diciendo: Esto es mi cuerpo*.

20. *Las palabras que preceden a la forma, aunque deben pronunciarse, no son necesarias.*

Y aunque el Evangelista puso antes aquellas palabras: *Tomad, y comed*, es claro que por ellas no se significa la consagración de la materia, sino solo el uso del sacramento. Y asi aunque es cierto que el sacerdote las debe pronunciar; con todo eso no son necesarias para hacer el sacramento, sino del mismo modo que se pronuncia la partícula *Enim* en la consagración del cuerpo y de la sangre. A no ser

así, nunca convendría, y aun no se podría hacer el sacramento, si no hubiera a quien administrarle; no pudiéndose dudar, que pronunciando el sacerdote las palabras de Cristo, segun el uso e instituto de la santa Iglesia, verdaderamente consagra la materia legitima del pan, aunque luego no hubiera de administrarse a ninguno la sagrada Eucaristía.

21. *Qué sea la forma de la consagración del cáliz.*

Por lo que pertenece a la consagración del vino, que es la otra materia de este sacramento, es necesario, (por la misma razón que antes diximos) que tenga el sacerdote bien sabida y averiguada su forma. Pues por muy cierto se debe creer que está comprendida en estas palabras: *HIC EST ENIM CALIX SANGUINIS MEI, NOVI, ET AETERNI TESTAMENTI, MYSTERIUM FIDEI: QUI PRO VOBIS, ET PRO MULTIS EFFUNDETUR IN REMISSIONEM PECCATORUM*. De estas palabras muchas se coligen de las sagradas Escrituras, y algunas se conservan en la Iglesia por tradición Apostólica. Porque aquellas: *Hic est calix*, las escriben San Lucas (*Luc. 22.*) y el Apostol (*1. Cor. 11.*). De las siguientes: *Sanguinis mei , vel Sanguis meus novi Testamenti, qui pro vobis, et pro multis effundetur in remissionem peccatorum*, parte dixo San Lucas (*Luc. 22.*), y parte San Mateo (*Matth. 26.*). Pero aquellas *Aeterni*, y *Mysterium Fedei*, nos las ha enseñado la santa tradición, que es la intérprete y tesorera de la verdad católica.

22. *Pruébese ser esta la verdadera forma de la consagración.*

Nadie podrá dudar que sea esta la verdadera forma, si observa aquí lo que se dixo arriba acerca de la forma de la consagración que se aplica a la materia del pan. Porque es claro que la forma de esta materia está en aquellas palabras, que significan, que la substancia del vino se convierte en la sangre del Señor. Y como esas palabras abiertamente declaran esto, es manifiesto que no se debe señalar otra forma. Pero a mas de esto descubren esas palabras ciertos maravillosos frutos de la sangre derramada en la pasión del Señor, y que muy en particular pertenecen a este sacramento. Uno es la acción a la heredad eterna, la qual nos viene por el derecho de este nuevo y eterno Testamento (*Hebr. 9.*). Otro es la entrada a la gracia o a la justicia por el misterio de la fe. *Porque propuso Dios a Jesús por reconciliador mediante la fe en su sangre, para que él sea el Justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesucristo* (*Rom. 3.*) El tercero es el perdon de los pecados.

23. Explicase la forma de la consagración del caliz.

Pero estando estas palabras de la consagración, llenas de misterios, y no pudiendo venir mas ajustadas al caso, conviene examinarlas con mucha diligencia. El decirse pues *Hic est calix sanguinis mei*, se ha de entender asi: *Esta es mi sangre, que está en el caliz*. Y con mucha razón y muy al caso se hace mención del caliz, quando se consagra esta sangre, segun que es bebida de los fieles. Porque no significaría bien la sangre esta bebida, sino estuviera en algún vaso. Siguese luego: *Novi Testamenti*. Y esto a la verdad se añadió para que entendiésemos, que la sangre de Cristo Señor nuestro se da ya a los hombres, no en figura, como sucedía en el Testamento viejo (pues acerca de esto leemos en el Apostol a los Hebreos (*Hebr. 9*), que no hubo Testamento consagrado sin sangre), sino en realidad y verdad, lo qual pertenece al Testamento nuevo. Asi dice el Apostol: *Por tanto Cristo es mediador del nuevo Testamento, para que interviniendo su muerte, reciban los que son llamados, la promesa de la herencia eterna (Ibid.)*. Aquella palabra *Aeterni* se ha de entender de la heredad eterna que de derecho nos vino por la muerte del testador eterno Cristo Señor nuestro. Lo que despues se añade: *Mysterium Fidel*, no excluye la verdad y realidad, sino que significa que se debe creer con fe muy firme, lo que está encubierto y muy apartado de los sentidos. Pero es diverso el sentido que hacen aquí estas palabras, de aquel que tienen quando se aplican al Bautismo. Porque en este lugar se llama *misterio de la fe*, por quanto por la fe vemos la sangre de Cristo, que está escondida baxo las especies de vino. Pero el Bautismo se llama justamente por nosotros *sacramento de la fe*, y por los Griegos *misterio de la fe*, por abrazar en sí toda la profesión de la fe cristiana. Aunque por otra razón tambien llamamos *misterio de la fe* a la sangre del Señor; es a saber, por la gravísima dificultad y resistencia que experimenta la razón humana, quando la fe nos propone creer, que Cristo Señor nuestro, Hijo verdadero de Dios, y juntamente Dios y hombre, padeció muerte por nosotros, la qual muerte se significa por el sacramento de la sangre.

24. Por qué se hace mención de la muerte en la consagración de la sangre, y no en la del cuerpo.

Por esta causa se hace en este lugar memoria de la pasion del Señor por esas palabras: *Qui effundetur in remissionem peccatorum*, mas a proposito que en la congracion del cuerpo. Porque la sangre consagrada a parte tiene mayor viveza y eficacia para poner delante

de los ojos de todos, así la pasión y muerte del Señor, como todo lo que padeció en ella. Mas aquellas palabras que se añaden: *Pro vobis, et pro multis*, las que se tomaron una de San Mateo, y otra de San Lucas (Matth. 26, Luc. 24.), las juntó la Iglesia instruida por el Espíritu Santo, y son muy conducentes para declarar la utilidad y fruto de la pasión. Porque si miramos a su virtud, debemos confesar que derramó el Salvador su sangre por la salud de todos. Pero si atendemos al fruto que de esa sangre perciben los hombres, luego entenderemos que no llega a todos esa utilidad, sino solo a muchos. Quando dixo el Señor *Pro vobis*, señaló o a los que se hallaban presentes, o a los escogidos del pueblo de los judíos, quales eran los discípulos con quienes hablaba, excepto Judas. Y quando dixo *Pro multis*, quiso se entendiesen todos los demás escogidos, así de judíos, como de gentiles. Y fue muy bien hecho no decir *por todos*, porque aquí se trataba solamente de los frutos de la pasión, la qual a solos los escogidos acarreó el fruto de la salud eterna. A esto aluden aquellas palabras del Apostol: *Cristo se ofreció sola una vez, para apurar los pecados de muchos* (Hebr. 9.), y lo que el Señor dixo por San Juan: *Yo por estos ruego, no ruego por el mundo, sino por estos que me diste, porque son tuyos* (Joann. 15.). Otros muchos misterios hay escondidos en estas palabras de la consagración; mas con la ayuda de Dios, y la continuada meditación y estudio de las cosas divinas, facilmente podrán los pastores alcanzarlos por sí mismos.

25. No conviene gobernarse en este sacramento por lo que perciben los

sentidos.

Mas ya es tiempo que volvamos a la declaración de aquellas cosas que en manera ninguna se debe permitir que las ignoren los fieles. Y pues previene el Apostol (1. *Corinth. 11.*), que es gravísima la maldad que cometen aquellos que no disciernen el cuerpo del Señor, ante todo enseñen los pastores con todo cuidado, que deben apartar el juicio y la razón de aquello que perciben los sentidos. Porque si llegan a persuadirse los fieles, a que no hay otra cosa en este sacramento, que aquello que perciben los sentidos, es preciso se despeñen en una suma impiedad. Porque no encontrando allí los ojos, el tacto, el olfato, y el gusto otra cosa, que las especies del pan y del vino, juzgarían que solo pan y vino habia en el sacramento. Se ha de procurar pues que los entendimientos de los fieles se aparten quanto puedan de lo que los sentidos perciben, y que se exciten a contemplar la inmensa virtud y

26. De las maravillas que se obran en virtud de la consagracion.

Tres cosas sumamente admirables, y dignísimas de toda venaracion, cree y confiesa la fe catolica sin la menor duda, que se obran en este sacramento por las palabras de la consagracion. La primera es: *Que está en él el verdadero cuerpo de Cristo Señor nuestro*, aquel mismo que nació de la Virgen, y que está sentado en los cielos a la diestra del Padre. La segunda: *Que no queda alli substancia alguna de pan y vino*, aunque parece que no es dable cosa mas agena, ni mas remota de los sentidos- Y la tercera (que luego se infiere de las otras dos, y aun las palabras de la consagracion claramente la expresan) es: *Que los accidentes que se ven por los ojos, o que se perciben por otros sentidos, quedan y se mantienen sin sujeto alguno* por un modo admirable e indecible. Allí se dexan ver todos los accidentes de pan y vino; pero subsisten por sí, sin estar sostenidos de substancia alguna. Porque toda la substancia del pan y del vino de tal modo se convierte en cuerpo y sangre de Cristo, que del todo dexa de ser substancia de pan y de vino.

27. Cierta es estar en la Eucaristía el mismo cuerpo de Cristo: que nació de

Santa María Virgen.

Pues para haber de tratar primeramente de la primera de esas tres cosas, hagan incapié los pastores sobre explicar quan claras, quan expresas son las palabras de nuestro Salvador, que demuestran la verdad de su cuerpo en este sacramento. Porque quando dice: *Esto es mi cuerpo: Esta es mi sangre*, ningún hombre de juicio puede ignorar qué es lo que debemos entender, mayormente tratándose de la naturaleza humana, de la qual a ninguno permite la fe católica dudar que verdaderamente la hubo en Cristo. Y por esto aquel santísimo y doctísimo varón Hilario dixo esclarecidamente: *De la verdad de la carne y sangre de Cristo ya no ha quedado razón de duda; pues por testimonio del mismo Señor, y por nuestra fe su carne es verdaderamente comida* (Lib. 8. de Trinit.).

28. Pruébese la mismo con otros textos de la Escritura.

Otro lugar tambien se ha de declarar por los pastores, donde abiertamente se dexa conocer, que está en la Eucaristía el verdadero cuerpo y sangre del Señor. Porque despues de haber referido el Apostol que consagró el Señor el pan y el vino, y que dio a sus Apostoles los sagrados misterios, añadió: *Examínese pues cada uno a sí mismo, antes que llegue a comer de ese pan, y beber de ese caliz, porque el que come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor (1. Corinth. 11.).* Si como los hereges vocean, no hubiera que adorar en el sacramento otra cosa que una memoria y señal de la pasion de Cristo, ¿qué necesidad había de exhortar a los ríeles con palabras tan encarecidas, a que se examinasen a sí mismos? Porque con aquella voz tan formidable de *juicio* declaró el Apostol, que cometia alguna execrable maldad el que recibiendo impuramente el cuerpo del Señor, que está encubierto en la Eucaristía, no le diferenciaba de los demás manjares. Y en la misma epístola explicó antes lo mismo mas copiosamente por estas palabras: *El caliz de bendición que nosotros bendecimos ¿no es comunicación de la sangre de Cristo? ¿Y el pan que partimos, no es participacion del cuerpo del Señor (1. Corinth. 10.)?* Las quales palabras demuestran ciertamente la verdadera substancia del cuerpo y sangre de Cristo Señor nuestro. Explicarán pues los pastores estos lugares de la escritura, y sobre todo enseñarán que nada dudoso, nada incierto hay en estas cosas; mayormente habiendo las interpretado la autoridad sacrosanta de la Iglesia de Dios.

29. De dos medios que hay para averiguar qual sea el sentir de la Iglesia

acerca de la verdad del cuerpo del Señor.

Por dos vias y medios podemos averiguar qué es lo que la Iglesia siente sobre este punto. El primero es consultar a los padres que florecieron desde los principios de la Iglesia, y que sucesivamente en todas las edades fueron los testigos mas autorizados de la doctrina de la Iglesia. Estos todos sumamente unánimes y conformes enseñaron con toda claridad la verdad de este dogma. Y porque fuera obra de trabajo inmenso referir por menor sus testimonios, bastará notar, o mas bien insinuar unos pocos, por los quales será fácil juzgar de los demás. Sea pues el primero que declare su fe San Ambrosia Este en el libro que escribió: *De his qui initiantur mysteriis*, testifica: *Que en este sacramento se recibe el verdadero cuerpo de Cristo, asi como fue*

verdaderamente formado de la Virgen, y que esto se hade creer con fe certísima (Cap. 9.). Y en otra parte enseña: Que antes de la consagración está allí el pan, mas despues de la consagración la carne de Cristo (Lib. 4. de Sacram. cap. 4.). Sea el segundo testigo San Crisóstomo, no inferior en la fe ni en la autoridad. Este en muchos lugares protesta y enseña esta misma verdad; pero especialmente en la Homilía 60 contra los que comulgan indignamente. Y tambien en la Homilía 44 y 45 sobre San Juan, porque dice: *Obedezcamos a Dios, y no le repliquemos, aunque parezca que dice lo contrario de lo que pensamos y vemos. Porque la palabra de Dios es infalible, y nuestros sentidos facilmente se engañan (Hom. 60. ad Pop. Antioch.).* En todo y por todo concuerda con estos lo que siempre enseñó S. Agustín, defensor acérrimo de la fe católica. Y principalmente exponiendo el título del salmo 33 donde dice: *Llevarse a sí mismo en sus manos es imposible a hombre, y solo puede convenir a Cristo. Llevábase en sus manos, quando entregando su mismo cuerpo, dixo: Esto es mi cuerpo (Homil. 60. ad Pop. Antioch.).* Y dexando a San Justino, y a San Ireneo, San Cirilo afirma tan a las claras en el libro 4 sobre San Juan, que la verdadera carne del Señor está en este sacramento, que con ninguna interpretación, por falaz y sofistica que sea, pueden obscurecerse sus palabras. Y si todavía desean los pastores otros testimonios de padres, fácil es añadir a los Santos Dionisio (De Eccles. Hier. cap. 3.), Hilario (Lib. 8. de Trinit.), Gerónimo (*Epist. ad Damas.*) Damasceno (Lib. 4. de Fide Orthodox. cap. 14.), y otros innumerables, cuyas sentencias gravísimas vemos a cada paso recogidas en uno por la industria y trabajo de doctos y piadosos varones.

30. De las veces que la Iglesia en sus Concilios condenó lo contrario.

Resta el segundo medio para reconocer el juicio de la Iglesia en cosas pertenecientes a la fe. Este es la condenación de la doctrina y opinión contraria. Es constante que estuvo siempre tan divulgada y extendida por toda la Iglesia la verdad del cuerpo de Cristo en el santo sacramento de la Eucaristía, y tan abrazada con voluntad concorde por todos los fieles, que habiéndose atrevido Berengario a negarlo ahora hace quinientos años, afirmando que *solo habia allí una señal*; al punto en el concilio de Vercelis, convocado por autoridad de León IX, fue condenado por sentencia de todos; y él allí mismo abjuró su heregía. Y habiendo despues vuelto a reincidir en la misma demencia de impiedad, fue condenado por otros tres concilios, el Turonense, y dos Romanos, convocados el uno por Nicolao II, y el otro por Gregorio

VII, Pontífices Máximos. Esta misma sentencia fue confirmada despues por Innocencio III en el concilio grande Lateranense; y sucesivamente fue declarada con mas expresión, y establecida la fe de esta verdad en los concilios Florentino y Tridentino. Si expusieren los pastores con cuidado estas cosas (dexando a los que ciegos en sus errores nada mas aborrecen que la luz de la verdad), podrán confirmar a los flacos, y llenar de cierta suma alegría y delicia las almas de los virtuosos.

31. Como esta verdad se contiene entre los artículos del Credo.

No tienen pues por qué dudar los fieles; y mas quando la fe de esta verdad está comprehendida entre los demás artículos del Credo. Porque creyendo y confesando que Dios es. Todopoderoso, es necesario confesar tambien, que no le faltó poder para hacer una obra tan grande, como la que admiramos y adoramos en el sacramento de la Eucaristía. Y a mas de esto quando creen la santa Iglesia Católica, necesariamente se sigue creer al mismo tiempo, que la verdad de este sacramento es la que hemos explicado.

32. Muéstrase quinta sea la dignidad de la Iglesia militante por la magestad de este misterio.

Mas nada ciertamente se puede añadir para regalo y fruto de las almas devotas, quando contemplan la dignidad de este altísimo sacramento. Porque primeramente conocen quanta es la perfección de la ley evangélica, pues le fue concedido tener en realidad y verdad, lo que solamente en figuras y sombras fue bosquejado en tiempo de la ley Mosáyca. Por esto dixo divinamente San Dionisio, que nuestra Iglesia viene a estar en medio de la sinagoga, y de la celestial Jerusalem; y que por esto es participante de una y de otra (De Eccles. Hierarch. cap. 7). Y a la verdad nunca podrán los fieles admirar (como es justo) la perfección de la santa Iglesia, y la alteza de su gloria, quando parece intervenir solo un grado entre ella y la patria celestial. Porque convenimos con los bienaventurados: en que unos y otros tenemos a Cristo Dios y hombre presente. Pero nos distinguimos en el grado de que ellos le gozan presente por clara visión, mas nosotros, aunque con fe constante y firme, le veneramos presente, todavía le tenemos muy apartado de nuestra vista, y encubierto con el velo maravilloso de los

sagrados misterios. Experimentan asimismo los fieles en este sacramento la caridad perfectísima de Cristo Salvador nuestro. Porque era muy correspondiente a su bondad, que nunca retirase de nosotros la naturaleza, que de nosotros había tomado; sino que se dignase en el modo posible de estar y conversar entre nosotros, para que en todo tiempo se cumpliese con toda verdad y propiedad aquel dicho: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres* (Prov. 8.).

33. En este sacramento están las dos naturalezas divina y humana.

También aquí deben explicar los pastores, que se contiene en este sacramento no solo el verdadero cuerpo de Cristo, y todo lo que pertenece a la cabal integridad del cuerpo, como huesos y nervios, sino también que todo Cristo está en este sacramento. Pero se debe enseñar que Cristo es nombre de Dios y hombre, esto es, de una persona misma, en la cual están unidas las dos naturalezas divina y humana. Y así abraza a ambas naturalezas, y las cosas que son consiguientes a una y a otra naturaleza, como la divinidad, y toda la naturaleza humana, compuesta de alma y de todas las partes del cuerpo, y de la sangre también. Y todas estas cosas es necesario creer que están en el sacramento. Porque como está unida en el cielo toda la humanidad a la divinidad en una persona, o hipóstasis, es cosa horrenda presumir que el cuerpo de Cristo, que está en el sacramento, esté apartado de la divinidad.

34. Unas cosas están en la Eucaristía en virtud de las palabras, y otras por

concomitancia.

Pero acerca de esto es preciso adviertan los pastores, que no todas estas cosas están en el sacramento de un mismo modo; o por una misma virtud. Porque unas hay que están allí en fuerza y en virtud de las palabras de la consagración. Porque como esas palabras hacen todo lo que significan, eso mismo que las palabras expresan, es lo que afirman los escritores sagrados, que está allí en virtud de las palabras. De tal manera, que si acaeciese haber alguna cosa totalmente apartada de aquello que las palabras significan; de esa tal cosa enseñan, que no estaría en el sacramento, y que solamente habría en él lo que las palabras expresan. Pero hay muchas cosas en el sacramento que están

allí por razón de estar juntas con aquellas que expresan la forma. Porque como la forma que se aplica para consagrar el pan, significa el cuerpo de Cristo, pues dice: *Esto es mi cuerpo*, en virtud de esta forma está en la Eucaristía el cuerpo del Señor. Pero como con ese cuerpo está unida la sangre, el alma y la divinidad; todas estas cosas están también en el sacramento, aunque no en virtud de la consagración; sino porque están juntas con el cuerpo. Y de estas se dice, que están en el sacramento *por concomitancia*. Y por esta razón es claro, que todo Cristo está en el sacramento. Porque si hay dos cosas entre sí muy unidas, donde estuviere la una, es forzoso que esté la otra. Y así se sigue que de tal modo esté todo Cristo, así en la especie del pan, como en la del vino, que así como está verdaderamente bajo la especie de pan, no solo el cuerpo, sino también la sangre, y todo Cristo; así bajo la especie de vino está también real y verdaderamente, no solo la sangre, sino el cuerpo también, y todo Cristo.

35. Por qué en la Eucaristía se hacen dos consagraciones.

Pero aunque todos los fieles deban estar ciertos y muy persuadidos a que esto es así, sin embargo se dispuso por altísima razón, que se hiciesen separadas dos consagraciones. Lo primero, para que se expresase más al vivo la pasión del Señor, en la cual la sangre se apartó del cuerpo. Y por eso en la consagración hacemos mención de haberse derramado la sangre. Y también porque fue muy conveniente que habiendo de usar nosotros del sacramento, para sustentar el alma, fuese instituido a modo de comida y bebida, pues es claro que de esas dos cosas se compone el cabal alimento del cuerpo.

36. Todo Cristo está en cualquier partícula de ambas especies.

Tampoco debe pasarse en silencio, que se encierra todo Cristo, no solo en ambas especies, sino en cada partícula de ellas. Así escribió San Agustín: *Todos reciben a Cristo, que todo está en cada parte. Na se disminuye por cada uno, sino que todo entero se da a todos (De Consecr. dist. 2. cap. Singuli.)*. Y con facilidad se puede inferir esto de los Evangelistas. Porque no es creíble que consagrarse el Señor cada parte de pan con propia y diversa forma; sino que de una vez consagró todo el pan necesario para los sagrados misterios, y para repartirlo a los Apóstoles, como es claro lo hizo con el caliz, pues él mismo dixo: *Tomad, y repartidle entre vosotros (Luc. 22.)*. Y todas estas cosas que

quedan explicadas se encaminan a que declaren los pastores, que está en el sacramento de la Eucaristia el verdadero cuerpo y sangre de Cristo.

37. Que no hay en el sacramento substancia ninguna de pan y vino.

Ahora explicarán lo segundo que arriba se propuso, esto es, *que despues de la consagración no queda en el sacramento substancia alguna de pan, ni de vino.* Esto aunque puede causar, y con razón, admiración muy grande, sin embargo se sigue necesariamente de lo primero que se ha demostrado. Porque si despues de la consagración está el verdadero cuerpo de Cristo baxo las especies de pan y vino, como antes no estaba alli, era del todo necesario que esto se hiciese, o porque vino a ese lugar, o porque fue de nuevo criado alli, o por haberse convertido alguna otra cosa en él. Es constante que el cuerpo de Cristo no puede estar en el sacramento, por haber venido de un lugar a otro. Porque en tal caso sería preciso que se ausentase del solio de los cielos, pues nada se mueve, si no se aparta del sitio donde estaba. Criarse el cuerpo de Cristo es mas creible, y ni aun puede caber en aprehensión. Resta pues que esté en el sacramento el cuerpo del Señor, por haberse convertido el pan en él. Por tanto es necesario que ninguna substancia de pan quede en el sacramento.

38. La transubstanciacion aprobada por los Concilios, está fundada en las

Escrituras.

Convencidos pues nuestros padres y mayores por esta razon, confirmaron con decretos expresos la verdad de este articulo en los concilios Lateranense el grande, y Florentino. Pero con mas claridad la definió el Tridentino por estas palabras: *Si alguno dixere, que en el sacrosanto sacramento de la Eucaristia queda la substancia de pan y vino junto con el cuerpo y sangre de nuestro Señor Jesu-Cristo, sea anatematizado (Ses. 13. can. 2.).* Y no fue difícil colegir estas cosas de los testimonios de las escrituras. Primeramente, porque en la institución de este sacramento dixo el mismo Señor: *Esto es mi cuerpo (Matth. 24, M^{arc}. 14. et 1. Corinth. 11.),* pues es tal la energía de la voz *Esto*, que demuestra toda la substancia de la cosa presente. Y si hubiera allí substancia de pan, parece que de ningún modo se podría

decir con verdad: *Esto es mi cuerpo*. Demas de esto Cristo Señor nuestro dice por San Juan: *El pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo* (Joann. 6.), llamando pan a su carne. Y poco despues añade: *Si no comieredes la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros*. Mas: *Mi carne verdaderamente es, comida, y mi sangre verdaderamente bebida*. Llamando pues con palabras tan expresas y claras a su carne pan y verdaderamente comida, y asimismo a su sangre bebida verdadera, parece dio a entender bastantemente, que substancia ninguna de pan y vino quedaba en el sacramento.

39. Que los Santos Padres enseñaron esto mismo.

Esta fue perpetuamente la concorde doctrina de los Santos Padres, como luego lo echará de ver el que los leyere. Porque San Ambrosio escribe así: *Tu acaso dices, mi pan es el usual; mas este pan es pan antes de las palabras de la consagración. En llegando la consagración, del pan se hace carne de Cristo* (Lib. 4. de Sacrament. cap. 4.). Y para probar esto con mas facilidad trae varios exemplos y comparaciones. Y en otra parte explicando aquellas palabras: *Todo quanto quiso hizo el Señor en el cielo y en la tierra* (Psalm. 134.), dice: *Aunque se vea la figura del pan y vino, ninguna otra cosa se ha de creer que hay alli despues de la consagración, que la carne y sangre de Cristo* (Lib. 4. de Sacrament. cap. 4.). Y exponiendo San Hilario la misma sentencia casi con las mismas palabras, enseñó: *Que aunque exteriormente aparezca pan y vino, con todo eso es verdaderamente cuerpo y sangre del Señor* (De Consecr. dist. 2. cap. Corpus.).

40. Por qué la Eucaristía se llama pan, aun despues de la consagración.

Pero adviertan aqui los pastores, que no debe extrañarse que la Eucaristía se llame *pan*, aun despues de la consagración. Porque ha sido costumbre llamarla asi, ya porque conserva la figura de pan, y ya porque todavia retiene natural virtud de alimentar y mantener el cuerpo, la qual es propia del pan. Y es costumbre de las escrituras sagradas llamar las cosas segun lo que parecen, como bastantemente lo demuestra lo que se dixo en el Génesis, que aparecieron a Abrahan tres varones (Genes. 18.), siendo asi que eran tres ángeles. Y aquellos dos que al subir el Señor a los cielos, aparecieron a los Apostóles, se llaman varones (Actor. 1.), siendo tambien ángeles.

41. *Cómo se haga tan maravillosa conversión de substanciar.*

Sumamente dificultosa es la explicación de este misterio. Sin embargo harán los pastores los esfuerzos posibles por aquellos que están mas aprovechados en el conocimiento de las cosas divinas (pues de los que están tiernos todavía, es muy de recelar que sean oprimidos de la grandeza del misterio), harán, repito, los esfuerzos posibles por declararles el modo de esta maravillosa conversión, la qual se hace de manera, que toda la substancia del pan se convierte por divina virtud en toda la substancia del cuerpo de Cristo, y toda la substancia del vino en toda la substancia de su preciosa sangre, sin que haya en nuestro Señor la menor mutación. Porque ni Cristo es de nuevo engendrado, ni alterado, ni aumentado, sino que todo persevera en su substancia él mismo. Y asi declarando San Ambrosio este misterio dice: *¿Ves quan obradora es la palabra de Cristo? Si es pues tan poderosa la palabra de nuestro Señor Jesús, que por ella empezasen a ser las cosas que no eran, es a saber, el mundo, ¿qué tanto mejor hará, que sean las que eran, y que se conviertan en otra distinta (Ubi supra.)?* Al mismo intento dexaron tambien escrito su sentir otros antiquísimos y gravísimos padres. San Agustín se explica de este modo: *Fielmente confesamos, que antes de la consagración hay el pan y vino que produjo la naturaleza; pero despues, la carne y sangre de Cristo, que consagró la bendición, (De Consecrat. dist. 2. cap. Nos autem.).* Y el Damasceno: *El cuerpo, segun verdad, está unido a la divinidad, el cuerpo, digo, nacido de la Santa Virgen; no porque el mismo cuerpo que subió, baxe del cielo, sino por convertirse el mismo pan y vino en cuerpo y sangre de Cristo* (Lib. 4. De Fid. Orthod. cap. 14.)

42. *Muy al propio se impuso a esta conversion el nombre de transubstanciacion.*

Por esto la Santa Iglesia Católica llamó muy propia y ajustadamente a esta conversión maravillosa *transubstanciacion*, como lo enseñó el sagrado concilio de Trento (*Sess. 13. cap. 4. et Can. 2.*). Porque asi como la generación natural se llama muy al propio *transformación*, por quanto en ella se muda la forma, asi tambien porque en el sacramento de la Eucaristía pasa toda la substancia de una cosa a ser toda la substancia de otra; con grande rectitud, y sabiduría inventaron nuestros mayores, para explicar esto, el nombre de *transubstanciacion*.

43. Este sacramento ha de ser creído con piedad y no escudriñado con

curiosidad.

Pero aquí es menester prevenir a los fieles, lo que tanto encargan los santos padres, esto es, que no anden inquiriendo con curiosidad, de qué modo se haga esta conversión. Porque ni lo podemos alcanzar, ni en las mutaciones naturales, ni tampoco en la misma creación hallaremos exemplo semejante. Que sea esto, se ha de saber por fe; cómo se haga, no hay que escudriñarlo con curiosidad. Y con igual cautela deben proceder los pastores sobre explicar tambien en este misterio, cómo pueda ser que todo el cuerpo de Cristo se encierre aun en la mas mínima partícula del pan, porque muy rara vez podrá convenir mover tales dudas. Mas si lo pide alguna la caridad cristiana, procuren ante todo fortalecer las almas de los fieles con aquella sentencia: *Nada hay imposible para Dios (Luc. 1.).*

44. Que Cristo Señor nuestro está en la Eucaristía por modo de substancia y

no ocupa lugar.

Despues enseñarán que Cristo Señor nuestro no está en el sacramento, como en lugar. Porque el lugar se ajusta con las cosas, segun que son grandes o pequeñas. Y no decimos que Cristo Señor nuestro está en el sacramento, como grande o pequeño, que es lo que pertenece a la cantidad, sino segun que es substancia. Porque la substancia del pan se convierte, no en la cantidad chica o grande de Cristo, sino en su substancia. Y nadie duda que la substancia igualmente se halla en un espacio chico, que en un grande. Como la substancia del ayre, y toda su naturaleza tan entera está en una parte pequeña, como en otra mayor; como tambien toda la substancia del agua no menos se salva en una ampollita, que en un rio. Convirtiéndose pues la substancia del pan en cuerpo de Cristo Señor nuestro, es preciso decir que enteramente está en el sacramento en aquel mismo modo que estaba la substancia de pan antes de la consagración; y que esto sea en grande o en chica cantidad es fuera del proposito.

45. Que en el sacramento están los accidentes sin substancia.

Resta ahora declarar lo tercero que en este sacramento parece no menos grande, que maravilloso (que explicados ya los otros dos milagros, facilmente podrán tratarlo los pastores) esto es, *que las especies de pan y vino están en este sacramento sin sugeto alguno*. Porque habiéndose demostrado ya que el cuerpo y sangre del Señor están verdaderamente en el sacramento, de tal modo que no queda allí mas substancia de pan ni de vino; como estos accidentes no pueden estar sostenidos del cuerpo y sangre de Cristo, siguese que sobre todo orden de naturaleza subsistan por sí mismos, sin estar asidos a otra cosa ninguna. Esta fue la perpetua y constante doctrina de la Iglesia Católica, la que facilmente se puede confirmar con la autoridad de aquellos testimonios con los quales arriba se manifestó, que no quedaba en la Eucaristía substancia alguna de pan y vino.

46. Por qué quiso el Señor darnos su cuerpo y sangre baxo las especies de pan y vino.

Pero lo que mas importa a la devoción de los fieles es, que dexandose de quëstiones sutiles, adoren y veneren la magestad de este admirable sacramento, y luego respeten en él la suma providencia de Dios, por haber dispuesto darnos estos sacrosantos misterios baxo las especies de pan y vino. Porque siendo tan grande el natural horror que tienen los hombres a comer carne humana, o a beber de su sangre, con suma sabiduría ordenó que. su santísimo cuerpo y sangre se nos diesen baxo las especies de pan y vino, que con tanto gusto nos sirven cada día de comun alimento. Mas a esto se juntan otras dos utilidades. Una es, libértanos de la calumnia, de los infieles, la que fuera difícil evitar, si nos vieran comer al Señor en su misma especie. La otra, que recibiendo el cuerpo y sangre del Señor de tal modo que no pueden percibir los sentidos lo que verdaderamente se hace, esto vale muchísimo para aumentar la fe en nuestras almas. Porque segun aquella celebrada sentencia de San Gregorio: *La fe no tiene mérito en lo que experimenta la razón humana (Hom. 26. in Evang.)*. Pero todas las cosas expuestas hasta aqui, no se han de predicar sino con gran precaución conforme a la capacidad de los oyentes y necesidad de los tiempos.

47. De los inmensos frutos, y utilidades de este gran sacramento.

No hay linage de fieles a quien no pertenezca, y no sea muy necesario

conocer las cosas que se pueden decir de la maravillosa virtud y frutos de este sacramento. Porque todo lo que se trata de él con tanta difusión, señaladamente se debe enderezar, a que entiendan los fieles las utilidades de la Eucaristía. Pero siendo imposible explicar con palabras sus inmensas utilidades y frutos, tocarán los pastores uno u otro punto, para que se demuestre quanta abundancia y riqueza de todo genero de bienes está encerrada en estos sacrosantos misterios. En alguna manera conseguirán esto, si habiendo manifestado la virtud y naturaleza de todos los sacramentos, comparan la Eucaristía a la fuente, y los otros a los arroyuelos. Porque verdadera y necesariamente se debe llamar fuente de toda gracia, quando encierra en sí por una manera maravillosa a la misma fuente de las gracias y dones celestiales, y al autor de todos los sacramentos Cristo Señor nuestro, de quien como de fuente se deriva a los demás sacramentos toda la bondad y perfección que tienen. Y así de este principio podrán colegirse con facilidad los amplísimos dones de la gracia divina, que se nos dan por este sacramento.

48. Acarrea al alma la Eucaristia los provechos que el pan y vino al cuerpo.

Tambien se podrá hacer cómodamente, si se considera con atención la naturaleza del pan y del vino, que son las señales de este sacramento. Porque todos aquellos provechos que acarrean al cuerpo el pan y el vino, todos y por modo mejor y mas perfecto acarrea a las almas para su salud y regalo el sacramento de la Eucaristía. No se muda este sacramento en nuestra substancia como el pan y el vino; pero nosotros en cierto modo nos convertimos y mudamos en su naturaleza, de suerte que con razón se pueda aqui decir, lo que su Magestad dixo a S. Agustín: *Comida soy de grandes, crece y me comerás. No me mudarás tú en tí, como a manjar de tu same, sino que tú te mudarás en mí* (Lib. 7. Conf. cap. 10.).

49. Cómo se da la gracia por este sacramento.

Y si fué hecha por Jesu-Cristo la gracia y la verdad (Joann. 1.), es necesario que la cause en el alma, que recibe pura y santamente al que dixo de sí mismo: *El que come mi carne, y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él* (Ibidem. 6.). Porque de los que llegan a este sacramento con afectos de piedad y devoción, nadie debe dudar que reciben en sí al Hijo de Dios de tal manera, que se inxieren en él, como miembros

vivos en su cuerpo, porque escrito está: *El que me come, vivirá por mi (Ibid.).* Mas: *El pan que yodaré, es mi carne por la vida del mundo (Ibid.);* pues explicando este lugar San Cirilo, dice: *El Verbo de Dios uniéndose a si mismo con su carne, la hizo vivificadora. Convenia pues que por un modo maravilloso se uniese a los cuerpos por medio de su sagrada carne, y preciosa sangre, las que recibimos en el pan y vino mediante su consagración (Lib. 4. in Joannem cap. 12.).*

50. No da vida este sacramento al que le recibe indignamente.

Mas sobre lo que se dice, de *que da la gracia la Eucaristía*, conviene que prevengan los pastores, que no se ha de entender, como si no fuera necesario que haya primero conseguido la gracia, el que ha de recibir provechosamente este sacramento. Porque es constante que así como a los muertos de nada sirve el alimento corporal, así a las almas muertas por el pecado nada aprovechan los sagrados misterios. Por esto tienen las apariencias de pan y vino, para dar a entender que no fueron instruidos para sacar las almas de la muerte a la vida, sino para conservarlas en esa vida. Y así el haber dicho *que da vida* es, porque aun la primera gracia (con la qual deben ir adornados, antes de tomar en su boca la sagrada Eucaristía, so pena de comerse (1. *Corinth. 11.*) y beberse el juicio de la condenación) a ninguno se concede, sino recibe este mismo sacramento con el deseo y el voto. Porque es el fin de todos los sacramentos, y la insignia de la congregación y unidad de la Iglesia, fuera de la qual ninguno puede conseguir la gracia.

51. Cómo se conforta, y crece el alma con este divino manjar.

Demas de esto, porque así como el cuerpo no solo se mantiene con el sustento natural, sino que tambien se aumenta, y cada día percibe en él el gusto nueva suavidad y regalo; así el manjar de la sagrada Eucaristía no solo sustenta al alma, sino que la añade fuerzas, y hace que el espiritu se deleyte mas y mas con el regalo de las cosas de Dios. Y esta es la causa de decirse con toda verdad y razón, que se da la gracia por este sacramento, y que se puede comparar muy bien con el maná, del qual se percibía la suavidad de todos los sabores (*Sapient. 6.*)

52. Por la Eucaristía se perdonan los pecados veniales.

Tampoco se debe dudar que se perdonen por la sagrada Eucaristía los pecados leves, que se suelen decir veniales, de suene que todo aquello que perdió el alma por el ardor de la concupiscencia, quando se deslizó en alguna cosa leve, lo restituye la Eucaristía lavándola de estas manchas ligeras; a la manera que (por no apartarnos del símil, que se puso) todo lo que se menoscaba y se pierde cada día por la fuerza del calor natural, sentimos que se cobra y se va reparando poco a poco por el natural alimento. Y así con mucha razón dixo San Ambrosio de este celestial sacramento: *Este pan de cada día se toma para remedio de las enfermedades cotidianas* (Lib. 4. de Sacramentis cap. 6.). Pero esto debe entenderse de aquellos pecados de cuya complacencia no se dexa arrastrar el corazón.

53. Preserva este sacramento de culpas venideras.

Tienen a mas de esto los sagrados misterios virtud de conservarnos puros y limpios de pecado, librarnos del ímpetu de las tentaciones, y de preparar el alma como con una celestial medicina, para que no pueda ser facilmente dañada y corrompida con el veneno de alguna culpa mortal. Por está causa fue costumbre antigua de la Iglesia, como San Cipriano afirma (*Epistol. 54. ad Cornel.*) quando en los tiempos de las persecuciones eran arrebatados a cada paso los fieles por los tiranos a los tormentos, y a la muerte por la confesion del nombre de Cristo, que se les administrase por los obispos los sacramentos del cuerpo y sangre del Señor, para que no desfallecieran en el combate espiritual, vencidos acaso de la terribilidad de los dolores. Contiene tambien y reprime la Eucaristia la lozanía de la carne. Porque al paso que enciende las almas en el fuego de la caridad, es preciso que mitigue los ardores de la concupiscencia.

54. Este sacramento nos abre la puerta de la eterna gloria.

Ultimamente para comprehender en una palabra todas las utilidades y beneficios de este sacramento, se ha de decir que es suma la virtud de la Eucaristia para alcanzarnos la eterna gloria, porque escrito está: *El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el ultima día* (Joann. 6.) Esto es, que por la gracia de este sacramento gozan los fieles, mientras viven en esta vida, de una suma paz y serenidad de conciencia; y sobre esto esforzados con su virtud,

al modo que Elías, quien con la fortaleza de aquel pan subcinericio anduvo hasta el monte de Dios Horeb (3. Reg. 19.) en llegando el tiempo de salir de esta vida, suben a la eterna gloria y bienaventuranza. Muy por extenso explicarán los pastores todas estas cosas, si toman por asunto el capitulo de San Juan, en el qual se descubren los muchos varios efectos de este sacramento, o si discurriendo por todos los hechos maravillosos de Cristo Señor nuestro, mostraren que si con gran razón tenemos por muy dichosos a los que le hospedaron en su casa, o recobraron la salud, tocando su vestido o la orla de él estando en carne mortal; mucho mas dichosos y felices somos nosotros, pues no se desdeña venir a nuestras almas, despues de vestido de gloria inmortal, para curar todas nuestras llagas, y estrecharnos consigo enriqueciéndonos con inestimables y preciosisimos dones.

55. De tres modos que hay de comulgar.

Pero debe tambien enseñarse quienes son los que pueden percibir los inmensos frutos de la Eucaristía, que ahora habernos mencionado, y asimismo que no es uno solo el modo de comulgar, para que el pueblo fiel aprenda a codiciar los mejores dones. Distinguieron pues nuestros mayores con gran razón y acuerdo, segun leemos en el concilio Tridentino (*Sess. 13. cap. 8.*) tres modos de recibir este sacramento. Porque unos reciben el sacramento solamente, como los que están en pecado mortal, que no se confunden de tomar en su boca y corazon sacrilego los sagrados misterios. De estos dice el Apostol: *Que comen y beben indignamente el cuerpo del Señor (1. Corinth. 11.)*. Y de ellos escribe asi San Agustín: *El que no está en Cristo, ni Cristo en él, muy cierto es que no come espiritualmente su carne, aunque material y visiblemente parta con los dientes los sacramentos del cuerpo y sangre del Señor (Tract. 26. in Joannem.)*. Y asi los que reciben los sagrados misterios con afectos tan depravados, no solo no perciben ningún fruto, mas segun el mismo Apostol se comen y se beben su condenación. Otros hay que reciben la Eucaristía solo espiritualmente. Estos son los que con el deseo y voluntad comen ese pan del cielo encendidos en viva fe que obra por la caridad (*Galat. 5.*). Y con esto consiguen ciertamente grandísimas utilidades, ya que no perciban todos sus provechos. Otros hay por fin que reciben la sagrada Eucaristía sacramental y espiritualmente. Estos son los que examinándose primero a sí mismos conforme la doctrina del Apostol (1. Corinth. 11.), y llegando a esta divina mesa aderezados con vestido de bodas, cogen de la Eucaristía los frutos copiosísimos que diximos antes. Y asi es manifesto que se privan de grandísimos bienes

celestiales, los que se contentan con sola la comunión espiritual, pudiendo estar dispuestos para recibir tambien el sacramento del cuerpo del Señor.

56. Cómo se deben disponer las almas para recibir la sagrada comunión.

Mas ya es razón enseñar en qué manera deben prepararse las almas de los fieles antes que vengan a recibir el sacramento de la Eucaristía. Y primeramente para que se vea que esta disposición es muy necesaria, se ha de proponer el exemplo de nuestro Salvador. Porque antes de dar a los Apostóles los sacramentos de su precioso cuerpo y sangre, aunque ya estaban limpios, los lavó los pies (*Joann. 15.*) a fin de declarar que ha de ponerse toda diligencia, en que nada nos falte para la suma integridad e inocencia del alma, quando hemos de percibir los sagrados misterios. Pero entiendan los fieles a mas de esto, que asi como el que recibe la sagrada Eucaristía bien dispuesto y preparado, es enriquecido con altísimos dones de la divina gracia; asi por el contrario el que llega desapercibido, no solo no saca provecho ninguno, sino que recibe gravísimas perdidas y daños. Porque es propio de las cosas muy preciosas y muy saludables, que tomadas a tiempo aprovechan muchísimo; pero si las tomamos intempestivamente, nos acarrearán ruina y perdición. Por esto no es de maravillar que aun los dones mas encumbrados y esclarecidos de Dios nos ayuden muchísimo, para conseguir la gloria eterna, quando los recibimos con buena disposición; pero que nos ocasionen la eterna muerte, quando nos hacemos indignos de ellos. Esto se comprueba con el exemplo del arca del Señor. No tuvo a la verdad el pueblo de Israel cosa mas venerable que esta arca del Testamento, por la qual le habia hecho el Señor crecidísimos e innumerables beneficios. Pero siendo apresada por los Filisteos, les acarreó una gravísima peste y calamidad, junta con una ignominia eterna (*1. Reg. 5.*). Asi tambien las viandas que tomamos, si hallan bien dispuesto el estómago, mantienen y sustentan los cuerpos; pero si le hallan lleno de humores viciosos, causan graves enfermedades.

57. De varios modos de preparación para comulgar.

Sea pues la primer preparación que han de llevar los fieles, distinguir entre mesa y mesa, esta sagrada de las profanas, este pan del cielo del de la tierra. Esto se hace creyendo de cierto que está allí presente el

verdadero cuerpo y sangre de aquel Señor, a quien adoran los angeles en la gloria, a cuya presencia tiemblan las columnas del cielo, y se estremecen a la menor muestra de su indignación (*Job. 26.*), y de cuya gloria están llenos cielos y tierra (*Isai. 6.*). Esto es a la verdad discernir el cuerpo del Señor, como amonesta el Apostol (*1. Corinth. 11.*). Pero lo que conviene es, venerar la grandeza de este misterio, no escudriñar su verdad con sutilezas.

Otra preparación y sobre manera necesaria es, que cada uno se pregunte a si mismo, si tiene paz con los otros, y si acaso ama de veras y de corazon a sus próximos. *Si ofreces pues tu ofrenda en el altar, y allí te acordares, que tu próximo ha recibido algún agravio de tí, dexa allí tu ofrenda al pie del altar, y ve primero, y reconcíliate con él, y hecho esto vuelve a ofrecer tu don (Matth. 5.).*

A mas de esto debemos examinar con gran cuidado nuestra conciencia, no estemos acaso manchados con algún pecado mortal, del que sea necesario hacer penitencia, para lavarle primero con la medicina de la Contrición y Confesión; pues está difinido por el santo concilio de Trento (*Sess. 13. cap. 7.*), que a ninguno a quien remuerda la conciencia de pecado mortal, „ es licito recibir la sagrada Eucaristia, sin limpiarse antes por la Confesión sacramental, habiendo copia de sacerdote, aunque le parezca estar contrito. Consideremos tambien en el retiro de nuestros pechos, quán indignos somos de que nos haga el Señor este beneficio, y para esto diremos con todas veras aquello del Centurión, de quien el mismo Salvador afirmó, que no halló fe tan grande en Israel: *Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa (Matth. 8.).* Averigüemos tambien de nosotros si podemos decir con San Pedro, *Señor, tú sabes que te amo (Joann. 21.).* Pues debemos acordanos de que aquel que se entró en el convite del Señor sin vestido de bodas, fue arrojado a un calabozo obscuro y condenado a penas eternas (*Matth. 22.*).

58. De la preparación de parte del cuerpo.

Pero no solamente es necesaria la preparación del alma sino tambien la del cuerpo. Porque debemos llegar a la sagrada mesa ayunos, de tal suerte que desde la media noche del dia antes por lo menos hasta aquel punto en que recibimos la Eucaristía, nada de ningún modo hayamos comido o bebido. Pide tambien la dignidad de tan alto sacramento que se abstengan los casados por algunos dias del uso del matrimonio, trayendo a la memoria el exemplo de David (*1. Reg. 21.*), el qual habiendo de recibir del sacerdote los panes de la proposición,

protestó que había ya tres días, que él y los suyos estaban limpios del uso conyugal. Estas vienen a ser las cosas que señaladamente conviene observar los fieles, a fin de prepararse para recibir con utilidad los sagrados misterios, porque las demás que parece se deben proveer para este fin, fácilmente se pueden reducir a estos mismos puntos.

59. Todos deben comulgar a lo menos una vez al año.

Y a fin de que algunos no se hagan acaso mas perezosos para recibir este sacramento, por juzgar muy pesada y dificultosa tanta preparación, se ha de amonestar muchas veces a los fieles, que todos son obligados a recibir la sagrada Eucaristía. Y a mas de esto que está establecido por la Iglesia, que el que no comulgare una vez por lo menos cada año en la pascua, sea echado fuera de ella.

60. Quintas veces y en qué tiempos se haya de comulgar.

Mas con todo eso no se satisfagan los fieles con recibir el cuerpo del Señor solo una vez al año obedeciendo a este decreto; antes bien entiendan que se ha de repetir muchas veces la Comunión sagrada. Y aunque no puede darse regla fixa para todos, sobre si es mas conveniente comulgar cada mes, cada semana o cada día; a lo menos es muy cierta aquella norma de San Agustín: *Vive de manera que cada día puedas comulgar (Homil. 42. ex 50.)*. Por esto será de la inspección del Párroco exhortar muchas veces a los fieles, a que así como juzgan necesario dar cada día su alimento al cuerpo, así también no pierdan el cuidado de alimentar y mantener cada día su alma con este sacramento. Porque es manifiesto que no está menos necesitada el alma del alimento espiritual, que del natural el cuerpo. Y para este fin será muy conveniente repetir en este lugar aquellos tan grandes y divinos beneficios, que conseguimos por la comunión sacramental de la Eucaristía, como arriba diximos. También podrá añadirse la figura de aquel maná (Exod. 16.), con el qual se debían reparar cada día las fuerzas corporales, y asimismo las autoridades de los santos padres, que en gran manera nos encomiendan el frecuente uso de este sacramento. Porque no fue de solo el padre San Agustín aquella sentencia: *Cada día pecas, comulga cada día (Serm. 28.)*, antes el que lo mire con cuidado, fácilmente hallará que éste fue el sentimiento de todos los padres que escribieron sobre este punto.

61. En lo antiguo fue muy frecuente la Comunión en la Iglesia.

Y que en la primitiva Iglesia comulgaban los fieles cada día, nos lo dicen los hechos Apostólicos (*Actor. 2.*). Porque entonces todos los que profesaban la fe de Jesu-Cristo ardían en verdadera y sincera caridad; de suerte que empleados de continuo en oración y en otros ejercicios de virtud, se hallaban cada día preparados para recibir la sagrada Comunión. Esta costumbre que parecía iba decayendo, se renovó en parte por Anacleto Papa y Mártir santísimo (*De Consecr. Dist. 2. Cap. Peracta.*), pues mandó comulgasen los ministros que asistían al sacrificio de la Misa, afirmando que así lo habían ordenado los Apostóles. También se conservó por mucho tiempo en la Iglesia la costumbre, de que el sacerdote, hecho el sacrificio, y habiendo consumido él, vuelto al pueblo que estaba presente, convidaba a los fieles a la sagrada mesa por estas palabras: *Venid, hermanos, a la comunión*. Y entonces los que se hallaban dispuestos, recibían con suma devoción la sagrada Eucaristía. Mas habiéndose resfriado después el fervor de la caridad y piedad en tanto grado, que muy rara vez se llegaban los fieles a la comunión, se estableció por San Fabiano Papa (*Ubi prox. Cap. Etsi.*) que recibiesen todos la Eucaristía tres veces al año, día del Nacimiento del Señor, y el de la Resurrección y Pentecostés; lo qual confirmaron después muchos concilios y en especial el primero Agatense. Ultimamente habiendo llegado el negocio a tal extremo, que no solo no se guardaba aquella constitución, mas se dilataba por muchos años la comunión de la sagrada Eucaristía, se decretó en el concilio Lateranense (*De Poenit. et rem. Cap. Omnis.*), que todos los fieles recibiesen el sagrado cuerpo del Señor por lo menos una vez cada año por pascua, y que los que no cuidasen de cumplirlo, fuesen arrojados de la Iglesia.

62. A los niños sin uso de razón no se ha de dar la Eucaristía.

Pero aunque esta ley establecida por autoridad de Dios y de la Iglesia pertenezca a todos los fieles, sin embargo se ha de enseñar que están exceptuados los niños, que no tienen todavía uso de razón. Porque estos ni saben discernir la sagrada Eucaristía del pan profano y usual, ni la pueden llegar a recibir con reverencia y devoción. Y hacer lo contrario, parece muy ageno de la institución de Cristo Señor nuestro, porque dixo: *Tomad, y comed (Matth. 26.)*. Y es claro, que los niños no tienen para esto la capacidad suficiente. Ciertamente es que en algunas

partes hubo antiguamente la costumbre de dar tambien a los niños la sagrada Eucaristía; con todo eso, asi por las razones que se acaban de decir, como por otras muchas muy conformes a la piedad cristiana, ha mucho tiempo ya, que por decreto de la misma Iglesia se dexó de hacer esto.

63. *En qué edad se dará la comunión a los niños.*

Acerca de en qué edad pueda darse a los niños la Comunión sagrada, nadie mejor puede determinarlo que su padre y el sacerdote con quien se confiesan. Porque a estos toca explorar, e inquirir de ellos, si tienen algún conocimiento y gusto de este admirable sacramento.

64. *A los faltos de juicio se puede dar alguna vez.*

Tampoco conviene en manera ninguna dar los sacramentos a los locos, que están privados de todo afecto de devoción. Aunque si antes de perder el juicio dieron muestras de piadosa y religiosa voluntad, será licito darles la Comunión sagrada al fin de la vida, segun el decreto del concilio Cartaginense (26. quæst. 6. Cap. Is, qui.), con tal que no se tema peligro de vómito, o de otra irreverencia, o inconveniente.

65. *A los legos no puede darse en ambas especies la "Eucaristía.*

En quanto al rito de comulgar enseñarán los Párrocos,: que está prohibido por la ley de la Iglesia, que ninguno comulgue en ambas especies sin concesión de la Iglesia misma, excepto los sacerdotes, quando consagran el cuerpo del Señor en el sacrificio de la Misa. Porque como declaró el santo concilio de Trento (*Sess. 21. cap. 2.*), aunque Cristo Señor nuestro instituyó en la última cena éste altísimo sacramento, y le dio a sus Apostóles en las especies de pan y vino, no se sigue de ahí que su Magestad estableciese ley, de que se diera a todos en ambas especies. Y aun el mismo Señor nuestro, hablando de este sacramento, muchas veces solo hace mención de una especie, como quando dice: *El que comiere de este pan, vivirá para siempre. Y: El pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo. Mas: El que come este pan, vivirá eternamente (Joann. 3.).*

66. Razones por qué la Iglesia decretó esto.,

Es manifiesto que fueron muchas y de gran peso las razones, que movieron a la Iglesia, no solo para aprobar, sino tambien para confirmar por la autoridad de su decreto la costumbre de comulgar determinadamente baxo una especie sola. Primeramente, porque debia poner cuidado sumo, sobre que la sangre del Señor no se vertiese en el suelo, lo que no parecía fácil de evitar, quando hubiera que administrarla a una grande muchedumbre del pueblo. Demas de esto, debiendo la sagrada Eucaristía llevarse prontamente a los enfermos, estaba muy expuesta a acedarse, si por mucho tiempo se guardaban las especies del vino. Hay tambien muchísimos, que en manera ninguna pueden arrostrar, no solo el sabor, mas ni el olor del vino. Pues porque no ofendiese a la salud del cuerpo, lo que se daba para la del alma, con gran cordura estableció la Iglesia, que no recibiesen los fieles sino la especie de pan. Júntase a estas razones que en muchas provincias se padece gran carestía de vino, sin que se pueda portear a ellas, sino a costa de gastos excesivos, y por caminos muy largos, y dificultosos. Y sobre todo (que es lo que mas importa para nuestro intento) se debia arrancar de raiz la heregía de aquellos que negaban, que estaba Cristo todo baxo ambas especies, diciendo que solo el cuerpo sin sangre estaba en la especie de pan, y la sangre sin cuerpo en la especie de vino. Pues para que la verdad de la fe católica se espusiese mas clara a los ojos de todos, fue muy sabia la determinación de mandar, que solo en especie de pan se diese la sagrada Comunión. Hay tambien otras muchas razones, acopiadas por muchos que han tratado de este argumento, las que si pareciere necesario, se podrán alegar por los Pastores. Ahora se ha de: tratar del ministro, aunque apenas ninguno puede ignorar esto, para que no quede cosa por decir, de lo que pertenece a la doctrina de este sacramento.

67. *El sacerdote es ministro propio de este sacramento.*

Debe enseñarse pues que a solos los sacerdotes es dada la potestad de consagrar la sagrada Eucaristía, y de distribuirla a los fieles. Y siempre se observó esta costumbre en la Iglesia, que percibiesen los fieles los sacramentos de mano de los sacerdotes, y que estos, quando celebran, se comulgasen a sí mismos, como lo explicó el santo concilio de

Trento (Sess. 13. cap. 8.), declarando que esta costumbre debía conservarse con gran veneración, como nacida de la tradición Apostólica; mayormente habiéndonos dexado Cristo Señor nuestro exemplo ilustre de esto, consagrando su cuerpo santísimo, y alargándole por sus manos a los Apostóles (Matth. 26. Marc. 14.). Y atendiendo en el modo posible a la dignidad de tan augusto sacramento, no solamente fue dada a solos los sacerdotes la potestad de administrarle, sino que tambien se prohibió por ley de la Iglesia, que ninguno sin estar consagrado, se atreviese a manejar o tocar los vasos sagrados, lienzos, y demás utensilios necesarios para el sacrificio, si no ocurría grave necesidad.

68. *Puede la Eucaristía hacerse y darse por malos sacerdotes.*

Por lo que queda dicho pueden entender asi los sacerdotes como los demás fieles, con cuánta religión y santidad deben ir adornados, los que se llegan a la Eucaristía, o para consagrarla, o para administrarla, o para recibirla. Bien que lo que arriba se dixo de los demás sacramentos; a saber que no menos se administran por malos ministros, si legitimamente se observan las cosas que pertenecen al perfecto valor del sacramento, lo mismo se dice del de la Eucaristía. Porque debemos creer, que todas estas cosas no dependen del mérito de los ministros, sino de Cristo Señor nuestro, con cuya virtud y potestad se obran. Y esto es lo que se ha de explicar de la Eucaristía, segun que es sacramento. Resta ahora decir lo que acerca de ella se debe declarar, en quanto es sacrificio, para que entiendan los Párrocos las cosas que principalmente deben enseñar al pueblo fiel sobre este misterio en los Domingos y dias de fiesta, como lo decretó el santo concilio de Trento (*Sess. 22. in princ.*).

69. *La Eucaristía es el sacrificio peculiar del nuevo Testamento, y aceptísimo*

a Dios.

Es verdaderamente este sacramento no solo un tesoro de celestiales riquezas, que si usamos bien de él, nos conciliamos la gracia y el amor de Dios, sino que tambien tenemos aqui un modo y medio muy particular, con que podamos darle algunas gracias por los inmensos beneficios que nos ha hecho. Quán agradable y quán acepta sea a Dios esta víctima, si se le sacrifica en el modo legitimo que se debe hacer,

podemos colegirlo, de que los sacrificios de la ley antigua eran tales, que de ellos está escrito: *No quisiste tu, Señor, los holocaustos, ni los sacrificios (Ps. 39.).* Y otra vez: *Si tu, Señor, quisieses el sacrificio, ofrecérselo ha, mas no te agradan los holocaustos (Psalm. 50.).* Sin embargo de eso de tal manera agradaron al Señor, que dice la escritura: *Y percibió Dios de ellos olor de suavidad (Genes. 8.),* esto es, que le fueron agradables y aceptos. ¿Qué pues no podremos esperar nosotros de este sacrificio donde es sacrificado, y ofrecido aquel mismo, por quien se oyó dos veces esta voz del cielo: *Este es mi Hijo amado, en quien yo me agradé (Matth. 3. et 17.)?* Expondrán pues los Párrocos cuidadosamente este misterio, para que aprendan los fieles a meditarlo con atención y reverencia, quando asistieren al santo sacrificio de la Misa.

70. Por qué causas instituyó el Señor la "Eucaristía.

Primeramente pues enseñarán que Cristo Señor nuestro instituyó la Eucaristía por dos cosas. Una, para que fuese sustento celestial de nuestras almas, con el qual pudiésemos conservar y mantener la vida espiritual. Otra, para que tuviese la Iglesia un perpetuo sacrificio, por el qual se perdonasen nuestros pecados, y el Eterno Padre gravemente ofendido repetidas veces por nuestras maldades, quedase aplacado, y trocase la ira en misericordia, y la justa severidad en clemencia. En el cordero pascual tenemos figura y semejanza de esto; pues solian los hijos de Israel ofrecerle y comerle, como sacrificio, y como sacramento. Y a la verdad no pudo nuestro Salvador, estando para ofrecerse a sí mismo a Dios Padre en el ara de la cruz, dexarnos otra prenda mas rica de su inmensa caridad, y amor hacia nosotros, que este sacrificio visible, por el qual se renovase aquel sacrificio sangriento, que de allí a poco habia de ofrecerse una vez en la cruz, y hasta el fin del mundo se celebrase su memoria cada dia con suma utilidad por la Iglesia esparcida por toda la redondez de la tierra.

71. En qué se diferencian el sacramento, y el sacrificio.

Mucho se diferencian entre sí estas dos razones. Porque el sacramento se perficiona por la consagración; mas como sacrificio toda su fuerza está, en que sea ofrecido. Por esto la sagrada Eucaristía, quando está en el copón o se lleva a los enfermos, tiene razón de sacramento; mas no de sacrificio. Demas de esto en quanto es sacramento causa mérito, y comunica a los que reciben la divina hostia, todos los bienes que

arriba mencionamos. Mas como sacrificio, no solo tiene virtud de merecer, sino tambien de satisfacer. Porque asi como Cristo Señor nuestro mereció en su pasion por nosotros, y juntamente satisfizo, asilos que ofrecen este sacrificio, en el qual comunican con nosotros, merecen los frutos de la pasion del Señor, y al mismo tiempo satisfacen.

72. Quando se instituyó este sacrificio.

Acerca de la institución de este sacrificio ya nos quitó toda razón de duda el santo concilio de Trento, declarando que le instituyó Cristo Señor nuestro en la ultima cena (*Sess. 22. cap. 1.*) y al mismo tiempo fulminando anatema contra los que afirman, que no se ofrece en él a Dios sacrificio verdadero y propio, o que el ofrecerle no es otra cosa, que dársenos Cristo para ser comido.

73. Que el sacrificio no puede ofrecerte sino a solo Dios.

Tampoco dexó el santo concilio de explicar con cuidado, que a solo Dios se ofrece sacrificio (*Ibid. c. 3.*). Porque aunque la Iglesia suele celebrar Misas en memoria y honor de los santos, con todo eso nunca enseñó que se ofrecía a ellos el sacrificio, sino a solo Dios, quien coronó a los santos de gloria inmortal. Por tanto nunca dice el sacerdote: *A tí, Pedro o Pablo, ofrezco este sacrificio*, sino que ofreciéndole a solo Dios, le da gracias por la victoria insigne de sus gloriosos mártires. Y de este modo imploramos su patrocinio, para que se dignen de interceder por nosotros en los cielos aquellos cuya memoria celebramos en la tierra.

74. De dónde se tomó la doctrina del sacrificio y sacerdocio de la ley nueva.

Estas cosas que enseña la Iglesia católica sobre la verdad de este sacrificio, las tomó de las palabras del Señor, quien encomendando a los Apostóles aquella noche ultima estos mismos sagrados misterios, dixo: *Haced esto en memoria de mí (Luc. 22. et 1. Corinth. 11.)*. Entonces los instituyó sacerdotes, como lo definió el santo concilio de Trento (*Ibid. cap. 1. et Can. 2.*), y mandó que ellos y todos los que les sucediesen en el ministerio sacerdotal, sacrificasen, y ofreciesen su

cuerpo. Y bastantemente muestran tambien esto mismo las palabras del Apostol, diciendo a los Corintios: *No podéis beber el caliz del Señor, y el caliz de los demonios; no podéis ser participantes de la mesa del Señor, y de la mesa de los demonios (1. Corinth. 10.)*. Porque asi como por la mesa de los demonios se ha de entender el altar, donde se les sacrificaba, asi tambien (para que se concluya por un discurso probable, lo que propone el Apostol) no puede significar otra cosa la mesa del Señor, que el altar, en que se ofrece a su Magestad sacrificio.

75. De las figuras y profecías antiguas de la Eucaristía.

Y si buscamos en el Testamento viejo figuras y profecías de este sacrificio, hallaremos primeramente, que Malaquías le profetizó con tanta claridad, como consta de estas palabras: *Desde donde sale el sol hasta donde se pone, es grande mi nombre entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica, y se ofrece a mi nombre ofrenda limpia, porque es grande mi nombre entre las gentes, dice el Señor de los exércitos (Malach. 1.)*. Demas de esto, asi antes como despues de promulgada la ley, fue anunciada esta hostia con diferencias varias de sacrificios. Porque esta víctima, como perfección y cumplimiento de todas abrazó en sí todos los bienes, que eran significados por esos sacrificios. Pero en ninguna otra cosa se dexa ver su imagen mas expresa, que en el sacrificio de Melquisedec (*Hebr. 7.*), pues que declarándose el mismo Salvador constituido sacerdote para siempre segun el orden de Melquisedec (*Conc. Trident. Sess. 22. cap. 2.*), ofreció a Dios Padre en la última cena su cuerpo y sangre baxo las especies de pan y vino.

76. El sacrificio de la Misa es el mismo que el de la cruz.

Confesamos pues, y asi debe creerse, que es uno y el mismo sacrificio, el que se ofrece en la Misa, y el que se ofreció en la cruz, asi como es una, y la misma la ofrenda, es a saber Cristo Señor nuestro, el qual solo una vez vertiendo su sangre se ofreció a sí mismo en el ara de la cruz. Porque la hostia cruenta e incruenta no son dos, sino una misma, cuyo sacrificio se renueva cada dia en la Eucaristía, despues que mandó asi el Señor: *Haced esto en memoria de mí (Ps. 109.)*.

77. Tambien es uno mismo el sacerdote.

Y uno solo tambien y uno mismo es el sacerdote, que es Cristo Señor nuestro. Porque los ministros que hacen el sacrificio, no obran en su nombre, sino en el de Cristo, quando consagran el cuerpo y sangre del Señor. Y esto se muestra por *las* mismas palabras de la consagración. Porque no dice el sacerdote: *Esto es el cuerpo de Cristo*, sino *esto es mi cuerpo*. Que es decir, que representando la persona de Cristo Señor nuestro, convierte la substancia del pan y vino en la verdadera substancia de su cuerpo y sangre.

78. La Misa es sacrificio de alabanza, y de propiciación.

Siendo esto asi, se ha de enseñar sin duda alguna, lo que tambien explicó el santo concilio (Ubi prox.), que el sacrosanto sacrificio de la Misa es, no solo sacrificio de alabanza, y de acción de gracias, o mera commemoracion del sacrificio que se hizo en la cruz, sino que tambien es verdaderamente sacrificio propiciatorio, por el qual se vuelve Dios aplacado y propicio a nosotros. Y por tanto si ofrecemos y sacrificamos esta santisima hostia coa puro corazon, ardiente fe, y dolor íntimo de nuestros pecados, no se ha de dudar que conseguiremos la misericordia y la gracia con socorro oportuno (*Hebr. 9.*). Porque con el olor de esta víctima se deleyta el Señor en tal manera, que dándonos el don de la gracia y la penitencia, nos perdona los pecados. Por esto hace la Iglesia aquella solemne oración: *Quantas veces se celebra la commemoracion de esta hostia, otras tantas se exercita la obra de nuestra redencion*: Esto es, aquellos copiosísimos frutos de la hostia ofrecida en la cruz se derivan a nosotros por la hostia y sacrificio de la Misa.

79. La Misa aprovecha a vivos y difuntos.

Enseñarán demás de esto los Párrocos que es tal la virtud de este sacrificio, que no solo aprovecha al que le consagra y consume, sino a todos los fieles tambien, asi vivos como difuntos en el Señor, cuyos pecados no están todavía cabalmente purgados. Porque por tradición certísima de los Apostóles no se ofrece por estos con menos utilidad, que por los pecados, penas, satisfacciones, y qualesquier otras calamidades, y angustias de los vivos.

80. Todas las Misas son comunes a todos.

Por aquí se ve claro facilmente, que todas las Misas se deben tener por comunes, como pertenecientes a la utilidad y salud comun de todos los fieles.

81. De la utilidad de las ceremonias de la Misa.

Tiene tambien este sacrificio muchas y muy insignes y solemnes ceremonias. Ninguna de ellas se ha de juzgar ociosa o vana. Porque todas se encaminan, a que resplandezca mas la magestad de tan alto sacrificio, y a que los fieles que asistan a la Misa, se exciten a la contemplación de los saludables misterios que están cubiertos en este sacrificio. Pero no hay por qué detenernos en tratar este punto, ya porque pide explicación mas larga de la que pertenece a nuestro intento, y ya porque los sacerdotes tienen a mano casi innumerables libritos y comentarios, que sobre esta materia han escrito piadosos y doctísimos varones. Baste pues el haber explicado hasta aqui con el favor de Dios los principales puntos, que pertenecen a la Eucaristía, así en quanto sacramento, como en quanto sacrificio.

CAPÍTULO V.

DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA.

1. Con cuidado y frecuencia se debe proponer esta doctrina.

Así como es a todos manifiesta la fragilidad y miseria de la naturaleza humana, y cada uno luego lo reconoce en sí por experiencia propia, así ninguno puede ignorar lo muy necesario que es el sacramento de la Penitencia. Y por esto si se debe medir el cuidado que han de poner los Párrocos en cada argumento por la gravedad y peso del asunto que tratan; llanamente debemos confesar, que por muy diligentes que sean en la explicación de este sacramento, nunca les ha de parecer que basta. Y con mas cuidado todavía se ha de tratar de este sacramento, que de el del Bautismo. Porque el Bautismo solo se da una vez sin poder repetirse; pero la Penitencia tantas tiene cabida, y tantas está impuesta la necesidad de reiterarse, cuántas acaeciére pecar después del Bautismo. Porque como dixo el concilio de Trento, tan necesaria es para la salud la Penitencia a los que cayeron después del Bautismo, como el Bautismo para los que todavía no están reengendrados (*Sess. 14. cap. 1.*). Y aquella comun sentencia de San Gerónimo: *Que la Penitencia es segunda tabla después del Bautismo (In cap. 3. Isai.)*, está muy recibida por todos, los que trataron después de las cosas divinas (*V. D. Thom. 3. p. q. 84. art. 6.*): porque así como en un naufragio no queda otro refugio para salvar la vida, que asirse, si se puede, de una tabla; así después de perdida la inocencia del Bautismo, se ha de desesperar sin duda de la salud de aquel que no se acogiere a la tabla de la Penitencia. Y sirva esto no solo para excitar a los Pastores, sino también a los demás fieles, para que no se hagan descuidados y reprehensibles en cosa tan necesaria. Porque primeramente considerando lo frágiles que son, deben solicitar con todas veras, que con el socorro de la divina gracia puedan ir adelante en el camino de Dios, sin padecer caída ni desliz ninguno. Pero si alguna vez llegan a tropezar, entonces levantando los ojos, a la suma benignidad de Cristo, quien como buen Pastor suele ligar y curar las llagas de sus ovejas (*Ezech. 34. et Joann. 10.*), entenderán que sin dar dilaciones deben aprovecharse de esta tan saludable medicina de la Penitencia.

2. *Variar significaciones de esta voz Penitencia.*

Pero entrando en el asunto primeramente deben explicarse las varias significaciones de este nombre, para que nadie cayga en algún error por lo dudoso de él. Porque algunos toman la *Penitencia* por lo mismo que *satisfaccion*. Otros extraviándose muy lexos de la doctrina de la fe católica, y pensando que la Penitencia no tiene cuenta alguna con la vida pasada, la difinen, diciendo, *que no es otra cosa, que entablar nueva vida*. Se ha de enseñar pues que son muchas las significaciones de este nombre. Porque primeramente se dice que tienen penitencia aquellos a quienes desagrada alguna cosa, que antes les agradaba, sin detenerse en si era bueno o malo. Asi hacen penitencia todos aquellos cuya tristeza es segun el siglo, no segun Dios (2. *Corinth.* 7.). Pero esta penitencia no obra la salud, sino la muerte. La segunda penitencia es, quando habiendo uno cometido algún pecado, que antes le contentaba, concibe dolor de él; mas no por respeto a Dios, sino por el de sí mismo. La tercera es, quando na solo nos dolemos con íntimo sentimiento del alma por causa del pecado cometido, o damos de este dolor alguna señal externa, sino que estamos pesarosos, y arrepentidos únicamente por Dios. A todos estos géneros de arrepentimiento conviene propiamente la voz de *Penitencia*. Porque quando leemos en las sagradas letras, *que a Dios le pesó (a)*, claro es que esto se dice figuradamente. Porque de este modo de hablar, que es acomodado al language de los hombres, usan las escrituras, quando declaran que Dios determinó mudar alguna cosa, por parecer que obra al modo de los hombres, que si les pesa de algo, lo procuran mudar con toda diligencia. Y en este sentido está escrito: *Que le pesó de haber criada al hombre (Genes. 6.)*. Y en otro lugar: *De haber hecho rey a Saúl (1. Reg. 15.)*

3. *De la diferencia que hay entre estas significaciones.*

Pero debe observarse que hay diferencia grande entre estas significaciones de la penitencia. Porque la primera es viciosa. La segunda es una pasion de animo conmovido y perturbado. Mas de la tercera decimos, que es *virtud*, y que es tambien *sacramento*. Y esta es la significación propia de este lugar. Y primeramente se ha de tratar de ella, segun que es *virtud*; no solamente porque el pueblo fiel debe ser doctrinado por los Pastores en todo genero de virtudes, sino tambien porque los actos de esta virtud sirven como de materia, en la qual consiste el sacramento de la Penitencia. Por tanto si primero no

se entiende bien, cuál sea la virtud de la penitencia, es necesario que tambien se ignore la esencia del sacramento.

4. *Qué cosa sea la penitencia interior.*

Pues en primer lugar se ha de amonestar y exhortar a los fieles, a que trabajen con todo conato y esfuerzo, por conseguir la penitencia interior del alma, que llamamos *virtud*. Porque sin ella poquísimos les ha de aprovechar la penitencia exterior. La penitencia interior es aquella por la qual nos convertimos a Dios de todo corazón, destestando y aborreciendo las culpas cometidas, y juntamente proponiendo y deliberando enmendar la mala vida pasada, y las depravadas costumbres con esperanza de alcanzar perdón de la misericordia de Dios. A esta penitencia se sigue el dolor y la tristeza, que es perturbación y afección, y a la que muchos llaman *pasión*, como compañera indivisible del aborrecimiento de los pecados; pues por esta razón muchos de los santos padres difinen la penitencia por este dolor, o tormento del alma.

5. *La fe precede, no es parte de la penitencia.*

Pero es necesario en el que se arrepiente que preceda la fe a la penitencia. Porque ninguno que carezca de fe, puede convertirse a Dios. Y de aquí se sigue que en manera ninguna puede decirse con verdad de la fe, que es parte de la penitencia.

6. *La penitencia interior es verdadera virtud.*

Esta penitencia interior, como diximos antes, pertenece a la virtud. Así lo muestran con claridad los muchos preceptos que se han impuesto acerca de la penitencia. Porque la ley no manda sino actos u obras de virtud. Demás de esto nadie puede negar que es acto de virtud dolerse cuándo, cómo, y en cuánto conviene. Y el que esto se haga bien nace de la virtud de la penitencia. Porque sucede a veces concebir los hombres menos dolor del que debieran por los pecados que hicieron. Y aun dixo Salomón, que hay algunos *que se alegran, quando han obrado mal* (Prov. 2.). Otros por el contrario se entregan tanto a la tristeza y aflicción, que llegan hasta desesperar enteramente de su salud, como parece que lo hizo Cain; pues dixo: *Tan grande es mi*

maldad, que no merece perdon (Genes. 4.). Y tal fue ciertamente la de Judas, el que movido de penitencia perdió en la horca la vida y el alma (*Matth. 27.*). Pues para que podamos tener modo y medio en el dolor, sirve y nos ayuda la virtud de la penitencia.

7. *Qué afectos debe tener el verdadero penitente.*

Lo mismo se puede colegir tambien de aquellas cosas que se propone como fin, el que está verdaderamente arrepentido de sus pecados. Porque lo primero que se propone, es borrar el pecado, y limpiar toda culpa y mancha de su alma. Lo segundo, satisfacer a Dios por los pecados cometidos. Y esto claro es que pertenece a la *justicia*. Porque aunque entre Dios, y los hombres no puede intervenir razón de rigurosa justicia, por lo mucho que distan entre sí; sin embargo es constante que hay alguna, qual es, la que hay entre el padre y los hijos, y el Señor y los siervos. Lo tercero es, volver el hombre a la gracia de Dios, en cuya desgracia y aborrecimiento había incurrido por la fealdad del pecado. Y todo esto declara bastantemente que la penitencia es virtud.

8. *Per qué gradas se sube a esta virtud de la penitencia.*

Pero tambien se ha de enseñar por qué gradas se puede subir a esta virtud divina. Primeramente entra la misericordia de Dios, previniendo y convirtiendo hacia sí nuestros corazones. Y esto pedia el Profeta, quando decia: *Conviértenos, Señor a tí, y convertirnos hemos (Thren. 5.).* Despues ilustrados con esta luz, enderezamos el corazon a Dios por medio de la fe. *Porque el que se llega a Dios,* dice el Apostol, *ha de creer que le hay y que es remunerador de los que le buscan (Hebr. 11.).* Luego se sigue el movimiento de temor, y acordándose el alma de la terribilidad de los castigos, se aparta de los pecados. Y a esto parece aluden aquellas palabras de Isaías: *Como la que concibió, quando se llega el parto, gime y da gritos con sus dolores, asi nos acaee, Señor, delante de ti (Isai. 26.).* A esto se llega despues la esperanza de alcanzar de Dios misericordia, y alentados con ella resolvemos enmendar la vida y costumbres. Ultimamente se encienden nuestros corazones con la caridad, la qual nace el temor filial, que es propio de los buenos y generosos hijos; y asi temiendo ya únicamente ofender en alguna cosa a la Magestad de Dios, abandonamos enteramente la costumbre de pecar. Y por éstas como gradas se sube a esta excelentísima virtud de la penitencia.

9. *Quál sea el fruto principal de la penitencia.*

Como del todo celestial y divina se ha de tener esta virtud; pues a ella prometen las sagradas letras el rey no de los cielos. Porque escrito está en S. Mateo: *Haced penitencia, que se ha acercado el rey no de los cielos (Matth. 4.)*. Y en Ezequiel: *Si el malo hiciere penitencia de todos los pecados que cometió, y guardare todos mis mandamientos, e hiciere juicio y justicia, vivirá con vida (Ezech. 18.)*. Y en otro lugar: *No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su camino, y que viva (Ibid. 33.)*. Y es claro que esto se debe entender de la vida eterna y bienaventurada.

10. *Que debe decirse de la penitencia exterior, y por qué la puso Cristo en el*

numero de los sacramentos.

Acerca de la penitencia exterior se ha de enseñar que ella es, en la que consiste la esencia del sacramento; y que tiene ciertas señales externas y sensibles, por las qualesse descubre, lo que interiormente se obra en el alma. Y primeramente se ha de explicar a los fieles, por qué Cristo Señor nuestro quiso poner la penitencia en el número de los sacramentos. La causa de esto fue, el que no nos quedase ningún rastro de duda acerca del perdon de los pecados, que Dios prometió, quando dixo: *Si el malo hiciere penitencia, &c.* Porque sería necesario estar las almas en gran manera suspensas acerca de la penitencia interior; pues justamente debe temer cada uno en las cosas que hace por su propio juicio. Y así para ocurrir el Señor a esta nuestra solicitud, instituyó el sacramento de la penitencia, por el qual estuviésemos confiados, de que mediante la absolución del sacerdote, se nos perdonaban los pecados, y se aquietasen mas nuestras conciencias por la fe, que con tanta razón se debe dar a la virtud de los sacramentos. Porque las palabras del sacerdote, que legítimamente nos absuelve de los pecados, las hemos de tomar del mismo modo que las de Cristo Señor nuestro, quando dixo al paralítico: *Confía, hijo, tus pecados te son perdonados (Matth. 6.)*. Pero demás de esto como ninguno puede salvarse sino por Cristo y por el beneficio de su pasión, fue muy conveniente y muy útil para nosotros, que se instituyese este sacramento, por cuya virtud y eficacia corriese hasta nosotros la sangre de Cristo, y nos lavase los pecados que cometimos despues del Bautismo; y de esa manera nos reconociésemos obligados a solo nuestro Salvador por el beneficio de la reconciliación.

11. Como la penitencia es verdadero sacramento de la ley nueva.

Y que la penitencia es sacramento, facilmente lo mostrarán de este modo los Pastores. Porque asi como el Bautismo es sacramento, porque borra todos los pecados, y señaladamente el original; por la misma razón se ha de decir verdadera y propiamente sacramento la penitencia, que quita todos los pecados que cometimos despues del Bautismo por nuestra voluntad o acción. A mas de esto (y es la razón principal) como todas aquellas cosas que se hacen en lo exterior, asi por el penitente, como por el sacerdote, declaran las que interiormente se obran en el alma, ¿quién negará tener la penitencia el verdadero y propio ser de sacramento? Porque el sacramenta es señal de cosa sagrada. El pecador que está arrepentido, claramente manifiesta por sus acciones y palabras, que apartó su corazon de la fealdad del pecado. Y asimismo por las cosas que hace y dice él sacerdote, luego venimos en conocimiento de la misericordia de Dios, quien perdona esos pecados mismos, aunque abiertamente declaran esto aquellas palabras del Salvador: *A ti daré las llaves del reyno de los cielos, y quanto desatares sobre la tierra, será tambien desatado en los cielos (Matth. 16.)*. Porque la absolución manifestada por las palabras del sacerdote, señala el perdon de los pecados, que causa en el alma.

12. El sacramento de la Penitencia puede reiterarse.

Pero no solamente se ha de enseñar a los fieles, que. la penitencia se debe colocar en el número de los sacramentos, sino tambien en el de aquellos que se pueden reiterar. Porque preguntando San Pedro al Señor, si se perdonarla al pecador hasta siete veces, le respondió su Magestad: *No digo siete, sino basta setenta veces siete (Ibid. 18)*. Y por tanto si se hubiere de tratar con aquella condición de hombres, que parece desconfían de la suma bondad y clemencia de Dios, procurarán los Pastores confortarlos, y alentar sus ánimos a la esperanzada la gracia divina. Y facilmente conseguirán esto, ya discurriendo sobre este paso, y otros muchos que hallarán en las sagradas letras, y ya con las razones y argumentos que pueden tomar de los libros de los Santos Crisóstomo de *Lapsis*, y Ambrosio de *Poenitentia*.

13. Qual sea la materia de este sacramento.

Y porque cosa ninguna deben tener mas bien sabida los fieles, que la

materia de este sacramento, debe enseñarse que en esto se diferencia muchísimo este de los demás. Porque la materia de los otros sacramentos es alguna cosa natural o artificial; pero del sacramento de la penitencia son, como materia los actos del penitente, conviene a saber, *contrición*, *confesion* y *satisfaccion*, segun se declaró por el Concilio Tridentino (*Sess. 14. cap. 13.*). Y estos actos en tanto se dicen parte de la penitencia, en quanto por institución de Dios se requieren en el penitente para la integridad del sacramento, y para el cabal y perfecto perdon de los pecados. Y llama el concilio a estos actos, *como materia*, no porque no sean materia verdadera, sino porque no son de aquella calidad de materias que se aplican por defuera; como el agua en el Bautismo, el crisma en la Confirmación. Y acerca de lo que dixerón algunos, que los pecados mismos eran la materia de este sacramento, si bien se mira, se verá que no se dice cosa diversa. Porque asi como decimos, que la leña es materia del fuego, por consumirse con su fuerza; asi los pecados, como se deshacen por la penitencia, muy bien se pueden llamar materia de este sacramento.

14. Qual sea la forma del sacramento de la penitencia.

Tampoco deben omitir los Pastores la explicación de la forma. Porque este conocimiento excitará los ánimos de los fieles a recibir con suma devoción la gracia de este sacramento. La forma es esta: *Yo te absuelvo*; la qual no solo se puede colegir de aquellas palabras: *Quanto desatáredes sobre la tierra, será desatado en el cielo (Matth. 18)*; sino que la habernos recibido de la misma doctrina de Cristo Señor nuestro enseñada por los Apostóles. Y como los sacramentos significan aquello que obran, y estas palabras: *Yo te absuelvo*; muestran que se hace el perdon de los pecados en la administración de este sacramento, es claro que esta es la forma perfecta de la penitencia; pues los pecados son como unas cadenas, con que las almas están aprisionadas, y de las que se libran por el sacramento de la penitencia. Y con igual verdad pronuncia tambien esto el sacerdote sobre aquel hombre, que en fuerza de una contrición ardentísima; pero con deseo de confesarse, hubiera antes conseguido de Dios el perdon de sus pecados.

15. Por qué se añaden a la forma otras oraciones.

Añádense a la forma algunas oraciones, no porque a la verdad sean necesarias para la forma, sino para quitar en el penitente todos los embarazos que por culpa suya podrían impedir la virtud y eficacia del

sacramento.

16. Quénto se diferencie la potestad de los sacerdotes de la ley nueva en

discernir la lepra del pecado, de la que tenían los de la ley antigua.

Por esto deben los pecadores dar muchísimas gracias al Señor, quien dio a los sacerdotes en su Iglesia tan amplia potestad. Porque no es ahora lo que era antiguamente en la ley vieja, que los sacerdotes solo declaraban por su testimonio, que estaba alguno libre de la lepra (*Levit. 13. et 14.*). Pero ahora en la Iglesia se ha dado a los sacerdotes potestad, no solo de declarar, que está el penitente libre de sus pecados; sino que absuelven de ellos verdaderamente, como ministros de Dios; que es lo mismo que hace su Magestad, Autor y Padre de la gracia y de la justicia.

17. De los ritos que deben observar los penitentes.

Pero tambien los fieles guardarán con cuidado los ritos que se hacen para este sacramento. Porque de esa manera se les quedará mas impreso en el alma, lo que han conseguido por él. Es a saber, que ellos como siervos se han reconciliado con su clementísimo Señor, o mas bien como hijos con su amantísimo padre. Y al mismo tiempo entenderán mejor, qué es lo que deben hacer los que quieran (que todos deben quererlo) mostrarse agradecidos, y reconocidos a tan gran beneficio. Pues el que se viene a confesar arrepentido de sus pecados, se arrodilla con ánimo humilde y rendido a los pies del sacerdote; para que portándose con esa sumisión, pueda conocer facilmente que deben arrancarse las raices de la soberbia, de donde han procedido y dimanado todas las maldades que llora (*Eccli. 10.*). En el sacerdote que está sentado como su legitimo Juez, venera la persona y potestad de Cristo Señor nuestro. Porque el sacerdote asi como hace las veces de Cristo en la administracion de los demás sacramentos, asi las hace tambien en el de la penitencia. Despues el penitente declara en tal manera sus pecados, que se confiesa reo de muy grande y muy severo castigo, y pide humillado el perdon de sus delitos. Todas estas cosas tienen testimonios certísimos de su antigüedad desde San Dionisio (*Epistol. ad Demoph.*).

18. De los principales frutos de este sacramento.

Pero cosa ninguna será tan provechosa para los fieles, ni les hará abrazar con mayor prontitud la penitencia, como explicar los Párrocos muchas veces los grandes frutos que de ella se cogen; pues entenderán que con toda verdad puede decirse de ella, que sus raíces sí son amargas, mas sus frutos suavísimos. Consiste pues la virtud principal de la penitencia, en restituírnos a la gracia de Dios, y en estrecharnos con él por una suma amistad. A esta reconciliación suele a las veces seguirse en las almas virtuosas, y que reciben este sacramento con pureza y devoción, una grandísima paz y serenidad de conciencia con una suma alegría de espíritu; porque no hay maldad tan grave y tan enorme, que no se borre por el sacramento de la penitencia, y no una vez sola, sino otras muchas. Acerca de esto dice así el Señor por el Profeta: *Si el malo hiciere penitencia de todos los pecados que cometió, y guardare mis mandamientos, e hiciere juicio y justicia, vivirá con vida, y no morirá. No me acordaré mas de todas las maldades que hizo (Ezech. 18).* Y San Juan: *Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es para perdonar nuestros pecados.* Y poco despues: *Si alguno pecare, dice (sin exceptuar genero de pecado ninguno) abogado tenemos ante el Padre, que es Jesu-Cristo justo, el qual es aplacador de su ira, y el que satisface por todos nuestros pecados, y no solo por los nuestros; sino tambien por los de todo el mundo (1. Joann. 2.).*

19. Cómo se dice que algunos pecados no pueden perdonarse.

Y acerca de lo que leemos en las escrituras, que algunos no consiguieron la misericordia de Dios, aunque la imploraron con grande ahinco; esto en tanto entendemos que fue así, en quanto no les pesaba de veras, y de todo corazon de sus pecados. Y así quando en las escrituras, o en los santos padres, ocurren sentencias, que al parecer afirman que algunos pecados no pueden perdonarse; se deben explicar de modo que entendamos, que es muy dificultoso alcanzar el perdon. Porque así como una enfermedad se dice incurable, si está el enfermo en tal disposición que no quiere tomar la medicina que le habia de dar la salud; así tambien hay cierto linage de pecados, que ni se remite, ni se perdona; porque se desecha la gracia de Dios, que es el remedio único de la salud. A este propósito dixo San Agustín: *Es tan grande la malicia de aquel pecado, quando despues de conocer a Dios por la gracia de Cristo, hace uno guerra a la caridad fraternal, y contra la misma gracia se abrasa con las llamas de la envidia, que no pueda*

humillarse a pedir perdon, aunque la mala conciencia le obligue a conocer, y a confesar su pecado (L. 1. de Serm. Dom. in mont. c. 22.)

20. Ninguno puede conseguir perdon sino por la penitencia.

Pero volviendo a la penitencia, es tan propia y privativa de ella la virtud de perdonarlos pecados, que sin penitencia ninguno puede no solo alcanzar, mas ni esperar el perdon de ellos. Porque escrito está: *Si no hicieredes penitencia, todos igualmente pereceréis (Luc. 13.)*. Esto sin duda lo dixo el Señor por los pecados mortales. Pero tambien los leves, que se llaman veniales, requieren algún genero de penitencia, porque dice San Agustín: *Habiendo cierta penitencia, que se hace en la Iglesia cada dia por los pecados veniales, esta a la verdad sería ociosa, si los pecados veniales se pudieran perdonar sin penitencia (Hom. 60.)*.

21. Quáles sean las partes integrales de la penitencia.

Pero como no basta hablar en comun de las cosas que en alguna manera debemos hacer, cuidarán los Párrocos de enseñar a los fieles en particular aquellas, por las que puedan conocer qual sea la penitencia verdadera y provechosa. Propio es de este sacramento tener ademas de la materia y forma, que son comunes a todos, aquellas partes tambien que, como antes diximos, son las que componen la perfecta y entera penitencia, que son: *contrición, confesion, y satisfaccion*; de las quales dice así San Crisóstomo: *Obliga al pecador la penitencia, a sufrir gustoso todas las cosas: En su corazon la contrición, la confesion en la boca, y en las obras toda humildad, o provechosa satisfaccion (Hom. 9. de Poenit. et habetur. De poenit. dist. 3. cap. Perfecta.)*. Y estas partes son de la linea de aquellas que son necesarias para componer un todo. Porque así como el cuerpo del hombre consta de muchos miembros, manos, pies, ojos, y otros semejantes, y qualquiera que falte, ya se llama con razón imperfecto, pero será perfecto si los tiene todos; así la penitencia de tal modo se compone de estas tres partes, que aunque por lo que toca a su naturaleza, bastan la *contrición* y *confesion*, por las quales se hace el hombre justo; con todo eso sino se le junta la tercera parte, que es la *satisfaccion*, es necesario que le falte algo para su cabal perfección. Y así estas partes están tan enlazadas entre sí, que la contrición encierra en sí deseo y propósito de confesar y de satisfacer. Esta misma contrición, y el

propósito de satisfacer, preceden a la confesion; y en fin la contrición y confesion preceden a la satisfaccion.

33. Cómo se enlazan entre sí estas tres partes de la penitencia.

De estas tres partes podemos dar la razón, de que los pecados se cometen contra Dios por pensamiento, por palabra, y por obra. Y por esto era muy conforme, que sujetándonos a nosotros mismos a las llaves de la Iglesia, procurásemos aplacar la ira de Dios, y alcanzar el perdón de los pecados, por los mismos instrumentos y medios con que habíamos ofendido a su divina Magestad. Y por otra vía se puede tambien convencer esto mismo. Es en realidad la penitencia, como cierta recompensa de los pecados, que nace de la voluntad de aquel que pecó, y que se señala al arbitrio de Dios, que es el ofendido por el pecado. Requiere pues voluntad de recompensar, en lo qual principalmente se emplea la contrición; y asimismo es necesario que se sujete el penitente al juicio del sacerdote, que es el que hace las veces de Dios, para que pueda tasarle la pena conforme a la grandeza de las culpas; y por aqui se ve manifiesta la razón y la necesidad asi de la confesion, como de la satisfaccion.

23. Qué sea contrición en este lugar.

Siendo pues preciso declarar a los fieles la virtud y naturaleza de estas tres partes, se ha de empezar por la contrición, y ha de explicarse con toda cuidado; porque ni por un instante debe el alma estar sin contrición, quando vuelven a la memoria los pecados cometidos, o quando cae en otros. Los padres del concilio Tridentino la difinen asi: *Es la contrición dolor del alma, y detestacion del pecado cometido con propósito de no pecar en adelante (a).* Y poco despues tratando del movimiento de la contrición, añaden: *Asi finalmente prepara para el perdón de los pecados, si viene acompañado de la esperanza en la divina misericordia, y del propósito de cumplir las demás cosas que se requieren para recibir, como se debe, este sacramento.* Pues por esta difinicion entenderán los fieles, que la contrición no consiste solo en que uno déxe de pecar, o en que proponga entablar nuevo orden de vida, o en que de hecho le haya entablado ya, sino que principalmente se ha de emprender el aborrecimiento y purificación de la mala vida pasada. Confirman esto en gran manera aquellos clamores de los santos padres, que con mucha frecuencia y abundancia leemos derramados

en las sagradas letras, *Trabajé en mi gemido*, dice David, *lavaré cada una de las noches mi cama con mis lágrimas* (Psalm. 6.). Y: *Oído ha el Señor la voz de mi llanto* (Ibid.). Y otro dice tambien: *Recorreré, Señor, delante de tí todos los años de mi vida con amargura de mi alma* (Isai. 38.). Las cuales voces y y otras semejantes, son ciertamente nacidas de un aborrecimiento vehemente de la mala vida pasada, y de una gran detestacion de los pecados.

24. Por qué los padres del concilio llamaron dolor a la contrición.

Mas en orden a haberse difinido la contrición por *el dolor*, se ha de advertir a los fieles, que no piensen acaso que este dolor es de los que se perciben por alguno de los sentidos del cuerpo. Porque la contrición es acción de la voluntad. Y San Agustín afirma, que el dolor es compañero de la penitencia, no la penitencia misma (*Hom. 50. cap. 1.*). Pero explicaron los padres por el nombre de *dolor* la detestacion y aborrecimiento del pecado, ya porque asi lo usaron las sagradas letras; pues dice David: *¿Por cuánto tiempo pondré consejos en mi alma, y dolor cada dia en mi corazon* (Psalm. 12.)? Y ya porque el dolor nace de la contrición en la parte inferior del alma, que se llama *concupiscible*, y como la contrición es causa del dolor, pudo muy bien difinirse por él. Y para declararle acostumbraron tambien los penitentes mudar el vestido; acerca de lo qual dice el Señor por San Mateo: *¡Ay de tí, Corozain! ¡ay de tí, Bethsaida! que si en Tiro y en Sidon hubieran sido hechas las maravillas que se han hecho en vosotras, mucho ha que habrían hecho penitencia en cilicio y ceniza* (Matth. 11.).

25. Por qué se llama contrición la detestacion del pecado.

Y con mucha propiedad se impuso el nombre de *contricion* a esta detestacion del pecado de la que vamos hablando, a fin de declarar la fuerza de este dolor por el símil de las cosas corporales que se quebrantan y se muelen con una piedra, u otra cosa mas dura, porque asi se declara con esa misma voz, que nuestros corazones endurecidos por la soberbia, se quebrantan y se desmenuzan en virtud de la penitencia. Y asi ningún otro dolor, ya sea motivado de la muerte de padres o hijos, ya de qualquier otra calamidad, se llama con este nombre, sino que es nombre propio de aquel dolor que sentimos por haber perdido la gracia de Dios y la inocencia.

26. De otros nombres con que se suele llamar la contrición.

Con otros nombres tambien se suele declarar esta misma detestacion. Porque se llama *contrición del corazon*; por tomar muchas veces las sagradas letras el nombre de *corazon* por lo mismo que *voluntad*. Porque asi como el corazon es el principio de todos los movimientos del cuerpo, asi la voluntad gobierna y rige todas las potencias del alma. Tambien la llamaron los santos padres *compunción del corazon*; y asi intitularon *De compunctione cordis* los libros que escribieron sobre la contrición. Porque asi como las llagas hinchadas, se abren con la lanceta, para que arrojen la podre que encierran en sí, asi los corazones se sajan con la contrición, como con una lanceta, para que puedan expeler todo el veneno mortal del pecado. Por esto el Profeta Joel la llama *sacadura del corazon*, diciendo: *Convertios a mí con todo vuestro corazon, con ayunos, lloros y llantos, y sajad vuestros corazones (Joel 2.)*.

27. Por qué este dolor debe ser sobre todos.

Este dolor que debe concebirse de los pecados cometidos, ha de ser el sumo, y tan grande sobre todos, que no se pueda excogitar mayor; como es fácil mostrarlo por estas razones. Porque como la contrición perfecta es acto de caridad, que nace de aquel temor que es propio de los hijos; es claro que se debe medir la contrición por la misma vara que la caridad. Y como la caridad con que amamos a Dios, es amor perfectísimo, siguese que la contrición ha de traer consigo un vehementísimo dolor del alma. Porque asi como Dios debe ser amado sobre todo, debe ser sobre todo aborrecido lo que nos aparta de Dios. Sobre lo qual tambien es digno de observarse, que con un mismo modo de hablar se signiifica en las sagradas letras la grandeza de la caridad y la de la contrición. De la caridad se dice: *Amarás a tu Dios y Señor de todo tu corazon (Matth. 22.)*; y por lo que toca a la contrición, clama el Señor por el Profecía: *Convertios a mí con todo vuestro corazon (Joel 2.)*. Demas de esto: si como Dios es el sumo bien entre todas las cosas que deben ser amadas, es tambien el pecado el sumo mal entre todas las que deben ser aborrecidas, siguese que por la misma razón que confesamos que debemos amar a Dios con sumo amor, es necesario decir que debemos mirar al pecado con sumo aborrecimiento; y que el amor de Dios se ha de anteponer a todo de manera, que ni por conservar la vida es lícito pecar. Claramente nos lo enseñan aquellas palabras del Señor: *El que ama padre o madre mas que*

a mí, na es digno de mí (Matth. 10.). Y: El que quisiere salvar su vida, perderla ha (Marc. 8.). Y es tambien de advertir con San Bernardo, que asi como no se señala termino, ni modo a la caridad: porque la tasa en amar a Dios, dice el Santo, es amarle sin tasa (De Diligendo Deo, cap. 1.), asi tampoco se pone límite ninguno al aborrecimiento del pecado.

Sea pues la contrición no solo muy grande, sino vehementísima, y tan perfecta, que sacuda de sí toda floxedad y pereza. Porque en el Deuteronomio está escrito: *Hallarás a tu Dios y Señor quando le buscares; si le buscares con todo tu corazon, y todo quebrantamiento de tu alma (Deuter. 4.). Y por Jeremías: Buscarme heis, y me hallareis, quando me buscáredes con todo vuestro corazon, y seré, hallada de vosotros, dice el Señor (Jer. 29.)*

28. La contrición puede ser verdadera, aunque el dolor sensible no sea

perfecto.

Pero, aunque no podamos conseguir que sea perfecta la contrición, todavía puede ser verdadera y eficaz. Porque muchas veces acaece que nos muevan mas las cosas, sensibles, que las espirituales. Y asi mayor dolor sensible conciben a veces algunos de la muerte de los hijos, que de la fealdad del pecado. Y el mismo juicio se ha de hacer, aunque a la amargura del dolor no correspondan las lágrimas; pero estas en la penitencia son muy apetecibles, y muy recomendables; pues acerca de esto está aquella celeberrima sentencia de S. Agustín: *No hay entrañas en tí de caridad cristiana, si lloras al cuerpo que perdió el alma, y no lloras al alma que perdió a Dios (Serm. 41. de Sanct.).* Y a esto aluden tambien aquellas palabras del Salvador citadas arriba: *¡Ay de tí, Corozain! ¡ay de tí, Bethsaida! que si en Tiro y en Sidon hubieran sido hechas las maravillas que se han hecho en vosotras, mucho ha que hubieran hecho penitencia en cilicio y en ceniza (Matth. 11.).* Aunque para comprobar esto, bastante deben ser los exemplos clarísimos de los Ninivitas, de David, de la Pecadora, y del Principe de los Apostóles; los quales todos implorando la misericordia de Dios con muchísimas lágrimas, alcanzaron el perdon de sus pecados.

29. Los pecados mortales han de ser desatados en particular.

Pero en gran manera han de ser exhortados y amonestados los fieles a que a cada uno de los pecados mortales procuren aplicar propio dolor de contrición; porque asi describe la contrición Ezequias: *Reverteré,*

Señor, en mi memoria delante de tí todos los años de mi vida con amargura de mi alma (Isai. 38.). Porque recorrer todos los años, es escudriñar todos los pecados uno por uno, para dolemos de ellos de todo corazon. Y en Ezequiel tambien leemos asi: *Si el malo hiciere penitencia de todos sus pecados, vivirá con vida (Ezech. 18.).* Y a este propósito dice San Agustin: *Considere el pecador la calidad de su delito en el lugar, en el tiempo, en la variedad, y en la persona (Dist. 5. de Poenit. cap. Consideret).*

30. Basta a veces detestar en general los pecados.

Pero sobre este caso no desconfien los fieles de la suma bondad y clemencia de Dios. Porque siendo amantisimo de nuestra salud, no anda dando largas para concedernos el perdon, antes abraza al pecador con caridad peternal luego al punto que él vuelve sobre sí, y detestando en general sus pecados, se convierte al Señor con ánimo de traerlos a la memoria, y detestarlos en particular en mejor ocasión, si pudiere. Porque asi nos manda esperar por el Profeta, quando dice: *La maldad del impio no le dañará, siempre y quando se convirtiere de su impiedad (Ezech. 33.).*

31. De las cosas que principalmente se requieren para la verdadera contrición.

Ya de estas cosas se pueden colegir aquellas que señaladamente son necesarias para la verdadera contrición; sobre las cuales convendrá instruir con cuidado al pueblo fiel, para que entienda cada uno de qué manera la podrá alcanzar, y tenga regla con que discernir quan léxos está de la perfeccion de esta virtud. Porque primeramente es necesario aborrecer, y dolemos de todos los pecados que hemos cometido; no sea que si nos dolemos solo de algunos, hagamos una penitencia, no saludable, sino fingida y engañosa. Porque como dice el Apostol Santiago: *Qual quiera que guardare toda la ley, si ofendiere en uno, se hace culpado de todos (Jacob. 2.).* Lo segundo es, que trayga consigo la misma contricion voluntad de confesar y de satisfacer, de las cuales cosas se tratará en su lugar. Lo tercero, que tenga el penitente propósito firme y constante de enmendar la vida; pues asi nos lo enseña el Profeta abiertamente por estas palabras: *Si el impío hiciere penitencia de todos los pecados que cometió, y guardare todos mis*

mandamientos, e hiciere juicio y justicia, vivirá con vida, y na morirá; no volveré a acordarme de todas las maldades que hizo (Ezech. 18.). Y poco despues: Quando se apartare el impio de la maldad que cometióle hiciere juicio y justicia, el mismo vivificará su alma. Y mas abaxo añade: Convertios, y haced penitencia de todas vuestras maldades, y no os será para ruina la maldad. Arrojad de vosotros todas las prevaricaciones en que habeis prevaricado, y haceos un corazon nuevo, y un espíritu nuevo. Lo mismo ordenó tambien Cristo Señor nuestro a la muger cogida en adulterio: Vete en paz, la dixo, y no vuelvas a pecar (Joann. 8.). Y lo mismo al paralítico que habia curado junto a la probática piscina: Mira, dixo, que ya estás sano, no quieras ya pecar.

32. Necesario es en la contricion dolor de las culpas pasadas, y propósito de evitar las venideras.

Mas aun la misma naturaleza y la razon muestran claramente, que son necesarias para la contricion esas dos cosas, a saber: *Dolor de los pecados pasados, y propósito y caución de no caer en lo venidero.* Porque el que se quiere reconciliar con un amigo a quien hizo alguna injuria, debe dolerse de haber sido injurioso y contumelioso contra él, y preveer con cuidado para lo sucesivo de no hacer cosa que pueda ser ofensiva de la amistad. Estas dos cosas es necesario que vengan acompañadas de la obediencia. Porque debe el hombre obedecer a la ley, a quien está sujeto, sea natural y divina, o sea humana. Y por tanto si quitó el penitente alguna cosa a otro por fuerza, o por engaño, debe restituirla; como tambien que satisfaga con la recompensa de algun provecho, o servicio a aquel, cuya dignidad o vida ofendió por palabra, o por obra; pues es proverbio comun el que leemos en S. Agustin: *No se perdona el pecado, si no se restituye lo quitado* (Epist. 54.).

33. Que debemos perdonar, si hemos de ser perdonados.

Pero entre las cosas pertenecientes a la contricion, una que debe procurarse con gran cuidado, y que es muy necesaria, es que remitas y perdones todas las injurias que hubieres recibido de otro, porque lo avisa y denuncia asi nuestro Salvador y Señor: *Si perdonáredes a los hombres sus pecados, os perdonará tambien vuestro Padre celestial vuestros delitos; mas sino perdonáredes a los hombres, ni vuestro Padre os*

perdonará vuestros pecados (Matth. 6.). Estas son las cosas que observarán los fieles acerca de la contrición. Las demás que acerca de esto pueden con facilidad recoger los Pastores, harán de verdad que sea la contrición mas perfecta y consumada en su linea, mas no son tan necesarias, que sin ellas no pueda subsistir la naturaleza de penitencia verdadera y provechosa.

34. *Qué sea la virtud y utilidad propia de la contrición.*

Mas como los Pastores no deben contentarse con enseñar las cosas pertenecientes a la salud de los fieles, si no aplican tambien todo el cuidado e industria posible, sobre que ajusten sus vidas y sus acciones conforme a las reglas que les son señaladas, aprovechará en gran manera proponerles muchas veces las grandes virtudes y utilidades de la contrición. Porque siendo tal vez desechadas por Dios otras muchas obras de piedad, como hacer bien a pobres, ayunar, tener oración, y otros tales ejercicios santos y honestos, por viciarlos los hombres que los executan, mas la contrición nunca puede dexar de serle agradable y acepta. Porque el Profeta dice: *No despreciarás, Señor, el corazón contrito y humillado (Psalm. 50.).* Antes luego al punto que la concebimos en nuestras almas, se nos concede por Dios el perdón de los pecados, como lo declaran en otro lugar estas palabras del mismo Profeta: *Dixe, confesaré contra mí mi injusticia al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi pecado (Psalm. 31.).* Asi echamos de ver una figura de esto en aquellos diez leprosos, que remitidos por nuestro Salvador a los sacerdotes, aun antes que llegasen a ellos, quedaron limpios de la lepra. De donde se puede conocer que es tan poderosa la virtud de la verdadera contrición arriba declarada, que por ella al instante alcanzamos del Señor perdón de todos los pecados.

35. *Medios para alcanzar la perfecta contrición.*

Aprovechará muchísimo tambien para excitar las almas de los fieles, que los Pastores les den alguna regla, con la que puedan irse habituando a hacer actos de contrición. Conviene pues advertirles que examinen con frecuencia sus conciencias, y que vean si han guardado todos los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, que si alguno se conociere culpado en alguna maldad, al punto se acuse a sí mismo, pidiendo con humildad perdón a Dios, y suplicándole le conceda tiempo para confesarse y satisfacerla; y sobre todo que ruegue a su Magestad le ayude con el socorro de su divina gracia, para que no

cayga otra vez en aquellas culpas, que tan vivamente le pesa ahora haber cometido. Demas de esto procurarán los Pastores, que cobren los fieles un sumo aborrecimiento contra los pecados, ya porque es suma su fealdad y torpeza, y ya por los gravísimos daños y calamidades que nos acarrean. Porque nos privan de la gracia, y amor de Dios, de quien hemos recibido beneficios muy grandes, y podíamos esperarlos y conseguirlos mucho mayores, y nos condenan a una eterna muerte, y a ser atormentados para siempre sin fin con las horribles penas del infierno. Esto baste acerca de la *contrición*. Pasemos ya a la *confesion*, que es la segunda parte de la penitencia.

36. De la excelencia, necesidad y utilidad de la confesion.

El gran cuidado y diligencia que los Pastores deben poner en explicar la confesion, facilmente se entenderá de que todos los hombres timoratos están persuadidos a que toda la santidad, piedad y religión, que por la infinita bondad de Dios se conserva al presente en la Iglesia, debe en gran parte atribuirse a las confesiones. Por esto no es de extrañar, que maquinando el enemigo del linage humano derribar desde sus cimientos la fe católica, haya procurado, con todas sus fuerzas combatir por medio de ministros y adalides de su impiedad este baluarte de la virtud cristiana. Primeramente pues se ha de enseñar, que el instituir la confesion fue para nosotros sobre manera útil, y aun necesario. Porque aunque concedamos que. por la contrición se borran los pecados, ¿quién ignora que esta debe ser tan penetrante, fuerte y encendida, que se puede igualar y compararse la amargura del dolor con la grandeza de las. maldades?. Y como serian muy pocos los que arribasen a este grado, de aqui es que tambien fueran poquísimos los que por este medio habrían de esperar el perdon de sus pecados. Por esto fue necesario que el clementísimo Señor proveyese a la comun salud por otra via mas fácil, como a la verdad lo hizo con maravilloso consejo quando entregó a la Iglesia las llaves del reyno de los cielos.

37. La confesion perficiona a la contrición.

Porque todos deben creer y afirmar constantemente en fuerza de la doctrina de la fe católica, que si estuviere uno dispuesto de manera, que se duele de los pecados cometidos, y juntamente propone no pecar en adelante, aunque no tenga tal dolor, que pueda ser bastante para alcanzar el perdon, sin embargo en confesando bien sus pecados al sacerdote, se le remiten y se le perdonan todos en virtud de las llaves; de suerte que con mucha razón se tiene por cosa asentada entre

santísimos varones, padres nuestros, que con las llaves de la Iglesia se abre la puerta del cielo. Acerca de lo qual nadie puede formar duda, pues leemos decretado por el concilio Florentino, que es efecto de la penitencia la absolución de los pecados (In Decret. Eugen. IV.). Pero fuera de esto pueden conocerse las utilidades de la confesion, por lo que experimentamos en aquellos cuya vida es estragada, que nada les aprovecha tanto para enmendar sus costumbres, como descubrir de quando en quando los pensamientos ocultos de su ánimo, y todos sus hechos y dichos a un amigo prudente y fiel, que los pueda ayudar con su discreción y consejo. Pues a este modo hemos de tener por muy provechoso para los que se ven acosados de los remordimientos de sus culpas, descubrir las enfermedades y llagas de su alma al sacerdote, como vicario de Cristo Señor nuestro, a quien está impuesta una ley severísima de perpetuo silencio; porque al punto hallarán dispuestas medicinas con virtud celestial, no solo para curar su alma de las llagas presentes, sino tambien para preservarla de modo, que no le sea fácil recaer en semejante enfermedad y vicio.

Tampoco debe pasarse en silencio aquella utilidad de la confesion, esto es, que conviene muchísimo para la sociedad y unión entre los hombres. Porque no tiene duda que si se quitara de la disciplina cristiana la confesion sacramental, luego se llenaría todo el mundo de ocultas y abominables maldades; y corrompidos los hombres con la costumbre de pecar, no se avergonzarían despues de cometer en público las mismas, y aun otras mucho mayores. Porque la vergüenza de confesar pone freno al ímpetu y licencia de pecar, y reprime la malicia. Mas explicada ya la utilidad de la confesion, se ha de euseñar por los Pastores, qual sea su naturaleza y virtud.

38. Explícase la esencia de la confesion sacramental.

Difinen pues la confesion diciendo, que es *Acusación de Jos pecados pertenecientes ala substancia del sacramento, y que se hace a fin de conseguir el perdon en virtud de las llaves de la Iglesia.* Y con razón se llama *acusación*; porque los pecados no se han de referir como haciendo gala de nuestras maldades, y como lo hacen *los que se alegran quando han obrado mal* (Proverb. 2.). Ni tampoco se han de decir, como quando se cuenta algún lance a oyentes ociosos por entretenerlos, sino que se han de manifestar con un corazon que los acusa, y desear tomar venganza de ellos en sí mismo. Confesamos pues los pecados, a fin de alcanzar el perdon. Porque este juicio es muy diverso de los del fuero en causas criminales; donde a la confesion está señalada la pena y el castigo; no la libertad de la culpa, y el perdon

del deliro. Casi en el mismo sentido, aunque con diferentes palabras, definieron la confesion los santos padres, como San Agustin, quando dice: *La confesion es por la que se descubre la enfermedad oculta con la esperanza del perdon (Serm. 8. de Verb. Domini.).* Y San Gregorio: *La confesion es detestacion de los pecados (Homil. 40. in Evang.).* Una y otra se contiene en la definicion que arriba se puso, por lo que facilmente pueden reducirse a ella.

39. Por qué y quando instituyó Cristo la confesion.

Pero lo que enseñarán los Párrocos como punto de la mayor importancia, y que sin la menor duda propondrán a los fieles, es, que este sacramento fue instituido por la suma bondad y misericordia de Cristo Señor nuestro, quien hizo bien todas las cosas, y por causa de nuestra salud. Porque estando congregados en un lugar los Apostóles despues de la resurreccion: *Sopló, y díxoles: Recibid el Espíritu Santo; cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados, y los que retuviéredes, serán retenidos (Joann. 20.).* Habiendo pues el Señor dado a los sacerdotes potestad de retener y de perdonar pecados, es manifiesto que fueron ellos mismos constituidos jueces en esta causa.

40. Se prueba lo mismo por otros Jugares de la escritura.

Esto mismo parece significó el Señor, quando encomendó a los Apostóles que desatasen a Lázaro resucitado de los muertos, las ligaduras con que estaba atado. Porque S. Agustín explica asi este lugar: *Mas pueden ya aprovechar los sacerdotes, mas perdonar a los que se confiesan, cuyas culpas remiten, porque Dios perdona a los que perdonan ellos; pues el Señor entregó a los discípulos a Lázaro resucitado ya del monumento, mostrando en esto, estar concedida a los sacerdotes petestad de desatar (Lib. de Ver. et fals. Poenit. cap. 10.).* Y a esto pertenece tambien haber mandado a los que fueron en el camino curados de la lepra, que se presentasen a los sacerdotes, y que se sujetasen a su juicio (*Luc. 17.*).

41. Cómo se infiere de las palabras del Señor que la confesion debe hacerse

a los sacerdotes que son sucesores de los Apóstoles.

Habiendo pues el Señor dado a los sacerdotes potestad de retener, y de perdonar pecados, es claro que fueron constituidos jueces en esta parte. Porque no siendo posible, como sabiamente advirtió el santo concilio de Trento (Sess. 14. cap. 5), formar cabal juicio en una cosa, ni guardar el medio que pide la justicia, en imponer las penas a las culpas, sino se ha conocido y averiguado enteramente la causa, siguese que los penitentes deben manifestar con distinción todos sus pecados a los sacerdotes en la confesion. Enseñarán pues los Pastores estas cosas, que estan decretadas por el santo concilio de Trento, y perpetuamente enseñadas en la Iglesia católica. Porque si leemos con atención a los santos padres, a cada paso ocurrirán testimonios clarísimos con los que se confirme, que este sacramento fue instituido por Cristo Señor nuestro, y que se ha de abrazar como evangélica la ley de la confesion sacramental, que ellos llaman en griego *Exomologesis*, o *Exagareusis* Y si deseamos tambien figuras del testamento viejo, parece pertenecer a la confesion de los pecados aquellos varios géneros de sacrificios que se hacian por los sacerdotes para limpiar pecados de diversas especies.

42. De las ceremonias con que se debe hacer la confesion.

Pero asi como debe enseñarse a los fieles que fue la confesion instituida por Cristo Señor nuestro, asi tambien conviene amonestarlos, que se han añadido por autoridad de la Iglesia algunos ritos y ceremonias solemnes, que aunque no pertenezcan a la substancia del sacramento, sin embargo representan mas al vivo su dignidad, y preparan los corazones de los penitentes encendidos ya en la piedad, para conseguir mas facilmente la gracia de Dios. Porque quando confesamos los pecados arrodillados a los pies del sacerdote, descubierta la cabeza, inclinado el rostro a la tierra, las manos puestas y enderezadas al cielo, y dando otras señales semejantes de humildad cristiana, aunque no son necesarias para el sacramento, por ellas entendemos claramente que debemos conocer en el sacramento virtud celestial, y que hemos de buscar e implorar con suma diligencia la misericordia divina.

43. Los que pecaron mortalmente son obligados a confesarse.

Y ninguno piense que aunque fue la confesion instituida por Cristo, no lo fue de suerte que obligase a usar de ella. Porque tengan los fieles por muy cierto, que el que se halla oprimido de algún pecado mortal,

si ha de volver a la vida de la gracia, ha de ser por medio del sacramento de la confesion. Abiertamente nos dio a entender esto el Señor con la metáfora hermosísima de llamar llave del cielo a la potestad de administrar este sacramento. Porque así como ninguno puede entrar en una casa, si no le abre la puerta el que tiene la llave, así entendemos que ninguno es admitido en el cielo, si no le abren la puerta los sacerdotes, a cuya fidelidad encomendó las llaves el Señor. Porque de otra manera parece que sería enteramente ocioso el uso de las llaves en la Iglesia; y aquel a quien fue dada la potestad de las llaves, en vano prohibiría a alguno la puerta del cielo, si se pudiera entrar por otra parte. Con grande claridad entendía esto San Agustín, quando dixo: *Ninguno diga para sí; yo a mis solas bago penitencia delante del Señor, Dios que me perdone, sabe lo que hago en el retiro de mi corazon. Luego sin causa se dixo: Quanto desataredes sobre la tierra, será desatado en el cielo (Matth. 18.). Luego en vano fueron dadas las llaves a la Iglesia (Homil. 49. et 50.).* Lo mismo escribió San Ambrosio en el libro de *Penitencia*, destruyendo la heregía de los Novacianos, los que afirmaban ser reservada a solo Dios la potestad de perdonar pecados; pues dice: *¿Quién venera mas a Dios, el que obedece sus mandamientos, o el que los resiste? Dios mandó obedecer a sus ministros; y obedeciéndolos, a solo Dios damos el honor (Lib. 1. de Poenit. cap. 2.).*

44. En qué edad y tiempo del año obligue la confesion.

No pudiendo pues dudarse en manera ninguna que está impuesta y establecida por el Señor la ley de la confesion, siguese que veamos por quiénes, de qué edad, y en qué tiempo del año se debe guardar. Primeramente pues por el cánón del concilio Lateranense, que empieza: *Omnis utriusque sexus*, consta que ninguno es obligado a la ley de la confesion antes de llegar al uso de la razón. No estando determinada esta edad a numero cierto de años, lo que parece, universalmente se debe asentar es, que obliga la confesion al niño desde aquel tiempo en que puede discernir entre bueno y malo, y es capaz de pecar. Porque en llegando uno a aquella edad, en que debe deliberar de la salud eterna, luego quanto antes debe confesar sus pecados al sacerdote. Porque de otra manera ninguno puede esperar la salud, si se siente en conciencia de pecado, mortal. Y sobre en qué tiempo señaladamente se haya de hacer la confesion, ya en ese mismo canon lo decretó la Iglesia; pues manda que todos los fieles, confiesen sus pecados, una vez por- lo menos cada año.

45. *Quántas veces se deban confesar los cristianos.*

Pero si consideramos lo que requiere el negocio de nuestra salud, ciertamente siempre que amenaza peligro de muerte, o emprendemos alguna cosa que no debe ser tratada por hombre manchado con culpas (como quando administramos, o recibimos sacramentos), en todos esos casos no se ha de omitir la confesion. Y lo mismo en todo conviene observar quando tememos se nos olvide alguna culpa que cometimos. Porque ni podemos confesar los pecados, de que no nos acordamos, ni alcanzamos de Dios el perdon de ellos, sino es que por medio de la confesion los borre el sacramento de la penitencia.

46 *Todos los pecados en particular deben manifestarse en la confesion.*

Y porque en la confesion se deben observar muchas cosas, de las quales unas pertenecen a la esencia del sacramento, y otras no son tan necesarias, de estas se ha de tratar cuidadosamente; que no faltan libritos y comentarios, de los quales es fácil sacar la explicación de todo esto. Mas en primer lugar enseñarán los Párrocos, que se ha de cuidar de que la confesion sea cabal y entera. Porque es necesario descubrir al sacerdote todos los pecados mortales; pues los veniales, que no nos privan de la gracia de Dios, y en los que caemos con frecuencia, aunque es bueno y muy útil confesarlos, como lo acredita la practica de las personas virtuosas, sin embargo se pueden dexar sin culpa, y perdonarse por otros muchos medios; mas los mortales, como ya hemos dicho, todos y cada uno se han de confesar, aunque estén muy ocultos, y sean del género de aquellos, que solo se prohíben por los dos últimos mandamientos del decálogo, porque muchas veces acaece que hieran mas gravemente al alma, que los que a las claras y al descubierto se suelen cometer. Asi está definida por el santo concilio de Trento (*Sess. 14. cap. 5.*), y se ha enseñado siempre por la Iglesia, como lo declaran los testimonios de los santos padres. Porque San Ambrosio dice: *No puede uno ser justificado del pecado, si no le confesare (Lib. de Parad. cap. 4.)*. San Gerónimo tambien sobre el Eclesiastes abiertamente confirma lo mismo, porque dice: *Si mordiere a escondidas a alguno la serpiente diabólica, y sin saberlo nadie, le inficionare con. el veneno del pecado, si callare, y no hiciere penitencia, ni quisiere confesar su llaga a su hermano, o maestro, el maestro que tiene lengua para curar, no podrá aprovecharle (Suppl. cap. 10.)*. Asimismo San Cipriano en el libro de *Lapsis* enseña esto clarisimamente por estas palabras: *Aunque no estén culpados con maldad alguna de sacrificio de idolatría, o de libelo*

de eso, todavía porque consintieron en ello, confiésenlo con dolor ante los sacerdotes de Dios (*Ibi prop. finem*). Ultimamente esta es la voz y sentir de todos, los Doctores de la Iglesia.

47. *Deben confesarse las circunstancias de los pecados.*

Pero debe ponerse en la confesion aquel suma cuidado y diligencia, que solemos en los negocios de la mayor importancia; y en tal manera se ha de enderezar alli todo el desvelo, que sanemos las llagas del alma, y arranquemos las raices de los pecados. Y no solo se deben explicar con distinción todos los pecados graves, sino tambien las cosas que acompañan a cada uno de ellos, y que aumentan, o disminuyen en gran manera su malicia. Porque hay unas circunstancias tan graves, que de ellas Solas se constituye pecada mortal. Y por tanto todas estas siempre deben confesarse. Como si uno mató un hombre, debe distinguir si era clérigo, o seglar. Tambien si tuvo trato deshonesto con alguna muger, es preciso explicar si era soltera, o casada, o parienta, o consagrada a Dios por algún voto. Porque estas circunstancias constituyen diversos géneros de pecados, pues al primero llaman los Teólogos *simple fornicación*, al segundo *adulterio*, al tercero *incesto*, y al quarto *sacrilegio*. El hurto tambien se debe contar entre los pecados. Pero si uno hurta un doblón, mucho menos peca que el que hurta ciento o doscientos, o una muy grande cantidad de oro; y especialmente el que quitó dinero sagrado. Esta misma razón corre tambien acerca del lugar y del tiempo; y escusamos traer exemplos de esto, porque son obvios en muchos libros. Estas, como diximos, son las circunstancias que deben explicarse; mas las que no aumentan mucho la malicia, se pueden omitir sin pecado.

48. *Se debe repetir la confesion en que se calla con advertencia, alguna cosa*

grave.

Mas es tan necesario para la confesion, como diximos antes, que sea entera y cabal, que si dexára uno de propósito alguna cosa de aquellas que realmente se deben explicar, y solo confiesa otras, este no solo no saca provecho ninguno de tal confesion, sino que comete otra nueva maldad. Ni esta relación de pecados se ha de llamar confesion que sea sacramento; antes es necesario que vuelva el penitente a repetirla, y que tambien se acuse del pecado que cometió, por profanar la

santidad del sacramento con una confesion tan ungida.

49. No debe repetir la confesion el que por olvido o descuido leve omitid

alguna cosa.

Pero si la confesion dexó de ser entera por otra causa, como por olvidarse al penitente algunos pecados, o por no haber escudriñado tan cuidadosamente los senos de su conciencia, siendo empero su ánimo confesar enteramente todos sus pecados, no es necesario entonces repetir la confesion, y será suficiente confesar otra vez al sacerdote los pecados de que se olvidó, si se acordare de ellos. Pero aqui es de advertir no sea que hayamos escudriñado nuestra conciencia con demasiado descuido y floxedad, y procurado traer a la memoria los pecados con tal negligencia, que pareciese que ni aun queríamos acordanos de ellos. Porque si esto fue asi, será del todo necesario repitir la confesion.

50. Debe ser la confesion desnuda, sencilla y clara.

Ademas de esto se ha de cuidar que sea la confesion *desnuda, sencilla y clara*, no compuesta artificiosamente, como hacen algunos, que mas parece exponen la relación de su vida, que la confesion de sus pecados. La confesion debe hacerse de modo que nos descubra el sacerdote tales quales nos conocemos a nosotros mismos, diciendo lo cierto como cierto, y lo dudoso como dudoso. Pero si no se confiesan los pecados, o se mezclan discursos agenos del asunto que se trata, es claro que la confesion carece de esta virtud.

51. Debe ser la confesion prudente y vergonzosa.

Muy dignos de alabanza son tambien los que en explicar las cosas muestran prudencia y vergüenza. Porque no se ha de usar de demasiadas palabras, sino decir con una oración breve, que vaya acompañada de modestia, las cosas que pertenecen a la naturaleza y especie de cada pecado.

52. No se puede hacer la confesion por cartas, ni por

Deben tambien poner gran cuidado asi el confesor como el penitente, sobre que su plática en la confesion sea con mucho secreto. Y asi a nadie es lícito de ningún modo confesarse por tercera persona, ni por cartas, porque de ese modo nada se puede hacer con sigilo.

53. Es utilisimo frecuentar la confesion.

Pero de ninguna otra cosa deben cuidar tanto los fieles, como de limpiar su alma con la frecuente confesion de sus pecados. Porque quando uno se siente estrechado de alguna culpa mortal, nada le puede ser mas provechoso, que confesarse luego por los muchos peligros que amenazan a la vida. Y aunque pudiera uno asegurarse largo espacio de vida, es ciertamente cosa fea y torpe, que andando tan solícitos en lavar las manchas del cuerpo, o del vestido, no pongamos si quiera el mismo cuidado, en que no se amancille el esplendor del alma con las horrendas manchas del pecado.

54. Del ministro idóneo y legitimo de este sacramento.

Mas ya es tiempo de tratar del ministro de este sacramento. Este es el sacerdote que tenga jurisdicción ordinaria o delegada para absolver, como consta de los decretos de la Iglesia. Porque el que ha de exercitar este cargo, debe tener la potestad no solo de orden, sino tambien de jurisdicción. De esto tenemos un testimonio ilustre en aquellas palabras del Señor por San Juan: *Cuyos pecados perdonáredes, serán perdonados, y los que retuvieredes, serán retenidos (Joann. 20.)*. Porque es constante que estas palabras no se dixeron sino a solos los Apostóles, a quienes suceden en este cargo los sacerdotes. Y esto tambien es muy conforme a razón. Porque como qualquier genero de gracia que se concede por este sacramento, se deriva a los miembros de la cabeza, que es Cristo, con razón deben administrarle al cuerpo místico de Cristo, que son los fieles, aquellos solos que tienen potestad de consagrar el verdadero cuerpo, mayormente quando por este mismo sacramento de la penitencia se preparan y disponen los fieles para recibir la sagrada Eucaristía. Y el gran respeto con que se guardaba en la primitiva Iglesia el derecho del sacerdote ordinario, déxase entender por los decretos de los padres antiguos, por los quales se mandó, que ningún Obispo o sacerdote se atreviese a exercer función ninguna en Parroquia agena sin licencia del que la gobernaba, si la necesidad no obligaba a otra cosa. Y asi lo estableció el Apostol, quando mandó a Tito que constituyese sacerdotes por todas las

ciudades (Tit. 1.), que instruyese y alimentasen a los fieles con el manjar celestial de la doctrina y sacramentos.

55. En caso de necesidad todo sacerdote puede absolver.

Aunque si amenaza peligro de muerte, y no hay recurso al propio sacerdote, enseña el concilio de Trento (*Sess. 14. cap. 7.*), que porque ninguno perezca con esta ocasión, se observó siempre en la Iglesia de Dios, que todo sacerdote pueda absolver no solo de todo genero de pecados, reservados a qualquier potestad, sino tambien de toda excomunion.

56. Qué ministro deba elegir por confesor el que desea salvarse.

Ademas de la potestad de orden y de jurisdiccion, que son del todo necesarias, se requiere ante todas cosas, que el ministro de este sacramento esté adornado de ciencia, erudición y prudencia, porque hace a un mismo tiempo los oficios de juez y de médico. Y en quanto a lo primero muy bien se dexa ver que es necesaria una ciencia no vulgar, con que pueda averiguar los pecados, y discernir entre los varios géneros de culpas, quáles son graves, y quáles leves, segun el estado y condición de cada persona. Necesita tambien como médico, de suma prudencia. Porque es necesario proveer con cuidado, se apliquen al enfermo aquellos remedios que parezcan mas útiles para sanar su alma, y fortalecerla para en adelante contra la fuerza de la enfermedad. De donde pueden entender los fieles, que ha de procurar cada uno con especialísimo desvelo escoger para sí aquel sacerdote que sea recomendable por la integridad de su vida, por la doctrina, y prudente juicio, que tenga bien entendida la gravedad e importancia del oficio que exerce, y asimismo qué pena corresponde a cada culpa, y quiénes deban ser absueltos, y quiénes quedar ligados.

57. Del profundo sigilo que debe guardar el confesor.

Y porque no hay ninguno que no desee en gran manera que queden sepultadas sus maldades y torpezas, han de ser avisados los fieles, que no tienen por qué temer que jamas se descubra por el sacerdote. lo que le manifiestan en la confesion, ni que pueda por ella ocasionárseles en

ningún tiempo el menor rastro de peligro. Porque los sagrados cánones mandan sean castigados severísimamente los sacerdotes que no tengan cerrados en perpetuo y profundo silencio todos los pecados oídos en confesion (*Dist. 2. de Poenit. cap. Secerdos.*). Por lo qual en el gran concilio Lateranense leemos así: *Guárdese totalmente el sacerdote de no descubrir en manera ninguna el pecador por palabra, por sena, ni de otro ningún modo (De Poenit. et remis. cap. Omnis utriusque.)*.

58. De lo que debe guardar principalmente el sacerdote que oye confesiones.

Pero ya requiere el orden de las cosas que habiéndose tratado del ministro, se expliquen algunos puntos principales, que son muy conducentes para el uso y práctica de la confesion. Porque gran parte de los fieles, a quien por lo comun nada suele ser mas sensible, que el que se lleguen presto aquellos dias, que por ley de la Iglesia están señalados para la confesion, tan lexos está de la perfección cristiana, que en vez de cuidar de las cosas, que es manifiesto tienen gran virtud para alcanzar la gracia, apenas se acuerdan, ni aun de hacer examen de los pecados que deben confesar. Pero debiendo mirarse por su salud con todo cuidado, lo primero que atentamente observarán los sacerdotes en el penitente es, si trae verdadera contrición de sus pecados, con propósito firme y determinado de no volver a pecar. Y si echaren de ver que viene con esta disposición, amonesten y exhórtlenle con la mayor eficacia a que dé inmensas gracias a Dios por un tan singular beneficio, y que jamas cese de pedirle el socorro de su divina gracia, pues fortalecido y armado con él, podrá resistir y repugnar facilmente a sus desmandados apetitos.

Tambien le enseñarán que no permita se le pase dia sin meditar alguna cosa de los misterios de la pasion del Señor, y que se excite y se inflame a sí mismo a imitarle y amarle con suma caridad, porque con esta meditación alcanzará hallarse cada dia mas fuerte contra todas, las tentaciones del enemigo, porque no es otra la causa de que siendo tentados aun ligera y levemente, luego,desmayamos, y quedamos vencidos, sino el descuido grande en procurar concebir por la meditación de las cosas divinas el fuego del amor de Dios, que es el que recrea y fortalece al alma. Mas si llega a entender el sacerdote que el que quiere confesarse no trae tal dolor de sus pecados que pueda decirse verdaderamente contrito, haga lo posible por moverlo a deseo grande de la contrición, para que enardecido en el deseo de un don tan encumbrado, se resuelva a pedirle, hasta alcanzarle de la misericordia de Dios.

59. Cómo debe portarse el confesor con los que excusan sus pecados.

Pero en primer lugar se ha de reprimir la soberbia de algunos, que con varias excusas procuran defender o disminuir sus pecados. Porque por exemplo, confesándose uno de que se arrebató demasiadamente de la ira, luego echa a otro la culpa de esta irritación, quejándose de que fue primero injuriado por él. Debe ser pues amonestado éste, de que esa disculpa es señal de un ánimo altivo, y de un hombre que, o desprecia o ignora enteramente la gravedad de su pecado, y que mas sirven semejantes excusas para acrecentarle, que para disminuirle. Porque quien asi se empeña en defender su hecho, viene en suma a decir, que será sufrido quando no le agraven, que a la verdad no hay cosa mas indigna de un hombre cristiano. Porque debiendo sentir en gran manera la suerte de aquel que le hizo la injuria, con todo nada se altera por la malignidad de aquel pecado, y echa toda la ira contra su próximo; y habiéndosele venido a la mano una ocasión bellisima, para poder servir a Dios con paciencia, y corregir a su próximo con su mansedumbre, convierte en su propio daño, lo que era materia de su salvación.

60. Cómo se portará con los que se avergüenzan de confesar sus pecados, o que vienen desapercibidos.

Pero aun mas perniciosa se ha de juzgar la culpa de aquellos, que sorprendidos de una vergüenza fatua no se atreven a confesar los pecados. Conviene pues animar a estos, proponiendo y enseñándoles, que no hay motivo para avergonzarse de descubrir sus vicios; pues nadie se espanta de que los hombres pequen, porque esta es una enfermedad comun a todos, y muy propia de la fragilidad humana. Otros hay que o porque no pusieron cuidado ni diligencia alguna en examinar su conciencia, ni aciertan a acusarse ni aun siquiera por dónde empezarán a hacer la confesion. Estos sin duda deben ser reprehendidos con mayor severidad, y enseñarlos ante todo, que antes de venir al sacerdote, deben despertarse a si mismos con diligencia grande a formar dolor de sus pecados; y que esto en manera ninguna puede ser, si no se procura reconocer cada uno en particular haciendo

memoria de ellos. Y así si conociere el sacerdote que semejantes hombres están del todo indispuestos, los despedirá con el mayor agrado, y los exhortará a que tomen mas tiempo para reconocer sus pecados, y que vuelvan despues. Y si acaso afirmaren que ya pusieron en eso el cuidado y diligencia posible (como el sacerdote debe temerse mucho que una vez despedidos no han de volver) los oirá; mayormente si mostraren algún deseo de enmendar la vida, y puedan ser reducidos a acusarse de su descuido, y dieren palabra de suplir esa falta en otro tiempo con un exámen mas cuidadoso y diligente. Pero en esto debe procederse con gran precaución. Porque si habiendo oido la confesion hace juicio, de que no hubo del todo falta de diligencia en el penitente, así para confesar sus pecados, como para aborrecerlos y dolerse de ellos, le podrá absolver. Mas si echare de ver que le falta uno y otro, le propondrá, y le aconsejará, que examine mejor su conciencia, como ya se dixo, y tratándole con la mayor blandura que pudiere, le despedirá.

61. Cómo se ha de ocurrir al empacho de algunos.

Y porque a veces acontece que las mugeres, habiéndoseles olvidado algún pecado grave en la confesion que acaban de hacer, no se atreven a volver al confesor, porque temen, o hacerse sospechosas con las gentes de alguna grande maldad, o de que buscan el aplauso de singular virtud, se ha de enseñar muchas veces así en público como en privado, que ninguno tiene tan feliz memoria, que se pueda acordar de todos sus pensamientos, palabras y obras. Y así que por ningún motivo se detengan en volver al sacerdote, siempre que se acordaren de algún pecado, que se les olvidó. Estas cosas pues y otras muchas como estas observarán los sacerdotes en la confesion. Y con esto pasaremos a la tercera parte de la penitencia, que se llama *satisfaccion*.

62. Qué quiere decir satisfaccion así en comun como en esta materia de la confesion.

Primeramente se ha de explicar el nombre y la naturaleza de la *satisfaccion*. Porque los enemigos de la Iglesia católica han tomado de aqui ocasión grande de disensiones y discordias con perjuicio

gravísimo del pueblo cristiano. Es la satisfaccion paga entera de la deuda. Porque nada falta a lo que es suficiente, Y asi quando hablamos de reconciliarse uno con otro, *satisfacer* quiere decir, dar tanto al otro, quanto puede bastar a un ánimo airado, para quedar vengado de la injuria. Y asi *satisfaccion no es otra cosa, que recompensa de la injuria hecha a otro*. Pero por lo que toca a este lugar, los Doctores de las cosas divinas se valieron del nombre de *satisfaccion*, para declarar aquella recompensa o paga, que hace el hombre a Dios por los pecados cometidos. Y como en esto puede haber muchos grados, de aqui es que la satisfaccion se toma de varios modos.

63. Quántos sean los grados de la satisfaccion que incluye alguna

recompensa del pecado.

Pues en hecho de verdad la satisfaccion primera y eminente es aquella, por la qual se hizo colmadamente a Dios pago de todo quanto se le debia segun la gravedad de nuestros pecados, aunque quisiera tratarnos con todo el rigor de su justicia. Ésta es la que hace a Dios propicio y aplacado hacia nosotros. Pero esta solo la debemos a Cristo Señor nuestro, quien pagando el precio por nuestros pecados, satisfizo en la cruz cumplidísimamente a Dios. Porque cosa ninguna criada podia ser de tanto valor, que nos librase de tan crecida deuda. Y como testifica S. Juan: *Este es el aplacador de la ira del Padre, y el que satisface por todos nuestros pecados, y no solo por los nuestros, sino tambien por los de todo el mundo (1. Joann. 2.)*. Esta es pues la satisfaccion llena, cumplida, y que no solo iguala, mas sobrepuja mucho a la gravedad de todas las maldades, que se han cometido en el mundo, y por cuya virtud son de mucho valor nuestras acciones en el acatamiento divino; pero sin ella son del todo indignas de alguna estimación. A esto parece se enderezan aquellas palabras de David, quien contemplando esto, y preguntándose a sí mismo: *¿Qué volveré yo al Señor por todos los beneficios, que me ha hecho? nada pudo encontrar digno de tantos y tan grandes beneficios, sino esta satisfaccion, la que expresó con el nombre de caliz, y asi añadió: Tomaré el caliz de la salud, e invocaré el nombre del Señor (Psalm. 115.)*. Hay otro genero de satisfaccion que se llama canónica. Esta está determinada y se cumple en cierto espacio de tiempo. Y asi está recibido por uso muy antiguo de la Iglesia, que quando son los penitentes absueltos de sus pecados, se les impone alguna pena, cuyo cumplimiento ha sido costumbre llamarle satisfaccion. Y con el mismo nombre llamamos tambien a qualesquier

penitencias que hacemos por los pecados, no impuestas por el confesor, sino tomadas por nuestra voluntad.

64. *Qué sea la satisfaccion perteneciente a este sacramento.*

Esta penitencia tomada por nosotros en manera ninguna pertenece a la penitencia, como sacramento. Solamente debe ser tenida por parte del sacramento, la que diximos, que se paga a Dios, por los pecados, señalada por el confesor, con tal que tengamos propósito firme y resuelto de evitar los pecados en adelante con toda diligencia. Porque algunos la definieron de este modo: *Satisfacer es dar a Dios el honor debido* (D. Anselm. Lib. 1. *Cur Deus hom. cap. 11.*) Y bien claro es que ninguno puede dar a Dios el honor debido, sino el que resuelve evitar enteramente los pecados. Asimismo: *Satisfacer es cortar las causas de los pecados, y no dar entrada a sus sugestiones* (De Poenit. Dist. 3. *Cap. Satisfactio.*). Y conforme a esto dixeron otros, que la satisfaccion era una purificación por la qual se lava toda la inmundicia, que quedó en el alma por la mancha del pecado, y por cuyo medio somos absueltos de las penas temporales que debíamos pagar.

65. *Quando se perdona la culpa, no siempre se perdona la pena temporal,*

aunque se perdona la eterna.

Siendo esto asi, fácil será persuadir a los fieles, quan necesario es, el que los penitentes se exerciten en estas obras de satisfaccion. Ha de enseñárseles pues que dos cosas se siguen al pecado, que son la *mancha*, y la *pena*; y que aunque siempre que se perdona la culpa, se perdona tambien el castigo de muerte eterna, que debia pagarse en el infierno, con todo eso no siempre sucede, como lo declaró el concilio de Trento (Sess. 14. cap. 8.) que perdone el Señor las reliquias de los pecados y la pena temporal que se debe por ellos. De esto tenemos exemplos claros en las escrituras sagradas, como en el capítulo 3 del Génesis, en el 12 y 20 de los Números y en otros muchísimos lugares. Pero entre todos es muy señalado e ilustre el de David, a quien aunque habia dicho Natán: *Tambien el Señor te ha quitado tu pecado, no morirás* (2. Reg. 12.), él sin embargo se tomó por su mano gravísimas, penas, implorando dias y noches la misericordia de Dios por estas palabras: *Lávame, Señor,, mas y mas de mi maldad, y límpiame de mi pecado, porque yo conozco mi delito, y mi pecado siempre esta contra mi* (Psalm.

50.). Lo que en esto pedia, era que el Señor, no solo le perdonase el pecado, sino tambien la pena debida por él, y que limpiándole de las reliquias de la culpa, le restituyese al estado antiguo de su hermosura y pureza. Y aun pidiendo esto con ansias fervorosas, todavía le castigó el Señor ya con la muerte del hijo habido del adulterio, ya con la rebelión y muerte de Absalon, a quien amaba tiernamente, y ya con otras penas y calamidades, con que antes le habia amenazado. En el Éxodo se lee tambien que aunque el Señor aplacado por las oraciones de Moyses, habia ya perdonado al pueblo el pecado de la idolatría, con todo eso amenazó, que había de castigar con graves penas tan enorme delito, Y aun el mismo Moyses afirmó, que le habia de vengar su Magestad severisísimamente hasta la tercera y quarta generación (*Exod. 32.*) Y esta ha sido la doctrina enseñada siempre en la Iglesia católica por los Santos padres, como se prueba clarisísimamente por sus autoridades.

66. Por qué no nos perdona Dios por la penitencia enteramente: como por el

Bautismo.

Y qual sea la causa de que por el sacramento de la penitencia no se perdone toda la pena, como por el del Bautismo, esclarecidamente lo explicó el santo concilio de Trento por estas palabras: *El orden de la justicia divina parece que requiere, que de una manera sean recibidos a la gracia, los que pecaron por ignorancia antes del Bautismo, y de otra los que una vez ya rescatados de la servidumbre del pecado y del demonio, y recibido el don del Espíritu Santo, no temblaron profanar a sabiendas el templo de Dios, y entristecer al Espíritu Santo. Y a la divina clemencia corresponde tambien, que no se nos perdonen con facilidad los pecados sin alguna satisfaccion, porque no tomemos de ahí ocasión de juzgarlos por cosa leve, y con injuria y ofensa del Espíritu Santo caygamos en otros mayores, atesorando ira contra nosotros mismos para el dia del justo juicio de Dios (Sess. 14. cap. 8. Dist. 1. Cap. In actione.).*

Estas penas satisfactorias tambien sin duda alguna apartan sobre menera del pecado a los penitentes, y los detienen como con un freno, y los hacen andar mas cautos y despiertos en lo por venir. Júntase a esto que estas penitencias vienen a ser, como unos testimonios del dolor que tenemos por los pecados que hicimos, y de este modo damos satisfaccion a la Iglesia, que está gravemente ofendida de nuestras maldades. Porque como dice San Agustín: *No desprecia el Señor el corazon contrito y humillado, mas como muchas veces el dolor del corazon de uno es oculto a los otros, y no llega a noticia de ellos ni por palabras ni*

por otras señales, con mucha razón señalaron los Prelados de la Iglesia tiempos de penitencia, para que se dé satisfaccion a la Iglesia misma, en la oval se perdonan esos mismos pecados (In Enchir. cap. 65. habetur de Poenit.)

67. *Cómo aprovechan a otros nuestras penitencias.*

Sobre todo lo dicho, los exemplos de nuestra penitencia enseñan a otros el modo con que deben ellos ordenar su vida, y seguir la virtud. Porque viendo las penas que nos fueron impuestas por los pecados, advierten que se debe vivir con gran cuidado y enmendar las malas costumbres. Por esto con sumo acuerdo se observó en la Iglesia, que si uno cometía publicamente alguna maldad, se le impusiese penitencia pública, para que amedrentados los demás, evitasen los pecados con mas vigilancia. Y aun por pecados quitos, que eran mas enormes, solia hacerse a veces. Pero en los públicos, como diximos ya, era cosa sentada que tales pecadores no fueron absueltos, hasta haber cumplido la penitencia pública. Entretanto los Pastores hacían oración a Dios por su salud, y no cesaban de exhortar a los penitentes, a que hicieran Jo mismo. En este punto fue muy particular el cuidado y solicitud de San Ambrosio, de quien se refiere, que a muchísimos que llegaban con ánimo endurecido a confesarse con él, los ablandaba con sus lagrimas de modo que concebían dolor de contrición verdadera. Pero despues se afloxó tanto en la severidad de la disciplina antigua, y se resfrió la caridad de manera, que ya muchos de los fieles piensan, que para alcanzar el perdon de los pecados, no es menester dolor ninguno interior del alma ni gemido del corazon, y que tienen bastante con sola la apariencia de penitentes.

68. *Por la penitencia nos asemejamos a Cristo.*

Conseguimos tambien por este sufrimiento de penas, hacernos semejantes y conformes a nuestra cabeza Jesu-Cristo, en quanto él padeció y fue tentado (*Hebr. 2.*). Porque como dixo San Bernardo: *No cabe verse cosa mas disforme, que un miembro delicado debaxo de una cabeza coronada de espinas (Serm. 5. de Omn. SS.)*. Y segun el Apostol: *Somos juntamente herederos con Cristo, pero si padecemos juntamente con él (Roman. 8.)*. Y lo que dixo en otra parte: *Si morimos con él, viviremos con él, y si sufrimos con él, tambien reinaremos (2. Tim. 2.)*.

69. Cómo se juntan aquí misericordia y justicia.

Dos cosas afirma también San Bernardo que se hallan en el pecado, la *mancha* y la *llaga* (*Serm. in Coena Domin.*), y que es cierto que por la misericordia de Dios se lava en el alma la mancha y fealdad de la culpa; mas que para sanar las llagas de los pecados es muy necesaria la curación, que se aplica por el remedio de la penitencia. Porque así como curada una herida restan las cicatrices, que también deben curarse, así perdonada la culpa quedan por purificar en el alma las reliquias de los pecados. Claramente confirma esto la sentencia de San Crisóstomo, quando dice: *No basta sacar la saeta del cuerpo, que también es necesario sanar la herida que abrió. Así también en el alma después de conseguido el perdón del pecado, debe curarse por la penitencia la llaga que quedó* (Homil. 30. ad Popul.). Porque muchas veces nos enseña San Agustín (*g*), que en la penitencia se han de considerar dos cosas, la misericordia de Dios, y la justicia. La misericordia, con que perdona los pecados y las penas éternas que merecían, y la justicia, castigando al hombre con penas temporales.

70. Por la penitencia nos libramos de los castigos de Dios.

Ultimamente la pena satisfactoria que se nos impone y admitimos, detiene los castigos de Dios, y las penas que nos tiene aparejadas. Así lo enseña el Apostol, quando dice: *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, cierto no seríamos juzgados. Mas quando somos juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con este mundo* (1. Cor. 11.). Si estas cosas se explican a los fieles, no puede menos de excitarlos muy mucho a abrazar las obras penitenciales.

71. Por dónde son nuestras obras meritorias y satisfactorias.

Pero quan grande sea la virtud y eficacia de esta satisfaccion, se colige deque toda depende del mérito de la pasión de Cristo Señor nuestro, de quien también conseguimos por estos ejercicios virtuosos estos dos señaladísimos bienes: uno, que merezcamos los premios de la gloria eterna; de modo que un vaso de agua fría que demos en su nombre, no carezca de su galardón (*Matth. 10.*); y otro, que satisfagamos por nuestros pecados.

72. La satisfaccion de Cristo no se desdora por la nuestra.

Esta nuestra satisfaccion en manera ninguna obscurece la perfectisima y colmadisima satisfaccion de Cristo Señor nuestro, antes acaece todo lo contrario, que la hace mas esclarecida y mas ilustre. Porque tanto mas copiosa se descubre ser la gracia de Cristo, quanto no solamente se nos comunican las cosas que él solo mereció, sino tambien aquellas que ganó y pagó coma cabeza para sus miembros, que son los santos y justos. Y esta es a la verdad la causa, de que tengan tanto valor y dignidad las acciones justas y virtuosas de los buenos. Porque Cristo Señor nuestro continuamente está difundiendo su gracia en aquellos, que están unidos con él por caridad, como cabeza en sus miembros, y como vid en sus sarmientos. Y esta gracia en realidad siempre antecede, acompaña y se sigue a nuestras buenas obras, y sin ella en manera ninguna podemos merecer, ni satisfacer a Dios. Y de aqui es que nada parece falta a los justos; pues con las obras que hacen con la virtud de Dios pueden satisfacer a la ley divina segun la miserable condición humana, y merecer la vida eterna, la que conseguirán, si salieren de esta vida adornados con la gracia de Dios. Porque sabida es aquella voz del Salvador: *Quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamas padecerá sed, mas el agua que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que salte hasta la vida eterna (Joann. 4.).*

73. Qué cosas se requieren para la verdadera satisfaccion.

Dos cosas principalmente se requieren en la satisfaccion: la primera, que el que satisface, sea justo y amigo de Dios, porque las obras hechas sin fe y sin caridad de ningún modo pueden ser de su divino agrado. La segunda, que se tomen aquellas obras, que de su naturaleza causen molestia y dolor. Porque siendo recompensaciones de las culpas pasadas, y como las llama S. Cipriano (*Epist. 55.*). *Redentoras de los pecados*, es del todo necesario que tengan alguna aspereza. Aunque no siempre se sigue que los que exercitan esas acciones penosas, padezcan sentimiento y dolor. Porque muchas veces o la costumbre de padecer, o una caridad abrasada hacia Dios, hace que las cosas durísimas de llevarse, ni se sientan siquiera. Mas no por eso se sigue de ahí que esas mismas obras sean menos eficaces para satisfacer, porque es propio de los hijos de Dios inflamarse en su amor y piedad de manera que aun siendo atormentados con trabajos amarguísimos, o no sienten molestia, o lo sufren todo con la mayor alegría.

74. Quáles sean las obras satisfactorias.

Mas enseñarán tambien los Pastores que todos los generos de satisfaccion se reducen principalmente a estos tres: *oración, ayuno y limosna*, porque estos corresponden a tres géneros de bienes que todos hemos recibido de la mano de Dios; a saber, *los bienes del alma, los del cuerpo, y los que llaman de fortuna*: Y a la verdad no puede haber cosa ni mas acomodada, ni mas conveniente para arrancar las raices de todos los pecados: *Porque siendo todo lo que hay en el mundo codicia de la carne, codicia de los ojos, y soberbia de la vida (1. Joann. 2.)*, es manifiesto que a estas tres raices de nuestros males, derechamente se oponen estas tres medicinas, que son a la primera el ayuno, a la segunda la limosna, y la oración a la tercera. Y a mas de esto; si miramos tambien a los que son ofendidos por nuestros pecados, es fácil de entender porque se reduce toda satisfaccion a estas tres cosas con especialidad. Porque estos son Dios, el próximo, y nosotros mismos. Pues a Dios aplacamos con la oración, con la limosna satisfacemos al próximo, y con el ayuno nos castigamos a nosotros mismos.

75. Tambien son satisfactorios los trabajos que nos vienen de fuera.

Y porque son muchas y varias las miserias, trabajos y calamidades, que nos oprimen en esta vida, se ha de poner muy especial cuidado en enseñar a los fieles, que tienen ahí una mina muy rica para satisfacer por sus pecados, y ganar mucha gloria, llevando con paciencia todos los infortunios y trabajos que Dios les envia. Pero que los que llevan estas penalidades con violencia y repugnancia, se privan de todo fruto de satisfaccion, y no sacan otro, que llevar los azotes y castigos con que Dios por sus justos juicios toma venganza de los pecados.

76. Puede uno satisfacer por otro; pero no dolerse o confesarse.

Pero en lo que debemos engrandecer con sumas alabanzas y acciones de gracias la inmensa bondad y clemencia de Dios, es en haber concedido a la fragilidad humana, que pueda uno satisfacer por otro. Esto únicamente conviene a esta tercera parte de la penitencia, porque tocante a la contrición y confesion, ninguno puede dolerse ni confesarse por otro; pero todos los que estañen gracia de Dios pueden pagar unos, lo que otros deben a su Magestad, y asi en cierto modo vienen a llevar unos las cargas de los otros (*Galat. 6.*). Y acerca de esto

ninguno de los fieles debe poner duda, pues confesamos en el Credo la *Comunión de los santos*. Porque renaciendo todos para Cristo lavados por un mismo Bautismo, siendo participantes de unos mismos sacramentos, y sobre todo alimentados con la comida y bebida de un mismo cuerpo y sangre de Cristo Señor nuestro, esto demuestra clarísimamente que todos somos miembros de un mismo cuerpo. Así pues como el pie no se mueve por sola su autoridad, sino también por la de los ojos, ni estos tampoco ven, mirando a solo su provecho propio, sino al bien común de todos los miembros, así deben tenerse por comunes entre nosotros todas las obras de satisfacción.

77. No son comunes todos los frutos de la satisfacción.

Pero aunque esto sea así, todavía tiene su limitación, atendidos todos los provechos que la satisfacción produce. Porque las obras satisfactorias son, como ciertas medicinas y curaciones, que se aplican al penitente, para sanar los afectos viciados de su alma. Y es manifiesto que los que no satisfacen por sí mismos, enteramente se privan de este fruto. Y estas cosas pertenecientes a las tres partes de la penitencia, *contrición*, *confesión* y *satisfacción* se explicarán por los Pastores con la extensión y claridad posible.

78. No puede ser absuelto el que no quiere restituir.

Pero ante todas cosas lo que debe observarse por los sacerdotes es que oída la confesión, y antes que absuelvan al penitente de sus pecados, miren con diligencia, si acaso hizo algún daño a su próximo en hacienda, o en honra, de suerte que por ello deba ser justamente condenado, que lo recompense con una muy cabal satisfacción. Porque ninguno debe ser absuelto, sin que prometa antes restituir lo que fuere de cada uno. Mas porque hay muchos que aunque prometan con toda franqueza que pagarán lo que deben, con todo eso se ve por sus obras que nunca lo cumplen, estos precisamente ;han de ser obligados a restituir; y se íes ha de recargar muchas veces con aquello del Apostol: *El que hurtaba, no hurte ya, antes trabaje obrando por sus manos, lo que es bueno, para que tenga con que socorrer, al que padece necesidad (Ephes. 4.)*.

79. Qué satisfacción debe imponerse al penitente.

Acerca de imponer las penitencias tengan entendido los sacerdotes, que nada se ha de establecer por su arbitrio, sino que todo debe ir gobernado por la justicia, la prudencia, y la piedad. Y para que se vea que miden los pecados por esta regla, y conozcan mejor los penitentes la gravedad de sus maldades, importará muchísimo decirles algunas veces, qué penitencias son las que están señaladas a ciertos delitos por los antiguos cánones, que llaman *penitenciales*, pues de esa manera la calidad de la culpa será la regla, con que se miden todas las satisfacciones. Pero entre todas ellas será muy conveniente mandar a los penitentes, que en ciertos y determinados días se empleen en oración, y que rueguen a Dios por todos, y en particular por las benditas ánimas del purgatorio. También será muy importante exhortarlos, a que abracen con gusto y repitan muchas veces las penitencias que les impuso el sacerdote, y que ajusten de modo sus costumbres que cumplidas cabalmente todas las cosas que pertenecen al sacramento de la penitencia, con todo eso nunca dexen de continuar con los ejercicios de ella como *virtud*.

Y si en alguna ocasión se hubiere de imponer por algún pecado público penitencia pública, aunque el penitente la rehuse, y pida se la quiten, no ha de ser oído con facilidad, antes se le debe persuadir, que reciba con ánimo pronto y alegre tales penitencias; pues han de ser saludables así para él, como para los otros. Estas son las cosas que del sacramento de la penitencia, y de cada una de sus partes se enseñarán de modo, que no solo las entiendan con perfección los fieles, sino que mediante la gracia de Dios se resuelvan a ponerlas por obra, santa y religiosamente.

CAPÍTULO VI

DEL SACRAMENTO DE LA EXTREMA-UNCIÓN.

1. Por qué los Pastores deben tratar con frecuencia de este sacramento.

Como los oráculos de las escrituras divinas nos dan este documento: *En todas tus obras acuerdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás (Eccli. 1.).* Tácitamente sé amonesta a los Párrocos, que en tiempo ninguno se ha de dexar de exhortar al pueblo fiel, a que ande en meditación continua de la muerte. Y como el sacramento de la Extrema-Unción no puede menos de traer consigo la memoria de ese ultimo dia, fácil es de entender, que se ha de tratar de él con frecuencia, asi porque conviene en gran manera descubrir y explicar los misterios de las cosas conducentes para la salvación, como tambien porque considerando los fieles la necesidad de morir en que todos nos vemos, refrenarán sus depravados apetitos. Y de aqui sacarán que en vez de asustarles la memoria de la muerte, den gracias inmortales a Dios, quien asi como nos abrió la puerta para la verdadera vida por el sacramento del Bautismo, asi tambien instituyó el sacramento de la Extremaunción, para que al partir de esta vida mortal tuviésemos mas despejado el camino para el cielo.

2. Por qué este sacramenta se llama Extrema-Unción.

Pues a fin de exponer aqui las cosas que son mas necesarias para esta explicación casi con el mismo orden que se ha guardado en los demás sacramentos, primeramente se ha de enseñar que este sacramento fue llamado *Extrema-Unción*, porque de todas las sagradas unciones, que nuestro Salvador y Señor encomendó a su Iglesia, ésta es la última que debe administrarse. Y por esto la llamaron tambien nuestros mayores *sacramento de unción de enfermos, y sacramento de moribundos, por cuyas voces facilmente podrán los fieles acordarse de aquel último trance.*

3. La Extrema-Unción es verdadero sacramento.

Y en primer lugar ha de explicarse que la Extrema-Unción es verdadero, y propio sacramento. Esto se hará claro si atendemos a las palabras con que el Apostol Santiago promulgó la ley de este sacramento. *¿Enferma, dice, alguna entre vosotros? lláme a los Presbíteros de la Iglesia, y hagan oración por él, ungiéndole con olea en nombre del Señor, y la oración de la fe sanara al enfermo, y lo aliviara el Señor, y si está en pecados, se le perdonarán (Jacob. 5.)* Porque afirmando el Apostol que se perdonan los pecados, en eso mismo declara la virtud y naturaleza del sacramento. Esta fue la doctrina perpetua de la Iglesia católica sobre la Extrema-Unción, como lo afirman muchos concilios, y de tal manera lo declaró el de Trento, que anatematizó a los que se atreviesen a enseñar o a sentir otra cosa (*Sess. 14. de Extrema-Union. cap. 1.*). Y tambien Innocencio I. encomienda muy mucho este sacramento a los fieles (*Epistol. 1. cap. 8.*).

4. Aunque las unciones son muchas el sacramento es uno.

Enseñarán pues constantemente los Pastores, que la Extrema-Unción es verdadero sacramento, y no muchos sino uno, aunque se administre por muchas unciones, a cada una de las cuales se han de aplicar propias oraciones y forma especial. Pero es uno, no en la continuación de partes que no puedan dividirse, sino en la perfección, como lo son todos los demás compuestos que constan d\$ muchas partes. Porque asi como una casa compuesta de muchos y diversos materiales solo se perfecciona por una forma, asi este sacramento aunque se compone de varias cosas y palabras, con todo eso es una sola señal, y tiene la eficacia de la única cosa que significa. Y asimismo enseñarán los Párrocos, quáles sean las partes de este sacramento, esto es, su materia y forma; pues no se le pasaron al Apostol Santiago, y en cada una de ellas hay sus misterios que notar.

5. Qué sea la materia de la Extrema Unción.

El elemento pues o la materia de este sacramento, como lo decretaron los concilios, y señaladamente el Tridentino (*Ubi supra, cap. 1.*) es el oleo consagrado por el Obispo. Esto es el liquor exprimido, no de

qualquier materia pingüe y crasa, sino únicamente del fruto de las olivas. Y muy al propio significa esta materia, lo que interiormente se obra en el alma por virtud de este sacramento. Porque así como el aceyte es muy provechoso para mitigar los dolores del cuerpo, así la virtud de este sacramento disminuye la tristeza y dolores del alma. El aceyte también restituye la salud, causa alegría, es cebo de la luz, y además de esto es muy a propósito para reparar las fuerzas del cuerpo fatigado. Y todas estas cosas declaran lo que hace en él enfermo la virtud divina por medio de este sacramento. Y esto baste sobre la materia.

6. *Qué sea la forma de este sacramento.*

La forma del sacramento son las palabras, y aquella oración solemne, que hace el sacerdote a cada una de las unciones, quando dice. *Por esta santa unción te perdone Dios todo lo que pecaste por vicio de los ojos, dejas narices, o del tacto, &c.* Y que ésta sea la verdadera y propia forma de este sacramento, lo significa el Apostol Santiago, quando dice: *Y hagan oración por él, y la oración de la fe sanará al enfermo.* Por donde se puede conocer, que esta forma se debe pronunciar por modo de oración. Y aunque no expresó el Apostol las palabras fijas que debían decirse; pero esto llegó hasta nosotros por fiel tradición de los padres, de manera que todas las Iglesias retienen esta forma de que usa la Santa Iglesia de Roma, Madre y Maestra de todas. Porque aunque algunos mudan algunas palabras, como en lugar de *Indulgeat*, decir *Remittat*, vel *Parcat*, y tal vez *Sanet*, *quidquid commissisti*, con todo eso como en la substancia no hay variación ninguna, es manifesto que se guarda por todos religiosamente una misma forma.

7. *Par qué se hace esta forma por modo deprecatorio.*

Y no debe extrañarse que se estableciese, que la forma de otros sacramentos, o absolutamente signifique lo que hace, como quando decimos: *Yo te bautizo, o te sello con la señal de la cruz;* o se pronuncie por modo imperativo, como quando se dice, administrando el sacramento del Orden: *Recibe la potestad;* y sola esta forma de la Extrema-Unción se hace por modo deprecativo, pues esto se ordenó muy justamente. Porque como este sacramento seda, para que además de la gracia espiritual que comunica, restituya también la salud a los enfermos, y no siempre se sigue que mejoren, por esto se hace la forma a modo de oración; a fin de que alcancemos de la benignidad de

Dios, lo que no suele obrar con orden constante y perpetuo la virtud del sacramento. Añádense tambien algunos ritos propios en la administración de este, sacramento; pero la mayor parte consiste en oraciones que el sacerdote hace, para alcanzar la salud del enfermo, pues no hay otro sacramento que se administre con mas oraciones; y ciertamente con mucha razon, porque en ese tiempo especialmente deben ser ayudados los fieles con piadosas súplicas. Y asi todos los que se hallen presentes y en especial los Parrocos, deben orar a Dios con todas veras, y encomendar con gran fervor a su misericordia la salud y la vida del doliente.

8. Quien instituyó este sacramento.

Habiendose pues demostrado ya, que con toda verdad y propiedad debe contarse la Extrema-Uncion en el número de los sacramentos, siguese tambien que su institucion dimanó de Cristo Señor nuestro, la qual despues fue propuesta y promulgada a los fieles por el Apostol Santiago. Aunque el mismo Salvador parece dió alguna muestra de esta uncion, quando envió sus discípulos de dos en dos delante de sí, porque de ellos escribe el Evangelista de este modo: *T saliendo predicaban que hiciesen penitencia, y echaban fuera muchos demonios, y ungían con oleo muchos enfermos, y sanaban (Marc. 6.)*, pues esta uncion sin duda se ha de creer, no que fue inventada por los Apostoles, sino mandada por el Señor, ni dotada tampoco de alguna virtud natural, sino mística, y que mas bien fué instituida para curar las almas, que para sanar los cuerpos. Asi lo afirman los Santos Doctores Dionisio, Ambrosio, Crisóstomo, y Gregorio el Grande; de suerte, que en manera ninguna se ha de dudar, que debe recibirse este sacramento con suma veneracion, como uno de los siete de la Iglesia católica.

9. A quienes se haya de dar la Extrema-Uncion.

Pero se ha de enseñar a los fieles, que aunque este sacramento pertenece a todos, se exceptuan algunas suertes de hombres, a quienes no se puede administrar. Primeramente se exceptuan los que están sanos y buenos. Porque a estos no se ha de dar la Extrema-Uncion, como lo enseña el Apostol, quando dice: *Está enfermo alguno entre vosotros*. Y la razon lo muestra, porque fue instituido, no solo para remedio del alma, sino tambien del cuerpo; y como solo los que padecen enfermedad necesitan de curacion, por esto no se debe

administrar este sacramento, sino a los que parece estar postrados tan de peligro, que es de temer les inste el último día. Pero en esto pecan gravísimamente, los que para ungir al enfermo suelen aguardar a aquel tiempo, en que perdida ya toda esperanza de salud, empieza a privarse de vida y sentidos. Porque es constante que para que reciba mas copiosamente la gracia del sacramento, importa muchísimo ungir al enfermo con el sagrado oleo, quando está todavía en su entera razón y juicio, y pueda recibirle con fe y voluntad mas devota. Y por tanto han de advertir los Párrocos, que en aquel tiempo señaladamente han de aplicar esta celestial medicina (la qual a la verdad siempre es muy saludable por sí misma) quando entendieren será mas provechosa, acompañada de la piedad y devoción de aquellos que han de ser curados.

A ninguno pues que no padezca grave enfermedad es lícito dar este sacramento, aunque se halle en peligro de la vida, o porque emprende una navegación arriesgada, o porque entra en una batalla, donde le amenaza una muerte cierta, o tambien porque setenciado a pena capital, es ya arrebatado al suplicio. Asi mismo todos los que carecen de uso de razón, no son hábiles para recibir este sacramento, como ni los niños que no cometieron pecado, cuyas reliquias sea menester sanar con el remedio de este sacramento. Los locos y furiosos tampoco, sino es que alguna vez tuviesen uso de razón, y mostrasen entonces piadosa voluntad, y pidiesen ser ungidos con el sagrado oleo, porque el que nunca desde su nacimiento tuvo razón ni juicio, no debe ser oleado. Pero sí se dará la santa Unción al enfermo que la pidió en su sano juicio, y despues cayó en algún delirio o frenesí.

10. Qué partes del cuerpo deben ser ungidas

Mas no ha de ser ungido todo el cuerpo sino solo aquellas partes, que la naturaleza dio al hombre como instrumentos de los sentidos, quales son los ojos por el ver, las orejas por el oír, las nances por el oler, la boca por el gustar y el hablar, y las manos por el tocar; porque aunque el tacto está repartido por todo el cuerpo, está en las manos mas vigoroso. Este es el rito de ungir que retiene la Iglesia universal. Y es muy correspondiente a la naturaleza de este sacramento, porque es a modo de medicina. Y como en las enfermedades del cuerpo, aunque todo él esté mal humorado, con todo eso solo se aplica la curación a aquella parte, de donde nace la enfermedad, como de fuente y origen, asi tampoco se unge todo el cuerpo, sino solo aquellas partes, donde reside principalmente la fuerza del sentir. Y por esto se ungen tambien los ríñones, que son como el asiento del deleyte sensual, y asimismo

los pies que son el principio de andar y de movernos de un lugar a otro.

11. La Extrema-Unción puede reiterarte.

Pero acerca de esto es menester observar, que en una misma enfermedad, y estando el doliente en el mismo peligro de muerte, solo una vez ha de ser oleado. Pero si despues de recibida esta unción convalece, quantas veces cayere en el mismo peligro, otras tantas se le puede aplicar el socorro del mismo sacramento. De donde consta que debe contarse por uno de aquellos sacramentos, que se pueden reiterar.

12. De la disposición con que debe recibirse este sacramento.

Y porque debe cuidarse con la mayor diligencia, que cosa ninguna impida la gracia del sacramento, no habiendo cosa que le repugne tanto, como la conciencia de algún pecado mortal, se ha de observar la costumbre perpetua de la Iglesia católica, de que antes de la Extrema-Unción se administren los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Y luego procurarán los Párrocos persuadir al enfermo, se ponga en manos del sacerdote, para ser ungido con aquella fe, con que antiguamente se ofrecían a los Apostóles, los que habían de ser sanados por ellos. Primeramente se ha de pedir la salud del alma, luego la del cuerpo con la condición de que haya de servir para su salvación. Y no duden los fieles, que serán oídas por el Señor aquellas santas y solemnes oraciones, que dice el sacerdote no en su nombre, sino en el de toda la Iglesia y en el de nuestro Señor Jesu-Cristo. Y con esta consideración han de ser exhortados muy en particular, a que cuiden se les administre santa y devotamente el sacramento de este tan saludable oleo, quando advirtieren, que se van entrando en lo mas recio de la lucha, y que les van faltando las fuerzas, asi del alma, como del cuerpo.

13. Quién es el Ministro de este sacramento.

Ahora, quien sea el ministro de la Extrema-Unción, del mismo Apostol, que promulgó la ley del Señor lo habernos aprendido, porque dice: *Llame a los Presbíteros*; pues por este nombre no señala a los mas

abanzados en edad, como sabiamente lo expuso el santo concilio de Trento (Sess. 14. de Extrem. cap. 3.), ni a los principales de la república, sino a los sacerdotes legítimamente ordenados por los Obispos mediante la imposición de las manos. El sacerdote pues es el ministro de este sacramento. Mas por decreto de la santa Iglesia no es lícito a qualquier sacerdote administrarle, sino al propio Pastor, que tiene la jurisdicción, o a quien él concediere facultad para hacer sus veces. Pero debe advertirse muy en particular que en esta administración (como en la de los demás sacramentos) no representa el sacerdote su persona, sino la de Cristo Señor nuestro, y la de la santa Iglesia, su esposa.

14. De las utilidades de este sacramento.

Tambien se han de explicar con singular cuidado las utilidades que percibimos de este sacramento. Para que si otra cosa no pudiese atraer a los fieles a recibirle, los mueva siquiera su mismo interés; pues somos de tal condición, que casi todo lo medimos por nuestro provecho. Enseñarán pues los Pastores que en este sacramento se da la gracia que perdona los pecados, y en especial los leves que se llaman *veniales*, porque los mortales se quitan por el sacramento de la penitencia. Ni este sacramento fue primeramente instituido para perdonar pecados mortales. Solo el del Bautismo, y el de la Penitencia hacen esto por su propia-virtud.

Otra utilidad de la sagrada Unción es librar al alma del caimiento y debilidad que contraxo de los pecados y de todas las demás reliquias de ellos, y no cabe tiempo mas oportuno para esta curación, que quando nos vemos afligidos de grave enfermedad, y amenaza peligro de la vida. Porque es natural en el hombre no temer en las cosas humanas otra ninguna tanto como la muerte. Acrecienta sobre manera este temor la memoria de las culpas pasadas, mayormente quando nos aprieta la gravísima acusación de nuestra conciencia, porque escrito está: *Vendrán tímidos al pensamiento de sus pecados, y testificarán contra sílos sus maldades (Sapient. 4.).*

Ademas de esto los congoxa con vehemencia el cuidado y consideración de quede alli a poco deben presentarse ante el tribunal de Dios, quien ha de pronunciar de nosotros sentencia justísima, segun lo hubiéremos merecido. Y muchas veces acaece, que atemorizados los fieles con este terror, se sienten acosados de muy raros modos. Pero nada es tan provechoso para la serenidad de la muerte, como desechar la tristeza, esperar con animo alegre la venida del Señor, y estar

apercibidos para volverle con toda voluntad nuestro depósito, siempre y quando que se sirviere pedirle. Pues el sacramento de la Extrema-Unción es, el que hace que se libren las almas de los fieles de esas inquietudes, y que su corazon sea henchido de una alegria santa y piadosa.

15. De las asechanzas del demonio en aquella hora.

Sobre todo lo dicho conseguimos tambien por este sacramento otro beneficio, que con mucha razón puede estimarse como el mayor de todos. Nunca el enemigo del linage humano cesa de maquinare nuestra muerte y ruina, mientras vivimos en este mundo. Pero en tiempo ninguno echa todo su esfuerzo con mas furia por perdernos del todo, y arrancarnos, si le fuera posible, la esperanza en la misericordia de Dios, que quando vé acercarse el último dia de la vida. Y por tanto se provee a los fieles de armas y fuerzas por este sacramento, con las quales puedan quebrantar la batería y el ímpetu del enemigo, y hacerle vigorosa resistencia. Porque con esa gracia se conforta y se alienta el alma del enfermo con la esperanza en la bondad de Dios, y esforzado con ella, lleva con menos trabajo todas las molestias de la enfermedad, y burla mas facilmente las artes y astucias del demonio, que le acecha al calcañal (*Genes. 3.*).

16. Como este sacramento dé la salud corporal.

Ultimamente causa este sacramento, si conviene, la salud del cuerpo. Y si en este tiempo la consiguen pocos, esto a la verdad se ha de creer que acaece, no por defecto del sacramento sino de la poca fe en la mayor parte de los oleados, o de los ministros. Porque afirma el Evangelista, que no hizo el Señor muchas maravillas en su patria por la incredulidad de sus vecinos (*Matth. 13.*). Aunque tambien se puede decir con verdad, que la religión cristiana, por lo mismo que está ya mas arraygada en los corazones de los fieles, necesita menos de estos arrimos de los milagros, que en los principios de la Iglesia parecian precisos. Sin embargo acerca de esto debe excitarse en gran manera la fe, porque venga lo que viniere segun el consejo y voluntad de Dios por lo que mira a la salud del cuerpo; por lo que pertenece a la del alma, deben tener los fieles esperanza firme de que la conseguirán por la virtud de este sagrado oleo, y de que si llegan a morir, percibirán el fruto de aquella voz divina: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor (Apocal. 14.)*. Estas cosas se han dicho brevemente sobre el

sacramento de la Extrema-Unción. Pero si declarasen los Párrocos estos mismos puntos con mas extensión, y con la diligencia que conviene, no se ha de dudar que de esta doctrina percibirán los fieles frutos muy abundantes de piedad.

CAPÍTULO VII.

DEL SACRAMENTO DEL ORDEN.

1. Por qué deben los Párrocos-explicar con cuidado la doctrina de este

sacramento.

Si se pusiere alguno a considerar con cuidado la naturaleza y condición de los demás sacramentos, luego echará de ver, que en tanto grado dependen todos ellos del sacramento del Orden, que sin él en parte de ningún modo pueden hacerse ni administrarse, y en parte se verán carecer de lo solemne de las ceremonias, y: de lo religioso de su rito y culto. Por esto es necesario que los Pastores, siguiendo la doctrina comenzada de los sacramentos, juzguen muy de su cargo tratar tambien con diligencia grande del sacramento del Orden. Porque esta explicación será muy provechosa primeramente para ellos mismos, despues para todos los que han abrazado el estado eclesiástico, y últimamente para todo el pueblo. Para ellos, porque quanto mas trataren de estos puntos, mas se conmovrán a despertaren sí la gracia que consiguieron por este sacramento Para los que son llamados al estado clerical será provechoso, ya para que se exciten con los mismos afectos de piedad, y ya para que se instruyan mejor en el conocimiento de aquellas cosas, que les faciliten el camino para ascender a los demás grados. Y en fin a todos los fieles: lo primero, porque entiendan de quanto honor son dignos los ministros de la Iglesia; y ademas de esto porque muchas veces acontece estar presentes muchos que ya por la esperanza destinaron sus hijos, aun todavia pequeños, al ministerio de la Iglesia, u otros que de su buena voluntad quieren seguir ese genero de vida, y no es razón que ignoren en manera ninguna las cosas principales que este estado requiere.

2. No hay dignidad en la tierra mas excelente que el sacerdocio.

Primeramente pues se ha de enseñar a los fieles, quan alta sea la dignidad y excelencia de este instituto, si miramos a su grado

supremo, que es el sacerdocio. Porque siendo los Obispos y sacerdotes como intérpretes y embajadores de Dios, que enseñan en su nombre la divina ley, y las reglas de bien vivir, y que hacen las veces del mismo Dios en la tierra, es manifiesto que es tan encumbrado su oficio, que no se puede excogitar mas alto. Por esto justamente son llamados no solo angeles (*Malach. 7.*), sino tambien Dioses (*Exod. 22.*), pues tienen entre los hombres la virtud y poder de Dios inmortal. Y si bien en todo tiempo han obtenido la dignidad suprema, todavia los sacerdotes del nuevo testamento aventajan mucho en honor a todos los demás. Porque la potestad que les es conferida, asi de consagrar y ofrecer el cuerpo y sangre de nuestro Señor, como de perdonar pecados, no solo no tiene igual, ni semejante en la tierra, sino que sobrepuja a toda razón e inteligencia humana.

3. Quiénes son los llamados para el sacerdocio y ministerios eclesiásticos.

Demas de esto asi como nuestro Salvador fue enviado por el Padre (Joann. 3.), y los Apostóles y discípulos fueron enviados por Cristo Señor nuestro a todo el mundo (*Ibid. 20.*), asi cada dia son enviados los sacerdotes dotados de la misma potestad que ellos, para la consumacion de los santos en la obra del ministerio para la edificación del cuerpo de Cristo (*Ephes. 4.*). A ninguno pues debe imponerse temerariamente la carga de tan alto oficio, sino solo a aquellos que pueden sostenerla con la santidad de la vida, con la doctrina, fe y prudencia. *Porque ninguno se tome el honor para sí, sino el que es llamado por Dios, como Aaron (Hebr. 5.).* Y son llamados por Dios, los que son llamados por los ministros legítimos de la Iglesia. Porque de los que se inxieren, y se introducen con arrogancia a sí mismos en este ministerio, se ha de entender aquel dicho del Señor: *No enviaba yo a los Profetas, pero ellos corrían* (*Jerem. 23.*), que no cabe raza de hombres ni mas infeliz, ni mas miserable, ni mas perniciosa para la Iglesia de Dios.

4. Quién entra bien, y quién mal en el sacerdocio.

Y porque al emprender qualquier acción importa muchísimo mirar qual es el fin que se propone cada uno (porque asentado un buen fin, todo lo demás sale muy ajustado), esto es lo primero que se debe advertir a los que aspiran a los sagrados ordenes, que no se propongan cosa indigna de tan alto empleo. Y con tanta mayor diligencia debe

tratarse este punto, quanto mas gravemente suelen en estos tiempos pecar en él los fieles. Ponqué unos se inclinan a este tenor de vida, para tener la comida y vestido necesario, de suerte que ninguna otra cosa parece miran en el sacerdocio, sino la ganancia, como se mira en el mundo qualquier oficio mecánica Y aunque, segun sentencia del Apostol, mande la naturaleza y ley divina: *Que el que sirva al altar, viva del altar* (1. Corinth. 9.), es sin embargo sacrilegio gravísimo llegarse al altar por interes y logros. A otros lleva al orden sacerdotal la ambicion y apetito de honras. Otros quieren ordenarse por abundar en riquezas, de lo qual es prueba clara, que si no se les confiere algún beneficio pingüe de la Iglesia, ni se acuerdan siquiera de los sagrados ordenes. Estos son los que llama nuestro Salvador *mercenarios* (Joann. 10.), de quienes decia Ezequiel, *que se apacentaban a sí mismos i no a las ovejas* (Ibid. 34.), cuya vileza y perversidad no solo obscurece el orden del sacerdocio, tanto que vienen a ser el oprobrio y desecho en el pueblo cristiano, sino que hace tambien que no saquen ellos mismos del sacerdocio, sino lo que Judas de la dignidad del Apostolado, que fue su eterna perdición. Solo pues de aquellos se dice con verdad, que entran en la Iglesia por la puerta, que son llamados legítimamente por Dios, y reciben los oficios eclesiásticos por la única causa de servir al honor de su Magestad.

5. Quénto deben sobresalir los sacerdotes entre los demás fieles.

Mas no se ha de entender por lo dicho, que no esté impuesta a todos igualmente una misma ley. Porque todos los nombres únicamente fueron criados para servir a Dios; y especialmente los fieles que han conseguido la gracia del Bautismo, lo deben cumplir de todo corazon, con toda el alma, y todas sus fuerzas. Pero los que quieren consagrarse a Dios por el sacramento del Orden, es menester que se propongan, no solo buscar en todas las cosas la gloria de Dios Cío qual es constante, que es comun a todos y muy particular a los fieles), sino tambien que como destinados a algún ministerio cierto de la Iglesia, le sirvan en justicia y santidad. Porque asi como en un ejército todos los soldados están obedientes a las leyes del Emperador; pero entre ellos uno es capitán, otro coronel, y otros exercen otros oficios; asi aunque todos los fieles deban seguir con todo desvelo las obras de piedad y de inocencia, con las quales principalmente se sirve a Dios, con todo eso los que han recibido el sacramento del Orden, deben cumplir en la Iglesia algunos especiales cargos y oficios. Porque ellos hacen sacrificios por sí, y por todo el pueblo. Ellos enseñan las obligaciones

de la ley de Dios, exhortando y moviendo a los fieles a cumplirla con alegre y devota voluntad, y administran los sacramentos de Cristo Señor nuestro, por los cuales se da y se acrecienta toda gracia. Y en una palabra, ellos son los que separados del resto del pueblo, se emplean en un ministerio el mayor, y mas alto de todos. Y explicadas estas cosas, pasarán los Párrocos a enseñar aquellas que son propias de este sacramento, para que entiendan los que quieren seguir el estado eclesiástico, a qué suerte de oficio son llamados, y qué potestad es la que se ha dado por Dios a la Iglesia, y a sus ministros.

6. De cuántas maneras sea la potestad eclesiástica.

Esta potestad es de dos maneras, una de *orden*, y otra de *jurisdicción*. La potestad de *orden* se endereza al verdadero cuerpo de Cristo Señor nuestro en la sacrosanta Eucaristía. Mas la potestad de *jurisdicción* toda se emplea en el cuerpo místico de Cristo, porque a ella pertenece gobernar y dirigir al pueblo cristiano, y encaminarle a la celestial y eterna bienaventuranza.

7. A qué se extiende la potestad del orden.

Esta potestad de orden no solo contiene virtud y facultad de consagrar la Eucaristía, sino que dispone y proporciona las almas para recibirla, y abraza todas las demás cosas que de qualquier modo puedan ordenarse a la Eucaristía. Muchos testimonios de esto se pueden alegar de las sagradas letras; pero son señalados y muy graves los que se leen en San Juan, y en San Mateo. Porque dice el Señor: *Asi como el Padre me envi6n asi os envi6 yo: Recibid el Esp6ritu Santo; cuyos pecados perdon6redes, les son perdonados, y los que retuvieredes, son retenidos (Joann. 20.). Y: En verddd os digo, quantas cosas ataredes sobre la tierra, ser6n atadas en el cielo, y quantas desat6redes sobre la tierra, ser6n tambien desatadas en el cielo (Matth. 18.).* Estos lugares declarados por los Pastores, segun la doctrina y autoridad de los santos Padres, podr6n ciertamente esclarecer en gran manera esta verdad.

8. El sacerdocio de la ley evang6lica sobrepuja mucho al de la ley natural y

Mos6yca.

Esta potestad se aventaja muchísimo a la que en la ley natural se dio a ciertos hombres, los que cuidaban de las cosas sagradas. Porque también aquella edad que antecedió a la ley escrita, era necesario que tuviese sacerdocio, y su potestad espiritual, pues consta que tuvo ley. Y estas dos cosas afirma el Apostol que están tan enlazadas, que trasladada la una, es necesario se traslade la otra (*Hebr. 7.*). Conociendo pues los hombres por natural instinto que Dios debe de ser adorado, era consiguiente que en cada república se destinasen algunos al cuidado de las cosas sagradas, y al culto divino, cuya potestad en algún modo se dixese *espiritual*.

Tuvo también esta misma potestad el pueblo de Israel, y fue superior en dignidad a la que tenían los sacerdotes de la ley natural. Pero con todo eso se ha de tener por muy inferior a la potestad espiritual de la ley evangélica. Porque esta es celestial, y aun sobrepuja toda la virtud de los angeles. Y no trae su origen del sacerdocio Mosáyco, sino de cristo Señor nuestro, que fue sacerdote, no segun Aaron, sino segun el orden de Melchisedec (*Ibid. 5.*). Pues este Señor, quien tenia la suma potestad de dar la gracia, y de perdonar pecados, dexó esta potestad a su Iglesia, aunque limitada en virtud, y ceñida a los sacramentos. Y así para exercerla, han sido instituidos y consagrados con religión solemne determinados ministros, y esta consagración se llama *sacramento del Orden, o sagrada ordenación*.

9. Qué cota es el Orden, y por qué se llama así este sacramento:

Y valiéronse los santos Padres de esta voz *Orden*, que tiene una significación latísima, para dar a entender la dignidad y excelencia de los ministros de Dios. Porque *Orden*, atendida su propia y rigurosa significación, es una disposición de cosas superiores e inferiores colocadas entre sí, de manera que la una dice relación a la otra. Y como en este ministerio hay muchos grados y varios oficios, y todos están distribuidos y, colocados con gran concierto y armonía, por eso el nombre de *Orden* viene muy apropiado y ajustado para significar este sacramento.

10. Que el Orden es verdadero sacramento.

Esta sagrada ordenación debe contarse entre los sacramentos de la Iglesia, como lo comprobó el santo concilio de Trento (*Sess. 23. cap. et Can. 3.*) con la razón que tantas veces se ha repetido. Porque siendo el

sacramento señal de cosa sagrada, y significando lo que exteriormente se hace en esta consagración, la gracia y potestad que se da al que es ordenado, claramente se sigue, que debe el Orden decirse con toda verdad y propiedad sacramento. Y así entregando el Obispo al que es ordenado de sacerdote el caliz con vino y agua, y la patena con pan, le dice: *Recibe la potestad de ofrecer el sacrificio, &c.* Por las quales palabras siempre enseñó la Iglesia, que quando se hace la entrega de la materia, se da la potestad de consagrar la Eucaristía, y se imprime en el alma el carácter, al qual está adjunta gracia para exercer ese oficio santa y legítimamente, como lo declara el Apostol por estas palabras: *amonestóte que despiertes la gracia de Dios, que está en tí por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza (2. Tim. 1.).*

11. Por qué hay en la Iglesia varios ordenes de ministros.

Ahora, para explicarnos con las palabras del santo concilio, como es cosa divina la administración de tan alto sacerdocio, a fin de que pudiera exercitarse con mayor gravedad y veneración, fue muy conveniente que hubiera muchos y diversos ordenes de ministros en la concertadísima disposición de la Iglesia, los que de oficio sirvieran al sacerdocio, y estos distribuidos con tal orden, que los que hubiesen ya recibido la Tonsura clerical, fuesen ascendiendo por los ordenes menores a los mayores.

12. Quántos sean los ordenes de ministros, y como estén repartidos.

Ha de enseñarse pues que todos estos ordenes se encierran en el número de siete, y que siempre lo enseñó así la Iglesia católica; cuyos nombres son estos: *Ostiario, Lector, Exórcista, Acólito, Subdiácono, Diácono y Sacerdote*. Y que este orden de ministros esté de este modo rectamente señalado, se puede probar por aquellos ministerios, que parecen necesarios para el sacrosanto sacrificio de la Misa, y para hacer o administrar la Eucaristía, por cuya causa principalmente fueron instituidos. De estos unos son mayores, que se llaman también sagrados, y otros menores. Los mayores o sagrados son el *orden Sacerdotal, Diaconado y Subdiaconado*, y los menores el de *Acólito, Exorcista, Lector y Ostiario*. De cada uno de ellos se dirá alguna cosa, para que tengan los Párrocos conque instruir, especialmente a los que hubieren de recibir alguno.

13. Que significa la Tonsura clerical, y el nombre de clérigo.

Se ha de empezar pues por la primera *Tonsura*, y de ella se ha de decir, que es *una preparación para recibir los ordenes*. Porque así como suelen disponerse los hombres para el Bautismo con los exorcismos, y para el matrimonio con los esponsales, así se les abre la puerta para el sacramento del Orden cortándoles el cabello, y dedicándolos a Dios, pues de ese modo se declara quales deban ser los que han de ser adornados con los sagrados ordenes. Porque el nombre de *clérigo*, que entonces se le impone de nuevo, se deriva de que empieza a tener al Señor por su suerte y heredad, como aquellos que en el pueblo Hebreo estaban destinados al culto divino, a quienes prohibió el Señor se asignase parte alguna de tierra en la de promisión, diciendo: *Yo soy tu porción y tu heredad* (Num. 18.). Y aunque esto es comun a todos los fieles, sin embargo es preciso que convenga por una manera particular a los que se consagraron al ministerio de Dios.

14. Por qué se senda a los clérigos con corona redonda.

Córtanse pues los cabellos en figura de corona, la que perpetuamente se debe conservar; y segun va ascendiendo cada uno a grado superior, se debe ir agrandando su redondez. Y esto enseña la Iglesia que viene por tradición de los Apostóles. Porque de este modo de tonsurar hacen mención los santos Dionisio Areopagita, Agustino y Gerónimo, antiquísimos y gravísimos padres. Y se dice que el Príncipe de los Apostóles fue el primero que introduxo esta costumbre en reverencia de la corona de espinas que pusieron sobre la cabeza de nuestro Salvador, a fin de traer los Apostóles por honor y gloria lo que inventaron los impíos para ignominia y tormento de Cristo; y al mismo tiempo dar a entender que los ministros de la Iglesia han de hacer por llevar en todas las cosas la imagen y figura de Cristo Señor nuestro.

Aunque algunos afirman que por esa señal se declara la dignidad regia, que parece convenir a los que señaladamente son llamados a la suerte del Señor, por lo que atribuye el Apostol San Pedro a todo el pueblo: *nosotros sois el Unoge escogido, el sacerdocio real, la gente santa* (1. Petr. 2.), claro es que por razón particular y mas propia pertenece a los ministros eclesiásticos. Bien que no falta quien juzgue, que por la figura circular, que es la mas perfecta de todas, se significa o la profesión de vida mas perfecta que han abrazado los clérigos, o que por cortarse el cabello, que es en el cuerpo una cosa superflua, se declara el menosprecio de las cosas terrenas, y el apartamiento de

todos los cuidados humanos.

15. Del oficio del Ostiario.

Despues de la primera Tonsura el primer grado a que se acostumbra subir es el orden del *Ostiario*. Su oficio es guardar las llaves y la puerta del templo, y no dexar entrar en él aquellos a quienes estuviere prohibido. Asistir tambien al santo sacrificio de la Misa con el fin de cuidar de que ninguno se acercase al altar mas de lo que debía, y estorbase al sacerdote que la celebraba. Otros ministerios tambien le eran encomendados, como se puede ver por los ritos con que se hace su consagración. Porque el Obispo tomando del altar las llaves, y entregándolas al que quiere ordenar de Ostiario, le dice: *Obra como quien ha de dar cuenta a Dios de las cosas que están encerradas debaxo de estas llaves*. Lo muy grande que fue antiguamente en la Iglesia la dignidad de este orden, se conoce por lo que en ella echamos de ver aun en estos tiempos. Porque el oficio de *Tesorero*, que juntamente era guarda de la sacristía, y pertenecía a los Ostiarios, todavia es tenido por uno de los mas honrados de la Iglesia.

16. Del oficio del Lector.

El segundo grado del Orden es el oficio del *Lector*. A este pertenece leer en la Iglesia con voz clara y distinta los libros del viejo y nuevo Testamento, y especialmente aquellos que se suelen leer en los Nocturnos de Maytines. Era tambien de su cargo enseñar a los fieles los primeros rudimentos de la religión cristiana. Y asi el Obispo entregándole en su ordenación a vista del pueblo el libro donde están escritas las cosas pertenecientes a este ministerio, le dice: *Toma, y sé relator de la palabra de Dios, para que si fiel y útilmente cumplieres tu oficio, tengas parte con aquellos que administraron bien ja palabra de Dios desde el principio*.

17. Del orden y oficio de los Exórcistas.

El tercer orden es el de los *Exórcistas*, a los quales se da la potestad de invocar el nombre del Señor sobre los que están poseidos de espíritus inmundos. Por esto al ordenarlos el Obispo, les da el libro donde están los Exorcismos, diciendo estas palabras: *Toma, y encomiéndalo a la memoria, y ten potestad de imponer las manos sobre los energúmenos, sean bautizados, o sean catecúmenos*.

18. Del orden y cargos de los Acólitos.

El cuarto y último grado de todos los que se dicen menores y no sagrados, es el de los *Acólitos*. Su oficio es acompañar y servir en el ministerio del altar a los ministros mayores, Diácono y Subdiácono. A mas de esto llevan y guardan las luces quando se celebra el sacrificio de la Misa, y especialmente quando se canta el Evangelio, y por esto se llaman por otro nombre *cero/erarios*. Y asi quando son ordenados por el Obispo, se acostumbra guardar estos ritos. Lo primero, despues de advertirles con cuidado su oficio, da a cada uno su vela, diciendo asi: *Recibe el candelero con la vela, y sabete que eres destinado para encender las luces de la Iglesia en el nombre del Señor*. Luego le entrega las vinageras vacías, con las que se sirve el vino y agua para el sacrificio, diciendo: *Recibe las vinageras, para llevar vino y agua para la Eucaristía de la sangre de Cristo en el nombre del Señor*.

19. Del orden y oficios del Subdiácono.

De los menores y no sagrados ordenes de que se ha tratado hasta aqui, se pasa y se asciende legítimamente a los mayores y sagrados. El primer grado de estos es el de *Subdiácono*, cuyo oficio es, como el mismo nombre lo declara, servir al Diácono en el altar. Porque debe prevenir las cosas necesarias para el Sacrificio, como son, corporales, caliz, pan y vino. Tambien da el agua al Obispo y al Sacerdote quando se lavan las manos en el Sacrificio de la Misa. Cauta tambien la Epístola, la que antiguamente se decia en la Misa por el Diácono, y asiste como testigo al Sacrificio, cuidando de que ninguno perturbe al Sacerdote en la celebración. Pero estas cosas que pertenecen al ministerio del Subdiácono, se pueden conocer por las solemnes ceremonias que se hacen en su consagración. Porque primeramente advierte el Obispo, que está anexa a este orden la ley de perpetua castidad, e intima que ninguno será admitido al orden de los Subdiáconos sino estuviere resuelto de su libre voluntad a guardar esta ley. Luego despues de acabada la solemne oración de las letanías, refiere y explica cuáles sean los cargos y funciones de este oficio. Hecho esto, cada uno de los que se ordenan, recibe del Obispo el Cáliz y la sagrada Patena: y del Arcediano (para que se entienda que el Subdiácono sirve al Diácono en su oficio) recibe las vinageras llenas de vino y agua, junto con una palancana y una toalla con que se limpian las manos, diciendo el Obispo: *Mirad qué ministerio se os entrega: por tanto os amonesto que os portéis de manera que podáis*

agradar a Dios. Y sobre esto se añaden otras oraciones. Por último, habiendo el Obispo puesto al Subdiácono las vestiduras sagradas, aplicando a cada una de ellas sus propias palabras y ceremonias, le entrega el libro de las Epístolas, y dice: *Recibe el libro de las Epístolas, y ten potestad de leerlas en la santa Iglesia de Dios, así por los vivos, como por los difuntos.*

20. Del orden y oficios del Diácono.

El segundo grado de los sagrados órdenes le tiene el *Diácono*, cuyo ministerio es de mas amplitud, y siempre fué tenido por mas santo; porque a él pertenece seguir perpetuamente al Obispo, guardarle quando está predicando, y asistirle: como tambien al Sacerdote quando celebra o administra otros Sacramentos, y cantar el Evangelio en el Sacrificio de la Misa. Antiguamente excitaba muchas veces a los fieles para que estuviesen atentos al Sacrificio de la Misa. Administraba tambien la Sangre del Señor en aquellas Iglesias donde era costumbre comulgar en ambas especies los fieles. Estaba demás de esto cometida al Diácono la distribución de los bienes eclesiásticos, para que proveyese a cada uno lo, necesario para su sustento.

Asimismo pertenece al Diácono, (que es como los ojos del Obispo) rastrear quienes vivan en la Ciudad piadosa y cristianamente, y quienes al contrario: quienes, asistan, y quienes falten en los tiempos debidos a la Misa y Sermón: para que dando cuenta de todo al Obispo, pueda éste exhortar y amonestar a cada uno en secreto, o corregirle y reprenderle en público, segun entendiere ser mas provechoso. Debe tambien recontar los nombres de los catecúmenos, y presentar al Obispo los que han de ser ordenados. Puede tambien explicar el Evangelio en ausencia del Obispo y del Sacerdote; mas no desde el pulpito, porque se entienda que ésta no es acción propia de su oficio.

21. Quáles deban ser los elegidos para Diáconos.

Y el gran cuidado que se debe poner sobre que ninguno, indigno de tal cargo, ascienda a este grado de orden, lo mostró el Apostol, exponiendo a Timoteo las costumbres, virtud e integridad del Diácono (1. Tim. 3.). Bastantemente lo declaran tambien los ritos y solemnes ceremonias con que le consagra el Obispo; porque usa de mas oraciones y mas santas que en la ordenación del Subdiácono, y añade otros ornamentos de vestiduras sagradas. Tambien le impone las

manos, como leemos lo hicieron los Apóstoles (*Actor. 6.*) quando instituyeron a los primeros Diáconos. Finalmente le entrega el libro de los Evangelios, y le dice: *Recibe la potestad de cantar el Evangelio en la Iglesia de Dios, asi por los vivos, como por los difuntos, en el nombre del Señor.*

22. *Quál sea la dignidad y amplitud del Sacerdocio.*

El tercero y supremo de todos los sagrados órdenes es el *Sacerdocio*. Con dos nombres suelen llamar los antiguos Padres a los que han ascendido, a él; porque unas veces los llaman *Presbíteros*, que en griego significa lo mismo que *ancianos*, no solo por la madurez de la edad, que es muy necesaria para este orden, sino mucho mas por la gravedad de costumbres, y por la doctrina y prudencia; porque, como está escrito: *La ancianidad venerable no es la de larga vida, ni la que se cuenta por número de años: mas las canas del hombre son su prudencia, y la edad de la vejez la vida sin mancha (Sapient. 4.)*. Otras veces los llaman *Sacerdotes*, ya porque están consagrados a Dios, y ya por pertenecer a ellos administrar los sacramentos, y tratar las cosas sagradas y divinas.

23. *De cuántas maneras es el Sacerdocio, asi de la ley nueva, como de la*

antigua.

Dos Sacerdocios se describen en las Escrituras sagradas; uno *interno*, y otro *externo*. Uno y otro se deben distinguir, para que puedan explicar los Pastores de cuál se habla en este lugar; pues por lo que mira al Sacerdocio interno, todos los fieles despues de bautizados se dicen Sacerdotes, y en especial los justos, que tienen el espíritu de Dios, y que por el beneficio de su divina gracia son hechos miembros vivos del sumo Sacerdote Jesu-Cristo; porque estos, mediante la fe inflamada por la caridad., ofrecen a Dios hostias espirituales en el altar de su corazon. Y de este género de sacrificio son todas las obras buenas y virtuosas enderezadas a gloria de Dios. Por esto leemos en el Apocalipsis: *Cristo nos lavó de nuestros pecados en su sangre, y nos hizo rey no y sacerdotes para Dios y su Padre (Apocal. 1.)*. Conforme a lo qual dixo el príncipe de los Apóstoles: *Vosotros, como piedras vivas, sois edificados casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales y agradables a Dios por Jesu-Cristo (1. Petr. 2.)*. Y el Apostol

nos exhorta: *Que presentemos nuestros cuerpos hostia viva, santa y agradable a Dios; de modo que sea razonable nuestro obsequio (Roman. 12.).* Y mucho antes habia dicho David: *Sacrificio es para Dios el espíritu quebrantado: el corazon contrito y humillado no le despreciarás, Señor (Psalm. 5.).* Todo esto es claro que pertenece al Sacerdocio interno.

24. Muéstrase haber Sacerdocio externo además del interno.

El Sacerdocio externo no conviene a todos los fieles, sino a determinados hombres, los quales instituidos y consagrados a Dios por la imposición legítima de las manos, y las solemnes ceremonias de la santa Iglesia, son destinados a algún particular y sagrado ministerio. Esta diferencia de Sacerdocios puede observarse tambien en la ley antigua; porque poco ha se vio que habló David del interno: y acerca del externo nadie puede ignorar los muchos, preceptos que dio el Señor a Moysés y Aaron. Demas de esto señaló todo el Tribu de Levi para ministerio del templo; y prohibió por ley, que ninguno de otro Tribu fuese osado a entrometerse en sus funciones (*Num. 3.*). Y por haber usurpado el Rey Ozías el oficio sacerdotal, fué castigado de Dios con lepra, y pagó con penas gravísimas su arrogancia y sacrilegio (*2. Paralip. 26.*). Pudiendo pues ver clara en la ley evangélica la misma distinción de Sacerdocios, se enseñará a los fieles que aquí se trata del Sacerdocio externo, el qual está conferido a determinados hombres; porque solo este pertenece al sacramento del Orden.

25. Quéles sean los oficios propios del Sacerdote.

El oficio pues del Sacerdote es ofrecer sacrificios a Dios, y administrar los sacramentos de la Iglesia, como se ve claro por los ritos de su consagración; porque el Obispo quando instituye Sacerdote a uno, primeramente le impone las manos junto con los demás Sacerdotes que se hallan presentes: despues, echándole la estola al cuello, se la ajusta delante del pecho en forma de cruz; en lo qual se declara que el Sacerdote es vestido con virtud de lo alto, para que pueda llevar la cruz de Cristo Señor nuestro, y el yugo suave de su divina ley; y enseñarla, no solo con palabras, sino con el exemplo de una vida empleada santísimamente. Luego le unge las manos con el sagrado crisma, y despues le entrega el caliz con vino, y la patena con hostia, diciéndole: *Recibe la potestad de ofrecer sacrificio a Dios, y de celebrar misas, asi por vivos, como por difuntos.* Con estas ceremonias y palabras es constituido intérprete y medianero entre Dios y los hombres. Y este se ha de tener por el cargo principal del Sacerdote. Por último

imponiéndole segunda vez las manos sobre la cabeza, dice: *Recibe el Espíritu Santo, cuyos pecados perdonados; y los que retuvieres serán retenidos (Joann. 20.)*. Y le da aquel celestial poder de retener y perdonar pecados, que dio el Señor a sus discípulos. Y estos son los oficios principales y propios del Orden sacerdotal.

26. Aunque el orden del Sacerdocio es uno, hay en él varios grados de

dignidad y potestad.

Mas este Orden, aunque es uno solo, tiene sin embargo varios grados de dignidad y potestad: el primero es el de aquellos que absolutamente se llaman *Sacerdotes*; cuyos oficios son los declarados hasta ahora.

El segundo, es el de los *Obispos*, que son los que presiden en cada uno de las obispados, para gobernar, no solo a los demás ministros de la Iglesia, sino al pueblo fiel, y mirar por su salud con sumo desvelo y cuidado. Por esto las sagradas Escrituras los llaman muchas veces *Pastores de ovejas*; cuyo cargo y oficio declaró San Pablo en aquel sermón que hizo a los de Efeso, como leemos en los Hechos de los Apostoles (*Actor. 20.*). Y asimismo San Pedro, príncipe de los Apostoles, dio una regla divina del ministerio episcopal: que si conforme a ella procuran los Obispos anivelar sus obras, sin duda ninguna serán buenos Pastores, y tenidos por tales (*1. Petr. 5.*). Estos mismos Obispos se llaman tambien *Pontífices*; cuyo nombre se tomó de los gentiles, los que acostumbraron llamar Pontífices a los príncipes de los Sacerdotes.

El tercer grado es el de los *Arzobispos*, que presiden a muchos Obispos, y se llaman tambien *Metropolitanos*, por ser prelados de aquellas ciudades que se tienen por matrices de aquella provincia. Por esto tienen lugar superior y potestad mas. amplia que los Obispos, aunque tocante a la ordenacioh en nada se diferencian de ellos.

En el quarto grado se colocan los *Patriarcas*, esto es, los primeros y supremos padres.

27. De las antiguas sillas patriarcales.

Antiguamente no habia en toda la Iglesia sino quatro Patriarcas fuera del sumo Pontífice romano, y no todos iguales en dignidad; porque el de Constantinopla, aunque fue el último a quien se concedió este honor, sin embargo alcanzó el lugar mas alto por la magestad del imperio: el segundo es el de Alexandría; cuya Iglesia fundó el Evangelista San Marcos por mandado del príncipe de los Apostoles: el tercero es el de Antioquía, don Je colocó San Pedro primeramente su silla; el último grado tiene el de Jerusalem; cuya Iglesia gobernó Santiago, hermano del Señor.

28. El romano Pontífice, por derecho divino, es superior a todos los Obispos.

Sobre todos estos siempre ha venerado la Iglesia católica al sumo Pontífice romano, a quien en el Concilio de Efeso llama San Cirilo Alexandrino *Arzobispo, Padre y Patriarca de toda la redondez de la tierra* porque, estando sentado en la Cátedra de San Pedro, principe de los Apostoles, y en la que consta que lo estuvo hasta el fin de su vida, reconoce en él la Iglesia el sumo grado de dignidad, y la amplitud de jurisdiccion dada, no por sinodales algunas, o por otras constituciones humanas, sino por Dios. Por tanto es Padre y Prelado de todos los Fieles, de los Obispos y de todos los demas Prelados, de qualquier dignidad y potestad que fueren: y así preside a la Iglesia universal como sucesor de San Pedro y vicario verdadero y legitimo de Cristo señor nuestro. Y por estas cosas enseñarán los Pastores quáles sean los principales cargos y oficios de los órdenes y grados eclesiasticos, y quién sea tambien el Ministro de este sacramento.

29. Quien sea el Ministro legítimo del sacramento del Orden.

Es constante que esta administracion pertenece al Obispo. Fácil es probar esto con la autoridad de las divinas letras, la certísima tradicion, el testimonio de todos los Padres y los decretos de los Concilios, y con el uso y costumbre de la santa Iglesia; porque, aunque alguna vez se ha permitido a algunos Abades administrar los órdenes menores y no sagrados, con todo eso ninguno duda que es éste propio oficio del Obispo: el qual solo, y nadie fuera de él, puede conferir los demás órdenes que se dicen *mayores y sagrados*; porque de Subdiáconos, Diáconos y Sacerdotes solo ordena el Obispo. Y los Obispos, por tradicion de los Apostoles, que perpetuamente se ha guardado en la Iglesia, son consagrados por tres Obispos.

30. Quiénes deban ser admitidos al Sacerdocio.

Síguese ahora explicar quiénes sean hábiles para recibir este sacramento, y sobre todo el Orden sacerdotal, y qué partidas son las principales que en ellos se requieren; porque de aquí se podrá señalar facilmente lo que debe observarse en dar los otros Ordenes, segun el oficio y dignidad de cada uno. Que debe procederse con cautela muy grande en este sacramento, se colige de que los demás dan gracia para santificación y utilidad de los que los reciben; pero los que reciben los sagrados. Ordenes, se hacen participantes de la gracia divina, para que se provea por su ministerio a la Iglesia, y por lo mismo a la salud de todos los hombres. Esta entendemos haber sido la causa de no celebrarse los sagrados Ordenes sino en dias. señalados, en los quales tambien se mandan ayunos solemnes por costumbre antiquísima de la Iglesia católica; es a saber, para que el pueblo, fiel alcance de Dios con piadosas y santas oraciones que aquellos Ministros de las cosas sagradas sean los mas-hábiles para desempeñar con rectitud y utilidad de la Iglesia la potestad, de tan alto ministerio.

31. De la pureza de la vida y costumbres que se requiere, en el Ordenando.

Primeramente pues es menester que el que ha de ser promovido al Sacerdocio, sea muy recomendable por la integridad de su vida y costumbres, no solo porque si procura o permite ser ordenado, con conciencia de pecado mortal, comete otro nuevo gravísimo delito, sino tambien porque debe ir iluminando a todos con el exemplo de la virtud e inocencia. Acerca de esto se ha de.declarar por,los Pastores lo que manda el Apostol a Tito (Tit. 1.) y a Timoteo. (1. Tim. 3.); y enseñar juntamente que aquellos defectos corporales, que por mandamiento de Dios, excluían a alguno, en la ley antigua del ministerio del altar, en la ley evangélica se deben aplicar principalmente a los vicios del alma. Y por esto vemos que se guarda en la Iglesia la santa costumbre de que aquellos que han de ser ordenados, procuren primero con gran cuidado, limpiar su alma por medio, del sacramento de la Penitencia.

32. De la ciencia que debe tener el Sacerdote.

Requierese demás de esto en el Sacerdote, que sepa, no solo aquellas cosas que pertenecen, al uso y trato de los sacramentos, sino tambien

que esté tan instruido en la ciencia de las Escrituras sagradas, que pueda enseñar al pueblo los misterios de la Fe cristiana, y los preceptos de la Ley divina; estimular a los fieles a la virtud y piedad, y apartarlos de los vicios; porque dos son los cargos del Sacerdote: uno hacer y, administrar bien los sacramentos: otro instruir al pueblo que tiene a su cargo en aquellos documentos y reglas que son necesarias para la salvación. Asi dice el profeta Malaquías: *Los labios del Sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca se ha de saber la ley; porque es el Ángel del Señor de los Ejércitos (Malach. 2.).* Y dado caso que en la una de estas dos cosas pueda cumplir su deber con una mediana ciencia, la otra requiere de cierto una doctrina no vulgar, sino exquisita. Aunque no se pide igualmente en todos los Sacerdotes una suma ciencia de cosas profundas, sino la que pueda bastar a cada uno para las funciones del oficio y ministerio que tiene a su cargo.

33. Quiénes deben ser excluidos de este sacramento.

Mas no debe darse este sacramento a los niños y furiosos o dementados, pues carecen de uso de razón: aunque si se les administrase, se ha de tener por cierto que se imprime en su alma el carácter del sacramento. Y a qué año de edad deba esperarse para cada uno de los Ordenes, es fácil conocerlo por los decretos del Concilio Tridentino (*Sess. 23. cap. 12.*).

Tambien son excluidos de este sacramento los esclavos; porque no debe ser dedicado al culto divino quien no es dueño de sí, y está sujeto a potestad aiena.

Tampoco deben ser admitidos los hombres derramadores de sangre y homicidas; porque están excluidos, y son irregulares por ley de la Iglesia.

Asimismo los espurios y todos aquellos que no son nacidos de legitimo matrimonio; porque es conveniente que los consagrados a Dios nada tengan en sí, que con razón los haga despreciables.

Ultimamente, deben ser desechados los disformes y defectuosos por algún vicio notable del cuerpo; porque esa fealdad y esa falta, además de ofender, es preciso que impida la administración de los sacramentos.

34. De los efectos principales de este sacramento.

Expuestas ya estas cosas, resta que enseñen los Pastores quáles son los efectos de este sacramento; pues es constante que el sacramento del Orden, aunque principalmente se dirija a utilidad y hermosura de la Iglesia, como se dixo ya, sin embargó tambien causa en el alma del que le recibe la gracia de la santificación; con la qual se hace idóneo y hábil para cumplir rectamente su oficio, y administrar bien los sacramentos, asi como por la gracia del Bautismo se proporcionan todos para recibir los demás sacramentos.

Es claro tambien que se da otra gracia por este sacramento, que es aquella potestad especial que se ordena al sacramento santísimo de la Eucaristía. En el Sacerdote es cabal y perfecta, como que solo él puede consagrar el cuerpo y sangre de nuestro Señor; pero en los Ministros de inferiores Ordenes es mayor o menor, segun que cada uno por su grado se acerca mas o menos a los sacramentos del altar. Esta se llama tambien *carácter espiritual*, por quanto los que están adornados con los sagrados Ordenes, se distinguen de los demás fieles por cierta señal interior, impresa en el alma; y están destinados al culto divino. A esto parece que aludió el Apostol, quando dixo a Timoteo: *No quieras tener ociosa la gracia que hay en tí; la qual se te dio por inspiración divina con la imposición de las manos del Presbiterado (1. Tim. 4.).* Y en otra parte: *Yo te amonesto que despiertes la gracia de Dios que hay en tí por imposición de mis manos (2. Tim. 1.).* Y esto baste acerca del sacramento del Orden; porque solo hemos mirado a insinuar a los Pastores los principales puntos, para subministrarles argumentos con que puedan enseñar e imponer al pueblo fiel en la christiana piedad.

CAPÍTULO VIII.

DEL SACRAMENTO DEL MATRIMONIO.

- 1. Por qué deben los Párrocos explicar con frecuencia, la doctrina, de este sacramento.**

Debiendo ser el principal cuidado de los Pastores, que la vida del pueblo cristiano sea santa y perfecta, habían de querer en gran manera lo que escribía el Apostol a los de Corinto, que deseaba él por estas palabras: *Quiero que todos vosotros estéis como yo mismo (1. Corinth. 7.)*; esto es, que todos siguiesen la virtud de la continencia, porque en esta vida no podia acaecer cosa mas feliz a los fieles, que el que desasido el corazon de todos los cuidados, del mundo, serenado y reprimido todo el bullicio de la carne, descansasen en solos los ejercicios de virtud, y en la meditación de las cosas divinas. Mas como segun afirma el mismo Apostol: *Cada uno tiene su propio don de Dios, unos de una manera, y otros de otra (Ibid.)*. Y asimismo está, dotado el matrimonio de grandes y divinos dones, de suerte que se cuenta verdadera y propiamente entre los sacramentos de la Iglesia católica; y nuestro Salvador honró con su presencia la celebridad de las bodas. Bastantemente se echa de ver que debe predicarse esta doctrina, mayormente pudiendo advertir, que así San Pablo, como el príncipe de los Apostoles, dexaron escritas, cuidadosamente en muchos lugares las cosas que pertenecen, no solo a la dignidad, sino tambien a los oficios del Matrimonio; porque inspirados por el espíritu de Dios, entendían muy bien quantas y quan grandes utilidades podían provenir a la república christiana, si tuvieran los fieles bien conocida la santidad del. Matrimonio, y la guardasen sin mancilla alguna: como al contrario, si esta santidad se ignora o desestima, las muchas y grandes calamidades y desventuras que se acarrean a la Iglesia. Por tanto, primeramente se explicará la naturaleza y condición del Matrimonio; porque, cubriéndose muchas veces los vicios con capa de virtud, es menester cuidar no sea que engañados los fieles con una falsa idea de Matrimonio, manchen sus almas con torpezas y libiandades abominables. Y para declararlo, se ha de empezar por la significación del nombre.

2. Por qué esa santa unión se llama Matrimonio, Junta y Velaciones.

El Matrimonio se llama así, porque la muger principalmente se debe casar para ser madre, o porque es oficio de madre concebir, parir y criar los hijos. Llámase tambien *Junta adjuntarse*, por quanto la legítima muger y el varón quedan enlazados como con un yugo. Dícese demás de esto *delaciones*; porque, como dice San Ambrosio (Lib. 1. de Abrahan. cap. 9.), las doncellas a causa del empacho se cubrían con un velo. Y esto tambien parece declaraba que debían estar sujetas y obedientes a los maridos.

3. Definición del Matrimonio, y su explicación.

Esto supuesto, por sentencia comun de los teólogos, se define asi: *Es el Matrimonio una junta maridable del hombre y la muger entre personas legítimas, que retiene una compañía inseparable de vida.* Para que se entiendan con mas claridad las partes de esta definición, se ha de enseñar que aunque en el Matrimonio perfecto haya todas estas cosas, conviene saber: consentimiento interno, pacto externo expresado con palabras, la obligación y vínculo que nacen de ese pacto, y la unión de los casados, por la qual se consume el Matrimonio; sin embargo nada de esto tiene propriamente virtud y naturaleza de Matrimonio, sino aquella obligación y lazo que se significó por el nombre de *Junta*. Añádese *maridable*, porque los demás géneros de pactos, con que se obligan hombres y mugeres a hacer alguna cosa unos por otros, o por dinero, o por otros motivos, están muy lejos de la esencia de Matrimonio. Siguese luego entre *personas legítimas*, porque los que por las leyes están del todo excluidos de la unión conyugal, no pueden contraer Matrimonio, ni aunque le contraigan es válido: como por exemplo, los parientes dentro del quarto grado, el joven antes de los catorce años, y la doncella antes de los doce, que es la edad establecida por las leyes, no pueden ser hábiles para contraer Matrimonio legítimo. Y lo que en el último lugar se dice: *Que retiene compañía inseparable de vida*, declara la naturaleza del lazo indisoluble con que quedan atados el hombre y la muger.

4. En qué consiste la esencia del Matrimonio.

Por aquí se ve claro que la naturaleza y esencia del Matrimonio consiste en este lazo. Porque aunque otras difiniciones de Doctores muy clásicos parece que atribuyen esto al consentimiento, como quando dicen: *Que el Matrimonio'es consentimiento del hombre y la muger*, esto debe entenderse de manera, que el consentimiento sea la causa eficiente del Matrimonio, como lo enseñaron los Padres del Concilio Florentino; porque la obligación y enlace no puede, nacer sino del consentimiento y del pacto.

5. Qué consentimiento se requiere, y cómo debe declararse.

Mas lo que sobre todo es necesario es que el consentimiento se exprese con palabras que señalen el tiempo presente; porque el Matrimonio no es una simple donación, sino un pacto recíproco. Y así el

consentimiento de uno solo no puede ser suficiente para constituir Matrimonio, sino que es necesario que sea mutuo de los dos entre sí. Y para declarar este recíproco consentimiento de la voluntad, es evidente que son menester palabras; porque si pudiera haber Matrimonio por solo el consentimiento interno, sin manifestarle exteriormente, parece se seguía que si estuvieran dos en lugares muy distantes y diversos, y consintieran en casarse, quedasen ya unidos con la ley de Matrimonio verdadero y estable, antes que el uno declarase al otro su voluntad por cartas o por personas; lo qual es ageno de razón, y de la costumbre y decretos de la Santa Iglesia.

6. Debe el consentimiento expresarse con palabras de presente.

Dícese pues muy bien que el consentimiento se debe expresar con palabras que señalen el tiempo presente; porque las que señalan el futuro, prometen Matrimonio; pero no le hacen. Es tambien manifiesto que las cosas venideras no son todavía: y de lo que no es, no se ha de hacer juicio que tenga firmeza o estabilidad. Y así ninguno tiene derecho conyugal en aquella muger, a quien prometió que contraería Matrimonio con ella, y no se efectuó luego lo prometido; pero queda obligado a cumplirlo: y si no lo hace, se convence reo de infidelidad. Pero el que ya una vez llegó a juntarse, mediante el concierto del Matrimonio, aunque despues le pese, con todo eso no puede mudar, anular, ni deshacer lo hecho. Siendo pues la obligación del Matrimonio, no una mera promesa, sino tal enagenacion, que el hombre por el mismo hecho da a la muger, y en justa correspondencia da la muger al hombre el dominio de su cuerpo; por esto es necesario que se contraiga el Matrimonio con palabras que señalen el tiempo presente; cuya fuerza permanece aun despues de pronunciadas, y tienen ligado a uno y a otro con un lazo indisoluble.

7. En lugar de palabras pueden suplir las señales.

En lugar de palabras pueden ser suficientes para el matrimonio las señales y muestras que abiertamente manifiesten el consentimiento interno, y aun el mismo silencio tambien: como si la doncella no responde por empacho, pero responden por ella sus padres.

8. Para el verdadero Matrimonio no se requiere acceso.

Por lo dicho enseñarán los Párrocos a los fieles, que la naturaleza y fuerza del Matrimonio consiste en el vínculo y obligación; y que para que se dé Matrimonio legítimo, además del consentimiento expresado del modo que se ha dicho, no es necesario trato carnal; porque claramente consta que los primeros padres fueron unidos con Matrimonio verdadero antes del pecado: y en ese tiempo no hubo entre ellos comercio carnal alguno, como los Padres afirman. Y por esto dixeron los santos Padres, que no consistía el Matrimonio en el uso, sino en el consentimiento; y lo leemos repetido por San Ambrosio en el libro que escribió de las vírgenes (*Ibid. cap. 6.*).

9. Del Matrimonio como contrato y como sacramento.

Explicadas ya estas cosas, se ha de enseñar que el Matrimonio debe considerarse de dos modos; porque ha de mirarse, o como *conjunción natural* (pues el Matrimonio no fue inventado por los hombres, sino por la naturaleza), o como *sacramento*, cuya condición sobrepuja la de las cosas naturales. Y como la gracia es la que perfecciona la naturaleza (*pues no es primero lo que es espiritual, sino lo que es animal (1. Corinth. 15.), y despues lo que es espiritual*), pide el orden de las cosas que se trate primero del Matrimonio, segun que le establece la naturaleza, y es oficio suyo; y que despues se expliquen las cosas que le convienen, segun que es sacramento.

10. El Matrimonio como conjunción fue instituido por Dios.

Primeramente pues se ha de enseñar a los fieles que el Matrimonio fue instituido por Dios; porque en el Génesis está escrito: *Varon y hembra los crió Dios, y echólos su bendición, y dixo: Creced, y multiplicaos (Genes. 1.). Y: No es bien que el hombre esté solo, hagámosle un ayudador semejante a él. Y poco despues: Mas para Adán no se hallaba ayudador semejante a él. Envioó pues el Señor un sueño a Adán; y habiéndose dormido, sacóle una costilla, en lugar de la qual le puso carne; y de aquella costilla formó la muger, y tráxola a Adán, a la qual él dixo: Este es hueso de mis huesos, y carne de mi carne. Esta se llamará varona, porque fue formada de varón; y por esto dexará el hombre su padre y madre, y llegarse ha a su muger, y serán dos en una carne (Ibid. 2.).* Todo esto muestra que el Matrimonio fue instituido por Dios, como el mismo Señor lo declaró por San Mateo (*Matth. 19.*).

11. El Matrimonio aun como oficio de la naturaleza es

indisoluble.

Pero no solamente instituyó Dios el Matrimonio, sino que, como declara el santo Concilio de Trento (*Sess. 24. can. 7.*), le echó tambien perpetuo e indisoluble nudo; pues dixo el Salvador: *Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre (e)*. Porque aunque convenga al Matrimonio, en quanto es oficio de la naturaleza no poder ser disuelto, todavía se estrecha mucho mas en quanto es sacramento: pues por esto consigue una suma perfección, aun en aquellas cosas que le son propias por ley natural. Sin embargo, el ser su vínculo disoluble es cosa que repugna, así al cuidado de educar los hijos, como a todos los demás bienes del Matrimonio.

12. No obliga a todos la ley del Matrimonio.

Pero lo que dixo el Señor: *Creced, y multiplicaos*, se ordena a declarar la causa de haber instituido el Matrimonio, no a imponer necesidad a cada uno de los hombres; porque ahora, multiplicado ya el linage humano, no solo no hay ley alguna que obligue a casarse, sino que antes bien se encomienda muy mucho la virginidad, y se aconseja a todos en las Escrituras sagradas, como mas excelente que el estado del Matrimonio, y que contiene en sí mayor perfección y santidad; porque así nos enseñó nuestro Salvador y Señor: *El que pueda guardarla, guárdela (Matth. 19.)*. Y el Apóstol dice: *Acerca de las vírgenes no tengo mandamiento del Señor; pero doy consejo, como que he conseguido del Señor misericordia para ser fiel (1. Corinth. 7.)*

13. Por qué causas se debe contraer el Matrimonio.

Tambien han de declararse las. causas por las que deben juntarse el hombre y la muger: la primera es la misma compañía de ambos sexos, apetecida por instinto de la naturaleza, y conciliada por la esperanza del auxilio recíproco, de que ayudado el uno por el favor del otro, puedan llevar mas facilmente los trabajos de la vida, y soportar la flaqueza de la vejez: la segunda es el apetito de la procreación, no tanto por dexar herederos de sus bienes y riquezas, quanto por educar seguidores de la verdadera fe y religión. Este era el fin que señaladamente se proponían aquellos santos Patriarcas quando se casaban, como se dexa ver en las sagradas Letras. Y así, avisando el Ángel a Tobías en qué manera podría rechazar la fuerza del demonio, le dixo: *Yo te mostraré quienes son aquellos, contra los quales puede*

prevalecer el demonio. Aquellos que toman el Matrimonio de suerte que excluyan de sí y de su alma a Dios, y se entregan a la liviandad como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento: sobre estos tiene potestad el demonio. Y luego añadió: Recibirás la doncella con temor de Dios, por amor de los hijos, mas que llevado de liviandad, para que en el linage de Abrahan consigas la bendición en los hijos (Tob. 6.). Y esta fue tambien la causa porque Dios instituyó en el principio del mundo el Matrimonio. Por tanto es gravísima la maldad de aquellos casados que, o impiden con medicinas; la concepción, o procuran aborto; porque esto se debe tener por una cruel conspiración de homicidas.

14. Por qué se instituyó el Matrimonio despues del pecado.

La tercera causa, se añadió a las otras despues de la caida del primer padre, quando por haberse perdido, la justicia original, en que fue criado el hombre, comenzó el apetito a rebelarse contra la recta razón: y es, que el que reconociendo su flaqueza no quiera sufrir la lucha de la carne, se valga del remedio del Matrimonio, para evitar los pecados de luxuria. Acerca de lo qual escribe asi el Apostol: *Por evitar la fornicación cada uno tenga su muger, y cada muger su marido (1. Corinth. 7.).* Y poco despues, habiendo enseñado que algunas veces se han de abstener los casados del uso conyugal, por darse a la oración, añadió: *Y luego volved a juntaros en uno; porque no os tienta Satanás a causa de vuestra incontinencia (Ibid.).* Estas pues son las causas de las que debe proponerse alguna todo el que quiera contraer Matrimonio honesta y virtuosamente, como corresponde a hijos de santos. Y si a estas causas se añadieren otras, que mueven a los hombres a tomar este estado, y en la elección de muger anteponer una a otra, como son: el deseo de dexar heredero, las riquezas, la hermosura, la nobleza y la semejanza de costumbres: estas y otras razones como ellas ciertamente no se han de reprobar, pues no se oponen a la santidad del Matrimonio: ni en las sagradas Letras es reprehendido el patriarca Jacob, por haber querido mas a Raquel que a Lía, aficionado de su hermosura (*Genes. 29.*). Y esto se enseñará del Matrimonio, segun que es conjunción natural.

15. Por qué elevó Cristo el Matrimonio a la dignidad de sacramento.

Del Matrimonio, en quanto es sacramento, es menester explicar que es su naturaleza mucho mas excelente, y que se ordena a un fin del todo mas alto; porque asi como el Matrimonio, en quanto es conjunción

natural, fue instituido desde el principio para que se propagase el linage humano, asi se le dio despues la dignidad de sacramento a fin de que se multiplicase y educase el pueblo para el culto y religion del verdadero Dios y Salvador nuestro Jesu-Cristo. Porque, queriendo su Magestad darnos alguna señal cierta de la estrechísima unión que hay entre él y la Iglesia, y de su inmenso amor para con nosotros, declaró la dignidad de tan alto misterio señaladamente por este santo enlace del hombre y la muger. Y quan propia sea esta significación, se puede conocer de que entre todas las conexiones humanas ninguna estrecha mas los hombres entre sí que el lazo del Matrimonio; y el marido y la muger están atados entre sí con una muy grande caridad y benevolencia. Y de aquí proviene que a cada paso nos propongan las sagradas Escrituras delante de los ojos esta divina unión de Cristo y de la Iglesia con la semejanza de las bodas.

16. El Matrimonio es verdadero sacramento.

Ahora: que el Matrimonio sea sacramento, siempre lo tuvo la Iglesia por cierto y averiguado, confirmada con la autoridad del Apostol; porque escribe asi a los de Efeso: *Los maridos deben amar a sus mugeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su muger, se ama a sí mismo; porque ninguno aborreció jamás su propia carne, antes la sustenta y regala, como tambien Cristo a su Iglesia; porque miembros somos de su cuerpo, de su carne y de sus huesos. Por esto dexará el hombre padre y madre, y llegarse ha a su muger, y serán dos en, una carne. Este sacramento grande es; mas yo digo en Cristo y en la Iglesia (Ephes. 5.).* Porque quando dice: *Grande es este sacramento*, nadie puede dudar que se debe entender del Matrimonio, por quanto la unión del hombre y la muger, cuyo autor es Dios, es sacramento; esto es, una sagrada serial de aquel lazo santísimo con que Cristo señor nuestro se junta con su Iglesia.

17. Cómo convencen esas palabras del Apóstol que el Matrimonio es sacramento.

Ese es el propio y verdadero sentido de esas palabras, como lo muestran los santos Padres antiguos que interpretaron este lugar; y lo mismo declaró el santo Concilio de Trento (*In princip. Sess. 24.*), pues es constante que el Apostol compara el varón a Cristo, y la muger a la

Iglesia; y que el varón es cabeza de la muger, como Cristo lo es de su Iglesia; y por esta razón debe el marido amar a la muger, y ella a correspondencia amar y respetar a su marido; porque Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella: y tambien la Iglesia está sujeta a Cristo, como enseña el mismo Apostol (Ephes. 5.). Y que asimismo por este sacramento se signifique, y se dé la gracia, que es en lo que señaladamente consiste la razón de sacramento, lo declara el Concilio por estas palabras: *Y esta gracia, la qual perficionase aquel amor natural, confirmase la union indisoluble, y santificase a los casados, nos la mereció con su pasion el mismo Cristo, autor y consumidor de los venerables sacramentoos (Ubi proxim)*. Por esto se ha de enseñar que la gracia de este sacramento hace que, unidos el marido y la muger con lazo de recíproca caridad, descanse el uno en la benevolencia del otro, y que no busquen amores agenos, ni accesos ilícitos, sino que en todo sea venerable el Matrimonio, y no amancillado su lecho (*Hebr. 13.*).

18. *Quánto se diferencia el Matrimonio de la ley evangélica del de la natural*

y mosáyca.

Mas lo mucho que ahora sobrepaja el sacramento del Matrimonio a los casamientos que solían contraerse antes o despues de la ley, se puede conocer de que, aunque los gentiles llegaron a entender que habia en el Matrimonio alguna cosa divina, y que por esta razón eran agenos de la ley natural los accesos vagos; y asimismo juzgaron que debían ser castigados los estupros, adulterios y otros géneros de lascibia, con todo eso en manera ninguna tuvieron sus matrimonios virtud de sacramento.

Con mucho mas respeto eran miradas entre los judíos las leyes de las bodas: y no puede dudarse que sus matrimonios estuvieron dotados de mayor santidad; porque habiendo recibido la promesa de que llegaría tiempo en que todas las gentes fuesen benditas en uno de los descendientes de Abrahan (*Genes. 12.*), con mucha razón parecía ser entre ellos oficio de piedad grande procrear hijos, y propagar la descendencia del pueblo escogido; del qual habia de nacer en quanto hombre Cristo Salvador nuestro. Pero tampoco aquellos matrimonios fueron verdaderos sacramentos.

19. *Ni en la ley natural, ni en la escrita, solo en la de gracia, tuvo su*

perfección el Matrimonio.

Júntase a lo dicho el que ya miremos a la ley natural despues del pecado, ya a la de Moysés, luego advertiremos que decayó el matrimonio de la hermosura y honestidad de su primer origen; porque mientras estaba en su vigor la ley natural, hallamos que hubo muchos de los antiguos Padres, que tuvieron a un tiempo muchas mugeres. Y despues en la ley de Moysés era permitido hacer divorcio con la muger, y darla libelo de repudio, si habia causa para ello (Matth. 19.). Pero uno y otro fue quitado por la ley evangélica, y restituido el Matrimonio a su honor primitivo; porque que el tener muchas mugeres sea ageno de la naturaleza del Matrimonio (aunque no deben ser acusados algunos de los antiguos Padres, pues no las tuvieron sin licencia de Dios) lo mostró Cristo señor nuestro por aquellas palabras: *Por esto dexará el hombre padre y madre, y llegarse ha a su muger; y serán dos en una carne (Ibid.).* Y luego añadió: *Y asi ya no son dos, sino una carne.* Por estas palabras declaró que fue el Matrimonio instituido por Dios, de tal suerte, que está reducido precisamente a la unión de dos solos, no de muchos. Y lo mismo enseñó con toda claridad en otra parte, porque dice: *Qualquiera que dexare su muger, y se casare con otra, comete adulterio contra ella. Y si la muger dexare al marido, y se casare con otro, adultéra (Ibid.).* Porque si fuera lícito al hombre tener muchas mugeres, parece que no habia mas razón para acusarle de adúltero, por contraer con una, teniendo la primera en casa, que por casarse con segunda, repudiando la primera. Por esto vemos que si un infiel, por uso y costumbre de su nación, tenia muchas mugeres, se convierte a la religión verdadera, le manda la Iglesia dexar todas las demás, y tener a sola la primera por su justa y legítima consorte.

20. No se disuelve el Matrimonio por el divorcio.

Con el mismo testimonio de Cristo señor nuestro se prueba tambien facilmente que por divorcio ninguno se puede desatar el lazo del Matrimonio. Porque si despues del libelo de repudio quedase la muger libre de la ley del marido, pudiera lícitamente casarse con otro sin delito de adulterio. Mas el Señor claramente denuncia: *Todo aquel que dexa su muger, y se casa con otra, comete adulterio (Matth. 19.).* Es pues manifiesto que cosa ninguna, sino la muerte, puede desatar el lazo del Matrimonio. Y el Apostol tambien confirma esto, quando dice: *La muger está atada a la ley mientras vive su marido; mas si su marido muere, queda libre de la ley. Cásese con quien quisiere solamente en el Señor (1. Corinth. 7.).* Y antes: *A los que están unidos en el Matrimonio, mando, no yo, sino el Señor: que la muger no se aparte de su marido; y si*

se apartare, estése sin casar, o reconciliarse con él (Ibid.). Esta es la libertad que dio el Apostol a la muger que por justa causa dexare su marido: o estarse sin casar, o reconciliarse con él; pues no permite la santa Iglesia, ni a la muger, ni al marido, que sin causas muy graves se aparten uno de otra

21. *Por qué conviene que el Matrimonio sea indisoluble.*

Y para que a ninguno parezca demasiadamente dura la ley del Matrimonio, porque en caso ninguno puede disolverse jamás, se ha de enseñar cuántas utilidades trae esta ley consigo. Porque, en primer lugar, por aquí entenderán los, hombres, qué en concertar los Matrimonios, mas han de atender a la virtud y semejanza de costumbres, que a las riquezas y hermosura: y esto no puede dudarse que es muy conveniente para la sociedad y bien comun. Demas de esto, si se deshiciera el Matrimonio por divorcio, rara vez faltarían a los hombres causas de discordias, que cada día les pondría delante el enemigo antiguo de la paz y de la honestidad. Pero ahora, haciéndose cargo los fieles de que aunque carezcan de la comunicación y trato del Matrimonio, quedan todavía atados con su lazo, y que les está cortada toda esperanza de casarse con otra, de aquí proviene que se van haciendo a ser mas detenidos para la ira y disturbios. Y si alguna vez llegan a divorciarse, y no pueden sufrir la ausencia del consorte, presto se reconcilian por medio de amigos, y vuelven a su antigua cohabitación.

22. *Los divorcios pueden reconciliarse otra vez.*

Mas no deben los Pastores pasar en silencio en este lugar aquella saludable amonestación de San Agustín. Para mostrar el Santo a los fieles que no deben tener dificultad en volver a su gracia a las mugeres que desecharon por adúlteras, si están arrepentidas del delito, les dice: *¿Por qué el hombre cristiano no recibirá la muger, a quien recibe la Iglesia? ¿O por qué la muger no perdonará al marido adúltero, pero penitente, a quien ha perdonado Jesu-Cristo (Lib. 1. de Adult. Can. cap. 6. et 9.)? Porque si la Escritura llama necio al que tiene la adúltera (Prov. 18.), lo dice por aquella que habiendo pecado, ni quiere arrepentirse, ni dexar la torpeza comenzada. Y así, por estas cosas es manifesto que los Matrimonios de los fieles llevan ventajas grandes en la perfeccion y en la nobleza, tanto a los de los gentiles, como a los de los judios.*

23. De les bienes que de este sacramento reciben los casados.

Tambien se ha de enseñar a los fieles, que son tres los bienes del Matrimonio: *La sucesión, la fe y el sacramento*; con cuya recompensa se hacen llevaderos aquellos trabajos que insinúa el Apostol, quando dice: *Tribulación de carne tendrán los casados (1. Corinth. 7.)*. Y se consigue que sean acompañados de honestidad aquellos comercios corporales, que fuera del matrimonio serian justamente condenados. Es pues el primer bien la *sucesión*; esto es, los hijos habidos en la justa y legítima muger. Porque en tanto estimó esto el Apostol, que dixo: *Salvarse ha la muger por la generación de los hijos (1. Timot. 2.)*. Lo qual no se ha de entender de la procreacion solamente, sino tambien de la educacion y enseñanza con que les instruyen para la virtud. Por esto añade luego el mismo: *Si permanecieren en la fe*: pues amonesta la Escritura: *¿Tienes hijos? Ensénalos, y dómalos desde la niñez (Eccli. 7.)*. Lo mismo tambien enseña el Apostol. Y de esta crianza nos dan bellísimos exemplos Tobías, Job y otros santísimos Padres en las Escrituras sagradas. Sobre quales son los oficios de los padres y de los hijos en el quarto precepto se tratará con extension.

24. Qué sea la fe del Matrimonio, y cómo deba guardarse.

Siguese la *fe*, que es el segundo bien del matrimonio. No es esta fe aquella virtud que Dios nos infunde quando recibimos el Bautismo, sino una fidelidad, por la qual mutuamente se obliga el marido a la muger, y la muger al marido, de modo que entregue el uno al otro el dominio de su cuerpo, y prometa no quebrantar jamás aquel santo concierto de su matrimonio. Esto se colige facilmente de aquellas palabras que pronunció Adán quando recibió a Eva por esposa; y que despues las comprobó Cristo señor nuestro en el Evangelio: *Por esto dexará el hombre padre y madre, y llegarse ha a su muger, y serán dos en una carne (Genes. 2. et Matth. 19.)*. Y tambien aquel lugar del Apostol: *No tiene la muger dominio de su cuerpo, sino el marido. Y asimismo: No tiene el marido dominio de su cuerpo, sino la muger (1. Corinth. 7.)*. Por esto justisimamente estaban establecidas por el Señor en la ley antigua gravísimas penas contra los adúlteros, por quebrantar esta fe maridable.

Pide tambien la fe del matrimonio, que el marido y la muger estén enlazados con un singular amor santo y puro, y que se amen entre sí, no como los adúlteros, sino como Cristo amó a la Iglesia; pues esta es la regla que señaló el Apostol, quando dixo: *Hombres, amad a vuestras mugeres, como Cristo amó a la Iglesia (Ephes. 5.)*. Ciertamente la amó

con caridad inmensa, y no por su provecho, sino mirando solamente a la utilidad de la esposa.

25. *Qué sea el sacramento que se cuenta entre los bienes del Matrimonio.*

El tercer bien se llama *sacramento*, esto es, aquel lazo del matrimonio, que nunca se puede desatar. Porque, como dice el Apostol: *Mandó el Señor a la muger que no se aparte de su marido; y que si se apartare, se esté por casar, o que se reconcilie con él: Y que ni el marido dexé a su muger (1. Corinth. 7.).* Porque si el matrimonio como sacramento significa la unión de Cristo con la Iglesia, es necesario que, asi como Cristo nunca se aparta de la Iglesia, asi en orden al vínculo del matrimonio nunca pueda el marido apartarse de la muger. Mas para que esta santa unión se conserve sin queja, con mas facilidad se enseñarán los oficios del marido y la muger, que describe San Pablo y el príncipe de los Apostóles.

26. *De los principales oficios del marido.*

Es cargo del marido tratar con agrado y honor a su muger: para lo qual debe acordarse que Eva fue llamada compañera por Adán, pues dixo: *La muger que me diste por compañera (Genes. 3.).* Y por esta razón enseñaron algunos de los Padres, que fue formada, no de los pies; sino del costado del marido: como tambien fue hecha, no de la cabeza: para que entendiese que no era señora, sino súbdita de su marido. Conviene tambien que el marido esté siempre empleado en el oficio de algún trabajo honesto, asi para que asista a su familia con las cosas necesarias para su sustento, como para que no se inutilice con vergonzosa ociosidad, que es madre de casi todos los vicios. Debe asimismo concertar bien su familia, corregir las costumbres de todos, y hacer que cada uno cumpla su obligacion.

27. *De los oficios de la muger.*

Por otra parte los cargos de la muger son los que cuenta: el príncipe de los Apostóles, quando dice: Las mugeres estén sujetas a sus maridos, para que si algunos no creen a la palabra, sean sin ella ganados por el buen porte de las mugeres; considerando en temor vuestra casta conversación: cuya compostura sea, no exterior con cabellos rizados, aderezos de oro, o de vestidos ricos, sino en el

adorno interior del alma con la pureza de un espíritu pacífico y modesto, que es el precioso en el acatamiento de Dios; pues de este modo se aderezaban antiguamente las santas mugeres, que esperaban en Dios, sujetas a sus maridos: como Sara obedecía a Abrahan, llamándole señor (1. Petr. 3.). Sea tambien su principal cuidado educar los hijos en el culto de la religión, y cuidar con diligencia las cosas de la casa. Esténse con mucho gusto recogidas en casa, sin salir de ella, sino las obliga la necesidad; y nunca se atrevan a salir sin licencia de su marido. A mas de esto, tengan siempre presente que despues de Dios a nadie deben amar, ni estimar mas que a su marido; pues en esto señaladamente está afianzada la unión matrimonial: y asimismo condescender con él, y obedecerle con muchísimo gusto en todas las cosas que no son contrarias a la piedad christiana.

28. De los ritos del Matrimonio.

Despues de explicadas estas cosas se sigue que los Pastores) enseñen tambien los ritos que se deben observar en contraer el matrimonio. Pero acerca de esto no hay que dar aquí reglas, porque las principales que se deben guardar están establecidas con difusión y cuidado por el santo Concilio de Trento (Sess. 24. cap. 18.); cuyo decreto no pueden ignorar los Pastores. Baste prevenirles que procuren saber por la doctrina del santo Concilio las cosas que pertenecen a este propósito, y que las expongan con diligencia a los fieles.

29. Los matrimonios clandestinos son nulos.

Y ante todas cosas, a fin de que los jóvenes y doncellas, cuya edad padece una falta muy grande de consejo, engañados con el falso nombre de matrimonio, no concierten incautamente tratos de amores torpes, enseñarán los Pastores con mucha frecuencia, que no deben tenerse por verdaderos, ni por válidos aquellos matrimonios que no se contraen a presencia del Párroco, o de otro Sacerdote, con licencia del mismo Párroco, o del Ordinario, y con cierto número de testigos.

30. Deben tambien explicarse los impedimentos del Matrimonio.

Tambien se deben explicar las cosas que impiden el matrimonio. Pero de esta materia han tratado con tanta diligencia muchos, graves y doctísimos varones que escribieron de vicios y virtudes, que será fácil a todos traer a este lugar las cosas que ellos dexaron escritas:

mayormente teniendo necesidad los Pastores de no dexar de la mano casi nunca esos libros. Por tanto leerán con atención esas instrucciones, y procurarán enseñar a los fieles, así esas doctrinas, como aquellas cosas que decretó el santo Concilio acerca del impedimento que nace, ya del parentesco espiritual, ya de la justicia de pública honestidad, y ya de la fornicación.

31. De la disposición para recibir este, sacramento.

Por estas cosas se puede entender bien el espíritu con que deben estar animados los fieles, quando contraen matrimonio. Porque no deben pensar que emprenden alguna cosa humana, sino divina; y que se debe recibir con singular devoción y pureza de alma: como lo muestran bien los exemplos de los Padres de la ley antigua; cuyos matrimonios, aunque no estaban adornados con la dignidad de sacramento, sin embargo siempre juzgaron que debían ser celebrados con gran veneración y santidad.

32. Que se debe procurar el consentimiento de los padres.

Pero entre otras cosas se ha de amonestar muy encarecidamente a los hijos de familias que honren a sus padres, y a aquellos baxo cuyo cargo y potestad están, no contrayendo matrimonio sin darles noticia, y mucho menos contra su voluntad; porque en el Testamento viejo se puede echar de ver que siempre fueron los hijos Colocados en matrimonio por sus padres: y acerca de esto han de condescender muy mucho con su voluntad, como lo da a entender el Apostol, quando dice: *El que casa a su virgen hace bien; mas el que no la casa hace mejor* (1. Corinth. 7.).

33. De lo que debe advertirse acerca del uso del Matrimonio.

Resta ahora aquella parte última, que habla de las cosas pertenecientes al uso del matrimonio: de lo qual se ha de tratar con gran tiento por los Pastores; porque no se les escape de la boca palabra alguna que, o parezca indigna de los oídos fieles, o que pueda ofender las almas piadosas, o que mueva a risa. Porque así como las palabras del Señor son palabras castas (Psalm. 11.), así también conviene en gran manera que el maestro del pueblo cristiano use de

tal estilo, que manifieste una singular gravedad y entereza de juicio. Por esto enseñarán dos cosas a los fieles: una, que no se ha de usar del matrimonio por deleyte o liviandad, sino dentro de los términos que fueron señalados por el Señor, como arriba declaramos; porque conviene acordarse de lo que exhorta el Apostol: *Los que tienen mugeres, téngalas coma si no las tuvieran* (1. Corinth. 7.). Y tambien de lo que dice San Gerónimo: *El varon sabia debe amar a la muger con juicio, no con apego: contendrá los ímpetus del deleyte; y no se llevará precipitada al acto carnal, pues no hay cosa mas fea que amar a la muger como a una adúltera* (Lib. 1. contra Jovin. prop. fin.).

34. *Quándo deben abstenerse del uso del Matrimonio.*

Y porque todos los bienes se han de alcanzar de Dios con santas oraciones, lo segundo que deben enseñar a los fieles es, que se abstengan algunas veces del uso matrimonial, para darse a la oracion; y señaladamente sepan que esto se ha de observar tres dias antes por la menos de recibir la sagrada Eucaristía; y muchas veces quando se celebran los ayunos solemnes de Quaresma, como recta y santamente lo mandaron nuestros Padres. De esta manera experimentarán que los bienes del matrimonia se les aumenten cada dia con mayor colmo de la divina gracia; y siguiendo las obras de piedad, no sola pasarán esta vida quieta y apaciblemente, sino vivirán con esperanza verdadera y firme, que no confunde (*Roman. 5.*), de conseguir por la benignidad de Dios la eterna gloria.

**TERCERA PARTE DEL
CATECISMO
ROMANO.**

CAPÍTULO I.

DE LOS DIEZ MANDAMIENTOS DEL DECÁLOGO.

1. El Decálogo es la suma de todos los Mandamientos.

Suma y compendio de todas las leyes, dice San Agustín, que es el Decálogo (*Quæst. 140. lib. 2. sup. Exod.*); porque aunque son muchas las cosas que Dios habló, con todo eso solo se dieron a Moysés dos tablas de piedra, las que se llaman *las tablas del testimonio*, que habia de estar en el arca: pues todo lo demás que Dios mandó, está pendiente de aquellos diez preceptos escritos en las dos tablas, como lo echará de ver el que lo examine con cuidado, para entenderlo con rectitud: asi como estos diez Mandamientos se encierran en aquellos dos, a saber del amor de Dios y del prójimo; de los cuales depende toda la Ley y Profetas (*Matth. 22.*).

2. Deben los Pastores explicar el Decálogo con mucha claridad.

Siendo pues esta la suma de toda la ley, es menester que los Pastores empleen dias y noches en su contemplación, no solo para que ajusten su vida segun esta regla, sino tambien para que enseñen la ley del Señor al pueblo que les es encomendado: *Porque los labios del Sacerdote guardarán la ciencia, y de su boca se ha de saber la ley; porque es el Ángel del Señor de los Exércitos (Malach. 2.)*. Lo qual pertenece muy en particular a los Pastores de la ley nueva, que como mas allegados a Dios *deben ser transformados de claridad en claridad, obrándolo asi en ellos el espíritu del Señor (2. Corinth. 3.)*. Y pues Cristo señor nuestro los llamó con el nombre de *luz (Matth. 5.)*, es obligación suya, ser luz de aquellos que están en tinieblas, doctores de ignorantes, maestros de pequeñuelos; y si fuere alguno sobrecogido en algun delito instruirle ellos que son espirituales (*Galat. 6.*). En el confesonario tambien hacen

el oficio de Jueces, y sentencian segun la calidad y gravedad de los pecados. Por tanto, si no quieren engañarse por su ignorancia a sí mismos y a los demas, es necesario que estén muy vigilantes. en esto, y muy exercitados en la explicacion de los Mandamientos divinos, para que puedan juzgar de qualquier accion y omision segun esta divina regla, y enseñar, como dice el Apostol, la doctrina sana (2. Tim. 4.), esto es, la que no contenga ningun error, y cure las enfermedades de las almas, que son los pecados; para que sea el pueblo agradable a Dios, y seguidor de buenas obras. Por tanto en este género de explicacion proponga el Pastor a sí mismo y a otros aquellas razones que persuadan, que deben todos obedecer a la ley.

3. Quien es el Autor del Decálogo y de la ley natural.

Entre las muchas cosas que pueden impeler los ánimos de los hombres a guardar los Mandamientos de esta ley, es eficacísima la consideracion de que el mismo Dios es el Autor de ella; porque aunque se diga *que fue dada por los Angeles (Galat. 3.)* con todo eso no se puede dudar que la puso el mismo Dios: de lo qual dan claro testimonio, no solo las palabras del mismo Legislador (que se explicarán poco despues), sino tambien casi infinitos lugares de las Escrituras, que facilmente se ofrecerán a los Pastores; porque ninguno hay que no experimente tener impresa por Dios en su alma una ley, por la qual pueda discernir lo bueno de lo malo, lo honesto de lo tórpe, y lo injusto de lo justo. Y como la fuerza y condición de esta ley no es diversa de la que está escrita, ¿quién se atreverá a negar que es Dios el Autor de la ley escrita, asi como lo es de la interior?

Pues de esta luz divina, ya casi obscurecida por las costumbres depravadas, y por la envejecida perversidad de los hombres, se ha de enseñar, que Dios mas bien vino a esclarecerla, que a traer otra nueva, quando dió la ley a Moysés. No piense acaso el pueblo, oyendo que fue abrogada la ley de Moysés, que no está obligado a estas leyes; porque muy cierto es que no se ha de obedecer a estos Mandamientos, por haber sido dados. por medio de Moysés, sino por haber nacido con nosotros mismos, y haber sido explicados y confirmados, por Cristo señor nuestro.

4. Cómo se excitara a guardar la ley, por ser Dios el Autor.

Muchísimo valdrá, y será de gran peso para persuadir la observancia

de la ley esa consideracion, de ser el que la impuso el mismo Dios; de cuya sabiduría y equidad no podemos dudar, como ni tampoco huir de su. infinita virtud y poder. Por eso quando su Magestad mandaba por los Profetas que se guardase la ley, decia: *Que él era el señor Dios*. Y en el mismo principia del Decálogo dice: *Yo soy tu Dios y Señor (Exod. 20.)*. Y en otra parte: *Si yo soy el Señor, ¿dónde está mi temor (Malach. 1.)?*

5. *Cuán grande beneficio de Dios fue darnos su ley.*

Mas; no solo despertará los ánimos de los fieles, para guardar los Mandamientos de Dios, sino para rendirle humildes; gracias, el habernos manifestado su voluntad; en la qual se contiene nuestra salud. Por esto, declarando la sagrada Escritura en varios. lugares este gran beneficio, previene al pueblo que reconozca su dignidad y la liberalidad del Señor, como quando dice en el Deuteronomio: *Esta es vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a vista de los pueblos: que oyendo ellos todos estos preceptos, digan: ¡he aquí un pueblo, sabio y entendido, gente grande es esta (Deuteronom. 4.)!* Y tambien en un Salmo: *No lo ha hecho asi con otra nación ninguna, ni les manifestó sus juicios (Psalm. 147.)*.

6. *Por qué se dio la ley à los Israelitas con tanta magestad.*

Y si además de esto declarase el Párroco, segun la autoridad de la Escritura, el modo y circunstancias con que se dió la ley, facilmente entenderán los fieles con. quanta devocion y rendimiento se debe venerar esta ley recibida de Dios; porque tres dias antes que se promulgara, se mandó a todos de parte de Dios, que lavasen sus vestidos, y se abstuviesen del uso conyugal (Exod. 19.), a fin de que estuvieran mas santos, y dispuestos para recibir la ley, y que acudieran al tercer día. Siendo despues conducidos al monte, desde donde el Señor les habia de dar la ley por medio de Moysés, a solo éste se dixo que subiese al monte; porque vino Dios con magestad muy grande, y cercó aquel lugar de truenos, relámpagos, fuego y nieblas espesas; y empezó a hablar con Moysés, y le dio las leyes. Y no por otra causa quiso hacer esto la Sabiduría divina, que para amonestarnos, con quan puro y humilde corazon, debe ser recibida la ley del Señor; y que si despreciamos sus preceptos, nos amenaza la divina Justicia con las penas que tiene decretadas.

7. La ley promulgada con tanto terror se cumple por amor.

Pero añadiendo mas, muestre tambien el Párroco que los Mandamientos de la ley no tienen dificultad: que aun con sola esta razón de San Agustin podrá enseñarlo: dice así: *¿Cómo, pregunto, se dice que es imposible al hombre amar?, ¿amar, vuelvo a decir, a su Criador, liberalísimo y amantísimo Padre; y luego tambien amar su misma carne en sus hermanas? Pues el que ama, cumplió la ley (Serm. 61. de Temp. et 47. de Sanct.).* Por esto afirma claramente el Apostol San Juan, que los preceptos de Dios no son pesados (1. Joann. 5.). Y segun San Bernardo, cosa ninguna pudo pedirse al hombre, ni mas justa, ni mas digna, ni mas provechosa para él (De Dilig. Deo, in princip.). Por esta razón, maravillado San Agustin de la suma bondad de Dios, habla con su Magestad de este modo: *¿Qué es el hombre, Señor, para que tu desees ser amado por él; y si no lo hace, le amenazas con gravísimas penas? ¿No es harta pena el que no te ame yo (Lib. 1. de Confes. cap. 5.)?* Y si alguno se escusa con que la corrupción de la naturaleza le impide amar a Dios, se ha de enseñar, que Dios que demanda el amor, le infunde en nuestros corazones por su divino espíritu; y que el Padre celestial da este su espíritu bueno a los que se le piden (Luc. 11.), de manera que con razón oraba así San Agustin: *Da, Señor, lo que mandas, y manda lo que quieras (Lib. 10. de Confess. cap. 29.).* Y como este auxilio de Dios le tenemos pronto, mayormente despues de la muerte de Cristo señor nuestro., por la qual el Príncipe de este mundo fue echado fuera (Joann. 12.), ninguno tiene porqué acobardarse aterrado de la dificultad; porque todo es fácil para el que ama.

8. Todos son obligados a guardar la ley.

Sobre todo lo dicho aprovechará muchísimo para persuadir el mismo intento explicar, que es indispensable obedecer a la ley, y mucho mas no faltando en nuestros tiempos hombres que impiamente, y con gran daño suyo no se avergonzaron decir que, ya fuese fácil, ya difícil la ley, en manera ninguna era necesaria para la salud: cuya malvada y pérfida sentencia confutará el Párroco con testimonios de la sagrada Escritura, y señaladamente del Apostol, con cuya autoridad pretenden ellos defender su error. *¿Qué dice pues el Apostol? Que el prepucio nada es, y la circuncisión nada es, sino la observancia de los Mandamientos de Dios (1. Corinth. 7.).* Y quando en otra parte repite, la misma sentencia, y dice: *Que en Cristo solo vale la nueva criatura (Galat. 6.),* llanamente entendemos, que llama nueva criatura en Cristo al que

guarda los Mandamientos de Dios; *porque aquel ama a Dios, que tiene y guarda sus Mandamientos (Joann. 14.)*. Y el mismo Señor dice por San, Juan: *Si alguno me ama, guardará mi ley* (Ibid.); porque aunque puede el hombre ser justificado, y hecho de malo bueno, antes de cumplir con acciones externas cada, uno de los Mandamientos de la ley, sin embargo es imposible justificarse el que tiene ya uso de razón, si no tuviere preparado el ánimo para guardar todos los Mandamientos de Dios

9. Qué frutos consiguen los que guardan la ley de Dios.

Ultimamente, para que nada se le quede al Párroco a fin de atraer a los fieles a observar la ley, hará ver quan copiosos y quan suaves son sus frutos: lo que facilmente podrá probar con las cosas que están escritas en el Salmo 18; porque allí se celebran las alabanzas de la ley de Dios, entre las quales esta es la mayor, y la que declara mucho mas la magestad y gloria del Señor, que los mismos cuerpos celestiales con toda su hermosura y concierto; porque aunque estos de tal modo pusieron en admiración aun a las naciones barbaras, que las obligaron a conocer la gloria, sabiduría y poder del Artífice y Criador de todo; pero *la ley del Señor convierte a Dios las almas*, porque conociendo por medio de la ley los caminos de Dios y su voluntad santísima, enderezamos nuestros pasos por las sendas del Señor. Y como solo son verdaderamente sabios los que temen a Dios, luego le atribuye, *que da sabiduría a los pequeñuelos*. Y por esto los que guardan la ley de Dios son colmados de verdaderos gozos y del conocimiento de los misterios divinos, y demás de esto de regalos y premios muy grandes, asi en esta vida, como en la otra.

10. Haciendo todas las cosas la voluntad de Dios, muy justo es que la haga el

hombre.

Mas no habernos de guardar esta ley tanto por causa de nuestra utilidad, quanto por amor de Dios, quien se dignó descubrir por ella su voluntad a los hombres, porque si la cumplen las demás criaturas, mucho mas justo es que la cumplamos nosotros.

Ni tampoco debe pasarse por alto que en esto mostró Dios señaladamente su clemencia hacia nosotros, y las riquezas de su suma

bondad: pues pudiendo obligarnos a guardar su ley, y que sirviésemos para gloria suya sin premio ninguno, quiso sin embargo juntar su gloria con nuestra utilidad: de manera que lo mismo que era glorioso para su Magestad, fuese provechoso para nosotros. Y como este provecho es en sumo grado aventajado y crecido, enseñará el Párroco lo que dixo por último el Profeta: *Que en guardar estas leyes es mucho el galardón*; porque no solamente nos están prometidas aquellas bendiciones, que parece se ordenaban mas a la felicidad terrena, como ser benditos en la ciudad, y benditos en el campo (*Deuter. 28.*), sino tambien aquel *jornal copioso, y aquella medida buena, henchida, atestada, colmada, y rebosando por todas partes, que está propuesta en los Cielos (Matth. 5.)*; y que la merecemos con obras virtuosas y justas ayudados de la misericordia de Dios.

CAPÍTULO II.

DEL PRIMER MANDAMIENTO DEL DECÁLOGO.

"YO SOY TU DIOS Y SEÑOR, QUE TE SAQUÉ DE LA TIERRA DE
EGIPTO, DE

LA CASA DE LA SERVIDUMBRE."

1. Cómo la ley de Moisés obliga a todos los hombres, y por qué ocasión fue dada a los Israelitas.

Aunque esta ley fue dada por el Señor a los Judíos en el monte, estaba sin embargo mucho antes impresa y sellada por la misma naturaleza en las almas de todos; y por esta razón quiso Dios que perpetuamente la obedeciesen todos los hombres. Por tanto será muy provechoso explicar con cuidado las palabras con que fue promulgada a los Hebreos, siendo Moisés el ministro e intérprete: como tambien la historia del pueblo de Israel, que está llena de misterios.

Primeramente referirá el Párroco, que de todas las naciones que habia debaxo del cielo, escogió Dios una, que descendía de Abrahan; quien quiso que anduviese peregrinando por la tierra de Canaan: y le prometió que le pondría en posesión de ella. Mas con todo eso, él y sus descendientes anduvieron vagos por mas de quatrocientos años, antes de habitar en la tierra prometida. Es verdad que en esa peregrinación nunca los desamparó su Magestad. Pasaban de gente a gente, y de reyno a reyno (*Psalm. 104.*); mas nunca permitió se les hiciese injuria, antes castigó a los Reyes que se les oponían. Y primero que baxasen a Egipto, envió delante un Varón; por cuya prudencia asi ellos como los Egipcios se librasen del hambre (*Genes. 45.*). En Egipto los miró con tal benignidad, que persiguiéndolos Faraón, y empeñado

en acabar con ellos, se aumentaban maravillosamente (Exod. 1.). Y quando llegaron a verse en gran manera afligidos, y tratados con toda crueldad como esclavos, les puso por caudillo a Moysés, que los sacase de allí con mano poderosa. Y de esta libertad señaladamente hace mención el Señor al principio de la ley por estas palabras: *Yo soy tu Dios y Señor, que te saqué de la tierra de Egipto, de la, casa de la servidumbre (Exod. 20.).*

2. Por qué fueron los Judíos escogidos por Dios para pueblo suyo.

Entre estas cosas lo que principalmente ha de advertir el Párroco es, que de todas las naciones fue una sola la escogida de Dios, para llamarla pueblo suyo, y hacerse conocer y adorar por ella: no porque aventajase a las demás en santidad, o en grandeza, sino porque así plugo a su Magestad, como el mismo Señor se lo previno a los Hebreos (Deuter. 9.), queriendo enriquecer y acrecentar aquella pobre y pequeña gente, para que su poder y bondad se hiciese mas notoria e ilustre entre todos. Siendo pues ésta la condición de aquellos hombres, con estos, se estrechó, y a estos amó en tanto grado, que siendo señor de cielos y tierra, no se desdeñaba ser llamado *Dios de ellos*, provocando a envidia a todas las demás naciones, para que al ver la prosperidad de los Israelitas, todas se reduxesen al culto del verdadero Dios: al modo que tambien afirma San Pablo, que proponiendo él la felicidad de los Gentiles, y el conocimiento verdadero de Dios, en que los habia instruido, provocaba a los de su nación hebrea para que los imitase (*Roman. 11.*).

3. Por qué fueron los Hebreos atribulados tanto, y por tan largo tiempo antes

que recibiesen la ley.

A mas de esto enseñará a los fieles, que permitió Dios que los Padres hebreos anduviesen peregrinando por mucho tiempo, y que sus descendientes fuesen oprimidos y molestados, con tan dura esclavitud, para advertirnos que no se hacen amigos de Dios, sino los enemigos del mundo, y extraños de la tierra; y que entonces seremos mas facilmente admitidos a la familiaridad con Dios, quando nada comun tengamos con el mundo. Y tambien para que, estando trasladados al culto de Dios, entendiésemos quanto mas dichosos son los que sirven a Dios, que los que sirven al mundo: como nos lo amonesta la Escritura, diciendo: *Empero le servirán, para que sepan la distancia de mi*

servidumbre a la del reyno de la tierra (2. Paralip. 12.).

Demas de esto explicará, que despues de mas de quatrocientos años cumplió Dios su promesa, para que aquel pueblo se mantuviese con la fe y la esperanza; porque quiere Dios que los suyos estén siempre pendientes de él, y que coloquen toda su esperanza en su bondad divina, como se dirá en la explicación del primer Mandamiento.

4. Por qué fue dada la ley en tal lugar y tiempo.

Por último notará el lugar y el tiempo en que el pueblo de Israel recibió esta ley de Dios, conviene a saber, despues que sacado de Egipto vino al desierto, para que atraído por una parte con la memoria del beneficio que acababa de recibir, y amedrentado por otra con la aspereza del lugar donde andaba, estuviese mas pronto para abrazar la ley; porque se dexan los hombres obligar en gran manera de aquellos que les hacen beneficios, y entonces se refugian al socorro de Dios, quando se ven destituidos de toda esperanza humana. De donde se dexa entender que tanto mas apercibidos estarán los fieles para recibir la doctrina del cielo, quanto mas apartados estuvieren de los embelesos del mundo y gustos de la carne, como lo escribió el Profeta: *¿A quién enseñará la ciencia, y a quién hará entender su doctrina? A los destetados de la leche, y apartados de los pechos (Isai. 28.).*

5. Qué significa el Exodo, y qué misterios encierra.

Haga pues el Párroco los esfuerzos posibles sobre que el pueblo fiel tenga siempre en su alma fixas estas palabras: *Yo soy tu Dios y Señor*; porque de ellas entenderán que tienen por Legislador a su mismo Criador, por quien fueron formados, y por quien son mantenidos; y con razón dirán: *Este mismo es nuestro Dios y Señor, y nosotros el pueblo que apacienta, y las ovejas de su manada (Psalm. 94.).* Porque la viva y continuada repetición de estas palabras será muy eficaz para hacerlos mas prontos a venerar la ley, y retraerlos da los pecados. Lo que se sigue: *Que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre*: aunque parece que solo conviene a los Judíos, que fueron rescatados de la dominación de los Egipcios, sin embargo, si miramos al misterio que ahí está escondido de la redención universal, mucho mas pertenece a los Cristianos, pues son redimidos, no de la servidumbre de Egipto, sino de la región del pecado, y sacados por Dios del poder de las tinieblas, son trasladados al reyno del Hijo de su amor (*Colos.*

1.). Contemplando Jeremías la grandeza de este beneficio, la anunció, diciendo: *He aquí vienen días, dice el Señor, y no se dirá mas: Vive el Señor, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto; sino vive el Señor, que sacó los hijos de Israel de la tierra del aquilón, y de todas las tierras a donde los había arrojado, y volverlos he a su tierra, la que di a sus padres. He aquí yo envié muchos pescadores, dice el Señor, y pescarlos han, &c. (Jerem. 16.).* Porque el benignísimo Padre por medio de su Hijo juntó en uno los hijos de Dios, que andaban descarriados (Joann. 11.), para que ya, no como siervos del pecado, sino de la justicia, le sirvamos en santidad y justicia delante de él todos los días de nuestra vida (Luc. 1.).

6. De los afectos que deben sacar los fieles de este exordio del Decálogo.

Por esto en toda tentación opondrán los fieles como un escudo aquello del Apostol: *¿Los que ya estamos muertos para el pecado, cómo todavía viviremos en él? Ya no somos nuestros, sino de aquel que murió y resucitó por nosotros (Roman. 6.).* Este es nuestro Dios y Señor, que nos compró para sí a costa de su sangre. ¿Cómo podremos pecar contra nuestro Dios y Señor, y volver de nuevo a crucificarle (Hebr. 6.). Ya pues como verdaderamente libres, y con aquella libertad con que Cristo nos libró; así como habíamos entregado nuestros miembros para servir a la maldad, así ahora los entreguemos para servir a la justicia en santificación (Roman. 6.).

NO TENDRÁS DIOSES AGENOS DELANTE DE MÍ.

7. Qué es lo que manda, y qué lo que veda este primer Mandamiento.

Enseñará el Párroco, que en el Decálogo tienen el primer lugar las cosas que pertenecen a Dios, y el segundo las que tocan al próximo; porque Dios es la causa de lo que hacemos por el próximo. Y entonces amamos al próximo segun el Mandamiento de Dios, quando le amamos por Dios. Y asi estos tres preceptos que pertenecen a Dios, están escritos ea la primera tabla. Luego declarará que en las palabras susodichas hay dos Mandamientos, uno de los quales es afirmativo, y otro negativo; porque el decir: *No tendrás Dioses agenos delante de mí*, hace este sentido: *A mí me adorarás, como a verdadero Dios; y no adorarás Dioses agenos.*

8. Aquí se contienen los preceptos de Fe, Esperanza y Caridad.

En el primero se encierran los preceptos de *Fe, Esperanza y Caridad*; porque si le llamamos *Dios*, le confesamos inmutable, inalterable, que eternamente permanece el mismo, fiel y recto sin defecto alguno: de donde se sigue necesariamente que, creyendo sus palabras, le demos entera fe y autoridad. Y el que está confesando su omnipotencia, clemencia, facilidad e inclinación para hacer bien, ¿podrá menos de colocar en él todas sus esperanzas? Y si contempla las riquezas de su bondad y amor, derramadas sobre nosotros, ¿podrá dexasle de amar? Por eso quando su Magestad ordena y manda alguna cosa en las Escrituras, ya sea al principio, ya sea al fin, usa de estas palabras: *Yo soy el Señor.*

9. Explícate este precepto como negativo.

La segunda parte del Mandamiento es: *No tendrás Dioses agenos delante de mí.* De este modo de hablar se valió el Legisladpr, no porque no

estuviese bastantemente explicado esto en el precepto afirmativo, que dice: *A mí adorarás, como a solo Dios*; porque si es Dios, es uno solo, sino por la ceguedad de muchísimos, que antiguamente confesando que adoraban al verdadero Dios, al mismo tiempo veneraban muchos Dioses. Y de estos hubo muchos entre los Hebreos; los quales, como Elias les echaba en cara, cojeaban de ambos pies (3. Reg. 18.), y tambien lo hicieron los Samaritanos, que adoraban; al Dios de Israel, y juntamente a los Dioses de los Gentiles.

10. Este precepto se ha de tener por el mayor de todos.

Explicadas estas cosas, se ha de añadir que este Mandamiento es el primero, y el mayor de todos, no solo en el orden, sino tambien en la naturaleza, dignidad y excelencia; porque por infinitas razones debemos amar y respetar a Dios mas que a todos los Señores y Reyes, porque su Magestad nos crió, nos gobierna, nos mantuvo en el vientre de nuestra madre, y de allí nos sacó a esta luz, nos da la vida, y nos provee de todo lo necesario para sustentarla.

11. Quiénes pecan contra este Mandamiento.

Pecan contra este Mandamiento los que no tienen Fe, Esperanza y Caridad; cuyo pecado se extiende mucho, porque están comprehendidos en él los que caen en heregía: los que no creen las cosas que la santa madre Iglesia propone que deben creerse: los que dan crédito a sueños, agüeros y demás cosas vanas: los que desesperan de su salvación, y no confían en la divina Bondad: los que ponen su esperanza solo en sus riquezas, salud y fuerzas corporales; de lo qual tratan largamente los que han escrito de Vicios y pecados.

12. Del culto de ¡os Santos: que no se opone a este precepto.

Tambien se ha de enseñar con todo cuidado en la explicación de este precepto, que no se opone a esta ley la veneración e invocación de los santos Angeles, y de las almas bienaventuradas, que están gozando de Dios; ni el culto que a sus cuerpos y cenizas dio siempre la Iglesia católica. Porque ¿quién será tan loco que, mandando el Rey que ninguno se porte como tal, ni permita ser tratado con aparato y honores regios, juzgue al punto que el Rey no quiere que se tenga

respeto a sus Magistrados? Es cierto que los Cristianos, imitando a los Santos del Testamento viejo, adoran a los Angeles; mas no por eso les dan la veneración que tributan a Dios. Y si alguna vez leemos haber rehusado los Angeles que los adorasen los hombres (Apocal. 19. et 22.), se ha de entender que lo hicieron porque no querían se les diese aquel honor que a solo Dios es debido.

13. Muéstrase por las Escrituras que es lícito adorar a los Angeles.

Porque el Espíritu Santo que dice: *A solo Dios sea el honor y gloria (1. Tim. 1.)*, él mismo nos manda honrar a los padres y ancianos. Demas de esto, aquellos santos Varones que solamente adoraban a un Dios, adoraban tambien a los Reyes, como consta de las divinas Letras (*Exod. 20. Lev. 19. Deut. 5.*); esto es, los veneraban con rendimiento. Pues si son tratados con tanto honor los Reyes por quienes Dios gobierna el mundo, a aquellos angélicos Espíritus, los que quiso Dios que fuesen sus Ministros, y de cuyo medio se vale, no solo para el gobierno de su Iglesia, sino tambien de todas las demás cosas, y por cuyo favor somos cada dia librados de peligros muy grandes, asi de cuerpo, como de alma, aunque no se dexen ver de nosotros, ¿por qué no les daremos honra tanto mayor, quanto aquellas bienaventuradas inteligencias aventajan en dignidad a los Reyes mismos? Júntase a esto la caridad con que nos aman, y que, movidos de ella, ruegan a Dios por aquellas provincias que están a su cargo, como facilmente se entiende por la Escritura (Daniel. 10.): ni debemos dudar que hacen lo mismo por aquellos que guardan, pues presentan a Dios nuestras oraciones y lágrimas (*Tob. 12.*). Asi enseñó el Salvador en el Evangelio, que no se escandalizase a los pequeñuelos, porque sus Angeles en los cielos están siempre viendo la cara del Padre celestial. (Matth. 18.)

14. Pruébese que han de ser invocados los santos Angeles.

Han de ser pues invocados los santos Angeles, asi porque están perpetuamente gozando de Dios, como por lo muy gustosos que abrazan el patrocinio de nuestra salvación, de que están encargados. De esta invocación nos da testimonios la divina Escritura; porque Jacob pidió al Ángel con quien había luchado que le bendixera, y aun le precisó, protextándole que no le dexaria mientras no le echase su bendición (*Genes. 32.*). Y no solo quiso que se la diese aquel con quien estaba, sino, tambien otro a quien de ningún modo veía, quando dixo en otra ocasión: *El Ángel que me libro de todos los males bendiga a. estos*

15. Por invocar a los Santos, y venerar sus reliquias, en nada se menoscaba el

honor de Dios.

De aquí también se sigue, que está tan lejos de menoscabarse la gloria de Dios, por honrar e invocar a los Santos que murieron en el Señor, y por venerar sus reliquias y cenizas, que antes por eso mismo se aumenta tanto más, quanto más despierta y confirma la esperanza de los hombres, y los exhorta a su imitación. Y así comprueban esta práctica los Concilios Niceno II, Gangrense y Tridentino, y la autoridad de los santos Padres.

16. Con qué pruebas señaladamente se ha de establecer la invocación

de los Santos.

Y a fin de que el Párroco quede más instruido para refutar a los que contradicen a esta verdad, lea señaladamente a los Santos Gerónimo contra Vigilando, y al Damasceno: a cuyas razones se junta lo principal, que es la costumbre recibida de los Apostóles, y perpetuamente retenida y conservada en la Iglesia de Dios. ¿Y qué otra prueba se puede desear más firme o más clara que el testimonio de la Escritura divina, la cual celebra maravillosamente las alabanzas de los Santos? Porque hay elogios divinos de los Santos, cuyos loores siendo aplaudidos por las sagradas Letras, ¿por qué los hombres no deberán tratarlos con singular honor? Aunque también deben ser venerados e invocados, porque están de continuo rogando a Dios por la salud de los hombres; y por sus méritos y valimiento nos hace su Magestad muchos beneficios. Porque si hay gozo en el cielo quando un pecador hace penitencia (*Luc. 15.*) ¿no ayudarán a los penitentes aquellos ciudadanos celestiales? Y si los invocamos nosotros, ¿no nos alcanzarán el perdón de los pecados, y nos conciliarán la gracia de Dios?

17. Esta invocación de los Santos no arguye falta de

Y si se dixere, como algunos dicen, que el patrocinio de los Santos es superfluo, porque Dios sin intérprete alguno acude a nuestras súplicas, facilmente convence estas voces de los impíos aquel dicho de San Agustín: *No concede Dios muchas cosas sin el favor y oficio de algún medianero y rogador (Quaest. 149. supr. Exod.)*. Confirman esto los exemplos ilustres de Abimelec (*Gen. 20.*), y de los amigos de Job (*Job. 42.*); cuyos pecados no fueron perdonados sino por los ruegos de Abraham y de Job. Y si se alega que es falta y poquedad de fe echar a los Santos por valedores y patronos, ¿qué responderán al hecho del Centurión? Quien aun elogiado de fe singular por Cristo señor nuestro, todavía envió a su Magestad los ancianos de los Judíos, a fin de que alcanzasen la salud para su siervo enfermo (Matth. 8. Luc. 7.).

18. La única mediacion de Cristo no impide esta invocación.

Por esto, aunque debemos confesar que se nos ha propuesto por medianero único Cristo señor nuestro, como quien solo nos reconcilió por medio de su sangre con el Padre celestial; y que habiendo hallado la eterna redención (*Hebr. 9.*), y una vez entrado en el santuario, nunca cesa de interponerse por nosotros (*Ibid. 7.*), sin embargo de eso, en manera ninguna se sigue de ahí que no podamos acogernos a la gracia de los Santos: porque si la razón de no poder valemos de los socorros de los Santos es, que tenemos por único patrón a Jesucristo, nunca el Apostol hubiera hecho una cosa como solicitar con tanto ahinco ser ayudado para con Dios por las oraciones de los hermanos que aún estaban vivos (*Roman. 15.*). Porque no menos disminuirían la gloria y dignidad del medianero Cristo las oraciones de los vivos, que la intercesión de aquellos Santos que ya estan en los cielos.

19. Por dónde se prueba la virtud de las reliquias.

¿Pero a quién no convencen, asi sobre el honor que se debe a los Santos, como sobre el patrocinio con que nos defienden, las grandes maravillas obradas en sus sepulcros, ya en ciegos, mancos, tullidos y baldados de todos sus miembros, que fueron restituidos a su antigua salud, ya en muertos resucitados, y ya en demonios lanzados de los cuerpos humanos? Pues unos testigos tan autorizados como los santos

Ambrosio (Epist. 54. et 55. et Serm. de SS. Gerv. et Protas.) y Agustino (*Lib. 22. de Civit. cap. 8.*) nos dexaron escritos estos prodigios, y no porque los oyeron como muchos, ni porque los leyeron como otros muchísimos y gravísimos varones, sino porque los vieron por sus ojos mismos. ¿Qué mas? Si los vestidos (*4. Reg. 2.*), si los pañuelos (*Actor. 19.*), si hasta la sombra de los Santos (*Ibid. 5.*) antes que muriesen, auventaba las enfermedades, y restituía las fuerzas, ¿quién osará negar que haga el Señor los mismos milagros por las sagradas cenizas, huesos y demas reliquias dé los Santos? Esto declaró aquel cadáver que, echado por casualidad en el sepulcro de Elíseo, súbitamente revivió al contacto de su cuerpo (*4. Reg. 13.*).

20. Las palabras que se siguen no constituyen Mandamiento diverso.

Aquello que se sigue: *No harás para tí cosa esculpida, ni alguna imagen de cosa que esté en el cielo o en la tierra, ni de lo que hay en las aguas, debaxo de la tierra. No adoraras esas cosas, ni las honrarás:* pensando algunos que era Mandamiento distinto, quisieron que los dos últimos fuesen uno solo. Pero san Agustín (*Quaest. 71. supr. Exod.*), dividiendo aquellos últimos, quiso que estas palabras perteneciesen al primer Mandamiento; cuya sentencia seguimos gustosos, como tan célebre en la Iglesia. Aunque tambien está pronta aquella muy verdadera razon, de que fue conveniente que el premio y la pena de cada Mandamiento se pudiese en el primero.

21. No es contra este precepto el uso de las sagradas imágenes.

Mas no se ha de pensar que por este precepto se prohíbe del todo el arte de pintar, retratar o esculpir; porque leemos en las Escrituras simulacros e imágenes fabricadas por mandado de Dios, como los Querubines (*3. Reg. 6.*) y la Serpiente de metal (*Num. 21.*). Y asi debe entenderse que solo estan vedadas las imágenes, porque no se quitase cosa alguna al culto del verdadero Dios, adorando los simulacros, como si fueran Dioses.

22. Cómo se puede ofender a Dios por medio de las imágenes.

De dos modos señaladamente, en quanto pertenece a este Mandamiento, es claro que se ofende gravísimamente a la magestad de Dios: uno, si se adoran los ídolos o imágenes como a Dios, o se cree haber en ellas alguna divinidad o virtud, por la qual sean dignas de ser veneradas, o que se les debe pedir alguna cosa, o poner en ellas la confianza, como antiguamente lo hacian los Gentiles, poniendo su esperanza en los ídolos: cosa que a cada paso reprenden las sagradas Letras.

Otro, si procura alguno copiar la forma de la Divinidad con algun artificio, como si pudiera verse con ojos corporales, o expresarse con colores o figuras; porque, como dice el Damasceno: *¿Quién puede retratar a Dios, que es invisible, que es incorpóreo, que no puede ceñirse a límites algunos, ni ser de limado por alguna figura (Lib. 4. de Fin. Ortod. cap. 16.)?* Esto se explica copiosamente en el segundo Concilio Niceno. Y asi dixo el Apostol esclarecidamente: *Que trocaron la gloria de Dios incorruptible en semejanza de hombre corruptible, de aves, de animales de quatro pies, y de serpientes (Rom. 1.);* porque ellos veneraban como a Dioses todas esas cosas, elevando sus imágenes para darlas culto. Y por esto los Israelitas, que clamaban delante de la imagen del Becerro: *Estos, Israel, son tus Dioses, los que te sacaron de la tierra de Egipto (Exod. 32.),* fueron llamados Idolatras, *porque trocaron su gloria en la imagen de un Becerillo, que comía heno (Psalm. 105.).*

23. Qual sea el sentido de la segunda parte de este Mandamiento.

Habiendo pues prohibido el Señor el culto de los Dioses agenos, a fin de desterrar enteramente la idolatría, mandó que no se fundiese, ni de metal, ni de otra materia alguna, imagen de la Divinidad; que declarándolo Isaías, dice: *¿A quien hicisteis semejante a Dios, o qué imagen le pondreis (Isai. 40.)?* Este es el sentido de este Mandamiento, como además de los santos Padres, que lo interpretan así, segun se expuso en el séptimo Sínodo, lo declaran bastantemente aquellas palabras del Deuteronomio, donde queriendo Moysés apartar al pueblo de la idolatría, les dixo: *No visteis imagen ninguna en el dia en que os habló el Señor en Horeb de en medio del fuego (Deuter. 4.).* Y dixo esto el sapientísimo Legislador, para que no fingiesen imagen de la Divinidad, llevados de algun error; y diesen a alguna cosa criada el honor debido a Dios.

24. *No es contra este precepto pintar las Personas de la Trinidad santísima.*

Sin embargo de lo dicho, nadie piense que se comete algún pecado contra la religión y ley de Dios, quando se pinta alguna de las Personas de la Trinidad santísima con algunas señales que aparecieron en el Testamento viejo o nuevo; porque ninguno es tan necio que llegue a creer que por estas señales se exprese la Divinidad. Pero enseñe el Pastor, que por ellas se declaren algunas propiedades o acciones que se atribuyen a Dios: como quando por la visión de Daniel se pinta un anciano sentado en un trono, ante cuya presencia se abrieron unos libros (Daniel. 7.), se significa la eternidad de Dios y su infinita sabiduría; con la qual ve todos los pensamientos y acciones de los hombres, para juzgarlas.

25. *Pueden también pintarse los Angeles.*

Los Angeles también se pintan con figura de jóvenes, y con alas; para que entiendan los fieles lo muy inclinados que están hacia los hombres, y lo muy prontos para cumplir los ministerios de Dios: *Por que todos son espíritus servidores para aquellos que consiguen la herencia de la salud (Hebr. 1.).*

26. *De la figura de paloma, y lenguas de fuego.*

La figura de paloma, y lenguas como de fuego, qué propiedades signifiquen del Espíritu Santo en el Evangelio (Matth. 3. Marc. 1. Luc. 3.) y Hechos de los Apostóles (*Actor. 2.*), es cosa tan sabida, que no necesita de explicación.

27. *Las imágenes de Cristo y de los Santos deben pintarse y adorarse.*

Por lo que mira a Cristo señor nuestro, a su santísima y purísima Madre, y a todos los demás Santos,,, como fueron hombres verdaderos, y tuvieron forma humana, no solo no está prohibido por este Mandamiento pintar sus imágenes y venerarlas, sirio que siempre se tuvo por cosa santa, y por prueba certísima de ánimo agradecido, como lo confirman las memorias de los tiempos de los Apostóles, los Concilios generales, y los escritos de tantos santísimos y doctísimos Padres, entre sí unánimes y concordados.

28. *Qual sea el uso legítimo de las imágenes en la Iglesia.*

Enseñará pues el Párroco, que no solo es lícito tener imágenes en la Iglesia, y darles honor y culto, pues todo el honor que se hace a ellas, se ordena a sus originales, sino que declarará también, que así se practicó hasta ahora con aprovechamiento muy grande de los fieles, como consta del Damasceno, en el libro que escribió de las imágenes, y del Concilio séptimo, que es el segundo Niceno. Mas como no hay instituto, por muy santo que sea, que no procure corromper con sus fraudes y astucias el enemigo del linage humano,, si acaso padeciere el pueblo algún error acerca de este punto, procurará el Párroco enmendarle quanto fuere posible, segun el decreto del Concilio Tridentino (*Sess. 25. in princ. cap. de Invoc. Sanct.*); y si lo pide el caso, explicará el mismo decreto, y enseñará a los rudos, y a los que ignoran la razón de haberse instituido las imágenes, que fueron inventadas para conocer la historia de uno y otro Testamento, renovar muchas veces su memoria, y que excitados con el recuerdo de las cosas divinas, nos inflamemos con mas vehemencia a adorar y amar al mismo Dios. Y asimismo demostrará que las imágenes de los Santos están puestas en los templos para que sean adoradas, y para que nosotros, avisados por su exemplo, conformemos nuestra vida y costumbres con las suyas.

**YO SOY TU DIOS Y SEÑOR, FUERTE, ZELOSO,
QUE
VISITO LA MALDAD DE LOS PADRES SOBRE
LOS
HIJOS HASTA LA TERCERA Y CUARTA
GENERACIÓN DE LOS QUE ME ABORRECEN, Y
USO DE MISERICORDIA EN MILLARES CON
LOS
QUE ME AMAN, Y GUARDAN MIS
MANDAMIENTOS (*Exod. 20.*).**

29. Este apéndice pertenece a todos los Mandamientos

Dos son las cosas que deben explicarse con cuidado en la última parte de este Mandamiento: la primera es, que aunque muy al propósito se señala pena en este lugar por la maldad enorme de quebrantar este primer Mandamiento, y la inclinacion de los hombres a cometerla, sin embargo es apéndice comun a todos los preceptos; porque toda ley induce a los hombres a guardar lo que manda con penas y premios. De aquí nacen aquellas tan frecuentes y repetidas promesas de Dios en las sagradas Letras; porque, dexando casi innumerables lugares del Testamento viejo, en el Evangelio está escrito: *Si quieres entrar en la vida, guarda los Mandamientos (Matth. 19.)*. Y en otra parte: *El que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese entrará en el reyno de los cielos (Ibid. 7.)*. Y en otra: *Todo árbol que no diere buen fruto, será cortado, y echado en el fuego (Ibid. 3.)*. Mas: *Todo aquel que se aira contra su hermano, será reo de juicio (Ibid. 5.)*. En fin: *Si no perdonáredes a los hombres, ni vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (Ibid. 6.)*.

***30. De diferente modo se ha de proponer esta pena a los
buenos que a los***

La segunda cosa es, que de modo muy diverso han de ser enseñados acerca de este apéndice los perfectos, que los carnales; porque los perfectos, como son guiados por el espíritu de Dios, y le obedecen con ánimo pronto y alegre, le oyen y reciben como unas nuevas de sumo gozo, y como una gran prueba del grande amor con que el Señor los mira, porque reconocen el cuidado de su amantísimo Dios, quien ya con penas, ya con premios, como que hace fuerza a. los hombres para que le adoren y veneren. Reconocen su inmensa benevolencia para con ellos en dignarse mandarlos, y valerse de su servicio para gloria de su divino nombre. Y no solo reconocen esto, sino que conciben esperanza grande de que, asi como manda lo que quiere, asi tambien les dará fuerzas para guardar su ley. Pero los carnales, que todavía son esclavos del espíritu de servidumbre, y que si dexan de pecar, mas es por temor de la pena, que por amor a la virtud, toman este apéndice como una cosa muy molesta y amarga. Por tanto deben ser sobrellevados con piadosas exhortaciones, y guiados como por la mano hacia donde mira la ley. Y siempre que se ofrezca la ocasión de explicar algún Mandamiento, tendrá por hecha el Párroco esta misma advertencia.

31. *Qué se ha de meditar sobre aquellas palabras: Yo soy Dios fuerte.*

Pero asi a los carnales como a los espirituales se han de aplicar señaladamente dos como espuelas puestas en este apéndice, y que avivan muchísimo a los hombres para guardar la ley; porque el decirse *Dios fuerte*, en tanto debe explicarse con mayor diligencia, en quanto la carne que se asusta poco con los terrores de las amenazas divinas, se finge a sí misma muchas veces varias razones por donde poder escaparse de la ira de Dios, y librarse de las penas que propone. Mas el que está de cierto persuadido a que Dios es fuerte, luego exclama con David: *¿Dónde me esconderé de tu espíritu; y a dónde huiré, que no me vea tu cara (Psalm. 138.)?* Esta misma carne tambien, desconfiando a veces de las promesas divinas, cree ser tan grandes las fuerzas de los enemigos, que en manera ninguna se juzga capaz de sostenerlos. Pero la fe constante y animosa, que nada titubea, como apoyada en la fuerza y virtud de Dios, alienta por el contrario, y confirma a los hombres, porque dice: *El Señor es mi iluminación y mi salud, ¿a quién temeré (Psalm. 26.)?*

32. Qué quiere decir llamarse Dios zeloso.

La otra espuela es el mismo *zelo* de Dios; porque a veces piensan los hombres que Dios no cuida de las cosas humanas, y ni siquiera de si guardamos. o quebrantamos su ley: de donde se sigue un desorden de vida muy grande. Pero creyendo que Dioses zeloso, luego nos. contiene esta consideración en. nuestras obligaciones.

33. Qué suerte de zelo debe atribuirse a Dios.

Este zelo que se atribuye a Dios, no significa perturbación alguna de ánimo, sino aquel divino amor y caridad, por la. qual no permitirá que alma ninguna que se atreva a ofenderle, se le vaya sin pagarla: *Porque pierde a todos los que quebrantan sus leyes (Psalm. 72.)*. Es pues el zelo de Dios aquella sosegadísima y sencillísima justicia; por la qual el alma corrompida con opiniones falsas y apetitos desordenados, es repudiada y desechada como adúltera del matrimonio y compañía de Dios. Pero experimentamos suavísimo y dulcísimo este mismo zelo, quando se manifiesta por él mismo su suma e increíble voluntad hacia nosotros; porque como no se da entre los hombres amor mas ardiente, o unión mayor y mas estrecha que la de los unidos en el matrimonio, por eso quando, comparándose el Señor tan repetidas veces con el esposo o marido, se llama zeloso, manifiesta lo mucho que nos ama. Por tanto enseñe el Párroco sobre este lugar, que deben andar los hombres tan codiciosos del culto y de la honra de Dios, que mas bien puedan decirse con razón *zelesos*, que *amantes*, a imitación de aquel que decia de sí: *Zelado he con zelo por el Señor Dios de los Exércitos (3. Reg. 19.)*; o mejor que imiten al mismo Cristo, de quien es aquel dicho: *El zelo de tu casa me comió (Psalm. 68. et Joann. 2.)*.

34. Qué sea esta sentencia de conminación con que aquí se amenaza.

Se ha de explicar pues, que el sentido de esta amenaza es que Dios no ha de permitir que los pecadores se vayan sin pagarla; y asi que, o los ha de castigar aquí como Padre, o atormentar despues agria y severamente como Juez. Esto es lo que en otra parte significó Moysés, diciendo: *Y sabrás que tu Dios y Señor él mismo es fuerte y fiel, que guarda el pacto y la misericordia con los que le aman, y guardan sus Mandamientos basta mil generaciones; y que da al instante su merecido a los que le aborrecen (Deuteronom. 7.)*. Y Josué dixo tambien: *No podréis*

servir al Señor, porque es Dios santo, fuerte y zeloso; y no perdonará vuestras maldades y pecados. Si dexáredes al Señor, y sirviéredes a los Dioses agenos, se volverá el Señor contra vosotros, y os afligirá, y acabará con vosotros (Josue. 24.).

35. *Cómo visita Dios los pecados de los padres en los hijos hasta la tercera y quarta generación.*

Debe tambien enseñarse al pueblo, que esta pena con que Dios amenaza, llega hasta la tercera y quarta generación de los impíos y facinerosos; no porque paguen siempre los descendientes las penas de las culpas de sus mayores, sino porque aunque ellos o sus hijos no sean castigados, con todo eso no se escapará toda su posteridad de la ira y azote de Dios. Asi sucedió con el Rey Josías, que aunque Dios le perdonó por su piedad singular, y le concedió fuese enterrado en paz en el sepulcro de sus mayores, para que no viera los males que en los tiempos siguientes habían de venir sobre Judá y Jerusalem por las maldades de Manases su abuelo, todavía, habiendo muerto él, descargó la venganza sobre sus descendientes, de manera, que ni se perdonó a los hyos del mismo Josías (2. Paralipom. cap. 34. et 35.).

36. *Cómo se concilia esta amenaza con la sentencia de Ezequiel.*

Y en qué manera no sean contrarias estas palabras de la ley a aquella sentencia del Profeta Ezequiel: *El alma que pecare, esa morirá (Ezech. 18.)*, lo muestra claramente San Gregorio, concordando con todos los demás Padres antiguos. Dice pues: *Todo el que imita la maldad de su perverso padre, es recargado con el delito de él; mas el que no sigue la maldad del padre, de nin* gun modo será agravado por su delito. De aquí es que el mal hijo del mal padre, no solo pague los pecados que él añadió, sino tambien los de su padre, quando conociendo que está todavía airado el Señor por los vicios de su padre, con todo eso no tiembla añadir su malicia. Y es justo que el que a vista de un Juez riguroso no teme seguir los pasos de su malvado padre, sea obligado aun en esta vida a pagar las culpas del padre perverso (Lib. 15. Mor. cap. 31.)*. Luego recordará el Párroco quinto sobrepuja la bondad y misericordia de Dios a la justicia, pues airándose hasta la tercera y quarta generación, extiende hasta millares la misericordia.

37. Cómo se entiende que aborrecen a Dios los que quebrantan su ley.

Las palabras que se siguen: *De los que me aborrecen*, demuestran la gravedad del pecado; porque ¿qué cosa puede haber mas perversa, ni mas abominable, que aborrecer a la misma bondad y verdad infinita? Y esto pertenece a todos los que pecan; porque asi como el que tiene y guarda los Mandamientos de Dios, ese es el que ama a Dios (Joann. 14.), asi el que desprecia su divina ley, y no guarda sus Mandamientos, con razón se ha de decir que le aborrece.

38. Cómo se entiende que el Señor usa de misericordia con los que le aman.

Lo que se dice en el último lugar: *Y con los que me aman*, enseña el modo y la razón de guardar la ley; porque es necesario que los que guardan la ley de Dios, sean llevados a su obediencia, por la misma caridad y amor con que aman a su Magestad: de lo qual se hará despues memoria en cada uno de los Mandamientos.

CAPÍTULO III.

DEL SEGUNDO MANDAMIENTO DEL

DECÁLOGO.

"NO TOMARÁS EN VANO EL NOMBRE DE TU DIOS Y SEÑOR."

1. Por qué puso el Señor esta ley de honrar su divino nombre.

Aunque en el primer Mandamiento de la divina ley, donde se nos manda adorar a Dios piadosa y santamente, es necesario que se encierre el que se sigue en segundo lugar; porque todo el que quiere

que se le dé honor, pide igualmente que se le honre mucho de palabra, y veda lo contrario, como lo indican con claridad aquellas palabras del Señor por Malaquías: *El hijo honra a su padre, y el siervo a su señor: pues si yo soy padre, ¿donde esta mi honra (Malach. 1.)?* Sin embargo, por la gravedad de la materia quiso el Señor poner separadamente esta ley de honrar su santísimo y divinísimo nombre, y prescribirnos esto con palabras distintas y claras.

2. Del gran cuidado con que deben los Párrocos explicar esta ley.

Esto ciertamente debe ser para el Párroco la mayor prueba de que no es suficiente hablar en comun sobre este asunto, sino que es necesario recalcar mucho en este lugar, y explicar a los fieles, con grande claridad, distinción y cuidado, todas las cosas que pertenecen a este Mandamiento. Y no debe tenerse por nimia esta diligencia; porque hay hombres tan ciegos en las tinieblas de los errores, que no se horrorizan de maldecir a aquel a quien glorifican los Angeles: ni los aterra esta divina ley para refrenar el atrevimiento de vilipendiar la magestad de Dios cada día, o por mejor decir, a todas horas y momentos con el mayor descaro. ¿Quién no oye tras cada palabra un juramento: y que todo está lleno de maldiciones y execraciones, con tal exceso, que apenas se vende, ni se compra cosa, ni se trata negocio, donde no se interponga la religión del juramento; y que millares de veces es tomado en boca temerariamente el nombre santísimo de Dios por cosas ligerísimas, y de ninguna monta? Por esto debe el Párroco aplicar el mayor cuidado y diligencia en amonestar muchas veces a los fieles, quan enorme y quan abominable sea esta maldad.

3. Qué es lo que se manda, o se veda por este Mandamiento.

Pues en la explicación de este Mandamiento se ha de asentar primeramente, que con las cosas que la ley prohíbe, están juntas tambien las que manda que deben hacer los hombres: uno y otro se ha de enseñar con separación; y para que se expongan con mas claridad las cosas que deben enseñarse, se dirá primero qué es lo que la ley manda, y luego qué es lo que veda. Manda pues que sea honrado el nombre de Dios, y que se jure santamente por él. Y lo que prohíbe es, que ninguno menosprecie el divino nombre; que ninguno le tome en vano, ni jure por él falsa, vana o temerariamente.

4. Qué se entiende aquí por el nombre de Dios.

Por lo que mira a esta parte, en la qual se nos manda honrar el divino nombre, dirá el Párroco a los fieles, que no se ha de atender solo al nombre de Dios, esto es, a sus letras o sílabas, o a la misma palabra desnuda por sí, sino que debe levantarse el pensamiento a lo que esa palabra significa, que es la omnipotente y eterna magestad de Dios trino y uno. Y de aquí se colige facilmente, quan ridicula era la superstición de algunos Judíos, que no se atrevían a pronunciar el nombre de Dios que escribían: como si estuviera la virtud en aquellas quatro letras, y no en el Ser divino significado por ellas. Pero aunque se dice en número singular: *No tomarás el nombre de Dios*, no se ha de entender esto de solo algún nombre, sino de todos los que se suelen atribuir a Dios; porque todos son nombres que están impuestos a su Magestad, como el de *Señor*, de *Todo-Poderoso*, de *Señor de los Exércitos*, de *Rey de Reyes*, de *Fuerte*, y otros semejantes, que se leen en las Escrituras, y que a todos se debe igual y la misma veneración. Despues se ha de enseñar cómo se dará al nombre divino el debido honor; porque no es lícito al pueblo cristiano, en cuya boca han de ser celebradas de continuo las divinas alabanzas, ignorar una cosa, la mas útil, y la mas necesaria para la salvación.

De qué modos se ha de venerar y honrar el divino nombre.

Y aunque son muchos los modos de alabar el divino nombre, sin embargo el valor y peso de todos parece está en los que vamos a decir.

Primeramente pues alabamos a Dios, quando a vista de todos le confesamos a cara descubierta por nuestro Dios y Señor; y asi como reconocemos a Cristo por autor de nuestra salud, asi lo predicamos.

Tambien quando con devoción y diligencia hacemos por entender la palabra de Dios, donde se nos descubre su voluntad, nos empleamos de continuo en su meditación, y la aprendemos con todo cuidado, o leyendo u oyendo, segun conviene al estado y oficio de cada uno.

Asimismo veneramos y reverenciamos el nombre de Dios, quando por razón de oficio y de religión celebramos las alabanzas divinas, y le damos singulares gracias por todas las cosas, asi prósperas como adversas; porque dice el Profeta: *Bendice, anima mi a, al Señor y no eches en olvido todos sus beneficios (Psalm. 102.)*. Hay muchísimos y

Salmos de David, en los cuales canta suavísimamente las alabanzas divinas con singular devoción para con Dios. Hay el asombroso espejo de paciencia Job, el qual en medio de tantas y tan horribles calamidades como llovieron sobre él, nunca cesó de alabar al Señor con ánimo excelso e invicto; pues así nosotros, quando nos viéremos oprimidos de dolores de cuerpo o de alma, o atormentados de miserias y desgracias, apliquemos al punto todo el conato y esfuerzos de nuestra alma a alabar a su magestad, diciendo con el santo Job: *Sea bendito el nombre del Señor (Job. 1.)*.

6. De otros modos de guardar este Mandamiento.

Y no menos honramos el nombre de Dios, quando pedimos confiadamente su socorro, para que, o nos libre de los trabajos, o nos dé constancia y valor para sufrirlos con fortaleza; porque así quiere el Señor que lo hagamos, pues dice: *Llámame en el día de la tribulación: librarte he; y honrarme has (Psalm. 49.)*. De esta invocación se hallan exemplos ilustres en muchos lugares; pero señaladamente en los Salmos 16, 43 y 118.

Demas de esto honramos el nombre de Dios, quando le ponemos por testigo para asegurar alguna cosa. Este modo se diferencia muchísimo de los antecedentes; porque todos los referidos son por sí tan buenos y apreciables, que nada mas feliz, nada mas amable puede haber para el hombre, que gastar días y noches en exercitarlos cuidadosamente: *Bendeciré al Señor en todo tiempo*, dice David; y *nunca se me caerá su alabanza de la boca (Psalm. 33.)*. Pero el juramento, aunque sea bueno, con todo eso en manera ninguna es loable su frecuente uso.

7. Por qué no es halle usar con frecuencia del juramento.

La razón de diferencia está en que el juramento únicamente fue instituido para que sea como una medicina de la flaqueza humana, y un instrumento necesario para probar lo, que decimos. Así pues, como no es provechoso aplicar medicinas al cuerpo, si no las necesita, y la frecuencia de ellas es del todo perniciosa, así también, si no hay grave y justa causa, no es saludable usar del juramento; y repetirle mucho, tan lejos está de aprovechar, que acarrea gravísimos daños. Por esto enseñó esclarecidamente San Crisóstomo: "No al nacer el mundo, sino crecido ya, quando los males extendidos larga y dilatadamente, se habían apoderado de toda la redondez de la tierra, sin haber cosa

alguna en su lugar y órden, sino que turbadas y revueltas todas, eran llevadas con grande confusión de arriba abaxo; y lo peor de todo haberse abandonado a sí mismos casi todos los hombres a la vil servidumbre de los ídolos: al cabo pues de tanto tiempo empezó a introducirse entre los hombres la costumbre del juramento; porque como en tanta perfidia y maldad de los hombres, ninguno se reducía a creer facilmente a otro, ponían a Dios por testigo (*Homil. 26. ad Pop. Antioch.*)."

8. Qué cosa sea jurar, y de quantos modos es el juramento.

Mas como en esta primera parte del Mandamiento debe llevarse la principal atención enseñar a los fieles cómo podran usar del juramento piadosa y santamente, en primer lugar se ha de decir, que *jurar no es otra cosa que poner a Dios por testigo*, y sea de la manera o forma de palabras que se fuese; porque decir: *Dios me es testigo*, y *por Dios*, lo mismo es uno que otro. Tambien es juramento, quando para que nos crean, juramos por algunas criaturas, como por los sagrados evangelios, por la cruz, por las reliquias y nombre de los Santos, y otros a este modo: no porque estas cosas den por sí autoridad o fuerza alguna al juramento; pero se la da al mismo Dios, pues brilla en esas cosas el resplandor de su magestad divina. De donde se sigue que los que juran por el evangelio, juran por el mismo Dios, cuya virtud se contiene y se declara en el evangelio; y lo mismo los que juran por los Santos, que fueron templos de Dios, que creyeron la verdad del evangelio, la reverenciaron con toda veneración, y la esparcieron muy extendidamente entre las gentes y naciones.

9. Del juramento exécratorio.

La misma razón milita en el juramento que se profiere por *execración*, qual es aquel de San Pablo: *Yo llamo a Dios por testigo contra mi alma* (*2. Corinth. 1.*); porque de esta manera se sujeta uno al juicio de Dios, como vengador de la mentira: y no negamos por esto, que algunas de estas fórmulas se pueden tomar de modo, que casi no tengan fuerza de juramento. Mas con todo eso es útil guardar tambien en ellas las cosas que se han dicho acerca del juramento, y ajustarías en todo a la misma norma y regla.

10. De cuántas maneras sea el juramento.

Dos son los géneros que hay de jurar: el primero se llama *asertorio*; y es quando religiosamente afirmamos con él alguna cosa presente o pasada, como el Apostol en la epístola a los de Galacia: *He aquí delante de Dios, que no miento (Galat. 1.)*. El segundo se dice *promisorio*; al qual se reduce tambien el *conminatorio*, y mira al tiempo venidero, quando prometemos y confirmamos de cierto que será asi alguna cosa, como fue aquel de David, que prometió, jurando por su Dios y Señor, a su esposa Bersabé, que su hijo Salomón seria el heredero del reyno, y que sucedería en su lugar (3. Reg. 1.).

11. Qué requisitos pide el juramento legítimo.

Pero aunque basta para el juramento poner a Dios por testigo, con todo eso para que sea recto y santo, se requieren muchas cosas, que deben explicarse con diligencia. Estas, como lo afirma San Gerónimo (Sup. cap. 4. Jerem.), las encierra Jeremías en estas breves palabras: *Jurarás, vive el Señor, en verdad, en juicio y en justicia (Jerem. 4.)*. En las quales palabras breve y sumariamente comprehendió todos los requisitos necesarios para la perfección del juramento, que son *verdad, juicio y justicia*.

12. Cómo tendrá verdad el juramento.

Tiene pues la *verdad* el primer lugar en el juramento. Esta consiste en que aquello que se afirma sea verdadero, y en que el que jura juzgue que es asi, no temerariamente, o movido de leves conjeturas, sino por pruebas muy ciertas. Y del mismo modo requiere en todo y por todo la verdad el otro género de jurar, que es quando prometemos alguna cosa; porque el que la promete, debe tener intención y voluntad determinada de que efectivamente cumplirá a su tiempo lo prometido, porque ningún hombre de juicio se obligará jamas a hacer cosa que entienda ser contraria a la voluntad y santísimas leyes de Dios: y nunca dexará de cumplir lo que una vez pudo prometer y jurar, sino es que se trocaren las cosas, de manera, y empezara a ser tal lo prometido, que si quisiera cumplir la palabra, y estar a lo prometido, incurriera en odio y ofensa de Dios. Y que sea la verdad necesaria en el juramento, lo indica tambien David por aquellas palabras; *El que jura a su próximo, y no le engaña (Psalm. 15.)*

13. Del juicio del juramento: y que no debe pedirse a los niños.

En segundo lugar se sigue el *juicio*; porque no debe jurarse temeraria e inconsideradamente, sino con grande acuerdo y madurez. Y así el que ha de jurar, primeramente ha de considerar, si le precisa la necesidad, o no; y examine con cuidado todo el negocio, si es acaso de tal calidad, que parezca ser necesario el juramento. Demas, de esto mire al tiempo, atienda al lugar, y observe otras muchísimas circunstancias, que se añaden a las cosas. No se dexe llevar de odio, ni de amor, ni de otra pasión alguna, sino de sola la fuerza y necesidad del caso; porque si no va delante esta consideración y diligente examen, será ciertamente precipitado y temerario el juramento. Tal es la irreligiosa afirmación de aquellos que en cosas levísimas y de ningún valor juran, sin mas acuerdo ni reparo, que una depravada costumbre. Así vemos hacerlo cada día, y a cada paso los que venden y compran: que unos por vender mas caro, y otros por comprar mas barato, no se detienen en alabar o envilecer conjuramento las cosas vendibles. Siendo pues necesario el juicio y la prudencia en el juramento, y no pudiendo los niños, por razón de la edad, penetrar y discernir tan agudamente como se requiere, por esto ordenó San Cornelio Papa (*Vide Div. Thom. 2. 2. quæst. 89. art. 10.*), que no se les tomase juramento antes de la pubertad, esto es, antes de los catorce años.

14. Cómo tendrá justicia el juramento.

Resta la *justicia*; la qual señaladamente se requiere en las promesas: y así, si promete uno alguna cosa injusta o indecente, peca jurando, y añade maldad a maldad cumpliendo lo prometido. De esto tenemos en el Evangelio (*Marc. 6.*) el exemplo del Rey Herodes, quien, obligado de un juramento temerario, dio a la moza danzarina, en premio de su bayle, la cabeza de San Juan Bautista. Y tal fue tambien el juramento de aquellos Judíos, que, como consta de los Hechos apostólicos (*Actor. 23.*), se comprometieron en no gustar cosa, hasta haber quitado la vida al Apostol San Pablo.

15. Razones que prueban que el juramento es lícito.

Explicadas así estas cosas, no queda duda alguna de que seguramente sea lícito jurar al que las guarde todas, y afianzare su juramento con estas condiciones como con unas fortalezas. Esto es fácil de probar con

muchos argumentos; porque la ley del Señor, que es inmaculada y santa (*Psalm. 18.*), lo manda así, pues dice: *Temerás a tu Dios y Señor, y a él solo servirás, y jurarás por su nombre (Deuter. 6.)*. Y David escribió: *Serán alabados todos los que juran en el Señor (Psalm. 62.)*.

A mas de esto, dan a entender las santas Escrituras, que las mismas lumbreras de la Iglesia los Santísimos Apostoles usaron tal qual vez del juramento, como consta de las epístolas de San Pablo.

Añádese que aun los mismos Angeles juran algunas veces; pues escribe San Juan en el Apocalipsis (*Apocal. 10.*): *Que un Ángel juró por el que vive en los siglos de los siglos*.

Y sobre todo aun el mismo Dios señor de los Angeles jura: y en muchos lugares del Testamento viejo confirma Dios sus promesas con juramento (*Genes. 22. Psalm. 131. Luc. 1.*), como a Abraham y a David; quien para perpetua memoria dexó así escrito sobre el juramento de Dios: *Juró el Señor, y no se arrepentirá: tú eres Sacerdote eterno segun el orden de Melquisedec (Psalm. 109.)*.

16. Pruébese que es loable el juramento hecho como se debe.

Y es clara la razón con que se explica; porque el juramento es digno de alabanza, si se considera con atención todo el negocio, y se mira al origen y fin del juramento; porque el juramento trae su origen de la fe, con que creen los hombres que Dios es autor de toda verdad, que ni puede jamas ser engañado, ni engañar a otros, que todas las cosas están desnudas y descubiertas ante sus ojos; y en fin, que gobierna todas las cosas humanas, y administra el mundo con maravillosa providencia. Imbuidos pues los hombres de esta fe, hacen testigo de la verdad a Dios, a quien no dar crédito seria impía y execrable maldad.

17. El juramento es fin de las contiendas y pleytos.

Por lo que toca al fin, allí pone la mira el juramento, y únicamente se endereza a probar la justicia e inocencia del hombre, y dar fin a los pleytos y controversias, como enseña el Apostol en la epístola a los Hebreos (*Hebr. 6.*).

18. En qué sentido prohibió el juramento nuestro Redentor.

Y no se oponen a esta doctrina aquellas palabras de nuestro Salvador en San Mateo: *Oisteis que se dixo a los antiguos: no perjurarás; mas cumplirás al Señor tus juramentos. Pero yo os digo: no juréis en manera ninguna, ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es estrado de sus pies; ni por Jerusalem, porque es la ciudad del gran Rey; ni por tu cabeza tampoco jurarás, porque no puedes hacer un cabello blanco ni negro. Sea pues vuestra manera de hablar sí por sí, y no por no; pues lo que excede de aquí, procede de mal (Matth. 5.).* Porque no se ha de decir que por estas palabras se condene el juramento general y universalmente, quando ya vimos arriba que el mismo Señor y los Apostóles juraron varias veces, sino que quiso el Señor reprobar la perversa opinión de los Judíos, que estaban persuadidos a que en el juramento no habia de qué precaverse sino de la mentira: y asi juraban ellos a cada paso, y pedian a otros juramento por cosas ligerisimas, y de ninguna monta. Esta costumbre es laque reprehende y reprueba el Salvador; y enseña, que absolutamente nos debemos abstener del juramento, si no requiere otra cosa la necesidad.

19. *Cómo se entiende lo que dixo Cristo, que procede de mal lo que pasa de*

la sencilla afirmación o negación de la verdad; y de los daños que trae

consigo la costumbre de jurar.

La razón de lo dicho es, que el juramento fue instituido por causa de la flaqueza humana: y verdaderamente *procede de mal*; porque, o muestra la inconstancia del que jura, o la terquedad de aquel por cuya causa juramos: quien de otro modo no quiere reducirse a creernos. Sin embargo, la necesidad de jurar tiene excusa. Y a la verdad, quando dice el Salvador: *Sea vuestra manera de hablar sí por sí, y no por no*, bastantemente declara por este modo de decir, que prohibe la costumbre de jurar en conversaciones caseras, y de poca importancia. Por esto, lo que principalmente nos amonesta el Señor es, que no seamos demasiado fáciles e inclinados a jurar. Y esto debe enseñarse con cuidado, y repetirse mucho a los fieles; porque son casi infinitos los males que nacen de la excesiva costumbre de jurar, como se prueba por la autoridad de las Letras sagradas, y los testimonios de los santos Padres. En el Eclesiástico está escrito: *No acostumbres tu boca a jurar; porque hay en eso muchas caídas (Eccli. 23.).* Mas: *El hombre que mucho jura, será lleno de maldad, y no se apartará de su casa el azote de*

Dios (Eccli. 23.). Muchas cosas acerca de esto se pueden leer en los libros de los Santos Basilio y Agustino contra la mentira. Y hasta aquí de las cosas que se mandan; y ahora tratemos de las que se vedan.

20. Por qué el juramento falto y temerario es pecado tan enorme.

Vedásenos tomar en vano el nombre de Dios; porque es manifiesto que se echa sobre sí un pecado grave el que es llevado a jurar, no de cordura, sino de temeridad: y que éste es un delito gravísimo, lo declaran tambien aquellas palabras: *No tomarás en vano el nombre de tu Dios y Señor*, como dando la razón porqué esta maldad es tan enorme y sacrilega: a saber, porque se abate por ella la Magestad de aquel a quien confesamos por nuestro Dios y Señor. Prohíbese pues por este Mandamiento, que los hombres juren en falso; porque el que no rehusa un pecado tan horrendo, como traer falsamente a Dios por testigo, le hace una muy señalada injuria; pues le viene a poner la tacha, o de ignorante, pensando que se le oculta alguna verdad, o ciertamente de tal perversidad, y tan malvado afecto, que quiera confirmar con su testimonio la mentira.

21. Cómo perjura el que jura que es verdad lo que es así.

Y jura en falso, no solo el que afirma con juramento que es verdad lo que él sabe que es falso, sino tambien el que asegura jurando lo que él juzga que es falso, aunque sea verdadero; porque como la mentira en tanto es mentira, en quanto se pronuncia contra la mente y juicio propio, es claro que éste miente de plano, y que es perjuró.

22. Cómo peca el que jura lo falso que él juzga ser verdad.

Por la misma razón perjura tambien el que jura una cosa que él piensa que es verdad, pero en realidad es mentira: sino es que en quanto pudo aplicó su cuidado y diligencia por tener todo el caso por cierto y averiguado; porque aunque su dicho concuerde con su juicio, sin embargo es reo de este Mandamiento.

23. Cómo peca el que no cumple lo que juró o prometió.

Igualmente ha de ser tenido por reo del mismo pecado el que promete con juramento hacer alguna cosa, pero, o no estaba en ánimo de cumplirlo, o aunque lo estuviese, no lo cumple. Y lo mismo se debe decir de los que no cumplen lo que ofrecieron a Dios por algún voto.

24. Cómo peca el que jura hacer algún pecado mortal, o contra los consejos

del Evangelio.

Demas de esto se peca contra este Mandamiento si falta la *justicia*, que es una de las tres compañeras del juramento. Y así, si jura uno que ha de cometer algún pecado mortal, como que ha de matar a un hombre, quebranta este Mandamiento, aunque hable de veras, y con seriedad, y tenga el juramento la verdad, que en primer lugar se requiere, como ya declaramos. A estos deben juntarse aquellos modos de jurar, que proceden de cierto menosprecio, como si jura alguno que no ha de guardar los consejos del Evangelio, quales son los que exhortan a la *castidad y pobreza*; porque aunque ninguno sea obligado a seguirlos, sin embargo el que jura que no quiere ajustarse a ellos, menosprecia y quebranta por ese juramento los consejos divinos.

25. Peca el que jura movido de leves conjeturas.

Quebranta también esta ley, y peca contra el *juicio*, el que jura lo que es verdad, y él piensa que es así, pero movido de leves conjeturas, y traídas de lejos; porque aunque tal juramento esté acompañado de verdad, es en algún modo falso, porque el que jura tan descuidadamente, está en gran peligro de perjurar.

26. Peca gravemente el que jura por los Dioses falsos.

Asimismo jura en falso el que jura por los falsos Dioses; porque ¿qué cosa más agena de verdad, que poner por testigos, como a un Dios verdadero, a unos Dioses fingidos y engañosos?

27. Peca el que deshonra la palabra de Dios, o explicándola mal, o

torciéndola a cosas vanas.

Y por quanto dice la Escritura, quando veda el perjurio: *No mancharás el nombre de tu Dios (Levit. 19.)*, prohíbese tambien el menosprecio de todas aquellas cosas que deben ser honradas y veneradas en virtud de este Mandamiento, qual es la palabra de Dios, cuya magestad reverencian, no solo los virtuosos, sino aun a veces los impíos, como la Historia de los Jueces lo afirma de Eglon, Rey de los Moabitas (*Judic. 3.*). Y hace suma injuria a la palabra de Dios todo aquel que tuerce la sagrada Escritura de su recto y legítimo sentido a los perversos dogmas y heregías. Sobre esta maldad nos avisa el principe de los Apostóles, diciendo: *Hay algunas cosas difíciles de entender, que los indoctos e inconstantes pervierten, como tambien las demos Escrituras, para su perdición (2. Petr. 3.)*. Manchan tambien la Escritura sagrada con feos y torpes borrones aquellos hombres sacrilegos, que aplican sus palabras y sentencias, dignas de toda veneración, a qualesquier cosas profanas, como son chocarrerías, fábulas, vanidades, lisonjas, detracciones, suertes, libelos famosos y cosas semejantes: pecado que el sagrado Concilio de Trento manda se castigue (*Sess. 4. in fin.*)

28. Cómo pecan los que no llaman a Dios en sus trabajos.

Demas de esto, asi como honran a Dios los que imploran su favor y auxilio en sus tribulaciones, asi le niegan el honor debido los que no le piden su socorro. Esto reprehende David, quando dice: *No invocaron a Dios, allí temblaron de espanto, donde no había porqué temer (Psalm. 13.)*.

29. La blasfemia contra Dios y sus Santos es el pecado mas grave de todos.

Pero mucho mas abominable es la maldad que se echan sobre sí los que osan blasfemar y maldecir con boca impura y sucia el sacrosanto nombre de Dios, digno de ser bendito y ensalzado con sumas alabanzas por todas las criaturas: o tambien el de los Santos, que reynan con su Magestad. Tan atroz y horrendo es este pecado, que a veces las sagradas Escrituras, quando se ofrece hablar de la blasfemia, se valen del. nombre de *bendición (3. Reg. 21. Job. 1. et 2.)*.

30. *Por qué se añadieron a este Mandamiento algunas amenazas.*

Mas como el terror de la pena y castigo suele reprimir con eficacia la licencia de pecar, para que el Párroco despierte mas los ánimos de los Heles, y los atrayga con mas facilidad a la observancia de este Mandamiento, explicará con cuidado la segunda parte, y como apéndice de él, que dice: *Porque no tendrá el Señor por inocente al que tomare en vano el nombre de su Dios y Señor (Exod. 20.)*. Y enseñe lo primero, que con suma razón se dispuso añadir amenazas a este Mandamiento; porque ahí se descubre asi la gravedad del pecado, como la benignidad de Dios hacia nosotros: pues como no se deleyta en la perdición de los hombres (Tob. 2. et Sap. 1.), para que no incurramos en su ira y ofensa, y mas bien le encontremos propicio que airado, nos amedrenta con estas saludables amenazas. Recalquese el Pastor en este lugar, e inste con sumo cuidado sobre que conozca el pueblo lo enorme de esta maldad, y que la abomine con vehemencia, y haga por desterrarla quantas diligencias y esfuerzos pudiere. Muestre además de esto quan grande es la inclinación de los hombres a cometer este pecado; pues no fue bastante poner ley, sino que tambien se añadieron amenazas. Es increíble lo mucho que aprovecha esta consideración; porque asi como cosa ninguna hace tanto daño como una incauta seguridad, asi aprovecha muchísimo el conocimiento de la propia flaqueza. Declare tambien, que no determina el Señor castigo alguno en particular: solo dice en comun, que no sé irá sin pagarla qualquiera que Cometa esta maldad. Por esto los varios azotes con que cada dia somos afligidos, nos deben recordar este pecado; porque es fácil conjeturar de aquí, que las grandísimas calamidades que vienen sobre los hombres, nacen de no guardar este Mandamiento: y si hacen alto sobre ellas, es verosímil que anden con mas cautela en adelante. Huyan pues los fieles con todo desvelo de este pecado, aterrados con un santo temor; porque si en el Juicio final se ha de dar cuenta de toda palabra ociosa, ¿qué se habrá de decir de maldades gravísimas, que traen consigo un menosprecio grande del divino nombre?

CAPÍTULO IV.

DEL TERCER MANDAMIENTO DEL DECÁLOGO.

"ACUÉRDATE DE SANTIFICAR EL DÍA DEL SÁBADO. SEIS DÍAS
TRABAJARÁS, Y HARÁS TODAS TUS OBRAS: MAS EL SÉPTIMO
DÍA ES EL
SÁBADO DE TU DIOS Y SEÑOR. NO HARÁS EN ÉL OBRA ALGUNA,
TÚ, NI TU
HIJO, NI TU HIJA, NI TU SIERVO, NI TU SIERVA, NI TU BESTIA,
NI EL
FORASTERO, QUE ESTÁ DE TUS PUERTAS ADENTRO; PORQUE EN
SEIS
DÍAS HIZO EL SEÑOR EL CIELO, LA TIERRA, EL MAR Y TODAS LAS
COSAS
QUE EN ELLOS HAY; Y EN EL DÍA SÉPTIMO REPOSÓ. POR TANTO
BENDIXO
EL SEÑOR AL DÍA DEL SÁBADO, Y LE SANTIFICÓ."

1. Qué es lo que se manda por este Mandamiento

Con orden y connexion maravillosa se prescribe por este Mandamiento de la ley el culto externo que debemos a Dios. Este es como cierto fruto del primer Mandamiento; porque no podemos, dexar de venerar con culto exterior, y de dar gracias a quien piadosamente adoramos con interiores afectos, movidos de la fe y esperanza que tenemos depositada en él. Y como, estas cosas no se pueden cumplir facilmente por los que están metidos en las ocupaciones de negocios humanos,

por esto se determinó cierto tiempo, en que cómodamente puedan executarse.

2. Debe poner el Párroco particular cuidado sobre que tengan los fieles en

perpetua memoria lo que aquí se manda.

Siendo pues este precepto de tal calidad, que produce frutos y utilidades maravillosas, importa muchísimo que ponga el Párroco suma diligencia sobre su explicación. Y para inflamar su cuidado,, tiene fuerza grande aquella primer palabra del Mandamiento: *acuérdate*; porque asi como los fieles deben acordarse de tal Mandamiento, asi es cargo del Párroco recordársele con frecuencia, ya amonestando, y ya enseñando. Pero lo mucho que importa a los fieles guardar este precepto, se dexa conocer de que la observancia cuidadosa de este les facilita la de los demás Mandamientos de la ley; porque como entre las cosas que deben hacer los fieles en los días festivos, tienen necesidad de acudir a la Iglesia para oir la palabra de Dios; siendo bien instruidos en las leyes divinas, conseguirán tambien guardarlas todas de todo corazon. Por esto se manda muchisimas véces la celebridad y culto del Sábado en las Escrituras sagradas, como se dexa ver en el Exodo (*Exod. 16. 20. et 31.*), Levítico (*Levit. 16. 19. &c.*) y Deuteronomio (*Deuter. 5.*), y en los Profetas Isaías (*Isai. 56.*), Jeremías (*Jerem. 17.*) y Ezequiel (*Ezech. 20. 22. 23. et 24.*); pues en todos estos lugares se impone el precepto del culto del Sábado.

3. Se ha de exhortar a los Príncipes a que presten su favor a los Prelados

eclesiasticos.

Pero a los Príncipes y Magistrados se ha de amonestar y exhortar, que señaladamente en estas cosas que pertenecen a retener y acrecentar el culto de Dios, ayuden con su autoridad a los Prelados de la Iglesia, y que manden al pueblo que obedezca a los preceptos de los Sacerdotes. Y por lo concerniente a la declaracion de este Mandamiento, se ha de procurar enseñar a los fieles en qué cosas conviene este Mandamiento con los demas, y en qué se diferencia de ellos; porque de esa manera entenderán la causa y la razon porque no celebramos ni santificamos el Sábado, sino el dia de Domingo.

4. En que se diferencia este Mandamiento de los demas del Decálogo.

Pues la diferencia cierta es, que los demas preceptos del Decálogo son naturales, perpetuos, y que en modo alguno se pueden variar. De aquí proviene que, aunque fue abrogada la ley de Moysés, todavía guarda el pueblo cristiano todos los Mandamientos que estan en las dos tablas. Y esto se hace, no porque Moysés lo mandó asi, sino porque convienen a la naturaleza, cuya fuerza impele a los hombres a guardarlos. Pero este Mandamiento del culto del Sábado, si miramos al tiempo señalado, no es fixo y constante, sino que se puede mudar; porque no pertenece a las costumbres, sino a las ceremonias: ni tampoco es natural, porque no nos enseña, ni nos dicta la naturaleza que tributemos culto externo a Dios, mas bien ese día que en otro qualquiera, sino que el pueblo de Israel empezó a guardar ese día del Sábado desde aquel tiempo en que fue libertado de la servidumbre de Faraón.

5. En el tiempo de la pasion, abrogadas las ceremonias de la ley, se quitó el

culto del Sábado, en quanto era ceremonial.

El tiempo pues en que se había de quitar el culto del Sábado, era aquel mismo en que debían antiquarse los demás cultos y ceremonias hebraicas, es a saber, en la muerte de Cristo; porque siendo aquellas ceremonias unas como imágenes sombreadas de la luz y la verdad, era necesario que se se ahuyentasen con la venida de la luz y la verdad, que es Jesucristo. Acerca de lo qual escribe asi el Apostol a los Gálatas, reprehendiendo a los que observaban los ritos mosaycos: *Observáis los días y los meses, los tiempos y los años. Temóos que acaso en vano trabajé entre vosotros (Galat. 4.).* Lo mismo escribe a los Colosenses (*Colos. 2.*). Y esto baste sobre la diferencia.

6. En qué conviene este Mandamiento con los otros nueve.

Pero conviene este Mandamiento con los demás, no en el rito y ceremonias, sino en que tiene alguna cosa perteneciente a las costumbres y derecho natural; porque de este derecho nace el culto de Dios y la religión que se expresa por este Mandamiento: pues nos dicta la naturaleza, que empleemos algunas horas en las cosas que

pertenecen al culto de Dios. Y de esto es prueba clara, que en todas las naciones vemos señalados algunos días festivos y solemnes consagrados para las funciones sagradas y divinas; porque es natural en el hombre dedicar algún tiempo fijo para las cosas precisas, quales son el descanso, el sueño y otras tales. Pues de esta misma razón natural dimana, que de la suerte que al cuerpo, se conceda tambien al alma algún tiempo, en el qual se refuerce por la contemplación de Dios. Y asi, debiendo haber alguna parte de tiempo, en el que sean celebradas las cosas divinas, y tributado a Dios el debido culto: esto sin duda pertenece a los preceptos morales.

7. Los Apóstoles trasladaron la fiesta del Sábado al Domingo.

Por esta razón determinaron los Apóstoles consagrar al culto divino el primero de aquellos siete dias; y le llamaron *Domingo*. Del dia de Domingo hace mencion San Juan en su Apocalipsis (*Apoc. 1.*). Y el Apostol manda que se hagan las colectas el primer dia de la semana (*1. Corinth. 16.*), que es el Domingo, segun lo explica San Juan Crisóstomo (Homil. 13. in 1. ad Corinth.). Para que entendamos que ya entonces era tenido en la Iglesia el dia de Domingo por santo. Pues para que sepan los fieles qué es lo que deben hacer en este dia, y de qué obras se deben abstener, será muy del caso que les explique el Párroco diligentemente palabra por palabra todo el Mandamiento, que puede muy bien dividirse en quatro partes.

8. Qué es lo que se manda en comun por la palabra Acuérdate.

Primeramente pues, se propondrá en comun qué es lo que se manda por las palabras *Acuérdate de santificar el dia del Sábado*; pues muy al caso se puso al principio del Mandamiento aquella palabra *Acuérdate*, por quanto el culto de este dia pertenece a las ceremonias. Y de esto debia ser amonestado el pueblo; porque aunque dicte la ley natural que debe ser Dios adorado en algun tiempo con culto de religion, con todo eso no determina en qué dia señaladamente se deba esto hacer.

Tambien se ha de enseñar a los fieles, que por estas palabras se puede entender el modo y la reserva con que han de trabajar en toda la semana, es a saber: de minera que siempre estemos atendiendo al dia de fiesta; porque en él hemos de venir a dar alguna cuenta y razon

a Dios de nuestras acciones y obras, es necesario que las hagamos tales, que ni sean desechadas por su divino juicio, ni sean para nosotros (segun está escrito) materia de llanto, y de remordimiento de conciencia (1. Reg. 25.).

Ultimamente se nos recuerda lo que ciertamente debemos advertir, y es, que no faltarán ocasiones para olvidarnos de este Mandamiento, o ya movidos del exemplo de otros que no hacen caso de él; o por la afición a espectáculos y juegos, que muchísimas veces nos retraen del santo y religioso culto de este día. Pero pasemos ya a lo que se demuestra por la significacion del Sábado.

9. Qué signifique en las Escrituras Sábado y sabatizar.

Esta voz *Sábado* es nombre hebreo, que en nuestra lengua quiere decir *cesación*; y asi *sabatizar* es lo mismo que *cesar y descansar*. Por esta significacion vino el día séptimo a llamarse *Sábado*; porque, acabada y cumplida toda la obra del universo, descansó el Señor de todas las que habia hecho: y con ese nombre le llama el mismo Señor en el Exódo (Exod. 20.); pero despues no solo se llamó con este nombre el día séptimo, sino aun toda la semana, por la dignidad de ese día (*Deuteron. 5.*). Y en ese sentido dixo aquel Fariseo que menciona San Lucas: *Ayuno dos veces en el Sabado (Luc. 18.)*; esto es, *cada semana*. Y esto baste en quanto a la significacion del Sábado.

10. Cómo se dice que los fieles santifican el Sábado.

Por la santificacion del Sábado se entiende en las sagradas Letras levantar mano de trabajos corporales, y de negocios, como lo muestran con claridad las palabras siguientes del Mandamiento: *No trabajarás*. Pero no solo significan esto (pues en tal caso habría bastado decir en el Deuteronomio (*Deuteron. 5.*): *Guarda el día del Sábado*) sino que añadiéndose en el mismo lugar: *Para que le santifiques*, por estas palabras se manifiesta que el día del Sábado es religioso, y que está consagrado a acciones divinas y santos ejercicios. Y por tanto entonces celebramos cumplida y perfectamente el día del Sábado, quando pagamos a Dios los tributos de nuestra piedad y religion. Y este puntualmente viene a ser el Sábado, que llama Isaías *delicioso (Isai. 58.)*; porque los días festivos son como las delicias del Señor, y de los hombres virtuosos: y asi, si añadimos a este santo y religioso culto del Sábado otras obras de misericordia, son ciertamente

muchos y muy grandes los premios que se nos prometen en el mismo capítulo.

11. Qual sea el sentido legítimo de estar palabras.

Mira pues el verdadero y propio sentido de este Mandamiento, a que desembarazado el nombre de negocios y trabajos corporales por algun tiempo determinado y fixo, se emplee únicamente con cuerpo y alma en el cuidado de adorar y venerar piadosamente a Dios.

12. Que es lo que se demuestra en la segunda parte del precepto.

En la segunda parte del Mandamiento se muestra, que el día séptimo está dedicado por mandado de Dios a su divino .culto; pues dice así: *Seis dias trabajarás, y harás todas tus obras; mas el séptimo dia es el Sábado de tu Dios y Señor.* En las quales palabras se nos dice, que tengamos el dia del Sábado por consagrado al Señor; que le tributemos en él los oficios de la religion, y que entendamos que ese dia es señal del descanso de su Magestad.

13. Por que convino señalar a los Judíos el dia septimo para el culto divino.

Señaló pues su Magestad este dia a los Judios para su divino culto; porque no convenia dexar al arbitrio de un pueblo rudo la eleccion del tiempo, para que no imitasen acaso las fiestas de los Egipcios. Y asi de los siete dias escogió Dios el último, para que le diesen culto; lo qual está tan lleno de misterios, que el mismo Señor en el Exodo (*Exod. 31.*), y en Ezequiel (*Ezech. 20.*) lo llama *señal*, diciendo: *Mirad que guardéis mi Sábado; porque es señal entre mé, y entre vosotros en vuestras generaciones: para que sepais que yo soy el Señor que os santifico.*

14. De que cosas fue señal la celebridad del Sábado.

Y asi ese dia fue señal que indicaba, que deben los hombres dedicarse

a Dios, y mostrarse santos en su presencia, viendo que el mismo día está también dedicado a su Magestad; pues el día es santo, por deber los hombres exercitar en él señaladamente obras de santidad y religion. Fue señal también, y como memoria de la creacion de esta maravillosa obra del universo. Demas de esto fue señal encomendada a los Israelitas, para recuerdo de que por el auxilio de Dios habian sido redimidos y rescatados del durísimo yugo de la esclavitud de Egipto, como lo muestra el Señor por aquellas palabras: *Acuérdate de que tú también fuiste siervo en Egipto, y que te sacó de allí tu Dios y Señor en mano fuerte, y en brazo extendido. Por esto te mandó que observaras el día del Sábado (Deuter. 5.).* Y sobre todo, esto es señal del Sábado, así espiritual, como celestial.

15. *Qué sea el Sábado espiritual del pueblo cristiano.*

El Sábado espiritual consiste en cierto santo y místico reposo; esto es, quando sepultado el hombre viejo juntamente con Cristo, se renueva para la vida, y se ejercita cuidadosamente en aquellas acciones que convienen a la piedad cristiana; porque los que en otro tiempo eran tinieblas, pero ya son luz en el Señor (*a*), deben andar como hijos de la luz en toda bondad, justicia y verdad, y no tener ninguna comunicacion con las obras infructuosas de las tinieblas (*Ibid.*).

16. *Qual sea el Sábado celestial.*

Pero el Sábado celestial, segun dice San Cirilo (*Lib. 4. in Joann. cap. 51.*), exponiendo este lugar del Apostol: *Quédase el Sabatismo para el pueblo de Dios (Hebr. 4.)*, es aquella vida, en la qual viviendo con Cristo, gozaremos de todos los bienes, arrancado el pecado de raiz, segun aquello: *No habrá allí león, ni subirá por allí bestia fiera, sino que estará allí la senda y el camina, y se llamará camina santo (Isai. 35.)*; porque el alma de los Santos logra todos los bienes en la vista de Dios. Y así exhortará el Pastor, y aguijará a los fieles con aquellas palabras: *Apresuremos pues a entrar en aquel reposo (Hebr. 4.).*

17. *A mas del Sábado tuvieron los Judíos otros dias de fiesta.*

Además del día séptimo tenia el pueblo judaico otros dias festivos y sagrados, establecidos por divina ley; en los quales se renovaba la

memoria de los mas señalados beneficios.

18. Por que trasladaron los Apostoles la fiesta del Sábado al Domingo.

Pero la Iglesia de Dios tuvo por acertado trasladar el culto y celebridad del Sábado al Domingo; porque asi como ese dia fue el primero en que alumbró la luz al mundo, asi fue sacada nuestra vida de las tinieblas a la luz, resucitando en ese dia nuestro Redentor, quien nos abrió la puerta para la vida eterna. Por esto los Apostoles quisieron se llamase *Dia del Señor*. Y a mas de esto echamos de ver en las sagradas Letras ser solemne este dia por haber empezado en él la obra de la creacion del mundo, y haber sido enviado-sobre los Apostoles el Espíritu Santo.

19. Por qué además del Domingo se instituyeron otras fiestas.

Otros dias festivos establecieron los Apostóles desde el principio de la Iglesia; y despues en los tiempos sucesivos nuestros santos Padres, para que celebrásemos piadosa y santamente la memoria de los beneficios de Dios. Entre estos son, tenidos por muy solemnes los dias que están consagrados a la religión por los misterios de nuestra redención: despues los que están dedicados a la Santisima Virgen Madre; y luego a los Santos Apostóles, y a los Mártires, y a todos los demás Santos, que reynan con Cristo; en cuya victoria se celebra la bondad y poder de Dios, se dan a ellos las debidas honras, y el pueblo fiel se incita a su imitación.

20. Cómo por este precepto son incitados los fieles a huir de la ociosidad.

Y por quanto para guardar este precepto tiene gran fuerza aquella parte de él, que se expresa por estas palabras: *Seis dias trabajarás; pero el día séptimo es el Sábado de tu Dios y Señor*, debe el Párroco explicar esta parte con todo cuidado; porque de estas palabras se puede colegir que no han de hacer los fieles vida ociosa y haragana, sino que teniendo presente la voz del Apostol: *Haga su negocio cada uno, y trabaje por sus manos, segun lo tenia mandado (1. Thesal. 4.)*. Manda

tambien él Señor por este precepto, que hagamos nuestras obras en los mismos seis dias, de manera que ninguna de aquellas cosas que se deben hacer o despachar en ellos, se reserve para el dia de fiesta; porque no quite al alma el cuidado y amor de las cosas divinas.

21. Qué es lo que señaladamente está prohibido en los dias de fiesta.

Despues, se explicará la tercera parte del precepto; la qual señala en cierto modo de qué manera debemos celebrar el dia del Sábado; pero señaladamente declara, qué es lo que se nos prohíbe en ese dia, porque dice el Señor: *No harás en ese dia obra alguna tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu asno, ni el forastero que está dentro de tus puertas.* En estas palabras se nos enseña lo primero, que evitemos del todo quanto pueda impedir el culto divino; porque facilmente se echa de ver que se prohíbe todo género de obras serviles, no porque sean de suyo viciosas o malas, sino porque distraen al alma del culto de Dios, que es el fin del precepto. Y mucho mas deben los fieles evitar los pecados; porque, no solo nos apartan de la aplicación a las cosas divinas, sino que nos privan totalmente del amor de Dios.

22. No se vedan las obras externas que se ordenan al culto de Dios.

Pero no se vedan aquellas acciones, ni aquellas obras, aunque serviles, que pertenecen al culto de Dios, como componer los altares, adornar los templos por causa de alguna fiesta, y otras semejantes. Por tanto dixo el Señor: *Que los Sacerdotes violaban el Sábado en el templo, y no por eso pecaban (Matth. 12.).*

23. Tambien son licitas algunas obras serviles por la necesidad.

Tampoco se ha de juzgar que estén vedadas por esta ley las obras de aquellas cosas que se perderian si se dexaran en el dia de fiesta, como está permitido por los sagrados Cánones. Otras muchas cosas declaró el Señor en el Evangelio, que podian hacerse en los dias festivos; las que facilmente observará el Párroco en San Mateo (*Ibid.*), y en San Juan (Joann. 5.).

24. Por qué manda el Señor que no trabajen las bestias.

Y para que nada se omitiese que pudiera estorvar este culto del Sábado, se hizo mención del jumento; porque con estos animales se embarazan los hombres para celebrar el día de fiesta, porque si en ese día quieren que el jumento haga algún trabajo, es necesario el cuidado del hombre que le guíe: pues el animal por sí solo no puede hacer la obra, sino ayudar al hombre que la intenta: y como a ninguno es lícito trabajar en ese día, por eso no se puede valer del jumento. Mira pues también la ley de este precepto a que si Dios no quiere que hagan los hombres trabajar a las bestias, mucho menos deben querer ser inhumanos con aquellos de cuyo trabajo e industria se sirven.

25. En qué obras se deben emplear los Cristianos en los días festivos.

Tampoco debe el Párroco dexar de enseñar con cuidado en qué obras y acciones deben ejercitarse los Cristianos en los días festivos. Estas son, que acudamos al templo; que asistamos allí con sencilla y piadosa atención al santo sacrificio de la Misa; y que para Curar las llagas de nuestra alma, recibamos con frecuencia los divinos Sacramentos de la Iglesia, que fueron instituidos para nuestra salud.

Pero nada mejor, ni mas oportuno pueden hacer los fieles, que confesar muchas veces los pecados a los Sacerdotes; para lo qual podrá el Párroco exhortar al pueblo fiel, valiéndose de las razones y doctrinas que quedan dichas y enseñadas en su lugar sobre el sacramento de la Penitencia. Y no solamente excitará a los fieles a que frecuenten este Sacramento, sino que también los exhortará con cuidado muchas veces a que reciban con frecuencia el de la sacrosanta Eucaristía.

Además de esto han de oír los fieles con atención y diligencia la palabra de Dios; porque no hay cosa menos sufrible ni a la verdad mas indigna, que menospreciar, u oír con descuido las palabras de Cristo. Deben también los fieles ejercitarse mucho en la oración y alabanzas divinas, y poner particular cuidado en aprender con diligencia las cosas que pertenecen al concierto de la vida cristiana, y emplearse de continuo en obras de misericordia, dando limosna a pobres y menesterosos, visitando enfermos, y consolando afectuosamente tristes y afligidos, que los tienen postrados el dolor. Porque como dice Santiago: *La religión limpia, y sin mancha ante Dios y el Padre, es visitar huérfanos y viudas en su tribulación (Jacob. 1.).* Y de lo dicho hasta aquí

es fácil conocer las culpas qué se cometen contra la regla de este Mandamiento.

26. *Por qué fue necesario señalar días ciertos para el culto divino.* Debe demás de esto ser cargo del Párroco tener a punto algunos determinados lugares, de donde tome razones y argumentos con que persuada al pueblo encarecidamente que guarde la ley de este Mandamiento con sumo desvelo y cuidadosa diligencia. Para esto vale muchísimo que entiendan los fieles, y vean claramente, quan justo es, y quan conforme a razón, que tengamos algunos dias señalados, que enteramente los empleemos en el culto de Dios, y en los quales reconozcamos, adoremos y veneremos a nuestro Señor, de quien habernos recibido sumos e innumerables beneficios. Porque si nos hubiera mandado que le tributásemos todos los dias culto de religión, ¿no debíamos aplicar todos los esfuerzos posibles para obedecerle con prontitud y alegría de ánimo por los beneficios que nos ha hecho, que son muy grandes e infinitos? Siendo pues ahora tan pocos los días destinados a su culto, no puede haber razón para ser descuidados y perezosos en el cumplimiento de una obligación, que no podemos traspasar sin gravísima culpa.

27. *De las utilidades que produce la cabal observancia de esta ley.*

Demuestre a mas de esto el Párroco, quan grande sea la virtud de este Mandamiento, quando de los que le guardan se puede con razón decir, que están en presencia de Dios, y que conversan con su Magestad: pues contemplamos la magestad de Dios, y tenemos coloquios con él quando hacemos oración, y quando oimos a los Predicadores que proponen piadosa y santamente las cosas divinas, recibimos la voz de Dios, que por su ministerio llega a nuestros oidos; y asistiendo al sacrificio del altar, adoramos a Cristo señor nuestro, que está allí patente. Y de estos bienes, aquellos gozan señaladamente, que guardan con cuidado este Mandamiento.

28. *Qué debe decirse por el contrario de los que le quebrantan.*

Pero los que del todo se descuidan en guardar esta ley, como no obedecen a Dios, ni a la Iglesia, ni guardan su Mandamiento, son enemigos de Dios, y de sus santas leyes. Y esto se puede echar de ver, de que este Mandamiento es de tal calidad, que sin ningún trabajo se puede cumplir: pues quando el Señor no nos impone trabajos (que aun los mas duros deberíamos abrazar por su amor), sino que manda que en los dias festivos nos estemos quietos y desembarazados de cuidados terrenos, es indicio de gran temeridad rehusar la ley de este Mandamiento. De escarmiento grande nos deben ser los castigos que Dios executó en los que le quebrantaron, como se puede ver en el libro de los Números (*Numer. 15.*). Pues para que no caigamos en esta ofensa de Dios, sera muy conveniente renovar muchas veces la memoria de aquella palabra *Acuérdate*; y ponernos a la vista los grandes provechos y frutos que sacamos del culto de los dias de fiesta (como arriba se declaró), y otras muchas cosas tocantes a este asunto; las que, segun lo pida la ocasión, podrá tratar copiosa y largamente el Pastor virtuoso y vigilante.

CAPÍTULO V.

DEL CUARTO MANDAMIENTO DEL DECÁLOGO.

**HONRA A TU PADRE Y Á TU MADRE PARA
QUE
VIVAS LARGOS
AÑOS SOBRE LA TIERRA QUE TE DARÁ TU
DIOS Y
SEÑOR.**

- 1. De la excelencia de este Mandamiento, y en qué conviene
con los
antecedentes.***

Siendo muy grande la virtud y dignidad de los Mandamientos antecedentes, con razón se ponen inmediatos a ellos los que ahora se siguen, porque son en gran manera necesarios. Aquellos miran derechamente al fin, que es Dios: estos nos instruyen en el amor del próximo; aunque últimamente también nos enderezan y encaminan a Dios, quien es el fin, por cuya causa amamos al próximo. Por esto dixo Cristo Señor nuestro, que estos dos Mandamientos de amar a Dios y al próximo, eran semejantes entre sí (*Matth. 22.*). Apenas pueden decirse las utilidades de este Mandamiento, porque produce muchos y aventajados frutos; y es como una muestra que indica la obediencia y observancia del primer Mandamiento: *Porque el que no ama a su hermano, a quien ve, dice San Juan, ¿cómo puede amar a Dios, a quien*

no ve (1. Joann. 4.) Pues a este modo, si no respetamos, y no reverenciamos a los padres, a quienes debemos amar segun Dios, estando casi siempre a nuestra vista, ¿qué honor, ni qué culto daremos al mayor y mejor padre Dios, a quien en manera ninguna vemos? Por aquí se ve clara la conformidad de estos dos Mandamientos entre sí.

2. Quinto se extienda la fuerza de este Mandamiento, y quánto te aligera por él la carga de los padres.

Muchísimo se extiende la observancia y uso de este Mandamiento; porque además de aquellos que nos engendraron, hay otros muchos, a quienes debemos tener en lugar de padres, o por razón de la potestad, o de la dignidad, o de la utilidad, o de algún cargo y oficio honorífico. Aligera a mas de esto esta ley el trabajo de los padres, y de todos los mayores; porque siendo su mayor cuidado, que todos los que tienen baxo su potestad, vivan anivelados y ajustados a la divina ley, este cuidado será muy llevadero, una vez que todos hayan entendido que es Dios el que manda y amonesta que se trate a los padres con toda veneración. Mas para que podamos cumplir esto, es preciso conocer la diferencia que hay entre los mandamientos de la primera, y de la segunda tabla.

3. Por qué los Mandamientos se dividieron en dos tablas.

Primeramente pues ha de explicar el Párroco, y prevenir muy en particular, que los divinos mandamientos del Decálogo fueron grabados en dos tablas: en una de ellas, como lo aprendimos de los santos Padres, estaban los tres que ya se han explicado; y los siete restantes estaban en la otra. Y esta partición fue muy conveniente, para que el mismo orden de los mandamientos nos descubriese la diferencia que entre ellos hay; porque todo lo que manda o veda la divina ley en las sagradas Letras, nace de uno de estos dos capítulos: pues en toda acción se mira, o al amor de Dios, o al del próximo. Y de hecho el amor para con Dios se enseña en los tres primeros mandamientos; y lo que mira a la unión y compañía con los próximos, se contiene en los siete restantes. Y así no sin causa se hizo esta división, de que unos se pusiesen en la primer tabla, y otros en la segunda.

4. *Cómo la caridad para con Dios se contiene en los tres primeros preceptos*

y la del próximo en los restantes; y de la diferencia entre unos y otros.

En los tres mandamientos primeros, de que habernos tratado, es como la materia o sugeto de que se trata el mismo Dios, esto es, el sumo Bien. En los demás es el bien del próximo. En aquellos se propone el amor último: en estos el inmediato: aquellos miran al fin; estos a los medios que se ordenan a él.

A mas de esto la caridad de Dios depende del mismo Dios; porque Dios debe ser amado sobre todo por sí mismo, no por otro respeto. Pero la caridad del próximo nace de Dios, y debe enderezarse a ella como a regla cierta; porque si amamos a los padres, si obedecemos a los señores, si respetamos a los superiores en dignidad, todo esto se debe hacer por Dios, que es su Criador, que quiso que presidiesen a los otros, y que por su ministerio gobierna y defiende a los demás hombres. Siendo pues Dios quien nos manda que reverenciamos a tales personas, por tanto lo debemos executar, por quanto el mismo Dios las hizo dignas de ese honor: de donde se sigue que la honra que damos a los padres, mas bien la damos a Dios que a los hombres; pues tratando del respeto debido a los superiores, se dice así en San Mateo: *El que os recibe, me redirá (Matth. 10.)*. Y el Apostol en la Epístola a los de Efeso dice, doctrinando a los siervos: *Siervos, obedeced a vuestros señores temporales con temor y temblor, y con sencillez de vuestro corazon, como a Cristo; y esto no solo en presencia, o como agradando a los hombres, sino como siervos de Cristo, haciendo de veras la voluntad de Dios (Ephes. 6.)*.

5. *La caridad de Dios no tiene límites, la del próximo sí.*

A esto se junta que a Dios no se da honor, piedad ni culto alguno digno de su grandeza; y para con él puede aumentarse infinitamente la caridad. Por esto es necesario que nuestra caridad hacia Dios se haga de dia en dia mas ardiente; pues por mandamiento suyo le debemos amar de todo corazon, con toda el alma, y todas nuestras fuerzas. Pero la caridad con que amamos al próximo, tiene sus límites; porque manda el Señor que le amemos como a nosotros mismos. Y si alguno traspasare estos términos, de manera que iguale en el amor a Dios y a

los próximos, comete una gravísima maldad: *Si alguno viene a mí, dice el Señor, y no aborrece a su padre, madre, muger hijos hermanos y y y hermanas, y hasta su misma vida, no puede ser mi discípulo* (Deuter. 6. Matth. 22.). A cuyo propósito se dixo tambien: *Dexa que los muertos entierren sus muertos* (Luc. 14.), queriendo uno enterrar primero a su padre, y despues seguir a Cristo. Pero la explicación mas clara es la que hay en San Mateo: *El que ama padre o madre mas que a mí, no es digno de mi* (Matth. 10.).

6. Cómo se ha de amar a los padres, y cuándo no se les puede obedecer.

Sin embargo de esto no tiene duda que debemos amar y respetar en gran manera a los padres; mas para que esto sea virtuosamente, es necesario que el principal honor y culto se dé a Dios, que es el Padre y Criador de todos; y que de tal modo amemos a los padres naturales, que toda la fuerza del amor se encamine al eterno Padre celestial. Y si en alguna ocasión se encontraren los mandamientos de los padres con los de Dios, no hay duda que deben los hijos anteponer la voluntad de Dios a la voluntariedad de sus padres, acordándose de aquella divina sentencia; *Mas razón es obedecer a Dios que a los hombres* (Actor. 5.)

7. Qué significa aquí la palabra honrar.

Expuestas estas cosas, explicará el Párroco las palabras del mandamiento; y primeramente, qué sea *honrar*. No es otra cosa que juzgar bien de uno, y apreciar en mucho todas sus cosas. Y esta voz *honra* lleva consigo todo esto: *amor, respeto, obediencia y veneración*. Pero sabiamente se puso en la ley la voz de *honra*, y no la de *amor* o *miedo*: aunque los padres deban ser muy amados y temidos; porque el que ama, no siempre honra y respeta: y el que teme, no siempre ama; pero el que de veras honra a uno, le ama y le reverencia. Y en habiendo el Párroco explicado esto, tratará de los padres, y de los que son entendidos por este nombre.

8. Quiénes son entendidos por el nombre de padres.

Porque aunque la ley habla principalmente de los *padres* que nos engendraron, sin embargo tambien pertenece este nombre a otros, que

asimismo parece están comprendidos en la ley, segun se colige de varios lugares de la divina Escritura: pues además de aquellos que nos dieron el ser, hay en las sagradas Letras otros géneros de *padres*, segun ya tocamos, y a cada uno de ellos se debe su respectivo honor. Primeramente se llaman *padres* los Prelados y Pastores de la Iglesia, y los Sacerdotes, como consta del Apostol, quien escribiendo a los Corintios, dice: *No os escribo esto por avergonzaros; mas amonestóos como a mis muy amados hijos: porque, aunque tengais diez mil ayos en Cristo, no teneis muchos padres; pues yo os engendré en Jesucristo por medio del Evangelio (1. Corinth. 4.).* Y en el Eclesiástico está escrito: *Alabemos a los varones gloriosos, y a nuestros padres en su generación (Eccli. 44.).*

Tambien se llaman *padres* aquellos a quienes está encomendado el imperio, el magistrado o la potestad de gobernar la República. Asi Naaman era llamado *padre* por sus criados (4. Reg. 5.).

A mas de estos decimos *padres* a aquellos, a cuya proteccion, fidelidad, bondad y sabiduría estan otros encargados, como son los Tutores, Curadores, Ayos y Maestros; por cuya razon los hijos de los Profetas llamaban *padres* a Elias y a *Eliséo* (*Ibid. 2.*).

Ultimamente llamamos *padres* a los ancianos, y de edad avanzada, a quienes tambien debemos honrar; pero sea el primero y principal, entre los documentos del Párroco, enseñar que todos los padres, de qualquier condicion que sean, deben ser honrados , y especialmente aquellos de quienes nacimos: pues de ellos señaladamente habla la ley divina.

9. Por qué los hijos de los Cristianos deben hacer honor particular a sus

padres naturales.

Porque los padres naturales son como ciertas imágenes de Dios inmortal: en ellos contemplamos la semejanza de nuestro nacimiento: ellos nos dieron la vida; y de ellos se valió su Magestad para comunicarnos el alma y el entendimiento: ellos nos llevaron a los sacramentos; nos instruyeron en la religion, y en el trato humano y civil, y nos enseñaron la integridad y santidad de costumbres. Y enseñe tambien el Párroco que con mucha razon se expresó tambien en este precepto el nombre de la *madre*: para que considerémos sus beneficios y merecimientos, y lo mucho que la debemos: con quanto

cuidado y solicitud nos llevó en su vientre, y con quanto trabajo y dolor nos parió, y nos crió.

10. De que modos se honra a los padres naturales.

Han de ser pues reverenciados los padres, de manera que el honor que les damos, sea como nacido de amor, y de lo íntimo del corazón. Este acatamiento les es muy debido: por mirarnos ellos con tales afectos, que ningún trabajo, dificultad ni peligro se les pone delante, que rehusen por el adelantamiento de sus hijos; y no hay para ellos cosa de mayor gusto, que entender son amados de sus hijos, a quienes tanto aman. Hallándose Joseph en Egipto tan entronizado, que solo le precedía el Rey en el solio del Reyno (Genes. 41.), recibió honoríficamente a su padre, quando fue allá (Ibid. 46.). Y Salomón se levantó del trono por cortejar a su madre, que entró a hablarle; y habiéndola hecho un grande acatamiento, la asentó a su diestra en solio real (3. Reg. 2.).

Hay a mas de estos otros muchos oficios de honra que se deben a los padres; porque los honramos tambien, quando pedimos rendidamente a Dios, que todas las cosas les sucedan próspera y felizmente: que esten bien quistos y estimados entre los hombres; y que sean muy agradables a Dios y a los Santos que estan en el cielo.

Honramos demas de esto a los padres, quando concertamos nuestros negocios y dependencias segun su arbitrio y voluntad, como lo aconseja Salomón, diciendo: *Oye, hijo mio, la doctrina de tu Padre; y no deseches la ley de tu Madre: para que sea aumento de gracia para tu cabeza, y collar para tu cuello (Prov. 1.).* A este modo tambien son aquellas exhortaciones del Apostol: *Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres; porque esto es justa (Ephes. 6.).* Y en otra parte: *Hijos, obedeced en todo a vuestros padres; porque esto es muy del agrado de Dios (Colos. 3.).* Y se confirma con el exemplo de varones santísimos; porque Isaac, siendo maniatado por su padre, para ser sacrificado, le obedeció con modestia, y sin réplica (Genes. 22.). Y los Recabitas se abstuvieron perpetuamente del vino, por no discrepar jamás del consejo de su padre (Jerem. 35.).

Asimismo honramos a los padres, quando imitamos sus buenas acciones y costumbres; pues es prueba grande de que los estimamos, el procurar ser muy parecidos a ellos. Y los honramos tambien, quando no solo les pedimos su consejo, sino que le seguimos.

11. *Cómo se ha de socorrer a los padres quando se ven en necesidad, y mucho*

mas en peligro de muerte.

Honramos a mas de esto a los padres, quando los socorremos con lo necesario para su sustento y vestido, como se comprueba por el testimonio de Cristo, quien reprehendiendo la impiedad de los Fariseos, les dixo: *¿Y por qué vosotros traspasáis el mandamiento de Dios por vuestra tradición? Por que Dios dixo: Honra a tu padre y a tu madre. Y el que maldixere a su padre o a su madre, muera de muerte. Mas vosotros decís: Qualquiera que dixere a su padre o a su madre: toda ofrenda que yo hiciere a Dios, aprovechará a tí tambien: sin honrar a su padre ni a su madre. Y asi hicisteis nulo el mandamiento de Dios por vuestra tradición (Matth. 15.).*

En todo tiempo debemos tributar a los padres estos oficios de honra; pero nunca con mayor cuidado, que quando se hallan enfermos de peligro; porque se ha de hacer diligencia de que lio omitan cosa perteneciente, a confesarse, o a los demás Sacramentos que deben recibir los cristianos. Quando se acerca la muerte, se ha de cuidar que los visiten con frecuencia personas piadosas y religiosas, que los esfuercen en su debilidad, los ayuden con sus exhortaciones, y animándolos mucho, los alienten a la esperanza de la inmortalidad, para que apartando el pensamiento de las cosas humanas, todo le pongan en Dios. Asi se conseguirá que fortalecidos con la felicísima comitiva de la Fe, Esperanza y Caridad, y con el escudo de la religión, juzguen que no solo no ha de Ser temida la muerte, pues es necesaria, sino que ha de ser deseada, como que franquea la puerta para la eternidad.

12. *Cómo se ha de honrar a los padres difuntos.*

Por último se honra a los padres aun despues de difuntos, si les hacemos los funerales, si cohonestamos sus exequias, si les damos decente sepultura, si cuidamos de hacer por ellos sufragios y misas de aniversario, y si cumplimos puntualmente quanto mandaron en su testamento.

13. *Cómo deben ser honrados los Obispos y Sacerdotes.*

Mas no solamente deben ser honrados los padres naturales, sino tambien otros, que se llaman *padres*, como los Obispos, los Sacerdotes, los Reyes, los Príncipes, los Magistrados, los Tutores, Curadores, Maestros, Ayos, Ancianos y otros tales; porque todos son dignos de percibir los frutos de nuestra caridad, obediencia y otros bienes, aunque unos mas que otros. Acerca de los Obispos y otros Pastores escribe asi el Apostol: *A los Presbíteros que gobiernan bien, se debe doblada honra; mayormente a los que trabajan en la predicación y doctrina (1. Tim. 5.)*. Pues los de Galacia ¿qué demostraciones de amor no hicieron con el Apostol? A los quales corresponde con un testimonio de benevolencia tan encarecido, como decir: *Aseguro de vosotros, que si posible fuera, os habríades sacado los ojos, y me los hubterádes dado (Galat. 4.)*.

14. Que debe proveerse a los Sacerdotes de lo necesario para su sustento.

Debe tambien proveerse a los Sacerdotes de lo que necesitan para su decencia y mantenimiento. Por eso dice el Apostol: *¿Quién peleó jamás a sus expensas (1. Corinth. 3.)?* Y en el Eclesiástico está escrito: *Honra a los Sacerdotes, y purifícate con el trabajo de tus brazos. Dales la parte que te es mandada de las primicias, y de la ofrenda por el pecado (Eccli. 7.)*. Y que asimismo se les debe obedecer, lo enseña el Apostol, diciendo: *Obedeced a vuestros Prelados, y sujetaos a ellos; porque ellos se desvelan, como que han de dar cuenta por vuestras almas (Hebr. 13.)*. Y por Cristo Señor nuestro fue mandado, que obedeciésemos a los Pastores, por malos que fuesen, diciendo: *Sobre la Cátedra de Moysés se sentaron los Escribas y Fariseos. Guardad pues, y haced quanto os dixeren; mas no queráis obrar como obran ellos, porque dicen, y no hacen (Matth. 23.)*.

15. Muéstrase que deben ser honrados los Magistrados políticos.

Lo mismo debe decirse de los Reyes, Príncipes, Magistrados, y de todos los demás a cuya potestad estamos sujetos. Y qué género de honra, veneración y culto se les debe dar, lo explica el Apostol largamente en la Epístola a los Romanos (*Rom. 13.*); advirtiéndole tambien, que debe hacerse oración por ellos (*1. Tim. 2.*). Y San Pedro dice: *Obedeced a toda humana criatura por amor de Dios, ya sea al Rey, como a Soberano, ya a ¿os Gobernadores, como a enviados por él (1. Petr. 2.)*; pues todo el acatamiento que les hacemos, se endereza a

Dios, por quanto la excelencia de la dignidad debe ser venerada de los hombres, por ser imagen de la potestad divina. En lo qual veneramos tambien la providencia de Dios, quien les encomendó el cuidado del gobierno público, y se vale de ellos como de Ministros de su potestad.

16. Debe obedecerse, aunque no siempre, a los Magistrados malos.

Y aunque los Magistrados sean malos, no reverenciamos la perversidad o malicia, sino la autoridad divina que en ellos hay. De manera que (cosa que acaso parecerá extraña) aunque nos miren con ánimo enemigo, y lleno de ira, aunque sean implacables, todavía no es causa suficiente para no mirarlos con el mayor respeto; porque así miró David a Saúl, y le hizo grandes servicios al mismo tiempo que él le perseguía de muerte, como lo insinúa por estas palabras: *Con los que aborrecían la paz, era yo pacífico (Psalm. 119.)*. Pero si acaso mandaran alguna cosa injusta y malvadamente, como en eso no obraban segun la autoridad divina, sino segun su propia injusticia y perversidad, entonces de ningún modo debían ser obedecidos. Luego que hubiere el Párroco explicado menudamente estas cosas, considere quan grande, y quan correspondiente es el premio que está prometido a los que obedecen a este divino mandamiento.

17. Del premia que da Dios a los hijos obedientes a sus padres.

El fruto muy grande que se saca de aquí, es vivir largo tiempo; porque son dignos de gozar dilatadamente de aquel beneficio, cuya memoria perpetua conservan. Pues como los que honran a sus padres, corresponden agradecidos a los que les hicieron el beneficio de la luz y de la vida, es muy justo que se alargue la suya hasta la mayor ancianidad. Luego se ha de añadir una explicación clara de la promesa divina; porque no solo promete el Señor la vida eterna y bienaventurada, sino tambien el goce de esta temporal, como lo declara el Apostol, quando dice: *La piedad para todas las cosas aprovecha; porque tiene promesas de la vida presente y venidera (1. Timot. 4.)*.

18. Quanto deba apreciarse esta prometa de vida

prolongada.

Y no es pequeño, ni para desechado, este galardón de larga vida, aunque varones santísimos, como Job (Job. 3.), David (*Psalm. 119.*) y Pablo (*Philipp. 1.*), desearon la muerte; y tambien sea molesta la dilación de esta vida a los que se ven en trabajos y miserias grandes; porque aquellas palabras que se añaden: *Que tu Dios y Señor te dará*, no solo prometen largos años de vida, sino tambien reposo, quietud y seguridad para bien vivir: pues en el Deuteronomio no dice solamente el Señor: *Para que vivas largo tiempo*, sino que añade: *Para que lo pases bien* (Deuter. 5.); lo qual fue despues repetido por el Apostol (Ephes. 6.).

19. Cómo logran estos premios los que honran a sus padres, aunque mueran

presto.

Y decimos que consiguen estos bienes todos aquellos, cuya piedad quiere premiar el Señor: pues de otro modo no seria su Magestad fiel y constante en su promesa: quando es a veces mas breve la vida de aquellos que fueron mas piadosos para con sus padres. Pero esto sin duda acaece, o porque se les hace gran beneficio en sacarlos de esta vida antes que se extravíen del camino de la santidad y justicia: *Pues son arrebatados, para que la malicia no mude su entendimiento, o la ficción engañe su alma* (Sap. 4.): o porque si amenaza algún estrago y perturbación en todas las cosas, son sacados del mundo para que se liberten de la comun calamidad de los tiempos: *Porque de delante de la malicia, dice el Profeta, es recogido el justo* (Isai. 57.). Y esto lo dispone asi Dios, o porque no peligre su virtud y salvacion, quando castiga su Magestad las maldades de los hombres, o porque no sientan en tiempos tan tristes amarguísimos llantos, por ver las calamidades de sus parientes y amigos. Y por esto hay muchísimo porqué temer, quando a varones justos sobreviene una muerte temprana.

20. De las penas de los que quebrantan esta divina ley.

Pero asi como tiene reservado el Señor para los hijos que son agradecidos y obedientes a sus padres el premio y galardón de su piedad, asi tiene tambien aparejadas gravísimas penas para los ingratos y rebeldes; porque escrito está: *El que maldixere a su padre o a*

su madre, muera de muerte (Exod. 21.). Y: *El que aflige a su padre, y huye de su madre, será ignominioso y malaventurado* (Levit. 20.). Y: *El que maldice a su padre o a su madre, se apagará su antorcha en medio de las tinieblas* (Prov. 19.). Y en otra parte: *El que escarnece de su padre, y menosprecia el parto de su madre, sáquenle los ojos los cuervos de los arroyos; y cómanselo los hijos del águila* (Ibid. 30.). De aquellos que injuriaron a sus padres, leemos hubo muchos en cuya venganza se enardeció la ira de Dios; porque no dexó sin castigo los agravios que padeció David de su hijo Absalon, sino que pagó las debidas penas, muriendo atravesado con tres lanzas (2. Reg. 18.). Y de los que no obedecen a los Sacerdotes está escrito: *El que se ensoberbeciere, y no quisiere obedecer al mandamiento del Sacerdote, que en ese tiempo sirve a su Dios y Señor, por decreto del Juez morirá ese hombre* (Deut. 17.).

21. De qué modo se harán los padres dignos del honor que Dios manda.

Pero asi como está establecido por la divina ley, que los hijos honren, obedezcan y sirvan a sus padres, asi es obligación y cargo propio de los padres enseñar a los hijos doctrinas y costumbres santísimas, y darles las reglas mas ajustadas de bien vivir: para que instruidos y formados segun la religión, veneren a Dios santa e inviolablemente, como leemos lo hicieron los padres de Susana (Dan. 13.).

Y asi el Sacerdote amoneste a los padres, que se muestren a sus hijos, como maestros de toda virtud, equidad, continencia, modestia y santidad; y que huyan principalmente de tres cosas, en que de ordinario suelen tropezar: la primera, que no les hablen, ni los traten con demasiada aspereza; asi lo manda el Apostol, diciendo en la Epístola a los Colosenses: *Padres, no provoquéis a indignación vuestros hijos; para que no se bagan de ánimo apocado* (Colos. 3.); porque si en todo temen, corre peligro de que salgan acobardados y pusilánimes: y asi mándeles que huyan del rigor excesivo, y que quieran mas corregir que vengarse de sus hijos.

La segunda es, que si cometen alguna culpa, siendo necesario el castigo y la reprehensión, que no les perdonen por demasiada condescendencia, pues muchas veces se pierden los hijos por la nimia blandura y facilidad de los padres. Y asi amenácelos con el exemplo del Sumo Sacerdote Helí, quien fue castigado severísimamente, por haber sido muy blando con sus hijos (1. Reg. 4.).

22. Que no deben los padres ser remisos ni codiciosos por

dexar o sus hijos

grandes riquezas.

La última es, que en la crianza y enseñanza de los hijos no se propongan fines torcidos, que es cosa feísima; porque muchos, ni entienden, ni atienden a otra cosa, que a dexarlos dinero, riquezas y un patrimonio grande y opulento. Y los inclinan, no a la religión, no a la virtud, no a los estudios de las buenas letras, sino a la avaricia, y a amontonar hacienda. Ni cuidan de la honra, ni de la salvación de sus hijos, con tal que sean ricos y acaudalados, ¿qué se puede decir, ni pensar mas vil, ni mas indigno? De aquí es que trasladan a los hijos, no tanto sus bienes, quanto sus maldades y abominaciones, y les sirven de guia, no para el cielo, sino para los tormentos eternos del infierno. Enseñe pues el Sacerdote a los padres estas santas máximas, y excítelos a seguir el exemplo y la virtud de Tobías (Tob. 4.), para que despues que hubieren doctrinado perfectamente a sus hijos en servicio de Dios, y en santidad, cojan de ellos tambien frutos muy abundantes de amor, de observancia, y de obediencia.

CAPÍTULO VI.

DEL QUINTO MANDAMIENTO DEL

DECÁLOGO.

"NO MATARÁS."

1. De la grande utilidad y necesidad de la doctrina de este Mandamiento.

Aquella gran felicidad prometida a los pacíficos: *Pues serán llamados hijos de Dios (Matth. 5.)*, debe estimular en gran manera a los Pastores, para que enseñen con cuidado y desvelo a los fieles la doctrina de este mandamiento; porque el mejor medio que se puede tomar para conciliar las voluntades de los hombres es, que explicada bien esta

divina ley, se guarde por todos con la santidad que se debe: pues entonces se puede esperar que unidos entre sí los ánimos con una suma conformidad, vivan con la mayor paz y concordia.

Y quan necesario sea explicar este mandamiento, se echa de Ver, de que despues de aquella universal inundación de toda la tierra, esto fue lo primero que Dios vedó a los hombres: *Pediré cuenta, dixo, de vuestras vidas a las bestias, y a los hombres (Genes. 9.)*. En el Evangelio tambien ésta fue la primera de las leyes antiguas que el Señor explicó: sobre la qual dice asi por San Mateo: *Dicho fue a los antiguos: no matarás (Matth. 5.)* con lo demás que acerca de esto se escribe en el mismo lugar.

Deben asimismo los fieles oir con atención, y con el mayor gusto esta divina ley; porque bien mirado, su espíritu es una defensa muy poderosa de la vida de cada uno: pues por estas palabras: *No matarás*, totalmente se veda el homicidio. Y asi todos los hombres, y cada uno de ellos la debe recibir con tanto placer de su alma, como si nombrándole a él en particular, mandara Dios, so pena de incurrir en su ira y otras penas gravísimas, que ninguno le ofenda, ni le dañe. Y por tanto, siendo este mandamiento tan gustoso al oido, tambien lo debe ser guardarse del pecado que por él se prohíbe.

2. Qué es lo que se veda, y qué lo que se manda por este precepto.

Dos cosas mostró el Señor al explicar la fuerza de esta ley, que se contenían en ella: una, que no matemos; y esto es lo que se veda: otra, que abracemos a los enemigos con amor y caridad entrañable: que vivamos con todos en paz; y que llevemos en paciencia todos los trabajos: y esto es lo que se manda.

3. Que es lícito matar y comer de las carnes de animales y bestias.

Por lo que mira a vedarse matar, se ha de enseñar primeramente, qué muertes son las que se prohíben por este mandamiento: pues no está vedado matar las bestias; porque si está concedido por Dios a los hombres comer de sus carnes, no puede menos de ser lícito matarlas. Acerca de esto dice asi San Agustín: "Quando oimos: *No matarás*, no entendemos que se haya dicho esto por los frutales, porque son insensibles; ni por los animales irracionales, porque en manera ninguna se acompañan con nosotros (Lib. 1. de Civit. Dei. cap. 20.)."

4. Es lícito en juicio condenar a muerte.

Otro linaje de muerte permitido es el que pertenece a aquellos Magistrados, a quienes está dada potestad de quitar la vida, en virtud de la qual castigan a los malhechores segun el orden y juicio de las leyes; y defienden a. los inocentes. Y exerciendo justamente este oficio, tan lejos están de ser reos de muerte, que antes bien guardan exactamente esta ley divina, que manda no matar; porque como el fin de este mandamiento es mirar por la vida y salud de los hombres, a eso mismo se enderezan tambien los castigos de los Magistrados, que son los vengadores legítimos de las maldades: para que reprimida la osadía y la injuria con las penas, esté segura la vida de los hombres. Por esto decia David: "En la mañana quietaba yo la vida a todos los pecadores de la tierra, por acabar en la ciudad de Dios con todos los obradores de maldad (*Psalm. 100.*)."

5. Tampoco son reos de muerte los que quitan la vida en guerra justa.

Por la misma razón tampoco pecan los que movidos, no de codicia o crueldad, sino de solo amor del bien público, quitan en guerra justa la vida a los enemigos. De esta condición son tambien las muertes que se hacen de orden expresa de Dios. Y asi no pecaron los hijos de Leví, matando en un dia tantos millares de hombres: pues hechas esas muertes, les dixo Moysés: *Consagrasteis hoy vuestras manos al Señor (Exod. 32.)*.

6. No quebranta esta ley el que mata a otro casualmente.

Tampoco quebranta este mandamiento el que, no de voluntad, ni de pensado, sino casualmente mata a un hombre. Sobre esto se dice en el Deuteronomio: "El que hiere a su próximo sin advertirlo, y que no se comprueba que tuviese algún odio contra él de ayer o antes de ayer, sino que fue con él sencillamente a cortar leña al monte, y en la misma corta se le fue el hacha de la mano, o el hierro que saltó del hastil, hiriese y matase a su amigo, &c. (*Deuter. 19.*)." Estas muertes son tales, que como no se hacen de voluntad, ni de propósito, no del todo se cuentan entre los pecados. Y esto se confirma con la sentencia de San Agustín, que dice: "No pèrmita Dios se nos imputen a culpa

aquellas cosas que hacemos por fin bueno o lícito, si por ventura acaece algo malo, sin quererlo nosotros (Epist. 154.)."

7. Cómo puede ser pecado el homicidio casual.

Pero en esto se puede pecar por dos causas: la primera, si haciendo una alguna cosa injusta, matara a otro: como si diese una puñada o puntapié a una muger embarazada, de donde se le siguiese abortar. Esto, aunque sucediese sin voluntad del agresor, no seria sin culpa; porque de ningún modo le era lícito herir a una muger embarazada: la segunda causa es, quando sin mirar bien todas las circunstancias, matase a otro incauta y descuidadamente.

8. Tambien es lícito matar por defender la vida propia.

Por la misma razón es manifiesto, que no quebranta esta ley el que, puesta la cautela posible, mata a otro por defender su vida. Estos homicidios que hemos mencionado, no están prohibidos por este mandamiento; pero a excepción de estos, todos los demás están prohibidos, sea por lo que toca al homicida, o al muerto, o a los modos con que se hace la muerte.

9. Ninguno por sí puede matar a otro.

Por lo que mira a los que hacen la muerte, ninguno está exceptuado, ni ricos, ni poderosos, ni señores, ni padres: a todos está vedado matar sin diferencia, ni distinción ninguna.

10. A todos defiende esta divina ley.

Si miramos a los que pueden ser muertos, a todos ampara esta divina ley. No hay hombre, por despreciado y abatido que sea, que no quede abrigado y defendido por este mandamiento. Y a ninguno es lícito tampoco matarse a sí mismo; porque nadie es tan dueño de su vida, que se la pueda quitar a su antojo: y por eso no se puso la ley en estos términos: *No mates a otro*; sino que absolutamente se dice: *No matarás*.

11. De cuántos modos se puede quebrantar este precepto.

Pero atendiendo a los muchos modos que hay de matar, ninguno hay que esté exceptuado; porque a ninguno es lícito quitar la vida a otro, no solo por sus manos, o con espada, piedra, palo, cordel o veneno; mas ni por consejo, favor, auxilio o qualquier otro modo. Todos enteramente están vedados. Acerca de esto fue suma la rudeza y estupidez de los Judíos, pues creían guardaban este mandamiento con solo apartar sus manos de executar la muerte. Pero el hombre christiano, que por declaración del mismo Cristo sabe que esta ley es espiritual, esto es, que no solo manda tener las manos limpias, sino tambien el corazon casto y sencillo, en manera ninguna debe satisfacerse con lo que aquellos pensaban que habían cumplido cabalmente la ley; porque, ni airarse es lícito a ninguno, como nos enseña el Evangelio, donde dice el Señor: "Mas yo os digo: todo aquel que se airare contra su hermano, será reo de juicio. El que le dixere alguna palabra de desprecio, será reo de concilio; y el que le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno (*Matth. 5.*)."

12. Cómo puede uno pecar o no pecar airándose.

Por estas palabras se ve con claridad, que no carece de culpa el que se indigna contra su prójimo, aunque retenga la ira encerrada en su pecho: que peca gravemente el que de esta ira diere algunas señales; y mucho mas gravemente el que se propasase a tratarle con aspereza, y hacerle injuria. Esto es verdad, si no hay causa ninguna de airarse. La causa de la ira, concedida por Dios, y por las leyes, es quando castigamos a los que están sujetos a nuestra jurisdicción y potestad, si hubiere culpa en ellos; porque la ira del Cristiano no debe proceder de los ímpetus de la carne, sino del Espíritu Santo; pues debemos ser templos de este divino Espíritu, donde habite Jesucristo (*1. Corinth. 6.*).

13. Cómo se guardará bien esta ley, y cuán muchos los que la quebrantan.

Otros muchos documentos nos dio el Señor, pertenecientes a la perfección de esta ley, quales son: No resistir al malo; mas si alguno te hiriere en la mexilla derecha, vuélvele tambien la otra: y al que quisiere ponerte pleyto, por quietarte la túnica, déxale tambien la capa; y al que te precisare a andar una milla, ve con él otras dos (*Matth. 5.*). Por lo dicho hasta aquí se puede conocer lo muy inclinados que están los hombres a los pecados que se cometen contra

este mandamiento, y los muchos homicidas que hay, sino de mano, de corazon.

14. De lo mucho que Dios detesta el homicidio en las sagradas Letras.

Mas como las sagradas Escrituras nos dan remedios para una enfermedad tan peligrosa, es oficio del Párroco aplicarlos con diligencia a los fieles. El primero y principal es, que entiendan quan horrible pecado es quitar a un nombre la vida: esto se puede ver claro por muchísimos y muy graves testimonios de las sagradas Letras; porque en tanto grado abomina en ellas el Señor el homicidio, que hasta en las bestias dice, que ha de vengar la muerte de los hombres (*Genes. 9.*): y manda sea muerta la fiera que dañare a alguno (*Exod. 21.*). Y no por otra causa quiso que se mirase con horror la sangre, sino para que de todos modos se retraxese el corazon y la mano de la cruel acción del homicidio.

15. Muéstrase por razones lo enorme de este pecado.

Son ciertamente los homicidas enemigos capitales del linage humano, y por lo mismo de toda la naturaleza: y en quanto es de su parte, dan por el pie a todas las obras de Dios, pues destruyen al hombre; por cuya causa afirma el Señor que las hizo todas (*Genes. 1.*). Y aun como en el Génesis en tanto se prohíbe la muerte del hombre, en quanto Dios le crió a su imagen y semejanza (*Ibid. 9.*), siguese que hace a Dios una señalada injuria, y que viene a poner en su Magestad manos violentas el que destruye su imagen. Habiendo contemplado esto David con altísima consideración, se queja con amargura grande de los hombres sanguinarios por estas palabras: *Veloces son sus pies para derramar sangre* (*Psalm. 13.*). No dixo puramente *matan*, sino *derraman sangre*; explicándose asi para amplificar lo abominable de aquella maldad, y para mostrar su crueldad atroz: y a fin de declarar mas en particular quan precipitados se dexan llevar de diabólico impulso a semejante arrojo, dice: *Veloces sus pies*.

16. Qué es lo que manda Dios hacer por este precepto.

Ahora: las cosas que Cristo Señor nuestro manda observar por este

precepto, a lo que miran es, a que tengamos paz con todos; porque dice, explicando este lugar: "Si ofreces pues tu ofrenda en el altar, y allí te acordares que tu prójimo ha recibido algún agravio de tí, dexa allí tu ofrenda al pie del altar, y ve primero, y reconcíliate con él; y hecho esto, vuelve a ofrecer tu don; y lo demás que se sigue (*Matth. 5.*)."

De tal manera ha de explicar el Párroco estas cosas, que enseñe que sin excepción alguna debemos amar con caridad a todos; y con grande encarecimiento excitará a los fieles a esta virtud en la explicación de este precepto: porque en él resplandece sobre manera la virtud de amar al prójimo; porque como este mandamiento veda expresamente el odio: *Pues es homicida el que aborrece a su hermano (1. Joann. 3.)*, es claro que se manda por él, la caridad y el amor.

17. Qué obras de caridad se mandan por este precepto.

Una vez que se dan por esta ley los preceptos de la caridad y amor, se dan tambien los de todos aquellos oficios y acciones, que son seguidas a la misma caridad. De la caridad dice el Apostol: *Que es paciente (1. Corinth. 13.)*. Luego se manda tambien la paciencia, en la qual nos enseña el Salvador: *Que poseeremos nuestras almas (Luc. 21.)*. La *beneficencia* tambien es compañera de la caridad; *porque la caridad es benigna*. Esta virtud de la benignidad y beneficencia tiene grande extensión; y su oficio consiste señaladamente en socorrer a pobres con lo necesario, dando de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, y asistir a cada uno con tanta mayor liberalidad, quanto mas necesitado le vemos de nuestro socorro.

18. La obra mas perfecta de la caridad es amar a los enemigos.

Estos oficios de la beneficencia y bondad, que por sí son ilustres, se realzan muchísimo, quando se exercitan con los enemigos; porque dice el Salvador: *Amad a vuestros enemigos; y haced bien a aquellos que os aborrecen (Matth. 5.)*. Y el Apostol lo amonesta tambien por estas palabras: *Si padeciere hambre tu enemigo, dale de comer; si sed, dale de beber: que haciendo esto, amontonas carbones de fuego sobre su cabeza. No quieras ser vencido por el mal; mas véncelo haciendo bien (Roman. 12.)*. Finalmente, si atendemos a la ley de la caridad, que es benigna, hallaremos que por este precepto se nos manda exercitar todos los oficios que pertenecen a la mansedumbre, apacibilidad y otras virtudes de esta clase.

19. En qué obra sobresale mas la caridad del próximo.

Pero la obra encumbrada sobre todas, y que está mas llena de caridad, y en la que muy señaladamente conviene exercitarnos, es remitir y perdonar con igualdad de ánimo las injurias que nos hubieren hecho. Para que lo hagamos con toda lisura, nos amonestan y exhortan muchas veces las sagradas Letras, no solo llamando bienaventurados a los que asi lo hacen, sino afirmando tambien que les está concedido por Dios el perdon de sus pecados, como asimismo que no le conseguirán los que no cuidan de esto, o del todo lo rehusan. Mas como el apetito de vengarse está tan entrañado en los corazones de los hombres, es necesario que el Párroco ponga diligencia suma, no solo en enseñar, sino tambien en persuadir enteramente a los fieles, que debe el Cristiano olvidar y perdonar las injurias. Y pues sobre este punto dixeron tanto los Escritores sagrados, consúltelos para rechazar la terquedad de aquellos, que con ánimo obstinado y endurecido se abrasan con el fuego de vengarse; y tenga prontos para este fin los argumentos que con gran piedad le ofrecen aquellos Padres, que son de gran peso, y muy acomodados para el caso.

20. Razones particulares para reprimir el odia, e inducir a perdonar las

injurias.

Estas tres cosas señaladamente se han de explicar: la primera, que al que se juzga agraviado, le persuada del todo que el causador principal del perjuicio o injuria no es aquel de quien intenta vengarse. Asi lo hizo aquel maravilloso Job, quien ofendido gravemente por los Sábeos, Caldeos y por el Demonio, con todo eso, sin acordarse de ellos, como varón justo y hombre en gran manera santo, justa y santamente se valió de estas palabras: *El Señor lo dio, el Señor lo quitó (Job. 1.).* Y asi, a vista de los dichos y hechos de este varón pacientísimo, tengan por muy cierto los Cristianos, que todas quantas cosas padecemos en esta vida, proceden del Señor, que es Padre y Autor de toda justicia y misericordia.

21. Los que nos persiguen son Ministros y Executores de Dios, aunque ellos

obren con voluntad depravada.

No se imagine pues, que el Señor, cuya benignidad es inmensa, nos trata como a enemigos, sino que nos corrige y castiga como a hijos. Y si lo examinamos con cuidado, no vienen a ser los hombres en todas esas cosas sino Ministros y Executores de Dios. Y aunque puede el hombre aborrecer a uno, y desearle todo mal; nunca puede sin permiso de Dios hacerle el menor daño. De esta razón se valió Joseph para sufrir los consejos malignos de sus hermanos (*Genes. 45.*); y por ella tambien llevó David con gran resignación las injurias que le hizo Semei (*2. Reg. 16.*). Para prueba de este punto es muy a propósito aquel modo de argüir, del que con gravedad y erudición igual usó S. Crisóstomo a fin de convencer, *que ninguno es dañado sino por sí mismo (Homil. Quod nemo laedit, &c)*; porque los que se creen injuriados, si llevan las cosas por camino derecho. encontrarán sin duda, que ni injuria ni daño ninguno han recibido de otros; porque los agravios que los otros les hacen, les caen por defuera, mas ellos se dañan gravisimamente a si mismos, manchando su alma feisimamente con odios ojerizas y envidias.

22. Qué frutos cogen los que perdonan gustosos las injurias.

La segunda cosa que se ha de explicar es, que consiguen dos provechos muy grandes los que movidos de piadoso afecto para con Dios, perdonan con franqueza las injurias. El primero es, que a los que perdonan las deudas ajenas, tiene Dios prometido perdonarles las propias (a): por Cuya promesa se ve claramente lo muy agradable que le es esta obra de piedad. Y el segundo, que conseguimos una nobleza y perfección grande; porque en esta obra de perdonar injurias, venimos a hacernos en cierto modo semejantes a Dios, *quien hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (Ibid. 5.)*.

23. Quáles y cuántos daños nazcan del odio de los enemigos.

Ultimamente se han de explicar los males en que incurrimos quando no queremos perdonar las injurias que nos han hecho. Y así, el Párroco ponga delante de los ojos de los que no pudiese reducir a que perdonen a sus enemigos, que el odio, no solo es pecado grave, sino que se arrayga mas profundamente por la continuación de pecar; porque como aquel, de cuyo corazon se apoderó este afecto, está sediento de la sangre de su enemigo, arrebatado de la esperanza de vengarse de él, pasa dias y noches en una perpetua y congojosa agitación de ánimo, de modo que nunca parece, cesa de maquinarle la

muerte, o alguna otra malvada fechoría. Y de aquí proviene que nunca, o con grandísima dificultad, pueda el tal reducirse a perdonar del todo, o a lo menos en parte, las injurias. Por esto se compara muy bien a la herida que tiene atravesada la saeta.

24. Demuéstrase que del odio nacen muchos pecados.

Hay además de estos otros muchísimos perjuicios y pecados, que eslabona consigo solo éste del odio. Por esto dixo San Juan: *El que aborrece a su prójimo, está en tinieblas, y en tinieblas anda, ni sabe tampoco donde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos* (1. Joann. 2.). Y así es preciso que cayga con mucha frecuencia; porque ¿cómo pueden parecerle bien los dichos o los hechos de aquel a quien aborrece? Luego de aquí resultan juicios temerarios y siniestros, iras, envidias, detracciones y cosas a este modo, con las cuales suelen enredarse tambien sus parientes y amigos; por donde muchas veces acaece, que de un pecado nacen otros muchos. Y con razón se dice que éste es pecado del diablo: *Que era homicida desde el principio* (Joann. 8.). Y por esto el Hijo de Dios nuestro Señor Jesucristo, quando los Fariseos andaban trazándole la muerte, dixo: *Que tenían por padre al diablo* (Ibid.).

25. Remedios contra el pecado del odio.

Además de estas cosas que se han dicho, de donde pueden tomarse razones para detestar este pecado, nos dan las sagradas Escrituras otros muchos remedios, y ciertamente muy provechosos: el primero y el mayor de todos es el exemplo de nuestro Salvador, que nos debemos proponer para imitarle; porque este divino Señor, en quien no pudo caer la mas leve sospecha de pecado, herido con azotes, coronado de espinas, y últimamente clavado en la cruz, hizo esta oración, llena en grado sumo de piedad: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen* (Luc. 23.). De cuya sangre vertida, dice el Apostol: *Que habla mejor que la de Abel* (Hebr. 12.).

Otro remedio, que nos le propone el Eclesiástico, es que nos acordemos de la muerte, y de aquel dia del juicio: *Acuérdate, dice, de tus postrimerías, y nunca pecarás* (Eccli. 7.). En las cuales palabras nos viene a decir: piensa una y muchas veces, que presto llegará la hora en que has de morir; y como en ese tiempo no debe haber para tí cosa mas deseada, como no la hay mas necesaria, que alcanzar la

misericordia de Dios, forzoso es, que por toda la vida renueves la memoria de la muerte; pues ella ciertamente te apagará del todo ese fuego maligno de vengarte: porque para implorar la misericordia de Dios, no encontrarás remedio, ni mas útil, ni mas eficaz, que olvidar las injurias, y amar a aquellos que hubieren ofendido de palabra, o de obra a tí, o a los tuyos.

CAPÍTULO VII.

DEL SEXTO MANDAMIENTO

DEL

DECÁLOGO.

"NO ADULTERARÁS."

1. Qué sea el fin de esta ley, y cómo deben tratarla los Párrocos.

Asi como la unión del marido y la muger es la mas estrecha de todas-, y cada uno de ellos tiene su mayor complacencia en entender que recíprocamente le mira su consorte con especial amor; asi por el contrario no hay cosa mas molesta, que llegar a sentir que el debido y legítimo amor se extravíe a otra parte. Por. esto, con mucha razón, y orden muy concertado despues de la ley, que libra de la muerte la vida del hombre, se sigile ésta, que prohíbe el adulterio: a fin de que ninguno sea osado a manchar, o deshacer de algún modo, con la maldad del adulterio, aquella santa y respetable unión del matrimonio, donde suele intervenir un lazo de ferviente caridad. Mas en la explicación de este punto vaya con cautela e igual prudencia el Párroco, usando de palabras encubiertas en cosa que mas requiere moderación que abundancia de voces; porque es de temer, que si quiere explicar larga y difusamente los modos con que suelen apartarse los hombres de lo que manda esta divina ley, venga acaso la plática a parar en cosas, que mas sean incentivos de lascivia, que remedios para apagarla.

2. *Quántos Mandamientos se contienen en éste.*

Mas como en este Mandamiento se contienen muchas cosas que no deben dexarse, las explicarán por su orden los Párrocos. De dos maneras es el sentido y la fuerza que hay en él: una, en que con palabras expresas se veda el adulterio: otra se incluye en este Mandamiento; y es, que guardemos castidad de cuerpo y alma.

3. *Que es lo que se veda aquí por el nombre de adulterio.*

Empezando pues la explicacion por lo que se prohíbe, el *adulterio es injuria del lecho legítimo*, sea propio o ageno; porque si un casado peca con soltera, mancha su propio lecho: y si un soltero ofende a Dios con una muger casada, mancha con adulterio el lecho ageno. Por esta prohibicion del adulterio se vedan todas las cosas deshonestas e impuras, como lo afirman San Ambrosio (*Lib. 1. de Offic. cap. 50.*) y San Agustin (*Quæst. 71. supr. Exod.*). Y en este sentido se deben entender esas palabras, como se dexa ver por las Escrituras, asi del Testamento viejo, como del nuevo; porque además del adulterio se ven castigados por Moysés otros géneros de luxuria.

4. *De varias especies de liviandad, que se vedan en las Escrituras.*

En el Génesis está la sentencia de Judas contra su nuera (*Genes. 38.*). En el Deuteronomio hay aquella clarísima ley de Moysés, sobre que ninguna de las hijas de Israel fuese ramera (*Deuter. 23.*). Hay tambien aquella exhortacion de Tobias a su hijo: *Guárdate, hijo mió, de toda fornicación* (*Tob. 4.*). Asimismo dice el Ecler siástico: *Avergonzaos de la vista de la muger deshonesta* (*Eccli. 41.*). Y en el Evangelio dice Cristo Señor nuestro, que del corazon salen los adulterios y fornicaciones que manchan al hombre (*Matth. 15.*). Mas el Apostol afea muchas veces este vicio con muchas y gravísimas palabras. *Esta es, dice, la voluntad de Dios: que seáis santos; y que os apartéis de la fornicación* (*Thessal. 4.*). En otra parte: *Huid de la fornicación* (*1. Corinth. 6.*) Y en otra: *No comuniquéis con los fornicarios* (*Ibid. 5.*). Y en otro lugar: *Asi la fornicación, como toda inmundicia o avaricia, ni se nombre siquiera entre vosotros* (*Ephes. 5.*). Y en otro: *Ni los fornicarios, ni los adúlteros, ni los impúdicos, ni los sodomitas poseerán el rey no de Dios* (*1. Corinth. 6.*).

5. Por que en este precepto señaladamente se expresó el adulterio.

La razon principal por la que expresamente se vedó el adulterio, es porque además de la torpeza que tiene comun con las demas especies de incontinencia, trae consigo el pecado de injusticia, no solo contra el próximo, sino tambien contra la sociedad civil. Y tambien es cierto, que el que no se abstiene de la intemperancia de otras liviandades, facilmente caerá en la incontinencia del adulterio. Y asi por esta prohibición del adulterio entendemos sin dificultad, que está prohibida toda suerte de impureza e inmundicia, con que se mancha el cuerpo. Y que aun mas bien está vedada por este mandamiento toda liviandad interior del alma, lo manifiesta asi el espíritu de la misma ley, que nos consta ser espiritual, como aquella doctrina de Cristo Señor nuestro: *Oísteis que se dixo a los antiguos, no adulterarás; mas yo os digo: todo aquel que pusiere los ojos en muger por codiciarla, ya adulteró con ella en su corazon (Matth. 5.).* Estas son las cosas que juzgamos se deben enseñar públicamente a los fieles; pero añadiendo las que decretó el santo Concilio de Trento (Sess. 24. de Reform. Matrimon. cap. 8.) contra los adúlteros, y contra los que mantienen mancebas y concubinas, dexados otros muchos y varios géneros de impureza y libiandad, en los quales podrá instruir el Párroco a cada uno privadamente, segun lo pida la condición del tiempo y las personas, siguese ahora explicar las cosas que se deben hacer en virtud de lo que se manda por este precepto.

6, Qué cosas son las que se mandan por este precepto.

Debe pues enseñar a los fieles, y exhortarlos con eficacia a que guarden con todo recato, pureza y castidad, y a que se conserven limpios de toda mancha de carne, y de espíritu, perfeccionando su santificación en temor de Dios (2. Corinth. 7.). Pero primeramente se les ha de advertir, que aunque la virtud de la castidad, donde mas resplandece, sea en aquellas personas que profesan santa y religiosamente el hermosísimo, y del todo divino instituto de la virginidad; sin embargo conviene tambien a los que viven castamente, o a los que se conservan en el matrimonio puros y limpios de toda liviandad prohibida.

7. Qué debe meditar principalmente el que desea ser casto.

Y porque los santos Padres dexaron escritas muchas cosas, por las que nos enseñan a tener domadas las pasiones de la carne, y a refrenar sus deleytes, procure el Párroco explicarlas al pueblo con cuidado, y sea muy diligente en tratar de estas cosas. Estas son unos remedios, que parte de ellos consiste en el pensamiento, y parte en la acción. El remedio de parte del pensamiento señaladamente está en que entendamos quan feo, y quan pernicioso es este pecado; pues conocido esto, será mucho mas fácil su abominación. Y que es maldad perniciosa se dexa entender de que por este pecado son los hombres excluidos y desterrados del rey no de Dios, que es el último de todos los males. Cierto es que esta calamidad es comun de todas las maldades; pero es propio de ésta, que de los fornicarios se dice, que pecan contra sus mismos cuerpos, segun la sentencia del Apostol, que escribe: *Huid de la fornicación aporque qualquier otro pecado que el hombre hiciere, es fuera del cuerpo; mas el fornicario peca contra su cuerpo (1. Corinth. 6.).* Esto se dice, porque le trata injuriosamente, profanando su santidad. Acerca de lo qual escribe asi a los de Tesalónica: *Esta es la voluntad de Dios vuestra santificación: que os abstengáis de la fornicación, y que sepa cada uno de vosotros poseer su vaso en santificación y honor, no en pasion de deseos, como los Gentiles que no conocen a Dios (1. Thessal. 4.).*

Demas de esto (lo que hace mas enorme la maldad) si un Cristiano se entrega torpemente a una ramera, hace que sean de esa vil muger los miembros que son de Cristo. Asi dice el Apostol: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Quitando pues los miembros de Cristo, ¿los haré de una ramera? ¿No lo permita Dios! ¿Ignoráis por ventura, que el que se junta con la muger perdida, se hace un cuerpo con ella (1. Corinth. 6.)?* Es tambien el Cristiano, como el mismo Apostol afirma, templo del Espíritu Santo (*Ibid.*); y mancharle, no es menos que arrojar de sí a este divino Espíritu.

8. Razones para conocer lo enorme del adulterio.

Pero en la maldad del adulterio hay grande iniquidad; porque, como dice el Apostol (*Ibid.* 7.), si los que están unidos en el matrimonio, de tal manera está sujeto el uno a la potestad del otro, que ninguno tiene jurisdiccion ni dominio de su cuerpo, sitio que recíprocamente estan aprisionados entre si, como con un cierto lazo de servidumbre, en tal forma, que el marido debe acomodarse a la voluntad de la muger, y ésta a correspondencia atenerse a la disposicion y voluntad del marido: ciertamente si alguno de ellos dividiere su cuerpo, que es de dominio ageno, y le aparta de aquel a quien está vinculado, es sobre

manera injusto y traydor. Y por quanto el temor de la infamia incita a los nombres con vehemencia a hacer lo que se les manda, y los retrae mucho de lo que se les veda, enseñará el Párroco, que el adulterio marca a los hombres con una infame nota de torpeza; porque en las sagradas letras leemos así: *El que es adúltero, por la miseria de su corazon perderá su alma: torpeza e ignominia allega para sí, y nunca jamás se borraré su oprobrio (Prov. 6.).* Mas por donde se puede conocer facilmente lo grande de esta maldad, es por la severidad del castigo; porque los adúlteros, en fuerza de ley establecida por el Señor en el Testamento viejo, morían apedreados (Levit. 20. Joann. 8.).

9. De varios castigos y penas que suelen seguir a los deshonestos.

Aun por la liviandad de uno solo ha sido alguna vez, no 'solo destruido el que cometió la maldad, sino una ciudad entera, como lo leemos de los Siquimitas (*Genes. 34.*). Muchos exemplares de castigos de Dios, que se refieren en las Escrituras, podrá recoger el Párroco, para retraer a los hombres de la abominable liviandad, como la desolacion de Sodoma y demas ciudades comarcanas (*Ibid. 19.*), el castigo de los Israelitas, que fornicaron con las hijas de Moab en el desierto (*Num. 25.*), y la destruccion de los de Benjamín (*Judic. 20.*). Y aunque a veces escapan de la muerte, no se libran con todo eso de intolerables dolores, y tormentos penosos, con que muchas veces son castigados; porque se hacen tan mentecatos (que es pena gravisima), que ni tienen cuenta con Dios, ni cuidan de su honra, ni de su dignidad, ni de los hijos, ni aun de su misma vida. De este modo quedan tan despreciados e inútiles, que no puede fiárseles cosa de importancia, y apenas son hábiles para algun oficio. De esto nos dan exemplos David (*2. Reg. 11.*) y Salomón (*3. Reg. 11.*); de los quales el uno, luego que adulteró, se hizo de repente tan desemejado de sí mismo, que de muy apacible, apareció tan cruel, que sacrificó a la muerte a Urías, quien le habia servido con suma lealtad. Y el otro, habiéndose abandonado enteramente a la liviandad, de tal modo se apartó del culto del verdadero Dios, que adoró los Dioses agenos: *Roba este pecado*, como Oseas dice, *el corazon del hombre, y muchas veces le ciega (Oseae 4.).* Ahora vamos a los remedios, que consisten en la accion.

10. De varios remedios tocantes a la accion para evitar este pecado.

El primero es huir en gran manera de la ociosidad; pues embotados con ella los vecinos de Sodoma, como dice el Profeta Ezequiel (*Ezech. 16.*), cayeron precipitados en aquella maldad asquerosísima de la liviandad nefanda. A mas de esto se ha de evitar muchísimo la demasía en comer y beber. *Los harté*, dice el Profeta, *y adulteraron* (*Jer. 5.*). Porque de la replecion y hartura del vientre procede la lascivia. Asi lo dió a entender el Salvador por aquellas palabras: *Guardaos de que se carguen vuestros corazones de glotonería y embriaguez*. Y el Apostol: *No queráis, dice, embriagaros con el vino, donde está la luxuria* (*Luc. 21. Ephes. 5.*). Pero señaladamente los ojos suelen ser grandes incentivos de la liviandad del corazon. A esto mira aquella sentencia de Cristo Señor nuestro: *Si alguno de tus ojos te escandaliza, sácatele, y arrójale de tí* (*Matth. 5. et 18.*). Muchas, acerca de esto son las voces de los Profetas, como aquella del santo Job: *Hice concierto con mis ojos, de ni pensar mirar a una doncella* (*Job. 31.*). Finalmente, hay muchos, y casi innumerables exemplos de males que se originaron de la vista. Asi cayó David (*2. Reg. 11.*); asi pecó el Rey de Siquen (*Genes. 34.*), y asi se perdieron los viejos calumniadores de Susana (*Daniel. 13.*).

11. Que debe huirse el demasiado atavío de las mugeres, las conversaciones

obscenas, y otros excitativos de lascivia.

El adorno excesivo, que arrastra en gran manera tras sí el sentido de los ojos, da muchas veces ocasión no pequeña de lascivia. Por eso amonesta el Eclesiástico: *Aparta tu rostro de la muger peynada* (*Eccli. 9.*). Ya que las mugeres ponen tanto cuidado en este atavío, no será de extrañar que aplique el Párroco alguna diligencia para amonestarlas y reprehenderlas con aquellas gravísimas palabras, que sobre este punto pronunció el Apostol San Pedro: *La compostura de las mugeres no sea exterior en rizos del cabello, ni aderezos de oro, y preciosos vestidos* (*1. Petr. 3.*). Y el Apostol San Pablo: *No en cabellos encrespados, oro, perlas, ni vestidos costosos* (*1. Timot. 2.*); porque muchas, adornadas de oro y pedrería, perdieron el adorno del cuerpo y del alma.

A este incentivo de la liviandad, que suele provenir del demasiado aseo en el vestido, se sigue otro, que es el de las pláticas torpes y obscenas; porque la obscenidad de las palabras es como un fuego, con el qual se encienden los corazones de la juventud: pues como dice el Apostol: *Las pláticas malas corrompen las costumbres buenas* (*1. Corinth. 15.*). Y como especialmente causan este efecto las canciones amorosas y afeminadas, y los bayles; por esto se han de evitar con diligencia

todas esas cosas.

En esta clase entran tambien los libros obscenos y amatorios, los quales se deben desechar, como las imágenes que representan alguna especie de deshonestidad; porque tienen gran fuerza para inflamar los ánimos juveniles con el fuego de cosas indecentes. Pero ponga el Párroco particular cuidado sobre que se guarden con toda puntualidad las cosas que acerca de esto están piadosa y religiosamente decretadas por el santo Concilio de Trento (Sess. 25. Decret. de SS. Imag.). Si se evitasen con el cuidado y diligencia debida todas las cosas que hemos mencionado, se quitaban casi todos los cebos de la liviandad.

13. Para ser castos vale mucho frecuencia de sacramentos, oración, ayuno y

limosna.

Mas para reprimir los ímpetus de la liviandad, es muy provechoso el frecuente uso de la Confesión y Eucaristía, como tambien la continua y devota oración, acompañada de limosnas y ayunos; porque la castidad es don de Dios, que no le niega a los que le piden bien, ni permite que seamos tentados sobre lo que podemos (1. Corinth. 10.),

13. Se ha de castigar el cuerpo para conservarse casto.

Tambien se debe mortificar el cuerpo, no solo con ayunos, y especialmente aquellos que instituyó la santa Iglesia, sino tambien con vigiliass, con peregrinaciones devotas, y con otros géneros de aflicciones, y refrenar los apetitos y antojos de los sentidos; porque en estos y otros semejantes exercicios, es donde mas se descubre la virtud de la templanza. Conforme a esto escribe asi el Apostol a los de Corintho: *Todo aquel que lucha en la palestra, se abstiene de todas las cosas. Y aquellos hacen esto por recibir una corona corruptible; pero nosotros eterna (Ibid. 9.).* Y poco despues: *Castigo mi cuerpo, y le reduzco a servidumbre: no sea acaso que, predicando a otros, me haga yo reprobado.* Y en otra parte: *No cuidéis de los antojos de la carne (Rom. 13.).*

CAPÍTULO VIII.

DEL SÉPTIMO MANDAMIENTO DEL DECÁLOGO.

"NO HURTARÁS."

1. Recomendación de este precepto, y su conexión con los anteriores.

Que fue costumbre antigua de la Iglesia repetir muchas veces a los fieles la fuerza y obligación de esta divina ley, lo muestra aquella invectiva del Apostol contra los que afeaban mucho en otros estos vicios, en que ellos mismos se hallaban muy culpados: *¿Cómo pues, decia, enseñas a otros, y no te enseñas a tí mismo? Predicando que no se debe hurtar, y hurtando tú (Roman. 2.).* Por medio de esta doctrina, no solo corregían este pecado, frecuente en aquellos tiempos, sino que sosegaban alborotos y pleytos, y otras causas de males, que suelen provenir de los hurtos. Hallándose tambien esta nuestra edad miserablemente oprimida, asi de estos delitos, como de los trabajos y calamidades que proceden de ellos, instarán los Párrocos sobre este punto, a imitación de los santos Padres y Maestros de la disciplina cristiana, y explicarán continua y diligentemente la fuerza y el sentido de este mandamiento. Y ante todo pondrán cuidado y diligencia grande en declarar el infinito amor de Dios para con los hombres: pues no solo defiende con los dos mandamientos: *No matarás, y No adulterarás*, como con dos fuertes castillos, nuestra vida, cuerpo, fama y estimación, sino que con éste: *No hurtarás*, fortalece, y guarda, como con un candado, nuestras haciendas y bienes de fortuna.

2. Qué sea el sentido y significación de este precepto.

Porque, ¿qué otro sentido y significación pueden tener estas palabras,

sino el que hemos dicho, hablando de otros mandamientos? Esto es, que prohíbe el Señor se quiten o derroten por otro alguno estos nuestros bienes, que están debaxo de su protección. Este beneficio de la divina ley, quanto es mas señalado, tanto mas nos obliga a ser agradecidos al bienhechor. Y porque el mejor modo de dar gracias a su Magestad, y de corresponderle, es oír con mucho gusto sus mandamientos, y con igual afecto guardarlos y cumplirlos, han de ser excitados e inflamados los fieles a la observancia de este mandamiento. En dos partes se divide tambien, como los antecedentes. La primera, que veda el hurto, está clara y descubierta en él. El sentido y fuerza de la segunda, por la qual se nos manda que seamos benignos y liberales con nuestros próximos, está encubierta y oculta en la primera, De esta primera pues trataremos primero: *No hurtarás.*

3. Qué quiso el Señor dar a entender aquí por el nombre de hurto.

Debe advertirse aquí, que por nombre de *hurto* se entiende, no solo quando se quita una cosa a escondidas contra la voluntad de su dueño, sino tambien quando se toma, y se tiene cosa agena contra la voluntad del dueño que lo sabe. Sino que pensemos, que el que prohíbe el hurto, no repruebe rapiñas hechas con violencia e injuria: quando clama el Apostol: *Que los raptores no poseerán el reyno de Dios (1. Corinth. 6.).* Y escribiendo él mismo, que se ha de huir de todo trato y comunicación con ellos (*Ibid. 5.*).

4. Por qué, queriendo Dios prohibir toda usurpación injusta usó del nombre

de hurto, y no del de rapiña.

Pero aunque son las rapiñas mayor pecado que el hurto, porque además de lo que quitan a uno, le hacen violencia, y le causan mayor ignominia, no se debe extrañar que este mandamiento de la divina ley venga señalado con el nombre de *hurto*, aunque mas leve; y no con el de *rapiña*. Esto se hizo con suma razón; porque el hurto es mas comun, y pertenece a mas que las rapiñas, las que solo pueden executar aquellos que aventajan a otros en poder y fuerzas. Y ninguno dexa de ver que, excluidos los pecados mas leves de un mismo género, quedan prohibidos los mas graves.

5. Se señalan varias especies de hurto, segun su extensión.

Con varios nombres se significa esta injusta usurpación y uso de las cosas ajenas, por la diversidad de las mismas cosas que se quitan contra la voluntad, y a escusas de los dueños; porque si a un particular se quita algo a escondidas, se llama *hurto*: si se quita al comun, se llama *peculado*: si se roba un hombre libre o siervo ageno para servirse de él, se llama *plagio*: hurtar cosa sagrada, se llama *sacrilegio*; maldad que, aunque abominable y enorme, está tan cundida, que los bienes que piadosa y sabiamente estaban destinados, como necesarios para el culto divino, ministros de la Iglesia, y socorro de pobres, se ven convertidos en conveniencias privadas y perniciosas liviandades.

6. Que no solo se veda el hurto, sino tambien el deseo de hurtar.

Además del hurto, o la acción externa, se prohíbe tambien por esta ley de Dios, el ánimo y voluntad de hurtar; porque la ley es espiritual, y se endereza al alma, como a fuente de los pensamientos y determinaciones; pues como dice el Señor por San Mateo: *Del corazon salen los pensamientos malos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos y testimonios falsos (Matth. 15.)*.

7. Por dónde podremos conocer la gravedad del hurto.

Qué tan grave pecado sea el hurto, bastantemente lo muestra la misma fuerza y razón natural; porque él es contrario a la justicia, que da a cada uno lo que es suyo: pues las distribuciones y señalamientos de bienes, establecidos desde el principio por derecho da las gentes, y confirmados por las leyes divinas y humanas, deben mantenerse con toda firmeza; de manera que tenga cada uno las cosas que le tocan de derecho, si no queremos trastornar la sociedad humana; porque como dice el Apostol: *Ni los ladrones, ni los avarientos, ni los dados al vino, ni los maldicientes, ni los raptos poseerán el reyno de Dios (1. Corinth. 6.)*. Aunque lo grave y cruel de esta maldad se declara por las muchísimas consecuencias funestas que resultan del hurto; porque de ahí nacen juicios temerarios, se dicen sin reparo muchas cosas de muchos, brotan odios, se traban enemistades, y a veces se executan condenaciones injustísimas de hombres inocentes.

8. Hay obligación precisa de restituir lo que se hurta.

¿Y qué diremos de la obligación puesta por Dios a todos, de satisfacer a quien se ha quitado alguna cosa? Porque, como dice San Agustín: *No se perdona el pecado, sino se restituye lo quitado (Epistol. 54.)*, esta restitución quan dificultosa sea al que está ya acostumbrado a enriquecerse de ageno, además de lo que cada uno observa en otros, y de lo que puede alcanzar por sí, lo puede conocer de estas palabras del Profeta Habacuc: *¡Ay de aquel que multiplica las cosas no suyas! ¿Hasta quando carga sobre sí lodo espeso (Habac. 2.)?* Llama lodo espeso la posesión de cosas ajenas; del qual es dificultoso poder salir y desembarazarse los hombres. Los modos de hurtar son tantos, y tan diversos, que es obra muy ardua contarlos. Por esto, bastante será tratar de estos dos, el *hurto* y la *rapiña*; a los quales, como a cabezas, se reducirá lo demas que dixéremos. Y a fin de detestarlos, y apartar a los fieles de maldad tan perversa, pondrán los Párrocos quanto cuidado y diligencia puedan. Pero pasemos a explicar las partes y modos diversos del hurto.

9. Quáles sean los generos principales Je hurtos, y quienes deban ser tenidos

por ladrones.

Tambien son ladrones los que compran cosas hurtadas, o retienen aquellas que han sido halladas, tomadas o quitadas de algun modo; porque dice San Agustín: *Si hallaste una cosa, y no la volviste, la hurtaste (Serm. 19. de Ver. Apar. cap. 8.)*. Y si en manera ninguna se puede, hallar el dueño, se debe dar a pobres. Y el que no puede ser reducido a hacer esa restitucion, bien acredita por el mismo hecho, que si pudiera, de qualquier parte hurtaría qualquier cosa.

Con la misma maldad se encadenan los que comprando o vendiendo, se valen de fraudes y palabras engañosas; cuyos engaños vengará el Señor. Pero los mas iniquos y malvados en este linage de hurtos, son los que venden por sanas y buenas mercaderías falsas y corrompidas: o los que engañan a los compradores en el peso, medida, número o vara; porque en el Deuteronomio está escrito: *No tendras en un saco diversos pesos (Deuter. 25.)*. Y en el Levítico: *No querais hacer cosa injusta en el juicio, en la regla, en el peso, en la medida. El peso fiel, y las balanzas iguales, la medida justa, y el sextario cabal (Levit. 19.)*. Y en

otra parte: *Pesos diversos, es cosa abominable ante el Señor. La balanza engañosa no es buena (Proverb. 20.)*.

Tambien es hurto manifiesto el de los jornaleros y artesanos, que piden entero el jornal, sin haber puesto de su parte el trabajo debido y justo. Ni se distinguen tampoco de los ladrones los criados desleales a sus señores, y guardas infieles de las cosas. Y aun son estos tanto mas detestables que los demas ladrones que estan fuera, quanto a estos se les cierra la puerta con las llaves; mas para el ladron de casa no hay cosa cerrada, ni oculta.

Asimismo parece que cometen hurto los que sacan dinero con palabras fingidas y astutas, o con mendiguez engañosa: cuyo pecado es mas grave, por añadir al hurto la mentira. Tambien se han de contar entre los ladrones, los que estando asalariados para algun oficio particular o público, ponen poco o ningun cuidado en cumplir con él, y solo procuran llevarse el jornal. Seguir la muchedumbre restante de hurtos, inventada por la avaricia, que como astuta sabe todos los modos de sacar dinero, seria obra larga, y como diximos, muy dificultosa.

10. *Quántos sean los géneros de rapiñas, y quienes los rapiñeros.*

Pasemos pues a tratar de la rapiña, que es la otra cabeza de estas maldades. Para esto el Párroco prevendrá antes al pueblo, que se acuerde de aquella sentencia del Apostol: *Los que quieren enriquecerse, caen en tentación, y en el lazo del diablo (1. Tim. 6.)*. Y que nunca den lugar a que sobre este punto se les pase este precepto: *Quantas cosas quereis que hagan con vosotros los hombres, hacedlas vosotros con ellos (Matth. 7. Tob. 4.)*. Y que de continuo mediten aquel: *Lo que tú aborreces que haga otro contigo, guárdate de jamás hacerlo tú con él (Luc. 14.)*. Las rapiñas pues estan muy extendidas; porque son rapiñeros los que no pagan el salario debido a sus jornaleros. A estos llama a penitencia el Apostol Santiago por estas palabras: *Ea, ya es hora, ricos, llorad aballando por vuestras miserias, las que vendrán sobre vosotros*. Y añade la causa de esta penitencia: *He aquí el jornal de vuestros peones, que segaron vuestras mieses, y se le habeis defraudado, clama, y el clamor de ellos llegó a los oidos del Señor de los Exércitos (Jacob. 5.)*. Este linage de rapiñas está muy reprobado en el Levítico (Levit. 19.), Deuteronomio (Deut. 24.), y en Malaquías (*Malach. 3.*) y Tobias (*Tob. 5.*). En este pecado de rapiña estan comprehendidos los que no pagan a los Prelados de la Iglesia, y a los Magistrados las alcabalas, tributos, diezmos y otras cosas de esta calidad, que se les deben, o las usurpan, y se las aplican a sí mismos.

11. La usura es rapiña y pecado gravísimo.

Aquí también pertenecen los usureros tiranos y cruelísimos en las rapiñas, que roban y despedazan con usuras a la miserable plebe: *Es usura todo aquello que se percibe a más de la suerte y capital que se dio: sea dinero o cualquier otra cosa precio estimable; porque así está escrito en Ezequiel: No recibirás usura, ni más de lo que diste (Ezech. 18.).* Y el Señor por San Lucas: *Dad prestado, no esperando de ahí cosa alguna (Luc. 6.).* Gravísimo fue siempre este delito, y muy aborrecido aun entre Gentiles. De aquí nació aquel dicho: *¿Qué es dar a usuras? ¿Qué, sino matar a un hombre?* Porque los usureros, o venden dos veces una cosa, o venden lo que no es.

12 Los Jueces que venden la justicia, y los que defraudan a sus acreedores,

cómo cometen rapiña.

Cometen también rapiña los Jueces interesados, que tienen los juicios vendibles, y sobornados con dinero y regalos, trastornan las causas justas de los desvalidos y menesterosos; los que defraudan a sus acreedores; los que niegan la deuda; y los que, tomado plazo para pagar, compran géneros a crédito suyo, o de otro, y no cumplen la palabra, serán condenados con el mismo delito de rapiña. Y se agrava su pecado, porque los mercaderes, con ocasión de este desfalco y defraudación, lo venden todo más caro, con gran perjuicio de la República: contra los cuales parece está aquella sentencia de David: *Tomará prestado el pecador, y no pagará (Psalm. 36.).*

13. Los ricos que quitan prendas, y oprimen a los pobres.

¿Y qué diremos de aquellos ricos, que ejecutan con grande rigor a los que no pueden pagar lo que les prestaron, y contra la prohibición de Dios les sacan en prendas aun aquellas cosas que necesitan para cubrir su cuerpo? Porque dice el Señor: *Si tomaste en prenda el vestido de tu próximo, se lo volverás antes que se ponga el Sol; porque solo eso tiene para cubrir sus carnes, ni tiene otra cosa en que dormir. Y si clamare a mí, le oiré, porque soy misericordioso (Exod. 22.).* A una tan inhumana execucion justamente llamaremos robo, y por lo mismo rapiña.

14. Son rapiñeros los que esconden los granos en tiempo de carestía.

Del número de aquellos a quienes los santos Padres llaman *arreatadores*, son los que en tiempo de falta de pan esconden el trigo, y hacen que por su culpa sea mas cara y mas dificultosa la provision. Y lo mismo se dice de todas las demás cosas necesarias para el sustento y la vida. Contra estos se endereza aquella maldición de Salomón: *El que esconde los granos, será maldito en los pueblos (Prov. 11.)*. Recargarán los Párrocos a estos sobre sus maldades; se las afearán con libertad, y explicarán con extensión las penas que les están aparejadas por tales pecados. Estas son las cosas que se vedan: ahora vengamos a las que se mandan: entre ellas tiene el primar lugar la satisfaccion o restitución; porque *no se perdona el pecado, sino se restituye lo quitado*.

15. Quiénes son obligados a restituir.

Mas porque no solamente debe restituir el que hizo el hurto, a aquel a quien robó, sino que tambien están obligados con esta ley de la restitución todos los que fueron participantes en el hurto; debe manifestarse quiénes son estos que no pueden librarse de esta necesidad de satisfacer o restituir. De muchos géneros son.

El primero es el de los que mandan hurtar: los quales, no solo son compañeros y autores de los hurtos, sino los mas perversos en la raza de ladrones.

El segundo es igual en voluntad a los primeros, aunque desigual en el poder; sin embargo debe ponerse en la misma lista de ladrones: y es el de aquellos que, ya que no pueden mandar, persuaden y atizan para que se haga el hurto.

El tercero es el de los que consienten con los ladrones.

El quarto es el de aquellos que son participantes de los hurtos, y hacen ellos tambien de allí su logro: si tal puede llamarse; los que si no se arrepienten, los condena a tormentos eternos. De estos dixo David: *Si veias al ladrón, corrías con él (Psalm. 49)*.

El quinto género de ladrones es aquel que pudiendo estorbar el

hurto, tan lejos están de oponerse y hacer resistencia, que antes les franquean su licencia y permiso.

El sexto es el de los que sabiendo de cierto que se hizo el hurto, y dónde se hizo, no solo no lo descubren, sino que disimulan que lo saben.

El último género es el que comprende a todos los ayudantes, guardas, patrocinadores, y a todos los que reciben y dan posada a los ladrones: todos los cuales deben satisfacer a aquellos a quienes se quitó alguna cosa; y deben ser exhortados con toda eficacia a cumplir esta precisa obligación.

Y a la verdad no están del todo libres de esta maldad los que aprueban y alaban los hurtos: como ni están ajenos de la misma culpa los hijos de familias que quitan dinero a sus padres, y las mugeres que lo quitan a sus maridos.

16. *Qué se debe decir de la limosna, que tambien se prescribe aquí.*

Mándasenos tambien por este precepto, que tengamos misericordia de los pobres y menesterosos, y que aliviemos con nuestros bienes y piadosos oficios sus aflicciones y angustias. Y porque este asunto se debe tratar con la mayor "frecuencia y extensión, tomarán los Párrocos lo que necesiten para desempeñar este cargo, de los libros de los varones santísimos Cipriano (*Lib. de Oper. et Elem.*), Crisóstomo (*Homil. 32. ad Popul. Antioch.*) y Gregorio Nacianceno (*Lib. de Paup. amore.*), y de otros que escribieron esclarecidamente de la limosna; porque deben ser inflamados los fieles al amor y prontitud de socorrer a los que tienen que vivir de la misericordia agena, Y se les ha de enseñar tambien, cuán necesario es hacer limosna; esto es, que seamos liberales con nuestros haberes y nuestro favor para con los necesitados, movidos de aquel argumento certísimo, de que en el día del Juicio ha de reprobear Dios, y condenar a los fuegos eternos a los que omitieron, o no hicieron caso de las obras de misericordia; y que ha de introducir con muchas alabanzas en la patria celestial a los que lo hicieron benignamente con los menesterosos. Una y otra es sentencia pronunciada por boca de Cristo Señor nuestro: *Venid, benditos de mi Padre, y tomad posesión del reyno que os está preparado. Y: apartaos de mí, malditos, al fuego eterno (Matth. 25.).*

17. *Cómo serán excitados los fieles a la limosna.*

Se valdrán también los Sacerdotes, de aquellos lugares que son acomodados para persuadir: *Dad, y dárseos ha* (Luc. 6.). Propondrán la promesa divina, que ciertamente no se puede pensar privilegio mas amplio, ni mas grandioso: *Ninguno hay que dexe casa, &c., que no reciba cien veces tanto ahora en este tiempo, y en el siglo venidero la vida eterna* (Marc. 10.). Añadirán lo que dixo Cristo Señor nuestro: *Grangead amigos con el dinero de la maldad: para que quando desfalleciéredes, os reciban en las moradas eternas* (Luc. 16.). Expondrán también los modos de cumplir esta obligación precisa: como que los que no puedan dar a los necesitados con qué sustentar su vida, les den prestado siquiera, segun el orden de Cristo Señor nuestro: *Prestad, no esperando por eso cosa alguna* (Ibid. 6.); pues es obra tan buena como lo expresó el santo Rey David, quando dixo: *Dichoso el hombre que se apiada y presta* (Psalm. 111.).

18. *Debe trabajarse para hacer limosna, y no estar ociosos.*

Asimismo es muy propio de la piedad cristiana, si no hay por otra parte medios para hacer bien a los que necesitan sustentarse a costa de la misericordia agena, y también para huir de estarse ociosos, procurar con el trabajo, industria y obras de sus manos, las cosas con que pueda aliviarse la necesidad de los pobres. Para esto exhorta a todos con su exemplo el Apostol en la Epístola a los Tesalonicenses, diciendo: *Vosotros mismos sabéis en qué manera es menester imitarnos* (2. Thesal. 3.) Y a los mismos: *Procurad estar quietos, y hacer vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos, segun os lo mande* (1. Thesal. 4.). Y a los Efesios: *El que hurtaba, no hurte ya; antes bien trabaje con sus manos: lo qual es bueno, para que tenga con que socorrer al que padece necesidad* (Ephes. 4.).

19. *Se ha de vivir parcamente, para no hacernos gravosos.*

Deben también los pobres estrecharse lo posible, y abstenerse de los bienes agenos, para no hacerse pesados y molestos a otros. Esta templanza sobresale muchísimo en todos los Apostoles; pero señaladamente se descubre en S. Pablo, quien escribe así a los Tesalonicenses: *Muy bien os acordáis, hermanos mios, de nuestro trabajo y fatiga; pues trabajando de dia y de noche, por no molestar a ninguno de vosotros, predicamos entre vosotros el Evangelio de Dios* (1. Thesal. 2.). Y

lo mismo repite en otra parte: *En trabajo y en fatiga obrando de día y de noche, a fin de no agravar a ninguno de vosotros* (2. Thesal. 3.).

20. Razones para aborrecer el hurto, y amar la benignidad.

Y para que el pueblo fiel cobre horror a todo este linage de maldades perversas, convendrá que los Párrocos tomen de Jos Profetas y demás libros sagrados la detestacion de los hurtos y rapiñas, y las horribles amenazas intimadas por Dios contra los que cometen semejantes delitos- Clama el Profeta Amos: *Oid esto, los que atrapelláis al pobre, y hacéis desfallecer a los necesitados de la tierra, diciendo: quando pasará el mes, y venderemos las mercancías, y el Sábado, y abriremos el granero, achicaremos la medida, subiremos el precio, e introduciremos los pesos engañosos* (Amós 8.). A este mismo propósito hay muchas sentencias en Jeremías (*Jer. 5. 21. et 22.*), en los Proverbios (*Prov. 21.*), y en el Eclesiástico (*Eccli. 10.*). Y no se ha de dudar, que las semillas de los males con que se ve oprimida la edad presente, están encerradas por la mayor parte en estas causas. Y para que los fieles se acostumbren a ejercitarse en obras de largueza y benignidad con los necesitados y mendigos (que es lo que pertenece a la segunda parte de este mandamiento) propondrán los Párrocos los grandísimos premios que Dios promete dar, así en esta vida, como en la otra, a los liberales y misericordiosos.

21. Qué debe decirte a los que escusan sus hurtos con vanos pretextos.

Y porque tampoco falta quien se escuse en los hurtos, se ha de advertir que no admitirá Dios excusa alguna de su pecado, y que en vez de aligerarle le harán por ella mucho mas desmedido. Véanse las delicias insufribles de los nobles: estos piensan desvanecer su culpa, alegando que no se aprovechan de los bienes agenos por codicia o avaricia, sino por mantener la grandeza de su familia, y de sus antepasados; cuya estimacion y dignidad se arruinaría, a no fortalecerse con el arrimo de las cosas agenas. Debe sacarse a estos de error tan pernicioso, y al mismo tiempo demostrarles que el medio único de conservar y acrecentar la abundancia, riquezas y gloria de sus mayores, es obedecer a la voluntad de Dios, y guardar sus mandamientos; y que despreciados estos, se deshacen en humo las riquezas, por muy fundadas y arraigadas que estén. Los Reyes son derrocados con precipitación del solio real, y del supremo grado del honor; y a veces

ocupan su lugar por disposición divina hombres de baxa suerte, y que eran sus mayores enemigos. Es increíble cuánto ensaña Dios contra los tales. Testigo de esto es Isaías, por quien dice el Señor: *Tus Principes son infieles, camaradas de ladrones, todos aman las dádivas, y admiten los regalos. Por esto dice el Señor Dios de los Exércitos, el fuerte de Israel: Ea, que yo tomaré satisfaccion de mis contrarios, y me vengaré de mis enemigos, y volveré mi mano sobre ti .¡y limpiaré tu escoria basta lo mas acrisolado (Isai. 1.).*

22. Qué se dirá a los que alegan que hurtan por su conveniencia.

Otros hay que dicen, que no hurtan por mantener el lustre y gloria de su casa, sino por sustentarse con mas comodidad y decencia. Estos deben ser reprehendidos y enseñados, cuán impíos son sus procedimientos y discursos, quando anteponen su comodidad a la voluntad y a la gloria de Dios, a quien ofendemos en gran manera, quebrantando sus mandamientos. Aunque ¿qué conveniencia puede haber en el hurto, a quien se siguen tantos y tan grandes males? *Porque sobre el ladrón, dice el Eclesiástico, está la confusión, el dolor y la pena (Eccli. 5.).* Pero demos que no lo pasen con descomodidad, el ladrón ultraja el nombre de Dios, resiste a su santísima voluntad, y desprecia sus divinas leyes; de cuya fuente nace todo error, toda maldad, y toda impiedad.

23. Qué se dirá a los que se acusan con que lo quitan a los ricos.

¿Y qué diremos de aquellos ladrones que porfían, sobre que no pecan en manera ninguna; porque lo que quitan es de hombres ricos y acomodados, los que por ese hurto, ni padecen daño, ni lo advierten siquiera? Miserable por cierto y pestífera excusa.

Piensa otro que se le debe pasar por disculpa, el que tiene costumbre de hurtar, y que ya es muy difícil dexar ese resabio y esa maña. Pero éste, si no oyere al Apostol, que dice: *El que hurtaba, no hurte ya (Ephes. 4.),* quiera, o no quiera, tendrá tambien la costumbre de los tormentos eternos.

24. *Qué se dirá a los que hurtan porque tuvieron la ocasión, o por vengarse.*

Algunos tambien se escusan con que quitaron algo, porque se les vino a mano la ocasión; pues ella hace al ladrón, segun el proverbio comun. Estos deben ser sacados de error tan perverso, por la razón de que se debe resistir a los apetitos depravados; porque si luego se ha de poner por obra lo que sugiere el antojo, ¿qué término, ni qué fin tendrían los pecados y maldades? Es pues feísima semejante defensa, o mas bien confesion de suma destemplanza e injusticia; porque el que dice que no peca por no tener ocasión, viene como a decir, que siempre que la tenga pecará.

Tambien hay quien dice que hurta por vengarse, pues otros hicieron con él otro tanto. A estos se responde lo primero, que a ninguno es lícito la venganza; y demás de esto, que ninguno puede ser juez en causa propia, y que mucho» menos se le permite castigar los delitos, que cometieron otros contra él.

25. *Qué se responderá a los que dicen que hurtan para pagar sus deudas.*

Ultimamente piensan algunos que queda su hurto bastante defendido y cubierto por la razón de que estando cargados de deudas, no pueden desempeñarse, ni pagar si no lo hurtan. A estos debe responderse, que no hay deuda mas pesada, ni que mas abrume al linage humano, que aquella de que hacemos memoria cada dia en la oración del Señor, quando decimos: *Perdónanos nuestras deudas*. Y así que es propio de hombre enteramente desatinado, querer mas deber a Dios, esto es, pecar mas, para pagar lo que debe a los hombres; y que es mucho menor inconveniente ser echado en una cárcel, que ser encarcelado en los calabozos del infierno: y que es otrosí muchísimo mas grave ser condenado en el juicio de Dios, que en el de los hombres. Y por tanto que deben acogerse humildes al socorro y piedad de Dios, de quien pueden alcanzar lo que necesitan. Otros muchos linages de excusas hay, a las cuales podran ocurrir facilmente los Párrocos prudentes y cuidadosos de su oficio, para que al fin logren tener un pueblo seguidor de buenas obras.

CAPÍTULO IX.

DEL OCTAVO MANDAMIENTO DEL DECÁLOGO.

"NO DIRÁS CONTRA TU PRÓXIMO TESTIMONIO FALSO."

1. De la grande utilidad de este mandamiento.

Muy grande es, así la utilidad, como la necesidad de explicar de continuo este mandamiento, y de encomendar su observancia, como nos lo amonesta el Apostol Santiago por estas palabras: *Si alguno no ofende de palabra, ese es varón perfecto (Jacob. 3.).* Y el mismo: *La lengua es ciertamente un pequeño miembro; pero levanta canteras grandes. He aquí un poco de fuego ¡qué grande bosque enciende!* Y lo demás que allí se dice sobre el mismo propósito. Dos cosas se nos avisan en estas palabras: la primera, que el vicio de la lengua está muy cundido; lo que también se confirma por aquella sentencia del Profeta: *Todo hombre es mentiroso (Psalm. 115.),* como que viene a ser ésta un pecado en el que parece caen todos los hombres: la segunda es, que de ahí proceden innumerables males; pues muchas veces por culpa de una mala lengua se pierde la hacienda, la honra, la vida y el alma, o del que es ofendido, que no pudiendo llevar en paciencia las injurias, las persigue con ánimo furioso; o del mismo que ofende, que sorprendido de una mala vergüenza, y una falsa opinión de cierta negra honrilla, no hay como reducirse a satisfacer al agraviado. Por esta razón se ha de amonestar aquí a los fieles, a que den al Señor quantas gracias pudieren por este saludable mandamiento de no levantar falso testimonio; pues no solamente se nos prohíbe el hacer injuria a otros, sino que mediante su observancia quedamos defendidos de las injurias ajenas.

2. Qué sea el sentido de este mandamiento.

Pues en este mandamiento se ha de proceder con el mismo orden y método que hemos guardado en los antecedentes, es a saber, que se adviertan en él dos leyes: una, que prohíbe levantar falso testimonio: otra, que manda sea desterrado todo doblez y engaño, y que midamos nuestros dichos y hechos por una verdad sencilla, como lo enseña el Apostol a los de Efeso por estas palabras: *Tratando verdad en caridad, crezcamos en Cristo en todo y por todo (Ephes. 4.).*

3. Qué es lo que se veda por este mandamiento.

La inteligencia pues de la primera parte de este precepto es, que aunque por el nombre de *testimonio falso* se signifique todo lo que se afirma constantemente de uno en buena o en mala parte, ya en juicio, ya fuera de él; con todo eso lo que se prohíbe señaladamente es aquel testimonio que se dice falsamente en juicio por testigo jurado; porque éste jura por Dios: y como lo asegura de ese modo, e interpone el nombre divino, hace su dicho muchísima fe, y es de gran peso. Y así por ser tan peligroso este testimonio, por eso se prohíbe especialmente; porque ni el mismo juez puede rechazar a testigos jurados, si no están excluidos por excepciones legítimas, o sea manifiesta su perversidad y malicia; mayormente estando de por medio aquel mandamiento de la ley divina: *En boca de dos o tres testigos tenga firmeza toda palabra (Deuter. 19. Matth. 18.).* Mas para que entiendan los fieles con mayor claridad el mandamiento, se les ha de enseñar qué significa este nombre de *Próximo*, contra quien en manera ninguna puede decirse testimonio falso.

4. Qué deba entenderse por el nombre de próxima.

Es el próximo, segun se infiere de la doctrina de Cristo Señor nuestro (*Luc. 10.*), todo aquel que necesita de nuestro favor, sea propio o extraño, paisano o forastero, amigo o enemigo; porque es maldad horrenda pensar que sea lícito decir por testimonio cosa falsa contra los enemigos, a quienes debemos amar por mandamiento de nuestro Dios y Señor: y a mas de esto, como cada uno es en cierto modo próximo de sí mismo, ninguno puede pronunciar contra sí testimonio falso. Y los que lo hacen, sobre marcarse a sí mismos con la nota de ignominia e infamia, se hacen agravio a sí mismos, y a la Iglesia, cuyos miembros son, al modo que ofenden a la república los que se dan a sí mismos la muerte; porque dice así San Agustín: *A ninguno que bien entienda, puede parecer, que por haberse dicho en el mandamiento:*

Contra tu próximo, no está prohibido ser uno contra sí testigo falso. Y por tanto aquel que pronunciare falso testimonio contra sí mismo, no se tenga por libre de este pecado; porque el buen amador ha de tomar de sí mismo la regla de amar al próximo (Lib. 1. de Civit. Dei cap. 20.).

5. No es lícito ser testigo falso, ni mentir por hacer bien al próximo.

Pero de prohibírse nos dañar al próximo con testimonio falso, ninguno piense que se pueda hacer lo contrario, esto es, que sea lícito perjurar a fin de grangear alguna utilidad o provecho para aquel que es nuestro allegado por sangre o religión; porque ninguno se debe valer de la falsedad y mentira, y mucho menos del perjurio. Por esto, escribiendo San Agustín a Crescencio sobre la mentira, enseña por sentencia del Apostol: que se debe contar la mentira entre los testimonios falsos, aunque se diga en alabanza falsa de uno. Y así, declarando aquel lugar del Apostol: *Y somos hallados tambien testigos falsos de Dios; pues diximos testimonio falso contra él, de que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si no resucitan los muertos (1. Corinth. 15.)*, dice el Santo: *Llama el Apostol testimonio falso, si finge alguno de Cristo, aun lo que parece ser para alabanza suya (Ibi cap. 12.).*

6. De los males que se siguen al testimonio falso, dicho en favor de otro.

Muchísimas veces acaece tambien que dañe a uno el que aprovecha a otro; y sin duda ninguna se da al juez motivo de errar: pues a veces obligado éste de testigos falsos, se ve precisado a juzgar y sentenciar contra justicia segun la injuria. Sucede tambien en ocasiones, que habiendo uno ganado un pleito por testimonio falso, y salido del lance sin castigo ninguno, arregostado con la victoria injusta, se acostumbra a corromper, y a valerse de testigos falsos; por cuyo medio espera que podrá conseguir quanto quisiere. Y esto tambien es muy dañoso para el mismo testigo, asi porque aquel a quien favoreció y ayudó con su juramento, sabe que es un falsario y perjuero, como porque él mismo, viendo que le ha salido la maldad conforme lo pensaba, se va aficionando y acostumbrando a ser cada dia mas desalmado y atrevido.

7. Prohíbeme por este mandamiento los pecados de todos los que concurren

en los juicios, y generalmente toda mentira.

Así pues como por este mandamiento se prohíbe la falsedad, mentiras y perjurios de los testigos, así se vedan también las de los acusadores, reos, defensores, agentes, procuradores, abogados, y en fin de todos aquellos que constituyen los juicios. Últimamente veda el Señor todo testimonio que pueda acarrear daño o perjuicio a otro, no solo en juicio, sino también fuera de él; porque en el Levítico, donde se repiten estos mandamientos, se dice: *No hurtareis, no mentiréis, ni engañará ninguno a su prójimo (Levit. 29.)*. De suerte, que no puede dudarse que Dios condena por este mandamiento toda mentira, como lo afirma David con toda claridad diciendo: *Perderás a todos los que hablan mentira (Psalm. 5.)*.

8. También se prohíbe aquí toda detracción.

Prohíbese asimismo por este mandamiento, no solo el falso testimonio, sino también el abominable apetito y costumbre de infamar a otro; de cuya peste es increíble los muchos y graves daños y males que se originan. A cada paso reprueban las Escrituras divinas este vicio de hablar a escondidas mal e injuriosamente de otro: *Con tal hombre*, dice David, *no comía yo (Ibid. 100.)*. Y Santiago: *Hermanos míos, no habléis mal unos de otros (Jacob. 4.)*. Y no solo nos dan preceptos las letras sagradas, sino ejemplos también, por los que se declara lo grande de esta maldad; porque Aman en tanto grado encendió con delitos fingidos al Rey Asuero contra los Judíos, que llegó éste a mandar quitar la vida a toda aquella gente (*Esther. 13.*). Llena de estos ejemplos está la sagrada Historia, con cuyo recuerdo procurarán los sacerdotes apartar a los fieles de tan perverso vicio.

9. Quiénes deban ser tenidos por murmuradores.

Y para que del todo se conozca la gravedad del pecado con que se detrae de otro, es de saber, que la estimación de los hombres es ofendida, no solo calumniando, sino también aumentando y exagerando los delitos. Y si comete uno alguna cosa en secreto, que si llega a saberse, ha de padecer grave daño en su fama, el que la descubre, dónde, cuándo y a quiénes no sea necesario, justamente es tenido por infamador y maldiciente.

Pero entre todas las detracciones ninguna hay más perjudicial, que

la de aquellos que hablan mal de la doctrina católica, y de sus Predicadores. Y de la misma maldad son reos los que ensalzan y elogian a los maestros de malas doctrinas, y de errores.

10. Son infamadores los que oyen a los que infaman, y los chismosos.

Tampoco están distantes del número y pecado de estos, los que, dando oídos a los que infaman y hablan mal, no los reprehenden, antes se congracian con ellos; porque segun escriben los Santos Gerónimo (*Epist. ad Nepot.*) y Bernardo (Lib. 2. de Consid. cap. 13.): *No es fácil discernir cuál es peor, si difamar, u oír al que difama*: pues no habria detractores, si no hubiera quien los escuchase.

En la misma lista se han de contar los que con artes y mañas dividen los hombres, y los enredan entre sí, deleytándose mucho en sembrar discordias; de suerte, que deshaciendo con embustes, compañías y amistades muy estrechas, obligan aun a los mas amigos a perpetuas enemistades, y aun a tomar las armas. Esta peste abomina asi el Señor: *No serás acusador, ni chismoso en el pueblo (Levit. 19.)*. Tales eran muchos de los Consejeros de Saúl, los quales procuraban desviar su voluntad de David, e irritarle contra él (*1. Reg. 24.*).

11. La lisonja se prohíbe tambien por este precepto.

Pecan finalmente contra esta parte del precepto los lisonjeros y aduladores, que con alhagos y alabanzas fingidas endulzan los oídos y ánimos de aquellos, cuya gracia, dineros y honores solicitan cazar: llamando, como dice el Profeta: *Lo malo, bueno; y lo bueno, malo (Isai. 5.)*. De estos, amonesta David, que los apartemos, y arrojemos de nuestra compañía, diciendo: El justo me corregirá, y reprehenderá en misericordia; mas el aceyte del pecador no me unte la cabeza (*Psal. 14.*)" Porque aunque estos en manera ninguna digan mal del próximo, sin embargo le hacen mucho daño; porque aplaudiendo sus pecados, son causa de que persevere en sus vicios mientras viva. Y en esta línea aquella adulación es la peor de todas, que tira a la perdición y ruina del próximo. Asi Saúl deseando entregar a David al furor, y a la espada de los Filisteos para que le quitaran la vida, le lisonjeaba con aquellas palabras: "He aquí te he de dar a Merob, mi hija mayor, por esposa. Tú solamente sé hombre de brio, y pelea las guerras »del Señor (*1. Reg. 18.*)" Asi tambien hablaron los Judíos a Cristo Señor nuestro,

con este engañoso discurso: "Maestro, sabemos que eres veraz, y que en verdad enseñas el camino de *Dios* (*Matth.* 22.)."

12. Los peores de todos son los que lisonjean a enfermos de peligro.

Pero mucho mas pernicioso es el language de aquellos amigos, cercanos y parientes, con el que a veces lisonjean a los que adoleciendo de peligro, están ya en los últimos alientos, y asegurándoles que no hay peligro ninguno de muerte, que se alegren, y se animen, los apartan de la confesion de sus pecados, como de un pensamiento el mas melancólico, y en fin extravían su ánimo de todo cuidado y consideración de los últimos riesgos, de que están muy cercados. Debe pues huirse de todo linage de mentiras; pero sobre todos de aquel que puede hacer a alguno grave daño. Mas la mentira muy llena de maldad es quando miente uno contra la religión, o en punto de religión.

13. Pecan contra este precepto los autores de libelos famosos, los que

mienten por chiste o utilidad, y tambien los hipócritas.

Tambien se ofende gravemente a Dios con aquellas injurias y oprobrios que se esparcen por los que llaman *libelos famosos*, y con otras afrentas semejantes.

Demas de esto es cosa indigna engañar a alguno con mentira jocosa u officiosa, aunque no se haga daño ni provecho ninguno; porque nos enseña asi el Apostol: *Dexando la mentira, hablad verdad* (*Ephes.* 4.). En eso tambien hay peligro grande de pasar a mentiras frecuentes, y mas graves. Por las chistosas se acostumbran los hombres a mentir. Con eso cobran fama de embusteros; y por eso a fin de que los crean, se ven precisados a jurar de continuo.

Ultimamente en la primera parte de este mandamiento se reprueba toda ficción. Y no solo son malas y pecaminosas las cosas que se dicen fingidamente, sino tambien las que se hacen de ese modo; porque asi los dichos como los hechos son ciertos indicios y señales de lo que hay en el interior de cada uno. Y por esa razón, arguyendo el Señor muchas veces a los Fariseos, los llama *hipócritas* (*Matth.* 15. et 23.). Y esto baste acerca de la primera ley de este mandamiento, que pertenece a vedar. Expliquemos ahora lo que manda el Señor en la

segunda.

14. De lo que se manda en la segunda parte acerca de los juicios del fuero.

Enderézase pues la fuerza y nervio de este mandamiento a que los juicios forenses se exerciten justamente, y segun las leyes, a que los hombres no se arroguen, ni usurpen la jurisdicción agena: *Porque no es lícito juzgar al siervo ageno (Rom. 14.)* como dice el Apostol, a que no sentencien sin conocimiento de la causa. Este fue el vicio en que incurrió el consejo de los sacerdotes y escribas, que condenaron a San Esteban (*Actor. 7.*). Y en el mismo pecado cayó el Magistrado de los Filipenses, de quienes dixo el Apostol: *Públicamente azotados, y sin haber nos oído, siendo ciudadanos de Roma, nos pusieron en la cárcel, ¿y ahora nos echan fuera a escondidas (Ibid. 16.)?* Que no condenen a los inocentes, o absuelvan a los culpados; que no se dexen llevar de interés, de empeño, de odio, o de amor; porque asi amonesta Moysés a los ancianos, que constituyó jueces del pueblo: "Juzgad derechamente, ya sean naturales, ya forasteros. No habrá ninguna distinción de personas. Asi oiréis al pequeño como al grande: no habréis respeto a ninguno, porque es el juicio de Dios (*Deut. 1.*)."

15. Los reos preguntados legítimamente deben decir la verdad.

Acerca de los reos y culpados quiere Dios que confiesen la verdad, quando son preguntados jurídicamente; porque esa confesion es un testimonio y una manifestación de alabanza y gloria de Dios por sentencia de Josué, quien exhortando a Acán a confesar la verdad, le dixo: *Hijo mió, da gloria al Señor Dios de Israel (Josue. 7.)*.

16. Qué sea el oficio de los testigos.

Y por quanto este mandamiento toca principalmente a los testigos, de estos tambien ha de tratar el Párroco con todo cuidado; pues es tal la fuerza del mandamiento, que no solo prohíbe el falso testimonio, sino que manda tambien que se diga la verdad; porque en las cosas humanas es muy grande el uso del testimonio verdadero; pues hay innumerables, que es preciso ignorarlas, si no las conocemos por la

deposición de los testigos. Por esto nada hay tan necesario como la verdad de los testimonios en aquellas cosas, que ni nosotros mismos las sabemos, ni tampoco debemos ignorarlas. Acerca de lo qual está aquella sentencia de San Agustín: *El que calla la verdad, y el que dice la mentira, uno y otro es reo: aquel porque no quiere hacer provecho; y éste porque quiere hacer daño* (Vide D. Thom. 2.2 quæst. 70. art. 1.). Ciertamente es que en algunas ocasiones es lícito callar la verdad, pero fuera de juicio; que dentro de él, donde es el testigo legítimamente preguntado por el Juez, en todo se debe confesar la verdad. Pero acerca de esto deben tener gran cuenta los testigos, no sea que fiados demasadamente de su memoria, afirmen por cierto lo que no tuvieron bien averiguado. Restan ahora los defensores y abogados, y luego los actores y demandadores.

17. Cómo cumplirán su oficio los abogados y procuradores.

Los abogados y procuradores no harán falta en los tiempos debidos con su favor y patrocinio, y socorrerán benignamente a los pobres. Tampoco tomarán causas injustas para defenderlas; ni alargarán los pleytos por calumnia; ni los fomentarán por avaricia. Y por lo que toca a su salario, le medirán segun razón y justicia.

18. Cómo deben proceder los que demandan y acusan.

Los demandadores y acusadores deben ser amonestados, que a nadie perjudiquen con acusaciones injustas, llevados de amor, odio, o codicia. En fin manda el Señor por este precepto, que en las concurrencias y tratos de unos con otros se hable siempre verdad, y segun lo que siente el corazon; y que nada digan que pueda dañar a la estimación de otro, ni de aquellos tampoco por quienes entienden haber sido ellos ofendidos y agraviados; porque deben tener presente que media entre unos y otros tal estrechez y unión, que son como miembros de un mismo cuerpo.

19. Cómo se hará conocer la fealdad que encierra la mentira.

Y para que los fieles se aparten con mas gusto de este vicio de mentir, les propondrá el Párroco la suma miseria y fealdad de este pecado; porque en las sagradas letras se dice: *El demonio, padre de la mentira*

(*Joann. 8.*); pues por no haber estado firme en la verdad, es mentiroso y padre de la mentira. Añadirá para que sea desechada tan grande maldad, los daños que se siguen de ella: y por ser innumerables señalará las fuentes y raíces de sus estragos y perjuicios.

Primeramente lo mucho que se ofende a Dios; pues en cuánto aborrecimiento de su Magestad incurre el falsario y mentiroso, lo declara Salomón por estas palabras: "Seis son las cosas que Dios aborrece; y la séptima la abomina su alma: los ojos alteneros, la lengua mentirosa, las manos que derraman la sangre inocente, el corazon que maquina pensamientos malvados, los pies ligeros para correr al mal, el testigo falso que dice mentiras; con lo demás que se sigue (*Prov. 6.*)."

¿Quién pues podrá librar de ser castigado con penas atrocísimas al que tan señaladamente es aborrecido de Dios?

20. Daños que hace la mentira a la sociedad humana.

Demas de esto ¿qué cosa mas indigna, ni mas fea, como Santiago dice, que con la misma lengua con que bendecimos a Dios y al Padre, maldecir a los hombres, hechos a imagen y semejanza de Dios? De manera que arroje una misma fuente, y por un mismo caño, agua dulce y amarga (*Jacob. 3.*); porque aquella misma lengua, que antes daba alabanza a Dios, despues en quanto es de sí, le menosprecia y deshonra mintiendo. De aquí es, que los mentirosos son excluidos de la posesión del reyno de los cielos; porque haciendo David a Dios esta pregunta: *Señor, ¿quién habitará en tus moradas?* Le respondió el Espíritu Santo: *El que habla verdad en su corazon, y no engañó con su lengua (Psalm. 14.).*

Hay tambien en la mentira aquel daño gravísimo de que es enfermedad del alma casi incurable; porque como el pecado que se comete, o levantando falso testimonio, o quitando» la honra y estimación al próximo, no se perdona si no satisface el calumniador las injurias que hizo al ofendido, y esto lo hacen los hombres, con gran dificultad, atemorizados, como ya prevenimos, con la vergüenza y vana opinión, de que es contra su punto; es preciso confesar, que el que se halla en esa culpa, está destinado a las penas del infierno; porque ninguno, espere poder conseguir perdon de las calumnias y detracciones, sino restituie primero a su próximo quanto le quitó de su dignidad y fama, ya fuese públicamente en juicio, o ya en conversaciones familiares, y privadas.

Sobre todo esto se dilata muchísimo este daño, y se extiende tambien a los demás; porque con la falsedad y mentira se quitan la fe

y la verdad, que son lazos estrechísimos de la sociedad humana; y rompidos estos se sigue una tan grande confusión en la vida, que en nada parece se diferencian los hombres de los demonios.

Enseñará pues el Párroco que debe evitarse el mucho hablar. Con eso se excusan los demás pecados, y es un gran remedio para no mentir, de cuyo vicio no es fácil libertarse los que hablan mucho.

21. Deshácense las vanas excusas de los mentirosos.

Ultimamente sacará el Párroco a los fieles de aquel error Con que muchos se excusan, alegando que mienten en cosas de poca monta. Y defienden esto con el exemplo de los prudentes, de quienes dicen, es propio mentir a tiempo. A esto responderá lo que es muy verdadero: *Que la prudencia de la carne es muerte (Roman. 8.)*. Exhortará a los oyentes a que en sus aflicciones y angustias confíen en Dios, y no se acojan al artificio de mentir; porque los que se valen de esa escapatoria, facilmente declaran, que mas quieren fiarse en su prudencia, que poner su esperanza en la providencia de Dios.

A los que echan la culpa de su mentira a otros por quienes fueron antes engañados ellos, se les ha de enseñar, que a ninguno es lícito vengarse a sí mismo, y que no debe volverse mal por mal, sino vencer el mal con el bien (Ibid. 12.). Y quando fuera lícito dar semejante pago, a ninguno es útil vengarse con su propio daño; y que es muy grande el que nos hacemos mintiendo.

A los que alegan la flaqueza y fragilidad humana, se les enseñará que deben implorar el auxilio de Dios, y no rendirse a la flaqueza propia. Los que oponen la costumbre, serán amonestados, que asi como la hicieron de mentir, trabajen por hacer la contraria de tratar verdad, mayormente quando los que pecan por uso y costumbre, pecan mas gravemente que los demás.

22. De los qué mienten porque mienten otros.

Y porque no falta quien se cubra con el pretexto de otros, de quienes afirman que a cada paso mienten y perjuran, con esta razón se les ha de sacar de esa ignorancia; que los malos no han de ser imitados, sino corregidos y reprehendidos, y que si mentimos nosotros, tiene nuestro dicho menos autoridad en la reprehensión y corrección de otro. Y a los

que se excusan Con que muchas veces les ha venido mal por decir la verdad, rechazarán los Sacerdotes, diciendo: que eso es mas acusarse que defenderse; porque es obligación del cristiano perderlo todo antes que mentir.

23. Repruébase la mentira jocosa y oficiosa.

Restan dos suertes de aquellos que excusan sus mentiras: unos, que afirman que mienten por causa de recreo y diversión; y otros, que lo hacen por su interés y utilidad, porque no harían compra ni venta de provecho, si no se valieran de la mentira. A unos y a otros deberán los Párrocos apartar de ese error. Y a los primeros sacarán de ese vicio, así enseñándoles lo mucho que crece la costumbre de pecar en esa línea con el uso de mentir, como encareciéndoles, que de toda palabra ociosa se ha de dar cuenta a Dios (Matth. 12.). Pero a los segundos reprehenderán con toda aspereza, por hallarse en su excusa la acusación mas grave; pues manifiestan que no dan fe ni autoridad ninguna a aquellas palabras de Dios: *Buscad primeramente el reyno de Dios y su justicia; y todas estas cosas se os serán añadidas (Ibid. 6.).*

CAPÍTULO X.

DEL NONO Y DÉCIMO

MANDAMIENTO DEL DECÁLOGO.

**NO CODICIARÁS LA CASA DE TU
PRÓXIMO, NI**

**DESEARÁS *SU* MUGER, NI SU SIERVO, NI
SU**

**ESCLAVA, NI SU BUEY, NI SU ASNO, NI OTRA
COSA**

ALGUNA DE LAS SUYAS.

1. En qué manera estos dos preceptos abrazan a los otros.

En estos dos mandamientos que se ponen en último lugar, principalmente se ha de saber, que aquí se viene a establecer el modo con que pueden guardarse los demás; porque lo que se manda por estas palabras, se endereza a que si desea alguno guardar los mandamientos antecedentes de la ley, ponga su primer cuidado en *no codiciar*; porque el que no codicia, estará contento con sus cosas, no apetecerá las ajenas, se gozará de los bienes de su próximo, dará gloria a Dios inmortal, y le rendirá muchísimas gracias, santificará el sábado, esto es, vivirá en perpetua quietud, honrará a los mayores, y a ninguno hará daño, ni por obra, ni por palabra, ni de otro modo alguno; porque la raíz y simiente de todos los males es el deseo y apetito desordenado; y los que están encendidos en él, se arrojan precipitados a todo linage de injusticia y maldad. Bien entendido esto, pondrá el Párroco mas cuidado en explicar las cosas que se siguen, y

mas atención los fieles para oírías.

2. En qué se diferencian entre si estos dos mandamientos.

Y aunque habernos juntado estos dos mandamientos, por no ser diferente su materia, y tener una forma de enseñarse; sin embargo el Párroco en sus doctrinas y exhortaciones podrá tratar de ellos, o apartados o juntos, como mas conveniente le parezca. Pero si tomare por asunto explicar los mandamientos del Decálogo, mostrará qual es la diferencia de estos dos mandamientos entre sí, y en qué una codicia se distingue de otra. Decláralo San Agustín en el libro de las Quæstiones sobre el Exódo (*Quæst. 77.*); porque una de ellas mira a la utilidad, interés y provecho, otra a las liviandades, gustos y deleytes. Si uno apetece la heredad o la casa, éste mas busca el logro, y lo que es útil, que lo que es deleitable. Pero si codicia la muger agena, arde en deseos, no de cosa útil, sino de deleitable.

3. Si se explicó o no bastantemente por el sexto y séptimo precepto, lo que se

veda por estos dos últimos.

Mas por dos razones fue necesario poner con claridad estos dos mandamientos: una, porque se explicase el sentido del sexto y del séptimo; porque aunque dicta la lumbré natural de la razón, que una vez prohibido el adulterio, está vedado el deseo de aprovecharse de la muger agena (porque si fuera lícito apeteacer, lo seria tambien el usar) con todo eso muchos de los judíos ciegos en sus pecados, no se podían reducir a creer que estoviese el deseo prohibido por Dios. Y esto era de modo, que aun despues de intimada y sabida esta divina ley, estaban en ese error, como se dexa ver por aquel sermón del Señor en San Mateo: *Oístéis que se dixo a los antiguos: no adulterarás. Mas yo os digo; y lo demás que se sigue* (Matth. 5.). La otra razón de la necesidad de estos mandamientos es, que algunas cosas se vedan por ellos clara y distintamente, que no se prohibían con tanta expresión por el sexto y el séptimo; porque por exemplo el séptimo precepto prohibió, que ninguno apetezca injustamente las cosas agenas, ni haga por quitarlas. Pero éste veda, que en manera ninguna se codicien, aunque justa y legalmente se puedan conseguir, si de esa consecución puede provenir algún daño al próximo.

4. *Cuál y cuán grande sea el beneficio que nos ha hecho Dios por estos*

mandamientos.

Pero antes que pasemos a la explicación del mandamiento, primeramente se prevendrá a los fieles, que por esta ley se nos enseña, no solo que refrenemos nuestros apetitos, sino tambien que reconozcamos la piedad de Dios hacia nosotros, que es inmensa; porque habiéndonos guarnecido con los mandamientos antecedentes como con unas fortalezas, para que ninguno haga daño, ni a nosotros, ni a nuestras cosas; ahora poniendo éste, señaladamente quiso proveer, que no nos dañásemos a nosotros mismos con nuestros apetitos: lo que facilmente sucedería, si estuviera del todo en nuestra mano, querer y desear todas las cosas. Establecida pues esta ley de no codiciar, proveyó el Señor de remedio, para que los agujones de los apetitos, que suelen espolearnos a qualesquier maldades, siendo como expelidos en virtud de esta ley, nos punquen menos, y con eso quedando libres de aquella molesta picazón de nuestros antojos, tengamos mas tiempo para cumplir los oficios de piedad y religión, que debemos a Dios muchos y muy grandes.

5. *Estos dos preceptos insinúan la diferencia entre las leyes divinas y*

humanas.

Mas no solo nos enseña esta ley esas cosas, sino que tambien nos manifiesta, que es de tal calidad la ley de Dios, que se debe guardar, no con solas acciones externas, sino tambien con íntimos afectos del alma; y que entre las leyes divinas y humanas hay esta diferencia; que éstas se contentan con solos los exercicios exteriores; pero las otras, como su Magestad mira al corazon (1. Reg. 16.), requieren una pura y sincera castidad y entereza de espíritu. Es pues la ley de Dios como un espejo, en que vemos los vicios de la naturaleza. Por esto dice el Apostol: *No sabia yo lo que era concupiscencia, si no dixerá la ley, no codiciarás (Rom. 7.)*; porque como la concupiscencia, esto es, *el fómite del pecado*, y que del pecado trae su origen, está perpetuamente arraigada en nosotros, de aquí nos conocemos nacidos en pecado, y por eso acudimos humildes a quien solo puede labar las manchas del pecado,

6. Qué concupiscencia no se veda aquí, y qué es concupiscencia.

Tiene cada uno de estos mandamientos comun con los demas, que en parte veda, y en parte manda alguna cosa. Tocante a la fuerza de prohibir, porque ninguno piense que en alguna manera se cuenta por vicio aquella concupiscencia que carece de él, como la de codiciar el espíritu contra la carne (*Galat. 5.*), o la de apetecer en todo tiempo las justificaciones de Dios, como vivamente lo codiciaba David (*Psalm. 118.*) i por esto enseñará el Párroco, qué concupiscencia es, de la que debemos huir en virtud de esta ley. Para esto es de saber; *Que la concupiscencia es una conmoción e ímpetu del ánimo, con el que aguijados los hombres, apetecen las cosas de placer y de gusto que no tienen* (Vid. *D. Thom. 1. 2. quæst. 30. art. 1. et 2.*). Y como no siempre son malos todos los movimientos de nuestra ánima, asi este impulso de apetecer no se debe contar siempre por vicio j porque no es malo apetecer la comida y bebida, como abrigarnos, si padecemos frio, o refrescar, estando calorosos. Y a la verdad este ordenado impulso de apetecer está ingerto en nosotros por Dios, que es el Autor de la naturaleza; mas por el pecado de nuestros primeros padres se inficionó de modo, que traspasando los términos de la naturaleza, se arroja muchas veces a codiciar cosas que son repugnantes al espíritu y a la razón.

7. De las muchas utilidades que nos acarrea la concupiscencia que es conforme a razon.

Esta concupiscencia pues, si es moderada, y se ciñe a sus límites, tan lejos está de ser mala, que antes nos acarrea muchas veces grandes utilidades; porque primeramente nos impele a que llagamos a Dios oraciones continuas, pidiéndole rendidos las cosas que de veras deseamos, porque la oración es el intérprete de nuestros deseos: y si faltara esta recta facultad de apetecer, no se harían tantas oraciones en la Iglesia de Dios.

Hace tambien que apreciemos mucho mas los dones de. Dios; porque quanto con mas ardor y vehemencia deseamos una cosa, tanto mas la estimamos y queremos, quando la conseguimos.

Demas de esto, ese mismo gozo que percibimos de poseer aquello que deseábamos, nos despierta a dar gracias a Dios con mayores afectos. Siendo pues lícito codiciar algunas veces, es preciso confesar

que no está prohibida toda concupiscencia.

8. En qué sentido llamó el Apostol pecado a la concupiscencia.

Y aunque dixo el Apostol: *Que era pecado la concupiscencia (Roman. 7)* esto debe entenderse en el mismo sentido en que habló Moysés (*Exod. 20.*); cuyo testimonio alega, y lo declaran tambien otras palabras del mismo Apostol, quien en la Epístola a los Gálatas la llama *concupiscencia de la carne*, diciendo: *Andad en espíritu, y no cumpliréis los deseos de la carne (Galat. 5.)*.

9. Qué concupiscencia, ni se prohíbe, ni es mala.

Esta fuerza pues de apetecer natural y moderada, y que no se desmanda fuera de sus términos, no está prohibida, y mucho menos aquella concupiscencia espiritual de la recta razón, la qual nos incita a apetecer las cosas que repugnan a la carne, porque a ésta nos exhortan las sagradas Escrituras, diciendo: *Apeteced mis palabras (Sapient. 6.)*. Y: *Venid a mi todos, los que me codiciáis (Eccli. 24.)*.

10. Qué es la concupiscencia prohibida aquí.

Prohíbese pues por este mandamiento, no esa misma facultad de apetecer, de la que se puede usar así para lo bueno, como para lo malo; sino el uso de esa codicia desordenada, que se llama *concupiscencia de la carne*, y *fómite del pecado*: y si viene acompañada del consentimiento de la voluntad, siempre se ha de contar entre los vicios, y es del todo prohibida. Y así solo está vedado aquel apetito de codiciar, que llama el Apostol *concupiscencia de la carne (Galat. 5.)*, esto es, aquellos movimientos antojadizos, que ni tienen modo de razón alguno, ni se atienen a los límites señalados por Dios.

11. Por qué causas se conoce que la concupiscencia es pecado.

Esta concupiscencia está condenada, o porque apetece lo malo, como

adulterios, embriagueces, homicidios y otras semejantes maldades enormes, de las que dice así el Apostol: *No codiciemos cosas malas, como aquellos las codiciaron (1. Corinth. 10.)*: o porque aunque no sean malas de su naturaleza, hay por otra parte causa, por la qual es malo apetecerlas. De este género son todas las cosas que Dios o la Iglesia nos vedan poseer} porque no nos es lícito desear lo que no nos es lícito poseer; qual era en la ley antigua el oro y la plata, de que se habian fabricado ídolos, y que el Señor habia mandado en el Deuteronomio que no se codiciase (*Deut. 7.*). Tambien se prohíbe esta concupiscencia viciosa; porque son ajenas las cosas que se apetecen, como la casa, el siervo, la esclava, la tierra, la muger, el buey, el asno y otras muchas, que siendo ajenas, veda codiciarlas la divina ley, y el apetito de tales cosas es malvado, y se cuenta entre los pecados gravísimos, quando se consiente en tales concupiscencias.

12. En qué señaladamente consiste este pecado.

Esta concupiscencia natural entonces es pecado, quando despues del impulso de los apetitos desmandados se deleyta el ánima en las cosas malas, y consiente en ellas, o no las resiste: como lo enseña Santiago, demostrando el origen y progreso del pecado por estas palabras: *Cada uno es tentado de su concupiscencia, atraído y alagado. Luego habiendo la concupiscencia concebido, pare al pecado, y el pecado en siendo consumado engendra muer te (Jacob. 1.)*.

13. Qual es el sentido de estos dos últimos mandamientos.

Pues quando manda esta ley, *No codiciarás*: el sentido de estas palabras es, que reprimamos nuestros apetitos de cosas ajenas; porque el apetito de cosas ajenas es una sed inmensa e infinita (Vid. D. Thom. 1. 2. quæst. 30. art. 4.), que nunca se harta, segun está escrito: *No se llenará el avariento de dinero (Eccli. 5.)*. Sobre lo qual dice así Isaías: *¡Ay de los que juntaís casa con casa, y allegáis heredad a heredad (Isai. 5.)!* Mas por la explicación de cada una de las palabras se entenderá mejor lo feo y grande de este pecado.

14. Qué se debe entender aquí por el nombre de casa.

Para esto enseñará el Párroco, que por el nombre de *casa* se significa,

no solo el lugar donde habitamos, sino tambien toda la hacienda, como consta del uso y costumbre de los Escritores sagrados; porque en el Exódo se escribe, que edificó el Señor casas a las parteras (*Exod. 1.*). Y esto quiere decir, que acrecentó y aumentó sus posesiones y haciendas. Y por esta interpretación echamos de ver, que por esta ley se nos veda apetecer con ansia riquezas, y envidiar los bienes, el poder o la nobleza agena, sino que estemos contentos con nuestra suerte, tal qual fuere plebeya o noble. Y asimismo debemos entender, que se nos prohíbe el apetito del esplendor agena, porque tambien esto pertenece a la casa.

15. *Qué se entiende por los nombres de buey o asno.*

Lo que despues se sigue, *Ni el buey, ni el asno*: nos manifiesta, que no solo no nos es permitido apetecer las cosas grandes, como la casa, nobleza y gloria, siendo agenas; mas ni las pequeñas tampoco, quales son las nombradas, sean o no vivientes.

16. *De qué siervos se halla en este mandamiento.*

Siguese luego, *Ni el siervo*: esto debe entenderse asi de los cautivos como de qualquier condición de siervos, los que debemos no codiciar, como todos los demás bienes agenos. Tampoco debe nadie sobornar, o solicitar de palabra, o con esperanzas, promesas, premios, ni de otro modo, que los hombres libres que sirven de su voluntad, o por su soldada, o impelidos de amor y respeto, dexen aquellos, a quienes libremente se obligaron; antes bien si desamparan a sus amos antes de cumplir el tiempo, por el que se ajustaron a servirlos, se les ha de exhortar en fuerza de esta ley, a que sin falta alguna se vuelvan con ellos.

17. *Por qué se hace tambien mención del próximo.*

Y hacerse en el mandamiento mención del *próximo*, esto se endereza a señalar el vicio de los hombres; pues es comun en ellos codiciar las tierras que están a linde, las casas vecinas, y cosas semejantes que confinan con ellos; porque la ve- . ciudad, que se tiene por una de las partes de la amistad, se trueca de amor en aborrecimiento, por viciarla la codicia.

18. No quebranta esta ley el que busca las cosas por su justo precio.

Pero en manera ninguna quebrantan este precepto los que quieren comprar, o de hecho compran por su justo precio las cosas que los próximos tienen vendibles; porque estos, no solo no hacen daño al próximo, mas le hacen mucho provecho: pues le será mas útil, y le tendrá mas cuenta el dinero que le dan, que las cosas que vende.

19. Cómo se ha de entender el mandamiento de no codiciar la muger agena.

A la ley de no codiciar las cosas ajenas, se sigue la otra de no codiciar tampoco la *muger agena*. Por esta ley, no solo se entiende prohibida aquella liviandad, con que apetece el adúltero la muger agena, sino tambien aquella con que aficionado uno a la muger de otro desea contraer matrimonio con ella; porque como en aquel tiempo era permitido el libelo de repudio, podia facilmente acaecer que la repudiada por uno se casase con otro. Mas el Señor prohibió esto, para que ni los maridos fuesen solicitados para despedir las mugeres, ni ellas se hiciesen tan molestas y enfadosas a los maridos, que se viesen estos como precisados a repudiarlas. Ahora es pecado mas grave: pues no puede la muger, aunque la repudie el marido, casarse Con otro, hasta que él haya muerto. Y el que codiciare la muger agena, presto Caerá de un apetito en otro, porque querrá, o que se muera su marido, o adulterar con ella.

Esto mismo se dice de aquellas mugeres, que están ya desposadas con otro, que ni tampoco a éstas es lícito codiciar; porque los que procuran desbaratar estos conciertos, quebrantan el santísimo lazo de la fidelidad.

Y de la misma forma que es del todo prohibido codiciar la muger casada ya con otro, así tambien es maldad enorme apeteecer aquella que está ya consagrada al culto de Dios, y a la religión.

20. No quebranta esta ley el que pretende casarse con la que juzga soltera.

Pero sí deseára uno contraer matrimonio con una que es casada, mas él juzga que es soltera, y que si supiera que era casada, de ningún modo la pretendería (como leemos acaeciò a Faraón (*Genes. 12.*) y Abimelec (*Ibid. 20.*), que desearon casarse con Sara, pensando que era

soltera y hermana de Abrahan, no su muger) el que de cierto tuviese tal ánimo, no parece violaría la ley de este precepto.

21. De las cosas que se mandan hacer por este mandamiento.

Y para que el Párroco descubra los remedios que son acomodados para curar este vicio de la codicia, debe explicar la segunda parte del mandamiento. Esta consiste: *En que si las riquezas abundan, no pongamos el corazon en ellas (Psalm. 61.)*; y que por amor de la piedad y servicio de Dios estemos prontos a renunciarlas, y que de buena gana las gastemos en aliviar las miserias de los pobres: y en fin, que si faltaren, suframos la pobreza con igualdad y alegría de ánimo. A la verdad si fuéramos liberales en dar nuestras cosas, apagaríamos la sed de las ajenas. Acerca de las alabanzas de la pobreza, y menosprecio de las riquezas facilmente podrá recoger el Párroco muchas doctrinas de las sagradas letras, y de los santos Padres, para enseñar al pueblo fiel. Tambien se manda por esta ley, que con afecto ardiente y ansias vivas deseemos se haga, no precisamente lo que nosotros queremos, sino lo que quiere Dios, segun se expone en la oración del *Padre nuestro*. La voluntad de Dios señaladamente está, en que de una manera singular seamos hechos santos, y en que conservemos nuestra alma sencilla, limpia y libre de toda mancha, en que nos empleemos en aquellos exercicios de ánima y de espíritu, que sean repugnantes a los sentidos del cuerpo, en que domados los apetitos, y guiados de la luz de la razón, sigamos el camino derecho de la vida; a mas de esto en que refrenemos el ímpetu y la fuerza de aquellos sentidos, que dan ocasión y materia donde se pueden cebar nuestros antojos y liviandades.

22. Qué deben los cristianos meditar principalmente para reprimir el ímpetu

de la concupiscencia.

Mas para apagar el ardor de los apetitos Será muy provechoso considerar los daños que de ellos provienen. El primero es, quando nos dexamos vencer de semejantes antojos, reina en nuestras almas el pecado con suma fuerza y poder. Por esto amonesta el Apostol: *No reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias (Roman. 6.)*; porque asi como resistiendo a los apetitos,

se quebrantan las fuerzas del pecado, así rindiéndonos a ellos, despojamos de su reino al Señor, y colocamos al pecado en su lugar.

El segundo daño es, que de esta fuerza de codiciar manan como de fuente todos los pecados, como Santiago dice (Jacob. 1.), y San Juan enseña tambien: *Todo quando hay en el mundo, es codicia de la carne, codicia de los ojos, y soberbia de la vida (1. Joann. 2.).*

El tercero es, que con estos antojos se obscurece el recto juicio de la razón; y obcecados los hombres con estas tinieblas de sus apetitos, juzgan santo y bueno todo lo que desean.

Sobre todo esto en fuerza de ese ímpetu de apetecer queda sufocada la palabra divina sembrada en nuestras almas por aquel gran labrador Dios; porque así está escrito en San Marcos: *Otros hay, en quienes se siembra, como entre espinas: estos son los que oyen la palabra; mas las congajas del siglo, el engaño de las riquezas, y las codicias que van introduciéndose acerca de otras cosas, sofocan la palabra, y se hace infructuosa (Marc. 4.).*

23. Quiénes son los mas enredados con los lazos de este vicio.

Pero los estragados sobre todos en este vicio de codiciar, y a quiénes debe el Párroco exhortar con mas diligencia a la observancia de este mandamiento, son los que se deleytan en pasatiempos indecentes, los que se dan al juego sin moderación, los comerciantes tambien que desean falta*cie provisión, y carestía de cosas, y sienten que haya otros fuera de ellos, que vendan o compren: para poder ellos vender mas caro, o comprar mas barato: y pecan igualmente los que desean que otros se vean en necesidad, por hacer ellos sus ganancias vendiendo o comprando.

Pecan asimismo los soldados que desean que haya guerras, para que les sea permitido robar: los médicos que quieren que haya enfermos; y los abogados que apetecen abundancia y copia de demandas y pleitos. A mas de estos los artesanos que ansiosos de ganancias desean penuria de las cosas pertenecientes al sustento y vestido, para hacer ellos de ahí mayores logros. Pecan tambien gravemente en esta línea los sedientos de alabanza y gloria agena; y que la apetecen, no sin algún perjuicio dé la fama del próximo: mayormente si los que la codician, son unos haraganes y hombres indignos de toda estimación; porque la fama y gloria es premio de la virtud e industria, no de la floxedad y

pereza.

QUARTA PARTE DEL CATECISMO

ROMANO.

CAPÍTULO I.

DE LA ORACIÓN, Y

PRIMERAMENTE DE SU

NECESIDAD.

1. Cómo se debe orar a Dios; y que los Párrocos lo deben enseñar.

En el oficio y cargo pastoral es muy necesaria para la salud del pueblo fiel la doctrina de la oración cristiana; porque es preciso que ignoren muchos su virtud, y el modo de hacerla, si no son instruidos por la piadosa y fiel diligencia del pastor. Por esta razón debe poner el Párroco particular cuidado, sobre que entiendan los fieles, qué es lo que deben pedir a Dios, y de qué modo se debe orar. Todo quanto se puede desear para este efecto, se contiene en aquella divina forma de orar, que Cristo Señor nuestro quiso enseñar a sus Apostoles, y por ellos y sus sucesores a quantos abrazasen la religión cristiana: cuyas palabras y sentencias de tal modo se deben imprimir en el corazon y en la memoria, que las tengamos siempre muy a mano. Y para que tengan los Párrocos copia de materiales con que imponer a los fieles en el modo de orar, hemos propuesto aquí las cosas que nos han parecido mas a propósito, sacadas de aquellos escritores, cuya doctrina y erudición es celebrada como particular en este asunto: pues lo demás que fuere menester, de las mismas fuentes lo podrán tomar los pastores.

2. El ejercicio de la oración, es necesario para salvarse.

Primeramente pues se ha de enseñar, quan necesaria sea la oración, y que este precepto se nos intima, no solo por modo de consejo, sino que tiene fuerza de mandamiento necesario, como lo declaró Cristo Señor nuestro en aquellas palabras: *Es menester siempre orar (Luc. 18.)* Y la Iglesia misma demuestra tambien esta necesidad de hacer oración

en aquel como proemio de la oración del Señor en la Misa: *amonestados con preceptos saludables, y enseñados por divina institucion, nos atrevemos a decir.* Siendo pues necesaria la oración a los cristianos, el mismo Hijo de Dios, habiéndole pedido sus discípulos: *Señor, enséñanos a orar (Ibid. 11.),* les ordenó la forma de orar, y les dio esperanza de alcanzar lo que pidiesen: y el mismo Señor fue documento de oración; porque, no solo oraba de continuo, sino que pasaba orando las noches enteras (*Ibid. 6.*). No se descuidaron despues los Apostoles en dar preceptos y reglas sobre este exercicio a los que sé convertian a la fe de Jesucristo; porque San Pedro (*1. Petr. 3.*) y San Juan (*Apoc. 5. et 8.,*); exhortan a ella con diligencia suma a los cristianos. Y teniendo presente esto mismo el Apostol (*Rom. 12. Philipp. 4. et 1. Tim. 2. &c.,*) nos encomienda en muchos lugares esta saludable necesidad de hacer oración.

3. Razón que manifiesta lo muy necesaria que es la oración.

Demas de esto necesitamos de tantas cosas que son indispensables para la conservación, asi del cuerpo, como del alma, que es forzoso recurrir a la oración, como a único asilo, y la mejor intérprete de nuestras necesidades, y conciliadora de quanto habernos menester; porque como Dios a nadie debe nada, no queda a la verdad otro recurso, que pedirle con súplicas humildes lo que necesitamos: pues estas oraciones son como el instrumento necesario que su Magestad nos dio para conseguir lo que deseamos.

4. No hay otro medio que la oración para remedio de todas nuestras

miserias.

Es manifiesto que muchas cosas no pueden alcanzarse sin el socorro de la oración; porque tienen las oraciones sagradas la excelente virtud de que por ellas señaladamente son lanzados los demonios: *Pues hay cierta casta de demonios, que no es lanzada sino por oración y ayuno (Matth. 17.).* Y por tanto se privan a sí mismos de grandes riquezas y de singulares dones, los que no se valen de esta santa costumbre y exercicio de orar devota y diligentemente; porque para alcanzar lo que deseas, has menester oración, no solo devota, sino tambien continua (*Jacob. 5.*): pues como dice San Gerónimo: Escrito está: *a todo el que pide, se da; luego si a tí no se da, es porque no pides: pedid, pues, y*

recibiréis (In cap. 7. Matth.).

CAPÍTULO II.

DE LA UTILIDAD DE LA ORACIÓN.

1. *Qué sea el primer fruto que la oración produce.*

Pero esta necesidad trae consigo la utilidad dulcísima de que produce copiosísimos frutos, cuya abundancia tomarán los pastores de los escritores sagrados, quando sea menester repartirlos a los fieles. De esa abundancia hemos escogido nosotros los que han parecido mas acomodados para este tiempo. El primer fruto que sacamos de aquí es, que quando oramos, honramos a Dios; porque la oración es prueba clara de la religión: y en las sagradas Escrituras es comparada al perfume mas suave: *Suba, Señor, mi oración*, dice el Profeta, *asi como incienso delante de ti (Psalm. 140.)*. Por ella protestamos que estamos sujetos a Dios; que le reconocemos y predicamos como a principio y fuente de todo nuestro bien; que en él solo esperamos, y que a él solo tenemos por único amparo y refugio de nuestra seguridad y salud. Este fruto nos recuerdan tambien aquellas palabras; *Lláname en el dio, de la tribulación: librate he, y honrarme has (Ibid. 49.)*.

9. *Del segundo fruto de la oración.*

Siguese otro fruto amplísimo y dulcísimo de la oración, que es ser nuestras súplicas oídas de Dios; porque en sentir de San Agustin: *La oración es llave del cielo. Sube la petición, y baxa el despacho de la misericordia de Dios. Baxa es la tierra, y alto el cielo; sin embargo oye Dios la lengua del hombre (Serm. 226. de Temp.)*. Tan grande es la virtud, tanta la utilidad de este exercicio, que por él conseguimos las riquezas de los dones del cielo; porque alcanzamos para nosotros tener por guia y protector al Espíritu Santo: logramos la conservación y firmeza de la fe, y la exención de las penas, el auxilio de Dios en las tentaciones, y la victoria contra el demonio. Y hay en la oración tambien un colmo muy cumplido de gozo singular: por esto decia asi el Señor: *Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido (Joan. 16.)*.

3. Siempre oye la Magestad Divina las oraciones devotas.

Y no debemos tener la menor duda, de que acude con prontitud la benignidad de Dios a nuestras peticiones. Comprueban esto muchos testimonios de la Escritura divina, que por ser obvios, solo por exemplos tocaremos estos de Isaías: *Entonces, dice, llamarás, y el Señor te oirá; clamarás, y dirá: heme aquí presente (Isai. 58.).* Y en otra parte: *Y sucederá, que antes que llamen, los oiré: en el mismo tiempo que estuvieren bailando, les acudiré (Isai. 65.).* Omitimos los exemplos de aquellos que con sus oraciones alcanzaron de Dios lo que pedían; porque son casi infinitos, y están delante de los ojos.

4. En qué consiste no alcanzar muchas veces lo que se pide.

Pero a veces sucede no alcanzar lo que pedimos a Dios. Es así, mas entonces mira con especial amor por nuestro bien; porque, o nos concede otras gracias mayores, y mas excelentes, o no nos es necesario ni provechoso lo que pedimos: antes nos seria acaso supérfluo y dañoso si lo concediera: *Porque algunas cosas, dice San Agustín, niega el Señor propicio, que concede airado (Serm. 53. de Verb. Domin.).* Muchas veces tambien hacemos la oración con tal tibieza y floxedad, que ni nosotros mismos sabemos lo que decimos. Siendo la oración levantamiento del alma a Dios, si la atención que en ella debe enderezarse a su Magestad, anda vagueando de una parte a otra, y se pronuncian las palabras de la oración temerariamente, y sin reparo ni devoción alguna, ¿cómo diremos que es oración cristiana el sonido vano de tales peticiones? Por esto en manera ninguna es de extrañar que Dios no condescienda a nuestros ruegos, quando aun nosotros mismos damos a entender que no queremos lo que pedimos, por el descuido grande y la poca atención con que oramos, o pedimos cosas que nos han de dañar.

5. Los que piden bien, alcanzan mucho mas de lo que pretenden.

Por el contrario: a los que piden atenta y devotamente, mucho mas de lo que piden concede su Magestad. Así lo afirma el Apostol en la epístola a los de Efeso (Ephes. 6.); y se declara con la parábola del hijo pródigo: quien pensó que seria una gracia muy crecida admitirle su

padre entre sus jornaleros (*Luc. 15.*). Aun quando solamente pensamos bien (¿quánto mas si pedimos?) nos colma Dios de su gracia, no solo por la abundancia de dones, sino tambien por la prontitud en darlos: como lo muestran las Letras divinas, quando se explican en esta forma: *El deseo de los pobres oyó el Señor (Psalm. 9.)*; porque sin aguardar a que pronuncien palabra ninguna, acude Dios a los deseos íntimos y ocultos de los necesitados.

6. Otro fruto; que en la oración se aumentan las virtudes.

A estos se junta aquel fruto de que en la oración exercitamos y acrecentamos las virtudes, y señaladamente la fe; porque asi como no oran bien los que no creen en Dios: *¿Cómo pues invocarán, dice, a aquel en quien no creyeron (Roman. 10.)*? Asi los fieles quanto oran con mas fervor, tanto tienen mayor y mas cierta fe del cuidado y providencia de Dios, quien especialmente requiere de nosotros, que fiándonos del todo en él, le pidamos quanto necesitamos.

7. Por qué sabiendo Dios nuestras necesidades; quiere se te expongan en la oración.

Cierto es que pudiera Dios darnos en abundancia todas las cosas sin pedirlo, ni aun pensarlo nosotros: asi como provee a los animales que carecen de razón, de todo lo necesario para la conservación de su vida: más el benignísimo Padre quiere ser invocado por sus hijos, quiere que pidiendo cada dia bien, pidamos con mas confianza; y quiere que alcanzadas las cosas que pedimos, testifiquemos y ensalcemos mas cada dia su inmenso amor hacia nosotros.

8. Cómo en la oración se exercita la caridad.

Tambien se aumenta la caridad; porque como en la oración reconocemos a Dios por Autor de todos nuestros bienes y utilidades, le abrazamos con la mayor Caridad que podemos. Y al modo que los que se aman, se encienden más en el amor con el trato y comunicación; asi los justos quanto con mas frecuencia ofrecen a Dios sus súplicas, e imploran su benignidad, como conversando con él; tanto llenándose de mayores gozos en cada una de las oraciones, se incitan a amarle y adorarle con caridad mas ardiente.

9. La oración continua nos hace dignos de la gracia de Dios, y nos da

humildad y armas contra el demonio.

Quiere a mas de esto el Señor, que frecuentemos la oración, para que enardecidos con el deseo de pedir lo que solicitamos, aprovechemos tanto con esta Continuación y afectos, que nos hagamos dignos de que se nos comuniquen aquellos beneficios, que nuestra alma no era antes capaz de recibir por su flaqueza y estrechez. Quiere asimismo el Señor, que entendamos y confesemos, lo que en verdad es asi, que si somos desamparados del socorro de su divina gracia, nada podemos conseguir por nuestras fuerzas: y por tanto, que con todo ahinco nos entreguemos a la oración. Mas para lo que en gran manera son muy poderosas las armas de la oración, es contra los capitales enemigos de nuestra naturaleza: pues dice S. Hilario: *Contra el diablo y sus armas hemos de pelear con el sonido de nuestras oraciones (In Psalm. 63.).*

10. Quál sea el quarto fruto de la oración.

Sobre todo esto conseguimos por la oración aquel excelentísimo fruto, de que estando nosotros tan inclinados al mal, y a varios apetitos de la carne por lo viciado de la naturaleza, sufre el Señor ser concebido por nuestros pensamientos, para que quando estamos rogándole, y porfiando por merecer sus dones, vengamos a recibir la voluntad de la inocencia, y cortados los pecados, quedemos limpios de toda mancha.

11. Del último fruto de la oración.

Ultimamente la oración, segun sentencia de San Gerónimo, hace resistencia a la ira divina. Asi habló el Señor a Moysés de este modo: *Déxame (Exod. 32.);* porque queriendo castigar al pueblo por sus pecados, le detenía Moysés con su oración: pues no hay cosa que tanto aplaque a Dios airado, o que ya prevenido para descargar el golpe sobre los malos, asi le contenga y mitigue su saña, como las oraciones de los buenos.

CAPITULO III.

DE LAS PARTES Y GRADOS DE LA ORACIÓN.

1. De qué partes consta la oración cristiana.

Explicada ya la necesidad y utilidad de la oración cristiana, es menester que sepa el pueblo fiel de quintas y cuáles partes se compone esta oración; porque esto pertenece a la perfección de este ejercicio, como lo afirma el Apostol, quien exhortando en la epístola a Timoteo a orar devota y santamente, cuenta con diligencia las partes de la oración, diciendo: *Ruégoos que ante todo se bagan suplicasiones, oraciones, peticiones y nacimientos de gracias por todos los hombres* (1. Tim. 2.). Mas por ser delicada la diferencia que hay entre estas partes, si juzgaren los Párrocos que convendrá explicársela a los fieles, consultarán a los santos Escritores, y señaladamente a S. Hilario (In Psalm. 140.) y S. Agustín (Epist. 59. ad Paul.).

2. De la petición, y hacimiento de gracias.

Mas por ser la petición y acción de gracias las dos partes principales de la oración, de las quales, como de cabezas, dimanen las demás, juzgamos que éstas en manera ninguna debían omitirse; porque nos llegamos a Dios, para que adorándole y reverenciándole, o alcancemos de su Magestad alguna cosa, o le demos gracias por los beneficios con que continuamente somos favorecidos y acrecentados por su benignidad» Una y otra parte de la oración es muy necesaria: como el mismo Señor lo declaró en boca de David por aquellas palabras: *Llámame en el di a de la tribulación, librate he, y honrarme has* (Psal. 49.). Quan grande sea la necesidad que tenemos de la largueza y bondad de Dios, ¿quién lo ignora si pone los ojos en la suma desdicha y miseria de los hombres?

3. De la grande benignidad y largueza de Dios para con los hombres.

Pero lo muy inclinada que está hacia el linage humano la voluntad de Dios, y lo muy derramada su benignidad sobre nosotros, todos lo conocen, si no están ciegos, y privados de juicio; porque a qualquier parte que volvamos los ojos, do quiera que apliquemos la consideración, luego se nos descubre la luz maravillosa de la largueza y benignidad divina. ¿Qué tienen los hombres, que no haya dimanado de la largueza de Dios? Y si todas las cosas son dones y dádivas de su bondad, ¿como emplean todas sus fuerzas en celebrar con sumas alabanzas, y dar inmensas gracias a tan liberalísimo Señor? Mas cada uno de estos exercicios, asi el de pedir alguna cosa a Dios, como el de darle gracias, tiene muchos grados, de los quales uno es mas alto y mas perfecto que otro. Y asi para que el pueblo fiel no solo haga oración, sino que la haga del mejor modo que pueda, le propondrán los pastores el modo de orar mas alto y mas perfecto, y le exhortarán a exercitarle con el mayor cuidado que pudieren.

4. *Qué sea el modo mas perfecto de orar, y el grado sumo de la oración.*

¿Y cuál es el mejor modo de orar, y el ultimo grado de la petición? Aquel de que se valen los virtuosos y justos, los quales apoyados sobre el cimiento firme de la verdadera fe, van subiendo por ciertas gradas de una altísima consideración y oración hasta aquel lugar, desde donde pueden contemplar el infinito poder, la inmensa benignidad y sabiduría de Dios: y donde tienen tambien esperanza certísima de que al presente conseguirán todo quanto pidieren, y despues aquella abundancia de inexplicables bienes, que Dios prometió dar a los que imploren el socorro divino piadosa y cordialmente. Levantada el alma al cielo con estos dos alas, se llega a Dios ardiendo en amor suyo, le bendice, le adora, y le da humildes gracias por las grandes mercedes que le ha hecho, y luego como único hijo a su amantísimo Padre con singular piedad y veneración expone confiadamente todo quanto ha menester. Este modo de pedir se explica en las sagradas Letras con la voz de *derramar*; porque dice asi el Profeta: *Derramo mi oración en su acatamiento, y delante de él pronuncio mi angustia (Psalm. 140.)*. Y esta voz significa, que el que se pone a hacer oración, nada calla, nada encubre, sino que todo lo vierte, arrojándose con toda confianza en el seno de su amantísimo Padre Dios. A esto nos exhorta la sagrada Escritura por aquellas palabras: *Derramad vuestros corazones en su*

presencia (Ibid. 61.). Y: Arroja tus cuidados sobre el Señor (Ibid. 54.). Y este es el grado de oración que insinúa San Agustín, quando dice en el Enquiridion: Lo que cree la Fe, piden la Esperanza y la Caridad (Cap. 7.).

5. Del segundo grado de oración.

Otro grado de orar es el de aquellos, que oprimidos de pecados mortales, sin embargo con aquella fe que se llama *muerta*, se esfuerzan a levantarse, y subir a Dios; mas por lo perdido de las fuerzas, y flaco de la fe, no pueden levantarse de la tierra. Pero reconociendo sus pecados, y afligidos por el remordimiento y dolor de ellos, imploran arrepentidos con humildad y sumisión desde aquel lugar, aunque tan retirado, el perdon de sus maldades, y la gracia de Dios. Su cabida tiene esta oración delante de Dios, porque son oidos sus ruegos: y aun el mismo Dios misericordioso liberalísimamente convida a los tales, diciéndoles: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os daré refrigerio (Matth. 11.).* Uno de estos fue aquel publicano, que aunque no osaba levantar los ojos al cielo, sin embargo salió justificado del templo mas bien que el Fariseo (*Luc. 18.*).

6. Del tercer grado de oración.

Hay a mas de estos otro grado, y es el de aquellos que todavía no han recibido la luz de la fe; pero encendiendo la benignidad divina la escasa luz de la razón natural, se excitan en gran manera al deseo y amor de la verdad, y piden con muchos ruegos ser instruidos en ella. Si estos perseveran en esa voluntad, no desecha sus afectos la clemencia de Dios, como lo vemos comprobado por el exemplo de Cornelio Centurion (Actor. 10.); porque a ninguno que pide de veras, se cierran las puertas de la benignidad divina.

7. Quiénes están en el ínfimo grado.

El último grado es el de aquellos, que no solo no están arrepentidos de sus fechorías y maldades, sino que añadiendo pecados a pecados, con todo eso no se avergüenzan de pedir muchas veces a Dios perdon de los pecados, en los cuales quieren continuar: quando en tal disposición ni aun a otro hombre osarían pedir que los perdonase. La oración de estos no es oida de Dios; porque asi está escrito de Antíoco: *Hacia este*

malvado oración al Señor, de quien no babia de alcanzar misericordia (2. Machab. 9.). Y asi los que viven en este estado tan infeliz, han de ser exhortados encarecidamente, a que desechada la voluntad de pecar, se conviertan a Dios de veras, y de todo corazon.

CAPÍTULO IV.

DE LAS COSAS QUE DEBEN PEDIRSE

EN LA ORACION.

1. *Que cosas se pueden pedir lícitamente en la oracion.*

En cada una de las peticiones se ha de decir a su tiempo, qué es lo que se debe pedir, y qué no. Por esto basta aquí prevenir en comun a los fieles, que pidan a Dios las cosas que. son justas y buenas: no sea que pidiendo lo que no conviene, sean rechazados con aquella respuesta: *No sabeis lo que pedís (Matth. 20.).* Todo lo que derechamente se puede desear, es lícito pedir, como lo manifiestan aquellas franquísimas promesas del Señor: *Todo quanto quisiéredes, pedireis, y se os concederá (Joann. 15.);* porque promete que concederá todas las cosas.

2. *Que cosas deben pedirse principal y absolutamente.*

Por esto debemos dirigir nuestro primer deseo y voluntad segun esta regla: *Que nuestra intención y deseo vaya derecho a Dios, que es el sumo bien.* Despues desearemos aquellas cosas que señaladamente nos juntan con Dios. Pero las que nos apartan, o traen consigo alguna causa de esta separacion, se han; de despedir muy léjos de todo nuestro amor y voluntad. Y por aquí se puede conocer, segun este sumo y perfecto bien, en qué manera se pueden desear y pedirse a Dios nuestro Padre todas las demas cosas que se dicen buenas.

3. *Cómo deben pedirse los bienes del cuerpo y de fortuna.*

Estos bienes que se llaman del cuerpo, y los bienes externos, quales son la salud, robustez, hermosura, riquezas, honores y gloria, como muchas veces dan ocasion y materia de pecar (de donde nace que no sea del todo piadosa y saludable su peticion), se han de pedir en la

oracion precisamente en estos términos; a saber, que esas comodidades de la vida se pidan en quanto son necesarias. De este modo se ordena tal peticion a Dios; porque lícito es pedir en nuestras oraciones lo que pidieron Jacob y Salomon. Aquel pedia asi: *Si me diere el Señor pan que comer, y vestido con que cubrirme, tendré al Señor por mi Dios (Genes. 28.).* Y Salomon pedia de este modo: *Dame solo lo necesario para mi mantenimiento (Prov. 30.).*

4. Cómo se debe usar de las riquezas y otros bienes del cuerpo, que nos ha

dado Dios.

Mas quando por la bondad de Dios se nos provee de sustento y vestido, es justo acordarnos de aquella exhortacion del Apostol: *Los que compran, vivan como si nada tuvieran; y los que usan de este mundo, como si no usaran, porque se pasa la figura de este mundo (Psalm. 61.).* Item: *Si abundan las riquezas, no pongais en ellas el corazon (1. Corinth. 7.);* porque del mismo Dios hemos aprendido, que en estas cosas nuestro es el fruto y el uso; pero de tal manera, que las comuniquemos a los demas. Si tenemos salud, si abundancia de los demas bienes de cuerpo o de fortuna, acordémonos de que se nos han dado para que podamos mejor servir a Dios, y juntamente favorecer al próximo con todos los bienes de esta calidad.

5. Cómo se han de pedir a Dios los bienes de ingenio y de ciencia.

Tambien es lícito pedir a Dios los bienes y cultura del ingenio, como son las artes y ciencias; pero únicamente con la condicion de que hayan de aprovechar para gloria de Dios y salvacion nuestra. Mas lo que se ha de desear, buscar y pedir absolutamente, y sin añadidura, ni condicion alguna, como ya diximos, es la gloria de Dios, y despues todas aquellas cosas, que puedan juntarnos con este sumo bien, como la fe, el temor y amor de Dios, segun se dirá mas a la larga en la explicacion de las peticiones.

CAPITULO V.

POR QUIENES SE HA DE ORAR.

1. No hay condicion de hombres por quienes no se deba orar.

Sabidas ya las cosas que se han de pedir, se ha de enseñar a los fieles por quiénes se debe orar. Mas como la oracion contiene petición y hacimiento de gracias, tratemos primero de la petición. Se ha de orar pues por todos sin excepción alguna, o de enemistades, o de naciones, o de religión; porque sea enemigo, extraño o infiel, es próximo: a quien como debemos amar por mandado de Dios, siguese que debemos hacer oración por él, pues esto es oficio del amor. Y a esto se endereza aquella exhortación del Apostol: *Ruego que se hagan oraciones por todos los hombres* (1. Tim. 2.). Y en esta oración primeramente se han de pedir las cosas que pertenecen a la salud del alma, y luego las que conducen a la del cuerpo.

2. Por quiénes se ha de orar principalmente.

Pero en este exercicio debemos dar el primer lugar a los pastores de almas, como nos lo enseña con su exemplo el Apostol; porque escribiendo a los colosenses, dice: *Que hagan oración por él, para que Dios le abra la puerta de la predicacion* (Colos. 4.). Y lo mismo encarga a los tesalonicenses (1. Thesal. 5.). Y en los Hechos apostólicos se escribe tambien: *Que se hacia en la Iglesia oración continua por San Pedro* (Actor. 12.). Esto nos aconseja San Basilio en los libros de las reglas morales, diciendo: *Que se ha de pedir por aquellos que están encargados de predicar la palabra de la verdad* (Reg. 56.).

En segundo lugar se debe pedir por los príncipes, segun el mismo Apostol; porque ninguno ignora lo mucho que interesa el bien comun en tener príncipes piadosos y justos. Y asi se ha de pedir a Dios los haga tales, quales deben ser los que presiden a los demás.

Hay exemplos de varones santos, en que se nos previene que hagamos oración por los justos y buenos; porque aun estos están necesitados de oraciones de los demás. Y esto lo ordenó asi el Señor, para que no se engrían por soberbia, viéndose necesitados de sufragios

de los inferiores.

3. Por nuestros enemigos, y los de la Iglesia se ha de hacer oración.

Tambien mandó el Señor que rogásemos por los que nos persiguen y calumnian (Matth. 5.). Demas de esto es celebrado por testimonio de San Agustín (*Epist. 107. ad Vital.*), que viene de los Apostoles la costumbre de hacer oraciones y votos al Señor por los que son agenos de la Iglesia: para que los infieles se reduzcan a la fe: para que los idólatras sean sacados de los errores de su impiedad: para que los judíos, ahuyentada la obscuridad de sus almas, reciban la luz de la verdad: para que los hereges, volviendo a la salud, sean instruidos en los preceptos de la doctrina católica; y para que los cismáticos, que se apartaron de la comunión de la santa Madre Iglesia, se junten con ella otra vez en lazo de verdadera caridad. Quán eficaces sean las oraciones hechas de corazon por tales gentes, consta da muchísimos exemplos de toda suerte de hombres, que sacándolos cada dia del poder de las tinieblas, los traslada Dios al reino del Hijo de su amor; y de vasos de ira, los hace Vasos de misericordia: para lo qual ninguno que sienta bien, puede dudar que aprovechan muchísimo las oraciones de los buenos.

4. Tambien se ha de pedir por los difuntos.

Las oraciones que se hacen por los difuntos, para que: sean librados del fuego del purgatorio, traen su origen de Ja doctrina de los Apostoles. Sobre lo qual se dixo lo bastante tratando del sacrificio de la Misa.

5. No aprovecha la oración agena a los que pecan de muerte.

A aquellos de quien se dice, *que pecan de muerte* (1. Joann. 5.), apenas aprovechan las oraciones y votos. Sin embargo es obra de Caridad cristiana rogar por ellos, y porfiar llorando, por si puede aplacarse con ruegos y lágrimas la ira de Dios.

6. Cómo se entienden las execraciones de la Escritura.

Mas las execraciones de que usaron los Santos contra los impíos, consta que son, segun sentencia de los Padres antiguos, o profecías de los males que les habían de sobrevenir, o que se enderezaban contra el pecado: para que, salvas las personas, se destruyese la malignidad de la culpa.

7. Qué sea el uso de la acción de gracias.

En la segunda parte de la oración damos a Dios muchas gracias por los divinos e inmortales beneficios; que siempre hizo y hace cada día al linage humano. Y señaladamente nos valemos de esta acción de gracias a causa de todos los Santos, rindiendo a su Magestad singulares alabanzas por las victorias y triunfos, que con su divina gracia consiguieron de todos sus enemigos internos y externos.

8. Quién tiene el primer lugar en la acción de gracias por los Santos.

A este hacimiento de gracias pertenece aquella primera parte de la Salutación angélica, quando la rezamos, para pedir, diciendo: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mugeres*; porque aquí bendecimos a Dios, dándole sumas alabanzas, y rindiéndole gracias por haber colmado a la Santísima Virgen con toda la plenitud de sus divinos dones. Y a la misma Señora damos los parabienes por su especialísima felicidad. Y con mucha razón la santa Iglesia de Dios añadió a esta acción de gracias ruegos, y la invocación de la Santísima Madre de Dios, con la qual nos acogiésemos a ella piadosa y rendidamente, para que por su intercesión reconciliase con Dios a nosotros pecadores, y nos alcanzase los bienes necesarios, asi para esta vida, como para la eterna. Y asi nosotros desterrados hijos de Eva, que estamos en este valle de lágrimas, debemos invocar de continuo a la Madre de misericordia, y Abogada del pueblo fiel, para que ruegue por nosotros pecadores, y por medio de esta oración implorar el patrocínio y amparo de esta Señora, cuyos méritos para con Dios son subidísimos, y cuya voluntad está muy inclinada a favorecer a los hombres, como ninguno lo puede dudar sino impía y malvadamente.

CAPITULO VI.

A QUIEN SE DEBE HACER ORACIÓN.

1. La oración debe enderezarse a Dios.

No solo las sagradas Escrituras, donde oímos a Dios que nos manda: *Lláname en el día de la tribulación (Psalm. 49.)*, sino aun la misma lumbre de la naturaleza sellada en nuestros entendimientos, dicta que la oración se debe hacer a Dios, y que ha de ser invocado su divino nombre. Mas por el nombre de Dios se deben entender las tres Personas divinas.

2. Tambien se ha de hacer oración a los Santos.

En segundo lugar recurrimos a los socorros de los santos, que están en el cielo, a quienes tambien sé han de hacer oraciones. Esto se tiene por tan cierto en la Iglesia, que no pueden los fieles padecer duda alguna acerca de ello. Y por haberse explicado separadamente en su lugar, remitimos allí a los Párrocos y a los demás. Pero a fin de quitar a los ignorantes toda ocasión de errar, será bueno enseñar al pueblo fiel la diferencia que hay entre una y otra invocación.

3. De diferente modo invocamos a Dios que a los Santos.

No imploramos pues de un mismo modo a Dios y a los Santos; porque a Dios pedimos, o que nos conceda bienes, o que nos libre de males. Pero a los Santos por su gran valimiento acerca de Dios, pedimos que tomen por su cuenta nuestras causas, para que nos alcancen de Dios las cosas que necesitamos. Por esto nos valem de dos formas de pedir muy diversas; porque a Dios propiamente decimos: *Ten misericordia de nosotros: óyenos*; pero al Santo: *Ruega por nosotros*.

4. *Cómo podemos pedir a los Santos que tengan misericordia de nosotros.* También podemos en alguna manera pedir a los Santos, que tengan misericordia de nosotros; porque son muy misericordiosos: y así podemos rogarlos, que apiadados de la miseria de nuestra condición, nos ayuden ante Dios con su intercesión y valimiento. Mas en esto deben todos cautelarse mucho de no atribuir a otro alguno lo que es propio de solo Dios. Y así quando rezare uno delante de la imagen de algún Santo la oración del *Padre nuestro*, tenga entendido que lo que pide al Santo es, que ruegue juntamente con él, y que pida al Señor le conceda las cosas que se contienen en esa oración; y en fin, que sea su abogado y medianero para con Dios; porque los Santos hacen este oficio, como lo enseñó San Juan en su Apocalipsis (*Apoc. 8.*).

CAPITULO VII.

DE LA PREPARACIÓN PARA ORAR.

1. *Con qué virtudes señaladamente debemos prepararnos para orar.*

Dícesenos en las divinas Letras: *Antes de la oración prepara tu alma, y no quieras ser como el hombre que tienta a Dios (Eccli. 18.);* porque tienta a Dios el que pidiendo bien, obra mal; y hablando con Dios, está su alma muy extraviada de las peticiones. Por esto importando tanto que haga cada uno oración a Dios con la disposición debida, enseñarán los Párrocos a sus devotos oyentes en qué manera deben orar. Será pues el primer paso para la oración un ánimo verdaderamente humilde y rendido, junto con un reconocimiento tan grande de sus pecados, que por ellos entienda el que se llega a Dios, que no solo es indigno de alcanzar cosa alguna de su Magestad, sino tambien de parecer en su presencia para hacer oración. De esta preparación hacen memoria muchísimas veces las divinas Letras, como quando dicen: *Miró el Señor la oración de los humildes, y no menospreció los ruegos de ellos (Psalm. 101.). Y: La oración del que se humilla, penetrará las nubes (Eccli. 35.).* Pero a los pastores eruditos se ofrecerán innumerables textos, que vengan a este caso: por lo qual sobreseemos de la alegación de muchos, por no ser necesaria. Pero no omitiremos ni aun en este lugar aquellos dos exemplos, que ya tocamos en otro; porque son muy acomodados para este asunto. Uno es aquel tan sabido del Publicano, que estando a lo lejos, no osaba levantar los ojos de la tierra (*Luc. 18.*). Otro el de aquella muger pecadora, que traspasada de dolor, regó con sus lágrimas los pies de Cristo Señor nuestro (*Ibid. 7.*). Uno y otro declara el gran peso que da a la oración la humildad cristiana.

A esto se sigue cierta congoja nacida de la memoria de los pecados: o por lo menos algún sentimiento de dolor, por el motivo de que no nos podemos doler; porque si el penitente no pone estas dos cosas, o a lo menos la segunda, no puede conseguir el perdón.

2. De que pecados señaladamente se deben guardar los que han de hacer

oración fructuosa.

Y porque hay ciertas maldades, que en gran manera impiden nos conceda el Señor lo que pedimos en la oración, como son *homicidios y violencias*, deben abstenerse las manos de estas crueldades y arrojios. Acerca de esto dice así el Señor por boca de Isaías: *Quando extendiéredes vuestras manos, apartaré mis ojos de vosotros; y quando multiplicáredes la oración, no os oiré; porque vuestras manos están llenas de sangre (Isai. 1.).*

También se debe huir de la *ira y discordia*, que impiden muchísimo el que las oraciones sean bien despachadas. Sobre lo qual dice así el Apostol: *Quiero que los hombres hagan oración en todo lugar, levantando las manos puras a Dios sin iras y sin contiendas (1. Tim. 2.).*

Se ha de mirar a más de esto, que no nos hagamos implacables a ninguno en las injurias; porque con tales afectos nunca nuestras oraciones podrán recabar con Dios que nos perdone: *Quando os pusiéredes a orar*, dice el mismo Señor, *perdonad, si tenéis qué: pues si no perdonáredes a los hombres, ni vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (Marc. 11. Matth. 6.).*

También se ha de cuidar, que no seamos duros e inhumanos con los menesterosos; porque contra tales hombres está escrito: *El que tapa sus oídos al clamor del pobre, él clamará, y no será oído (Prov. 21.).*

¿Y qué diremos de la *soberbia*? La qual ofende a Dios en tanto grado, como lo testifica aquella voz: *Dios resiste a los soberbios; mas a los humildes da su gracia (1. Petr. 5.).*

¿Qué del menosprecio de las palabras divinas? Contra éste dice Salomón: *El que aparta sus oídos para no oír la ley, la oración de él será abominable (Prov. 28.).* Pero no se excluye aquí pedir a Dios por las injurias que hicimos, o por el homicidio, por la ira, por la dureza con los pobres, por la soberbia, y menosprecio de la palabra de Dios; y en fin, por todos los demás pecados, pidiendo y suplicando el perdón de ellos.

3. De la fe para con Dios, que es necesaria en la oración.

Tambien es necesaria la *fe* para esta preparación del alma; porque si falta, ni se tiene conocimiento de la omnipotencia del Padre celestial, ni de su misericordia, siendo asi que de ellas nace la confianza del que pide, como el mismo Cristo Señor nuestro lo enseñó, quando dixo: *Quantas cosas pidieredes en la oración, creyendo, las recibiréis (Matth. 21.)*. De esta fe escribe asi San Agustin: *Si falta la fe, pereció la oración (Serm. 36. de Verb. Domin. cap. 1.)*. Es pues lo principal para orar bien, como ya queda dicho, que estemos firmes y fixos en la fe: lo que por lugar contrario mostró el Apostol, diciendo: *¿Cómo pues invocarán a aquel en quien no creyeron (Rom. 10.)?* Y asi conviene creer para poder orar, y tambien para que no nos falte la misma fe, con la qual oramos fructuosamente; porque la fe es la que derrama las peticiones: y éstas hacen, que desechada toda duda, sea firme y constante la fe. Conforme a esto exhortaba San Ignacio a los que se llegan a orar a Dios, diciendo: *No estéis en la oración con ánimo dudoso. Dichoso el que no dudare (Epist. ad Hieron.)*. Y por tanto para alcanzar de Dios lo que queremos, es importantísima la fe, y la esperanza cierta de conseguirlo, como lo previene el Apostol Santiago por estas palabras: *Pida con fe sin ninguna desconfianza (Jacob. 1.)*.

4. De las cosas que pueden inducirnos a pedir con fe viva.

Muchas son las cosas por las que debemos confiar en este exercicio de la oración. Una es aquella voluntad y benignidad de Dios tan declarada para con nosotros, que nos manda que le llamemos *Padre*, para que entendamos que somos hijos suyos. Otra el número casi infinito de los que por la oración alcanzaron de Dios lo que pidieron. Y sobre todo aquel sumo rogador Cristo Señor nuestro, que siempre está pronto para ayudarnos, de quien dice asi San Juan: "Si alguno pecare, Abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo justo; y éste »es la propiciación por nuestros pecados (1. Joann. 2.)." Y el Apostol San Pablo dice: "Cristo Jesús, que es el que murió, y además el que resucitó, y el que está sentado a la diestra de Dios, y el que tambien aboga por nosotros (Roman. 8.)." Y a Timoteo dice tambien: "Un Dios y un Medianero entre Dios y los hombres, y Hombre tambien Jesucristo (1. Tim. 2.)." Demas de esto escribe a los hebreos: "Por donde debió asemejarse en todo a los hermanos: para que se hiciese misericordioso y fiel Pontífice para con Dios, para que le aplacase por los pecados del pueblo (Hebr. 2.)." Y por esto aunque nosotros seamos indignos de alcanzar cosa alguna, sin embargo por la dignidad de un tan gran Medianero y Rogador como Jesuchristo, debemos esperar y confiar en gran manera, que nos ha de conceder Dios quantas cosas pidamos por él en el modo debido.

5. El Espíritu Santo es el Autor de nuestras oraciones.

Ultimamente el Autor de nuestras oraciones es el Espíritu Santo, con cuya dirección es necesario que sean oídas nuestras peticiones; porque hemos recibido el espíritu de adopción de hijos de Dios, por el qual clamamos *Padre, Padre (Roman. 8.)*. Y este mismo espíritu ayuda nuestra flaqueza e ignorancia en este exercicio de orar: *Y aun él mismo*, dice el Apostol, *pide por nosotros* (esto es, nos hace pedir) *con gemidos inexplicables (Ibid.)*.

6. Cómo debemos valemos de la fe para alcanzar lo que pedimos.

Y si alguna vez titubean algunos, y no se sienten bastante firmes en la fe, válganse de aquella voz de los Apostoles: *Señor, auméntanos la fe (Luc. 17.)*. Y de la de aquel Padre: *Ayuda. Señor, mi incredulidad (Marc. 9.)*. Pero entonces señaladamente alcanzaremos de Dios quanto deseamos fortalecidos, asi en la fe, como en la esperanza, quando conformásemos nuestros pensamientos, acciones y oraciones con la ley y voluntad de Dios; porque dice: *Si permaneciéredes en mí, y mis palabras permanecieren en vosotros, todo quanto quisiéredes, pediréis, y hacerse ha (Joann. 15.)*. Aunque para poder alcanzar de Dios todas las cosas, lo que principalmente se requiere, como diximos antes, es olvidar las injurias, y amar, y hacer bien a los próximos.

CAPITULO VIII.

DEL MODO QUE SE REQUIERE EN LA ORACIÓN.

1. *Debe enseñarse al pueblo el mejor modo de orar, y qué sea orar en espíritu*

y verdad.

Mas importa muchísimo hacer debidamente las oraciones sagradas; porque aunque Ja oración es un bien muy provechoso, con todo eso de nada sirve si no se hace como, se debe: pues muchas veces *pedimos, y no recibimos*, como dice Santiago, *porque pedimos mal* (Jacob. 4.). Y asi enseñarán los Párrocos al pueblo fiel, cuál sea el mejor modo de pedir y orar, asi privada, como públicamente. Y estas reglas de la oración cristiana están enseñadas por la doctrina de Cristo Señor, nuestro.

Se ha de orar pues en espíritu y verdad; porque *tales los quiere el Padre celestial, que le adoren en espíritu y verdad* (Joann. 4.). Ora de esta manera el que hace su oración con íntimo y ardiente afecto del alma. Y no excluimos a la oración *vocal* de este modo espiritual de pedir. Pero con todo eso nos parece que de justicia se debe la primacía a la oración que nace de un corazon fervoroso: que es la que oye Dios, a quien están patentes los pensamientos ocultos de los hombres, aunque no se pronuncie con la boca. Oyó los ruegos íntimos de aquella Ana que fue madre de Samuel, de la qual leemos que oró llorando, y no moviendo sino los labios (1. Reg. 1.). De este modo oró David y porque dice: *A ti hablé mi corazon, mi rostro te buscó con diligencia* (Psalm. 26.). A cada paso se hallan exemplos semejantes en las sagradas letras.

2. *Cuál sea el principal uso de la oración vocal.*

Pero tambien la oración vocal es por sí misma útil y necesaria; porque

enciende los deseos del alma, y aviva la devoción del que ora, como lo escribió San Agustín a Proba por estas palabras: "Algunas veces para acrecentar los santos deseos, nos excitamos con mayor vehemencia a nosotros mismos con palabras, y con otras señales (Epist. 121.)." Otras veces también en fuerza de algún afecto vivo de devoción y piedad, nos vemos obligados a manifestar con palabras nuestros sentimientos; porque saltando el alma de placer, justo es que también saltela lengua. Y verdaderamente es muy debido ofrecer el sacrificio cabal del alma y cuerpo: pues de este modo de orar usaron los Apóstoles, como se echa de ver por sus hechos (*Actor. 4. et 16.*), y por las epístolas de San Pablo en muchos lugares (*1. Corinth. 14. Ephes. 3. Colos. 3.*).

3. No es necesaria la voz en la Oración privada, como en la pública.

Mas porque hay dos maneras de orar, una *privada*, y otra *pública*; en la oración privada nos valemos de la pronunciación, para que ayude al afecto interior, y a la piedad. Pero en la pública, como fue instituida para despertar la devoción del pueblo fiel, no se puede en manera ninguna omitir el oficio de la lengua a ciertos y señalados tiempos.

4. Orar en espíritu es propio de cristianos, y no deben reusar alargar la

oración.

Esta costumbre de orar en espíritu, propia de cristianos, en manera ninguna la observan los infieles, de quien nos dice así Christo nuestro Señor: "Quando oráis, no queráis hablar mucho, como hacen los gentiles, que piensan son oídos por su mucho hablar. No queráis pues asemejaros a ellos; porque vuestro Padre celestial sabe lo que habéis menester, antes que lo pidáis (*Matth. 6.*)" Pero aunque prohíbe el Señor el mucho hablar, con todo eso tan lejos está de reprobar aquellas oraciones prolongadas, que nacen de un vehemente y continuado fervor de espíritu, que antes bien nos exhorta con su exemplo a este modo de orar; pues no solo gastaba en oración las noches enteras (*Luc. 6.*), sino que por tres veces repitió una misma (*Matth. 26.*). Solo pues se ha de asentar, en que nada se alcanza de Dios con el vano sonido de las voces.

5. No admite Dios las oraciones de los hipócritas.

Tampoco oran en verdad los hipócritas: de cuyo modo de orar nos aparta Cristo Señor nuestro por estas palabras: "Quando hiciéredes oracion, no seréis como los hipócritas, que quieren orar en las sinagogas, y en los cantones de las plazas, para que los vean los hombres. En verdad os digo: recibieron su galardón. Mas tú quando hubieres de orar, entra en tu retrete, y cerrada la puerta, haz oración a tu Padre en escondido: y tu Padre que te ve escondido, te dará el galardón (Matth. 6.)." Este retiro que se menciona aquí, puede entenderse del corazon del hombre. Y no basta recogerse en él, sino que a mas de esto es menester que se cierre, para que nada de afuera se introduzca o influya en el alma, que pueda manchar la pureza de su oración; porque entonces el Padre celestial, que señaladamente mira los corazones y ocultos pensamientos, nos concede lo que pedimos.

6. Se ha de perseverar pidiendo, aunque se dilate lo que se pide.

Demas de esto requiere la oración *perseverancia*; porque es tan poderosa, como lo mostró el Hijo de Dios por el exemplo de aquel juez, que aunque ni temia a Dios, ni respetaba a los hombres, sin embargo vencido de la importunación y diligencia de una viuda, la otorgó lo que le pedia (Luc. 18.). Y asi se han de hacer de continuo oraciones a Dios, y no imitar a aquellos, que en habiendo pedido una y otra vez, si no les dan lo que piden, se cansan de la oración; porque en este exercicio no debe haber cansancio, como nos lo enseña la autoridad de Cristo Señor nuestro (Ibid.), y la del Apostol (1. Thes. 5.). Y si alguna vez llega a desfallecer la voluntad, pedir a Dios con muchos ruegos la virtud de la perseverancia.

7. Cristo Señor nuestro manda que en su nombre pidamos a su Padre.

Quiere tambien el Hijo de Dios, que nuestras oraciones lleguen en su nombre al Padre: pues el mérito y gracia de este Medianero les dan tanto valor y virtud, que son oidas por el Padre celestial; porque el mismo Señor nos dice por San Juan: "En verdad, en verdad os digo: Si pidiéredes al Padre alguna cosa en mi nombre, os será dada. Hasta

ahora no pedisteis cosa en mi nombre: pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea cumplido (*Joann. 16.*). "Y en otra parte: "Todo quanto pidiéredes al Padre en mi nombre, lo haré (*Ibid. 14.*)."

8. Se ha de imitar ti fervor de los Santos, y juntar el dar gracias con la

peticion.

Imitemos aquel fervor ardiente con que hacían los Santos Oracion; y juntemos con la peticion el hacimiento de gracias a exemplo de los Apostoles, los que guardaron siempre esta costumbre, como se puede ver en San Pablo (*1. Corinth. 14. Ephes. 1. et 5., Colos. 3. &c.*).

9. Para que sea la oracion fervorosa, ha de ir acompañada de ayuno y

limosna.

Pero juntemos con la oracion el *ayuno* y *limosna*. El ayuno ciertamente está muy hermanado con la oracion; porque los que estan cargados de comida y bebida, tienen el entendimiento tan embotado, que ni pueden mirar a Dios, ni pensar siquiera qué quiere decir oracion. Síguese la limosna, que tambien ésta tiene estrecha amistad con la oracion; porque ¿quién osará decir, que hay caridad en él, si pudiendo, no socorre benignamente a su próximo y hermano, que vive de la misericordia agena? ¿O con qué cara pedirá el socorro de Dios quien no tiene rastro de caridad? Sino es que venga a pedir a su Magestad perdon de sus pecados, y al mismo tiempo pida rendidamente que le dé caridad. Por esco fue disposicion de Dios, que hubiese estos tres remedios para la salud de los hombres; porque quando pecamos, como o agraviamos a Dios, o injuriamos al próximo, o nos dañamos a nosotros mismos; con las sagradas oraciones aplacamos a Dios, con la limosna redimimos las ofensas de los próximos, y con el ayuno lavamos las manchas de nosotros mismos. Y aunque cada cosa de estas es provechosa contra toda suerte de pecados; sin embargo es remedio específico contra cada uno de los pecados que hemos dicho.

CAPITULO IX.

DEL PROEMIO DE LA ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO.

"PADRE NUESTRO, QUE ESTÁS EN LOS CIELOS."

1. *Por qué en el principio de esta oración puso Cristo el nombre de Padre, y no el de Señor o Juez.*

Como esta regla de la oración cristiana dada por Jesucristo, está dispuesta de forma, que antes que lleguemos a las peticiones, hemos de usar de ciertas palabras en lugar de proemio, para que acercándonos con ellas piadosamente a Dios, le podamos pedir con mas confianza; es obligación del Párroco explicarlas clara y distintamente, para que el pueblo fiel acuda con mas gusto a la oración, y entienda que ha de tratar con Dios su Padre. Este principio pues, mirando a las palabras, es muy breve; pero atendiendo a lo que encierra en sí, es muy grave, y muy lleno de misterios. La primer palabra, que por mandamiento y ordenación de Dios pronunciamos en esta oración, es *Padre*. Bien pudo nuestro Salvador empezar esta oración divina con otra palabra, que pareciese mas magestuosa, como la de *Criador o Señor*. Pero omitió éstas, que al mismo tiempo nos podrían causar algún temor, y puso aquella, que infunde amor y confianza a los que oran y piden algo a Dios; porque ¿qué cosa de mayor regalo que el nombre de *Padre*, que está rebosando ternura y caridad?

2. *De la primera razón porqué llamamos a Dios Padre.*

Para enseñar pues al pueblo fiel por qué razones conviene á Dios el

nombre de Padre, podrá servirse el Párroco de las obras de la creación, gobernación y redención; porque habiendo Dios criado al hombre a su imagen, lo que no hizo con los demás animales; por este don singular con que le adornó, justamente se llama en las Escrituras divinas Padre de todos los hombres; y no solo de los fieles, sino tambien de los infieles.

3. De la segunda razón porqué llamamos a Dios Padre.

Por lo que toca a la gobernación, podrá el Párroco formar su discurso, de que mirando y acudiendo Dios a la utilidad de los hombres, nos descubre los senos de su paternal amor por un modo especial de su cuidado y providencia. Y para que en la explicación de este punto se conozca mejor el cuidado paternal que Dios tiene de los hombres, parece conveniente decir alguna cosa acerca de la guarda de los ángeles, baxo cuya tutela están los hombres.

4. Por providencia de Dios se encomendó a los ángeles el cuidado de ;os

hombres.

Por providencia de Dios está dado a los ángeles el cargo de guardar al linage humano, y de estar prontos a socorrer a cada uno de los hombres, para que no reciban algún daño grave; porque asi como los padres quando tienen que ir los hijos por algún camino arriesgado y peligroso, les ponen guardas para que los defiendan y ayuden en los peligros; asi el Padre celestial en este camino que llevamos para la patria del cielo, destinó a cada uno de nosotros, ángeles, con cuya protección y diligencia nos libertásemos de las emboscadas y lazos de los enemigos, rechazásemos las embestidas horribles, que hacen contra nosotros, y siguiésemos con tan buenas guias el camino derecho; sin que trampa ninguna, armada por la falacia del enemigo, pudiese extraviarnos del camino que guia al cielo.

5. Por qué medios se conocerá claramente la grande utilidad que acarrea a

los hombres la guarda de los ángeles.

Pues lo muy grande que es la utilidad de este cuidado y providencia

singular de Dios para con los hombres, cuyo cargo y administración se encomendó a los ángeles, que son los que por su naturaleza median entre Dios y los hombres, consta de los exemplos que nos ofrecen en abundancia las divinas Letras. Estas nos aseguran, que acaeció muchas veces por la bondad de Dios, que hicieran los ángeles grandes maravillas a vista de los hombres, por las cuales entendiésemos otras innumerables e invisibles semejantes a éstas, que para nuestro bien y salvación obran los ángeles de nuestra guarda. El ángel San Rafael, señalado por Dios a Tobías por compañero y guía de su jornada (Tob. 5.), le llevó, y le volvió sano y bueno (*Ibid.* 6.). Le favoreció para que no se le tragase aquel pez desmesurado, y le descubrió la gran virtud que tenía el hígado, hiél y corazón de ese pez (*Ibid.* 8.). Él auyentó al demonio; y reprimido y atado su poder, hizo que no le dañase (*Ibid.* 6.). Enseñóle también la ley verdadera, y legítimo uso a que está ceñido el matrimonio; y en fin, restituyó la vista a Tobías su padre, que estaba ciego (*Ibid.* 12.).

6. Del ángel que libró a San Pedro de la cárcel.

Aquel ángel también que sacó de la cárcel al príncipe de los Apóstoles, dará materia abundante para instruir a los feligreses acerca del fruto maravilloso del cuidado y guarda de los ángeles, quando mostraren los Párrocos a un ángel que ilustra las tinieblas de la cárcel, que tocando a San Pedro por un lado, le despierta del sueño, le desata las cadenas, le rompe los grillos, le avisa que se levante, y que vistiéndose y calzándose le siga; y quando enseñaren también, que sacándole libre de la cárcel por medio de los guardias, y abriendo en fin las puertas de la ciudad, le puso en salvo (Actor. 12.).

Llena de estos exemplos está, como diximos, la historia de las santas Escrituras. Por ellos entendemos quan grandes son los beneficios que hace Dios a los hombres por medio de los ángeles. Y no son enviados determinadamente para algún negocio o caso particular; sino que desde nuestro nacimiento están señalados para nuestro cuidado, y diputados para el amparo de la salud de cada uno de los hombres. De esta: doctrina, explicada con cuidado, se seguirá la utilidad, de que las almas de los oyentes se levanten, y se despierten a reconocer y venerar el paternal cuidado y providencia que Dios tiene de ellos.

7. Otra razón de este paternal cuidado de Dios para con los hombres.

Sobre todo lo dicho encarecerá en este lugar el Párroco, y ante todo propondrá las riquezas de la benignidad de Dios hacia los hombres; porque habiéndole ofendido nosotros con innumerables maldades y culpas desde el primer padre de nuestro linage, y pecado hasta el dia presente, sin embargo de eso nos mira con la mayor caridad, y no levanta mano de aquel cuidado especial que tiene de nosotros. Y si piensa alguno que Dios se olvida de los hombres, es loco, y echa en cara a su Magestad una indignísima injuria. Aírase el Señor contra Israel por la blasfemia de aquella gente, que se juzgaba abandonada del socorro del cielo; porque se escribe en el Éxodo: *Tentaron al Señor diciendo: Por ventura está el Señor con nosotros, o no (Exod. 17.)?* Y en Ezequiel se indigna el Señor contra el mismo pueblo, porque habia dicho: *No nos ve el Señor, desamparado ha su tierra (Ezech. 8.)*. Pues con estas autoridades han de ser derribados los fieles de una opinión tan abominable, como que puede caber en Dios olvido de los hombres. Acerca de esto se puede oír al pueblo de Israel, que por Isaías se quejaba de Dios, y al contrario a Dios, que rebatía su necia querella con una tierna comparación: escríbese pues asi: *Dixo Sion, el Señor me ha desamparado, y se ha olvidado de mí*. A esto responde Dios: *¿Puede por ventura olvidarse una madre de su hijo chiquito, y no compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella se olvide, yo nunca me olvidaré de tí. He aquí en mis manos te tengo escrito (Isai. 49.)*.

8. Demuéstrase lo mismo con el exemplo de los primeros paires.

Mas aunque esta verdad queda confirmada manifiestamente con los pasages referidos, todavía para que el pueblo fiel quede del todo persuadido a que es imposible tiempo en que dexe Dios de acordarse de los hombres, y de mostrar con ellos los oficios de su paternal amor; comprobarán los Párrocos este punto con el exemplo de los primeros padres. Quando oyes que estos, despues de haber despreciado el mandamiento de Dios, son acusados con la mayor aspereza, y condenados con aquella sentencia horrible: *Maldita será la tierra en tu trabajo, en sudores comerás de ella todos los dias de tu vida, espinas y abro os te producirá, y comerás las yervas del campo (Genes. 3.)*. Quando los ves arrojados del Paraíso, y lees que para cortarles toda esperanza de volver a él, fué colocado a la puerta un querubín blandiendo una espada de fuego: quando miras que son afligidos por Dios, vengador de su injuria, con molestias de cuerpo, y de alma, ¿por ventura no pensarás que ya absolutamente se acabó con el hombre? ¿No creerías, que no solo quedaba despojado del socorro divino, sino tambien

expuesto a toda injuria? Pues en medio de tantas muestras de ira y de venganza divina, no dexó de descubrirse alguna luz de la caridad de Dios para con él; porque dice la Escritura: *Que hizo el Señor a Adán y a su muger unas túnicas de pieles, y los vistió (Genes. 3.)*. Señal muy grande de que jamás habia de desamparar Dios al hombre.

9. No es agotable el amor Se Dios por nuestros pecados.

Quan verdadera sea esta sentencia, a saber: *Que el amor de Dios no es agotable por pecados ningunos de los hombres, lo expresó David por estas palabras: ¿Encerrará acaso Dios en su ira sus misericordias (Psalm. 76.)? Esto mismo manifestó Habacuc, hablando con Dios, quando dixo: Quando estuvieres airado, te acordarás de la misericordia (Habac. 3.)*. Y Miquéas lo explicó de este modo: *¿Qué Dios semejante a tí? Que quitas la maldad, y perdonas el pecado del resto de tu pueblo. Ta no descargará mas su furor; porque ama la misericordia (Mich. 7.)*. Asi es ciertamente; porque quando nos juzgamos mas perdidos y mas desamparados del socorro de Dios, entonces señaladamente es quando nos busca, y cuida de nosotros por su bondad inmensa; porque entre sus iras suspende el golpe de la espada de la justicia, y no cesa de derramar los tesoros inagotables de su misericordia.

10. La tercera razón que colmadamente muestra el amor paternal de Dios

para con los hombres.

Muchísimo pues pueden servir las obras de la creación y gobernación para declarar la especial providencia de. Dios en amar y cuidar de los hombres. Pero con todo eso sobresale tanto entre los dos antecedentes la de redimir al hombre, que nuestro liberalísimo Dios y Padre hizo resplandecer sobre nosotros la suma y el colmo de su benignidad con este tercer beneficio. Por esto enseñará el Párroco a los hijos espirituales, y de continuo les encarecerá esta singularísima caridad de Dios con los hombres, haciéndoles entender, que por haber sido redimidos, vinieron a ser hechos hijos de Dios por un inefable modo; porque como dice San Juan: *Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios: Y de Dios son nacidos (Joann. 1.)*. Y asi el Bautismo, que es la primer prenda y memoria que tenemos de la Redención, se llama *Sacramento de regeneración*; porque de allí nacemos hijos de Dios: pues el mismo Señor dice: *Lo que es nacido de espíritu, espíritu es (Ibid. 3.)*. Y: *Es necesario nacer de nuevo (Ibid.)*. Y el Apostol San Pablo dixo: *Renacidos, no de simiente corruptible, sino incorruptible por la palabra de Dios vivo*

(1. Petr. 1.).

11. Por singular beneficio de Dios somos hechos hijos suyos mediante la obra de la redención.

Pues en virtud de esta redención recibimos el Espíritu Santo, y fuimos enriquecidos con la gracia de Dios; y mediante este don somos adoptados por hijos suyos, como lo escribe el Apostol a los Romanos, diciendo: *No recibisteis el espíritu de servidumbre otra vez en temor, sino recibisteis el espíritu de adopción de hijos, con el qual clamamos Padre, Padre (Rom. 8.).* Y San Juan declara la virtud y eficacia de esta adopción de este modo: *Mirad qual caridad nos dio el Padre, que seamos llamados hijos de Dios, y que lo seamos (1. Joann. 3.).*

12. Qué deben hacer los cristianos hechos ya hijos de Dios por tantos beneficios de su Padre celestial.

Expuestas estas cosas se ha de amonestar al pueblo fiel, quan obligado está en justa correspondencia a su amantísimo Padre Dios: para que entienda con quanto amor y piedad, con quanta obediencia y veneración debe servir a su Criador, a su Gobernador y a su Redentor, y con quanta esperanza y confianza le deberá invocar. Mas para instruir la ignorancia, y corregir la perversa sentencia de aquellos que juzgan que solo las cosas favorables, y la carrera próspera de la vida son prueba de que Dios nos mira con amor; y que al contrario, quando nos exercita con trabajos y calamidades, es señal de un ánimo enemigo, y de una voluntad del todo enagenada da de nosotros: se ha de manifestar, que quando nos toca la mano del Señor, en manera ninguna lo hace como enemigo, sino que hiriendo, sana, y que son medicinas las llagas que nos vienen de su Magestad; porque castiga a los que pecan, para que se mejoren con la corrección, y con las penas temporales librarlos de las eternas. Es así, que visita con la vara nuestras maldades, y con azotes nuestros pecados; mas no por eso aparta de nosotros su misericordia (*Psaln. 88.*).

Por esto se ha de advertir a los fieles, que en tales castigos reconozcan el amor paternal de Dios, y que tengan muy presente en la

memoria y en la boca aquello del pacientísimo Job: *El mismo hace la llaga, y la cura; hiere, y con sus manos sanará (Job. 5.)*. Que se valgan de aquellas palabras que escribió Jeremías en persona del pueblo de Israel: *Castigáste me, Señor, y fui enseñado como novillo por domar. Conviérteme, Señor, y convertirme he; porque tú eres mi Dios y Señor (Jerem. 31.)*. Que se propongan el exemplo de Tobías, quien habiendo percibido, que en aquella llaga de su ceguedad andaba de por medio la mano paternal de Dios que le heria, exclamó: *Bendígote, Señor, Dios de Israel, porque tú me castigaste, y tú me librasete (Tob. 11.)*.

13. Se ha de inculcar a los fieles que nunca Dios se olvida de nosotros.

Pero en lo que deben los fieles estar con gran cuidado quando les sobreviene algún desastre, o se ven afligidos con qualquier calamidad, es en que no imaginen que Dios ignora eso; porque dice él mismo: *Un cabello de vuestra cabeza no perecerá (Luc. 21.)*: antes bien que se consuelen con aquella divina sentencia, que se dixo en el Apocalipsis: *Yo a los que amo, reprehendo y castigo (Apoc. 3.)*. Y que del todo se aquieten con aquella exhortación del Apostol a los hebreos: "Hijo mío, no deseches la disciplina del Señor, ni desmayes quando eres castigado por él; porque el Señor castiga a quien ama, y azota a todo aquel que recibe por hijo. Y si estáis fuera de la disciplina, espurios sois, no hijos. Tambien tuvimos por castigadores a nuestros padres carnales, y los reverenciábamos. Por que no obedeceremos mucho mejor al Padre de los espíritus, y viviremos (Hebr. 12.)?"

"NUESTRO."

14. Por qué se nos manda decir nuestro, y no mío.

Quando invocamos cada uno de nosotros al Padre, y le llamamos *nuestro*, somos enseñados, que necesariamente se sigue del don y derecho de la adopción divina, que todos los fieles son hermanos, y que deben amarse entre si como tales: *Porque todos vosotros, dice el Señor, sois hermanos. Uno es vuestro Padre, que está en los cielos (Matth. 23.)*. Por esto tambien los Apostoles llaman en sus cartas hermanos a todos los rielees. Y asimismo de aquí se sigue forzosamente, que en virtud de la misma adopción de Dios, no solo están unidos entre sí todos los fieles con este lazo de hermandad, sino que por ser Hombre el Unigénito Hijo de Dios, se llamen tambien hermanos suyos, y que lo

sean j porque en la epístola a los hebreos escribe asi el Apostol, hablando del Hijo de Dios: "No se desdeña de llamarnos hermanos, diciendo: predicaré tu nombre a mis hermanos (Hebr. 2.)." Como mucho antes lo había profetizado David de Cristo Señor nuestro (*Psal. 21.*). Y aun el mismo Cristo habló asi a las mugeres, segun el Evangelista: "Id, y decid a mis hermanos, que vayan a Galilea, que allí me verán (Matth. 28.)." Y es constante, que dixo el Señor esto, quando ya resucitado de los muertos, había conseguido la inmortalidad: para que nadie piense, que se rompió esta alianza fraternal con su resurreccion y subida al cielo; porque tan lejos está de que deshiciese la resurreccion de Cristo esta unión y caridad, que tiene ya dicho, que quando venga a juzgar a todos los hombres, ha de honrar desde el trono de su magestad y gloria con el nombre de */hermanos* a los pequeñuelos entre los fieles (Ibid. 25.).

15. Por qué razón son llámalos los fieles hermanos de Cristo.

¿Y cómo podemos dexar de ser hermanos de Cristo, si somos llamados herederos juntamente con él (Rom. 8.)? Porque él es el Primogénito constituido heredero universal (*Colos. 1.*); y nosotros nacidos en segundo lugar, y herederos con él, segun la medida de los dones celestiales, y conforme a la caridad con que nos hayamos mostrado ministros y coadjutores del Espíritu Santo, que es el Autor por quien somos impelidos y enardecidos para la virtud y acciones saludables: para que confiados en su gracia, entremos con esfuerzo en el combate espiritual; y consumado éste con destreza y constancia, despues de la carrera de esta vida, recibamos del Padre celestial el justo premio de la corona que tiene reservada para quantos siguieren el mismo camino; porque como dice el Apostol: "No es Dios injusto, para que se olvide de nuestro trabajo y amor (*Hebr. 6.*)."

16. Debemos pedir unos por otros, y amarnos como hermanos.

Con quantas veras debamos pronunciar esta palabra *nuestro*, se declara por la sentencia de San Crisóstomo, quien dice, que con mucho gusto oye Dios al cristiano, que ruega no solo por sí, sino tambien por otros j porque pedir por sí, es obra de la naturaleza: por otro, de la gracia. A orar por sí, obliga la necesidad: por otro lo exhorta la caridad fraternal. Y a esto añadió: "Mas agrada a Dios la oración que encomienda la caridad fraternal, que la que pronuncia la necesidad

(Homil. 14. Oper. imperf.)." En esta materia tan importante de la saludable oración, debe advertir y exhortar el Párroco a los fieles de toda edad, estado y condición, a que teniendo presente este fraternal parentesco, se traten todos con atención y hermandad, y que no se prefieran los unos a los otros con insolencia; porque aunque hay en la Iglesia de Dios diversos grados de oficios, con todo eso en manera ninguna quita esa variedad de grados y empleos la unión de la estrechez fraternal: así como en el cuerpo humano los varios y diversos usos y ministerios de los miembros nada hacen, para que ésta o aquella parte de él pierda el oficio ni el nombre de miembro.

17. Por qué están enlazados los cristianos con tanta estrechez.

Proponte a uno que esté constituido en la dignidad de Rey. Si éste es uno de los fieles, ¿no es hermano de todos quantos abraza en sí la comunión de la fe cristiana? Sí por cierto. ¿Y por qué? Porque no es Dios diverso aquel de quien han nacido los ricos y los reyes, de aquel de quien procedieron los pobres y vasallos, sino un Dios, un Padre y un Señor de todos (Malach. 2.). Una pues es la nobleza del nacimiento espiritual de todos, una la dignidad, uno el esplendor del linage; porque todos hemos nacido hijos de Dios, y somos coherederos de una misma herencia en virtud de un mismo espíritu, y de un mismo sacramento de la fe. No tienen un Cristo Dios los ricos y poderosos, y otro los pobres y desvalidos, ni están consagrados a Dios, y santificados con otros sacramentos, ni esperan otra herencia del reino celestial. Todos somos hermanos; y como dice el Apostol, escribiendo a los efesios: "Miembros somos del cuerpo de Cristo, de su carne, y de sus huesos (*Ephes. 5.*)" Y lo mismo da a entender, diciendo a loa Gálatas: "Todos sois, hijos de Dios por la fe en Jesucristo; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis vestidos de Cristo. No hay aquí judío ni griego, no hay siervo ni liebre, no hay hombre ni muger; porque todos sois uno en Jesucristo (*Galat. 3.*)." Pues éste punto deben tratar los pastores con especial cuidado, recalcándose de propósito en esta doctrina; porque es muy útil, no menos, para alentar y animar a los pobres y abatidos, que para refrenar y contener el orgullo de los ricos y poderosos: como con el fin de curar esta enfermedad de los hombres, encarecía e inculcaba el Apostol esta caridad fraternal a los fieles.

18. Qué debe meditar el cristiano al pronunciar Padre

nuestro.

Pues quando tú, cristiano, hubieres de hacer estas oraciones a Dios, considera que llegas a su Magestad como un hijo a su padre. Y así quando empiezas la oración, y pronuncias esta palabra: *Padre nuestro*, piensa a cuánta altura te ha ensalzado la inmensa benignidad de Dios, pues no te manda que acudas como siervo forzado y temeroso a su señor, sino que te refugies voluntario y seguro, como hijo a su padre. En esta memoria y consideración pasa luego a contemplar con qué afectos, con qué devoción te corresponde de tu parte pedir.

Gran cuidado debes poner en mostrarte tal, qual debe ser un Hijo de Dios; esto es, que tu oración y tus procedimientos no sean indignos del linage divino, con que te quiso ennoblecer este liberalísimo Señor. A este modo de obrar nos exhorta el Apostol quando dice: *Sed pues imitadores de Dios, como hijos muy amados (Ephes. 5.)*. De manera, que con toda verdad se pueda decir de nosotros lo que el mismo Apostol escribió a los tesalonicenses: *Todos vosotros sois hijos de la luz, e hijos del dia (1. Thessal. 5.)*.

"QUE ESTÁS EN LOS CIELOS."

19. Por qué estando Dios en todas partes, señaladamente se dice que está en

los cielos.

Es constante entre todos los que sienten bien de Dios, que está su Magestad en todo lugar, y en todas las cosas. Mas no se ha de entender esto de modo, que como si fuera compuesto de muchas partes, con una ocupe y defienda un lugar, y con otra otro; porque Dios es espíritu, y es imposible división en él. ¿Quién se atreverá a ceñir a Dios a límites algunos, como reducido a un solo lugar? Quando el mismo Señor dice de sí: *¿Por ventura no hincho yo cielos y tierra (Jerem. 23.)?* Y aun esto tambien se ha de entender de manera, que abrace Dios con su poder y virtud cielos, tierra, y quanto en ellos hay, mas no que él sea contenido por lugar ninguno; porque Dios está presente en todas las cosas, o criándolas, o conserervándolas despues de criadas: pero no estrechado, ni ceñido a región o términos algunos,

de suerte que dexé de estar presente en todo lugar por esencia y potencia, como lo expresó David en aquellas palabras: *Si subiere al cielo, allí estás tú (Psalm. 138.)*. Pero aunque Dios esté presente en todo lugar, y en todas las cosas, no limitado, ni ceñido a términos, como queda dicho, sin embargo se dice muchas veces en las Escrituras sagradas, que tiene su morada en los cielos. No podemos dudar, que lo dispuso así el Señor; porque los cielos que admiramos, son la parte mas noble del mundo: siempre permanecen incorruptos, aventajan así en virtud, como en grandeza y hermosura a todos los demás cuerpos, y están dotados de fijos y constantes movimientos. Y así para despertar los ánimos de los hombres a contemplar el infinito poder y magestad de Dios, la qual se descubre señaladamente en la obra de los cielos, por eso afirma en las divinas Escrituras, que tiene en ellos su habitacion. Pero muchas veces declara también, como es así, que no hay parte alguna en el mundo donde no esté por esencia, presencia y potencia.

(Jerem. 23.)?20. *Que debe meditarse sobre la palabra:* Que estás en los cielos.

Pero sobre esta consideracion, no solamente se propondrán los fieles la imagen del Padre universal de todos, sino también de que es Dios, que reina en los cielos: para que se acuerden quando van a orar, de que han de levantar al cielo el corazón y el alma; y que si el nombre de *Padre* los llena de esperanza y confianza, también debe llenarlos de cristiana humildad y devoción aquella naturaleza soberana y magestad divina de *nuestro Padre, que está en los cielos*. Y estas palabras también señalan a los que oran lo que deben pedir; porque todas nuestras peticiones pertenecientes a las necesidades y usos de esta vida, si no se juntan con los bienes del cielo, y se enderezan a ese fin, son. vanas e indignas de un cristiano. Por esto instruirán los Párrocos a los piadosos oyentes en este modo de pedir, y comprobarán su instruccion con aquellas palabras del Apostol: *Si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas que están en lo alto, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; y saboreaos con las cosas del cielo, no con las de la tierra (Colos. 3.)*.

CAPÍTULO X.

DE LA PRIMERA PETICIÓN.

"SANTIFICADO SEA EL TU NOMBRE."

1. Por qué deben empeñar nuestras peticiones por la santificación del

nombre de Dios.

Qué es lo que se debe pedir a Dios, y con qué orden se haya de hacer, el mismo Maestro y Señor de todos nos lo enseñó y mandó; porque siendo la oración mensajera e intérprete de nuestros afectos y deseos, entonces pedimos bien y acertadamente, quando el orden de las peticiones sigue al de las cosas que deben desearse. La verdadera candad nos enseña, que encaminemos a Dios todos nuestros intentos y deseos; porque como él solo es en si mismo el sumo bien, de justicia debe ser amado con especial y singular amor. Y es imposible que sea Dios amado de todo corazon, y sobre todas las cosas, si no se antepone a todas ellas su honor y gloria; porque todos los bienes nuestros y ajenos, y en fin todas las cosas que se pueden llamar con el nombre de *buenas*, están en todo sujetas a aquel sumo bien de quien han procedido. Por esto, a fin de que la oración procediese con orden, puso el Salvador esta petición del sumo bien por principal y cabeza, de todas las demás, enseñándonos que antes de pedir las cosas necesarias, o para nosotros, o para nuestros próximos, debemos pedir las que son propias de la gloria de Dios, representando a su Magestad nuestro amor y deseos acerca de esto mismo. De esta manera guardaremos el orden de la caridad, la qual nos enseña que amemos a Dios mas que a nosotros mismos, y que pidamos primero lo que queremos para Dios, y despues lo que deseamos para nosotros.

2. Por qué pedimos sea santificado el nombre de Dios, siendo la santidad

misma, que ni puede aumentarse, ni disminuirse.

Y porque los deseos y peticiones son de aquellas cosas de que carecemos, y a Dios, esto es, a su naturaleza, nada se puede añadir, ni aumentarse con cosa ninguna la divina sustancia, que por un modo indecible está cumplida en toda perfección, debemos entender, que las cosas que pedimos aquí para su Magestad, están fuera del mismo Dios, y que pertenecen a su gloria externa; porque deseamos y pedimos, que el nombre de Dios se haga mas notorio entre las gentes, que se dilate su reino, y que obedezcan muchos mas cada dia a su Magestad. Y estas tres cosas *nombre, reino y obediencia*, no estan en la misma íntima bondad de Dios, sino que le vienen de fuera.

3. Aquellas palabras: Asi en la tierra, como en el cielo, pueden aplicarse a

las tres peticiones primeras, y cómo se entienden aquí.

Mas para que se entienda mejor la virtud y valor de estas peticiones, será cargo del Párroco advertir al pueblo fiel, que aquellas palabras: *Asi en la tierra, como en el cielo*, se pueden aplicar a cada una de las tres peticiones primeras, de este modo: *Santificado sea el tu nombre, asi en la tierra, como en el cielo: Venga a nos tu reino, asi en la tierra, como en el cielo: Y hágase tu voluntad, asi en la tierra, como en el cielo.* Y quando pedimos que sea santificado el nombre de Dios, lo que deseamos es, que se aumente la santidad y gloria del divino nombre: donde ha de advertir el Párroco, y enseñar a los piadosos oyentes, que no dice el Salvador que sea santificado en la tierra de la misma manera que en el cielo, esto es, que iguale en grandeza la santificación de la tierra a la del cielo (pues esto de ningún modo puede ser), sino que hagamos esta petición a impulsos de la caridad, y con afectos íntimos del alma.

4. Cómo el nombre santísimo de Dios puede ser santificado por nosotros.

Y aunque sea muy cierto, como en verdad lo es, que el nombre divino no necesita por sí de santificación, porque es *santo y terrible* (*Psal. 110.*), asi como el mismo Dios es santo por naturaleza, sin poder añadirsele santidad alguna, que no la haya tenido desde Ja eternidad; sin embargo, como es adorado en la tierra muchísimo menos de lo que

es debido, y aun a veces tambien es ultrajado con blasfemias y voces sacrilegas; por esto deseamos y pedimos, que sea celebrado con sumas alabanzas, honor y gloria, a imitación de los loores, honra. y gloria que se le tributa en el cielo, esto es, que traigamos su honra y su adoración en nuestro entendimiento, en nuestra voluntad, y en nuestra boca, de tal modo, que le demos toda veneración interior y exterior, y que celebremos, por todos los términos que fueren posibles a un Señor tan grande, tan santo, y tan glorioso, como lo hacen los ciudadanos soberanos del cielo; porque asi como los bienaventurados ensalzan y predicán la gloria de Dios con suma uniformidad y armonía, asi pedimos que se haga lo mismo en la tierra: que todas las gentes conozcan a Dios, le adoren y veneren; y que no se halle hombre que na abrace la religión cristiana, y que no se consagre todo a Dios, creyendo que es la fuente de toda santidad, y que no hay cosa pura y santa, que no dimanase de la santidad del divino nombre.

5. Cómo entre los infieles puede ser santo el nombre de Dios.

Y por quanto asegura el Apostol, *que fue purificada la Iglesia con el lavatorio del agua por la palabra de la vida (Ephes. 5.)*, como esta palabra *de la vida* significa el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, en el qual somos lavados y santificados; y asimismo es imposible purificación, limpieza e integridad en alguno, sobre quien no haya sido invocado el nombre divino; deseamos y pedimos a Dios, que toda clase de hombres, abandonando las tinieblas de la impura infidelidad, sean ilustrados con los rayos de la divina luz, y conozcan de tal modo la virtud de este nombre, que busquen en él la santidad verdadera, y recibiendo en el nombre de la santa e individua Trinidad el. sacramento del Bautismo, alcancen de la mano de Dios la santidad legítima y perfecta.

6. Cómo el nombre de Dios puede ser santificado en los pecadores.

Y no menos aprovecha este nuestra desea y petición a aquellos tambien, que habiéndose manchado con maldades y culpas, perdieron la gracia del Bautismo, y la estola de la inocencia: por lo qual volvió el inmunda espíritu a colocar su silla en sus infelícísimas almas. Pedimos pues, y suplicamos á Dios, que sea tambien, en estos santificado su nombre: que volviendo sobre sí, y a su sano juicio, recobren la santidad antigua por medio del sacramento de la Penitencia, y se

ofrezcan a sí mismos puro y santo templo y morada para Dios.

7. Cómo podrán todos santificar en sí mismos el nombre de Dios.

Pedimos finalmente, que infunda Dios su luz a todas las almas, con la qual puedan ver, que toda buena dádiva, y todo don perfecto, que descende del Padre de las lumbres (Jacob. 1.), baxa a nosotros de su divina mano: para que reconozcan haber recibido la templanza, la justicia, la salud, la vida, y en suma todos los bienes de alma, y de cuerpo, exteriores, vitales y saludables de aquel Señor de quien proceden todos los bienes, como lo predica la Iglesia. Y que si el sol con su luz, si los demás astros con su movimiento y curso aprovechan al linage humano, si respiramos con el ambiente, si sustenta la tierra la vida de todos con la abundancia de sus frutas y frutos, si por el buen gobierno de los magistrados gozamos de quietud y tranquilidad, todos estos y otros innumerables bienes semejantes nos vienen de la inmensa benignidad de *Dios*. Y sobre todo esto debemos confesar, que aquellas causas que los filósofos llaman segundas, son como unas manos de Dios, hechas a posta y con artificio maravilloso para nuestra utilidad, por las quales nos reparte y derrama sus bienes con abundancia y largueza.

8. Santifícase señaladamente el nombre de Dios, reconociendo y venerando

la Iglesia católica.

Pero lo que mas importa en esta petición, es que reconozcan y veneren todos a la Esposa santísima de Jesucristo, y Madre nuestra la Iglesia, en la qual solo está aquella muy caudalosa y perenne fuente, para lavar y limpiar todas las manchas de los pecados, de donde salen todos los sacramentos de la salud y santificación; por los quales, como por unos arcaduces del cielo, derrama Dios sobre nosotros el rocío y licor de la santidad; y a la qual sola, y a los que ella abriga en su seno y regazo, pertenece la invocación de aquel divino nombre, que es el único, que debaxo del cielo ha sido dado a los hombres, por el qual hayan de ser salvos (*Actor. 4.*).

9. En qué manera manchan hoy los cristianos el nombre de Dios.

Mas aquí deben los Párrocos encarecer estrechísimamente, que es obligacion del buen hijo, no solo rogar a Dios Padre con palabras, sino esforzarse tambien con acciones y obras a hacer que resplandezca en él la santificacion del divino nombre. Pero ¡pluguiera a Dios que no hubiera hombres, que pidiendo de continuo la santificacion del divino nombre con la boca, le afeasen y manchasen en quanto es de su parte con los hechos! por cuya culpa a veces aun es blasfemado el mismo Dios. Contra estos dixo el Apostol: *Por vosotros es blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles (Rom. 2.)*. Y en Ezequiel leemos: *Entraron entre las gentes, a las que vinieron, y mancharon mi santo nombre; pues se decía de ellos: Este es el pueblo del Señor, y de su tierra han salido (Ezech. 36.)*. Porque, qual es la vida y costumbres de los que profesan una religion, suele ser el juicio que hace el vulgo ignorante de la religion misma, y de su Autor. Y asi los que viven segun la religion cristiana que abrazaron, y ajustan sus palabras y obras a la regla que profesaron, dan a otros materia copiosa de alabar el nombre del Padre celestial, y de engrandecerle con todo honor y gloria. El mismo Señor nos puso en la obligacion de que excitemos a los hombres con obras señaladas de virtud a bendecir y ensalzar su divino nombre, diciéndonos por el Evangelista: *De tal manera brille vuestra luz delante de los hombres, que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre, que esta en los cielos (Matth. 5.)*. Y el príncipe de los Apostoles nos dice: *Teniendo vuestra conversación buena entre las gentes, para que considerándoos por vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios (1. Petr. 2.)*.

CAPÍTULO XI.

DE LA SEGUNDA PETICION.

"VENGA Á NOS EL TU REINO."

1. Muchas veces en las Escrituras es encomendado el reino de Dios.

El reino de los cielos que pedimos en esta segunda peticion, es tal, que por él comienza y acaba toda la predicacion del Evangelio; porque por allí empezó San Juan Bautista a exhortar a penitencia, diciendo: *Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos (Matth. 3.)*. Y el Salvador del linage humano por ahí dió tambien principio a su predicacion. Y en aquel saludable sermon donde mostró en el monte a sus discípulos los caminos de la bienaventuranza, habiendo como propuesto el asunto de su oracion, empezó por el reino de los cielos, pues dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (Ibidem. 5. et 6.)*. Y aun a unos que deseaban detenerle, alegó ésta por causa forzosa de su partida: *si otras ciudades tambien es menester que yo anuncie el reino de Dios; porque para eso he sido enviado (Luc. 4.)*. Despues mandó a sus Apostoles predicar este mismo reino (*Matth. 10.*). Y a aquel que dixo que queria ir a enterrar a su padre, respondió: *Tú ve, y anuncia el reino de Dios (Luc. 9.)*. Habiendo tambien resucitado de los muertos, por aquellos quarenta dias que apareció a los Apostoles, del reino de Dios les hablaba (*Actor. 1.*). Por tanto tratarán los Párrocos con la mayor diligencia este lugar de la segunda peticion: para que entiendan los fieles cuánta sea la virtud y necesidad que hay de lo que encierra en sí.

2. Qué es lo que comprehende en si esta peticion segunda.

Y en primer lugar para explicar este punto docta y delicadamente, les abre camino la consideracion, de que aunque esta peticion esté junta con todas las demas, sin embargo mandó tambien el Señor, que se hiciese separada de ellas: para que con sumo cuidado busquemos lo

que en ella pedimos; porque dice: *Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas os serán añadidas (Matth. 6.)*. Y a la verdad es tanta la abundancia y riqueza de celestiales dones encerrados en esta petición, que abraza en sí todas las cosas que son necesarias para la vida corporal y espiritual; porque ¿cómo llamaremos digno del nombre de rey, a quien no cuida de las cosas de que depende la salud del reino? Pues si hay hombres solícitos de la conservación de su reino, ¿con cuánto cuidado y providencia se habrá de creer, que guarda el Rey de reyes la vida y la salud de los hombres? Están pues comprendidas en esta petición del reino de Dios todas las cosas que necesitamos en esta peregrinación, o mas bien destierro, y que promete el Señor que las dará benignamente; porque añadió al instante: *Y todas estas cosas os serán dadas*. En lo qual manifiesta del todo, que él es el Rey que provee al linage humano con toda largueza de quanto necesita. Y asi, arrebatado David con la consideración de esta infinita benignidad, cantó: *El Señor me gobierna, nada me faltará (Psalm. 22.)*.

3. Qué deben hacer los que desean coger el fruto de esta petición.

Pero no basta pedir con vehemencia el reino de Dios, sino añadimos a nuestra petición todos aquellos medios con que se busca, y se encuentra; porque las cinco Vírgenes locas pidieron, y con mucho ahinco de este modo: *Señor, Señor, ábrenos (Matth. 25.)*; con todo eso fueron excluidas, por no ir fortalecida su petición con los arrimos de las buenas obras. Y con mucha razón; porque es sentencia pronunciada por la boca de Dios: *No todo aquel que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos (Ibid. 7.)*.

4. Motivos para excitar al deseo del reino de los cielos.

Por esta razón los sacerdotes curas de almas sacarán de las caudalosas fuentes de las Escrituras divinas aquellas cosas que aviven en los fieles el deseo y amor del reino de los cielos: aquellas que les pongan delante de los ojos la miserable condición de nuestro estado; y aquellas que causen en ellos tales afectos, que volviendo sobre sí, y encerrándose dentro de sí mismos, les recuerden la bienaventuranza cumplida, y los bienes inexplicables que rebosa la casa de su Padre Dios. Desterrados estamos, y somos moradores de un lugar donde habitan los demonios, cuya ojeriza contra nosotros en manera ninguna

se puede amansar; porque son enemigos molestísimos e implacables del linage humano. ¿Qué diremos de las guerras domésticas e interiores con que continuamente pelean entre sí el cuerpo y el alma, la carne y el espíritu? Y que siempre en ellas hemos de estar temiendo la caída. ¿Mas qué digo temer? Al punto caeríamos, si la virtud de Dios no nos tuviese de su mano: que sintiendo el Apostol este turbión de miserias, exclamaba: *¡Desventurado de mí ¿quién me librara del cuerpo de esta muerte (Rom. 7.)?*

5. *Quánta sea la miseria del hombre en comparación de las demos criaturas.*

Y aunque por sí se conoce esta infelicidad de nuestro linage, todavía puede entenderse mejor, cotejando nuestra naturaleza con las demás criaturas. En éstas, ya sean irracionales, ya insensibles, rara vez advertimos que se desvíe alguna en tal manera de las acciones propias, y de aquellos sentimientos o movimientos que le son naturales, que pierda el fin que le fue establecido y destinado. Esto se ve tan manifiesto en las bestias del campo, y en los peces y aves, que no necesita de otra declaración. Y si levatares los ojos al cielo, ¿no entenderás al punto quan cierto es lo que dixo David: *Para siempre, Señor, permanece en el cielo tu palabra (Psalm. 118.)*; porque estando en un movimiento continuo, y en una perpetua revolución, jamás discrepa un tilde de la ley que Dios le señaló. Si baxas despues los ojos a la tierra y al resto del universo, luego echarás de ver, que en nada, o en muy poco se destempla. Pero el infelícísimo linage de los hombres a cada paso cae. Por maravilla pone en execucion los buenos pensamientos. Muchas veces desecha y menosprecia las acciones buenas que comenzó. El consejo bellísimo que ahora le agradaba, luego le desagrada; y retratado éste, se desliza en los torpes y perniciosos.

6. *Qué sea la causa principal de estas miserias.*

¿Y cuál es la causa de esta inconstancia y miseria? El menosprecio ciertamente de las inspiraciones divinas ¿porque tapamos los oídos a las voces de Dios, no queremos abrir los ojos para ver las luces que nos pone delante, ni oímos lo que el Padre celestial nos manda para nuestro bien. Por esto deben insistir aquí los Párrocos, proponiendo a los fieles las miserias, manifestando sus causas, y mostrando la virtud de los remedios: que todo lo podrán componer facilmente, recurriendo a los santísimos varones Juan Crisóstomo (*Homil. 52. ad Popul. Antioch.*) y Augustino (Lib. 10. Confes. cap. 28.), y señaladamente a lo

que diximos en la explicación del *Credo*; porque bien entendidas estas cosas, ¿quién habrá tan perdido entre los hombres, que con el socorro de la gracia de Dios, que le previene, no procure levantarse, y animándose con el exemplo del hijo pródigo (*Luc. 15.*), venir a la presencia de su Rey y Padre celestial?

7. Qué se entiende en las Escrituras por el reino de Dios.

Explicadas estas cosas, declararán los Pastores cuál sea la petición fructuosa de los fieles, o qué es lo que por estas palabras pedimos a Dios: mayormente quando el nombre del *reino de los cielos* significa muchas cosas, cuya declaración por una parte es útil para la inteligencia de otros lugares de la divina Escritura, y por otra necesaria para el conocimiento del presente.

Lo primero pues que significa el *reino de Dios*, como se ve a cada paso en las divinas letras, es no solamente la soberanía que tiene Dios sobre todos los hombres, y sobre la. universidad de todas las demás criaturas, sino tambien la providencia, con que a todas las rige y las gobierna. *En tus manos, Señor*, dice David, *están todos los fines de la tierra (Psalm. 94.)*; por los cuales fines se entienden tambien todas las cosas que hay retiradas y ocultas en las entrañas de la tierra, y en todas partes Conforme a esto decia Mardoqueo: "Señor, Señor, Rey todo poderoso, en tu dominio están todas las cosas, y no hay quien pueda resistir a tu voluntad. Señor eres de todo, ni hay quien resista a tu magestad (*Esther 13.*). *Del*

8. Del reino de Cristo sobre los buenos.

Tambien se significa por el *reino de Dios* aquel especial y singular concierto de la providencia, con que Dios ampara y cuida de todos los justos y santos. De este particular y diligentísimo cuidado dixo David: *El Señor me gobierna, nada me faltará (Psalm. 22.)*. Y tambien Isaías: *El Señor es nuestro Rey, él mismo nos salvará (Isai. 33.)*. Y aunque los justos y santos se hallen en esta vida por un modo especial baxo la regia potestad de Dios, Como diximos, con todo eso el mismo Cristo Señor nuestro hizo saber a Pilatos, que su reino no era de este mundo (*Joann. 18.*), esto es, que en manera ninguna tenia su origen de este mundo, que fue criado, y ha de perecer; porque de ese modo reinan los emperadores, los reyes, las repúblicas, los duques y todos aquellos que habiendo sido buscados y escogidos por los hombres, presiden a

las ciudades y provincias: o que se apoderaron del señorío por injusticia y violencia. Pero Cristo Señor nuestro fue constituido Rey por Dios, como el Profeta dice (*Psalm. 2.*); y su reino, en sentencia del Apostol, *es justicia*; pues dice: *El reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo (Roman. 14.)*.

9. *Cómo reina Cristo en sus fieles visallos.*

Reina pues en nosotros Cristo Señor nuestro por las virtudes interiores, fe, esperanza y caridad; por las cuales nos hacemos en cierto modo partes de este reino, y estando sujetos a Dios de una manera especial, somos consagrados a su servicio y veneración: de suerte, que así como dixo el Apostol: *Pivoyo, ya no yo, mas vive en mi Cristo (Galat. 2.)*, así podamos nosotros decir: *Reino yo, y a no yo, que reina en mi Cristo*. Y llámase este reino *justicia*; porque está afianzado sobre la justicia de Cristo Señor nuestro: del qual reino dice así su Magestad por S. Lucas: *El reino de Dios está dentro de vosotros (Luc. 17.)*; porque aunque Jesucristo reina por la fe en todos los que estan dentro del gremio y seno de la santa Madre Iglesia, gobierna sin embargo por modo particular a los que adornados de excelente fe, esperanza y caridad, se entregaron a Dios, como puros y vivos miembros suyos; y en estos se dice que está el reino de la gracia de Dios.

10. *Del reino de la gloria de Cristo Señor nuestro.*

Hay tambien otro reino, que es el de la gloria de Dios: sobre el qual oimos a Cristo nuestro Señor decir así por S.Mateo: "Venid, benditos de mi Padre, y poseed el reino, que está para vosotros preparado desde el principio del mundo (*Matth. 25.*)." Este mismo reino es el que el ladrón, reconociendo maravillosamente sus pecados, como escribe San Lucas, pedia al Señor con grande ahinco, diciendo: *Señor, acuérdate de mi quando estuvieres en tu reino (Luc. 23.)*. Tambien hace memoria de este reino San Juan, quando dice: *El que no renaciere del agua, y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios (Joann. 3.)*. Y asimismo la hace el Apostol, diciendo a los efesios: *Todo fornicario, o inmundo, o avariento (que es servidumbre de ídolos) no tiene parte en el reino de Cristo, y de Dios (Ephes. 5.)*. Y a lo mismo pertenecen algunas parábolas de Cristo Señor nuestro, en que habla del reino de los cielos.

11. De la naturaleza y diferencia del reino de la gracia y de la gloria.

Pero es indispensable poner primero el reino de la gracia; porque es imposible que reine en el de la gloria de Dios, el que no hubiere reinado en el de su gracia. Es la gracia, como dice el mismo Salvador, fuente de agua, que salta hasta la vida eterna (*Joann. 4.*). ¿Y qué diremos que es la gloria, sino una gracia perfecta y consumada? Porque mientras estamos vestidos de este cuerpo frágil y mortal, quando vagos y descaecidos en esta ciega peregrinación y destierro, estamos ausentes del Señor, resbalamos a cada paso, y caemos muchas veces, desechado el apoyo del reino de la gracia, que es el que nos sostiene. Pero en amaneciéndonos la luz del reino de la gloria, que es el perfecto, estaremos perpetuamente constantes y firmes; porque entonces se acabará todo vicio y molestia, toda nuestra flaqueza será fortalecida y confirmada, y últimamente reinará el mismo Dios en nuestra alma y cuerpo, como se declaró a la larga en el Credo, quando se trató de la resurrección de la carne.

12. Qué es lo primero que pedimos en esta petición.

Explicadas pues estas cosas las que declaran lo que se entiende en comun por el *reino de Dios*, se ha de decir, que es, lo que propia y señaladamente se pide por esta petición. Lo que pedimos a Dios es, que se dilate el reino de Cristo, que es la Iglesia: que los infieles y judíos se conviertan a la fe de Cristo Señor nuestro, y que reciban el conocimiento del verdadero Dios: que vuelvan los cismáticos y hereges a la sanidad, y que se reduzcan a la comunión de la Iglesia de Dios, de donde desertaron: que se cumpla, y se verifique, lo que dixo el Señor por boca de Isaías: "Ensancha el lugar de tu alojamiento, y extiende las pieles de tus pabellones: no te quedes corto, alarga tus cordeles, y clava bien tus estacas; porque a la diestra y a la siniestra penetrarás: pues reinará en tí, el que te hizo (*Isai. 54.*)." Y en otra parte: "Andarán las gentes con tu luz, y los Reyes con el resplandor de tu nacimiento. Alza tus ojos en derredor de tí, y mira: todos estos se han juntado, y vinieron a tí. Tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas se levantarán de tu lado (*Ibid. 60.*)."

13. De lo que se pide en segundo lugar.

Y por quanto hay muchos en la Iglesia, que confesando a Dios con las

palabras, y negándole con las obras, muestran una fe desfigurada, en quienes mora por el pecado el demonio, y manda en ellos como en su propia casa; pedimos también, que venga a estos el reino de Dios, para que auyentadas las tinieblas de la culpa, sean esclarecidos con los rayos de la divina luz, y restituidos a la antigua dignidad de hijos de Dios. Y asimismo pedimos, que el Padre celestial, arrancando de raíz en su reino las heregías y cismas, y echando fuera todos los tropiezos y escándalos, limpie la era de su Iglesia; y que adorándole ésta con piadosos y santos cultos, goce de quieta y tranquila paz.

14. De lo que se pide en tercer lugar.

Pedimos finalmente, que solo Dios viva, y solo reine en nosotros: para que en adelante no tenga lugar la muerte, sino que quede sumergida en la victoria de Cristo Señor nuestro; y que su Magestad deshaga y destruya todo el principado, poder y fuerzas de los enemigos, y sujete a su imperio todas las cosas.

15. De lo que principalmente han de meditar los fieles para hacer como

deben esta petición.

Pero queda al cuidado de los Párrocos enseñar al pueblo fiel, según lo requiere esta petición, las consideraciones y meditaciones con que se debe armar y prevenir, para poder hacer devotamente esta oración a Dios. Y primeramente le exhortarán a que considere el espíritu y el sentido de aquella parábola introducida por el Salvador: *Semejante es el reino de los cielos a un tesoro escondido en el campo, que el hombre que le halla, le esconde, y del gozo que recibe, va y vende quanto tiene, y compra aquella heredad (Matth. 13.)*; porque el que llega a conocer las riquezas de Cristo Señor nuestro, despreciará por ellas todas las cosas, y tendrá por estiércol las haciendas, riquezas y poderíos; porque nada hay que se pueda comparar con aquel sumo precio, o por mejor decir, que pueda parecer a su vista. Y así los que tuvieren la dicha de conocer esto, exclamarán, como el Apostol: *Todas las cosas tuve por pérdida, y las juzgo como estiércol, por ganar a Cristo (Philipp. 3.)*. Esta es aquella preciosa margarita del Evangelio, que el que diere por ella quanto dinero hiciere de la venta de todos sus bienes, gozará de eterna bienaventuranza.

16. *Cuán apreciable es el reino de Cristo, aquí por gracia, y allá por gloria.*

¡Oh dichosos de nosotros, si nos iluminara Jesucristo con una luz tan grande, que pudiéramos ver aquella margarita dé la divina gracia, por la qual reina en los suyos! Todas nuestras cosas, y aun a nosotros mismos, nos venderíamos por comprarla, y poseerla. Entonces por fin diríamos sin duda muy gustosos: *¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo (Roman. 8.)?* Y si deseamos saber, cuán grande sea la excelencia del reino de la gloria, oigamos al Profeta y al Apostol, que de ella pronuncian una misma voz y sentencia: "Ni ojos vieron, ni oídos oyeron, ni corazón humano pudo alcanzar, lo que Dios preparó, para los que le aman (Isai. 64., 1. Corinth. 2.)."

17. *De la humildad con que debemos hacer ésta y las demás peticiones.*

Mas para alcanzar lo que pedimos, aprovechará en gran manera considerar, qué es lo que somos, esto es, hijos de Adán, justamente arrojados del Paraíso y desterrados, cuya indignidad y malicia no merece otra cosa, que un sumo aborrecimiento de Dios, y condenación eterna. Esta consideración no puede menos de abatirnos y humillarnos mucho. Con ella irá nuestra oración llena de humildad cristiana; y desconfiando del todo de nosotros mismos, nos acogeremos como el Publicano a la misericordia de Dios (Luc. 18.): y atribuyéndolo todo a su benignidad, le daremos inmortales gracias por habernos dado su espíritu, en el qual confiados nos atrevemos a clamar: *Padre, Padre (Rom. 8.)*.

18. *Con cuánto ahinco debemos procurar conseguir el reino de los cielos.*

Aplicaremos tambien todo nuestro cuidado y pensamientos sobre lo que debemos hacer, y lo que por el contrario debemos evitar, para que podamos arribar al reino de los cielos; porque no nos ha llamado Dios para estarnos ociosos y holgazanes; antes dice: *El reino de los cielos padece fuerza, y los esforzados son los que le arrebatan (Matth. 19.)*. Y en otra parte: *Si quieres entrar a la vida aguarda los mandamientos (Ibid. 18.)*. No basta pues pedir el reino de Dios, sino que es menester concurrir con nuestro desvelo y diligencia; porque debemos ser coadjutores y ministros de la gracia de Dios, siguiendo el camino, por

donde se llega al cielo. Nunca nos desampara Dios, pues tiene prometido, que perpetuamente ha de estar con nosotros (*Ibid.* 28.). Y así todo nuestro cuidado debe ser que no desamparemos nosotros, ni a Dios, ni a nosotros mismos» A la verdad, de Dios son todas las cosas que hay en este reino de la Iglesia, con las cuales mantiene la vida de los hombres, y obra su salud eterna, así las invisibles milicias angélicas, como el don visible de los sacramentos, que está muy lleno de celestial virtud. En estas cosas nos ha proveído de unos auxilios tan poderosos, que no solo podemos estar seguros del poderío de nuestros cruelísimos enemigos, sino también postrar y acocear al mismo tirano, y a sus malvados ministros.

19. Epílogo de esta petición, y otra breve exposición de ella.

Por todo esto pidamos encarecidamente al Espíritu Santo, que nos haga obrar en todo según su voluntad; que destruya el imperio del demonio, para que no tenga poder ninguno sobre nosotros en el último día; que venza y triunfe Jesucristo; que florezcan sus leyes por toda la redondez de la tierra; que se guarden sus mandamientos, y que no haya traidor ni desertor ninguno, sino que todos se porten de manera, que vengan con entera confianza a la presencia de su Rey Dios, y que logren la posesión del reino de los cielos prevenida para ellos desde la eternidad, donde bienaventurados gocen con Cristo de la gloria eterna.

CAPITULO XII.

DE LA TERCERA PETICIÓN.

"HÁGASE TU VOLUNTAD."

1. Por qué se puso esta petición inmediata despues de la antecedente.

Habiendo dicho Cristo Señor nuestro: *No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, éste entrará en el reino de los cielos (Matth. 7.);* todos los que desean llegar al reino celestial, deben pedir a Dios, que se baga su voluntad. Y por esto se puso aquí esta petición seguida inmediatamente a la petición del reino del cielo.

2. Cómo se conseguirá la verdadera inteligencia de esta petición..

Mas para que entiendan los fieles lo muy necesario que es lo que pedimos aquí, y las grandes riquezas de saludables dones que conseguimos, si lo alcanzamos, declararán los Párrocos, a cuántas miserias y desdichas quedó sujeto el linage de los hombres por el pecado del primer Padre.

3. De los males que acarreó a los hombres el pecado de Adán.

Desde el principio imprimió Dios a todas las criaturas apetito de su propio bien, para que con esta natural inclinación buscasen y anhelasen a su fin. Y nunca se extravían del camino, si no se les opone algún impedimento de fuera. Tuvo tambien el hombre en su principio esta inclinación y apetito de anhelar a su fin, que es Dios, Autor y Padre de su bienaventuranza, y tanto mas noble y excelente, quanto él era capaz de razón y consejo. Pero habiendo conservado las demás

criaturas incapaces de razón este amor engendrado con ellas (porque como fueron criadas por naturaleza buenas, así se mantuvieron, y permanecen hoy en el mismo estado y condición) el miserable linage humano no siguió su camino; porque no solo perdió los bienes de la justicia original, con los que fue dotado y enriquecido por Dios sobre toda virtud de su naturaleza, sino que obscureció también aquel primer amor de la virtud inxerto en su alma. *Todos, dice el Profeta, se torcieron, todos a una se hicieron inútiles: no hay quien obre bien, no hay siquiera uno (Psalm. 13.); porque los sentidos y pensamientos del corazón del hombre están inclinados al mal desde su mocedad (Genes. 8.).* Para que de aquí pueda entenderse con facilidad, que ninguno puede gustar saludablemente de las cosas buenas, sino que todos están inclinados al mal, y que son innumerables las aficiones y apetitos estragados de los hombres; pues están prontos, y con ardiente ímpetu se dexan arrebatar de la ira, del odio, de la soberbia, de la ambición, y de casi todo género de males.

4. El hombre como tan lleno de miserias no conoce su estado.

Y aunque continuamente nos hallamos metidos entre tantos males, con todo eso muchísimos de ellos en manera ninguna nos parecen males, que es la mayor miseria que podemos tener. Esto prueba una muy grande calamidad en los hombres, que obcecados con sus antojos y apetitos, no echan de ver que las cosas que juzgan saludables, son muchas veces pestíferas: antes se arrojan precipitados a estos mismos males perniciosos, como si fueran bienes muy apetecibles, y miran con horror, y como contrarias las cosas que verdaderamente son honestas y buenas. Esta opinión y juicio corrompido reprueba Dios por estas palabras; "¡Ay de los que decís lo bueno malo, y lo malo bueno, poniendo las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas, poniendo lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo (Isai. 5.)."

5. Las Escrituras sagradas nos ponen a ta vista estas miserias.

Para ponernos pues las Letras divinas estas miserias delante de los ojos, nos comparan a los que perdieron el verdadero sentido de gustar (*Ibid. 24. Ezech. 18.*); por lo qual miran con grande hastío los manjares saludables, y apetecen los dañosos. . También nos asemejan a los enfermos (*Psalm. 6. 26. et 106.*); porque así como estos, mientras no mejoran, no pueden cumplir los oficios y cargos de los que están sanos

y buenos; así no podemos ejercitar nosotros. las obras que son agradables a Dios, sin el auxilio de la divina gracia.

6. De la gran flaqueza que padecemos para bien obrar.

Y si estando así indispuestos hacemos algunas cosas buenas, son levísimas, y de poco o ningún momento para conseguir la eterna salud. Pero jamás podremos si no somos fortalecidos con el socorro de la divina gracia, amar y adorar a Dios, coma es debido; porque esto es cosa mayor, y mas alta de lo que nosotros, caídos en tierra, podemos alcanzar por fuerzas. humanas.

7. Para. las cosas divinas estamos en todo como los niños.

Aunque para significar la miserable condicion del linage humano, tambien es muy propia la comparacion, de que somos como los niños, los que dexados a su libertad se mueven a toda sin consideracion. Es así que somos niños e imprudentes, dados a parlerías y acciones vanas, si nos desampara el socorro de Dios; porque así nos reprehende la sabiduría: *¿Hasta cuándo, niños, amaréis la infancia, y apetecerán los necios las cosas que les son perjudiciales (Prov. 1.)?* Y el Apostol exhorta de este modo: *No seais niños en vuestros sentimientos (1. Corinth. 14.).*

Y aun en mayor vanidad y error andamos, que aquella edad pueril; porque a ésta solo falta la prudencia humana, la que con el tiempo puede alcanzar por sí: pero a la prudencia divina, que es necesaria para la salvación, en manera ninguna podemos aspirar sin el favor y ayuda de Dios; porque si su Magestad no nos socorre pronto con su gracia, desechamos los verdaderos bienes, y voluntariamente nos precipitamos en la perdición.

8. Qué remedios para tantos males se nos dan en esta petición.

Pero si alguno, habiendo auventado con la divina luz la obscuridad del alma, llega a ver estas miserias de los hombres, y libre de aquella insensatez experimenta la ley de la carne, y reconoce los apetitos sensuales que repugnan al espíritu, y considera asimismo toda la inclinación de nuestra naturaleza a lo malo, ¿cómo podrá menos de

buscar con ardientes deseos remedio oportuno para una enfermedad tan grave, como la que nos aflige por lo viciado de la naturaleza, y de pedir con instancia la regla saludable, con la qual debe ajustarse y medirse la vida de un hombre cristiano?

Pues esto es lo que pedimos quando rogamos asi a Dios: *Hágase tu voluntad*; porque como caímos en estas miserias por haber negado la obediencia a Dios, y menospreciado su voluntad, el remedio único que para tantos males nos dexó su providencia divina es, que últimamente vivamos segun la voluntad de Dios; la que habíamos despreciado pecando, y que midamos por ésta regla todos nuestros pensamientos y acciones. Y para que lo podamos conseguir, pedimos rendidamente a Dios: *Hágase tu voluntad*.

9. También deben pedir esto los justos que obedecen a Dios.

Con igual encarecimiento tienen que hacer esta petición aquellos en cuyas almas reina ya Dios, y que ilustrados ya con los rayos de la divina luz, cumplen por beneficio de la gracia la voluntad de Dios; porque aunque se hallen en tan buen estado, con todo eso les hacen mucha guerra las propias pasiones por la inclinación al mal, entrañada en los sentidos de los hombres. Y asi, aunque seamos justos, tenemos en esta parte mucho por qué temer de nosotros mismos; no sea que atraídos y acariciados de *las concupiscencias que guerrean en nuestros miembros (Jacob. 1. et 4.)*, volvamos a salirnos del camino de la salud. De este peligro nos avisó Cristo Señor nuestro por estas palabras: *Velad, y orad; porque no entréis en tentación. El espíritu está pronto, mas la carne flaca (Matth. 26.)*.

10. En los justos vive la concupiscencia que ninguno puede apagar del todo.

Porque no está en mano del hombre, aunque sea en la de aquel que está justificado por la gracia de Dios, tener tan domados los movimientos de la carne, que jamás vuelvan a recalcitrar; porque la gracia de Dios sana el alma de los que estan justificados, mas no sana la carne. Acerca de esto dixo el Apostol: *Sé ciertamente, que no mora en mí, esto es, en mi carne el bien (Rom. 7.)*; porque una vez que perdió el primer hombre la justicia original, con la qual se regian las pasiones, como con un freno, no pudo despues la razón en manera ninguna traerlas tan a raya, que no apetezcan aun aquellas cosas que repugnan

a la razón misma. Y así dice el Apostol, que mora en aquella parte del hombre el pecado, esto es, el *fómite* del pecado (*Ibid.*), para que tengamos entendido, que no está aposentado en nosotros por algunos dias como un huésped; sino que mientras vivimos, está siempre de asiento en nuestros miembros, como morador de nuestro cuerpo. Estando pues de continuo combatidos de enemigos caseros e interiores, dicho se está, que hemos de recurrir al auxilio de Dios, y pedirle que se haga su voluntad en nosotros. Pero ya es razón hacer saber a los fieles cuál sea el sentido de esta petición.

11. Que es lo que aquí se entiende por la voluntad de Dios.

Y omitiendo sobre este punto muchas cosas, que útil y copiosamente se disputan por los Doctores escolásticos acerca de la voluntad de Dios, decimos: que en este lugar se toma por aquella voluntad que suelen llamar de *Signo*, esto es, por aquello que Dios nos manda, o nos aconseja que hagamos, o que dexemos de hacer. Y así están aquí comprendidas por el nombre de *voluntad* todas aquellas cosas que se nos proponen para conseguir la bienaventuranza celestial, sean pertenecientes a la fe, o las costumbres: en suma, todo aquello que Cristo Señor nuestro por Sí, o por su Iglesia nos ha mandado, o prohibido hacer. De esta voluntad escribe así el Apostol: *No seáis imprudentes, sino entendedores de cuál sea la voluntad de Dios (Ephes. 5.)*.

12. Qué sea el sentido de esta petición.

Quando pedimos pues: *Hágase tu voluntad*, primeramente pedimos, que el Padre celestial nos dé fuerzas para guardar sus divinos mandamientos, y para servirle en santidad y justicia por toda nuestra vida: que hagamos todas las cosas segun su ley y voluntad: que cumplamos todos aquellos oficios de que somos amonestados en las sagradas Escrituras: que siendo nuestra guía y nuestro Autor, obremos como corresponde a los que son nacidos, no de la voluntad de la carne, sino de Dios, siguiendo el exemplo de Cristo Señor nuestro, quien se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Philipp. 2.); y que estemos prontos para pasar antes por todos los tormentos que apartarnos un ápice de su voluntad.

13. Quiénes señaladamente hacen esta petición.

Pero ninguno hace esta petición con mas ardor, ni con mayores veras, que aquel a quien ha sido concedido entender la suma dignidad de los que obedecen a Dios; porque éste es el que sabe, Con cuánta verdad se dice: *Servir a Dios, y obedecerle, es reinar. Cualquiera*, dice el Señor, *que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre (Matth. 12.)*. Esto es, estoy con él muy estrechado con todos los lazos de amor y benevolencia. Apenas habrá uno de los santos, que no pidiese con grande ahinco a Dios el don particular de esta petición. Y todos se valieron de esta oración, a la verdad excelente, aunque muchas veces variada, Pero entre todos vemos maravilloso y suavísimo a David, quien pide esto con grande variedad; porque ahora dice: *Ojalá sé dirijan mis caminos, para guardar tus justificaciones (Psalm. 118.)*? Ahora: *Llévame por la senda de tus mandamientos (Ibid.)*. Ya: *Endereza mis pasos segun tu palabra, porque no reine en mí maldad ninguna (Ibid.)*. Y a esto pertenecen tambien aquellas expresiones: *Dame entendimiento, para que aprenda tus mandamientos, y enséñame tus juicios Dame entendimiento, par a que sepa tus testimonios (Psalm. 118.)*. Muchas veces tambien trata y maneja la misma sentencia con otras palabras: y estos lugares se han de notar con cuidado, y explicarse a los rieleles, para que entiendan todos cuánta abundancia y riqueza de saludables bienes hay encerrada en la primera parte de esta petición.

14. Qué es lo que a mas de esto pedimos aquí.

En segundo lugar quando pedimos: *Hágase tu voluntad* los minamos las obras de la carne; de las quales escribe el Apostol: *Manifiestas son las obras de la carne, que son: fornicación, inmundicia, impureza, luxuria, &c. (Galat. 5.)*. Y: *Si viviéredes segun la carne, moriréis (Rom. 8.)*. Y pedimos que no permita Dios que hagamos las cosas que nos persuaden nuestros sentidos, antojos; y flaquezas, sino que en todo se gobierne nuestra voluntad por la suya. Muy lejos están de esta voluntad los hombres entregados a deleites, que están sumergidos en los cuidados y pensamientos de las cosas terrenas; porque se dexan llevar arrebatados de sus apetitos, a gozar de lo que se les antoja, y ponen la felicidad en el logro de sus desordenados deseos: de manera, que aun llaman dichosos a los que consiguen quanto apetecen. Mas nosotros por el contrario pedimos a Dios, como dice el Apostol: *Que no bagamos caso de los antojos de la carne (Ibid. 13.)*, sino que se haga la voluntad de Dios.

15. Se ha de pedir se haga lo que quiere Dios, no lo que deseamos nosotros.

Aunque no nos vencemos facilmente a pedir a Dios que no satisfaga a nuestros apetitos; porque este vencimiento de ánimo trae consigo la dificultad, de que pidiendo esto, parece que en alguna manera nos aborrecemos a nosotros mismos: y esto tambien lo tienen por locura los que están del todo pegados al cuidado de su carne. Pero nosotros pasemos de buena gana por la nota, de locos por amor de Cristo, cuya es aquella sentencia: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo* (Matth. 16.). Mayormente sabiendo que es mucho mejor desear lo que es recto y justo, que conseguir lo que es ageno de razón, de virtud y de las leyes de Dios. Y a la verdad en peor estado se halla el que alcanzó lo que deseaba temerariamente, y a impulsos de su apetito, que el que dexó de lograr lo que deseaba muy concertadamente.

16. No se han de pedir a Dios las cosas que no parecen buenas.

Y no solo pedimos a Dios que nonos conceda lo que nosotros mismos apetecemos por propia inclinación, quando nuestro deseo es claramente malo; sino tambien que no nos dé lo que a veces pedimos como bueno, a persuasión o impulso del demonio, disfrazado en ángel de luz (2. Corinth. 11.). Muy justo, y muy lleno de piedad parecía el deseo del Príncipe de los Apostoles, quando intentaba retraer al Señor del propósito de ir a padecer muerte (Matth. 16.). Sin embargo le reprehendió agriamente su Magestad, porque se gobernaba, no por razón divina, sino por afectos humanos. ¿Qué cosa al parecer de mayor amor hacia Cristo se pudo haber pedido, que lo que los discípulos Santiago y San Juan, que airados contra los samaritanos que no quisieron hospedar a su divino Maestro, le pidieron mandase baxar fuego del cielo, que consumiese aquellos duros e inhumanos? Mas fueron reprendidos por Cristo Señor nuestro con estas palabras: *No sabéis de qué espíritu sois hijos. No vino el Hijo del hombre a perder las almas, sino a salvarlas* (Luc. 9.).

17. Quando pedimos lo que sirve para conservar la vida, se ha de poner la

condición: Si Dios quiere.

Pero no solo se ha de pedir a Dios que se haga su voluntad, quando es malo lo que deseamos, o tiene apariencia de mal, sino tambien quando en realidad no es cosa mala: como quando sigue la voluntad la primer inclinación de la naturaleza, apeteciendo lo que la conserva, y desechando lo que le parece contrario. Por esto quando llegue el caso de pedir cosas de esta calidad, digamos con todas veras: *Hágase tu voluntad*, imitemos al mismo Señor, de quien hemos recibido la salud y la doctrina de la salud, quien siendo conmovido del temor natural de los tormentos y atrocísima muerte, con todo eso, en medio del horror del mayor de los dolores, resignó su voluntad en la de su eterno Padre, diciendo: *No se haga mi voluntad, sino la tuya (Luc. 22.)*.

18. Pedimos tambien el socorro de la gracia; pues sin él no podemos evitar

los pecados.

Pero está el linage de los hombres tan extrañamente corrompido y dañado, que aun despues de haber hecho fuerza a sus apetitos, y sujetado su voluntad a la divina, todavía no pueden evitar los pecados sin el auxilio de Dios, con el qual somos defendidos del mal, y encaminados al bien. Debemos pues recurrir a esta petición, y suplicar a su Magestad, que perficione la obra comenzada, que refrene los movimientos desconcertados de la concupiscencia, que haga los apetitos obedientes a la razón, y en fin, que nos conforme en todo con su voluntad. Pedimos tambien, que toda la redondez de la tierra reciba el conocimiento de la voluntad de Dios: para que aquel misterio escondido desde los siglos y generaciones se haga notorio y manifiesto a todos.

"ASI EN LA TIERRA, COMO EN EL CIELO."

19. Qué significa ésta cláusula que se añade.

Demas de esto, pedimos la forma y el modo de cumplir esta voluntad, conviene a saber: que nos ajustemos con aquella regla que guardan en el cielo los santos ángeles, y observa todo el coro de los bienaventurados! para que asi como ellos obedecen ala Magestad de Dios con toda voluntad y sumo placer, asi obedezcamos nosotros de

muy buena gana a la voluntad divina, y en aquella manera señaladamente que quiere su Magestad.

20. Hemos de servir a Dios, no por interés, sino por amor suyo.

Mas aun en las obras y servicios que hacemos a Dios, requiere de nosotros un amor sumo, y una caridad singularísima; de modo, que aunque nos hayamos enteramente sujetado a servir a Dios por la esperanza de los premios del cielo, con todo esperemos esos premios, porque plugo a su divina Magestad, que tuviésemos esa esperanza. Por tanto, toda nuestra esperanza ha de estar apoyada en el amor de Dios, quien quiso proponer por premio a nuestro amor la eterna bienaventuranza; porque hombres hay que sirven a uno con lealtad y amor; pero ordenan este amor al interés, por cuya causa le sirven. Otros hay tambien, que únicamente sirven movidos de caridad y piedad, sin mirar otra cosa en aquel a quien sirven, que su bondad y virtud; y considerando y admirando esto, se tienen por dichosos en poderle hacer algún servicio.

21. Otras exposiciones de esa cláusula.

Pues este último modo de servir es el sentido de esas palabras que se añaden: *Así en la tierra, como en el cielo*; porque hemos de hacer todos los esfuerzos posibles por ser obedientes a Dios, al modo que, segun diximos, lo son aquellos bienaventurados espíritus, cuyas alabanzas por una tan perfecta obediencia celebra David, diciendo: *Benedicid al Señor, todas sus virtudes y sus ministros, que hacéis su voluntad (Psalm. 102.)*. Pero si alguno, siguiendo a San Cipriano (*Serm. de Orat. Dom.*), explica esas palabras, de manera que diga: *En el cielo, en los buenos y justos, y en la tierra, en los pecadores y malos*, aprobamos tambien su sentimiento: como el que se entienda por el *cielo* el espíritu, y por la *tierra* la carne, para que todos y todas las cosas estén obedientes a la voluntad de Dios en todo y por todo.

22. Esta petición contiene tambien acción de gracias.

Contiene demás de esto esta petición acción de gracias; porque veneramos la voluntad santísima de Dios, y llenos del mayor gozo

celebramos con sumas alabanzas y plácemes todas sus obras, teniendo por muy cierto que todo lo hizo bien, porque constando que Dios es todo poderoso, necesariamente se sigue que entendamos, haber sido hechas todas las cosas por su voluntad. Y quando sobre esto decimos que él mismo es el sumo bien, como es así, confesamos que nada hay en sus obras que no sea bueno; pues él mismo comunicó a todas su bondad. Y aunque no alcanzamos en todas las cosas los designios de Dios, sin embargo en todas, despreciando la duda, y desechando toda perplexidad, protestamos con el Apostol; que sus caminos son inseparables (*Rom. 8.*). Mas por lo que principalmente veneramos tambien la voluntad de Dios, es por haberse dignado comunicarnos su divina luz; pues sacándonos del poder de las tinieblas, nos trasladó al reino del Hijo de su amor (*Colos. 1.*).

23. Qué es lo que se debe contemplar en esta petición.

Y para declarar últimamente lo que pertenece a la meditación de esta petición, se ha de volver a lo que tocamos al principio: que debe, el pueblo fiel hacer esta petición con ánimo' rendido y humilde, considerando atentamente aquella fuerza de las pasiones tan arraigada en la naturaleza, y tan repugnante a la voluntad divina; y pensando que en este punto esvencido de todas las criaturas, de las quales está escrito: *Todas las cosas te sirven, Señor (Psalm. 118.)*; y que es en tal manera frágil, que no solamente no puede acabar obra alguna agradable a Dios, mas ni empezarla siquiera, si no es socorrido con la: ayuda de Dios. Y no habiendo cosa, como ya diximos, ni mas noble, ni mas esclarecida, que servir a Dios, y guardar sus divinos mandamientos, ¿qué puede haber tan apetecible para el cristiano como andar en los caminos del Señor, nada revolé ver en su ánimo, nada poner por obra, que sea contrario a la voluntad divina? Pues para que abrace este tenor de vida, y despues de empezado perseverare en él con todo desvelo, tome de los divinos libros los exemplos de aquellos, a quienes todas las cosas sucedieron mal, por no haber arreglado sus consejos por la voluntad de Dios.

24. Del gran provecho que podemos sacar de aquí para tener la vida muy

quieta y sosegada.

Ultimamente se enseñará a los fieles que descansen en la; sencilla y

absoluta voluntad de Dios. El que pensare que se halla en lugar inferior al que pide su dignidad, lleve su condición con igualdad de ánimo, no invierta su orden, sino persevere en aquella vocacion para que fue llamado (1. Corinth. 7.), y rinda su propio juicio a la voluntad de Dios, quien mira por nosotros aun mejor de lo que podemos desear. Si nos oprime la pobreza, si las enfermedades y persecuciones, si otras molestias y angustias, se ha de tener por cierto y por sentado, que nada de esto puede sobrevenirnos sin la voluntad de Dios, que es la razon suprema de todas las cosas: y asi, que no por eso nos hemos de alterar demasiado, sino sufrirlo todo con ánimo Constante, trayendo siempre en la boca: *Hágase la voluntad del Señor*. Y lo del Santo Job: *Como plugo al Señor, asi se hizo. Sea bendito el nombre del Señor (Job. 1.)*.

CAPITULO XIII.

DE LA CUARTA PETICION.

"EL PAN NUESTRO DE CADA DIA DÁNOSLE HOY."

1. Del orden que se observa en esta oracion sagrada.

La quarta peticion, y las demas que se siguen, en las que pedimos a Dios señalada y expresamente los socorros de alma y cuerpo, se reducen a las antecedentes; porque tiene tal orden y concierto la oracion del Señor, que a la peticion de las cosas divinas se sigue la de aquellas que son necesarias para el cuerpo, y mantener la vida; porque así como los hombres se ordenan a Dios como a último fin, así los bienes de la vida humana se enderezan por la misma razon a los bienes divinos.

2. Por qué es lícito pedir y desear los bienes para la vida humana.

Estos bienes terrenos se han de desear y pedir, o porque así lo requiere el orden de Dios, o porque necesitamos de estos socorros para alcanzar los bienes espirituales; de manera, que con estas ayudas consigamos el fin que se nos ha propuesto, que consiste en el reino y en la gloria del Padre celestial, y en venerar y guardar aquellos preceptos, que no ignoramos que son de la voluntad de Dios. Y así debemos ordenar a Dios y a su gloria todo el espíritu y nervio de esta peticion.

3. Con qué fin, y de que modo se han de pedir los bienes temporales.

Tomarán pues por su cuenta los Párrocos hacer que entiendan los fieles oyentes, que en pedir estos bienes, que pertenecen al uso y goce de las cosas terrenas, han de seguir nuestros pensamientos y deseos el orden de Dios, sin desviarnos de él en manera ninguna; porque

quando mas lo erramos en lo que dice el Apostol, *Que no sabemos pedir, segun conviene* (Rom. 8.), es en las peticiones de estas cosas terrenas y caducas. Se han de pedir pues estas cosas, segun conviene: no sea que pidiendo mal alguna, oigamos del Señor aquella respuesta: *No sabeis lo que pedis* (Matth. 20.). Y será señal cierta para discernir qué peticion es buena, o cuál es mala, la intencion y propósito del que pide; porque si uno pide cosas terrenas con tal ánimo que las juzgue del todo buenas, y descansando en ellas como en su deseado fin, no aspira a otra cosa, éste sin duda no pide como debe; porque como dice San Agustín: *No pedimos estas cosas temporales como bienes nuestros, sino como necesarias para nosotros* (Lib. 2. de Serm. Dom. in Mont. c. 16.). Y el Apostol enseña tambien en la epístola a los corintios, que todas las cosas que pertenecen a los usos. necesarios. de la vida, deben ordenarse a gloria de Dios: *Hora comais, dice, hora bebais, hora hagais qualquier otra cosa a hacedlo todo a gloria de Dios* (1. Corinth. 10.).

4. De los grandes bienes de que gozaba el hombre en el estado de la inocencia.

Pero a fin de que vean los fieles quán necesaria sea esta peticion, les harán presente los Párrocos lo muy precisas que son estas cosas exteriores para mantener y conservar la vida. Esto se entenderá mejor, haciendo cotejo de las que hubo menester para vivir el primer padre de nuestro linage, y sucesivamente los demas hombres. Cierto es que en el felicísimo esdo de la inocencia, de donde cayó Adan, y por su culpa toda su descendencia, habría necesitada tomar alimento para reparar las fuerzas; pero todavía hay diferencia grande entre las necesidades. de aquella vida y la nuestra; porque entonces no necesitaba, ni de vestido para cubrirse, ni de casa para albergarse, ni de armas para defenderse, ni de medicinas para curarse, ni de otras muchas cosas, cuyos socorros necesitamos ahora para sustentar la flaqueza y fragilidad de la naturaleza. Hubiérale bastado entonces para la vida inmortal el fruto que le habría producido el felicísimo árbol de la vida, sin ningún trabajo suyo, o de sus hijos. Mas no por eso se hubiera estado ocioso entre tantas delicias del paraíso; pues le puso Dios en aquel jardín de placeres, para que le cultivase. Pero ninguna obra le seria molesta, ningún trabajo desabrido. Habría cogido perpetuamente suavísimos frutos del cultivo de aquellos deliciosos vergeles, sin fallarle jamás, ni la labor, ni la esperanza.

5. De los grandes males que se siguieron al pecado de Adán.

Pero su descendencia, no solo fue privada del fruto del árbol de la vida, sino condenada tambien con aquella horrible sentencia: "Maldita será la tierra en tu trabajo: con fatigas comerás de ella todos los días de tu vida: espinas y abrojos te producirá; y comerás la yerba de la tierra. Con el sudor de tu rostro comerás de tu pan, hasta que te vuelvas a la tierra, de que fuiste formado; porque polvo eres, y en polvo te has de volver (Genes. 3.)." Todo pues nos sucedió al revés de lo que habría acaecido a Adán y a sus hijos, si él hubiera sido obediente al mandamiento de Dios. Y así se trocaron todas las cosas, y se mudaron a la peor parte. Pero lo mas lastimoso es, que muchísimas veces despues de muy grandes gastos, y de muchos trabajos y sudores, ningún fruto se logra: quando, o se vician los sembrados, o se sofocan con la aspereza de las malezas que la tierra produce, o se pierden las mieses maltratadas y destruidas de tempestades, vientos, piedra, langosta o pulgón, de manera, que todo el trabajo de un año se pierde en una hora por alguna desgracia del cielo o de la tierra. Y esto acaece por lo enorme de nuestros pecados: que indignado por ellos el Señor, no echa su bendición sobre nuestras obras, sino que permanece la sentencia horrible que pro. nuncio al principio contra nosotros.

6. Se debe trabajar para mantener la vida; mas todo será perdido, si no lo

bendice Dios.

Pondrán pues los Pastores particular cuidado en tratar este punto, para que sepa el pueblo fiel que cayeron los hombres por su culpa en estas estrecheces y miserias: y para que entienda que ciertamente se debe trabajar y sudar, por adquirir lo necesario para la vida; pero que si el Señor no bendixere nuestros trabajos, será engañosa toda esperanza, y vana toda porfía: *Porque ni el que planta es cosa, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (1. Corinth. 3.). Y: Si el Señor no edificare la casa, en vano trabajan los que la edifican (Psalm. 126.).*

7. Se debe pedir a Dios nos provea de lo necesario: lo que hace con largueza.

En este supuesto enseñarán los Párrocos, que son casi innumerables las cosas, que si nos faltan, o perdemos la vida, o la pasamos con

desabrimiento; porque en conociendo el pueblo cristiano esta necesidad de tantas cosas, y la debilidad de la naturaleza, se verá precisado a acudir al Padre celestial, y a pedirle rendidamente, así los bienes de la tierra, como los del cielo: imitará a aquel hijo pródigo, que habiendo empezado a padecer necesidad en un país remoto, sin haber quien le diese, ni aun bellotas, quando perecía de hambre: por fin volviendo sobre sí, entendió que de parte ninguna tenía que buscar el remedio de los males que le apremiaban, sino de su padre (Luc. 15.). Con esto también llegará el pueblo fiel a la oración más confiadamente: si considerando la benignidad de Dios, se acordare de que los oídos del Padre siempre están abiertos para los clamores de los hijos; porque exhortándonos a que le pidamos pan, promete dar en abundancia estas cosas, a los que se las pidan como deben. En el mismo enseñarnos cómo hemos de pedir, nos exhorta; exhortando, nos impele; impeliendo, nos promete; y prometiendo, nos da una esperanza muy cierta de alcanzar lo que pedimos.

8. Qué se entiende por el nombre de pan, y cuál es el sentido de esta petición.

Despertados ya, y enardecidos los ánimos del pueblo fiel, siguese declarar lo que se pide en esta petición; y primero qué *pan* sea éste que pedimos. Para esto es de saber, que por el nombre de *pan* se significan muchas cosas en las sagradas Letras; pero señaladamente dos: la primera, todo lo que tomamos de sustento, y de las demás cosas para conservar el cuerpo y la vida: la segunda, todo lo que se nos ha dado por la gracia de Dios para la vida y salud del espíritu y del alma. Pero aquí pedimos los socorros de esta vida que hacemos en la tierra, según la autoridad de los santos Padres, que lo sienten así.

9. Declárase que se pueden pedir a Dios bienes temporales.

Por esto en manera ninguna deben ser oídos los que dicen, que no es lícito al cristiano pedir a Dios bienes terrenos de esta vida; porque además del sentir concorde de los Padres, están contra ese error muchísimos ejemplos, así del testamento viejo, como del nuevo; porque Jacob, haciendo voto, oró así: "Si el Señor me asistiere, y me guardare en el camino por donde voy, y me diere pan que comer, y vestido con que cubrirme, y volviere con felicidad a la casa de mi Padre, tendré al Señor por mi Dios; y esta piedra que levante por señal, se llamará casa de Dios: y de todas las cosas que me dieres,

Señor, te ofreceré los diezmos (Genes. 28.)." Salomón pedía también determinadamente bienes temporales, cuando oraba de esta manera: "No me des riquezas, ni pobreza, sino lo que bastare para mi mantenimiento (Proverb. 30.)." ¿Qué más? Si aun el mismo Salvador del linaje humano manda pedir cosas que ninguno negará que pertenecen al uso del cuerpo: *Orad, dice, que no sea vuestra huida en invierno, o en sábado (Matth. 24.).* ¿Qué diremos del Apostol Santiago, cuyas son estas palabras? *¿Está alguno de vosotros triste?. Haga oración: está alegre: cante (Jacob. 5.).* ¿Y qué del Apostol? quien escribía así a los romanos: *Ruégaos, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo, y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudéis en vuestras oraciones por mí a Dios, para que me libre de los infieles que hay en Judea (Roman. 15.).* Y así, habiendo Dios concedido a los fieles que pidan estos socorros temporales; y habiéndonos enseñado Cristo Señor nuestro esta perfecta norma de orar, no puede quedar duda de que esta petición de bienes temporales es una de las siete.

10. Por el nombre de pan se entiende aquí todo lo preciso para la vida.

Pedimos a más de esto el *pan de cada día*, esto es, lo necesario para vivir; entendiendo por el nombre de *pan*, lo que es suficiente, así de vestido para cubrirnos, como de alimento para sustentarnos, sea pan, carne, pescado, o lo que fuere; porque de esta manera vemos que se explicó Eliseo, cuando amonestó al rey que diese pan a los soldados de Siria (4. Reg. 6.), a quienes se dio una grande abundancia de manjares. Y sabemos también lo que está escrito de Cristo Señor nuestro: *Entró en casa de un príncipe de los fariseos un sábado a comer pan (Luc. 14.);* por cuya voz vemos se significa lo que pertenece, así a la comida, como a la bebida. Mas para la cabal significación de esta petición se ha de advertir a más de esto, que por este nombre de *pan* se debe entender, no una abundante y exquisita cantidad de viandas y ropas, sino la necesaria y comun, según escribió el Apostol: *En teniendo alimentos, y con que cubrirnos, estamos contentos (1. Tim. 6.).* Y Salomón, como diximos, solo pidió lo necesario para el sustento.

11. Por qué no pedimos el pan en comun, sino el pan nuestro.

De esta moderación y templanza somos reconvenidos también por la palabra que luego se sigue; porque diciendo *nuestro*, pedimos ese pan para nuestra necesidad, no para demásías. Y no le llamamos *nuestro*, porque podamos nosotros adquirirle con nuestro trabajo sin Dios, sino porque es necesario, y nos le ha dado Dios Padre de todos, quien con

su providencia mantiene a todo viviente; pues dice David: "Todas las cosas, Señor, esperan de tí, que les des de comer a su tiempo. Dándosele tú, le reciben; y abriendo tú tu mano, todas serán henchidas de bondad (Psalm. 103.)." Y en otro lugar: "Los ojos de todos esperan en tí, Señor; y tú les das su manjar en tiempo oportuno (Ibid. 144.).

12. Si pedimos el pan nuestro, debemos ganarle con nuestro sudor.

Tambien se llama *nuestro* este pan, porque se ha de adquirir justamente por nosotros, y no procurarle con injuria, engaño o hurto; porque las cosas que granjeamos por malos medios, no son nuestras, sino ajenas: y las mas veces es desastrado, o su logro, o su posesión, o a lo menos su pérdida y su fin. Pero al contrario en las ganancias lícitas que los hombres justos hacen con su trabajo, hay, segun el Profeta, serenidad y felicidad grande: *Porque comerás, dice, los trabajos de tus manos: serás dichoso; y te estará bien (Psalm. 127.);* porque a los que buscan su mantenimiento por su justo trabajo, promete Dios el fruto de su benignidad, quando dice: *Echará el Señor su bendicion sobre tus cilleros, y sobre todas las obras de tus manos, y sobre ti tambien (Deuter. 28.).*

Y no solo pedimos a Dios que podamos usar de lo, que, ayudados de su benignidad, hemos ganado con nuestro sudor y fuerzas, pues esto es lo que con verdad se dice *nuestro*, sino que tambien pedimos que nos dé juicio y cordura, para poder usar con rectitud y prudencia de las, cosas que hemos, adquirido con equidad.

"DE CADA DIA."

13. Por qué se añade la palabra de cada día.

Tambien esta palabra vuelve a recomendarnos la moderación y templanza, que poco ha diximos; porque no pedimos varios y exquisitos manjares, sino lo que baste a la necesidad de la naturaleza: para que con eso se avergüencen los que, fastidiados de la comida y

bebida regular, buscan con ansia comidas delicadas, y vinos generosos. Y no menos se reprueban por esta voz *de cada día* aquellos a quienes intima Isaías aquellas espantosas amenazas: *¡Ay de los que juntáis casa con casa, y allegáis heredad a heredad, hasta el cabo, del término! ¿Por ventura habitaréis solos vosotros en medio de la tierra (Isai. 5.)?* Es ciertamente insaciable la codicia de estos hombres. Por elfos dixo Salomón: *El avariento no se llenará de dinero (Eccles. 5.)*. Y a ellos se endereza tambien aquel dicho del Apostol: *Los que desean ser ricos, caen en tentación, y en el lazo del diablo (1. Tim. 6.)*. Llamamos otro sí este pan *de cada día*, porque le tomamos para reparar los humores vitales, que cada día se gastan con la fuerza del calor natural. Y en fin, se dice *de cada día*, porque se debe pedir continuamente, para que asi nos mantengamos en esta costumbre de amar y servir a Dios, y que estemos del todo persuadidos, como en verdad es asi, a que nuestra vida y salud está pendiente de Dios.

"DÁNOSLE."

14. *Qué quieren decir estas dos palabras dánosle.*

No habrá hombre que no eche de ver cuán copiosa materia dan estas dos palabras para exhortar a los fieles a que adoren y veneren humilde y santamente el poder infinito de Dios, en cuya mano están todas las cosas (*Esther. 13.*), y para que abominen de aquella blasfema ostentación de satanás: *A mí han sido entregadas todas las cosas, y las doy a quien quiero (Luc. 4.)*; porque todas están repartidas, y se conservan y acrecientan segun la voluntad de solo Dios.

15 *Tambien los ricos deben hacer esta oración.*

Siendo esto asi, ¿qué necesidad, dirá alguno, tienen los ricos de pedir el pan de cada día, quando les sobra todo? Precisos están a pedir de esta manera, no para que se les den las cosas que por largueza de Dios tienen con tal abundancia, sino para no perder lo que poseen. Por esto, como escribe el Apostol: "Aprendan de aquí los ricos a no tener altos pensamientos, ni a esperar en lo incierto de las riquezas, sino en Dios vivo, quien nos da en abundancia todas las cosas, para que las disfrutemos (1. Tim. 6.)." Y San Crisóstomo alega esta causa de la necesidad de esta petición: "No solo porque no nos falte el sustento,

sino porque nos le dé la mano del Señor: la qual, comunicando su virtud saludable, y por lo mismo provechosa al pan de cada dia, hace que el alimento aproveche al cuerpo, y que el cuerpo sirva al alma (*Homil. 14. Oper. imperf.*)

."

16. Por qué decimos danos, y no dáme.

¿Pero por qué decimos *dánosle* en número plural, y no *dámele*? Porque es propio de la caridad cristiana, no que cada uno procure para sí solo, sino que tambien trabaje por el próximo, y que mirando por su utilidad, se acuerde de la agena. A esto se junta, que los bienes que da el Señor a uno, no se los concede para que solo él los posea, o los gaste con demasía, sino para que parta con sus próximos lo que sobrare a su necesidad; porque dicen los Santos Basilio (*Homil. 6. Var. arg.*) y Ambrosio (*Serm. 81.*): *De los hambrientos es el pan que tú escondes, de los desnudos el vestido que encierras. Rescate y libertad de miserables es el dinero que tienes enterrado.*

"HOY."

17. Qué significa la palabra hoy.

Esta voz nos representa al vivo la miseria de todos; porqué ¿qué hombre hay que, ya que desconfie poder con su trabajo proveerse para largo tiempo de los gastos necesarios a la vida, no espere que a lo menos para un dia podrá agenciar el sustento preciso? Pues ni esta seguridad nos permite el Señor quando nos manda que le pidamos el sustento cada dia de por sí. Y la razón precisa de esto es, que pues todos habernos menester el pan de cada dia, cada dia tambien debemos hacer esta oración. Y baste esto en quanto al pan usual, que mantiene y sustenta el cuerpo y que es comun a fieles e infieles, buenos y malos; y que se reparte a todos por inefable bondad de Dios, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos (*Matth. 5.*).

18. Qué se entiende por el pan espiritual, que tambien se pide aquí.

Resta el pan espiritual, que tambien pedimos en este lugar. Por él se significan todas las cosas que necesitamos en esta vida para la salud y robustez del espíritu, y del alma; porque asi como es. de muchas maneras el alimento que mantiene y sustenta el cuerpo, asi tambien es de varias el manjar que conserva la vida del espíritu, y del alma; porque primeramente es alimento del alma la palabra de Dios, pues dice la Sabiduría; *Venid, y comed mi pan, y bebed el vino, que os he mezclado* (Proverb. 9.). Y quando Dios quita a los hombres la proporción, de oír esta palabra (que suele hacerlo quando está mas ofendido de ellos) se dice que castiga con hambre al linage humano, pues dice asi por el Profeta Amos: *Enviaré sobre la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Dios* (Amós. 8.). Y asi como es indicio de muerte cercana, no poder el hombre tomar alimento, o no abrazar el estómago el que tomó, asi es prueba grande de una salvación desauiciada, o no buscar la palabra de Dios, o no querer oír la voz de Dios quando se propone, profiriendo contra Dios, aquella voz de impiedad: *Apártate de nosotros, que no queremos, saber tus caminos* (Job. 21.). En este furor de ánimo, y ceguedad de alma están aquellos, que menospreciados los obispos y sacerdotes católicos, que son sus prelados, legítimos, y apartándose de la santa Iglesia romana, se entregaron a la enseñanza, de los, hereges, que, corrompen la palabra de Dios.

19. Del verdadero pan sobresustancial, que es Cristo Señor nuestro.

Pero el verdadero pan y manjar del alma es Cristo Señor nuestro; porque él mismo dice de sí: *Yo soy pan vivo, que descendí del cielo* (Joann. 6.). Es increíble de cuánta regalo y alegría llena este pan las almas de los justos, y señaladamente quando son afligidos de molestias y trabajos terrenos. Exemplo de esto nos da aquel sagrado coro de los apostoles, de quienes se escribe: *Iban muy gozosos de delante del Concilio* (Actor. 5.). Llenos de estos exemplos están los libros de Vidas de los Santos; y de estos gozos interiores dé los buenos dice asi el Señor: *Al que venciere, daré un maná, escondido* (Apocal. 2.).

20. Cristo se contiene verdaderamente en la Eucaristía: Por eso se dice

propriadamente pan nuestro.

Pero principalmente nuestro pan es Cristo Señor nuestro, que sustancialmente se contiene en el sacramento de la Eucaristía. Ésta prenda inexplicable de caridad nos dio, quando estaba para volverse al Padre; de la qual nos dixo: *El que come mi carne, y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él (Joann. 6.): tomad, y comed, esto es mi cuerpo (Matth. 26.)*. Lo demás que conduzca para utilidad de los fieles, tomarán los Párrocos del lugar donde se trató separadamente de la virtud y esencia de este sacramento. Y con toda verdad se dice este pan *nuestro*; porque es únicamente de los fieles, esto es, de aquellos que, juntando la caridad con la fe, lavan las manchas de los pecados por el sacramento de la Penitencia; y teniendo presente que son hijos de Dios, reciben el divino sacramento, y le adoran con la mayor santidad y veneración que pueden.

21. Por qué la Eucaristía se llama el pan nuestro de cada día.

Llámanse este divino pan *de cada día* por dos razones, que son claras: una porque cada día se ofrece a Dios en los sagrados misterios de la Iglesia cristiana, y se da a los que le piden piadosa y santamente: otra porque cada día se ha de recibir, o a lo menos se ha de vivir de manera que cada día, en quanto sea posible, podamos recibirle dignamente. Oigan los que sienten lo contrario: que no conviene al alma comer de estas viandas saludables, sino de mucho a mucho tiempo, lo que dice San Ambrosio: *Si es pan de cada día, ¿por qué tú le recibes de año a año (Lib. 5. de Sacrament. cap. 4.)?*

22. Qué debemos hacer si no alcanzamos luego lo que pedimos.

Pero lo que señaladamente debe persuadirse a los fieles en esta petición, es, que en habiendo puesto buenamente su trabajo e industria, por adquirir las cosas necesarias para la vida, dexten lo demás por cuenta de Dios, y ordenen sus deseos a su voluntad: *Que no dexará para siempre fluctuar al justo (Psalm. 54.)*; porque, o concederá su Magestad las cosas que le piden, y en tal caso consiguen sus intentos; o si no lo concede, es prueba manifiesta de que ni es conveniente ni útil lo que niega a los justos, pues tiene mas cuidado de su salud, que ellos mismos. Lugar que pueden ilustrar los Párrocos, explicando las razones que doctísimamente recopiló San Agustín en la carta a Proba (*Epist. 121.*).

23. Qué debe meditar en esta petición.

Lo último que se debe advertir sobre esta petición es, que se acuerden los poderosos de que han recibido de Dios sus caudales y haciendas, y que tengan entendido, que han sido colmados de esos bienes, para que los repartan con los pobres. Para este punto son muy apropiados las doctrinas que da el Apostol en la primer epístola a Timoteo (*1. Tim. 6.*), de donde podrán sacar los Párrocos una gran muchedumbre de documentos divinos para exornar este lugar útil y saludablemente.

CAPÍTULO XIV.

DE LA QUINTA PETICIÓN.

**PERDÓNANOS NUESTRAS DEUDAS, ASI
COMO**

**NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS
DEUDORES.**

1. De la pasion de Cristo salió el perdon de todos nuestros pecador.

Siendo tantas las cosas que nos manifiestan el poder infinito de Dios, junto con igual sabiduría y bondad, que á qualquier parte que volvamos los ojos y la consideración, encontramos señales certísimas de su omnipotencia y liberalidad, con todo eso nada hay que declare mas lo sumo de su amor, y lo admirable de su caridad con nosotros, que el misterio inefable de la pasion de Jesucristo, de donde brotó aquella perenal fuente, para lavar las manchas de los pecados, y en la qual deseamos ser lavados y purificados, quando haciéndonos la guia, el que nos hace la gracia, nos enseria a pedir: *Perdónanos nuestras deudas.*

2. Qué es lo que contiene esta petición.

Contiene pues esta petición una suma de todos los bienes, con que el linage humano fue enriquecido por Jesucristo. Esto es lo que enseñó Isaías, quando dixo: *Perdonarse ha la maldad a la casa de Jacob; y este será todo el fruto: quitarse de en medio su pecado (Isai. 27.).* Lo mismo mostró David, predicando por bienaventurados a los que pudieron percibir tan saludable fruto, por estas palabras: *¡Dichosos aquellos, cuyas maldades fueron perdonadas (Psalm. 31.)!* Y por esto deben los Párrocos advertir con cuidado, y explicar con diligencia a los fieles el

sentido de esta petición, que tan provechosa entendemos que, es para conseguir la bienaventuranza.

3. Cómo pedimos aquí de modo diverso de las otras peticiones.

Mas entramos con un nuevo modo de pedir; porque hasta ahora habernos suplicado al Señor, no solo por los bienes espirituales y eternos, sino tambien por los temporales y pertenecientes a esta vida. Pero ahora rogamos por el remedio de los males, asi del alma, como del cuerpo, tanto de esta vida, como de la eterna.

4. Qué se requiere en el que desea alcanzar perdon de. sus pecados.

Pero coma para alcanzar lo que deseamos, se requiere pedir segun se debe, se ha de tratar de la disposición con que deben llegar los que quieren pedir esto, al Señor. Amonestarán pues los Párrocos al pueblo fiel, que ante todas cosas es necesario, que el que desea hacer esta petición, conozca él mismo su pecado: luego, que. le sienta, y se duela de él; y en fin, que del todo se persuada a que Dios, tiene, voluntad de perdonar a los que pecaron, si se hallan con los afectos y preparaciones que habernos dicho: no sea acaso que a la amarga memoria y reconocimiento de los delitos se siga aquella desesperación del perdon, que en otro tiempo se apoderó del ánimo de Cain (*Genes. 4.*) y de Judas (*Matth. 27.*), los que miraron a Dios, solo como vengador y juez, no como manso y misericordioso. Y asi debemos nacer esta petición con tales afectos, que reconociendo con dolor nuestros pecados, recurramos a Dios, no como a juez, sino como a padre, y le pidamos nos trate, no segun su justicia, sino segun su misericordia.

15. Medios para inducir a conocer los pecados.

Facilmente podremos reducirnos a conocer nuestros pecados, si oyéremos sobre esto al mismo Dios, quien sobre esta razón nos avisa en las divinas letras; porque en David nos dice: *Todos prevaricaron, y se hicieron inútiles a una, no hay quien obre bien, no hay siquiera uno* (*Psalm. 13.*). Conforme a lo mismo dice Salomón: *No hay hombre justo*

en la tierra, que haga bien, y no peque (Eccli. 7.). A esto alude tambien aquel dicho: *¿Quién podrá decir: limpio está mi corazon: libre estoy de pecado (Proverb. 20.)?* Lo mismo escribió San Juan para abatir el orgullo de los hombres: *Si dixéremos que no tenemos pecados, nos engañamos, y no hay verdad, en nosotros (1. Joann. 1.).* Y Jeremías escribe tambien: *Digiste, sin pecado, e inocente soy yo: y por tanto apártese tu furor de mí: he aquí, yo entraré contigo en juicio; por quanto dixiste, no he pecado yo (Jerem. 2.).* El mismo Cristo Señor nuestro, que por boca de sus Profetas habia pronunciado antes todas estas sentencias, las confirma quando ordena esta petición, en la qual nos manda confesar nuestros pecados. Y entender de otro modo estas palabras, está prohibido por la autoridad del Concilio Milevitano, en estos términos: "Qualquiera que dixere que los Santos pronuncian por humildad, pero no con verdad aquellas palabras de la oración del Señor donde decíamos: *perdonanos nuestras deudas*, sea anatematizado (Can. 8. et 9.)." Porque ¿quién sufriría al que orase, y que al mismo tiempo mintiese, y no a los hombres, sino al mismo Dios? Pues diciendo con la boca, que pedia se le perdonase, en su corazon sintiera, que no tenia deudas de que pedir perdon.

6. Cómo despues de conocido el pecado se excitará al dolor.

Pero en este preciso reconocimiento de los pecados no basta acordarse a la ligera de ellos, sino que es menester que esa memoria sea tan amarga, que punce al corazon, agujee al alma, y la imprima dolor. Y asi tratarán los Párrocos con diligencia este lugar, para que los fieles oyentes, no solo hagan memoria de sus pecados y maldades, sino que la hagan con pesar y dolor, para que sintiéndose interiormente acongoxados, recurran a su. Padre Dios, pidiéndole con todo rendimiento les saque las espinas de los pecados que tienen atravesadas en su alma. Y no solamente harán por poner delante de los ojos de los fieles la fealdad de los pecados, sino tambien la baxeza y villanía de los hombres, que no siendo otra cosa que carne podrida, y la suma vileza, tenemos osadía para ofender por un modo increíble aquella incomprehensible magestad y soberanía inexplicable de Dios; mayormente siendo nuestro Criador, nuestro Redentor y nuestro Bienhechor, que nos ha colmado de innumerables y muy grandes beneficios.

7. Por el pecado nos entregamos a la tirana esclavitud del demonio.

¿Y esto para qué? Para que enajenándonos de nuestro Padre Dios, que es el sumo bien, nos sujetásemos a la indignísima servidumbre del demonio, por el vilísimo interés del pecado: siendo así que no puede decirse con cuánta crueldad reina en las almas, que sacudido el yugo suave de Dios, y rotpido el lazo amabilísimo de la caridad, que es el que estrecha nuestro espíritu con nuestro Padre Dios, se pasaron al vando de su capital enemigo, el qual por esto es llamado en las letras divinas *príncipe y rector del mundo* (Joann. 2.), *príncipe de las tinieblas* (Ephes. 6.), y *rey sobre todos los hijos de la soberbia* (Job. 41.). Y así a los que son oprimidos de la tiranía del demonio, viene ajustada aquella voz de Isaías: *Señor Dios nuestro, otros señores fuera de té se han apoderado de nosotros* (Isai. 26.).

8. De los muchos males que acarrea el pecado a las almas.

Y ya que no nos mueva haber rotpido estos lazos de la caridad, muévanos siquiera las miserias y desventuras en que incurrimos por el pecado; porque por él se pierde la santidad del alma, que sabemos estaba desposada con Cristo: se profana el mismo templo del Señor, contra cuyos profanadores dice el Apostol: *Si alguno profanare el templo de Dios? Dios le destruirá* (1. Corinth. 3.). Son innumerables los males que acarrea el pecado al hombre, cuya peste casi infinita explicó David por estas palabras: *No hay sanidad en mi carne a vista de tu ira; no hay paz para mis huesos a vista de mis pecados* (Psalm. 37.). Bien habia conocido la fuerza de esta plaga, quando confesaba que no tenia en sí parte libre del pecado pestífero; porque había penetrado hasta los huesos la ponzoña del pecado, esto es, habia inficionado el entendimiento y la voluntad, que son las partes mas sólidas del alma. Y lo muy cundido de esta peste se declara en las divinas letras, quando llaman a los pecadores *cojos* (Prov. 26.), *sordos* (Isai. 36.), *mudos* (Ibid. 36.), *ciegos* (Ibid. 42.), y *baldados de todos sus miembros* (Ibid.). Pero además del dolor que sentia David por la gravedad de sus pecados, le acongoxaba todavía mas la ira de Dios, que entendía irritada contra sí por ellos; pues hay guerra viva entre Dios y los pecadores, de cuyas maldades se da por ofendido increíblemente. Así dice el Apostol: *Ira, indignación, tribulación y angustia para toda ánima del hombre que obra mal* (Rom. 9.); porque aunque se pasase la acción del pecado, sin embargo persevera éste todavía en la mancha, y en quanto a la obligación a la pena, y le va sin cesar amenazando la ira de Dios, siguiéndole como la sombra al cuerpo.

9. *Cómo vista la miseria del pecado, debemos convertirnos a penitencia.*

Viéndose pues David llagado de estos agujijones, se movía a pedir el perdón de sus pecados. Y por tanto propondrán los Párrocos a los fieles oyentes, así el exemplar del dolor de David, como la razón de su doctrina, valiéndose del Salmo cincuenta, para que a imitación de este Profeta queden bien instruidos, ya acerca del sentimiento del dolor, esto es, de la verdadera Penitencia, y ya acerca de la esperanza del perdón. Quántas utilidades acarree este modo de enseñar, a saber, que por los pecados mismos aprendamos a dolemos de ellos, lo declaran aquellas palabras de Dios por Jeremías, quien exhortando a penitencia al pueblo de Israel, le amonestaba que mirase bien los males que se siguen al pecado: *Mira, dice, quan malo, y quan amargo es, haber tú desamparado a tu Dios y Señor, y no hallarse temor de mí en tí, dice el Señor Dios de los Exércitos (Jerem. 2.).* Y de los que carecen de este necesario reconocimiento y sentimiento de dolor, se dice en los Profetas Isaías (Isai. 46.), Ezequiel (*Ezech. 36.*) y Zacarías (Zacar. 7.), que tienen corazón duro, de piedra, y de diamante; porque son como una piedra, que con ningún golpe se ablandan, ni dan señal de sentimiento alguno de vida, esto es, de reconocimiento saludable.

10. *Meditaciones para esperar el perdón despues de reconocido y aborrecido*

el pecado.

Y para que el pueblo fiel, aterrado acaso con la gravedad de sus pecados, no desespere de poder alcanzar perdón, deberán los Párrocos atraerle a la esperanza con estas razones: que Cristo Señor nuestro dio a la Iglesia potestad de perdonar pecados, como se declara en el artículo del sacrosanto símbolo; y que por está petición enseñó, quanta sea la bondad y largueza de Dios para con los hombres, porque si no estuviera pronto y apercibido para perdonar los pecados a los penitentes, nunca habría ordenado esta regla de pedir: *Perdónanos nuestras deudas.* Y así debemos tener por muy cierto, que nos concederá su paternal misericordia, quien nos la mandó pedir en estas oraciones.

11. *Que si nos pesa de veras, luego nos perdona Dios.*

Lo que esta petición viene a decirnos, sin razón de dudar, es, que de tal manera está Dios inclinado hacia nosotros, que perdona con muchísimo gusto a los que de veras se arrepienten. Dios es verdaderamente aquel contra quien pecamos, y a quien ofendemos por palabras y obras, negándole la obediencia, y trastornando el Concierto de su sabiduría, en quanto es de nuestra parte. Sin embargo este mismo Señor es benignísimo Padre, que como puede perdonarlo todo, no solo declaró que quería, sino que tambien impelió a los hombres a pedir el perdon, y les enseñó las palabras con que le habían de pedir. Y por tanto nadie puede dudar, de que con su favor y ayuda está en nuestra mano recobrar su gracia. Y porque esta testificación de lo muy inclinada que está la voluntad de Dios a perdonarnos, acrecienta la fe, alienta la esperanza, y enciende la caridad, será conveniente esclarecer este lugar con algunos testimonios divinos, y con exemplos de hombres, a quienes arrepentidos concedió el Señor el perdon de las mayores maldades. Mas porque ya tratamos de esta materia, segun lo permitía el asunto en el proemio de esta petición, y en aquel artículo del *Credo*, que habla del perdon de los pecados, tomarán allí los Párrocos lo que parezca convenir para ilustrar este punto; y por lo demás acudirán a las fuentes de las letras divinas.

12. *Qué se entiende aquí por el nombre de deudas.*

Despues seguirán el mismo orden que nos pareció se debía guardar en las demás peticiones, para que entiendan los fieles qué es lo que significan aquí las *deudas*, no sea que engañados con lo dudoso de la voz pidan cosa diversa de la que se debe. Pues en primer lugar es de saber, que en manera ninguna pedimos que se nos dispense la estrechísima obligación que tenemos de amar a Dios de todo, corazón, con toda el alma, y todas nuestras fuerzas; porque el pagar esta deuda, es. necesario para la salvación: y aunque en. el nombre de *deudas* se encierran tambien la obediencia, el culto, la veneración y otras obligaciones semejantes, con todo eso no pedimos; a. Dios que nos descargue de ellas: lo que pedimos es, que nos. libre Dios de los pecados, porque asi lo explicó San Lucas (*Luc. 7.*) quien, en lugar de *deudas* puso *pecados*: por quanto cometiéndolos, nos hacemos reos a Dios, y quedamos sujetos a las penas debidas: las que pagamos, o satisfaciendo, o penando. De esta calidad fue la deuda, de que habló Cristo Señor nuestro por boca, del Profeta :*Lo que yo no quité, pagaba entonces (Psalm. 68.)*. Por esta, sentencia de la palabra de Dios se dexa entender, que nosotros, no solo somos deudores, sino que no tenemos con qué pagar; porque el pecador, ea manera, ninguna, puede satisfacer, por sí.

13. *Cómo el pecador pagará sus deudas si no tiene con qué.*

Por esta razón debemos acogernos a la misericordia de Dios. Mas como a esta le corresponde igual justicia, de la qual es celosísimo, su Magestad, nos debemos valer de los ruegos, y de los merecimientos de la pasión de Jesucristo Señor nuestro, sin la qual ninguno, alcanzó jamás perdon; de sus pecados, y de donde salió como de una fuente toda la virtud y eficacia de satisfacer; porque aquel precio que Cristo Señor nuestro pagó en la cruz, y que se nos comunica por los sacramentos recibidos, o en realidad, o en el deseo, es de tanto valor, que nos alcanza, y obra lo que pedimos en esta petición, que es, que se nos perdonen nuestros pecados.

14. *Pedimos perdon de todo pecado, así grave, como leve.*

Y no solo pedimos aquí perdon de los pecados leves y fáciles de perdonarse, sino tambien de los graves y mortales. Aunque por lo que toca a los mortales, no tendrá eficacia esta petición, si no la toma del sacramento de la Penitencia, recibido realmente, o a lo menos en el deseo, como ya *diximos*.

15. *De diverso modo decimos nuestras las deudas, que nuestro el pan.*

Nuestras deudas decimos; pero en sentido muy diverso del que *diximos* antes el *pan nuestro*; porque aquel pan es nuestro, por haber sido dado a nosotros por la misericordia de Dios: mas los pecados son nuestros, por estar su culpa en nosotros, pues son cometidos por nuestra voluntad, y no fueran pecados si no fueran voluntarios. Nosotros pues, llevando a costas la carga de esa culpa, y confesándola, imploramos la misericordia de Dios, como necesaria para limpiar los pecados. Y en esto no alegamos excusa, ni echarnos a otro la culpa, como lo hicieron los primeros padres Adán y Eva (Genes. 3.). Nosotros mismos nos delatamos, valiéndonos (si somos cuerdos) de aquella súplica del Profeta: *No permitas se deslice mi corazon en palabras de malicia, para alegar excusas sobre excusas en los pecados (Psalm. 140.).*

16 . *Por qué decimos perdonanos, y no perdóname mis deudas.*

Y no decimos *perdóname*, sino *perdonanos*; porque la estrechez y caridad de hermanos que media entre los hombres, pide de cada uno de nosotros, que cuidando de la comun salud de los próximos, roguemos por ellos tambien, quando pedimos por nosotros. Esta costumbre de orar, enseñada por Cristo Señor nuestro, recibida y guardada perpetuamente por la Iglesia de Dios, es la que practicaron los mismos Apóstoles con especialidad, y la que dispusieron que observaran todos. Y de esta caridad y afecto ardiente en rogar por la salud de los próximos tenemos en uno y otro Testamento los exemplos esclarecidos de los Santos Moysés y Pablo: de los cuales el uno suplicaba al Señor de esta manera: *O perdónales este pecado, o si no lo haces, bórrame de tu libro (Exod. 12.)*. Y el otro: *Deseaba, dice, yo mismo ser anatema de Cristo por la salud de mis hermanos (Rom. 9.)*.

"ASI COMO NOSOTROS PERDONAMOS Á NUESTROS DEUDORES."

17. *Cómo se han de entender estas palabras.*

Esta palabra *asi como*, se puede entender de dos maneras; porque tiene fuerza de semejanza: y ésta consiste en pedir a Dios, que del mismo modo que nosotros perdonamos las injurias y agravios que nos han hecho, asi su Magestad nos perdone nuestros pecados. Es a mas de esto señal de condición; y en este sentido la interpreta Cristo Señor nuestro, quando dice: *Porque si perdonáredes a los hombres sus pecados, tambien vuestro Padre celestial os perdonará vuestros delitos. Mas si no perdonáredes a los hombres, ni vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (Matth. 6.)*. Uno y otro sentido encierra en si la misma necesidad de perdonar: de suerte, que si queremos que nos perdone Dios nuestros delitos, es necesario perdonar nosotros a los que nos han injuriado; porque de tal manera requiere Dios de nosotros el olvido de las injurias, y la voluntad y amor de unos con otros, que desecha y menosprecia los dones y sacrificios de los que no están reconciliados entre sí.

18. *Por ley natural, y por mandado de Cristo debemos*

perdonar las injurias.

Aun por ley natural está determinado, que nos mostremos tales a los otros, quales deseamos sean con nosotros ellos. Y así, ciertamente sería un descarado el que pidiese a Dios le perdonase la pena de su maldad, al mismo tiempo que mantenía en sí un corazón armado contra, su prójimo. Y por tanto, los que han sido injuriados, deben estar prontos y apercibidos para perdonar, ya porque les obliga esta forma. de; orar, y ya porque en San Lucas manda así el Señor: *Si peccare tu hermano contra tí, reprehéndele. Y si hiciere penitencia, perdónale. Y si siete veces al día peccare contra tí, y otras tantas volviere a tí, diciendo, pesame, perdónale* (Luc. 17.). Y en el Evangelio de San Mateo se dice: *Amad a vuestros enemigos* (Matth. 5.). Y el Apostol, y antes que él escribió Salomón: *Si padeciere hambre tu enemigo, dale de comer; si sed, dale de beber* (Rom. 12. Prov. 25.). Y el Evangelista San Marcos dice: *Quando os pusiéredes a orar, perdonad, si tenéis qué contra alguno, para que vuestro Padre, que está en los cielos, os perdone vuestros pecados* (Marc. 11.).

19. Razones para ablandar los ánimos a la mansedumbre, que demanda aquí

el Señor.

Mas como por vicio de la naturaleza dañada, nada llevan peor los hombres, que perdonar a quien los injurió, empleen los Párrocos, todas, las fuerzas de su. ánimo e ingenio en reducir y doblar los corazones a esta blandura y misericordia, tan necesaria en el cristiano. Recalquéense en los lugares de las Escrituras divinas, donde oímos a Dios, que manda perdonar a los enemigos. Prediquen lo que. es. muy verdadero, que es prueba grande de ser hijos de. Dios, perdonar facilmente las injurias, y amar de corazón a los enemigos; porque en esta obra de perdonar a los enemigos, resplandece cierta semejanza con nuestro Padre Dios, quien reconcilió consigo al linage humano, enemiguísimo, y muy encontrado con él, redimiéndole de la perdición eterna por medio de la muerte de su Hijo. Y sea el remate de esta exhortación y doctrina aquel, mandamiento de Cristo Señor nuestro, que no podemos, rehusar sin suma ignominia y desgracia nuestra: *Haced oracion por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos* (Matth. 5.).

20. Cómo se habrá con los que no pueden del todo olvidar

las injurias.

Pero aquí se requiere en los Pastores una prudencia no vulgar, para que ninguno desconfie de su salvación, al ver la dificultad y necesidad de este mandamiento; porque hay hombres, que entendiendo deben desvanecer las injurias con un voluntario olvido, y amar a los que los agraviaron, lo desean, y hacen por cumplir lo quanto es de su parte; mas experimentan, que no puede apurar del todo la memoria de las injurias, porque les quedan en el ánimo algunas reliquias de la enemistad: y por esto padecen grandes remordimientos de conciencia, temiendo que no cumplen el mandamiento de Dios, dexando las enemistades sencilla y candidamente. Aquí pues explicarán los Pastores, que son contrarios los afectos de la carne y el espíritu; porque el de la carne es inclinado a la venganza, y el del espíritu al perdon. De aquí nace haber entre ellos perpetua altercación y guerra. Por esto demostrarán, que en manera ninguna se ha de desconfiar de la salvación, aunque reclamen y contradigan a la razón los apetitos de la naturaleza corrompida, con tal que el espíritu se mantenga firme en el deseo y voluntad de perdonar las injurias, y de amar al próximo.

21. Los que aun retienen deseo de Vengarse, pueden y deben rezar esta

oración del Padre nuestro.

Y por si acaso hubiere algunos que todavía no hallen cómo avenirse a olvidar las injurias, y amar a los enemigos, y que por esto no usan de la oración del Señor, atemorizados de la condición que diximos de esta petición les propondrán los Pastores estas dos razones, a fin de Sacarlos de error tan pernicioso: la primera, que cada uno de los fieles hace esta oración en nombre de toda la Iglesia; y que en ella es preciso que haya algunos justos, los que habrán perdonado a sus deudores las deudas mencionadas aquí.

La segunda, que pidiendo esto a Dios, pedimos tambien al mismo tiempo todo lo que necesariamente se debe poner de nuestra parte para conseguirlo; porque pedimos perdon de los pecados, y el don de la Verdadera penitencia; pedimos la gracia de un íntimo dolor, y pedimos que podamos aborrecerlos pecados, y confesarlos verdadera y piadosamente al sacerdote. Y asi, siendo necesario que nosotros perdonemos tambien a los que nos han hecho algún mal o daño, quando pedimos a Dios que nos perdone, rogamos juntamente que nos dé fuerzas para reconciliarnos con aquellos a quienes aborrecemos. Y

por tanto deben ser disuadidos de tal opinión, los que se detienen por el temor vano y perverso, de que con esta petición provocarán mas contra sí la ira de Dios. Antes por el contrario se les ha de exhortar a la frecuencia de esta oración, divina, para que pidan a Dios Padre les dé tal voluntad, que perdonen a los que les ofendieron, y que amen a sus enemigos.

22. Qué hará el que desea sacar provecho de esta petición.

Y para que esta oración sea del todo fructuosa, lo primero que en ella se ha de atender y meditar, es, que nosotros estamos humillados, a Dios, y pidiéndole perdon; y que éste no se concede sino al que está arrepentido: y que así es menester estar adornados con aquella caridad y piedad que corresponde a los penitentes, verdaderos, y que a estos lo que conviene señaladamente, es lavar con lágrimas sus maldades y culpas, contemplándolas como si las tuvieran presentes. Con esta consideración se ha de juntar para en adelante guardarse de aquellas cosas en que hubo algún peligro de pecar, y que pueden sernos ocasión de ofender a nuestro Padre Dios. Con estos cuidados andaba David, quando decía: *Mi pecado está siempre contra mí (Psalm. 30.).* Y en otro lugar: *Lavaré cada una de las noches mi cama, y con mis lágrimas regaré mi estrado (Ibid. 6.).* Propóngase a mas de esto cada uno el fervor ardentísimo de la oración de aquellos que alcanzaron de Dios a fuerza de súplicas el perdon de sus culpas: como el de aquel Publicano, que retirado a lo lejos, y clavados en tierra los ojos, a causa del empacho y del dolor, solamente se hería el pecho, diciendo estas palabras: *Señor, apiádate de mí pecador (Luc. 18.).* Tambien el de aquella muger pecadora, que puesta detras de Cristo Señor nuestro, y arrojada a sus pies, los regaba con sus lágrimas, los limpiaba con sus cabellos, y los besaba (*Ibid. 7.*). Y en fin, el del Príncipe de los Apóstoles San Pedro, quien habiendo salídose fuera, lloró amargamente (*Matth. 26.*).

23. De los remedios principales para las llagas del alma.

Despues de esto, se ha de considerar que quanto mas frágiles son los hombres, y mas inclinados a las enfermedades del alma, que son los pecados, tanto necesitan de mas medicamentos, y mas repetidos: estos son la Penitencia y Eucaristía. Tome estas medicinas con mucha frecuencia el pueblo fiel. Demas de esto la limosna, segun lo enseñan las divinas Letras, es una medicina muy provechosa para curar las llagas del alma. Y asi, los que desean valerse piadosamente de esta petición, hagan a los pobres todo el bien que pudieren; porque es muy

grande su virtud para borrar las manchas de los pecados, como lo dixo a Tobías el ángel del Señor San Rafeel, por estas palabras: *La limosna libra de la muerte, y ella es la que limpia los pecados, y hace hallar misericordia, y la vida eterna (Tob. 12.)*. Lo mismo testifica Daniel, amonestando al rey Nabucodonosor, de este modo: *Redime tus pecados con limosnas, y tus maldades con misericordias hechas a pobres (Dan. 4.)*.

Pero la mejor largueza, y la obra mas perfecta de misericordia, es el olvido de las injurias, y la buena voluntad hacia aquellos que hayan ultrajado tu hacienda, tu honra o tu persona, o las de los tuyos. Qualquiera pues, que desee tener a Dios en gran manera misericordioso para con él, ponga sus enemistades en sus divinas manos, perdone toda ofensa, y haga oración de veras por sus enemigos, aprovechándose de toda ocasión para hacerles bien. Mas como en este punto, se explicó ya quando tratamos del homicidio, remitimos allá a los Párrocos. Sin embargo, concluyan esta petición, diciendo, que ni hay, ni puede fingirse cosa mas injusta, que el que uno que es tan duro para los hombres, que con ninguno se quiere ablandar, pida éste mismo a Dios, que sea para con él manso y benigno.

CAPITULO XV.

DE LA SEXTA PETICIÓN.

"Y NO NOS DEXES CAER EN LA TENTACIÓN."

1. *Del gran peligro que hay de recaer despues de conseguido el perdon de los pecados.*

No hay duda alguna que los hijos de Dios, despues de conseguido el perdon de sus pecados, quando encendidos en deseos grandes de dar a Dios veneración y culto, suspiran por el reino celestial, y tributando a la Magestad divina todos los oficios de piedad, en todo están pendientes de su voluntad y paternal providencia, entonces señaladamente es quando el enemigo del linaga humano inventa nuevos ardides, y arma contra ellos toda la batería, para hacerles tan cruda guerra, que es muy de temer que, retratando y dexando los buenos propósitos, tornen de nuevo a caer en los vicios, y Salgan mucho peores de lo que fueron antes: pudiendo con razón decirse de ellos aquello del Príncipe de los Apostoles: *Mejor les fuera no conocer el camino de la justicia, que despues de conocerle, volverse atrás de aquel santo Mandamiento que les fue dado (2. Petr. 2.).*

2. *Cristo Señor nuestro quiso fortalecernos con esta petición contra las astucias del enemigo.*

Por esto ordenó Cristo Señor nuestro esta petición, para que cada dia nos encomendemos a su Magestad, e imploremos su paternal cuidado y defensa, estando muy ciertos de que si somos desamparados de su protección divina, luego caeremos en los lazos del astutísimo enemigo. Y no fue solo en esta regla de orar donde mandó pedir a Dios, que no nos dexé caer en tentación, sino tambien en aquellas palabras, que

cercano a su muerte dixo a los Apostoles, quando despues de haberles dicho que estaban limpios, les recordó esta obligación, avisándoles de este modo: *Orad, porque no caigáis en tentación (Matth. 26.)*. Esta amonestación hecha segunda vez por Cristo Señor nuestro, obliga a los Párrocos a poner gran diligencia sobre despertar a los fieles al frecuente uso de esta petición, para que entre tantos lazos, como a todas horas arma a los hombres su enemigo el demonio, pidan de continuo a Dios, quien solo, puede librarlos: *No nos dexes caer en tentación*.

3. Medios para conocer la gran necesidad de esta petición.

Lo muy necesitado que está el pueblo fiel de esta ayuda divina, luego lo entenderá, si hiciere memoria de su flaqueza e ignorancia, si se acordare de aquella sentencia de Cristo Señor nuestro: *El espíritu está pronto, mas la carne, flaca (Ibid.)*; y si le viniere al pensamiento cuán desastradas, y cuán funestas, son las caidas de los hombres a impulsos del demonio, si no son sostenidos con el auxilio de la divina mano, ¿Qué exemplo mas patente puede haber de la miseria humana, que el sagrado coro de los Apostoles? Que estando poco antes con tan grande ánimo, al primer encuentro, desamparado el Salvador, echaron a huir (*Ibid.*). Pero aun todavía, el del. Príncipe de los Apostoles, quien entre tantas protestas de singular fortaleza y amor para con Cristo Señor nuestro, y habiendo dicho, poco antes, muy satisfecho de sí: *Aunque sea menester morir contigo, no te negaré (Ibid.)*; poco despues, aterrado a la voz de una mozuela, afirmó con juramento, que ni siquiera conocía al Señor: y es que no correspondían sus fuerzas a la valentía de espíritu que mostraba. Pues si cayeron desgraciadamente varones santísimos por la fragilidad de la naturaleza humana, en la que confiaban, ¿qué no tendran porqué temer los que están, muy lejos de esa santidad?

4. De los muchos y grandes peligros a que estamos expuestos.

Por esto proponga el Párroco al pueblo fiel las batallas y peligros en que continuamente andamos mientras, vivimos en este cuerpo mortal, donde por todas partes nos asaltan la carne, el mundo, y el demonio. El poderío grande que en nosotros tienen la ira y la codicia, ¿quién hay que muy a costa suya no se ve obligado a padecerlo? ¿Quién no se ve acosado de estas punzadas? ¿Quién no siente estos aguijones? ¿Quién no se ve abrasado de las ardientes llamas de sus apetitos? Y a

la verdad tantos son los golpes, y tan diversas las acometidas, que es muy dificultoso no recibir alguna herida de muerte. Y además de estos enemigos, que habitan y viven dentro de nosotros, hay aquellos atrocísimos, de quienes está escrito: "No es nuestra lucha contra la carne y sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los gobernadores del mundo de estas tinieblas, contra las espirituales malicias en las acosas celestiales (Ephes. 6.)."

5. De la fuerte guerra que el demonio nos hace, segun estar palabras del

Apostol.

Júntanse a las guerras interiores los exteriores ímpetus e impresiones de los demonios, que ya nos embisten al descubierto, ya minan de secreto nuestras almas, de modo que apenas nos podemos defender de ellos. Y los llama el Apostol *príncipes* por la excelencia de su naturaleza, porque en ella aventajan a los hombres, y a todas las demas cosas sensibles. Dícelos *potestades*, porque no solamente sobrepujan en la perfeccion de la naturaleza, sino tambien en el poder. Y los nombra *gobernadores del mundo de estas tinieblas*, porque no gobiernan al mundo ilustrado y lucido, esto es a los buenos y justos, sino al obscuro y tenebroso, que es a los que ciegos en las inmundicias y tinieblas de una vida perdida y desalmada, tienen sus delicias con el diablo, que es el príncipe de las tinieblas. Llama tambien el Apostol a los demonios *malicias espirituales*, porque hay dos malicias, la de la carne, y la del espíritu. La malicia que se dice *carnal*, enciende el apetito a libiandades y deleites que se perciben por los sentidos. Las malicias *espirituales* son los malos deseos, y los apetitos depravados, que pertenecen a la parte superior del alma; los quales son tanto peores que los otros, quanto el entendimiento y la razon es mas alta y mas noble que la carne. Y como esta malicia de satanás tira derechamente a privarnos de la herencia celestial, por eso dixo el Apostol: *En las cosas celestiales*. De donde se dexe entender, que las fuerzas de los enemigos son grandes, su ánimo invencible, su ojeriza contra nosotros desmesurada e infinita; y que nos hacen una guerra tan continuada,,que no es posible tener con ellos paz, ni dar treguas ningunas.

6. Quán grande sea la audacia y malicia del diablo para tentar.

Quán atrevidos sean los demonios, consta de aquella voz de satanás,

en el Profeta: *Al cielo subiré (Isai. 14.)*. Acometió a los primeros Padres en el Paraíso (*Gen. 3.*). Embistió a los Profetas (1. Paralip. 21. Job. 1.). Anduvo muy solícito para acribar a los Apostoles como trigo, segun dice el Señor por el Evangelista (*Luc. 22.*). Y sobre todo, no respetó ni aun el rostro del mismo Jesucristo (*Matth. 4.*). Y así expresó San Pedro su insaciable sed, y diligencia inmensa por perdernos, quando dixo: *Vuestro enemigo el diablo, como león que brama, anda en derredor buscando a quien tragarse (1. Petr. 5.)*. Y no tienta a los hombres un demonio solo: a tropas acometen a veces a cada uno. Así lo confesó aquel diablo, que preguntado por Cristo Señor nuestro, cuál era su nombre, respondió: *Mi nombre es legión (Luc. 8.)*, esto es, multitud de demonios, que habían atormentado a aquel miserable. Y de otro está escrito: *Toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando, moran allí (Matth. 12.)*.

7. Los malos no son tan perseguidos del diablo como los buenos.

Muchos hay que por no sentir en sí en manera ninguna los impulsos e ímpetus de los demonios, piensan que todo es falso; pero no es de extrañar que no les haga guerra el diablo, quando ellos mismos de su voluntad se entregaron a él. No hay en los tales piedad, no hay caridad ni virtud digna de un cristiano. De aquí es, que como están enteramente en poder del diablo no necesita de tentaciones para derribarlos; pues está aposentado en sus almas con mucho gusto de ellos mismos. Pero los que del todo se dedican a Dios, haciendo en la tierra vida celestial, estos señaladamente son el blanco de todos los tiros de satanás; contra estos son sus rabias, y a estos arma asechanzas a cada momento. Llena está la historia de las Letras divinas de exemplares de varones santos, a quienes pervirtió, o a fuerza, o a traición, aun estando ellos muy alerta. Adán (*Genes. 3.*), David (2. Reg. 11.), Salomón (3. *Ibid.*) y otros, que seria largo de contar, experimentaron los furiosos ímpetus de los demonios, y su astucia sagaz, a la qual no se puede resistir por consejo ni fuerzas humanas. ¿Quién pues, fiado en sí, se tendrá por seguro? Y así, debemos pedir a Dios piadosa y castamente, que no permita seamos tentados sobre lo que podemos, sino que junto con la tentación nos dé fuerzas para que podamos sufrirla (1. Cor. 10.).

8. No tientan los diablos como ni quando quieren.

Pero aquí deben ser confortados los fieles, por si acaso algunos, o por falta de fuerzas, o por ignorancia del caso, se espantan del poder de

los demonios, para que al verse combatidos de las olas de las tentaciones, se acojan al puerto de esta petición; porque satanás, con todo su poder y pertinacia, y odio capital contra nuestro linage, ni nos puede tentar, ni molestar quanto, ni por el tiempo que quiere, sino que todo su poder es gobernado por la voluntad y permiso de Dios. Muy sabido es el exemplo de Job. Ni habría satanás tocado en sus bienes, si no le hubiera dicho el Señor: *He ahí todas quantas cosas tiene, estan en tu mano (Job. 1.).* Y al contrario, si Dios no hubiera añadido; *Empero no extiendas tu mano contra él:* al primer golpe del diablo habría caído con todos sus hijos y haciendas. De tal manera está atada la fuerza de los demonios, que a no permitirlo Dios, ni hubieran podido tampoco entrar en aquellos cerdos, de quienes hacen memoria los Evangelistas (*Matth. 8. Marc. 5. Luc. 8.*).

9. Qué cosa es tentar, y cómo somos tentados por Dios.

Mas para que se entienda el alma de esta petición, se ha de explicar qué significa aquí el nombre de *tentación*, y qué es *caer en ella*. Tentar, no es otra cosa que probar a aquel a quien se tienta, para averiguar la verdad, sacando de él aquello que deseamos. Este modo de tentar no se puede hallar en Dios; porque ¿qué cosa ignora su Magestad? *Todas las cosas, dice, están desnudas y descubiertas ante sus ojos (Hebr. 4.).* Hay otro modo de tentar, y es, quando prosiguiendo mas adelante, se suele preguntar alguna cosa, o por bien, o por mal: por bien, como quando se prueba la virtud de uno, para que siendo descubierta y conocida, él sea premiado y engrandecido, y su virtud propuesta por modelo, para que la imiten los demás; y en fin, para que por esto se exciten todos a alabar a Dios. Solo este modo de tentar es el que puede hallarse en Dios. Y de esta tentación tenemos exemplo en el Deuterónimo, donde se dice: *Tiéntaos vuestro Dios y Señor, para que se descubra si le amáis o no (Deut. 13.).* De esta suerte se dice tambien que tienta el Señor a sus siervos, quando los apremia con pobreza, enfermedades y otros géneros de aflicciones: lo que hace, asi para acrisolar su paciencia, como para que sean para otros documento y enorme de vida cristiana. Asi leemos que tentó a Abrahan, para que le Sacrificase su hijo (*Genes. 22.*); por cuya acción fue hecho exemplar de obediencia y paciencia rara, para eterna memoria entre los hombres. Y del mismo modo se dixo de Tobías: *Por jo mismo que eras agradable a Dios, fue necesario que la tentación te probase (Tob. 2.).*

10. Cómo tienta el demonio a los hombres.

Por *mal* son tentados los hombres, quando son inducidos al pecado o perdición. Este es oficio propio del diablo, porque tienta a los hombres a fin de pervertirlos y precipitarlos. Pon eso en las sagradas Escrituras es llamado *el tentador* (*Matth. 4.*). En estas tentaciones, unas veces nos pone estímulos interiores, valiéndose, como de ministros, de los mismos afectos y apetitos del alma: otras, acosándonos por defuera, nos pone los tropiezos, o de las cosas prósperas, para engreirnos, o de las adversas, para desmayarnos. Tiene tambien sus espías y correos, que son los hombres perdidos, y sobre todo los hereges, que sentados en la cátedra de pestilencia, esparcen las semillas mortales de doctrinas perversas, para derribar a aquellos que no hacen elección o diferencia entre virtud y vicio, y que siendo hombres por sí inclinados al mal, andan vacilando y amenazando ruina.

11. De los modos que hay de caer en la tentación.

Dícese que caemos en la tentación, quando nos damos por vencidos de ella; pero esto puede ser de dos modos: uno quando removidos de nuestro estado caemos en aquel mal, a que alguno nos empujó tentándonos. En este sentido, ninguno es inducido a la tentación por Dios; porque el Señor no puede ser causa del pecado, antes aborrece a todos los que obran mal (*Psalm. 5.*). Y Santiago dice: "Ninguno, quando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de males (*Jacob. 1.*)." Demas de esto se dice, que nos dexa caer en tentación aquel que, aunque no nos tienta, ni haga cosa alguna para que seamos tentados, sin embargo se dice que tienta, porque pudiendo prohibir, o que nos venga, o nos venza la tentacion, no lo impide. De este modo, es cierto que permite Dios sean tentados los buenos y justos; mas no los desampara, sino que los sostiene con su gracia. Aunque tambien es cierto que algunas veces, por justos y ocultos juicios de Dios, y pidiéndolo así nuestros pecados, caemos dexados a nuestras propias fuerzas.

13. Los beneficios divinos nos ponen a veces en tentación.

Dícese tambien que Dios nos dexa caer en tentación quando abusamos para nuestra ruina de los beneficios que nos concedió para nuestra saluda y como ei hijo Pródigo (*Luc. 15.*) despreciamos la hacienda del Padre, viviendo perdidamente, y satisfaciendo, a nuestros antojos. Por lo que podemos decir lo que el Apostol dixo de la ley: "Se halló que el mandamiento, que fué dado para la vida, fuese para la muerte (*Rom.*

7.)." Exemplo muy del caso para el punto nos da Ezequiel en la ciudad de Jerusalem, a la que Dios habia enriquecido con toda suerte de atavíos y adornos, tanto, que dixo por boca de este Profeta: "Perfecta eras en mi hermosura, la que puse sobre tí (*Ezech. 16.*)" Con todo eso, esta ciudad, colmada de tantas riquezas divinas, tan lejos estuvo de dar gracias a Dios, que tanto bien la habia hecho y hacia, y de aprovecharse de los beneficios, para conseguir la bienaventuranza, por cuya causa los habia recibido, que ingratisima a su Padre Dios, desechada la esperanza y consideracion de los frutos del cielo, toda se cebaba viciosa y estragadamente en la abundancia de la tierra, como muy por extenso lo declaró el Profeta en el mismo capítulo. Y en la misma nota de ingratos a Dios, caen aquellos que permitiéndolo él, hacen materia de vicios la abundancia de bienes, que su Magestad les concedió para exercicio de virtudes.

13. Quando las Escrituras atribuyen a Dios el mal, debe entenderse, que lo

permite.

Pero acerca de esto es menester observar con cuidado el modo de hablar de la Escritura divina; la que a veces explica la permission de Dios con tales palabras, que si se toman rigurosamente, dan a entender como accion positiva en su Magestad; porque en el Exodo se dice: *Endureceré el corazon de Faraón (Exod. 4.)*. Y en Isaías: *Ciega el corazon de este pueblo (Isai. 6.)*. Y el Apostol escribe a los romanos: *Entrególos Dios a las pasiones de ignominia, y al sentido réprobo (Rom. 1.)*. Pero en estos y otros semejantes lugares debemos entender, no que Dios hizo esto en manera ninguna, sino que lo permitió.

14. No pedimos aquí que no tengamos tentaciones, sino que no nos

desampare en ellas el Señor.

Supuestas estas cosas, es fácil entender qué es lo que pedimos en esta oracion. No pedimos pues, que de ningun modo seamos tentados; *por que la vida de los hombres es una tentación sobre la tierra (Job. 7.)*. Esto es cosa útil y provechosa al linage humano; porque en las tentaciones nos conocemos a nosotros mismos, esto es, nuestras fuerzas. Asi tambien nos humillamos, baxo la mano poderosa de Dios; y peleando

varonilmente, esperamos la incorruptible corona de la gloria (1. Ptr. 5.). "Porque el que pelea en la lucha, no será coronado, si no pealeare legítimamente (2. Tim. 2.)." Y como dice Santiago: "Bienaventurado aquel que sufre la tentación; porque quando fuere probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a los que le aman (Jacob. 1.)." Y si alguna vez nos ponen en aprieto las tentaciones de los enemigos, sera de gran consuelo contemplar que tenemos por ayudador un Pontífice, que puede compadecerse de nuestras flaquezas, como tentado tambien en todo (Hebr. 4.). ¿Pues qué es lo que pedimos aquí? Que no seamos en las tentaciones desamparados del Socorro de Dios, no sea que, o engañados consintamos en ellas, o fatigados nos demos por vencidos: que nos acuda pronto con su divina gracia, y que nos recree y conforte en los males, quando desfallecieren nuestras fuerzas.

15. Que en nuestras tentaciones debemos implorar el socorro de Dios.

Por esto debemos implorar generalmente el socorro de Dios para todas las tentaciones, y asimismo acudir a la Oración, quando en particular nos vemos molestados de cada una de ellas. Asi leemos que lo hacia David en Casi todo género de tentaciones; porque contra la mentira oraba asi: "No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de la verdad (*Psal. 118.*).". Contra la avaricia pedia de este modo: "Inclina mi corazon a tus divinas leyes, y no a la avaricia (*Ibid.*).". Contra las Vanidades de esta vida, y alhagos de los apetitos, hacia esta oración: "Aparta mis ojos, para que no Vean la vanidad (*Ibid.*).". Pedimos pues, que no condescendamos Con nuestros antojos, ni nos cansemos en sufrir las tentaciones, ni nos extraviemos del camino del Señor; de modo, que nos mantengamos con ánimo igual y constante, asi en las cosas prósperas, como en las adversas: y que no dexe Dios parte en nosotros desamparada de su protección. Pedimos en fin, que postre a satanás debaxo de nuestros pies.

16. Cómo y con qué favor saldremos victoriosos de las tentaciones.

Resta ahora que el Párroco exhorte al pueblo fiel sobre aquellas cosas, que señaladamente debe considerar y meditar en está petición. En ella el mejor medio es, que contemplando quan grande es la flaqueza de los hombres, desconfiemos de nuestras propias fuerzas, y colocando toda la esperanza de nuestra salud en la benignidad de Dios, fiados en este auxilio, tengamos grande aliento, aun en los mayores peligros:

mayormente considerando a cuántos, fortalecidos con esta esperanza y ánimo, sacó el Señor de las mismas garras de satanás. ¿No libertó a Joseph, rodeado por todas partes de las ardientes llamas de aquella muger furiosa; y del mayor peligro le ensalzó a la mayor gloria (Genes. 39. et 41.)? ¿No guardó salva a Susana, sitiada de diabólicos ministros, quando ya no habia cosa mas inmediata, que ser ajusticiada por aquellas malvadas sentencias? Pero no hay que admirar; *porque su corazon*, dice la Escritura, *tenia confianza en el Señor (Dan. 13.)*. Insigne es la alabanza y la gloria de Job (Job. 1. &c.), quien triunfó de la carne, del mundo y del demonio. Muchísimos exemplos hay como estos, con los quales deberá el Párroco exhortar con cuidado al pueblo fiel a esta esperanza y confianza en el Señor.

17. Cristo es el Capitán de nuestra milicia. Sus compañeros, todos los

Santos: los que no le siguen, son locos.

Piensen tambien los fieles a quién tienen, por Capitán en las tentaciones de los enemigos, que es Cristo Señor nuestro, quien de tal combate salió, con tal victoria. Este Señor venció al demonio: *Este es aquel mas fuerte, que sobreviniendo, venció al fuerte armado, y le quitó, las armas y despojos (Luc. 11.)*. De la victoria que consiguió del mundo, nos dice por S. Juan: *Confíad, que yo vencí al mundo (Joann. 16.)*. Y en el Apocalipsis, se dice este Señor: *León que vence (Apocal. 5.)*, y *que salió, vencedor para vencer (Ibid. 6.)*. Y por esta victoria dio a sus siervos virtud para que venzan. Llena está la epístola del Apostol a los hebreos de victorias de Santos, que por la fe. vencieron reinos, taparon bocas de leones, y lo demás que allí se escribe (*Hebr. 11.*). De estas hazañas que leemos obradas de este modo, pasemos luego, a considerar los gloriosos triunfos, que de las batallas interiores y exteriores con los demonios consiguen cada día hombres sobresalientes en fe, esperanza y caridad; los quales son tantos, y tan insignes, que si los viéramos, juzgaríamos que cosa ninguna podia acaecer, ni mas frecuente, ni mas gloriosa. De la derrota de estos enemigos escribió San Juan estas palabras: *Escribaos, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y vencisteis al maligno (1. Joann. 2.)*.

18. Cómo podremos vencer al demonio.

Pero al diablo se vence, no con la ociosidad, el sueño, ni el vino, no con la glotonería o libiandad, sino con la oración, trabajos y vigiliyas, y con abstinencia, continencia y castidad. *Velad, y orad*, nos dice, como ya referimos, *porque no entréis en tentacion (Matth. 26.)*. Los que entran en esa lid con estas aromas, hacen huir a los enemigos; porque el diablo huye de los que le resisten (*Jacob. 4.*). Pero en estas victorias que habernos referido de los Santos, ninguno se dexé llevar de alguna vana complacencia, ni se engría insolente, de modo, que presuma que podrá con sus fuerzas sostener las tentaciones enemigas, y los ímpetus de los demonios. No es esto obra de nuestra naturaleza, no puede contra ellos la flaqueza humana.

19. Todas las fuerzas para vencernos han de venir de Dios.

Éstas fuerzas con que postramos a los ministros de satanáas, son dadas por Dios. "Éste Señor es el que pone nuestros brazos como arco de acero (Psalm. 17.); con cuyo favor fue quebrado el arco de los fuertes, y los flacos ceñidos de fortaleza (*1. Reg. 2.*). Este el que nos da el escudo de la salud, y cuya diestra nos abraza (Psalm. 17.); el que adiestra nuestras manos para la pelea, y nuestros dedos para la batalla (*Ibid. 143.*)." De manera que a solo Dios de hemos dar gracias, y reconocernos obligados por la victoria; porque solo podemos conseguirla con su auxilio y defensa. Así lo hizo el Apostol, pues dice: *Demos gracias a Dios, quien nos dio victoria por nuestro Señor Jesucristo (1. Corinth. 15.)*. A este mismo Señor predica por autor de la victoria aquella voz del Apocalipsis, que dice: *Hecha es la salud y la virtud, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo; porque ha sido precipitado el acusador de nuestros hermanos, y ellos le vencieron por la sangre del Cordero (Apoc. 12.)*. Y el mismo libro testifica la victoria que Cristo Señor nuestro consiguió del mundo y de la carne, donde dice: *Estos pelearán con el Cordero, y el Cordero los vencerá (Ibid. 17.)*. Hasta aquí de la causa y del modo de vencer.

20. Premios de los vencedores en las batallas espirituales.

Declaradas estas cosas, propondrán los Párrocos al pueblo fiel las coronas que Dios tiene guardadas, y la grandeza de los premios eternos, señalados para los vencedores. Para esto tomarán los testimonios del mismo divino Apocalipsis: *El que venciere, dice, no recibirá daño de la muerte segunda (Apoc. 2.)*. Y en otro lugar: *El que venciere, será así vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre*

del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles (Ibid. 3.). Y poco despues el mismo Dios y Señor habla de este modo a San Juan: Al que vencieme, haré columna en el templo de mi Dios, y nunca mas saldrá fuera (Ibid.). Demas de esto dice: Al que vencieme, daré asiento conmigo en mi trono, asi como yo vencí, y me senté con mi Padre en el trono suyo (Ibid. 3.). Ultimamente, habiendo manifestado la gloria de los Santos, y aquel colmo eterno de bienes, de que gozarán en el cielo, añadió: El que vencieme, poseerá estas cosas (Ibid. 21.).

CAPÍTULO XVI.

DE LA SEPTIMA PETICION.

"MAS LÍBRANOS DE MAL."

21. Quanto se dice en las peticiones antecedentes, se encierra en este.

Todas las peticiones antecedentes encerró el Hijo de Dios en esta última, con la qual acabó esta oracion divina; y declarando su valor y peso, se valió de esta forma de orar, quando al despedirse de esta vida rogó a su eterno Padre por la salud de los hombres, de este modo: *Ruégoos que los libres de mal (Joann. 17.)*. Y así en esta fórmula de orar, que nos dió por su precepto, y confirmó con su exemplo, comprehendió sumariamente, como en un epilogo, la virtud y espíritu de las demas peticiones; porque en habiendo alcanzado lo que pedimos aquí, nada nos resta que desear, como dice San Cipriano (*Serm. 6. de Orat. Domin.*); pues pedimos de una vez la protección de Dios contra el mal; y conseguida ésta, quedamos defendidos y seguros contra todos los tiros del demonio y del mundo. Siendo pues esta petición tan importante como diximos, debe poner el Párroco diligencia suma en explicarla a los fieles. Diferenciase de la antecedente, en que en esa pedimos ser librados de la *culpa*, en ésta de la *pena*,

2. Qué cosas nos obligan a hacer esta petición.

No es menester ponderar mucho a los fieles lo muy abrumados que se ven de trabajos y calamidades, y lo muy necesitados que están del socorro de Dios; porque además de haber tratado con toda difusión muchos escritores sagrados y profanos, a quáles, y a cuántas miserias esté sujeta la vida de los hombres, apenas habrá uno que lo ignore por experiencia propia, o por ajená. Y todos están muy persuadidos a lo que dixo aquel espejo de paciencia Job: "El hombre nacido de muger, vive poco tiempo, está lleno de muchas miserias, sale como flor, y

luego se marchita, y huye como sombra, y nunca permanece en un mismo estado (*Job. 14.*)" No se pasa día, que no venga señalado con alguna molestia o incomodidad, como lo testifica aquella sentencia del Salvador: *Bástale al día su malicia (Matth. 6.)*. Bien que cuál sea la condición de la vida humana, lo declara el aviso del mismo Salvador, por el que nos enseña, que es menester tomar cada día la cruz, y seguir a su Magestad (*Luc. 9.*). Así pues, como siente cada uno quan trabajoso y quan peligroso es este modo de vivir, así será fácil persuadir, que debe pedirse a Dios *nos libre de mal* mayormente quando cosa ninguna obliga mas a los hombres a pedir, que el deseo y la esperanza de verse libres de los trabajos que los oprimen, o que los amenazan; porque está muy impreso en las almas de los hombres acudir prontamente en los males al auxilio de Dios. Por esto dixo David: *Llénales, Señor, la cara de ignominia, y buscarán tu nombre (Psalm. 82.)*,

3. *Cómo se ha de pedir a Dios nos libre de peligros y calamidades.*

Pero aunque es en los hombres como natural invocar a Dios en los peligros y calamidades, con todo eso aquellos, a cuya fidelidad y prudencia están encomendados, tienen particular obligación de enseñarles el modo con que deben hacerlo; porque hay hombres que contra lo mandado por Cristo Señor nuestro trastornan el orden de la oración. El mismo Señor que nos mandó acogernos a él en el día de la tribulación, nos señaló el modo con que debíamos hacerlo. Quiso pues que antes que le pidiésemos que nos librase de mal, le suplicásemos que *sea santificado el nombre de Dios, que venga a nos su reino*, y las demás peticiones, por las quales, como por ciertas gradas, se sube a esta última. Pero algunos, si les duele la cabeza, si el costado, si el pie, si pierden la hacienda, si se ven acosados de enemigos, o amenazan peligros de hambre, guerra, peste o cosas tales, sin hacer caso de los primaros grados de la oración, solo piden ser librados de aquellos males. Este modo de pedir es contra aquel mandamiento de su Magestad: *Buscad primeramente el reino de Dios (Matth. 6.)*. Por eso los que piden derechamente, quando piden ser libres de calamidades, trabajos y males, todo lo ordenan a gloria de Dios. Y así David quando suplicaba: *Señor, no me arguyas en tu furor (Psalm. 6.)*, luego dio la razón, en que se mostró muy ansioso de la gloria de Dios, pues dice: *Porque no hay de los muertos quien se acuerde de tí; y en el infierno quién te alabara (Ibid.)*? Y el mismo, pidiendo a Dios misericordia, añadió: *Enseñaré a los malos tus caminos, y los impíos se convertirán a tí (Ibid.)*.

50.). A este modo saludable de orar, ya imitar al Profeta han de ser incitados los fieles oyentes, y al mismo tiempo se les ha de enseñar la diferencia que hay entre las oraciones de los infieles, y las de los cristianos.

4. De diverso modo que los infieles, piden las cristianos ser librados de

males.

Es cierto que con grande ahinco piden los infieles a Dios que los libre de las enfermedades y dolores que padecen, y que les conceda escapar de los males que les molestan, o les amenazan. Pero con todo eso ponen la principal esperanza de su salud en los remedios preparados por la naturaleza, o por industria de los hombres. Y aun la medicina que les da qualquiera, aunque sea compuesta por encantó, hechizo o arte del demonio, sin el menor reparo se la toman, si les dan esperanza de sanar. De muy diverso modo proceden los cristianos; porque estos en sus enfermedades, y en todas las demás cosas adversas tienen a Dios por sumo refugio y amparo de su salud. A solo su Magestad reconocen y veneran por autor de todo bien, y por su libertador. Tienen por muy cierto, que la virtud que hay en las medicinas, es dada por él; y tanto creen que aprovecharán a los enfermos, quanto el mismo Señor fuere servido; porque Dios es quien dio a los hombres la medicina para curar las enfermedades. De aquí es aquella voz del Eclesiástico: *El Altísimo crió de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los despreciará (Eccli. 38.)*. Y así, los que estan alistados en la milicia de Jesucristo, no ponen la primer esperanza de recobrar su salud en esos remedios, sino en el mismo Dios, que es el autor de la medicina, y en quien confian señaladamente.

5. En las enfermedades solo se ha de fiar en Dios, quien sacó a muchos de

muy graves peligros.

Por esta razón son reprehendidos en las sagradas letras aquellos que, fiados en las medicinas, no solicitan el auxilio de Dios. Pero al contrario, aquellos que viven ajustados a las leyes de Dios, aborrecen todos los remedios, que consta no ser ordenados por Dios para curar.

Y aunque tuvieran por cierto que, tomando tales medicamentos, habían de conseguir la salud, sin embargo los mirarían con horror, como a cosa de encanto y artificio diabólico. Han de ser pues exhortados los fieles a confiar en Dios; porque por esa razón el Padre benignísimo mandó que le pidiésemos nos librase de mal, para que por lo mismo que lo mandó, tuviésemos esperanza de conseguirlo. Muchos exemplos de esto hay en las sagradas letras, para que por esa muchedumbre de exemplos se vean precisados a confiar, los que se mueven menos por razones a esperar como deben. Abrahan (Genes. 12.), Jacob (Ibid. 28.), Lot (*Ibid.* 14.), Joseph (*Ibid.* 41.), David (1. Reg. 21.) estan a la vista, como testigos muy calificados de la divina benignidad. Los sagrados libros del testamento nuevo nos ofrecen tantos que fueron librados de peligros muy grandes en virtud de la oracion devota, que no es necesario referir exemplos. Baste aquella sentencia del Profeta, que puede esforzar al mas desconfiado: *Clamaron los justos, y el Señor los oyó, y los sacó de todas sus tribulaciones* (Psalm. 33.).

6. Que se entiende aquí por nombre de mal, y cuál es el sentido de esta

peticion.

Siguese declarar la virtud y sentido de esta peticion, para que entiendan los fieles, que no pedimos aquí al Señor que nos libre enteramente de todos los males; porque hay algunos que comunmente se juzgan males, y con todo eso son provechosos para los que los padecen, como aquel estímulo que fue dado al Apostol (2. *Corinth.* 12.), para que ayudándole la gracia de Dios, se acrisolase la virtud en la enfermedad. Estos males, una vez conocida su virtud, son para los buenos de sumo regalo, y estan muy agenos de pedir al Señor los libre de ellos. Y por tanto solo pedimos a su Magestad nos libre de aquellos males, que no pueden hacer ningun provecho al alma. De los otros, en manera ninguna, si se saca de allí algun saludable fruto.

7. De cuáles y cuántos males pedimos a Dios que nos libre.

Este es pues en suma el sentido de esta peticion: que una vez libertados del pecado, lo seamos tambien del peligro de la tentación, y de todos los males interiores y exteriores: que estemos seguros del agua, del fuego y del rayo: que no destruya la piedra los frutos: que no

padezcamos carestía de alimentos, ni alborotos, ni guerras. Pedimos a Dios que aparte de nosotros enfermedades, pestes y desolaciones: que nos libre de prisiones, cárceles, destierros, alevosías, traiciones, asechanzas y todos los demas desastres, con que la vida humana se suele acongojar y oprimir mucho: y en fin, que nos libre de todas las causas de pecados y maldades. Y no solo pedimos que nos libre de las cosas que a juicio de todos son malas, sino tambien de aquellas que casi todos las tienen por buenas, como son las riquezas, las honras, la salud, la robustez, y aun la misma vida: pedimos, digo, que no abusemos de ellas, ni se conviertan en daño y perdicion de nuestras almas. Pedimos tambien a Dios, que no seamos sorprendidos de muerte repentina; que no irriteemos su divina ira contra nosotros; que no padezcamos las penas reservadas para los malos, ni seamos atormentados con el fuego del purgatorio: del qual piadosa y santamente rogamos sean librados los demas. Asi explica la Iglesia esta peticion en la Misa y Lecanías, conviene a saber: *Que seamos libres de los males pasados, presentes y venideros.*

8. De varios modos nos libra Dios de los males, y a veces milagrosamente.

Y no de solo un modo nos libra de los males la benignidad de Dios, porque detiene las calamidades que amenazan, como leemos que fue libertado aquel gran Jacob de los enemigos que habia suscitado contra él la maranza de los siquimitas; porque dice la Escritura: "El terror de Dios se apoderó de todas las ciudades del contorno, y no se atrevieron a perseguir a los que se retiraban (*Genes. 35.*)" Y efectivamente todos los bienaventurados que reinan con Cristo Señor nuestro en los cielos, estan ya libres, por el favor de Dios, de todo mal. Pero de ningun modo quiere su Magestad, que los que todavía andamos en esta peregrinacion, estemos libres de todos los males; mas nos libra de algunos, y viene a ser como libertar de todas aquellas consolaciones, que da a veces a los que estan oprimidos de adversidades; Con éstas se recreaba el Profeta, quando decia: *Segun la muchedumbre de los dolores dé mi corazon, tus consolaciones alegraron mi almá (Psalm. 93.)*. Demas de esto, libra Dios de los males a los hombres, quando reducidos a las últimas angustias, los saca sanos y salvos ¿como leemos que sucedió con los niños arrojados en el horno encendido (*Daniel. 3.*); y con Daniel, a quien nada dañaron los leones (*Ibid. 14.*), como ni la llama tocó a los niños.

9. El diablo se llama el malo, por ser autor de la culpa y verdugo de la pena.

Tambien, segun el sentir de los Santos Basilio el Grande (*Homil. Quod Deus non est Auct. peccati.*), Crisóstomo (*Homil. 20. in Matth.*) y Augustino (*De Eccles. Dogm. cap. 37.*), es llamado aquí principalmente *el malo* el demonio, por ser el autor de la culpa de los hombres, esto es, de la maldad y pecado; del qual tambien se vale Dios, como de verdugo, para exigir las penas de los impíos y malos; porque Dios es quien da a los hombres todo el mal que padecen en pena de su pecado. Y conforme a esto dicen las sagradas letras: *¿Si habrá mal en la ciudad, que no le haya hecho el Señor (Amos. 5.)? Mas: Yo soy el Señor, y no hay otro, que formo la luz, y crio las tinieblas, hago la paz, y crio el mal (Isai. 45.).*

Tambien se dice *el malo* el demonio, porque sin hacerle nosotros mal ninguno, con todo eso nos hace perpetua guerra, y nos persigue con odio mortal, Y aunque estando nosotros armados con la fe, y guarnecidos con la inocencia, no nos puede dañar: eso no obstante, nunca cesa de tentarnos con males externos, ni de molestarnos por quantos caminos puede. Y por esto pedimos a Dios nos libre de este mal.

10. Por qué decimos de mal, y no de males.

Decimos de *mal*, y no de *males*; porque los males que nos vienen de los próximos, se los atribuimos al diablo, como autor y atizador. Por esto no debemos airarnos contra los próximos, sino volver toda nuestra saña y enojo contra el mismo satanás, quien impele a los hombres a hacer las injurias, Y asi, si el próximo te hace alguna ofensa, quando hagas oración a Dios Padre, pídele, no solo que te libre de mal, esto es, de los agravios que el próximo te hizo, sino tambien que libre a tu próximo de la mano del diablo, por cuyo impulso son inducidos los hombres al engaño.

11. Qué debemos hacer en los males, aunque de pronto nos veamos libres.

Ultimamente, se ha de saber, que si en las oraciones y súplicas no somos librados de los males, debemos llevar con paciencia los que nos afligen; teniendo por cierto, que es del agrado de Dios que los padezcamos con resignacion. Por esto en manera ninguna nos debemos impacientar, ni darnos por sentidos de que Dios no oiga

nuestras oraciones, sino que es menester remitirlo todo a su disposicion y voluntad; creyendo que aquello es útil, y aquello es saludable, que agrada a Dios que sea asi; y no lo que al contrario nos parece a nosotros.

12. Los grandes provechos que nos acaman las tribulaciones.

En fin, se ha de enseñar a los piadosos oyentes, que mientras van siguiendo la carrera de esta vida, deben estar apercebidos para llevar todo género de trabajos y penalidades, con ánimo, no solo igual, sino tambien alegre: "Porque todos los que quieren (dice) vivir piadosamente en Jesucristo, padecerán persecucion (2. Tim. 3.)." Ítem: "Por muchas tribulaciones es menester que entremos en el reino de Dios (Act. 14.)." Mas: "¿Por ventura no fue menester que Cristo padeciese de ese modo y que entrase asi en su gloria (Luc. 24.)?" No es justo que sea el siervo de mejor condicion que su señor: como es cosa fea, segun San Bernardo, haber miembros delicados debaxo de una cabeza coronada de espinas (Serm. 5. Omn. SS.). Muy esclarecido es el exemplo de Urías, que se nos propone para que le imitemos: que aconsejándole David se detuviese en su casa, respondió: "El arca de Dios, e Israel y Judá habitan en tiendas de campaña; ¿y yo habia de entrar en mi casa (2. Reg. 12.)?" Si venimos a hacer oracion armados con estas razones y consideraciones, supuesto que por todas partes nos vemos apretados y cercados de males, lograremos, ya que no sea salir sin lesion, como los tres niños, sin tocarles el fuego, por lo menos llevaremos las adversidades con constancia y valor, como los macabeos (1. Machab. 2.). En las afrentas y tormentos imitaremos a los sagrados Apostoles, que siendo azotados, se alegraban sobremanera por haber sido tenidos por dignos de padecer deshonras por Jesucristo. Estando pues nosotros con los mismos afectos, cantaremos con grande regocijo del alma: "Los príncipes me han perseguido sin causa; mas de tus palabras tuvo miedo mi corazon: hollarme he sobre tus mandamientos, como aquel que encontró muchos despojos (Psalm. 118.)."

CAPÍTULO XVII.

DE LA ULTIMA PALABRA DE LA ORACIÓN DEL PADRE NUESTRO.

Que es Amen.

1. Del uso y frutos grandes de esta palabra.

Sello de la oración del Señor llamó a esta palabra San Gerónimo en los Comentarios sobre San Mateo (*In cap. 6. Matth.*); y realmente lo es. Por esto, así como antes prevenimos a los fieles sobre la preparación con que se deben disponer para comenzar esta divina oración, así ahora juzgamos conveniente hacer que conozcan la causa y modo del remate y del fin de la misma oración: pues no importa menos empezar con diligencia, que acabar con devoción las oraciones sagradas. Tenga pues entendido el pueblo fiel, que son muchos y copiosos los frutos que percibimos del fin de la oración del Señor; pero el mas abundante y mas gustoso de todos, es el conseguir lo que habernos pedido: acerca de lo qual ya se dixo arriba lo bastante. Mas no solo alcanzamos por esta última parte de la oración, que sean oídas nuestras peticiones, sino tambien otras cosas tan grandes y excelentes, que no hay palabras con que poder declararlo.

2. De los grandes bienes que produce la oración.

Como los hombres quando oran están hablando con Dios, de aquí es, dice San Cipriano (*De Orat. Domin.*), que por un modo inefable está mas cerca de ellos la Magestad divina, que de los demás; y los enriquece con singulares dones: de suerte, que los que devotamente oran a Dios, vienen a ser como los que se arriman al fuego, que si están frios, se calientan; y si calorosos, se abrasan: pues así los que

llegan a Dios por la oración, salen mas fervorosos, segun la medida de su devoción y fe; porque se enardece su alma para la gloria de Dios, se ilustra su entendimiento por un modo admirable, y son cumplidamente colmados de divinos dones: pues escrito está en las sagradas Letras: *Le previniste con bendiciones de dulzura (Psalm. 20.)*. Exemplo es para todos aquel gran Moisés, cuyo rostro brillaba con un resplandor divino, quando salia del trato y coloquio con Dios, en tal manera, que no podían los israelitas poner en él los ojos (Exod. 34.). En suma, los que hacen oración con fervoroso afecto, gozan por un término maravilloso de la benignidad y magestad de Dios. *Por la mañana*, dice el Profeta, *me representaré a tí, y veré que tú tío eres Dios, que quiere la maldad (Psalm. 5.)*. Quanto mejor entienden estas cosas los nombres, tanto veneran a Dios con culto y devoción mas encendida, y experimentan con mayor regalo *quan suave es el Señor, y quan verdaderamente son bienaventurados los que esperan en él (Ibid. 33.)* Luego, ilustrados con aquella clarísima luz, contemplan cuánta sea su baxeza, y cuánta sea la magestad de Dios, segun aquella regla de San Agustín: *Conózcate, Señor, a tí, y conózcame a mi (In Solil. lib. 1. cap. 1.)*. De aquí se sigue, que desconfiando de sus fuerzas, se entregan de todo a todo a la benignidad de Dios, no dudando en manera alguna, que abrazándolos con aquella su paternal y maravillosa caridad, les ha de proveer con toda abundancia de quanto necesiten, asi para la vida temporal, como para la eterna. De aquí se vuelven a dar a Dios todas aquellas gracias, que pueden concebir, y aciertan a explicar, como leemos lo hizo el gran David, quien habiendo empezado su oración de esta forma: *Hazme salvo, Señor, de todos los que me persiguen*; la acabó de este modo: *Daré gracias al Señor conforme su justicia; y cantaré salmos al nombre del altísimo (Psalm. 7.)*.

3. Por qué las oraciones de los justos empiezan con temor, y acaban con

alegría.

Estas oraciones de los Santos son innumerables: su principio está lleno de temor; pero el fin de esperanza y alegría grande. Pero merece toda admiración lo que en esta materia sobresalen las oraciones del mismo David; porque habiendo empezado, perturbado de miedo, a orar de este modo: *Muchos se levantan contra mi: muchos dicen a mi alma, no hay salud para ella en su Dios (Psalm. 3.)*. De allí a poco, cobrando alientos, y rebosando gozos, añadió: *No temeré millares del pueblo que me cerca*. Y en el salmo siguiente, habiéndose lamentado de su miseria,

a lo último, confiado en Dios, se alegra increíblemente con la esperanza de la eterna felicidad, diciendo: *En paz, y en uno dormiré y reposaré (Ibid. 4.)*. ¿Y qué diremos de aquella: *Señor, no me arguyas en tu furor, ni me castigues en tu saña (Ibid. 6.)*? ¿Con cuánto temblor y palidez se habrá de creer que dixo esto el Profeta? Pero al contrario, ¿con cuánta confianza y alegría lo que se sigue: *Apartaos de mí todos los obradores de maldad; porque ha oído el Señor la voz de mi llanto*: quando temia tambien la ira y furor de Saúl, con qué humildad y rendimiento no imploraba el socorro de Dios? *Señor, sálvame en tu nombre, y júzgame en tu virtud (Ibid. 53.)*. Pero despues confiado y alegre dice en el mismo salmo: *He aquí, Dios es el que me ayuda, y el Señor quien se encarga de mi alma*. Y asi, el que se acoge a la oración, llegue a su Padre Dios armado de fe y esperanza, de suerte, que en manera ninguna desconfie poder lograr quanto necesitare.

4. En qué sentido se toma aquí esta palabra amen; y por qué en la Misa se

reserva para el Sacerdote.

Muchas, como semillas de las razones y consideraciones que hemos propuesto, están encerradas en la última palabra de esta oración divina *amen*. Esta voz hebrea fue muy repetida por nuestro Salvador; y el Espíritu Santo quiso que se retuviese en la Iglesia de Dios. Ella en suma viene a decir: *Ten entendido que han sido oídas tus oraciones*; porque es como una respuesta de Dios, que despide con agrado al que ya con sus oraciones ha conseguido lo que pretendía. Este sentido está comprobado por la perpetua costumbre de la Iglesia de Dios; la qual no quiso que quando se pronuncia el *Pater noster* en el sacrificio de la Misa, dixesen la voz *amen* los ministros que responden *Sed libera nos a malo*; sino que la reservó como propia para el mismo Sacerdote: quien como medianero entre Dios y los hombres, responde al pueblo, *que ha alcanzado lo que pedia a su Magestad*.

5. Por qué solo en la Misa responde amen el Sacerdote.

No es este rito comun de todas las oraciones, sino propio de la oración del Señor; porque en las demás oraciones es acción de los ministros responder *amen*: por quanto en esas solo significa esa voz el consentimiento y deseo nuestro; pero en ésta es respuesta, de Dios, quien se ha dignado conceder lo que se pedia.

6. Varias exposiciones de la voz amen.

De varios modos han interpretado muchos la palabra *amen*. Los setenta intérpretes entendieron *hágase*: otros, lo mismo que *verdaderamente*. Aquila dixo que *fielmente*. Pero poco importa que se explique de uno, o de otro modo, con tal que entendamos que encierra la virtud que ya diximos, de ser respuesta del Sacerdote, que afirma haberse conseguido lo que se pedia. En este sentido la entiende el Apostol, quando dice en la epístola a los de Corinto: "Porque todas las promesas de Dios se han verificado en Cristo. Y asi, por el mismo decíamos *amen* a Dios para gloria nuestra (2. Corinth. 1.)." Es tambien esta voz acomodada para nosotros, por ser como confirmación de las peticiones que acabamos de hacer, y por despertar la atención de los que oran; porque muchas veces sucede, que distraídos los hombres en la oración, se divierten con varios pensamientos en cosas diversas: mas con esta voz pedimos con gran fervor, que se haga todo; esto es, que se conceda quanto hemos pedido: o mas bien entendiendo que ya que lo hemos alcanzado, y sintiendo presente la virtud del auxilio de Dios, decimos a una con el Profeta: *He aquí, Dios me ayuda; y el Señor quien se encarga de mi alma (Psalm. 53.).* Y no tenemos porqué dudar de que se mueva Dios, asi por el nombre de su divino Hijo, como por la palabra que con tanta frecuencia repitió, el que, como dice el Apostol: *Siempre fué oído por su reverencia (Hebr. 5.).* A quien sea honor y gloria en los siglos de los siglos. Amen.

(1) Fr. Antonio Reginaldo, Dominicano, que escribió la singular Obra en un tomo en folio: *De mente Concilii Tridentini circa gratium*, así en el Prólogo, como en la Obra, trae varios pasajes sobre el origen, formación y autoridad del Catecismo del Concilio; y después compuso la Historia separada del mismo Catecismo, que se imprimió últimamente en Nápoles, año de 1765, en un tomo octavo mayor.

NOTA. Esto que está entre las dos ** no se lee en la primer edición, ni en otras muchas. Pero se halla en algunas, y hace falta: porque de otra manera quedaba truncado el contexto, por faltar las palabras del Santo Doctor.

NOTA. Esto que está entre las dos ** no se halla en la Edición de Roma; pero se halla en la de Padua, y conviene añadirlo, como advierte la de Madrid; pues se va explicando en particulares cada una de las ceremonias.